

**UNIVERSIDAD DE COSTA RICA
SISTEMA DE ESTUDIOS DE POSGRADO**

**FORMACIÓN DE LA CLASE MEDIA EN COSTA RICA.
ECONOMÍA, SOCIABILIDADES Y DISCURSOS POLÍTICOS
(1890-1950)**

**Tesis sometida a la consideración del
Programa de Estudios de Posgrado en Historia
para optar al grado y título de Maestría Académica en Historia**

GEORGE IVÁN GARCÍA QUESADA

Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, Costa Rica

2011

*A mi madre, a Sammy, a Yessika;
por los tiempos difíciles y por todos los buenos.*

Y por supuesto a Tina Jr., in memoriam.

Tabla de contenido:

Páginas preliminares:

Hoja de aprobación.....	iii
Tabla de contenido.....	iv
Resumen.....	vi
Lista de tablas.....	vii
Lista de figuras.....	viii

Introducción: Las zonas grises del capitalismo periférico..... 2

I.1. En torno a los estudios sobre clases medias en América Latina..... 5

I.2. Algunas observaciones teóricas..... 13

I.2.1. Sistema-mundo, formación económico-social, modo de producción 14

I.2.2. Praxis, habitus, sociabilidades..... 20

I.2.3. “Clase media”, clases medias, sectores medios..... 28

I.2.4. Lucha de clases, violencia y discursos..... 40

I.3. Sobre los capítulos y sus fuentes..... 46

Capítulo 1. La clase media en sí: Estado, economía y fuerza laboral..... 55

1.1. Desarrollo desigual y consolidación del trabajo

asalariado: 1890-1930..... 56

1.1.1. Expansión imperialista y decadencia de la pequeña y mediana propiedad..... 58

1.1.2. Movilidad social y asalarización..... 65

1.1.3. Profesionales, comerciantes y empleados en 1927..... 72

1.1.4. Crecimiento del aparato estatal..... 82

1.1.5. “La clase directora”: profesionales y técnicos..... 94

1.2. Crisis, reformas y nuevo modelo capitalista: 1930-1950..... 101

1.2.1. Depresión y consolidación del régimen liberal de bienestar y control social..... 102

1.2.2. Cambios en la estructura socio-ocupacional..... 117

1.2.3. “Fue Costa Rica dichosa...”..... 128

Epílogo 137

Capítulo 2. Respetables, ostentosos, beligerantes: sociabilidades de las clases

medias..... 143

2.1. Familia y clase: la convivencia doméstica..... 145

2.1.1. Un techo, diversas clases sociales..... 145

2.1.2. El (difícil) arte de emparejarse con distinción..... 153

2.1.3. Estructuras familiares y composiciones domésticas..... 164

2.2. “El siglo no se conforma con virtudes...” 174

2.2.1. Espacios y formaciones de clases: rural versus urbano..... 176

2.2.2. Simulando el encanto ajeno: espacios y objetos..... 185

2.2.3. Respetabilidad, educación y nivelación..... 196

2.3. Defendiendo los intereses propios: las clases medias se organizan 208

Epílogo 223

Capítulo 3. Simbolizando las desigualdades: discursos, imaginarios e ideologías.....	229
3.1. Medianía y “mediocracia”	233
3.2. Igualdad y confrontación: del fin de siglo a la Gran Depresión	238
3.2.1. Cuestión social y lenguaje de clases.....	241
3.2.2. Las miradas del poder	244
3.2.3. El conflicto	247
3.2.4. ¿Y los de en medio?.....	253
3.2.5. Un significante flotante.....	256
3.3. La crisis del progreso: 1930-1950.....	259
3.3.1. La pequeña propiedad como justo medio.....	261
3.3.2. La clase media como clase subalterna.....	263
3.3.3. Los tres órdenes del reformismo liberal.....	269
3.3.4. La clase media va a las elecciones.....	276
3.4. “El movimiento se iniciaba en la clase media...”.....	280
Epilogo	286
Conclusiones: ¿Consciencia de clase sin clase?.....	292
Bibliografía	301

RESUMEN

En este trabajo se aborda el tema de la formación histórica de las clases medias en Costa Rica, en el período entre 1890 y 1950. Este proceso de diferenciación social es analizado desde tres puntos de vista: el de las condiciones estructurales económicas y socio-ocupacionales, el de las sociabilidades de esas clases y el de los discursos e ideologías donde esas clases sociales se diferencian y cumplen un papel relevante en la nación costarricense.

Lista de cuadros

Cuadro I.2.1. Instancias sociales, a partir de Jameson.....	20
Cuadro I.2.2. Clases sociales en el capitalismo contemporáneo, según Wright.....	33
Cuadro 1.1. Estructura ocupacional costarricense según censos de 1883, 1892 y 1927.....	60-61
Cuadro 1.2. Ocupación de los padres de las estudiantes del Colegio Superior de Señoritas (1888-1919).....	68-69
Cuadro 1.3. Profesionales, ocupación según sexo en la ciudad de San José, 1904..	72-73
Cuadro 1.4. Profesionales, profesión u oficio según sexo en la ciudad de San José, 1927.....	73-74
Cuadro 1.5. Profesionales y técnicos: ciudadanía según sexo, 1927.....	74
Cuadro 1.6. Profesionales según categoría ocupacional, 1927.....	75
Cuadro 1.7. Empresarios y administradores, por categoría ocupacional y sexo, 1927..	75
Cuadro 1.8. Comerciantes: ciudadanía según sexo, 1927.....	76
Cuadro 1.9. Comerciantes, por categoría ocupacional y sexo, 1927.....	77
Cuadro 1.10. Empleados administrativos: lugar de trabajo según sexo.....	78
Cuadro 1.11. Profesionales y técnicos, empleados administrativos, comerciantes y jornaleros, por tipos de distrito, 1927.....	79
Cuadro 1.12. Distribución porcentual por carteras del gasto público, 1890-1930.....	89
Cuadro 1.13. Ocupaciones de los desempleados, 1932.....	106
Cuadro 1.14. Distribución porcentual por carteras del gasto público, 1925-1948.....	112
Cuadro 1.15. Rama de actividad de la PEA por sexo, según el censo de 1950 (porcentajes).....	123-124
Cuadro 1.16. Ocupación de la PEA por categoría de ocupación y sexo, según el censo de 1950 (porcentajes).....	126-127
Cuadro 1.17. Agricultura y ganadería, por categoría de ocupación (porcentajes), 1927 y 1950.....	129
Cuadro 1.18. Profesionales, técnicos y afines, por categoría de ocupación y sexo (porcentajes), 1950.....	131
Cuadro 1.19. Oficinistas y afines, según categoría de ocupación y sexo (porcentajes), 1950.....	132

Cuadro 1.20. Gerentes, administradores y directores, por categoría de ocupación y sexo (porcentajes), 1950.....	133
Cuadro 1.21. Vendedores y similares, por categoría de ocupación y sexo (porcentajes), 1950.....	134
Cuadro 2.1. Grupos ocupacionales de personas económicamente activas (excepto jefes), según grupo ocupacional del jefe de familia, 1927.....	150
Cuadro 2.2. Porcentaje de mujeres Profesionales y técnicas, Empresarias y administradoras, y Empleadas administrativas, según su relación con el Jefe/a de familia, 1927.....	151
Cuadro 2.3. Esposas Profesionales y técnicas, Empresarias y administradoras, y Empleadas administrativas, según grupo y categoría ocupacional del Jefe de familia, 1927 (porcentajes del total de casos de esposas).....	153
Cuadro 2.4. Nivel de educación de esposas, porcentajes de acuerdo con Nivel de educación del Jefe de familia (sin categoría “No declara”), 1927.....	159
Cuadro 2.5. Familias por cantidad de miembros: oficios varios y globales. Porcentajes y promedios para 1927 y 1950.....	166-167
Cuadro 2.6. Miembros de familia por cada 100 jefes de varias ocupaciones, 1927.....	169-170

Lista de figuras

Figura 1.1. Cantidad de empleados públicos, 1905-1930 (absolutos).....	88
Figura 1.2. Egresos del Estado, 1890-1930 (en pesos o colones).....	88
Figura 1.3. Ingresos y egresos del Estado, 1929-1937 (en colones, ingresos redondeados).....	105
Figura 1.4. Sectores económicos según censos de 1927 y 1950 (porcentajes).....	121

Lo que él [David Ricardo] se olvida de destacar es el incremento constante de las clases intermedias, situadas entre los obreros, de una parte, y de otra los capitalistas y terratenientes [...] que pesan sobre la clase obrera e incrementan la seguridad y el poder sociales de los pocos de arriba.

Karl Marx, Teorías sobre la plusvalía.

Como nos enseña la dialéctica tradicional, la operación historizadora puede seguir dos caminos distintos, que sólo en última instancia se encuentran en un mismo lugar: el camino del objeto y el camino del sujeto, los orígenes históricos de las cosas mismas, y esa historicidad más tangible de los conceptos y las categorías por cuyo intermedio intentamos entender esas cosas.

Fredric Jameson, The political unconscious.

Introducción: Las zonas grises del capitalismo periférico

En todas las formas de sociedad hay un tipo específico de producción que predomina sobre el resto, cuyas relaciones así les asignan importancia e influencia a las otras. Es una iluminación general que baña a todos los demás colores y modifica su particularidad. Es un particular éter que determina la gravedad específica de cada ser materializado en él.
Karl Marx, *Grundrisse*.

...este ente admirable, único que tiene dos ojos para ver hacia ambos extremos.
Rafael Cardona, *En elogio de la clase media*, 1928.

A inicios de la década de 1940, un joven intelectual que hacía sus primera armas en la opinión pública y la vida política afirmaba de Costa Rica que “como país semi-colonial, de economía basada casi totalmente en la agricultura y de industria incipiente, la clase social predominante numéricamente es la media, integrada por pequeños propietarios agrícolas, aparceros, arrendatarios, pequeños comerciantes, artesanos, profesionales, maestros, empleados de comercio, etc. Clase capitalista definitivamente burguesa, la integran ciertos pequeños sectores agrícola-industriales, financieros y del alto comercio. Clase asalariada definitivamente proletaria, la integran ciertos sectores de la incipiente industria urbana”¹. Con estas palabras Rodrigo Facio postulaba a Costa Rica como un país de *clase media*², y se aprestaba a combatir, desde la revista que publicaban él y otros jóvenes de condiciones sociales similares a las suyas, las políticas de un gobierno que consideraba que no potenciaba las condiciones de vida de esa clase presuntamente mayoritaria. Independientemente de la veracidad de su afirmación –no tomaba en cuenta, por ejemplo, el alto porcentaje de jornaleros que mostraba el más reciente censo³–, este planteamiento llegaría a convertirse en pocas décadas en parte del sentido común costarricense.

¹ Rodrigo Facio, “Un programa costarricense de rectificaciones económicas. (Medios y fines para una Costa Rica mejor)”, *Surco* (Costa Rica) 38 (julio de 1943): 8-9.

² Con *clase media*, en itálicas, nos referimos estrictamente a un concepto social, no a una clase propiamente, en el sentido que se habla de burguesía o de proletariado. Explicaremos este punto en las consideraciones teóricas de esta introducción.

³ Cfr. infra, 1.1.1.

Efectivamente, entre los tópicos más importantes de la ideología prevaleciente en este país en la segunda mitad del siglo XX se encuentra la preminencia económica, política y cultural de la *clase media* que sostenía el joven Facio ⁴. La nación costarricense, de acuerdo con esa versión, se cimentaba sobre el trasfondo de la igualdad y las posibilidades de ascenso social a través de la educación y la pequeña propiedad; la paz y la democracia, por añadidura, venían a coronar este orden social basado en la *medianía*. De acuerdo con esta versión, que Molina ha llamado la *interpretación figuerista de la historia* costarricense ⁵, el desenlace de la guerra civil de 1948 vino a consolidar una tendencia cuyos orígenes se pueden remontar hasta la época de la Colonia, y por tanto a recuperar lo más esencial de una identidad costarricense supuestamente violentada por el irrespeto de los gobiernos de la década de 1940 hacia la institucionalidad democrática del país.

Consecuentemente, la ideología de la Segunda República planteó a la *clase media* como el sujeto del nuevo modelo de desarrollo del país, y sus dirigentes adoptaron, a través de una alianza de clases no exenta de conflictos, una serie de políticas y modelos económicos que tendieron a consolidar a varios de los heterogéneos sectores que componían a esa pretendida clase social, vinculándolos directamente con los discursos sobre identidad nacional.

Aunque tanto la ideología entonces hegemónica como las ciencias sociales han invocado a la *clase media* para explicar diversos fenómenos y procesos sociales de la historia costarricense, el estudio de ésta en Costa Rica ha sido relativamente descuidado por la historiografía. Raramente se la ha fundamentado; emerge como un *deus ex machina*, un recurso explicativo él mismo no explicado. En otras ocasiones se ha dado por sentado que su surgimiento se dio a finales de la década de 1940, remitiendo su aparición al auge del Estado “benefactor” neocapitalista. Nuestra pesquisa se pregunta, por el contrario, ¿cuáles fueron las bases para el tipo de sociedad desarrollado en los que Palmer y Molina han

⁴ Cfr. Eugenio Rodríguez Vega, *Apuntes para una sociología costarricense* (San José: Ed. Universitaria, 1953); Gaetano Cersósimo, *Los estereotipos del costarricense* (San José: EUCR, 1978), 44-50.

⁵ Cfr. Iván Molina, *Los pasados de la memoria* (Heredia: EUNA, 2008), 29-42.

llamado los “años dorados” de las clases medias urbanas y rurales ⁶? Nos ha interesado, pues, explicar cómo durante el período comprendido entre 1890 y 1950 ciertos sectores sociales fueron construyendo una identidad en términos de *clase social*, a partir de sus diferencias respecto a la clase obrera y a la burguesía, y cuáles condiciones económicas, culturales y políticas permitieron que estos sectores lograran el protagonismo que llegaron a ostentar en las décadas posteriores a nuestro período de estudio.

Ahora bien, escribir la historia de una clase social –o de varias clases identificadas *a posteriori* como una sola, como argumentaremos más adelante– es escribir la historia de una sociedad, pues una clase solamente es tal en cuanto que está en relación con las otras clases en su respectiva formación económico-social. En este sentido, el enfoque desde la lucha de clases permite comprender mejor las condiciones y estrategias que siguieron los sectores medios, sus condiciones de posibilidad e intereses; contra la versión de la *clase media* como justo medio social, la indagación sobre los conflictos estructurales de los sectores identificados como *clase media* los muestra como parte de los conflictos de clase. De allí que abordar el tema de la formación de la *clase media* sea para este trabajo una ocasión para precisar diversos aspectos del desarrollo de una formación del capitalismo dependiente.

En otras palabras, el estudio histórico de la *clase media* introduce mayor complejidad en el análisis de la estructura de clases en Costa Rica; evidencia los “grises” sociales, menos obvios que los contrastes entre las clases que polarizaron el acceso a los recursos materiales y las que más carecieron de ellos. En un contexto en el que la historia social se ha centrado en el estudio de las clases más subalternas, y en menor medida en el de las burguesías, analizar la *clase media* aporta insumos para pensar los conflictos de clase desde una perspectiva que enriquece nuestro conocimiento sobre la estructura social costarricense.

⁶ Iván Molina y Steven Palmer, *Costa Rica del siglo XX al XXI. Historia de una sociedad* (San José: EUNED, 2005), 17.

Como ya podrá valorar por sí mismo el lector, esta no pretende ser una historia de nostalgia por los “buenos tiempos” ya idos de la *clase media* y la socialdemocracia a la tica, lugar común implícito en la idea del paulatino decrecimiento de esa “clase”, y que se viene reiterando en la opinión pública del país y de Latinoamérica desde hace al menos tres décadas. Esta es una historia de triunfo y desarrollo para algunos; de derrota y pauperización para la mayoría: una historia de desarrollo desigual, como la de toda formación económico-social capitalista.

I.1. En torno a los estudios sobre clases medias en América Latina

La investigación sobre las clases medias latinoamericanas tuvo su primer impulso en la segunda mitad del siglo XX, precisamente en la coyuntura de mayor desarrollo de los modelos de sustitución de importaciones en el subcontinente, y de bonanza económica en la generalidad de los países capitalistas. En ese sentido, el estudio de J.J. Johnson, *Political change in Latin America*, cuya primera edición data de 1958, abrió una importante discusión respecto a los que él llamaba los *middle sectors* latinoamericanos, los cuales definió de un modo sumamente amplio: “sus miembros abarcan, de abajo hacia arriba, desde el mal pagado empleado de cuello blanco en el gobierno, con una educación limitada y a menudo una falta de conexiones familiares útiles, hasta, por un lado, los acaudalados propietarios de empresas comerciales e industriales, y, por el otro lado, los profesionales educados, maestros y burócratas gubernamentales de alto nivel, usualmente provenientes de familias desde tiempo atrás bien establecidas”⁷.

Este trabajo, que como señala acertadamente un comentarista, “fue empírico, ateorico y cubierto de un lenguaje de optimismo liberal”⁸, tuvo por otra parte el mérito de enfocar las particularidades del desarrollo histórico de esos sectores medios, insertándolos

⁷ John J. Johnson, *Political change in Latin America. The emergence of the middle sectors* (Stanford: Stanford University Press, 1967), ix.

⁸ Michael Jiménez, “The elision of the middle classes and beyond: history, politics and development studies in Latin America’s ‘Short twentieth century’”, en *Colonial legacies. The problem of persistence in Latin American history*, Adelman, Jeremy (ed.) (Nueva York-Londres: Routledge, 1999), 211.

como actores protagónicos en una narrativa de desarrollo y modernización. Esta versión se hizo exitosa con el auge del desarrollismo entre los cincuentas y los setentas, presentando el crecimiento de los sectores medios como índice de éxito en las sociedades latinoamericanas de la época.

Aunque según Jiménez el análisis de las clases medias no fue la tónica en los estudios sobre Latinoamérica entre los cincuentas y los ochentas del siglo pasado ⁹, diversas publicaciones compartieron estas ideas con Johnson. Entre los textos elaborados desde el desarrollismo encontramos algunos de los primeros textos dedicados a las clases medias centroamericanas. Cabe recordar un estudio de la CEPAL de 1960 ¹⁰; también los *Apuntes para una sociología costarricense* ¹¹ de Eugenio Rodríguez Vega –inspirados en el APRA y anteriores al libro de Johnson, pero argumentados en un sentido afín –; de Jorge Skinner-Klée sobre Guatemala ¹²; y, más allá del istmo, de Orlando Cantuarias y Rubén Blanco ¹³ en *Clase media y desarrollo de América Latina*. Más tardío, el estudio de Bernardo Villalobos, *La mesocracia en Costa Rica*, forma parte igualmente de este linaje ¹⁴. En todos ellos la clase media es un conglomerado heterogéneo de sectores bastante diferentes entre sí, unidos por ciertas condiciones de ingresos y comportamiento social, pero ante todo por sus diferencias frente a las clases “baja” y “alta” en aspectos como tipo de educación y ocupación, ingresos, vivienda, acceso a bienes y servicios, conciencia cívica y vida familiar; del mismo modo, todos ellos carecen de un concepto que explique a la *clase media* que estudian ¹⁵.

⁹ Cfr. *Ibid*, 211-216.

¹⁰ CEPAL, *Las clases medias en Centroamérica: características que presentan en la actualidad y requisitos para su desarrollo* (México: Organización de las Naciones Unidas, 1964).

¹¹ Rodríguez Vega, *Apuntes para una sociología costarricense*.

¹² Jorge Skinner-Klee, *Consideraciones en torno a la clase media emergente en Guatemala* (Guatemala: Ministerio de Educación, 1965).

¹³ Orlando Cantuarias *et al.*, *Clase media y desarrollo de América Latina* (San José: CEDAL, 1972).

¹⁴ Bernardo Villalobos, *La mesocracia de Costa Rica, 1821-1926* (San José: Editorial Costa Rica, 1986).

¹⁵ En síntesis, esta tendencia puede bien ser descrita en la observación de Calixto Rangel: “resulta notable la frecuencia en que su determinación [de la clase media] se realiza a través de la simple enumeración de profesiones u ocupaciones, sin que, por lo demás, se adelante alguna razón para agruparlas como una clase

Además de una no siempre reconocida posición política, esta visión tecnocrática suponía una perspectiva de la sociedad y la historia en la cual cada Estado desarrollaba las potencialidades de sus recursos en vistas a un progreso lineal, una modernización que, independientemente de las condiciones más allá de él —el contexto mundial—, llevaría a superar las condiciones latinoamericanas de precariedad económico-social ¹⁶. De allí que, aunque visibilizó a las clases medias latinoamericanas, el desarrollismo no resistió la crítica sistémica de las teorías de la dependencia surgidas a partir de los setentas.

Éstas analizaron los procesos de diferenciación social en América Latina desde el punto de vista de la explotación de las periferias por parte de los países socio-económicamente centrales. Empero, como la generalidad de los enfoques marxistas que los nutrieron, prestaron relativamente poca atención a las clases medias. Estas aproximaciones fueron principalmente terreno de economistas, sociólogos y politólogos, quienes plantearon la necesidad de abordar el estudio del desarrollo histórico nacional y de las clases sociales desde una visión sistémica mundial. En estrecho contacto con las corrientes estructuralistas entonces en boga, los dependentistas abordaron la lucha de clases, pero sólo visibilizaron a las clases medias marginalmente en el conflicto entre fuerza de trabajo y capital. En el caso centroamericano, el estudio de Edelberto Torres Rivas sigue siendo el clásico de esta orientación analítica, mientras que para Costa Rica resalta la interpretación de José Luis Vega Carballo ¹⁷. Como afirma Jiménez, estos enfoques tendieron a concebir la sociedad en términos de esa dicotomía, de modo que “las clases medias son identificadas como actores sociales, pero sus sensibilidades y comportamientos permanecen sin

con cierta unidad y sin que, por otra parte, se precise si la enumeración de tales ocupaciones es exhaustiva”. José Calixto Rangel Contla, *La pequeña burguesía en la sociedad mexicana, 1895 a 1960* (México D.F.: UNAM, 1972), 12.

¹⁶ El célebre libro de Guerra Fría de Rostow, *Las etapas del crecimiento económico*, fue uno de los principales expositores de tal tesis de la modernización.

¹⁷ Edelberto Torres-Rivas, *Interpretación del desarrollo social centroamericano* (San José: EDUCA, 1977). José Luis Vega Carballo, *Hacia una interpretación del desarrollo costarricense: ensayo sociológico* (San José: Porvenir, 1986).

problematización en los intersticios entre el trabajo, el capital y el Estado, carentes de ningún interés, cultura, política o ideologías propias”¹⁸.

Intentando llenar este vacío en los principales estudios de carácter macro-social de las teorías de la dependencia, diversos analistas sociales latinoamericanos, principalmente sociólogos, retomaron el tema durante los setentas y parte de los ochentas, enfrentándose casi siempre con el problema de la caracterización política de las clases medias. Estudios como los de Jorge Graciarena, Luis Costa, y Luis López Cámara¹⁹ se aproximaron desde conceptualizaciones cercanas al marxismo, aunque éstas aparecen ante todo filtradas por el estructuralismo de la escuela althusseriana. Estos autores comparten una distinción – planteada por Costa– entre clases medias residuales y emergentes: las residuales estarían compuestas por empleados públicos, profesionales liberales, pequeños terratenientes y rentistas urbanos; las emergentes lo estarían por pequeños negociantes, maestros y profesionales asalariados en el sector moderno de la economía. Los primeros serían ajenos al modo de producción capitalista, mientras que los otros surgirían con éste.

Los estudios de este tipo tendieron a establecer tipologías para categorizar a los grupos sociales de los que se ocuparon. Sus aportes estuvieron en ordenar los criterios teóricos para analizar las clases medias; sus principales limitaciones –las mismas del estructuralismo– en incurrir en esquematismos que aportan escasamente a la investigación de los fenómenos históricos, estos es, a la explicación de la *dinámica* social. Entre los trabajos propiamente historiográficos abordados en interlocución con estas discusiones se encuentran los de Calixto Rangel²⁰ sobre México, el de Marcin Kula sobre Cuba²¹, y el de Jorge Rhenán Segura sobre Costa Rica entre 1948 y 1984²².

¹⁸ Cfr. Jiménez, “The elision”, 214.

¹⁹ 1976, 1964, 1973.

²⁰ José Calixto Rangel Contla, *La pequeña burguesía en la sociedad mexicana, 1895 a 1960* (México D.F.: UNAM, 1972), 25.

²¹ Marcin Kula, “Los estratos medios de la sociedad en el movimiento revolucionario. La revolución de 1933 en Cuba”, *Revista mexicana de sociología*, XLIII, 3 (julio-setiembre 1981).

²² Jorge Rhenán Segura “Contribution à l’étude des secteurs moyens au Costa Rica. 1948-1984” (Tesis de doctorado en Ciencias Políticas, Université de la Sorbonne Nouvelle, 1984).

El estudio de Rangel elaboró un modelo sobre la estructura de las clases medias mexicanas, aunque el texto en general adolece de poco análisis. Desde nuestra perspectiva, esta investigación debió ser un punto de partida para el análisis de la historia de las clases medias latinoamericanas; lamentablemente esa línea de investigación no fue posteriormente desarrollada. El de Kula, por su parte, hace un interesante análisis de la coyuntura de la revolución de 1933, pero queda debiendo en el análisis de la estructura social del contexto en el que se da dicha coyuntura. En el caso del texto de Segura, a pesar de seguir la diferenciación *à la* Poulantzas entre nuevas y viejas clases medias, su misma periodización evidencia el énfasis del autor por analizar del papel del Estado respecto al crecimiento de las clases medias; fue su tesis de doctorado en ciencias políticas. Aunque no le presta suficiente atención a las condiciones económicas –tanto mundiales como de distribución local de los recursos– que generaron dicho crecimiento, este texto es un aporte indispensable a la discusión sobre el desarrollo de las clases medias en la Costa Rica de la llamada Segunda República.

La literatura científico-social sobre las clases medias –más aún, sobre clases sociales en general– decayó numéricamente de un modo notable a partir de los ochentas, cuando otras problemáticas de investigación empezaron a sustituir a aquellas basadas en la lucha de clases. Entre los estudios que prosiguieron con la pesquisa sobre clases medias en Centroamérica desde la historia social, podemos contar los textos de Acuña y de Parkman. Estos trabajos parten de caracterizaciones más contextuales de las clases medias; más que partir de conceptos sociológicos *a priori* –como fue la tónica en los abordajes del marxismo de los setentas–, las analizan desde los grupos socio-ocupacionales que identificados como componentes de las respectivas clases medias nacionales. Este elemento es central, pues apunta hacia un mayor interés de estos enfoques por estudiar las condiciones subjetivas de la formación de las clases sociales.

En cuanto a Acuña, los aborda en el capítulo sobre clases subalternas en el cuarto tomo de la *Historia General de Centroamérica*, así como en un artículo más reciente sobre

la sociedad *La Concordia* de El Salvador²³. En el primero, tras una breve caracterización, plantea a los sectores medios del istmo como una veta de investigación por ser explorada; una tarea con la cual pretende contribuir el presente trabajo. El segundo indaga, a partir de un estudio de caso, las sociabilidades de los sectores medios urbanos salvadoreños, y las actividades políticas a las cuales dio lugar. De nuevo, dicho estudio forma parte de nuestros principales interlocutores, en tanto que muestra varios mecanismos sociales y simbólicos que fomentaron el surgimiento de una identidad de *clase media* en El Salvador.

Por su parte, el libro de Patricia Parkman²⁴, sin dedicarse exclusivamente a los sectores medios, los aborda a raíz de su protagonismo en la coyuntura del derrocamiento de la dictadura de Hernández Martínez. En particular, este texto aporta elementos para analizar la irrupción de estos sectores en la vida política, elementos que permiten un abordaje comparativo con las movilizaciones de la oposición al gobierno en Costa Rica durante las administraciones de Calderón Guardia y, principalmente, la de Picado Michalski. Es, pues, un libro importante para pensar políticamente a las clases medias costarricenses durante el segundo lustro de los años cuarentas, y a él nos remitiremos sobre todo en el tercer capítulo de este trabajo.

A partir de fines de los años noventas, el estudio de las clases medias en América Latina tuvo un nuevo impulso, apareciendo desde entonces varios libros dedicados a las historias de esas clases sociales²⁵. Varias de tales investigaciones han sido producidas

²³ Cfr. Víctor Hugo Acuña, “Clases subalternas y movimientos sociales en Centroamérica (1870-1930)” en *Historia general de Centroamérica. Tomo IV. Las repúblicas agroexportadoras*, Víctor Hugo Acuña (ed.) (Madrid: FLACSO-Sociedad del Quinto Centenario, 1993). Del mismo autor, “The formation of the urban middle sectors in El Salvador, 1910-1944”, en *Landscapes of struggle. Politics, society and community in El Salvador*, Aldo Lauria-Santiago y Leigh Binford (eds.) (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2004), 49.

²⁴ Patricia Parkman, *Insurrección no violenta en El Salvador. La caída de Maximiliano Hernández Martínez* (San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2003).

²⁵ Cfr. D.S. Parker, *The idea of the middle class. White-collar workers and Peruvian society, 1900-1950* (Pennsylvania: Pennsylvania State Press, 1998). Brian Owensby, *Intimate ironies. Modernity and the making of middle-class lives in Brazil* (Stanford: Stanford University Press, 1999). Patrick Barr-Melej, *Reforming Chile. Cultural Politics, nationalism, and the rise of the middle class* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2001). Ezequiel Adamovsky, *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003* (Bs. Aires: Planeta, 2009).

desde universidades de los Estados Unidos, y abordan la formación de esas clases en sus respectivos contextos nacionales, principalmente desde el punto de vista de los aspectos culturales de las personas que se identificaban como de “clase media”. Todos estos trabajos han tenido en el célebre libro de Johnson un importante interlocutor, pero a la vez muestran las influencias de teóricos de la cultura, ya sean marxistas, como A. Gramsci, E.P. Thompson y Raymond Williams, o bien postestructuralistas, como Michel Foucault, Michel de Certeau y Pierre Bourdieu.

Entre estos textos, los estudios de Adamovsky sobre la clase media argentina y el de Owensby sobre la brasileña –en realidad trata principalmente sobre la carioca– siguen un tratamiento de historia social; aunque le prestan relativamente poca atención a los factores económicos frente a los de carácter cultural, intentan elaborar una perspectiva totalizante del desarrollo de las respectivas clases medias. Desde nuestro punto de vista, a pesar de dichas falencias, estos libros representan los abordajes más completos sobre la formación de las clases medias en América Latina a nivel nacional, y permiten comparar esos procesos con el que nos compete en esta investigación.

Los libros de Barr-Melej y de Parker siguen senderos diferentes, aún más marcados por la preocupación por los aspectos culturales de la formación de la *clase media*. El estudio del primero se ocupa ante todo de la influencia de la intelectualidad en el posicionamiento de la *clase media* como referente identitario básico de la nacionalidad chilena; a pesar de sus referencias a la teoría gramsciana de la hegemonía, su tratamiento sigue una metodología más afín con la historia intelectual. Acierta al mostrar el papel de los intelectuales en la dinámica de los partidos políticos y en la esfera pública, pero no atiende las condiciones sociales más amplias que permitieron el crecimiento de la importancia de la *clase media* chilena más allá de esos ámbitos.

En cuanto a Parker, su apuesta es radicalmente nominalista: para él, la *clase media* peruana surge como una identificación coyuntural, y no como efecto de un lugar en la estructura social peruana. De *clase media* sería quien se considere a sí mismo perteneciente a ese grupo social; consecuente con este punto de partida, plantea a los empleados de

comercio –los cuales en términos de estructura social consideraríamos como trabajadores proletarios de la circulación– como los fundadores de la clase media peruana. Con mayor razón, desde su enfoque la indagación sobre las condiciones estructurales de la sociedad peruana resulta prescindible. Mientras que Owensby y Adamovsky investigan la dinámica de las clases medias antes de que aparezcan las respectivas identificaciones, el libro de Parker considera que la *clase media* es estrictamente una idea acogida por ciertos grupos, y como tal trata su desarrollo. Al considerarla puramente como una identificación que surge para reivindicar una distinción frente a la *gente de pueblo*, pierde de vista el contexto social más general de las clases sociales peruanas, sus intereses y luchas, así como el propio desarrollo de la historia peruana de la cual surgieron esos sectores sociales.

De esta trayectoria en los estudios sobre las clases medias, resaltamos varios aspectos que estimamos importantes para retomar. En primer lugar, el enfoque totalizante de la historia social, que permite abordar la formación de las clases medias en la lucha de clases y la dinámica del desarrollo desigual capitalista. Por otra parte, como contrapeso y complemento del abordaje de los aspectos estructurales, estudiados con detenimiento por el marxismo latinoamericano de los setentas y las teorías de la dependencia, la investigación sobre los elementos simbólicos y subjetivos, estudiados por la historiografía más reciente, aporta posibilidades para el análisis más minucioso de la formación de las clases medias.

En una reseña de la década pasada, Carlos Hernández valoraba que la producción historiográfica en torno a los procesos de afirmación identitaria en el mundo laboral, en los cuales las identidades de clase y la conflictividad ocupaban un importante lugar, ha visto una merma en cuanto al número de investigaciones dedicadas a ese tema ²⁶. Efectivamente, la historiografía nacional reciente se ha decantado hacia el estudio de otros tipos de actores

²⁶ Hernández, Carlos. “La historia social costarricense: evoluciones y tendencias de investigación recientes”. En: *Entre dos siglos: la investigación histórica costarricense, 1992-2002* (Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2003), 151.

sociales; esperamos contribuir con este trabajo a retomar una línea de investigación que, a pesar de haber sido relativamente marginada, sigue siendo de gran importancia para pensar no sólo nuestro pasado, sino nuestro presente y nuestros futuros posibles.

I.2. Algunas observaciones teóricas

La organización del trabajo es la condición de posibilidad fundamental de toda sociedad y de toda praxis humana; sólo sobre la base de las necesidades satisfechas pueden levantarse todas las demás formas sociales. Que las propias necesidades sean también culturales –como indicó reiteradamente Marx– no resta en absoluto validez a este principio teórico; las posiciones que lo niegan, sea la economía política neoclásica o cualquiera de las variantes “post-”, al hacerlo niegan a la vez la corporalidad y el carácter del ser humano como ser siempre *en última instancia* natural²⁷. Contra las posiciones perspectivistas que niegan la posibilidad de una historia totalizante, insistimos en la necesidad de considerar al trabajo como la espina dorsal, el factor estructurante fundamental de toda sociedad histórica. La concepción de la actividad humana desde la *necesidad* de la reproducción física de los seres humanos no es una perspectiva posible más, sino la condición de posibilidad de toda historia²⁸.

De este punto de partida surgen dos categorías básicas, donde cada una presupone a la otra: las categorías de *totalidad social* y de *praxis*, entre las cuales la categoría de *clase social*, como indicaba Lukács, es la mediación fundamental²⁹. En este apartado intentaremos, pues, clarificar y complejizar estas tres categorías, en función de nuestra investigación del contexto socio-histórico de la formación de la *clase media* costarricense.

²⁷ Cfr. Alfred Schmidt, *El concepto de naturaleza en Marx* (México: siglo XXI, 1976), 109-140.

²⁸ En esta línea argumentativa, cfr. Fredric Jameson, *Documentos de cultura, documentos de barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico* (Madrid: Visor, 1989), 81-82.

²⁹ Cfr. György Lukács, *Historia y conciencia de clase* (Barcelona: Grijalbo, 1975), 249.

1.2.1. Sistema-mundo, formación económico-social, modo de producción

En este trabajo seguiremos la categoría de *formación económico-social*³⁰, en el sentido planteado por Marx y desarrollado por diversos autores de la tradición teórica por él fundada, como criterio totalizante. Centrarnos en la formación económico-social no supone negar que más allá de ella existe un nivel más amplio, el del sistema-mundo³¹ –teorizado entre otros por Wallerstein–, sino que define la escala de nuestro análisis, la cual está determinada por la delimitación espacio-temporal de nuestra investigación: se trata, *grosso modo*, de la época por excelencia de la economía basada en la exportación del café y el banano en Costa Rica. Por lo demás, valga recordar, con Acuña, que la formación de las clases trabajadoras centroamericanas ha estado históricamente referida al contexto de sus respectivos Estado nacionales³².

De acuerdo con Samir Amin, las formaciones económico-sociales son “estructuras concretas, organizadas, caracterizadas por un modo de producción dominante y la articulación a su alrededor de un conjunto complejo de modos de producción sometidos a él”³³. De este planteamiento se siguen varios corolarios, de los cuales aquí señalamos tres: primero, que cada sociedad concreta es un conjunto complejo de varias clases sociales, con contradicciones tanto dentro de cada modo de producción como entre éstos; segundo, que tales formaciones se estructuran jerárquicamente de modo complejo en cuanto a la distribución de los excedentes y consecuentemente del ejercicio del poder; tercero, que desde esta categoría la dinámica social, y en particular la capitalista, aparece como un *desarrollo desigual y combinado*, el cual, como afirma Grüner, “genera *tiempos históricos*

³⁰ Discrepamos por tanto de la apreciación de Jameson, quien estima que la utilización de la categoría de *formación económico-social* es una concesión al empirismo. Cfr. Fredric Jameson, *The ideologies of theory. Volume 2: the syntax of history* (Minneapolis: University of Minnesota, 1989), 173.

³¹ El *sistema-mundo* consiste en la articulación de todas las formaciones económico-sociales entre sí relacionadas, articulación que sólo se ha unificado en el planeta entero desde hace poco más de un siglo. Cfr. Immanuel Wallerstein, *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos* (Madrid: Akal, 2004), 85-114.

³² Cfr. Víctor Hugo Acuña, “Nación y clase obrera en Centroamérica durante la época liberal (1870-1930)”, Steven Palmer e Iván Molina (eds.), *La estela del cometa. Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800-1950)* (San José: Porvenir-Plumsock, 1994), 149.

³³ Samir Amin, *El desarrollo desigual. Ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico* (Barcelona: Fontanella, 1978), 14.

y espacios geográficos igualmente desiguales –donde la desigualdad es un *efecto* de la combinación [de modos de producción, GG]– , pero bajo la dominación del modo de producción hegemónico”³⁴.

Desde este enfoque el capitalismo, como modo de producción dominante, ha imperado desde los inicios de la expansión colonialista de Europa hace más de quinientos años, lo cual por supuesto no significa que las relaciones de producción en el seno de ese sistema-mundo hayan sido mayoritariamente de carácter capitalista. Por el contrario, de nuevo siguiendo a Grüner, “muchas veces la propia lógica y la dinámica de la acumulación del capital necesitó recurrir, en determinadas circunstancias, a relaciones de producción 'pre' o 'no' capitalistas (por ejemplo, la esclavitud), pero que, en el contexto de su inscripción en el proceso de acumulación, adquirieron una *significación histórica* (económica, social, política y cultural) completa y radicalmente nueva y diferente”³⁵.

Para efectos de nuestra investigación, estos planteamientos son particularmente útiles, pues en Costa Rica durante nuestro período de estudio las relaciones entre el modo de producción mercantil simple y el capitalismo –producción mercantil ampliada– son de fundamental importancia. En el primer caso, el productor es propietario de sus medios de producción, y el intercambio de sus mercancías sirve estrictamente para mantenerlo a él y a su familia, la cual usualmente era también parte del proceso productivo³⁶, mientras que el modo de producción capitalista se caracteriza por la apropiación de los excedentes del trabajo asalariado por parte del patrono y propietario de los medios productivos³⁷. En la producción mercantil simple no es posible la acumulación de capital, mientras que para el capitalismo es ésta la orientación fundamental, sin la cual no tendría sentido.

³⁴ Eduardo Grüner, *La oscuridad y las luces. Capitalismo, cultura y revolución* (Bs. Aires: EDHASA, 2010), 185-186. Énfasis del original. Claramente, esta perspectiva no tiene nada que ver con la temporalidad lineal –y mucho menos teleologismo– que le ha sido atribuida a Marx por numerosos académicos seducidos por los enfoques “post-” (-coloniales, -estructuralistas, -modernos, -marxistas, etc.). Cfr. Eric Hobsbawm, “Introducción” a Karl Marx, *Formaciones económicas precapitalistas* (Bs. Aires: Pasado y Presente, 1974), 25-27.

³⁵ Grüner, 93.

³⁶ Cfr. Karl Marx, *El capital*. (México: Siglo XXI, 2007), tomo I, vol. 2, 695-712.

³⁷ Cfr. Marx, *El capital*, tomo I, vol. 2, 713-758.

Por otra parte, al surgir la economía costarricense en el contexto del sistema-mundo capitalista, su desarrollo –*desarrollo del subdesarrollo*, según la clásica expresión de la teoría de la dependencia– se enmarca en una dinámica espacial que podemos caracterizar con Wallerstein a partir de los conceptos de centro, periferia y semiperiferia³⁸. El centro abarca a las regiones más beneficiadas por la dinámica económica del capital; a nivel mundial, a lo largo de nuestro período de estudio, se consolidan los Estados Unidos como primera potencia económica mundial, por sobre Gran Bretaña, Francia y Alemania³⁹.

Las economías centroamericanas, por supuesto, ocupaban entonces –como hoy– su lugar en la periferia del sistema-mundo, caracterizada para nuestro período de estudio básicamente por la exportación de materias primas, y por que sus excedentes eran en buena medida expropiados a través de relaciones desiguales de intercambio⁴⁰. Las semiperiferias, por su parte, cumplen ante todo funciones políticas y estratégicas, evitando la polarización, pues estas zonas son a la vez explotadas y explotadoras⁴¹.

Para efectos de nuestra investigación queremos recalcar que esta distribución del desarrollo espacial a partir de la circulación de excedentes no se limita a las relaciones internacionales, sino que tiene sus bases en las condiciones económicas más inmediatas, a escala intranacional. Esta dinámica de jerarquización capitalista del espacio se da también en la escala de los territorios nacionales –por supuesto, articulados en el marco más amplio del sistema-mundo–, pues la circulación del capital es siempre un movimiento geográfico en el tiempo⁴². En la medida en que el capitalismo implica “no sólo la expropiación del plusvalor producido por los trabajadores, sino también una apropiación del excedente de

³⁸ Cfr. Wallerstein, 100-101.

³⁹ Cfr. Giovanni Arrighi, *El largo siglo XX* (Madrid: Akal, 1999), 322-359.

⁴⁰ Cfr. Grüner, 164.

⁴¹ Cfr. idem, 103-105.

⁴² Cfr. David Harvey, *The urban experience* (Baltimore: Johns Hopkins University, 1989), 19.

toda la economía-mundo por las áreas centrales”⁴³, el nivel de urbanización es síntoma de acumulación de capital⁴⁴.

Esta concentración urbana de capital es explicada por David Harvey a partir de su planteamiento –basado en *El capital*– de tres circuitos de acumulación: habría en primer lugar un circuito primario, en el cual el capitalista individual extrae plusvalía (absoluta y relativa) de la fuerza de trabajo que emplea. No nos extenderemos en la explicación de este circuito, pues es el más conocido en la teoría marxista, el de la explotación del plustrabajo⁴⁵. Hay además un circuito secundario, compuesto por el capital fijo y por el fondo de consumo: el primero ayuda en la producción, el segundo al consumo. Harvey divide capital fijo en dos: el que participa en la producción (maquinaria, herramientas, etc.) y el que funciona como marco físico para la producción, a este último lo llama *ambiente construido para la producción*; del mismo modo respecto al fondo de consumo: hay objetos que inciden directamente sobre el consumo (como refrigeradoras, lavadoras, etc.) y otros que funcionan como marco físico para el consumo (casas, aceras, etc.), a este último lo llama *ambiente construido para el consumo*. Este circuito es generado por la transferencia de capital y trabajo excedentes del circuito primario hacia bienes de largo plazo, en especial los que constituyen los ambientes construidos. A los capitalistas individuales no les sirve inmediatamente invertir en este circuito, debido a que estas inversiones son de gran escala y larga duración, de difícil valoración económica y en muchos casos abiertos al uso por otros capitalistas. Por ello, “una condición general para el flujo de capital hacia el circuito secundario es, por tanto, el funcionamiento de un mercado de capital y, tal vez, un Estado

⁴³ Wallerstein, *Capitalismo histórico*, 101.

⁴⁴ Como podremos observar, durante el período de la historia costarricense que abordaremos, San José funcionó como un centro socio-económico (subordinado como periferia a la dinámica económica internacional), mientras que las otras cabeceras de provincia y algunas cabeceras de cantón fungieron como semiperiferias –lugares de administración estatal y de control social: según Wallerstein cumplen ante todo un papel político–, y las zonas agrícolas constituyeron las periferias de este sistema económico. Por supuesto, esta es una caracterización tendencial, pues en todos los tipos de áreas hubo contradicciones sociales.

⁴⁵ Cfr. Harvey, *The urban experience*, 61-64.

anuenta a financiar y garantizar proyectos de largo plazo y a gran escala respecto a la creación de un ambiente construido”⁴⁶.

Finalmente, el circuito terciario incluye la inversión en ciencia y tecnología, y diversos gastos que ayudan a la reproducción de la fuerza de trabajo. Éstos últimos pueden dividirse entre aquellos dirigidos a mejorar cualitativamente la fuerza de trabajo desde el punto de vista del capital (salud y educación), y aquellas inversiones dedicadas a la cooptación, integración y represión de la fuerza de trabajo por medios ideológicos, militares, etc. Al igual que el circuito secundario, este es necesario para que la acumulación se lleve a cabo, y es igualmente difícil que capitalistas individuales inviertan en él, por lo cual el Estado se convierte también en un actor fundamental de este proceso⁴⁷. Valga recordar que los circuitos de acumulación no deben confundirse con los sectores de la economía que son sus homónimos: el sector primario, referido a la extracción de materias primas, el secundario a su procesamiento y el terciario a los servicios.

Cada circuito produce espacios adecuados a su dinámica: respectivamente, podemos ejemplificarlos con la fábrica, la carretera y la escuela. De allí que los centros concentren la mayor cantidad de recursos; el desarrollo de estos circuitos de acumulación es desigual, por lo cual las desigualdades entre espacios sociales producen entre sus respectivas poblaciones jerarquías económicas y simbólicas en cuanto al acceso de éstas a infraestructuras y servicios disponibles. El análisis de estas desigualdades será muy importante, como podremos observar a lo largo de esta investigación, pues permite explicar las relaciones campo-ciudad desde el punto de vista de la lucha de clases.

Ahora bien, como afirma Amin, el análisis de la articulación de las instancias completa al de las formaciones sociales⁴⁸. Contra los abusos del esquema base-superestructura –el cual fue muy escasamente utilizado por Marx⁴⁹–, la categoría de

⁴⁶ *Ibid*, 65.

⁴⁷ Cfr. *Ibid*, 65-66.

⁴⁸ Cfr. Amin, 23.

⁴⁹ Cfr. Néstor García Canclini, *La producción simbólica. Teoría y método en sociología del arte* (México: Siglo XXI, 1988), 65-67. El uso mecanicista de esta metáfora ha sido tantas veces rebatida desde el marxismo que sorprende que aún haya académicos que identifiquen esa idea como una de las piedras

formación económico-social –la cual Marx sí utilizó a lo largo de copiosas páginas, principalmente de sus *Grundrisse*⁵⁰– nos permite aprehender mejor las dinámicas sociales específicas. Como indicaba H. Lefebvre, el abandono de esta categoría en favor del esquema de *base y superestructura* empobreció la capacidad de explicación del marxismo oficial (“marxista-leninista”) al restarle concreitud a la teoría⁵¹. En este sentido, seguimos el modelo de Fredric Jameson –más complejo y analíticamente más provechoso– respecto a la relación entre las instancias de la totalidad social, en el cual, debido al nivel de análisis de nuestra investigación, ampliamos de acuerdo con la categoría de *formación económico-social*, tal como se muestra en el cuadro I.2.1.

Deberá disculparse la apariencia estructuralista de este esquema; sin embargo, las contradicciones se encuentran presentes a todo lo largo y ancho de él. En tanto que, como señalamos atrás, la formación económico-social articula varios modos de producción bajo un modo de producción dominante, es importante indicar que cada instancia en un modo de producción se articula (horizontalmente, según este esquema) conflictivamente con la respectiva instancia en los otros modos de producción de la misma formación (conflicto entre ideologías campesinas y capitalistas, por ejemplo). Cada instancia está atravesada además por sus propias contradicciones –fundamentalmente de carácter clasista–, mientras que en el eje vertical el desarrollo desigual de las instancias (diferencias entre las temporalidades, por ejemplo de lo económico y lo jurídico) genera también contradicciones. Existe una autonomía relativa para cada una de las instancias y un desarrollo desigual entre ellas; temporalidades diferenciadas coexisten en cada formación económico-social, si bien en el desarrollo de la totalidad social las instancias inferiores sobredeterminan a las superiores, habiendo por lo demás intercambios mutuos⁵².

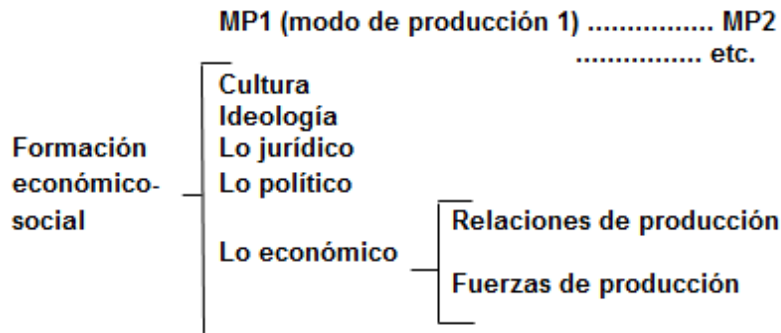
angulares del materialismo histórico. Sobre este tema, entre otros, cfr. Fredric Jameson, *Documentos de cultura*, 15-82; Franz J. Hinkelammert, *Hacia una crítica de la razón mítica. El laberinto de la modernidad* (San José: Arlekin, 2007), 222-231.

⁵⁰ Cfr. Marx, *Grundrisse* (Londres: Penguin, 1973), 471-514.

⁵¹ Cfr. Henri Lefebvre, *Critique of everyday life. Vol I: Introduction* (Londres-Nueva York, 1991), 52.

⁵² Esta complejidad de la concepción marxiana de la sociedad fue observada por Derrida, posiblemente el teórico postestructuralista menos influido por Marx: “en efecto, creo que Marx no era un filósofo de la

Cuadro I.2.1. Instancias sociales, a partir de Jameson



Basado en Jameson, *Documentos de cultura*, 29.

De este modo, la formación económico-social es el punto de referencia para la distribución y producción de espacios y tiempos de las praxis, pero estas formas de organización sólo se reproducen a través de las praxis concretas.

I.2.2. Praxis, habitus, sociabilidades

Toda la complejidad de la teoría marxiana de la historia tiene su fundamento último en la categoría de praxis⁵³. Ésta, en tanto que actividad social dirigida a un fin⁵⁴, implica siempre la transformación de un objeto a la vez que la transformación del propio sujeto, en cuanto individuo y en cuanto miembro de una sociedad; es producción histórico-social con

historia en el sentido en que se suele entender en general; que estaba atento política y filosóficamente a la heterogeneidad de los tiempos, de las cualidades temporales, de los regímenes de causalidad económicos, políticos, jurídicos. En esta maraña de tiempos, Marx es alguien que pensó la intempestividad no sólo como una forma de perturbar el tiempo lineal y homogéneo sino también como condición de la acción política. Desde este punto de vista, permanece muy ajeno a la tradición filosófica". Jacques Derrida, *¡Palabra! Instantáneas filosóficas* (Madrid: Trotta, 2001), 86.

⁵³ La interpretación del marxismo como un economicismo proviene, precisamente, de limitar la categoría marxiana de *praxis* a la de *trabajo*. Así lo han señalado al menos desde mediados del siglo pasado teóricos marxistas de lo cotidiano como Lefebvre, Lukács, Heller y Kosík. Una concienzuda sistematización de la categoría de praxis es realizada en: Adolfo Sánchez Vázquez, *Filosofía de la praxis* (México: Grijalbo, 1973). A lo largo de la primera parte de este apartado desarrollamos algunas de las consideraciones expuestas en el capítulo sobre Marx y Engels en: George I. García, *La producción de la vida diaria. Temas y teorías de lo cotidiano en Marx y Husserl* (San José: Perro Azul, 2005), 23-55.

⁵⁴ Cfr. Mihailo Markovic, *Dialéctica de la praxis* (Bs. Aires: Amorrortu, 1972), 23.

autoconstitución de sujeto ⁵⁵. En palabras de Engels, “el fundamento esencial y más inmediato del pensamiento humano no es la naturaleza misma, sino justamente la transformación de la naturaleza por parte del hombre; cuanto más modificaba el hombre a la naturaleza, más se desarrollaba su entendimiento” ⁵⁶.

La praxis produce objetivaciones en el mundo mientras produce subjetividad; como indican los *Grundrisse*, “la persona se objetiva en la producción, la cosa se subjetiva en la persona” ⁵⁷. Así, el sujeto es producto y productor de sus circunstancias ⁵⁸; desde su nacimiento está inmerso en las condiciones materiales y simbólicas ⁵⁹ propias del lugar social que ocupa en su comunidad, en cuenta, por supuesto, su condición de género. Es una individualidad *corporal* que ha *in-corporado* las condiciones sociales ofrecidas por su medio, pero que a su vez produce esas condiciones. La separación entre estructuras sociales y sujetos es ajena a la teoría marxiana de la historia: para Marx la producción de sujetos es una faceta necesaria de cualquier modo de producción, el cual no sólo produce objetos, sino también las condiciones subjetivas para su reproducción. Según los *Grundrisse* “la producción no sólo crea un objeto para el sujeto, sino también un sujeto para el objeto” ⁶⁰.

El ser humano es un ser material, una corporalidad en intercambio con su entorno, no una conciencia abstracta frente al mundo. Esta es una tesis constante a lo largo de la

⁵⁵ Cfr. Helio Gallardo, “Prólogo” a George I. García, *Las sombras de la modernidad. La crítica de Henri Lefebvre a la cotidianidad moderna* (San José: Arlekin, 2001), 11.

⁵⁶ Cit. en Markovic, 20.

⁵⁷ Karl Marx, *Grundrisse. Foundations of the critique of political economy (rough draft)* (Londres: Penguin, 1993), 89.

⁵⁸ Lefebvre insistió sobre el carácter amplio de la categoría de producción en Marx. Cfr. Henri Lefebvre, *The production of space* (), 68-79. Del mismo autor: *La vida cotidiana en el mundo moderno* (Madrid: Alianza, 1972), 35-38, 43-44. Para una exégesis de esta categoría en Marx, cfr. Enrique Dussel. *Filosofía de la producción* (Bogotá: Nueva América, 1984), 71-94.

⁵⁹ Esto abarca para Marx, en primer lugar, al lenguaje, el cual según *La ideología alemana* es la realidad inmediata del pensamiento; como luego lo desarrollará Bajtín, Marx considera que la conciencia es una producción semiótica, y la propia producción de signos es un proceso material. Cfr. Karl Marx y Friederich Engels, *Escritos sobre lenguaje* (Bs. Aires: Rodolfo Alonso, 1973). Mijaíl M Bajtín, *Estética de la creación verbal* (Bs. Aires: Siglo XXI, 2005).

⁶⁰ Karl Marx, *Grundrisse*, 92. En *El capital*: “el proceso capitalista de producción, considerado en su interdependencia o como proceso de reproducción, pues, no sólo produce mercancías, no sólo produce plusvalor, sino que produce y reproduce la *relación capitalista* misma: por un lado el *capitalista* y por la otra el *asalariado*”. *El capital*, 712, énfasis del original.

obra de Marx, y en particular en *El capital*: hay trabajo abstracto sólo porque hay seres humanos corporales que ejecutan trabajos concretos, y en éstos radica el origen de todo valor. “Aunque actividades productivas cualitativamente diferentes –señala Marx–, el trabajo del sastre y el del tejedor son ambos gasto productivo del cerebro, músculo, nervio, mano, etc., *humanos*”⁶¹. Al darle sentido a su praxis el sujeto se basa en ideas generales –*formas*⁶²– propias de su contexto cultural, pero la praxis es siempre material, singular.

En esta perspectiva, la corporalidad es el punto de partida radical de la praxis⁶³. Los planteamientos marxianos sobre la producción de la subjetividad a partir de sus relaciones sociales –elementos de Marx para una teoría de la ideología– fueron fundamento de la primera de las *filosofías de la sospecha*, y la crítica de Marx hacia la razón ilustrada antecedió a las que en diferentes sentidos desarrollaron Nietzsche y Freud⁶⁴. Empero, Marx lamentablemente no elaboró explícitamente una teoría que sistematizara tales aspectos de la subjetividad. La categoría de *estructura del sentir*, posteriormente formulada por Raymond Williams, sigue esa misma dirección, señalando la tensión a menudo existente entre la interpretación admitida y la experiencia práctica⁶⁵. La estructura del sentir difiere de las concepciones de mundo o las ideologías, en tanto que la primera se refiere a los significados y valores tal y como son vividos activamente; es una “conciencia práctica de tipo presente, dentro de una continuidad viviente e interrelacionada”⁶⁶. En el mismo

⁶¹ Marx, Karl, *El capital*, 54. Véase también en particular la elaboración de Marx sobre las relaciones entre cuerpo y máquina, en el capítulo XIII del primer tomo de *El capital*.

⁶² La *forma*, categoría central del pensamiento dialéctico, alude a una sedimentación de prácticas sociales que cobra autonomía en el seno del proceso social. Esta sedimentación pasa por la producción de una subjetividad que mediante su mirada reconoce esa forma, y que a través de su praxis prolonga la autonomía de la forma; como es bien conocido, para Marx la base de la economía capitalista se encuentra precisamente en la forma mercancía. Cfr., por ejemplo, Marx, *El capital*, cap. XVII.

⁶³ Véanse sus enfáticos planteamientos al respecto, con Engels, en: *La ideología alemana* (Bs. Aires: Pueblos Unidos, 1975), 28-31.

⁶⁴ Cfr. Michel Foucault, *Nietzsche, Freud, Marx*, Prólogo de Eduardo Grüner (Bs. Aires: El cielo por asalto, 1995); Paul Ricoeur, *Freud: una interpretación de la cultura* (México: Siglo XXI, 2007), 32-35. Dicho sea de paso, por esta misma razón Marx escapa de cualquier acusación de logocentrismo.

⁶⁵ Cfr. Raymond Williams, *Marxismo y literatura* (Barcelona: Península, 1997), 153.

⁶⁶ Williams, *Marxismo y literatura*, 155.

sentido, para Lefebvre la *inteligencia del cuerpo*⁶⁷, es la condición de posibilidad de toda praxis: “globalmente considerada, la práctica social presupone el uso del cuerpo: el uso de las manos, miembros y órganos sensorios, y los gestos del trabajo tanto como de las actividades no relacionadas con el trabajo”⁶⁸.

Los desarrollos de Pierre Bourdieu en torno al *sentido práctico*, siguiendo la misma problemática que las recién mencionadas categorías de Williams y Lefebvre, complementan y potencian la teoría marxista de la praxis⁶⁹. Aunque el propio Bourdieu quiso enfatizar la originalidad de su teoría social (a través, por ejemplo, de una nueva terminología), sus puntos de partida ontológicos –no así los epistemológicos⁷⁰– son los mismos que los de Marx; en ambos casos, la actividad práctica es la productora y fundamento de la realidad social⁷¹. En la medida en que Bourdieu retoma tales elementos marxianos y los desarrolla congruentemente, en este trabajo integramos algunos conceptos centrales de este teórico social francés en una matriz teórica marxista.

En un párrafo programático de su teoría sociológica, el propio Bourdieu explicita su parcial filiación con el autor de *El capital*: “hay que elaborar una teoría materialista capaz de rescatar del idealismo, siguiendo el deseo que expresaba Marx en las *Thesen über Feuerbach*, ‘el aspecto activo’ del conocimiento práctico que la tradición materialista ha dejado en su poder. Ésta es, precisamente, la función de la noción de habitus, que restituye a la gente un poder generador y unificador, elaborador y clasificador, y le recuerda al mismo tiempo que esa capacidad de elaborar la realidad social, a la vez socialmente

⁶⁷ Cfr. Lefebvre, *The production*, 174. Sobre las críticas de Lefebvre a las concepciones de un sujeto centrado, cfr. su *Critique de la vie quotidienne. II: Fondements d’ une sociologie de la quotidienneté* (París: L’Arche, 1980), 218-220.

⁶⁸ Lefebvre, *The production*, pág. 40.

⁶⁹ Retomo aquí varios de los elementos de la aproximación expuesta en: George I. García, “Tiempo, trabajo y capital en Marx y Bourdieu: un metacomentario”. *Revista Abra* 37-38 (2007).

⁷⁰ En particular, esto le llevó por derroteros distintos a los de Marx respecto a la teoría de las *clases sociales*. Cfr. Pierre Bourdieu, *Poder, derecho y clases sociales* (Bilbao: Desclée de Brouwer, 2000), 101-164.

⁷¹ Bourdieu trata de alejarse de este término por encontrar en él un dejo teórico referente al “marxismo elegante, a lo joven Marx, Frankfurt, marxismo yugoeslavo”, pero la correspondencia entre la *praxis* marxiana y la *práctica* en Bourdieu es bastante clara, como observaremos en este apartado. Cfr. Bourdieu, *Cosas dichas* (Barcelona: Gedisa, 2000), 33.

elaborada, no es la de un sujeto trascendente, sino la de un cuerpo socializado, que invierte en la práctica de los principios organizadores socialmente elaborados y adquiridos en el decurso de una experiencia social situada y fechada”⁷².

El sentido práctico es, pues, un conocimiento desde el cuerpo. Según Bourdieu, “aprendemos por el cuerpo. El orden social se inscribe en los cuerpos a través de esta confrontación permanente, más o menos dramática, pero que siempre otorga un lugar destacado a la afectividad y, más precisamente, a las transacciones afectivas con el entorno social”⁷³. Gracias a que los intercambios sociales a lo largo de la vida del sujeto forman al habitus y tienden a producir una coherencia entre éste y el medio social en el que se desenvuelve, el habitus funciona como un mecanismo que fabrica coherencia y necesidad a partir del accidente y la contingencia⁷⁴. En particular, el lugar de clase y el de género son determinantes en la formación de la corporalidad, en la cual a menudo se confunden las propiedades sociales y las biológicas, principalmente las sexuales. De este modo, las prácticas sociales (praxis, en la terminología marxiana) están determinadas⁷⁵ de un modo inconsciente, y la mayor parte del tiempo se justifican por su consistencia con un orden instituido que se da por necesario y evidente⁷⁶.

⁷² Pierre Bourdieu, *Meditaciones pascalianas* (Barcelona: Anagrama, 1999), 181.

⁷³ Bourdieu, *Meditaciones pascalianas*, 186. Bourdieu ejemplifica esto con el caso de un deportista, quien mientras juega no hace cálculos racionales, sino que sigue un sentido del juego construido por una repetición previa de determinados movimientos que le permiten ejecutar, sin tener que razonar sobre ellas, las jugadas que ejerce en el terreno de juego. Cuando un comentarista explica esa jugada, su explicación no reproduce el proceso mental del deportista al hacer esa jugada; son lógicas diferentes. Confundir la lógica práctica con la epistémica equivale a caer en un error epistemocéntrico propio de la razón escolástica. Dicho error consiste en considerar que los agentes sociales actúan racional y conscientemente, *with full understanding*, y que por tanto las prácticas sociales responden a cálculos que benefician sus intereses Cfr. *Ibid.*, 171-214.

⁷⁴ Cfr. Pierre Bourdieu, *El sentido práctico* (Bs. Aires: Siglo XXI, 2007), 128.

⁷⁵ Determinación aquí no puede entenderse en un sentido mecánico; tal concepción fue rebatida por Hegel y en general por el idealismo alemán, cuya dialéctica tiene siempre como trasfondo el problema de la libertad del sujeto. La crítica sin más a los determinismos incurre las más de las veces por confundir causalidad mecánica con causalidad en general. Sobre el tema de la causalidad, cfr. Louis Althusser y Étienne Balibar, *Para leer El Capital* (México: Siglo XXI, 1981). Sobre la crítica dialéctica al mecanicismo, cfr. Hegel, G.W.F. *Ciencia de la lógica*. Tomo 1. (Bs. Aires: Solar, 1993) También: Fredric Jameson, *Documentos de cultura*, 20-82.

⁷⁶ Cfr. Bourdieu, *Meditaciones pascalianas*, 228.

El habitus, como sujeto corporal socializado y guiado por un sentido práctico propio determinado por su lugar social, explica esta adecuación entre individuo y sociedad: “producto de la historia, el habitus origina prácticas, individuales y colectivas, y por ende historia, de acuerdo con los esquemas engendrados por la historia; es el habitus el que asegura la presencia activa de las experiencias pasadas que, registradas en cada organismo bajo la forma de esquemas de percepción, de pensamientos y de acción, tienden, con más seguridad que todas las reglas formales y todas las normas explícitas, a garantizar la conformidad de las prácticas y su constancia a través del tiempo”⁷⁷. Así, los actores sociales solamente parecen seguir una racionalidad dentro del sistema social en el que se desenvuelven debido a que han interiorizado pautas sociales que reproducen las más de las veces de modo automático e inconsciente: “precisamente porque los agentes no saben nunca completamente lo que hacen, lo que hacen tiene más sentido del que ellos saben”⁷⁸.

En otras palabras, la mayor parte del tiempo las praxis siguen dinámicas inerciales, in-corporadas y formadas inconscientemente a través de la repetición, y las interacciones cotidianas suponen una identidad práctica que no necesariamente corresponde con las explicaciones que los sujetos se dan a sí mismos y a los demás acerca de sus lugares sociales, pues existen desfases entre el lenguaje y la praxis cotidiana; el lenguaje es sólo una más entre las instancias de la actividad social. Como certeramente indicaba Williams, “existe una tensión frecuente entre la interpretación admitida y la experiencia práctica”⁷⁹.

De este modo, no toda praxis es trabajo, pero toda praxis presupone una producción para la subsistencia; el trabajo es el tipo fundamental de praxis. Incluso Bourdieu, que trató de sostener una visión pluralista del capital (social, económico, simbólico, etc.), tuvo que admitir en diversas ocasiones que el capital económico es la base de todos los demás tipos de capital⁸⁰. Tanto Marx como Bourdieu parten de la actividad humana como productora

⁷⁷ Bourdieu, *El sentido práctico*, 88-89.

⁷⁸ Idem, 111.

⁷⁹ Cfr. Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*, 153.

⁸⁰ Cfr. García, “Tiempo, trabajo y capital”, 63-66.

del mundo social; ahora bien, al ser el trabajo la praxis fundamental, el poder de (y sobre) la organización del trabajo es también el poder social fundamental ⁸¹.

Lefebvre indicaba que, más allá del trabajo, los procesos por los cuales las praxis producen objetivaciones pueden tener un carácter acumulativo ⁸². Bourdieu amplía esta posición, resaltando que la acumulación también se da en el sentido de la in-corporación de habilidades y conocimientos, entre otras posibilidades. Buscando –de nuevo– distanciarse de la terminología marxista, el autor de *La distinción* denomina como *trabajo* a este tipo de praxis: la categoría de *trabajo* es ampliada para abarcar toda actividad que genera un valor social, aunque tal valor no sea, como la mercancía, inmediatamente intercambiable. “La base universal del valor –dice Bourdieu–, la medida de todas las equivalencias, no es otra que el *tiempo de trabajo*, en el más amplio sentido del término” ⁸³. Prácticas supuestamente “no interesadas”, como la lectura, el aprendizaje de un idioma o la pertenencia a un determinado grupo, tendrían, pues, que ser analizadas como diversas formas de trabajo, por ser ellas acciones que generan acumulación de diferentes tipos de valores sociales.

Bourdieu coincide con Marx en cuanto a que todo capital es trabajo acumulado; empero, las categorías de trabajo y de capital difieren entre uno y otro. El trabajo vivo (concreto, en términos de Marx), puede objetivarse de un modo inmediatamente visible y cósico, o subjetivarse modificando las facultades del sujeto: el capital es inherente a las estructuras sociales tanto objetivas como subjetivas, ya que se acumula tanto en forma de materia como en forma interiorizada o “incorporada” en el *habitus* ⁸⁴.

⁸¹ A esto se refiere la metáfora de la base y la superestructura. Como plantea Jameson, esta imagen no debe tomarse como una teoría, sino como el nombre de un problema cuya solución debe ajustarse al análisis particular de cada caso histórico. Cfr. *Late Marxism: Adorno, or, the persistence of the dialectic* (Londres-Nueva York: Verso, 2006), 46.

⁸² Cfr. Lefebvre, *Critique de la vie quotidienne. II*, 322-338.

⁸³ Bourdieu, *Poder, derecho y clases sociales*, 159. Énfasis del original. Como decía Marx, “economía de tiempo: a esto se reduce finalmente toda economía”. Marx, *Grundrisse*, 173.

⁸⁴ Idem, 131.

A partir de la vasta gama de *trabajos* posibles, Bourdieu propone tres tipos principales –aunque no únicos⁸⁵– de capital: capital económico, capital social y capital cultural⁸⁶, derivándose el capital simbólico de la composición global de estos distintos capitales. La *estructura total del campo social* –que Bourdieu grafica como un *espacio social* multidimensional cuyos ejes son los tipos de capital en juego⁸⁷– se fundamenta sobre la configuración particular (espacio-temporal) de la distribución de los capitales⁸⁸; los sujetos se sitúan socialmente tomando posiciones dentro de esa configuración.

En esta investigación asumimos que los “capitales” simbólico y cultural, efectivamente, estructuran las prácticas, relaciones sociales y sociabilidades cotidianas, pero, como para Marx –y para Bourdieu⁸⁹–, lo hacen bajo el condicionamiento de los factores propiamente económicos. Por ello en adelante, cuando utilizamos los términos “capital simbólico” y “capital cultural” lo hacemos para mantener la referencia a los aportes de la teoría de Bourdieu, pero conceptualmente no las consideramos capital, sino más en general como procesos prácticos acumulativos, en el sentido planteado por Lefebvre, como indicamos más arriba. Por las mismas razones, en esta investigación limitaremos el concepto de *trabajo* al propiamente económico, considerando los otros tipos de trabajo según el teórico social francés como formas de praxis.

Los “capitales” de Bourdieu pueden transformarse de un tipo al otro, pero esto sólo es posible a través de un trabajo específico de conversión. En el caso del paso del capital económico al cultural, por ejemplo, se puede comprar una obra de arte, pero la capacidad

⁸⁵ Bourdieu introduce capitales “regionales” al considerar distintos campos de la práctica social. Entre ellos se pueden contar el jurídico, el político, el religioso y el artístico.

⁸⁶ *Ibid.*, 135-136.

⁸⁷ Cfr. Pierre Bourdieu, *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción* (Barcelona: Anagrama, 1997), 11-26.

⁸⁸ Pierre Bourdieu, *Poder, derecho y clases sociales*, 142.

⁸⁹ “De una parte, el capital económico sirve de *base* a todos los demás tipos de capital, pero, de otra, las manifestaciones transformadas y travestidas del capital económico nunca pueden reconducirse a él totalmente, y ello porque dichas manifestaciones tan sólo pueden producir sus efectos específicos en la medida en que oculten (sobre todo ante sus propios poseedores) que es el capital económico el que les sirve de *base* y el que, siquiera *en última instancia*, determina sus efectos”. Bourdieu, *Ibid.*, 158. Nótese que las expresiones (por mí, GG) enfatizadas en la anterior cita tienen una inequívoca historia en la tradición marxista. Cfr. También Pierre Bourdieu, *Razones prácticas*, 18.

para discurrir razonablemente sobre ella, o incluso de simplemente disfrutarla sólo se adquiere mediante una inversión de tiempo en el campo específico del arte. Del mismo modo, la posibilidad de convertir en capital social el capital económico depende “de un desembolso aparentemente gratuito del tiempo, preocupación y esfuerzo, mediante el que la relación de intercambio pierde su significado puramente monetario, lo cual se aprecia, por ejemplo, en el esfuerzo por personalizar un regalo”⁹⁰.

Los espacios y los objetos son referentes de gran importancia para el análisis de las sociabilidades precisamente debido a que, más allá de sus respectivas funcionalidades, ellos sitúan a sus ocupantes o poseedores en diversas jerarquías sociales: son indicadores de capital simbólico, cultural, social y por supuesto económico. En ellos se condensan relaciones sociales y se producen los *habitus*; según Bourdieu, “el mundo de los objetos, esa suerte de libro en el que todas las cosas hablan metafóricamente de todas las otras y en el que los niños aprenden a leer el mundo, se lee con todo el cuerpo, en y por los movimientos y los desplazamientos que hacen el espacio de los objetos tanto como son hechos por él”⁹¹.

Son, por tanto, elementos fenoménicos que permiten visibilizar las desigualdades sociales de carácter estructural, y particularmente respecto a las clases sociales, un tema no exento de dificultades.

1.2.3. “Clase media”, clases medias, sectores medios

Ya hemos afirmado que en la teoría marxiana de la historia las categorías de *modo de producción* y de *formación económico-social* responden a necesidades analíticas distintas, estando la segunda más directamente referida a las sociedades empíricas. De allí que el análisis de las clases sociales varíe también de acuerdo con el criterio que se asuma como totalidad social: en el caso del modo de producción capitalista, se trata de la clásica

⁹⁰ Pierre Bourdieu, *Poder, derecho y clases sociales*, 159-160.

⁹¹ Bourdieu, Pierre. *El sentido práctico*, 124. Véanse además, sobre la categoría de *espacio social*, Henri Lefebvre, *The production of space*; sobre la de *objeto*, Jean Baudrillard, *El sistema de los objetos* (México: Siglo XXI, 1979).

oposición entre burguesía y proletariado, donde la primera clase social es propietaria de los medios de producción y la segunda le vende su fuerza de trabajo a cambio de un salario. La situación se vuelve, empero, más compleja cuando el análisis trata sobre las formaciones económico-sociales en las que predomina el modo de producción capitalista.

Mientras que el modo de producción capitalista produce capital por la apropiación que la clase burguesa logra de los excedentes del trabajo de la clase obrera –por lo cual las clases en el capitalismo *como modo de producción* son dos–, al articularse éste con otros modos de producción, articula a su vez las relaciones de clases de ellos. Estas relaciones entre clases sociales se hacen más complejas, luego, en la formación económico-social, y con más razón a nivel de sistema-mundo. Como indica Grüner, “desde la perspectiva del *sistema-mundo*, pues, la lucha de clases no queda 'secundarizada', sino que se *complejiza*: las *clases* dominadas del *país* dominado están en lucha simultáneamente contra la fracción de *su* propia clase dominante que más se beneficia con la relación colonial y con las clases dominantes del 'centro', mientras otra fracción de las clases sociales 'periféricas' puede desarrollar conflictos secundarios con las clases dominantes 'centrales' [...] Pero, además, ciertas fracciones de las clases dominadas del 'centro' pueden desarrollar *intereses objetivos* a favor de la explotación a nivel internacional –ya que el flujo de capitales periferia→centro, así como los términos del intercambio favorables al centro, pueden contribuir a mejorar el nivel de vida de muchos trabajadores 'centrales'–, con lo cual, para mayor complejidad aún, en el *sistema-mundo* en su conjunto pueden existir conflictos 'intra-clase' no solamente dentro de las *clases dominantes*, sino también de las *dominadas*”⁹².

En el sistema-mundo capitalista la acumulación de capital se ha servido de relaciones de producción que no son las típicas del modo de producción capitalista, tal y como lo atestigua el trabajo esclavo en las colonias europeas y en los Estados Unidos hasta entrado el siglo XIX. Para nuestros efectos, es claro que para el siglo XIX el capitalismo se había consituido como modo de producción dominante en Costa Rica, y que se impuso

⁹² Grüner, 172.

gracias a su explotación de la producción mercantil simple ⁹³. Es menester resaltar que ésta no genera en sí misma contradicciones de clase, más que cuando ella se supedita a otro modo de producción. Sus representantes –campesinos, pequeños comerciantes y artesanos, por ejemplo– explotan familiarmente los medios de producción de los cuales son dueños, y conforman diversas facciones de la clase social que Marx llamaba propiamente *pequeña burguesía*. Es, reiteramos, una clase que no pertenece al modo de producción capitalista.

Por otra parte, cuando se habla de *clase media* se menciona, junto a la pequeña burguesía marxiana, a profesionales, burócratas, maestros, militares: en general, a grupos socio-ocupacionales que, trabajando independientemente o por un salario, ejercen labores para las cuales se requiere de una formación intelectual especializada. Estos grupos son los que durante la década de 1970 fueron denominados por Poulantzas como *nueva pequeña burguesía*, la cual formaría parte de la pequeña burguesía junto con la *pequeña burguesía tradicional* (aquella pequeña burguesía de la que hablaba Marx); ambas formarían según el discípulo de Althusser una sola clase social gracias a factores ideológicos ⁹⁴.

Ese planteamiento pretendía explicar desde un punto de vista marxista el crecimiento de los sectores sociales que la sociología había denominado –bajo criterios cuantitativos– como *clase media* o *clases medias* ⁹⁵. En realidad, como indica Baranger, el intento de Poulantzas no logró ir más allá de un cambio nominal: cambió el *nombre* de la “clase media” por el de “pequeña burguesía”, y en ésta, al modo de un desván, depositó los

⁹³ Cfr. Iván Molina, *Costa Rica (1800-1850). El legado colonial y la génesis del capitalismo* (San José: EUCR, 1991).

⁹⁴ Cfr. Nicos Poulantzas, *Las clases sociales en el capitalismo actual* (México: Siglo XXI, 1983), 190-194.

⁹⁵ Recordemos que Marx utilizó las expresiones *Mittelstände* (en el *Manifiesto del Partido Comunista*) y *Mittelklasse* (en *El dieciocho brumario*, *El capital* y en las *Teorías sobre la plusvalía*). Empero, estas menciones no elaboran el concepto correspondiente; recordemos que Marx avanzó grandemente en la construcción de un aparato conceptual –fue un *fundador de discurso*, según lo describía Roland Barthes junto a Nietzsche y Freud–, pero en algunas ocasiones se filtraron expresiones coloquiales en sus escritos. Un caso curioso es el indicado por Scaron, quien cita la utilización por Marx de la expresión *Arbeitsgeber* (literalmente, “dador de trabajo”) en el sentido de patrono. Por supuesto, ese término de uso corriente en la literatura económica alemana riñe con toda la teoría marxista del valor, pero es un raro ejemplo de cómo una imprecisión terminológica pudo colársele incluso a un teórico tan riguroso como Marx. Cfr. Pedro Scaron, “Advertencia del traductor”, en Karl Marx, *El capital*, tomo I, XVII-XVIII.

sectores sociales cuya clasificación resulta difícil desde el criterio de las relaciones sociales de producción ⁹⁶. Al anterior criterio podemos sumar el de Cardoso y Pérez Brignoli: “estos [nuevos] sectores medios no pueden considerarse como una clase, en la acepción marxista del término, aún cuando desde el mismo Marx se les aplica con frecuencia tal designación. En primer lugar, no existe univocidad de criterios para distinguir dichos sectores. Los nuevos sectores medios: personal técnico, administradores, etc., que no poseen medios de producción, no pueden ponerse a la par de los rentistas, pequeños y medianos propietarios rurales e industriales, pequeños y medianos comerciantes, etc. Segundo, la gran variedad de formas de inserción en el proceso productivo hace que ni ola conducta económica, y menos todavía la política, puedan esperarse en dichos sectores como una conducta de clase [...]. Tercero, la posición política e ideológica de dichos sectores y sus grados de conciencia variarán según cada situación histórica concreta y se expresarán en su vinculación a las alianzas de clase y al bloque de poder. Cuarto, dichos sectores medios aparecen en su conjunto como categorías estadísticas más que como grupos reales. Su comportamiento sólo puede estudiarse desglosando el agregado estadístico. Finalmente, habría que estudiar el problema de cuáles de dichos 'nuevos sectores medios' pueden incluirse en la noción de capa social o en la de categoría social” ⁹⁷.

Consideramos pertinentes las anteriores críticas a la conceptualización de la *pequeña burguesía* de Poulantzas; empero, no aportan criterios para comprender los rasgos específicos de estos sectores sociales. Para Baranger, por ejemplo, la *pequeña burguesía* poulantziana consiste en realidad en: “a] una clase (la pequeña burguesía tradicional); b] sectores de otras clases (los managers, pertenecientes a la burguesía; los asalariados de la circulación y los técnicos que se incluyen en el proletariado); c] sectores sociales

⁹⁶ Cfr. Denis Baranger, “Clases medias y pequeñas burguesías” *Revista mexicana de sociología* XLII, 4. Octubre-diciembre 1980. 1617-1619.

⁹⁷ Ciro Cardoso y Héctor Pérez Brignoli, *El concepto de clases sociales* (San José: Nueva Década, 1982), 50.

diferenciables sin que pertenezcan a clase alguna (el grueso del personal del Estado, y también los ‘ejecutivos subalternos explotados por el capital’)”⁹⁸.

Esta respuesta está en lo correcto en cuanto a los empleados de la circulación, quienes serían proletarios; por el contrario, nos parece abusivo su caracterización de los *managers* como burgueses, pues para serlo deberían ser poseedores de medios de producción, con lo cual no habría siquiera necesidad de cuestionárselos como *managers*. El caso de los empleados estatales es más complejo: son asalariados, pero su trabajo no produce plusvalía. Empero, sí colaboran en la acumulación de capital de manera más indirecta: sobre todo en los circuitos secundario y terciario. Este criterio nos parece muy importante, y a él volveremos más adelante al revisar el tema de la adscripción de clase de los sectores medios.

La propuesta de Erik Olin Wright sobre este tema nos ayuda a plantear varios aspectos importantes en este sentido. A mediados de la década de 1980, este investigador propuso un esquema en el cual da cuenta de la *nueva pequeña burguesía* de Poulantzas mediante los conceptos de *lugares contradictorios de clase* y de *interpenetración de modos de producción*. De acuerdo con el primer concepto, habrían clases sociales caracterizadas por controlar capital-dinero, capital físico y trabajo, sin ser propietarios: es el caso de ejecutivos, gerentes y supervisores⁹⁹, los cuales median entre capitalistas y obreros. A partir del segundo concepto, Wright sitúa a los pequeños empleadores, los cuales son productores directos autoempleados –característica pequeño-burguesa– a la vez que emplean trabajo asalariado –como capitalistas–. También permite situar a los empleados semiautónomos, quienes controlan sus propias condiciones de trabajo, pero no las de otros, y su trabajo es explotado por capitalistas. Este sería el caso de investigadores científicos, diseñadores, maestros, técnicos y profesionales no formalmente asalariados¹⁰⁰.

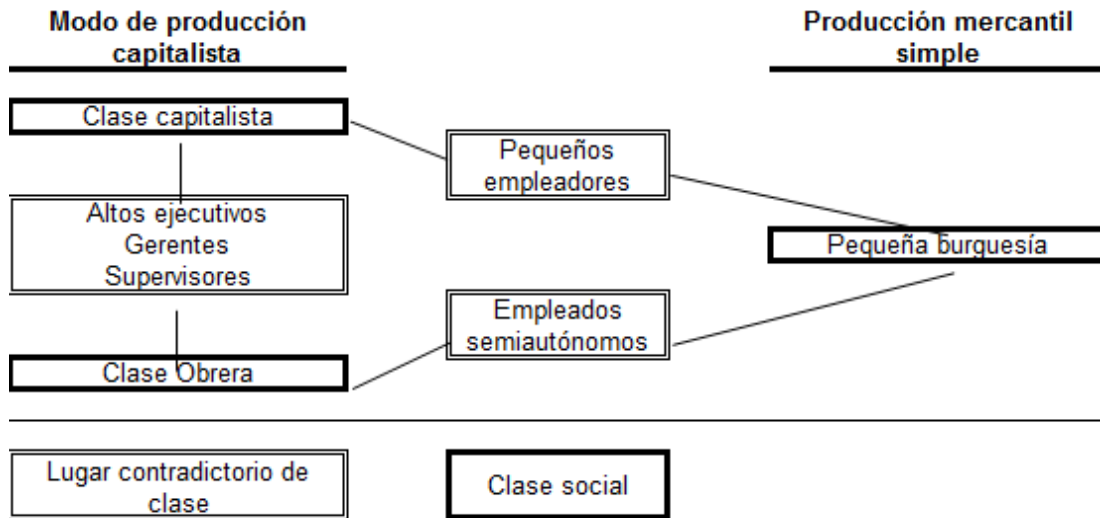
El siguiente esquema grafica esta conceptualización sobre las clases sociales:

⁹⁸ Baranger, 1627.

⁹⁹ Cfr. Erik Olin Wright, *Classes* (Londres-Nueva York: Verso, 1985), 46-47.

¹⁰⁰ Idem, 47.

Cuadro I.2.2. Clases sociales en el capitalismo contemporáneo, según Wright



Fuente: E.O. Wright, 48.

Este planteamiento se estructura tanto desde el criterio de los factores de producción como del criterio del control o decisión sobre el proceso de producción; de hecho en la teoría de Wright sobre las clases sociales el concepto de *dominación* fue adquiriendo un papel cada vez más importante ¹⁰¹. Sus posteriores intentos por rescatar el carácter básicamente económico de las diferencias entre clases lo han llevado a resaltar la centralidad de la *explotación*; desde allí reformuló su teoría de los lugares contradictorios de clase ¹⁰². Su posterior tipología de clases sociales, empero, dejó de lado la consideración sobre la articulación entre modos de producción, proponiendo una gradación de tres categorías de propietarios y nueve de no propietarios, estos últimos de acuerdo con sus credenciales y su jerarquía en la organización del trabajo ¹⁰³. Pero finalmente, su nuevo esquema, en lo que respecta a los no propietarios, ya no trata sobre clases sociales en un sentido marxista: en este nuevo planteamiento, Wright sitúa, como clases distintas, junto a

¹⁰¹ Cfr. idem, 56-57.

¹⁰² Cfr. idem, 86-98.

¹⁰³ Cfr. idem, 88.

la burguesía y al proletariado, a gerentes expertos, gerentes parcialmente acreditados, gerentes sin credenciales, supervisores expertos, etc.

Desde nuestro punto de vista, el factor del *control* o de *dominación* le generó a Wright un “ruido” teórico innecesario que lo llevó a desechar el esquema que recién hemos reproducido (cuadro I.2.2.). Dejando de lado ese criterio, consideramos que el lugar que Wright le asigna a ejecutivos, gerentes y supervisores le corresponde en realidad a cualquier profesional asalariado, pues lo definitorio de la clase está ante todo en el tipo de relación económica mediante la cual ella se produce socialmente; Marx nunca planteó el concepto de *clase* ni desde la *dominación* ni desde la *explotación*. Hecha esta salvedad, el cuadro muestra debidamente las clases marxianas tradicionales de burguesía, clase obrera y pequeña burguesía; y esta última podría ser considerada, junto con los lugares contradictorios de clase –empleados semiautónomos, pequeños empleadores¹⁰⁴ y profesionales asalariados– como las clases que conformarían la *clase media* de la que trata nuestro estudio. La *clase media* sería ante todo un ideograma, como explicamos en el próximo apartado.

Estos lugares contradictorios serían clases sociales, pues sus *modus vivendi* no se enmarcan en las de cualquier otra clase: difieren de las condiciones de proletarios, capitalistas o pequeño-burgueses, por ejemplo. Por otra parte, recordemos que en su trunco capítulo sobre clases sociales, Marx comparaba a funcionarios y médicos con los terratenientes como clase, en la cual habrían viticultores, agricultores, dueños de bosques, poseedores de minas y poseedores de pescaderías, entre otros¹⁰⁵. Resulta interesante que en sus postreros escritos Marx haya considerado como una misma clase social a asalariados de cuello blanco y a profesionales que en su época eran aún independientes, pero consideramos más precisa la delimitación de Wright en varios lugares contradictorios de

¹⁰⁴ De hecho, a lo largo de este trabajo nos referiremos a los pequeños empleadores en la producción como *medianos productores*, mientras que a quienes tienen propiedad de medios de producción y no emplean mano de obra fuera de la unidad doméstica –pequeña burguesía en sentido estricto–, los llamaremos *pequeños productores*.

¹⁰⁵ Cfr. Marx, *El capital*, tomo III, 1124.

clase. En términos estructurales, la *clase media* correspondería, pues, a *varias* clases medias.

Lo específico de estos lugares contradictorios de clase radica en ser fuerza de trabajo especializada, la cual ha tenido que incorporar mediante un gasto económico (casi siempre de la familia, a veces individual, a veces subsidiado por el Estado). Lo que socialmente diferencia a un maestro, un gerente, un abogado o un contador se deriva de sus títulos u otras credenciales que certifican sus conocimientos y habilidades; son “capital educativo” encarnado. Sacrificaron tiempo laborado con menores salarios, en vistas a alcanzar mejores ingresos a través de la práctica profesional, y a diferencia de la pequeña burguesía, no hicieron inversión en medios de producción o circulación materiales, sino en una optimización de su fuerza de trabajo ¹⁰⁶. De allí que profesionales y técnicos no puedan ser considerados proletarios, aun cuando trabajen por un salario; el título profesional o académico certifica que quien lo ostenta es poseedor de un bien *per se* intangible (su *capital educativo*), así como un título de propiedad le asegura al pequeño-burgués sus medios de subsistencia.

Posee capacidades necesarias para la reproducción del capitalismo, ante todo desde los circuitos secundario y terciario de acumulación. En este sentido, aunque este tipo de ocupaciones antecede al modo de producción capitalista, no es ajeno a él, como sí lo es la pequeña burguesía. La *revolución incesante* de la que hablaba el *Manifiesto comunista* supone una inversión en fuerza de trabajo intelectual (en el sentido amplio de Gramsci), ocupada en las diversas facetas de la acumulación de capital; es pensable un capitalismo sin pequeña o mediana propiedad, pero no sin trabajadores intelectuales (maestros, gerentes, contadores, ingenieros, etc.), así sean asalariados.

Las clases sociales están constituidas por sectores, los cuales pueden atravesar dos o más clases sociales. Las diversas categorías socio-ocupacionales de profesionales, por

¹⁰⁶ En este sentido, además de los *trabajadores intelectuales* (en el sentido amplio de Gramsci), hay ciertos tipos de *educación del cuerpo*, como la de los deportistas profesionales, en las formaciones sociales en las que los hay, que podemos considerar bajo esta optimización de la fuerza de trabajo.

ejemplo, no ocupan un lugar específico en el cuadro I.2.2., pues pueden ser a la vez pequeño-burgueses –poseer una oficina e instrumentos en tanto que profesionales liberales–, emplear ayudantes (secretarias, mensajeros, asistentes, etc.) como pequeños empleadores, o trabajar como asalariados. En cualquiera de estos casos, los profesionales en cada una de estas clases serían parte de los *sectores medios*; eventualmente algunos casos, como indicamos más adelante ¹⁰⁷ pertenecerían a la burguesía.

Del mismo modo, pequeños propietarios campesinos y pequeño-burgueses urbanos formarían ambos parte de la clase pequeño-burguesa, pero serían sectores distintos de ella. Igualmente, por ejemplo, un pequeño empleador puede ser tanto un mediano productor cafetalero como un abogado con oficina, secretario y asistente; uno y otro pertenecerían a la misma clase, pero desde dos sectores (medios) distintos. Los sectores de clase serían una categoría más observable que las clases, pero menos evidentes que las categorías socio-ocupacionales. Esta precisión es importante debido a que a menudo las fuentes nos informan sobre sectores sociales específicos, sobre los cuales no se cuenta con criterios adicionales para determinar a cuál clase (media) específica pertenecen. Es a través de los distintos *sectores medios* que podremos ver en nuestro estudio cómo se vivieron, se organizaron y elaboraron identidades y discursos sobre la *clase media* y sobre el país a lo largo de nuestro período.

En cuanto a las condiciones de existencia de las clases medias, el capitalismo tiene una necesidad estructural de administrar las relaciones de producción y de regular la acumulación de capital desde los circuitos secundario y terciario ¹⁰⁸. El Estado, si bien no puede reducirse a una junta de capitalistas –al respecto Marx fue muy claro ya desde su análisis del *bonapartismo*, por ejemplo ¹⁰⁹–, ha cumplido este tipo de funciones, pues en su ausencia los capitalistas individuales acabarían más aceleradamente con las fuentes del

¹⁰⁷ Cfr. infra, I.3., en lo concerniente a las limitaciones de las categorías socio-ocupacionales para el análisis de clases sociales.

¹⁰⁸ Seguimos la posición al respecto desarrollada por David Harvey en “The Marxian theory of the state”, *Spaces of capital. Towards a critical geography* (Nueva York: Routledge, 2001), 267-283.

¹⁰⁹ Cfr. Marx, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* (Madrid: Alianza, 2003), 153-175.

valor: naturaleza y fuerza de trabajo. Además, más allá de sus actividades directas como empleador, el Estado ha propiciado la producción de profesionales y técnicos al protegerlos legalmente, y al subsidiar incluso su formación educativa; las clases medias basadas en los trabajos intelectuales se han desarrollado al amparo del Estado.

El acceso a los fondos de consumo y a servicios clave, como educación y salud, ha condicionado no sólo la situación de estas clases, sino además las posibilidades de movilidad social de sus miembros. La cuestión urbana, la inserción en la dinámica espacial de la ciudad y de su desarrollo socio-económico, marca por ello una diferencia sumamente importante en la formación de las clases sociales. Como veremos en esta investigación, las diferencias entre campo y ciudad –bastante marcadas en el contexto espacio-temporal de nuestro estudio– se refieren al desarrollo económico desigual del capitalismo agrario, y por éste podemos comprender las condiciones del surgimiento de la “clase media” a lo largo de la primera mitad del siglo XX.

Junto con estos factores de tipo espacial, las posibilidades de inversión económica implicadas en la propiedad de un pequeño taller, pulpería o finca, así como en la formación del profesional, resaltan la importancia de la familia como condicionante de clase. Su papel como agente socializador –aparato ideológico del Estado– ha sido estudiado desde diversos enfoques teóricos y por diversas disciplinas, pero a menudo se han subestimado las implicaciones que tales funciones tienen respecto a la estructuración social.

Según Bourdieu, ese es el principal lugar de acumulación; la familia es “fruto de una auténtica *labor de institución*, a la vez ritual y técnica, orientada a instituir duraderamente en cada uno de los miembros de la unidad instituida unos sentimientos adecuados para garantizar la *integración* que es la condición de existencia y de la persistencia de esta unidad”¹¹⁰. Por ello, es “una de las principales condiciones de la acumulación y de la transmisión de los privilegios, económicos, culturales, simbólicos. La familia asume en efecto un papel determinante en el mantenimiento del orden social, en la reproducción no sólo biológica sino social, es decir en la reproducción de la estructura del

¹¹⁰ Bourdieu, *Razones prácticas*, 131.

espacio social y de las relaciones sociales. Es uno de los lugares por antonomasia de la acumulación de capital bajo sus diferentes especies y de su transmisión entre las generaciones: salvaguarda su unidad para la transmisión y por la transmisión, a fin de poder transmitir y porque está en condiciones de hacerlo. Es el 'sujeto' principal de las estrategias de reproducción”¹¹¹.

La familia, institución *social* y no biológica, es pues el punto de referencia básico para analizar al habitus y sus sociabilidades. Wallerstein prefiere hablar de *unidad doméstica (household)* en lugar de *familia*, para recalcar este carácter social pero, aunque utilicen distintas nomenclaturas, en lo básico los enfoques de ambos autores son complementarios; nosotros los utilizaremos estos dos términos indistintamente. El énfasis de Wallerstein está en lo económico, esto es, en las funciones de esta institución en el sistema-mundo; de allí su definición: “una unidad doméstica es una unidad que reúne en un fondo común los ingresos de sus miembros para asegurar su mantenimiento y reproducción”¹¹².

Para tales efectos este teórico indica que las unidades domésticas cuentan con cinco tipos de ingreso: salarios, beneficios, rentas, subsidios y actividades de subsistencia. Los salarios –fijados a partir de la relación patrono-empleado, típicamente capitalista– se refieren “a aquellos ingresos (habitualmente en efectivo, pero con frecuencia también en especie) que se reciben de alguien o de alguna entidad ajena a la unidad doméstica a cambio de un trabajo, que suele llevarse a cabo fuera de la unidad doméstica y con un horario usualmente prescrito (y legalmente limitado)”¹¹³. Por su parte, los beneficios, ingresos provenientes del mercado, surgen cuando miembros de la unidad doméstica venden mercancías y servicios producidos en ella misma¹¹⁴; es el ingreso típico de la producción mercantil simple. Recordemos además que en este modo de producción tiende a participar la familia entera, sea en el campo, el artesanado o el comercio, por ejemplo.

¹¹¹ Idem, 133.

¹¹² I. Wallerstein, *Capitalismo histórico*, 235.

¹¹³ Idem, 228.

¹¹⁴ Cfr. Idem.

Las rentas “proviene[n] del uso remunerado por alguien ajeno a la unidad doméstica de algo sobre lo que [ésta] dispone de derechos de propiedad (legales) [...] No requiere trabajo, sólo el permiso de uso”¹¹⁵. El cuarto tipo de ingreso, el de los subsidios, “son ingresos para los que no hay una contrapartida inmediata de trabajo”¹¹⁶. Ejemplo de ello según Wallerstein son las pensiones de vejez, seguros de desempleo, compensaciones por accidentes de trabajo y subsidios asistenciales; podemos considerar bajo esta categoría a la salud y la educación públicas, así como las diversas obras públicas, como más adelante veremos. Bajo este rubro incluye también a las transferencias privadas, las cuales son principalmente *regalos* que provienen de la familia “amplia”, de amigos y de la comunidad. Con todo, hay obligación de reciprocidad, de modo que el autor sugiere que estos ingresos deberían considerarse “como formas de ajustar los ingresos a lo largo de una vida a curvas desiguales de gasto (por ejemplo, con ocasión de nacimientos, bodas, fallecimientos...)”¹¹⁷.

El último tipo, el de las actividades de subsistencia, abarca aquellos productos y servicios producidos para el mantenimiento de la unidad doméstica. Incluye la caza, recolección y agricultura para consumo propio y no para el mercado, así como trabajos del tipo “hágalo usted mismo”, y, por supuesto, al trabajo doméstico, un factor económico cuya primordial importancia, como han indicado con toda razón diversas investigadoras feministas, no puede ser ya invisibilizada¹¹⁸. Valga recordar que a menudo se le paga a personas ajenas a la unidad doméstica por realizar este tipo de trabajo.

De este modo, podemos observar que la familia cumple funciones socio-económicas, definiendo identidades y eventualmente fomentando la movilidad social entre sus miembros, mediante la circulación de conocimientos, propiedades y conductas –si bien de modo diferenciado, principalmente según la edad y el género– que condicionan las

¹¹⁵ Idem.

¹¹⁶ Idem, 229.

¹¹⁷ Idem. Bourdieu se ha extendido respecto a la importancia del regalo en la conformación del *capital social* y del *simbólico*. Cfr. sus *Meditaciones pascalianas*, 252-271.

¹¹⁸ Cfr. Wallerstein, *Capitalismo histórico*, 229-230. Véase, sobre este aspecto: María Flórez-Estrada, *Economía del género. El valor simbólico y económico de las mujeres* (San José: EUCR, 2007).

vivencias de clase. En otras palabras, la clase se forma familiar, no individualmente, y usualmente cuando uno de sus miembros asciende forma una nueva unidad doméstica.

Ahora bien, la clase es una relación, no una cosa, y lo fundamental para su análisis estriba en la *lucha de clases*; este conflicto se refiere, en su determinación última, a las pugnas en torno a la apropiación de la producción. La investigación sobre las clases sociales implica, luego, la necesidad de encontrar las oposiciones y luchas entre ellas, y eventualmente dentro de sus mismas facciones internas. Por otra parte, esta conflictividad supone también solidaridades y alianzas, tanto dentro de cada clase como entre ellas, de acuerdo con correlaciones de poder coyunturales. Partimos, pues, de una perspectiva necesariamente relacional de los grupos sociales: la *identidad* sólo aparece gracias a la existencia (lógicamente simultánea) del *otro*; en el caso de las clases sociales, se refiere sobre todo a la alteridad supuesta por la división social de las funciones productivas.

1.2.4. Lucha de clases, violencia y discursos

Una formación económico-social fundada sobre la explotación es inherente e inevitablemente violenta, aún cuando esa violencia no se desate constantemente de un modo visible. Tal como indica Žižek, además de la violencia *subjetiva*, esto es, aquella directamente perceptible y practicada por un agente que podemos identificar inmediatamente, hay dos formas de violencia *objetiva*: la simbólica, mediante la cual la dominación social impone ciertos universos de sentido, y la sistémica, que está presupuesta por el funcionamiento “normal” de las formaciones socialmente asimétricas. Para el filósofo esloveno, “la violencia subjetiva se experimenta como tal en contraste con un fondo de nivel cero de violencia. Se ve como una perturbación del estado de cosas 'normal' y pacífico. Sin embargo, la violencia objetiva es precisamente la violencia inherente a ese estado de cosas 'normal'. La violencia objetiva es invisible puesto que sostiene la normalidad de nivel cero contra lo que percibimos como subjetivamente violento”¹¹⁹. No

¹¹⁹ Slavoj Žižek, *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales* (Barcelona: Paidós, 2009), 10.

obstante, la violencia objetiva es la principal condición para el estallido de la violencia subjetiva, a través de la cual se manifiesta.

Esta invisibilidad de la violencia objetiva, y su consecuente eficacia, radican en la interiorización que cada habitus hace de las relaciones asimétricas de su contexto social. La lucha de clases, desde este criterio, inicia desde la propia formación del sujeto, cuando incorpora un lugar social ya inserto en relaciones estructurales de poder. Bourdieu indica, específicamente en relación con la violencia simbólica, que ésta “es esa coerción que se instituye por medio de una adhesión que el dominado no puede evitar otorgar al dominante (y, por lo tanto, a la dominación) cuando sólo dispone, para pensarlo y pensarse o, mejor aún, para pensar su relación con él, de instrumentos de conocimiento que comparte con él y que, al no ser más que la forma incorporada de la estructura de la relación de dominación, hacen que ésta se presente como natural”¹²⁰.

Esta violencia, prosigue, “es el efecto de un poder, inscrito de forma duradera en el cuerpo de los dominados, en forma de esquemas de percepción y disposiciones (a respetar, a admirar, a amar, etcétera), es decir, de creencias que vuelven *sensible* a determinadas manifestaciones simbólicas, tales como las representaciones públicas del poder”¹²¹. De este modo, violencia simbólica y violencia sistémica (estructural) se constituyen y refuerzan mutuamente, y forman el marco desde el cual, excepcionalmente, aparecen las situaciones de violencia subjetiva. No hay violencia simbólica sin relación con ese orden más abstracto, pero no por ello menos real, de la violencia sistémica, una violencia no atribuible a los individuos concretos y sus intenciones, sino que es puramente “objetiva”, anónima¹²².

La sociedad sería escenario de las luchas por la hegemonía a través de diversas prácticas, entre las cuales se encuentran los discursos¹²³; los grandes conflictos sociales tendrán referentes en el lenguaje de la sociedad que los experimenta. La lucha en torno a la

¹²⁰ Bourdieu, *Meditaciones pascalianas*, 224-225.

¹²¹ Idem, 225-226.

¹²² Cfr. Žižek, *Sobre la violencia*, 22-23.

¹²³ Este autor indica que también que la hegemonía produce siempre, necesariamente, *contrahegemonías* y *hegemonías alternativas*; la lucha entre ellas busca implantar una *hegemonía* emergente o sostener una ya imperante.

hegemonía en lo ideológico es, pues, la forma más racionalizada de la violencia de la lucha de clases. Esto implica cambios a nivel de vocabulario, tanto al incorporarse nuevos términos, como en cuanto a su significado al darles uso concreto en el discurso, esto es, desde una determinada posición sociohistórica de enunciación en lucha por darle sentido a los fenómenos sociales. La producción de una identidad de clase deberá, luego, manifestarse en el lenguaje. Para Williams, esto no implica que el lenguaje simplemente *refleje* la historia, pero pone de manifiesto que hay importantes procesos sociales e históricos ocurriendo *dentro* del lenguaje ¹²⁴. Así planteado, para formular una historia de las clases sociales es necesario analizar, además de las condiciones estructurales de la respectiva sociedad, los discursos referidos a esas clases, discursos que, junto con las prácticas sociales de tales grupos, coadyuvan en la formación de la identidad de clase; como plantea otro importante teórico marxista del lenguaje, “la conciencia sólo deviene conciencia al llenarse de contenido ideológico, es decir, *sígnico* y, por ende, sólo en el proceso de interacción social” ¹²⁵.

La violencia simbólica se invisibiliza al instaurarse como hegemonía, un proceso mediante el cual, a través de prácticas concretas (entre ellas los discursos), se produce el predominio de una clase social; constituye, según Williams, “todo un cuerpo de prácticas y expectativas en relación con la totalidad de la vida: nuestros sentidos y dosis de energía, las percepciones definidas que tenemos de nosotros mismos y de nuestro mundo. Es un vívido sistema de significados y valores –fundamentales y constitutivos– que en la medida en que son experimentados como prácticas parecen confirmarse recíprocamente. Por lo tanto, es un sentido de la realidad para la mayoría de las gentes de la sociedad” ¹²⁶.

En ello coincidían Cardoso y Pérez hace unas décadas: “el análisis del *vocabulario* de la desigualdad, es un primer paso hacia la reconstitución de los ‘modelos’ elaborados por la conciencia social, a través de los cuales son percibidas y justificadas dichas

¹²⁴ Raymond Williams, *Keywords. A vocabulary of culture and society* (Nueva York: Oxford University Press, 1983), 21-22.

¹²⁵ Valentin Voloshinov, *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. (Madrid: Alianza, 1992), 32.

¹²⁶ Williams, *Marxismo y literatura*, 131-132.

desigualdades”¹²⁷. Hacer análisis del lenguaje es, luego, una posibilidad de aproximación empírica a un contexto sociohistórico concreto¹²⁸, aunque ello no implique que la relación entre lenguaje y estructura social sea inmediata. En todo caso, el uso de un nuevo concepto puede indicar un cambio cualitativo respecto al fenómeno social al que pretende hacer referencia; así, por ejemplo, Raymond Williams, desde una perspectiva afín a la de E.P. Thompson, plantea que el surgimiento del término *clase* no indica el comienzo de las divisiones sociales en Inglaterra, pero sí señala un cambio en el carácter de esas divisiones, y un cambio en las actitudes hacia ellas¹²⁹.

Los discursos, como tipos de praxis social, surgen como tomas de posición de los habitus en esas estructuras asimétricas, y manifiestan a nivel simbólico esos conflictos. La lucha de clases se desarrolla, pues, también en el lenguaje; de nuevo en palabras de Bourdieu, “las diferentes clases y fracciones de clase están implicadas en una lucha propiamente simbólica por imponer la definición del mundo social más conforme a sus intereses, el campo de las tomas de posición ideológicas que reproduce bajo una forma transfigurada el campo de las posiciones sociales”¹³⁰.

El discurso sería un proceso cuyo sentido es producido en su discurrir¹³¹: una enunciación adquiere sentido no sólo como articulación sintagmático-paradigmática, sino además merced a su uso *pragmático*; el análisis de discurso implica que la significación no se agota en unidades estáticas, como palabra o frase, sino que atañe al proceso particular de enunciación. Para este tipo de análisis es importante no sólo el mensaje del discurso, sino el carácter de la relación locutor-interlocutor presupuesto en él, así como el cuestionamiento sobre el sujeto productor del enunciado¹³².

¹²⁷ Cardoso y Pérez, 9.

¹²⁸ Al decir de Wittgenstein, *conocer un lenguaje es conocer un modo de vida*.

¹²⁹ Raymond Williams, *Cultura y sociedad. 1780-1950. De Coleridge a Orwell* (Bs. Aires: Nueva Visión, 2001), 15.

¹³⁰ Pierre Bourdieu, *Poder, derecho y clases sociales*, 94.

¹³¹ Cfr. Jorge Lozano *et al.*, *Análisis del discurso. Hacia una semiótica de la interacción textual* (Madrid: Cátedra, 1999), 33.

¹³² Lozano *et al.*, 89. Así, por ejemplo, un mismo enunciado en contextos distintos podrá tener sentidos distintos.

Enfocaremos el análisis de discurso desde la perspectiva de una teoría de la ideología. Siguiendo a Žižek, partimos de que la ideología es una matriz generadora que regula la relación entre lo visible y lo invisible, entre lo imaginable y lo no imaginable, así como los cambios en estas relaciones ¹³³. Jameson complementa esta definición al considerar la ideología como una relativa clausura a nivel representacional dentro de ciertas condiciones históricas que limitan estructuralmente la producción de sentido de las sociedades y las clases sociales en ellas ¹³⁴.

Así, el concepto de ideología no tendría nada que ver con la idea de una realidad distorsionada o invertida, al menos no en un sentido representacional. Lo propio de la ideología es el modo por el cual su contenido se relaciona con la posición subjetiva implicada por su mismo proceso de enunciación; la ideología *racionaliza* (en sentido freudiano) discursivamente los motivos profundos por los cuales el sujeto piensa o actúa de determinado modo. Partiremos, pues, de la mediación ideológica (prioritariamente clasista) del discurso.

Es a través de la ideología que el sujeto le da sentido a lo que de otro modo serían simples “significantes flotantes”; en tanto que no conozcamos el contexto discursivo en el cual aparece un significante (sea una palabra, imagen u otro), su significado permanece abierto y sobredeterminado. Por ejemplo, el término *ecologismo* designa un concepto diferente, según lo pensemos desde una posición estatista, socialista o conservadora ¹³⁵. La operación ideológica elemental consiste, pues, en una “conversión de la forma” que permite el funcionamiento de ésta en el espacio ideológico. Un nuevo signo (en este caso, el término *ecologismo*) no añade ningún nuevo sentido a la ideología, pero reorganiza los que ya estaban en ella ¹³⁶. Esto es particularmente importante a la hora de estudiar el vocabulario sobre las consecuencias de la división social del trabajo.

¹³³ Cfr. Slavoj Žižek, “El espectro de la ideología”, en S. Žižek (comp.), *Ideología: un mapa de la cuestión* (Bs. Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003), 16-17.

¹³⁴ Jameson, *Documentos de cultura*, 49.

¹³⁵ Slavoj Žižek, *El sublime objeto de la ideología* (México: Siglo XXI, 1992), 125-126.

¹³⁶ Cfr. Slavoj Žižek, *¡Goza tu síntoma! Jacques Lacan dentro y fuera de Hollywood* (Bs. Aires: Nueva Visión, 1994), 164-165.

La relación entre discurso e ideología es una relación entre singular y universal; el discurso es un acto de habla, material, mientras que la ideología es un referente ideal que se relaciona con el discurso mediante una dialéctica de repetición y diferencia. El discurso sería ideología en acción, esto es, consciente o inconscientemente en busca de establecer su interpretación como la predominante en su contexto social; por ello, los conceptos de ideología y de discurso se relacionan cercanamente con el de *hegemonía*. Por otro lado, en la ideología encontramos diversos elementos que la constituyen; Jameson las denomina *ideologemas*, y entre ellas ubica a conceptos, géneros y estilos ¹³⁷. En esta investigación le hemos prestado una especial atención a los conceptos sociales ¹³⁸ como ideologemas, en especial a aquellos referidos directamente a temas de diferenciación social, y en particular al de *clase media* y sus conceptos sociales afines.

La condición de posibilidad del intercambio ideológico está en un lenguaje común; como señala Jameson, los discursos opuestos luchan dentro de la unidad general de un código compartido ¹³⁹, de acuerdo con los lugares sociales desde los cuales son enunciados. Este código compartido –al cual denominamos *imaginario* en este trabajo– aparecería, entonces, como un *horizonte de comprensión* que permitiría la aparición y desarrollo de las ideologías, lo cual no implica en absoluto que sea un terreno neutral: en él se encuentran sedimentados aspectos de las ideologías que han simbolizado las relaciones sociales a lo largo del tiempo. Los imaginarios tienen, pues, una historia, una temporalidad propia en el seno de la instancia que Jameson llama *lo ideológico*, y que adaptamos en el cuadro I.2.1.

¹³⁷ “Ese discurso de clase más amplio puede decirse que se organiza alrededor de 'unidades' mínimas que llamaremos *ideologemas*. [...] El ideologema es una formación ambigua, cuya característica estructural esencial podría describirse como su posibilidad de manifestarse como una pseudoidea –un sistema conceptual o de creencias, un valor abstracto, una opinión o prejuicio–, o ya sea como una protonarración, una especie de fantasía de clase última sobre los 'personajes colectivos' que son las clases en oposición”. Jameson, *Documentos de cultura*, 71.

¹³⁸ El concepto de *concepto social* lo adoptamos de Reinhart Koselleck; sin embargo, al remitirnos a la teoría marxista de la lucha de clases, no hemos seguido la propuesta de este autor, situada en la línea Kant-Heidegger-Gadamer. Cfr. Reinhart Koselleck, *Futures past. On the semantics of historical time* (Nueva York: Columbia University Press, 2004). Hemos esbozado una crítica al respecto en G. García, “De la fenomenología a la Histórica (pasando por la hermenéutica): sobre la teoría del tiempo histórico de Reinhart Koselleck”, *Revista de Filosofía de la UCR* (115-116) Mayo-diciembre de 2007, 93-105.

¹³⁹ Cfr. Jameson, *Documentos de cultura*, 68.

Debido al particular carácter de la llamada “clase media”, cuya conformación se ha basado en criterios ideológicos y de condiciones de sociabilidad más que directamente en la división social del trabajo, esta investigación intentará mostrar las tensiones entre la *clase media* como ideologema, y los *sectores* y *clases medias* como factores estructurantes de la dinámica social en el contexto espacio-temporal de nuestro estudio. De ahí la importancia que le asignamos en este trabajo a la historia del concepto social de *clase media*; se trata, como plantea Roger Chartier, de articular la construcción discursiva del mundo social con la construcción social de los discursos ¹⁴⁰ y sus condiciones sociales de posibilidad.

I.3. Sobre los capítulos y sus fuentes

En cuanto al orden expositivo de este trabajo, no hemos seguido un orden cronológico en la secuencia de un capítulo a otro, pues, como hemos planteado en el apartado anterior, los aspectos económicos, las sociabilidades y los discursos en una misma formación económico-social no siguen una sola temporalidad, a pesar de estar necesariamente articulados, teniendo todos su condición de posibilidad en la organización económica ¹⁴¹. El orden de los capítulos es más bien de carácter analítico, y puede verse en términos de tres niveles, pasando del nivel de las condiciones estructurales, más alejadas de la vivencia de los miembros de las clases medias, al de las prácticas sociales referidas a espacios y objetos, de las cuales se sigue una identidad no necesariamente explícita y tematizada, hasta la formulación de la identificación de *clase media*, los discursos que la plantearon y las ideologías que pretendieron darle sentido. Este último es el nivel en el cual las clases y sectores sociales interpretan su lugar en la sociedad y racionalizan sus intereses; es donde se juega más inmediatamente la lucha por la identidad y la conciencia.

¹⁴⁰ Roger Chartier, *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin* (Bs. Aires: Manantial, 1996), 8.

¹⁴¹ Cfr. Pierre Vilar, “Historia marxista, historia en construcción”, en: *Economía, derecho, historia. Conceptos y realidades* (Barcelona: Ariel, 1983), 174-228. Recordemos, por demás, que para Marx la misma economía se sustenta en las condiciones de poder y culturales; en *El capital*, por ejemplo, reitera que el los salarios están condicionados por la situación de la lucha de clases y las necesidades culturales del proletariado. Cfr. Marx, *El capital*, tomo I, capítulo XVII. Dicho de otro modo, el propio análisis económico de una formación concreta debe formularse desde una teoría de la totalidad social.

El primer capítulo plantea una interpretación del desarrollo económico de Costa Rica a partir de los cambios socio-ocupacionales registrados en los censos de 1892, 1927 y 1950. La decadencia de la producción mercantil simple en el agro, en contraste con la creciente asalarización de la fuerza de trabajo –relación de producción más típicamente capitalista–, tanto calificada como no calificada, brinda el marco desde el cual analizamos el desarrollo de las clases medias costarricenses. Siguiendo la caracterización marxiana – con cierta ironía, al no ser la *clase media* una clase social en sentido estricto–, mostramos las condiciones estructurales de las clases medias como el *en sí* de la *clase media*.

El segundo capítulo indaga en las sociabilidades de los diversos sectores que componían a las clases medias que abordamos. Para ello, ha abordado, por un lado, la composición de las unidades domésticas, lo cual ha permitido observar algunos aspectos de la vida familiar de los miembros de las clases medias, así como tendencias de su movilidad social. Por otro lado, nos adentramos en el mundo de los objetos y espacios sociales de estos sectores, sus simbolismos y distribución, así acercándonos a las condiciones de vida tal y como eran más inmediatamente experimentadas, tanto por sus miembros como por sus contemporáneos. El tercer capítulo, que cierra este trabajo, busca los orígenes de la *clase media* como identificación e interpelación política, un fenómeno cuyo tardío surgimiento contrasta con la intemporalidad que el mito le atribuye a Costa Rica como el país de la *clase media* por excelencia.

Por atravesar toda la dinámica social, el abordaje de las clases sociales permite una utilización de fuentes sumamente diversas. Los tres capítulos de esta investigación se basan respectivamente en tres tipos de fuentes fundamentales: los censos de población, textos biográficos y literarios, y series de periódicos. Dedicamos esta última parte de la introducción a describir brevemente las posibilidades y limitaciones que hemos encontrado en ellos para la construcción de nuestro objeto de estudio.

El primer tipo de fuente, los censos, nos ha permitido elaborar modelos acerca de la estructura social de los distintos momentos en los que fueron elaborados, así como hipótesis sobre sus transformaciones. Para nuestros efectos contamos con los censos

nacionales de Costa Rica, en sus resúmenes correspondientes a los años de 1892, 1927 y 1950, así como la base de datos que contiene el censo de San José en 1904; adicionalmente, hemos utilizado la base de datos elaborada por el CIHAC a partir del censo nacional de 1927. Una primera limitación de estos censos estriba en que no muestran las ocupaciones informales, lo cual merma nuestras posibilidades de comprender la complejidad de los procesos laborales de nuestra época estudiada; pese a ello, siguen siendo las fuentes más completas para elaborar los marcos estructurales de la diferenciación social en el país y sus transformaciones.

La otra limitación fundamental de estas fuentes radica en que su diseño está planteado en términos de categorías socio-ocupacionales, pero obstaculiza el análisis de las clases sociales y especialmente el de las clases medias debido a que no permite distinguir entre tipos de propietarios. Por ejemplo, potentados como John M. Keith o Florentino Castro aparecen bajo la categoría de “Dueños”, como cualquier pulpero. Castro, además, fue registrado bajo la ocupación de “Cultivador propietario o arrendatario”, al igual que los miles de campesinos pauperizados que poseían una pequeña parcela. Por ello, al tratar con categorías de este tipo es menester dar por descontado que una pequeña parte de los individuos pertenece a la élite económica. Es por esta limitación que frecuentemente hemos tenido que plantear el análisis de las clases medias en términos de *sectores medios*, ya que los datos no permiten siempre especificar su pertenencia a una clase media determinada (pequeña burguesía, pequeños empleadores, empleados semiautónomos o profesionales asalariados, según detallamos supra, I.2.3.). Por otra parte, existen diferencias en las categorías utilizadas por los tres censos nacionales analizados, y principalmente entre el de 1950 y sus antecesores, diferencias a las cuales nos referiremos principalmente en el apartado 1.2.2.

La muestra del CIHAC del censo de 1927 –un censo *de derecho*, como indicaba Samper¹⁴²– nos ha sido en particular útil, pues está diseñada con énfasis en las zonas urbanas y en las cafetaleras; de ese modo, no sirve para establecer proyecciones a nivel nacional respecto a los sectores medios que allí aparecen, mas nos sirve, en todo caso, para analizar su composición interna. En este sentido, para las comparaciones cuantitativas en términos absolutos de los sectores medios con otros grupos socio-ocupacionales nos hemos basado en los datos del respectivo informe final, mientras que la base de datos nos ha permitido estudiar aspectos de los sectores medios tales como sus lugares de residencia, la composición de sus oficios, sexo, ciudadanía, de educación, edad, lugares de trabajo, etc. Además, la muestra nos ha permitido analizar unidades domésticas, dando cuenta de aspectos propios de las sociabilidades de los sectores que aquí estudiamos, tales como la composición de esas unidades, sus roles generacionales y de género, así como compararlos con las correspondientes a otras clases sociales. Este tipo de análisis ha resultado indispensable para conocer la situación de las mujeres de familias de sectores medios, las cuales no serían discernibles de otro modo, al aparecer como “amas de casa”.

Los informes sobre el Censo Cafetalero de 1935, por su parte, aportan datos para valorar la pequeña y mediana propiedad rural dedicada a la producción del grano de oro. Aunque esta actividad no agota la pequeña propiedad rural costarricense –ni mucho menos la pequeña propiedad en general–, es claramente la más numerosa, junto con el banano, en la economía del país. De esta fuente han sido útiles los datos de sus tablas en lo referente a la demografía de la población dedicada a las actividades cafetaleras, y a la tenencia de la tierra. Datos sobre sexo y grupo de edad nos permiten inferir características cuantitativas aproximadas sobre la composición de las familias que vivían en las fincas de café, mientras que otras tablas nos informan sobre la distribución de la tierra dedicada al café, y, así, a tener una noción acerca de la situación de la pequeña propiedad a mediados de la década de 1930. Por el contrario, la tabulación de los resultados, al presentar las áreas cultivadas

¹⁴² Cfr. Mario Samper, *Evolución de la estructura socio-ocupacional costarricense: labradores, artesanos y jornaleros. 1864-1935* (Tesis de licenciatura en Historia. San José: Universidad de Costa Rica, 1979), 40-42.

solamente como promedios de manzanas por propietario, no ha permitido un análisis detallado de este sector productivo.

El segundo tipo de fuente que ha sido básico en este estudio han sido diversas biografías y obras literarias de la época, leídas como versiones parciales sobre la vida de antaño. Alvarenga acierta al indicar varias de las ventajas de la literatura como fuente histórica: “cuando el estudio de las subjetividades adquiere relevancia, la Literatura se convierte en un instrumento analítico central para el historiador. La ficción es clave para comprender los imaginarios sociales que prevalecen a través de la Historia. [...] La literatura ofrece los límites de lo imaginable en una sociedad determinada, las claves culturales para comprender el sentido común de la sociedad a la que pertenece su autor. [...] La Literatura ofrece una excelente fuente para el estudio de la construcción de las identidades sociales. Los personajes imaginarios están dotados de identidades que permiten al autor suscribir o criticar determinados comportamientos sociales. En la literatura encontramos los límites de lo aceptable en la vida social; también en esta encontramos aquellos valores profundamente internalizados que se reproducen acríticamente”¹⁴³.

A estas consideraciones añadimos que en nuestro contexto de estudio la búsqueda prevaleciente por construir una literatura *nacional* llevó a que los correspondientes textos tuvieran una fuerte disposición hacia la descripción de espacios, objetos y en general prácticas sociales familiares para los lectores costarricenses de entonces. Era una literatura que, en sintonía con el realismo literario, buscaba generar verosimilitud e identificación de los lectores por medios como esos¹⁴⁴. Como con cualquier otra fuente, el tratamiento de estos textos exige su análisis como discurso, esto es, como práctica determinada por las condiciones sociales del enunciante, así como de su contexto de enunciación, aspectos a los que nos hemos referido anteriormente en las consideraciones teóricas de esta investigación.

¹⁴³ Patricia Alvarenga, “Historia y literatura en el futuro próximo: ¿disolución de la historia en la literatura o profundización de un intercambio fructífero entre ambas?”, en: Ana Paulina Malavassi Aguilar (comp.), *Historia: ¿ciencia, disciplina social o práctica literaria?* (San José: EUCR, 2006), 28.

¹⁴⁴ Cfr. Barthes, “The discourse of history”, en Keith Jenkins (ed.), *The postmodern history reader* (Londres-Nueva York: Routledge, 2005). También: Frank Ankersmit, *Historia y topología. Ascenso y caída de la metáfora* (México: Fondo de Cultura Económica, 2004), 277-280.

En este sentido, resulta importante recordar que muchos de los literatos eran ellos mismos de clases medias, por lo cual podemos observar los posicionamientos de sus textos sobre diversos temas de la Costa Rica de su época en relación con la situación de dichas clases.

En esta medida, hemos abordado también el estudio de las sociabilidades a través de los espacios y objetos cotidianos, particularmente en tanto que la apropiación de éstos era diferenciada según las posibilidades económicas de las distintas clases sociales de la época. En contraste con los censos, la falta de sistematicidad de estas fuentes nos ha llevado a un tratamiento más sincrónico; sólo ocasionalmente los propios textos sugieren cuándo aparecieron nuevos tipos de objetos o de espacios, o cuándo adquirieron nuevas funciones sociales ¹⁴⁵. Al respecto, el censo urbano de 1949 nos brinda una última impresión del mundo de los objetos domésticos en los entornos ciudadanos de nuestro período.

Nuestro tercer tipo principal de fuente primaria lo constituyen los periódicos de este período, a través de los cuales hemos determinado ideologías –tipos de discursos–, y sus respectivos enunciantes ¹⁴⁶. Nos hemos centrado en la revisión de periódicos representativos de los partidos electorales, así como –excepto, naturalmente, cuando no los hubiere– de un periódico dirigido a la *clase obrera* (que, en ciertos casos, coincide con alguno de los partidos políticos en disputa), durante los dos meses anteriores al día de cada elección presidencial, esto es, la mitad del período establecido como oficial desde 1908 para las actividades proselitistas. La pertinencia de analizar estos períodos electorales está en que durante esos momentos diversos sectores sociales dentro y fuera de los partidos políticos suelen manifestar más explícitamente y discutir frente a otros sus ideas respecto a la sociedad y a su diferenciación socio-económica.

¹⁴⁵ Al respecto, por citar sólo algunos clásicos, cfr. Thorsten Veblen. *Teoría de la clase ociosa*. (México: Fondo de Cultura Económica, 1971). Jean Baudrillard, *Crítica de la economía política del signo* (México: Siglo XXI, 1991). Pierre Bourdieu, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto* (Madrid: Taurus, 2000). Una aproximación reciente desde la historiografía aparece en: Juan José Marín Hernández, y Patricia Vega Jiménez (comp.). *Tendencias del consumo en Mesoamérica* (San José: EUCR, 2008).

¹⁴⁶ En el mismo sentido, buscando elementos ideológicos importantes para nuestra investigación, hemos recurrido a diversos ensayos de la época, a los mensajes presidenciales al Congreso, a los diccionarios de costarriqueñismos de Carlos Gagini y el *Diccionario histórico del español de Costa Rica* de Miguel A. Quesada.

Específicamente, mediante estas fuentes reconstruimos las disputas ideológicas en torno a los discursos sobre diferenciación social, para así situar concretamente el contexto del surgimiento de la ideología de *clase media* imperante a partir de la década de 1950 en Costa Rica. La principal limitación de estas publicaciones es que, en su abrumadora mayoría, son publicados en el Valle Central, con lo cual tienden a invisibilizar las visiones de sectores de las otras regiones; sin embargo, los partidos nacionales, como redes de clientela a nivel de todo el territorio costarricense, recibían retroalimentación de partidarios suyos en todo el país para sus respectivas publicaciones. De hecho, los periódicos de los partidos se afanaban en mostrar que tenían militantes, corresponsales y redactores en distintas partes del país, aunque la dirección del partido y del periódico estuviera en San José. Quienes sí resultan invisibilizados al acudir nuestro estudio a la revisión de periódicos son quienes tenían menos acceso a los medios escritos para hacerse oír: los campesinos (y, *a fortiori*, las campesinas) no afiliados a ningún partido. Los discursos de estos sectores sociales aparecen más esporádicamente, y principalmente a través de dirigentes vinculados más directamente con las condiciones urbanas, como veremos a lo largo de este estudio.

La revisión de periódicos nos ha permitido también determinar la aparición de diversas asociaciones de sectores medios en este período, a partir de las cuales observamos algunas tendencias en su conformación, así como los grupos espaciales y socio-ocupacionales más activos en ellos. Con ello, presentamos algunas características importantes de la organización de diversos sectores de las clases medias costarricenses y su actividad en la esfera pública.

Adicionalmente, al estar enfocadas hacia grupos de las clases medias costarricenses, hemos revisado las colecciones del *Repertorio Americano* como representativo del magisterio y de un sector de la intelectualidad en el país, y las dos series de publicaciones tituladas *El maestro*, que, durante algunos períodos fue el órgano del gobierno dirigido a los educadores, y durante otro período durante los veinte fue un periódico de educadores independientes. Del mismo modo, la *Revista del Instituto de Defensa del Café*, la cual también era publicada por el gobierno, y dirigida a los caficultores en general.

A partir de estos elementos pretendemos contribuir al esclarecimiento de la formación de la *clase media* costarricense, y a la vez contribuir con la discusión sobre los cambios en las condiciones sociales del país durante el período que abarcamos.

Por supuesto, el autor de estas páginas debe agradecer los aportes de diversos tipos, institucionales como personales, intelectuales como logísticos, que han permitido que sus esfuerzos culminaran bajo la forma del presente texto. Este tipo de trabajo condensa las contribuciones de muchas personas; bajo el peligro de no mencionar a todos aquellos que han contribuido con este estudio, ensayo a continuación una breve y lamentablemente incompleta enumeración al respecto.

Una versión parcial del capítulo tercero de este trabajo fue financiada por el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad de Costa Rica, a través del proyecto de investigación número 743-A7-121. Del mismo modo, he tenido la oportunidad de afinar algunos elementos conceptuales a lo largo de los proyectos 743-A9-075 y 743-B0-090 de este instituto de investigación. También colaboraron en diversos aspectos logísticos de esta investigación mis asistentes y amigos Ignacio Ramírez Cisneros, Rocío Zamora Sauma y Francisco Víctor Aguilar. Por otra parte, a Marcela Alfaro Córdoba le corresponde haberme ayudado con algunas dificultades en el manejo del programa estadístico SPSS, vital para la estructura de esta pesquisa.

Recibí importantes observaciones, en distintas circunstancias, de David Díaz, Rodrigo Quirós, Andrés León y Emmanuel Barrantes. A la profesora Gertrud Peters agradezco su colaboración al facilitarme los resultados de su proyecto de investigación inédito, *La demanda en el mercado laboral de Costa Rica. 1880-1980*. Manuel Solís, Alfonso González Ortega y Gerardo Contreras también me indicaron algunas posibilidades para el desarrollo de este trabajo.

Por el intercambio intelectual sostenido a lo largo de varios años, del cual este trabajo es en parte deudatario, agradezco a mis amigos Roberto Ayala, Roberto Fragomeno, Jiddu Rojas, Alvaro Rojas Salazar y Héctor Hernández. Ellos reconocerán lo que este trabajo le debe a nuestras lecturas, tertulias y discusiones. Del mismo modo, agradezco cordialmente a Minor Calderón, Giselle Marín, Boris Jean-Pierre, Carlos Paz y Carlos Castro, por los ya bastantes años de complicidad académica en el Seminario Participativo de Estudios Generales, y cuyas clases creo haber aprovechado tanto o más que los jóvenes que han matriculado nuestros cursos.

Ronny Viales, Alexander Jiménez y Víctor Hugo Acuña hicieron agudos señalamientos a lo largo de esta investigación, y me plantearon oportunos aspectos por problematizar y explorar en ella. En particular, al profesor Acuña le agradezco haberme sugerido la revisión de varias fuentes primarias, así como la discusión con diversos interlocutores de las ciencias sociales costarricenses y mundiales. Sus sugerencias fueron de fundamental importancia para responder, en la medida de mis posibilidades, a los problemas planteados por el tema que me ocupó en este trabajo.

Igualmente, agradezco el apoyo de varios amigos y familiares a lo largo de esta investigación, la cual debió transcurrir junto a mi trabajo a tiempo completo. A mis amigos Sergio Rojas, Pablo Hernández, Luciana Pavez, Víctor Alba, Alexandra Ortiz, Mario Solís y Mario Salas, por su solidaridad y por ampliar a menudo mis perspectivas. A mi compañera, Amanda Alfaro, por haber compartido conmigo dificultades, afanes e ilusiones en el transcurso de este trabajo, así como a Saray Córdoba y, de nuevo, a Marcela Alfaro, quienes se han convertido en mi segunda familia. En cuanto a mi familia, valga la dedicatoria de esta investigación como testimonio de mi afecto y agradecimiento profundos.

Finalmente, no creo estar meramente cumpliendo con una formalidad al indicar que las limitaciones de este trabajo son solamente responsabilidad de quien escribe estas líneas.

Capítulo 1

La clase media en sí: Estado, economía y fuerza laboral

El sistema de apropiación capitalista que brota del régimen capitalista de producción, y por tanto la propiedad privada capitalista, es la primera negación de la propiedad privada individual, basada en el propio trabajo.

Karl Marx, *El capital*, tomo I.

... así, el campesino, en los años que van de este siglo XX, ha ido empeorando su situación económica, y [...] ha perdido su parcela; se ha convertido en peón de las grandes fincas o venido a la capital a vivir de empleos oficiales.

Carlos Monge Alfaro, *Geografía social y humana de Costa Rica*, 1943.

Costa Rica fundó su imagen de sociedad igualitaria, durante el siglo del café ¹, sobre la pequeña y mediana propiedad agraria, sectores socio-ocupacionales que fueron asumidos a mediados del siglo XX como la base histórica de la *clase media* del país. Efectivamente, la disponibilidad de tierras inicialmente permitió que el capitalismo agrario costarricense produjera una cantidad considerable, aunque a la larga decreciente, de pequeños y medianos productores vinculados al mercado nacional e internacional a través sobre todo de la cafcultura, y en menor medida a través de otros productos.

Junto a esta pequeña burguesía rural, cuyas condiciones de vida se hallaban ya precarizadas en los últimos decenios del XIX, emergen lentamente los sectores asalariados de la *clase media* costarricense, encabezados por el creciente ejército magisterial, los cuales reclamaron un protagonismo cada vez mayor en la vida política nacional. Nuestro punto de partida en este capítulo es la constatación de que, irónicamente, la formación de la *clase media* costarricense ocurre durante un período caracterizado por la tendencia a la concentración de capitales y la decadencia de la pequeña y mediana propiedad rural. Las clases medias urbanas que emergen políticamente en el siglo XX, si bien se identificaron con los productores independientes como parte ambos de la *clase media* costarricense, fueron ante todo efecto estructural de la asalarización de esa fuerza de trabajo campesina.

Así, pues, en las siguientes páginas nos ocuparemos de delinear la dinámica de la propiedad y el trabajo asalariado, mostrando las tendencias generales de la economía que

¹ Véanse en este trabajo los apartados 3.1. y 3.3.1.

produjo las condiciones estructurales para la formación de las clases medias costarricenses y su posterior protagonismo como actores políticos del pasado siglo, así como los procesos por los cuales el Estado costarricense contribuyó también en ese sentido, al erigir nuevas instituciones con el fin de generar sociabilidades y relaciones de producción –hegemonía– acorde con los ideales de civilización de la oligarquía. La modernización añorada por las élites, empero, no siguió el curso que sus ingenieros sociales habían previsto: como en otros países del mundo y de la región, las clases medias, sujetos fundamentales de la ciudad letrada ², pensaron sus propios proyectos y lucharon por ellos a lo largo de este período.

1.1. Desarrollo desigual y consolidación del trabajo asalariado: 1890-1930

Alrededor de 1932, al regreso de diversos cargos en el extranjero, Mario Sancho notaba la acelerada modernización de las ciudades del Valle Central. Durante su ausencia de más de ocho años esos espacios habían cambiado ostensiblemente: “la carretera de allí [Santa Ana] a San José, el aspecto urbanizado de la capital y el camino a Cartago, y hasta Cartago mismo, todo parecía muy bien. [...] El progreso era evidente. Por todas partes escuelas atractivas donde enseñaban maestras también atractivas; caminos espléndidos, transitados de día y noche por espléndidos autos. [...] Lindos cines y casas de habitación en fin, adelanto visible por doquiera” ³.

Un par de años antes, otro escritor costarricense que también retornaba al país, el abanderado de la *clase media* Rafael Cardona ⁴, matizaba ese “progreso” que maravilló a Sancho. Su diagnóstico, al serle preguntado cómo encontraba a Costa Rica a su regreso fue: “Bien y mal. Bien, porque veo que algo se progresa en el sentido material. San José aumenta su radio, hay nuevas construcciones de estilos modernos, hay mayor actividad; pero mal, porque me dicen que la crisis ha sentado sus reales de modo ostensible y cruel.

² Las filas de este pilar colectivo sobre el cual se erigieron las emergentes ciudades letradas costarricenses, como más ampliamente a nivel latinoamericano, fueron engrosadas por hombres y mujeres provenientes tanto de las “buenas familias” como del campesinado, del artesanado y del proletariado. Para entonces, se sumaban a los funcionarios estatales y a los profesionales, ambos ya existentes pero creciendo numéricamente en las ciudades. Cfr. Ángel Rama, *La ciudad letrada* (Hanover: Ediciones del Norte, 1984), 128-129.

³ Sancho, Mario, *Memorias* (San José: Ed. Costa Rica, 1999), 154.

⁴ Cfr. infra, 3.3.3.

[...] *Cuatro ricos se han adueñado de Costa Rica y mientras vean seguras sus cajas de caudales dejan que el resto de la población se muera de hambre si ello es preciso. Al bienestar de esos cuatro poderosos señores se sacrifica el de cuatrocientos cincuenta mil restantes.* Aquella idea de que en Costa Rica la propiedad estaba bien dividida, es ya falsa. No existe esa propiedad dividida. *Costa Rica va dejando de ser una república para convertirse en una hacienda. Eso es lo que yo encuentro de malo en mi país*⁵.

Las afirmaciones de ambos intelectuales repatriados atestiguan los efectos de la época de bonanza económica de la década de 1920 en Costa Rica, pero difieren en cuanto a las pérdidas que esas mejoras conllevaron. Así, Sancho enfatizaba que los cambios en la infraestructura urbana vinieron aparejados con variaciones en las costumbres: a inicios de los treinta la vida le parecía más libre, más ligera y alegre, aunque, dice también, lo que la población había ganado en libertad lo había perdido en buena crianza. Cardona, por su parte, enfocaba frontalmente el tema de la concentración de capitales y la crisis de la pequeña y mediana propiedad, una crisis que no era mero efecto de la depresión mundial – que para cuando él fue entrevistado apenas despuntaba en Costa Rica– sino fruto de un proceso iniciado varias décadas atrás. Dicho desde otros referentes, mientras Sancho resaltaba la anomía, Cardona atisbaba el documento de barbarie que posibilitaba la existencia misma del documento de cultura plasmado en la nueva infraestructura urbana.

En este proceso las heterogéneas clases medias costarricenses ocuparon lugares variados y experimentaron transformaciones diversas antes de llegar a considerarse como una clase social con intereses propios. Económicamente, esta coyuntura se caracteriza por la descomposición de la pequeña y mediana propiedad rural basada en la producción mercantil simple y el trabajo asalariado en pequeña escala, la consecuente concentración de capitales por parte de la burguesía agroexportadora y la penetración del capital imperialista. Estos aspectos constituyeron las condiciones estructurales básicas para la formación de las clases medias del país, en la cual tuvieron además importancia la expansión de nuevos mecanismos de generación de hegemonía y de acumulación en los circuitos secundario y

⁵ “Párrafos de un importante reportaje”. En *La revolución*. 26 de abril de 1930. Pág. 3. Énfasis del original.

terciario –ante todo educativos, administrativos y de control social–, tanto a través del sector estatal como desde otros actores en el ámbito privado.

Evidentemente, este no fue un patrón meramente costarricense. Hacia principios de siglo, en los países metropolitanos capitalistas el engrosamiento de las “nuevas” clases medias, las de los trabajadores no manuales, era ya un fenómeno muy notorio. Según Hobsbawm, a lo largo de la *Belle époque* los empleos dedicados a la administración y al comercio prácticamente se habían triplicado en el Reino Unido ⁶; en Alemania, por su parte, entre 1907 y 1925 el porcentaje de empleados de cuello blanco y de servidores públicos subió del 10,3% al 17,3%, mientras que los empleados por cuenta propia decrecieron de 19,6% a 15,6% ⁷. Con todas las diferencias del caso, el desarrollo del capitalismo tico se encaminó por la misma senda.

1.1.1. Expansión imperialista y decadencia de la pequeña y mediana propiedad

La interpretación de la historia costarricense elaborada por los intelectuales socialdemócratas a partir de la década de los cuarentas remontaba el auge de la pequeña propiedad a los remotos tiempos de la Colonia. Con ello postuló una visión según la cual la democracia económica costarricense precedió a la economía de la exportación del café, y habría sido con esa inserción en el mercado mundial que apareció la desigualdad en la patria del labriego sencillo. Empero –sin entrar en la discusión sobre la desigualdad social en la Colonia ⁸–, resulta importante indicar que, como han demostrado diversos estudios sobre el desarrollo económico del país, fue más bien esa economía orientada hacia la exportación la que propició la expansión de la pequeña propiedad ⁹. Fue ya el capitalismo el que generó el surgimiento de la producción mercantil simple, debido a las condiciones que hacia 1890 diagnosticaba el ingeniero agrónomo Federico Mora en su *Guía de ganaderos*, según él las repúblicas hispanoamericanas, en términos generales, reunían las condiciones

⁶ Cfr. Eric Hobsbawm, *La era del imperio, 1875-1914* (Barcelona: Crítica, 1998), 62.

⁷ Cfr. Detlev Peukert, *The Weimar Republic. The crisis of classical modernity* (Nueva York: Hill & Wang, 1993), 10.

⁸ Al respecto, cfr. Lowell Gudmundson, *Estratificación socio-racial y económica de Costa Rica: 1700-1850* (San José: EUNED, 1978).

⁹ Cfr. Mario Samper, “Historia agraria y desarrollo agroexportador: tendencias en los estudios sobre el período 1830-1950”, *Revista de historia* (Costa Rica) 19 (enero-junio 1989), 113-114.

“propias de todo país naciente: abundancia de terreno, escasez de población y falta de capital”¹⁰.

Para 1930, tras un siglo de exportación de café, empero, de estas tres condiciones en Costa Rica sólo persistía la abundancia de terrenos –aunque en lugares cada vez más alejados de los centros urbanos y semiurbanos–, habiendo crecido la población de 243.205 a 471.524 personas –un aumento del 93,9%¹¹–, y habiendo aumentado también la tendencia hacia la concentración de capitales, la cual puede observarse a través de los cambios en la composición socio-ocupacional de la población a lo largo de esta coyuntura¹². De hecho, como indica Samper, la gran cantidad de “mandadores” en los censos de 1927 y 1935 (790 y 1836, respectivamente) da cuenta de una gran cantidad de propietarios ausentistas¹³.

Las dos últimas décadas del siglo XIX marcan el inicio de un nuevo modelo económico y de conflictividad social en Costa Rica¹⁴, un modelo marcado por la presencia del imperialismo en tierras costarricenses, y en el cual la tendencia a la concentración de capitales se acentúa junto a la producción de fuerza de trabajo proletaria¹⁵, siendo los pequeños y medianos propietarios rurales los principales perdedores de esta dinámica. Los censos son claros al respecto¹⁶: reportan un aumento del número de jornaleros, en términos del respectivo total de la población económicamente activa (PCO), del 33,8% en 1883 al 36,4% en 1892, y al 40% en 1927 (ver cuadro no. 1.1). Este relativamente lento crecimiento del proletariado puede además esconder, como indica Acuña, una modificación cualitativa

¹⁰ Cit. en Ronny J. Viales. “Las bases de la política agraria liberal en Costa Rica. 1870-1930. Una invitación para el estudio comparativo de las políticas agrarias en América Latina”, *Diálogos. Revista electrónica de Historia*, 2, n. 4 (julio-octubre 2001).

¹¹ Dirección General de Estadística y Censos, *Censo de población de Costa Rica. 11 de mayo de 1927* (San José, DGEC, 1960), 61. Los censos estiman que entre 1883 y 1927 se pasó de 54,089 a 144,925 personas ocupadas.

¹² Cfr. Mario A. Ramírez Boza, “El desarrollo de las clases sociales y la industria en Costa Rica (1880-1930)” (Tesis de licenciatura en historia. San José: Universidad de Costa Rica, 1983), 29-51.

¹³ Cfr. Mario Samper, “Evolución de la estructura socio-ocupacional costarricense: labradores, artesanos y jornaleros. 1864-1935”. (Tesis de licenciatura en Historia. San José: Universidad de Costa Rica, 1979), 290-291.

¹⁴ Cfr. Mario Samper, “Historia agraria y desarrollo agroexportador: tendencias en los estudios sobre el período 1830-1950”, *Revista de historia* (Costa Rica) 19 (enero-junio 1989), 119-120.

¹⁵ Cfr. Mario Samper, “Evolución de la estructura...”, 103-115.

¹⁶ Recordemos que este tipo de fuentes no contempla el trabajo informal. Cfr. supra, I.3.

más importante: al haberse producido durante este período una expansión horizontal del capital, modificando con ello los procesos de trabajo en el país, es probable que la condición de jornalero en 1927 haya sido más precaria que en 1883, debido a la imposibilidad de cultivar los propios bienes para la subsistencia ¹⁷. Concordantemente, es necesario notar que la combinación de trabajo asalariado con trabajo en tierra propia se hizo más común conforme se generalizaron las relaciones mercantiles en el mundo del café ¹⁸.

Cuadro 1.1. Estructura ocupacional costarricense según censos de 1883, 1892 y 1927

Sector	Grupo ocupacional	Cifras relativas			
		1883	1892	1927	
P	Hacendados	1,3	1,4	***	
R	Agricultores en general	12,6	14,0	13,9	
I	Cafetaleros	***	***	4,6	
M	Cultivadores de granos	***	***	2,0	
A	Cañeros	***	***	0,9	
R	Bananeros	***	***	0,9	
I	Ganaderos	***	***	0,2	
O	Mineros	***	***	0,2	
	Mandadores	***	***	0,5	
	Otros	0,7	0,7	0,5	
	Subtotal	14,6	16,1	23,7	
	Jornaleros	33,8	36,4	40,0	
S	Artesanos independientes	2,5	2,4	1,0	
E	Artes. indep. o asalariados	5,9	6,2	8,4	
C	Costureras	9,9	7,4	1,4	
U	Carreteros	3,5	3,4	***	
N	Industriales	***	***	0,2	
D	Aprendices	***	***	0,4	
A	Mecánicos	***	***	0,7	
R	Trab. asalariados varios	***	***	0,6	
I	Otros	0,3	0,4	1,3	
O	Subtotal	22,1	19,8	14,0	

¹⁷ Víctor Hugo Acuña e Iván Molina, *Historia económica y social de Costa Rica (1750-1950)* (San José: Porvenir, 1991), 140. De idéntico parecer es Samper, quien también estima que para 1927 existía una fuerza de trabajo más proletarizada. Cfr. Samper, "Evolución de la estructura...", 146.

¹⁸ Cfr. Samper, "Historia agraria...", 116.

T	Comerciantes en general	1,3		1,6		1,8
E	Dependientes (1)	1,3		1,5		1,8
R	Empleados públicos, educa-					
C	dores y profesionales (2)	2,4		2,7		4,7
I	Lavanderas	9,8		9,7		1,1
A	Sirvientes	12,0		11,1		3,5
R	Detallistas	***		***		0,3
I	Pulperos	***		***		1,1
O	Profesionales y similares	***		***		1,1
	Educadores	***		***		1,3
	Mayoristas	***		***		0,1
	Otros	0,5		0,6		2,0
	Subtotal	27,3		27,2		18,8
	Sin clasificar	2,2		0,4		3,5
	Total	100		100		100

(1) Incluye vendedores ambulantes en 1927

(2) Esta categoría aparece aparte en el censo de 1927

*** No existe esta categoría en el año respectivo

Fuente: Samper, *Evolución de la estructura...*, 117 y 143.

Otro aspecto que resalta es la disminución de los sectores secundario y terciario durante este período, pese a lo cual debemos indicar que en el sector secundario apareció un grupo de fabricantes industriales, indicador de la existencia de pequeñas fábricas, manufacturas e ingenios, lo cual no contradice la tendencia a la proletarización del artesanado ¹⁹. En cuanto al terciario, su disminución se debe ante todo, según Samper, a la reducción absoluta y relativa de lavanderas y sirvientes, que pasaron del 20,8% de la PCO en 1892 a un 4,6% en 1927 ²⁰. Pero, contrariamente, el rubro de empleados públicos, educadores y profesionales aumentó a lo largo de este período: mientras que el censo de 1892 contabiliza un 2,7% de empleados públicos, profesionales y educadores en la PCO – todos bajo una misma categoría–, en 1927 estos rubros suman un 7,4% (4,8% de empleados públicos, 1,2% de profesionales y similares, y 1,4% de educadores). Estos datos refuerzan la tesis de Churnside, según quien la estructura productiva del país tendió a debilitar el trabajo independiente frente a un importante crecimiento de las ocupaciones burocráticas ²¹.

¹⁹ Samper, “Evolución de la estructura...”, 146-147.

²⁰ Ibid., 147.

²¹ Cfr. Roger Churnside, *Formación de la fuerza laboral costarricense* (San José: Ed. Costa Rica, 1985), 245-250.

Este proceso no sólo afectó al café, sino también a otros cultivos. Tal fue el caso de la agroindustria cañera, la cual, debido a algunas mejoras tecnológicas que suponían importantes inversiones de capital, tendió a concentrar cada vez más la tenencia de la tierra apta para el cultivo y las instalaciones para procesarla, convirtiendo a los parceleros en peones ²². En Guanacaste no fue otra la tendencia: Edelman afirma que a inicios de siglo XX en esa región había un sector de campesinos “medios” o pequeños productores comerciales “nada despreciable” ²³ que tuvo que vérselas frente a la gran propiedad, llegando a brotes de violencia antilatifundista durante los veintes y treintas que provocaron reiteradas intervenciones del Estado ²⁴.

Al incorporarse más tardíamente Limón a la economía costarricense, los patrones en cuanto a la tenencia de tierra fueron distintos que en el Valle Central o en el noroeste del país. Esa comarca no vivió la colonización de los labrantines, sino que entró de lleno en el juego del capital imperialista de la mano de Minor Keith –muy apropiadamente llamado “Emperador del Caribe” por el novelista estadounidense John Dos Passos ²⁵–, en el cual los pequeños y medianos productores partían de una situación más bien precaria. Botey plantea que “la mayoría de los medianos productores eran costarricenses, poseían poco capital, y muchos de los pequeños productores eran ocupantes usufructuadores, no propietarios, generalmente de origen jamaquino y sus explotaciones no sobrepasaban las 3 hectáreas” ²⁶. Concordantemente, Viales señala que los trabajadores por cuenta propia –el 45% de los trabajadores censados en 1927– realizaban sus faenas en tierras que le alquilaban a la United Fruit Company, y sólo marginalmente en tierras propias, a pesar de que también aparecieron algunos pequeños y medianos productores independientes que a veces eran propietarios ausentistas ²⁷.

²² Ana María Botey Sobrado, *Costa Rica entre guerras: 1914-1940*. (San José: EUCR, 2007), 28-31.

²³ Marc Edelman, *La lógica del latifundio. Las grandes propiedades del noroeste de Costa Rica desde fines del siglo XIX* (San José: EUCR-Stanford University Press, 1998), 148.

²⁴ *Ibid.*, 152. Sobre el carácter del estado de esta época, cfr. infra, 1.1.3.

²⁵ Véanse las páginas que este literato socialista le dedica al empresario bananero en la novela *The 42nd parallel*, primera parte de la trilogía *U.S.A.*, publicada originalmente en 1930. John Dos Passos. *U.S.A.* (Nueva York: Random House, 1937), 241-244.

²⁶ Botey, *Costa Rica entreguerras...*, 13.

²⁷ Cfr. Ronny José Viales Hurtado. *Después del enclave, 1927-1950: un estudio de la región atlántica costarricense* (San José: EUCR, 1998), 62-63. El traspaso progresivo de las funciones productivas a

Resulta necesario, pues, plantear que, siendo la proletarización la tendencia numéricamente más notoria, la dinámica económica apunta, en términos más generales, hacia la consolidación del trabajo asalariado. Es decir, aumentó el número de trabajadores dependientes, en detrimento de los trabajadores independientes, y ante todo de los pequeños y medianos productores de café ²⁸. Como en el resto de Centroamérica, los gobiernos “liberales” implementaron desde fines del siglo XIX una legislación para disciplinar a los trabajadores, “o, en otras palabras, para controlarlos y forzarlos a trabajar como asalariados” ²⁹; esta tendencia a la asalarización, no obstante, fue desacelerada por la disponibilidad de una frontera agraria que, como hemos mencionado anteriormente, estaba todavía abierta ³⁰. De este modo, la producción mercantil simple pudo retardar, con dificultades cada vez mayores, su absorción por la relación de producción capitalista por excelencia, el trabajo asalariado.

Las amenazas cernidas en particular sobre los pequeños y medianos productores de café generaron enérgicas respuestas por parte de éstos: antes de la Gran Depresión ya se habían movilizado reiteradamente contra los beneficiadores-exportadores del grano de oro. La disputa giraba en torno a los precios pagados por estos últimos, así como al modo en el que lo fijaban, y sobre todo a la definición de las calidades de las distintas variedades del fruto. Estos conflictos no se referían a coyunturas económicas específicas, sino que tenían una base estructural ³¹; como señala Acuña, incluso entre 1922 y 1928, tiempo de bonanza cafetalera, los pequeños y medianos productores de café fundaron o intentaron fundar en distintas regiones del país unas diez formas de organización representativas de sus intereses

plantadores nacionales por parte de la UFCo, a raíz de los rendimientos decrecientes de las tierras “establece una división de funciones en donde los productores nacionales asumen los riesgos y costos crecientes de la producción, y el capital imperialista el transporte y la comercialización del producto”. Acuña y Molina, *Historia económica y social...*, 144.

²⁸ Cfr. Churnside, *Formación de la fuerza ...*, 207-211.

²⁹ Ronny J. Viales, *El régimen liberal de bienestar y la institucionalización de la pobreza en Costa Rica, 1870-1930*, en *Pobreza e historia en Costa Rica. Determinantes estructurales y representaciones sociales del siglo XVII a 1950*, Ronny J. Viales Hurtado, (ed.) (San José: EUCR, 2005), 88.

³⁰ Cfr. Acuña y Molina, *Historia económica y social...*, 140.

³¹ Cfr. Víctor Hugo Acuña, “Clases sociales y conflicto social en la economía cafetalera costarricense: productores contra beneficiadores, 1932-1936”, en *Revista de Historia* (Costa Rica) Especial (1985).

³², desde las cuales lucharon contra las perspectivas de proletarización que estimaban inminentes ³³.

En efecto, crisis del mercado internacional como las de 1897 a 1907 y la de 1913 a 1921 ³⁴ cayeron con rigor sobre las espaldas de los productores directos de café; en períodos como esos las bajas en el precio del grano les podían resultar fatales, pues la merma en sus ingresos les planteaba serias dificultades para pagar los créditos que les adelantaban los beneficiadores-exportadores ³⁵. Ya para 1929, el 90% de los propietarios de tierras dedicadas al cultivo del café tenían menos de 7000 cafetos, y más del 50% tenían menos de una manzana de tierra cultivada ³⁶.

Pero los problemas estructurales de la producción mercantil simple en el campo pasaban también por la demografía. Las tribulaciones de los pequeños y medianos propietarios rurales se agudizaban debido a los problemas de herencia: la repartición del terreno familiar –la “lotificación”, de la cual las hijas cada vez más se vieron excluidas ³⁷– implicaba fragmentar la propiedad haciéndola poco rentable, mientras que heredarle el terreno íntegro a un vástago implicaba dejar a sus otros hermanos sin tenencia del todo; en ambos casos, el tránsito hacia el trabajo asalariado, como planteaba Carlos Monge Alfaro en la cita que abre este capítulo, era prácticamente inexorable. Un grupo de grandes propietarios rurales, los gamonales, estuvieron entre los principales beneficiarios de este proceso; de estos réditos lograron capitalizar un significativo poder político que incluso les

³² Víctor Hugo Acuña, “Patrones del conflicto social en la economía cafetalera costarricense (1900-1948)”, en *Revista de ciencias sociales* (Costa Rica) 31 (1986), 117. En el segundo capítulo de este trabajo nos referiremos más detenidamente a estas organizaciones.

³³ Véase, *infra*, 3.3.1.

³⁴ Cfr. Mario Samper. “Café, trabajo y sociedad en Centroamérica (1870-1930): una historia común y divergente” en *Historia general de Centroamérica. Tomo IV*, 26.

³⁵ Cfr. Acuña, *Clases sociales y conflicto...* Del mismo modo, en el Guanacaste el crédito estuvo predominantemente en manos de prestamistas chinos, lo cual llevó a diversos estallidos de violencia contra miembros de esa comunidad. Cfr. Edelman, *La lógica del latifundio*, 188. Sobre los problemas para establecer un banco estatal hipotecario, cfr. Bernardo Villalobos Vega. *Alfredo González Flores. Políticas de seguros y de banca, 1910-1917* (San José: ECR, 1982).

³⁶ Cfr. Manuel Solís, *Costa Rica: ¿reformismo socialdemócrata o liberal?* (San José: FLACSO, 1992), 92.

³⁷ Cfr. Lowell Gudmundson. “Campesino, granjero, proletario: formación de clase en una economía cafetalera de pequeños propietarios, 1850-1950”, en *Revista de historia* 21-22, (enero-diciembre 1990), 169-171.

abrió las puertas al Congreso de la República en la década de 1920, en la llamada “Asamblea de los Hermenegildos”³⁸.

Para los desheredados o mal heredados de la tierra que se resistían a la proletarización, existía la posibilidad de aventurarse hacia las periferias en busca de terrenos aún disponibles para colonizar; nuevas opciones productivas se abrieron a principios del siglo XX para la pequeña y mediana producción agraria, a través del cultivo del cacao y del banano³⁹. Otra posibilidad era, sobre todo para los y las jóvenes más alejados de la frontera agraria, la de cursar estudios formales⁴⁰, entre los cuales el ejercicio de la docencia fue el principal medio para asegurarse un *modus vivendi* que les permitiera cierta estabilidad laboral: las becas que otorgaba el gobierno para que niños talentosos de escasos recursos obtuvieran el título de maestro facilitaron el acceso de éstos a puestos en el magisterio, bajo patronazgo del Estado⁴¹.

1.1.2. Movilidad social y asalarización

La sección normal del Colegio de Señoritas ilustra las perspectivas de ascenso social mejor definidas para las jóvenes de las clases subalternas: al analizar la extracción de las alumnas, Palmer y Rojas muestran que en la sección formadora de educadoras de esta institución, casi la mitad de las matriculadas provenían de hogares artesanos y obreros, y había un grupo significativo de jóvenes de áreas rurales⁴². La opción magisterial fue particularmente llamativa para las muchachas, mucho más que para los varones; de hecho,

³⁸ Cfr. Samuel Stone, *El legado de los conquistadores. Las clases dirigentes en la América Central desde la Conquista hasta los Sandinistas* (San José: EUNED, 1998), 206. Cfr. infra, cap. 3.

³⁹ Ana María Botey, *Costa Rica entreguerras...*, 12-28.

⁴⁰ Cfr. Iván Molina, “Clase, género y etnia van a la escuela. El alfabetismo en Costa Rica y Nicaragua (1880-1950)” en *Educando a Costa Rica. Alfabetización popular, formación docente y género (1880-1950)* Iván Molina y Steven Palmer (San José: Porvenir, 2000), 28. Podemos encontrar un ejemplo de esta movilidad social hacia las clases medias en el caso del entorno familiar del famoso homicida Beltrán Cortés: éste, hijo de un jornalero y jornalero él mismo, tenía una hermana enfermera, un hermano y una prima maestros. Otro de sus hermanos llegó a adquirir una cafetería cerca del Teatro Adela en San José. Cfr. Eduardo Oconitrillo, *Vida, muerte y mito del Dr. Moreno Cañas* (San José: Ed. Costa Rica, 2004), 45, 113.

⁴¹ Iván Molina Jiménez, *El que quiera divertirse. Libros y sociedad en Costa Rica (1750-1914)* (San José: EUCR, 1995), 173-175.

⁴² Cfr. Gladys Rojas y Steven Palmer, “Educando a las señoritas. Formación docente, movilidad social y nacimiento del feminismo en Costa Rica (1885-1925)” en *Educando a Costa Rica*, Molina y Palmer (eds.), 73-74.

mientras que en 1892 en el magisterio predominaba el personal masculino, con un 55,87%, en 1927 la mayoría correspondía a las mujeres con casi un 74%; en la educación primaria, la que más docentes empleaba, esta mayoría se ampliaba a un 79,13% del total de educadores ⁴³.

El magisterio fue la veta fundamental para la movilidad social femenina hacia la *clase media*, seguido de lejos por la enfermería y obstetricia ⁴⁴. En 1927 el Secretario de Educación Pública, Luis Dobles Segreda, se lamentaba de que la enseñanza fuera asumida como mero trabajo más que como vocación: “pregunte usted a cien padres de familia –le decía el ministro a su entrevistador– por qué quieren que su hija sea maestra, pregunte a las alumnas por qué quieren serlo. Encontrará usted que un noventa por ciento responde que para proporcionar una ganancia en su casa, para ayudar a la familia” ⁴⁵. Las escuelas normales eran, como queda implicado por el alegato de Dobles, espacios femeninos, tal como lo era en general la docencia en la educación primaria.

En parte la deserción de los educadores varones se dio debido a las caídas en los sueldos de este gremio, los cuales resultaban insuficientes para un jefe de familia en ejercicio o con aspiraciones de serlo; por el contrario, la tendencia de las mujeres a dejar el magisterio al casarse mantenía una oferta prácticamente constante para las jóvenes que optaban por situarse en esa profesión ⁴⁶.

La orientación hacia los oficios docentes y burocráticos se potenció debido al imperante desprecio por el trabajo manual. Era más viable adquirir respetabilidad mediante un trabajo de cuello blanco, aunque los sueldos fueran similares o menores en actividades de este tipo que en algunos oficios artesanales ⁴⁷. Además, para los empleados del sector público las opciones de mejorar sus salarios con el transcurso del tiempo eran sumamente limitadas. Estas dificultades económicas para los maestros varones, como indica Molina,

⁴³ Del total de 1649 casos, 1305 son mujeres y sólo 344 son hombres. Cfr. Dirección General de Estadística y Censos, pág. 56.

⁴⁴ Cfr. *infra*, 1.1.3.

⁴⁵ “El Secretario de Educación Pública se opone al proyecto de restablecer la Sección Normal en el Colegio de Señoritas”, *El maestro*, 15 de febrero de 1927, 189.

⁴⁶ Iván Molina. “Desertores e invasoras. La feminización de la ocupación docente en Costa Rica en 1904”, en *Educando a Costa Rica...*, Molina y Palmer (eds.), 108-113.

⁴⁷ Cfr. *infra*, 2.2.2.

llevaron a que las mujeres, quienes no tenían más ventajas en el artesanado, engrosaran el ejército magisterial⁴⁸.

Con todo, trabajar en el gobierno llegó a tener algunas significativas ventajas: además de sueldos estables –durante los cuatro años del período presidencial de turno–, el servidor público se aseguraba la pensión vitalicia y el seguro obligatorio, medidas aprobadas como ley de la República en 1924⁴⁹. Estas ventajas no eran despreciables para las condiciones laborales generales de la época, incluso a pesar de los sempiternos problemas de financiamiento del Estado para pagar los sueldos de sus funcionarios. De este modo, la fuerza de trabajo procedente de los sectores de la pequeña y mediana propiedad rural no sólo sufrieron una movilidad social descendente –la mayoría– o ascendente –unos cuantos–, sino que algunos pudieron ejercer una movilidad de tipo horizontal: el tránsito de la pequeña y mediana propiedad hacia los oficios administrativos y profesionales⁵⁰, sobre todo en el sector público.

Los hijos e hijas de la burguesía menos afortunados en cuanto a la primogenitura también padecieron las desventajas de los mecanismos de repartición del patrimonio familiar: estaban prácticamente condenados a la movilidad social hacia abajo. En *La dinastía de los conquistadores*, Samuel Stone enfatiza este factor como el más determinante en la política de la *clase media* costarricense hasta mediados del siglo XX: en particular, afirma allí que los hijos segundones de la clase dominante llegaron a ejercer desde profesiones como el derecho, la medicina, el magisterio, el sacerdocio y el ejército, una influencia propicia –si bien con contradicciones internas– para el mantenimiento del *status quo*⁵¹.

Los integrantes de este sector venido a menos de la burguesía eran conocidos como “oligarquía de medio pelo” y para entonces se sumaban a otros “pobres de levita” de las

⁴⁸ Cfr. Iván Molina, “Desertores e invasoras...”, 109.

⁴⁹ Cfr. Jorge Mario Salazar. *Crisis liberal y Estado reformista. Análisis político-electoral, 1914-1949*. (San José: EUCR, 1995), 109.

⁵⁰ Casos como los de Manuel Marín Quirós, Andrés Venegas y Juvenal Fonseca, quienes además de productores de café eran abogados, ilustran sobre la flexibilidad que es necesaria para analizar las relaciones entre clases sociales, incluso bajo un mismo techo. Cfr. Acuña y Molina, *Historia económica y social*, 170.

⁵¹ Samuel Stone, *La dinastía de los conquistadores. La crisis del poder en la Costa Rica contemporánea* (San José: EDUCA, 1982), 280, 283.

ciudades. Ya la Costa Rica decimonónica tardía podía contar entre los representantes de estos grupos de los sectores medios a personajes notables como Aquileo Echeverría, Félix Arcadio Montero, Máximo Fernández, Cleto González Víquez y Joaquín García Monge⁵², profesionales todos ellos. Estos grupos se consolidaron en las primeras décadas del siglo XX, en particular gracias a la educación secundaria y, en muchos casos, a sus vínculos con familiares acaudalados.

Que en la secundaria predominaran los hijos de clases medias ya existentes en términos objetivos durante las primeras décadas del siglo XX es evidenciado por distintas fuentes y testimonios. Así por ejemplo, en 1916 el joven politólogo norteamericano, Dana Gardner Munro, refiriéndose a la educación secundaria en Costa Rica, afirmaba que en los cinco colegios del país habían “en total más de ochocientos estudiantes. Estos son principalmente de la clase media de las ciudades”⁵³. Los datos de Rojas y Palmer respecto al Colegio Superior de Señoritas avalan al menos parcialmente la descripción de Munro: de la generalidad de las pupilas de esta institución en el año escolar 1918-1919 un 62% de los padres de las alumnas eran profesionales, comerciantes o empleados (22,5, 24,5 y 15%, respectivamente; ver cuadro 1.2.), lo cual sugiere que en su mayoría estas niñas provenían de entornos de clases medias, tal como afirman los propios investigadores⁵⁴.

El cuadro también permite observar las posibilidades de movilidad social que se les abrían a las colegialas hijas de agricultores, artesanos y trabajadores no especializados; la educación secundaria era una puerta hacia el mundo de los sectores medios urbanos, ya fuera que llegaran a ejercer o no los conocimientos adquiridos en el Colegio.

Cuadro 1.2. Ocupación de los padres de las estudiantes del Colegio Superior de Señoritas (1888-1919)

Ocupación de los padres	1897-1906	1907-1914	1918-1919	Total
Elites	3,5	4,0	2,0	3,0
Profesionales	20,5	21,0	22,5	21,0
Comerciantes	16,0	22,5	24,5	21,0

⁵² Cfr. Álvaro Quesada Soto, *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910). Enfoque histórico social* (San José: EUCR, 1986), 50, 119.

⁵³ Dana Gardner Munro, *Las cinco repúblicas de Centroamérica. Desarrollo político y económico y relaciones con Estados Unidos* (San José: EUCR, 2003), 195-196.

⁵⁴ Cfr. Rojas y Palmer, *Educando a las señoritas ...*, 73, 77.

Agricultores	18,5	14,0	12,5	15,5
Empleados	18,5	18,0	15,0	17,0
Artesanos	22,0	19,5	23,0	21,5
No especializados	1,0	1,0	0,5	1,0

Fuente: *Educando a Costa Rica...*, Molina y Palmer (eds.), 77.

La educación secundaria le permitía a sus graduados optar por ventajosas posibilidades laborales como asalariados: la concentración de capitales, de la cual se beneficiaron en particular los capitalistas extranjeros ⁵⁵, abrió lugar para los trabajadores intelectuales: cuando las empresas extranjeras, que tenían tierras en promedio diez veces más grandes que las costarricenses, “se organizaban como sociedades o como compañías cuyos propietarios residían en el exterior, obviamente requerían gerentes y demás empleados administrativos para representar e informar adecuadamente a los dueños; además, debido a la gran extensión de las plantaciones, convenía utilizar equipos debidamente jerarquizados de supervisores y técnicos de campo. Pero, aún cuando los extranjeros adoptaban residencia en el país y optaban por dirigir personalmente sus negocios, su desconocimiento de la región, carencia de contactos sociales y problemas lingüísticos los obligaban a contratar personal nacional para delegarles tareas de supervisión y administración” ⁵⁶. De este modo, profesionales como administradores, abogados y contadores, entre otros, eran indispensables para la buena marcha de esas compañías.

En esta coyuntura, la crisis del trabajo independiente presionó hacia una mayor capacitación de la fuerza de trabajo, en vistas a la incorporación al régimen asalariado ⁵⁷: el alfabetismo pasó entre 1892 y 1927 del 19,8% al 47,4% de la población, concentrada ante todo en las zonas urbanas ⁵⁸, mientras que la educación primaria pasó en esos mismos años,

⁵⁵ El capital extranjero expandió su proceso de valorización en el país tanto a través de la explotación bananera y minera, a cargo del capital estadounidense del célebre Mr. Keith, como por la creciente participación alemana en la agroindustria cafetalera.

⁵⁶ Churnside, *Formación de la fuerza laboral...*, 249. Un ejemplo de esta posibilidad de ascenso social la presenta Viales al indicar que la UFCo. dio trabajo a estadounidenses y a costarricenses blancos como jefes, ingenieros y contadores, algunos de los cuales “acumularon cierta riqueza, se vincularon con el poder político local y se convirtieron en propietarios”. Cfr. Viales, *Después del enclave...*, 67.

⁵⁷ Cfr. Churnside, *Formación de la fuerza laboral ...*, 264-272.

⁵⁸ Cfr. Dirección General de Estadística y Censos (DGEC). *Censo general de la república de Costa Rica, 18 de febrero de 1892* (San José: Tipografía Nacional, 1893), 106-109. DGEC. *Censo de población de*

según datos oficiales, de 16,815 a 42,031 alumnos⁵⁹. Este aumento estuvo motivado por el papel activo que asumió el Estado en las labores educativas, sobre todo a partir de las reformas liberales ejecutadas entre 1885 y 1888, que impulsaron una fuerte campaña a nivel de la educación primaria⁶⁰.

El proceso de descomposición de la producción mercantil simple en los campos fue acompañado por una importante urbanización de la ciudad de San José, en la cual se acentuó la asalarización: entre 1892 y 1927 la población de esta “metrópolis en miniatura” creció del 7,95% al 10,73% del total nacional de habitantes. Este crecimiento se dio ante todo debido a la expulsión de personas de las demás áreas urbanas del Valle Central, las cuales optaron por migrar, ya fuera a la capital o a zonas semiperiféricas del país⁶¹, donde hay en particular un importante aumento en las poblaciones de las cabeceras de cantón: Samper ha observado allí, en centros semiurbanos, un crecimiento del 13% entre 1892 y 1927⁶². No es casual, pues, que los problemas de la migración del campo a la ciudad aparecieran reiteradamente en la prensa, la literatura y los discursos de los políticos⁶³.

Como veíamos al inicio de este apartado, a partir de la última década del XIX hubo un significativo aumento en las ocupaciones urbanas. A lo largo de ese proceso de

Costa Rica, 11 de mayo de 1927 (San José: DGEC, 1960.), 44-51. Estas cifras de alfabetismo contemplan solamente a quienes podían tanto leer como escribir. Para un análisis pormenorizado del tema del alfabetismo, cfr. Iván Molina, “Explorando las bases de la cultura impresa en Costa Rica: la alfabetización popular (1821-1950)”, en Patricia Vega J., *Comunicación y construcción de lo cotidiano* (San José: EUCR, 1999).

⁵⁹ Dirección General de Estadística y Censos..., 83.

⁶⁰ Cfr. Juan Rafael Quesada, *Educación en Costa Rica, 1821-1940* (San José: EUNED, 1997), 35-41. También: Astrid Fischel, *Consenso y represión* (San José: ECR, 1987); y de esta misma autora *El uso ingenioso de la ideología en Costa Rica* (San José: EUNED, 1992).

⁶¹ Cfr., José Luis Vega Carballo. *Hacia una interpretación del desarrollo costarricense: ensayo sociológico* (San José: Porvenir, 1986), 219.

⁶² Cfr. Samper, *Evolución de la estructura...*, 200. Barrantes *et al.*, tomando como criterio la fundación de veinticuatro nuevos cantones entre 1900 y 1920, señalan que durante este período hubo un crecimiento de la población urbana. Esta aseveración la sostienen los autores con base en que “la justificación para crear un nuevo cantón por lo general se fundamentaba en dos posibles circunstancias: la primera, que la población hubiese aumentado hasta alcanzar una densidad tal que era conveniente formar un nuevo cantón; y la segunda, la colonización de tierras alejadas de los centros de población ya establecidos”. Emmanuel Barrantes *et al.*, “Las subsistencias en una coyuntura de crisis, Costa Rica 1914-1920” (Memoria de Seminario de Graduación, Escuela de Historia / Escuela de Antropología y Sociología. San José: UCR, 2002), 48. Si bien estamos de acuerdo con el criterio esgrimido, nos parece que no es conveniente hablar en este caso de las cabeceras de cantón como centros urbanos, sino, con Samper, semiurbanos, lugares clave en las relaciones entre lo rural y lo urbano, semiperiferias muy directamente ligadas al agro.

⁶³ Cfr. Álvaro Quesada Soto, *Uno y los otros. Identidad y literatura en Costa Rica* (San José: EUCR, 1998), 80-95. Cfr. Viales, *Las bases de la política agraria*, 55-57.

expansión, y sobre todo en la ciudad de San José, se aglutinaron heterogéneos grupos populares, que incluían “desde el pequeño patrono hasta el asalariado totalmente desprovisto de medios de producción y de medios de subsistencia”⁶⁴: una *plebe urbana* que, bajo la identidad de “obreros” o “proletariado” se organizó en pos de reivindicar sus derechos frente al “capital” y los “burgueses”⁶⁵. El momento cumbre de la actividad política de estas clases populares urbanas, entre las cuales se movilizaron algunos de los sectores medios, tanto asalariados como pequeños y medianos propietarios, fue el de las huelgas en 1920 por la jornada de ocho horas y el aumento del 20% en los sueldos⁶⁶.

En este contexto urbano, la educación se convirtió en un importante medio para el ascenso social, a la vez que generó una población más capacitada que competía por puestos de trabajo calificados; durante este período, la sobreproducción de bachilleres fue una preocupación constante. Incluso Alfredo González Flores, cuyo proyecto político distaba del de la oligarquía, sumó su voz a esta preocupación: tras proponer la creación de sendas escuelas de Artes Industriales y de Agricultura en Alajuela y Cartago, decía que creía sinceramente “que el mejor medio para desviar a los jóvenes del falso miraje de las carreras liberales es el de darles las oportunidades para que ejerciten sus energías en otras direcciones de las que ahora podemos ofrecerles”⁶⁷.

Sin embargo, las opciones de trabajo abiertas por la educación secundaria siguieron convocando a los y las jóvenes con aspiraciones a un *status* simbólico y económico propio de las clases medias urbanas. A pesar de que la educación implicaba una fuerte inversión por parte de los padres, lo cual alejaba a la mayoría de la población de esa posibilidad, profesionales, empleados y comerciantes fueron sectores que siguieron creciendo cuantitativamente a lo largo de esta coyuntura, aportando en la consolidación del proyecto

⁶⁴ Víctor Hugo Acuña, *Los orígenes de la clase obrera en Costa Rica: las huelgas de 1920 por la jornada de ocho horas* (San José: CENAP-CEPAS, 1986), 9, 11.

⁶⁵ Cfr. *infra*, 3.2.

⁶⁶ Cfr. Acuña, *Los orígenes...*

⁶⁷ Alfredo González Flores, “El Poder Ejecutivo al Congreso Constitucional. Mensaje del Presidente. 1º. de mayo de 1915”, en *Mensajes presidenciales. Tomo IV: años 1906-1916*, Meléndez (comp.) (San José: Ed. Texto, 1983), 202.

hegemónico de la élite, pero a la vez asumiéndose como una clase con intereses propios en ese proyecto ⁶⁸.

1.1.3. Profesionales, comerciantes y empleados en 1927

Ya en el Censo urbano de San José en 1904 nos encontramos con una cantidad importante de profesionales: más del 10% de la población laboral. Allí destacan abogados y docentes, con 27,3% y 27,9%, respectivamente, del total de este tipo de oficios (ver cuadro 1.3). Es de notar, además, que hay una significativa feminización del sector profesional en San José entre el censo urbano de 1904 y el nacional de 1927: mientras que a inicios de siglo las mujeres profesionales apenas superaban el 25% del total de profesionales, en 1927 alcanzan el 37,6%. En este incremento el sector femenino que jugó un papel más cuantioso fue el de las docentes, quienes pasaron del 17,9% al 25,4% del total de profesionales entre dichos censos. El otro incremento notable fue el de las mujeres dedicadas a rubros propios de la salud: del 1,5% al 4,3% del total de profesionales, merced principalmente al interés del Estado por la formación de enfermeras y obstetras (ver cuadros 1.3. y 1.4); de hecho, en 1899 había surgido la Escuela de Obstetricia ⁶⁹, la cual se amplió en 1920 para fundar la Escuela de Enfermería y Obstetricia ⁷⁰.

Cuadro 1.3. Profesionales, ocupación según sexo en la ciudad de San José, 1904

	H	M	Total
Arquit.-Ingen.	5,0	---	5,0
Quim-Microb.	3,4	---	3,4
Agron.-Veterin.	0,2	---	0,2
Medicina	5,9	1,5	7,5
Artistas	15,0	1,8	16,8
Religiosos	4,0	2,4	6,4

⁶⁸ Cfr. Iván Molina y Steven Palmer. *Historia de Costa Rica. Breve, actualizada y con ilustraciones* (San José: EUCR, 1997), 65.

⁶⁹ Cfr. Astrid Fischel, “Los estudios superiores en Costa Rica, 1888-1940”, en *Historia de la educación superior en Costa Rica*, CIHAC (San José: Oficina de Publicaciones de la UCR, 1991), 44. Sobre este grupo socio-ocupacional, cfr. Ana Paulina Malavassi, “De parteras a obstétricas: la profesionalización de una práctica tradicional en Costa Rica (1900-1940)”, en *Mujeres, género e historia en América Central durante los siglos XVIII, XIX y XX*, Eugenia Rodríguez Sáenz (ed.) (San José: UNIFEM, Plumsock Mesoamerican Studies, 2002), 71-83.

⁷⁰ Cfr. Steven Palmer, *From popular medicine to medical populism. Doctors, healers and public power in Costa Rica, 1800-1940* (Durham: Duke University, 2003), 139-154.

Docencia	10,0	17,9	27,9
Estadist.-Economía	0,4	---	0,4
Abogados	26,3	0,3	26,7
DirecAdm.	1,2	0,1	1,3
GerentesAgric.-Ind.	1,2	---	1,2
Gerentes Servicios	2,1	1,1	3,2
Total	74,9	25,1	100,0

N=911

Fuente: *Censo Urbano de San José de 1904***Cuadro 1.4. Profesionales, profesión u oficio según sexo en la ciudad de San José, 1927**

	H	M	Total
Agrimensores / topógrafos	0,7	0,1	0,7
Ingenieros civiles	2,0	---	2,0
Ingenieros agrónomos	0,4	---	0,4
Otros ingenieros	1,3	---	1,3
Dibujantes técnicos / cartógrafos	0,2	0,1	0,3
Técnicos electricidad / mecánica	0,2	---	0,2
Químicos / tecnólogos	0,5	---	0,5
Bacteriólogos / microbiólogos	0,2	---	0,2
Farmacólogos / farmaceuticos	3,1	0,2	3,2
Técnicos laboratorio industrial	0,1	---	0,1
Otros técnicos / química / física	0,1	---	0,1
Perito agrícola	0,4	---	0,4
Médicos generales, especialistas.	4,0	0,1	4,0
Optómetras/ópticos	0,1	---	0,1
Técnicos en salud	0,1	---	0,1
Enfermeros / parteras	0,3	3,4	3,7
Otros enferm. / ayudantes / parteras	1,0	0,6	1,6
Autores literarios, editores	1,6	---	1,6
Pintores, serigrafistas, escultores, músicos	6,9	0,2	7,1
Bailarines, directores de danza, actores	0,2	0,2	0,4
Traductores e Intérpretes / bibliotecarios	0,2	0,1	0,3
Técnicos fotografía / retratistas	1,0	0,3	1,3
Sacerdotes, pastores, monjas	2,3	3,4	5,7
Otros religiosos	0,1	0,1	0,2
Profesores enseñanza media	1,3	1,9	3,2
Maestros enseñanza primaria	3,0	19,7	22,7
Otros profesores / maestros	1,5	3,4	4,9
Instructores academias particulares	---	0,4	0,4
Matemáticos / estadísticos/demógr.	0,1	0,1	0,2

Economistas / especialistas admin.	0,5	0,1	0,6
Contadores públicos / privados	11,2	1,3	12,4
Otros técnicos: matemáticas, ciencias sociales	1,0	0,2	1,2
Abogados / asesores legales	7,7	---	7,7
Magistrados, jueces / alcaldes	0,2	---	0,2
Jueces de paz / notarios	0,1	---	0,1
Escribientes / asistentes legales	8,6	2,0	10,5
Pilotos de avión (fumigadores)	0,1	---	0,1
Total	62,4	37,6	100,0

Porcentajes respecto al total de profesionales

N=1631

Fuente: Muestra electrónica del Censo de 1927, CIHAC

A esta notoria incorporación de las mujeres a las profesiones debemos añadir otro elemento: la llegada de profesionales extranjeros que vinieron a competir con los graduados nacionales. La muestra del CIHAC del Censo de 1927 arroja un significativo 20,3% de trabajadores nacidos en el extranjero respecto al total de profesionales y técnicos; de este porcentaje, 7,5% eran mujeres y 12,8% varones (cuadro 1.5). En particular, los foráneos de origen europeo y norteamericano, indica Churnside, “como inversionistas en gran escala en la industria cafetalera, u ocupándose en servicios profesionales” contribuyeron a agudizar los problemas de escasez de mano de obra y de la producción de artículos para la subsistencia ⁷¹.

Cuadro 1.5. Profesionales y técnicos: ciudadanía según sexo, 1927

	H	M	Total
Cost. por nacim.	48,7	31,0	79,7
Cost. por natur.	1,4	0,2	1,6
Extranjero	11,4	7,3	18,7
Total	61,5	38,5	100,0%

Porcentajes respecto al total de profesionales y técnicos

Fuente: Muestra electrónica del Censo de 1927, CIHAC

El aumento en la cantidad de profesionales afianzó la tendencia a la asalarización: como muestra el Censo nacional de 1927, la mayoría de ellos no eran ya profesionales propiamente “liberales”, sino trabajadores asalariados: el 68,1% se declararon empleados (cuadro 1.6). Así, de desempeñar sus tareas de modo independiente y negociar sus servicios

⁷¹ Churnside, *Formación de la fuerza laboral...*, 320-321.

directamente con los clientes, los profesionales pasaban a laborar bajo los criterios de un empleador, siendo remunerados por tiempo y no por sus servicios ⁷².

Cuadro 1.6. Profesionales según categoría ocupacional, 1927

	H	M	Total
No declara	0,4	0,5	0,9
Empleado	40,1	28,	68,1
Cuenta propia	19,1	10	29,1
Dueño	1,8	0,1	1,9
Otros	0,1	---	0,1
Total	61,3	38,7	100

Porcentajes respecto al total de profesionales y técnicos

N=1930

Fuente: Muestra electrónica del Censo de 1927, CIHAC

En el mismo sentido, el rubro de empresarios y administradores (cuadro 1.7.) consta solamente de un 27,8% de dueños y patronos, frente al 47,9% de empleados y 22% de trabajadores por cuenta propia. Un 11,3% –casi la cuarta parte de los empleados en este rubro– son administradores del Estado, a los que debe sumársele un 5,4% de directores de centros educativos, en cuenta los de estudios superiores. Resulta atípico que la mayoría de las mujeres –más de la mitad del total de ellas– aparezcan como dueñas o patronas; revisando el rubro más detalladamente, 7,7% aparecen como directoras de empresas de preparación de alimentos, una rama tradicionalmente considerada como femenina, y 3,1% son trabajadoras del sector público, mayoritariamente directoras de centros educativos.

Cuadro 1.7. Empresarios y administradores, por categoría ocupacional y sexo, 1927

	H	M	Total
No declara	1,5	---	1,5
Empleado	42,9	5,0	47,9
Cuenta propia	20,5	1,5	22,0
Dueño / patrón	20,9	6,9	27,8
Otros	0,8	---	0,8
	86,5	13,5	100,0

Porcentajes respecto al total de empresarios y administradores

N=259

Fuente: Muestra electrónica del Censo de 1927, CIHAC

⁷²

Cfr. *Ibíd*, 236.

Además de ejercer profesiones, los inmigrantes se sumaron a oficios de los sectores medios a través de la instalación de pequeños negocios; de hecho, Mario Sancho narra cómo en Cartago ya a fines del siglo XIX habían muchos chinos dedicados al comercio y a las fondas ⁷³. Giselle Marín, por su parte, ha mostrado que los comerciantes fueron mayoría, con un 38% del total, entre los socios de la Sociedad Española de Beneficencia entre 1897 y 1927, contabilizando tanto a dependientes de comercio como a importadores y a medianos y pequeños comerciantes, “que tenían un pequeño almacén, pulpería y taquilla” ⁷⁴. Los inmigrantes judíos en Costa Rica, los “polacos” de la cultura popular, se dedicaron también mayoritariamente al comercio, ocupándose inicialmente en ventas ambulantes ⁷⁵. Efectivamente, alrededor del 23,7% de los comerciantes censados en 1927 no eran costarricenses por nacimiento (ver cuadro 1.8.).

Cuadro 1.8. Comerciantes: ciudadanía según sexo, 1927

	H	M	Total
Cost. por nacim.	67,4	8,9	76,2
Cost. por natur.	1,8	0,1	1,9
Extranjero	20,5	1,3	21,8
Total	89,7	10,3	100

Porcentaje respecto al total de comerciantes

N=2450

Fuente: Muestra electrónica del Censo de 1927, CIHAC

Estas poblaciones inmigrantes, entre otras, nutrieron el sector de la circulación de mercancías: entre 1892 y 1927 prácticamente se duplicó la cantidad de comerciantes, en su mayoría pulperos, pasando del 1,6% al 2,9%, habiéndose especializado y masculinizado tales establecimientos en el proceso ⁷⁶. A diferencia del sector profesional, entre los

⁷³ Cfr. Mario Sancho, *Memorias*, 33. Para la década de los treinta, en Guanacaste según narra Edelman, “chino” se había convertido en sinónimo de “pulpero”. Cfr. *La lógica...*, 189. Ossenbach afirma también que en esa década entre los propietarios de comercio en Puntarenas había numerosos chinos y “turcos”. Cfr., Carlos Enrique Ossenbach, *Arco iris sobre Costa Rica* (San José: EUCR, 1999), 26.

⁷⁴ Giselle Marín, “Caridad y prestigio. La Sociedad Española de Beneficencia, 1866-1930”, *Culturas populares y políticas públicas en México y Centroamérica (siglos XIX y XX)*, en Francisco Enríquez Solano e Iván Molina Jiménez (comp.) (Alajuela: Museo Histórico-Cultural Juan Santamaría, 2002), 118.

⁷⁵ Cfr. Jacobo Schifter, Lowell Gudmunson y Mario Solera, *El judío en Costa Rica* (San José: EUNED, 1979), 207-214.

⁷⁶ Cfr. Samper, *Evolución de la estructura...*, 254-255. Puede observarse en el cuadro 1.8., efectivamente, que sólo aparece un 10,3% de mujeres dedicadas al comercio.

dedicados al comercio solamente el 37,4% se declaraba empleado en 1927 (ver cuadro 1.9.), esto es, había poco más de un empleado y medio por cada dueño. Esto indica que en este sector no había calado tan profundamente la concentración de capitales; es razonable suponer que la pequeña propiedad urbana en general haya tenido un ligero crecimiento durante el primer tercio del siglo XX, ligado con el crecimiento de la población en zonas semiperiféricas. Allí, en las cabeceras de los cantones, se hacían necesarios los servicios de comerciantes y artesanos mediante negocios como zapaterías, panaderías e imprentas ⁷⁷, amén de esos fundamentales centros de sociabilidad que eran en aquel entonces las pulperías ⁷⁸.

Cuadro 1.9. Comerciantes, por categoría ocupacional y sexo, 1927

	H	M	Total
No declara	1,2	0,0	1,3
Empleado	32,8	4,6	37,4
Cuenta propia	36,7	4,0	40,7
Dueño	18,9	1,6	20,5
Otros	0,1	---	0,1
Total	89,7	10,3	100,0

Porcentajes respecto al total de comerciantes

N=2441

Fuente: Muestra electrónica del Censo de 1927, CIHAC

Otro sector socio-ocupacional importante de las clases medias fue el de los empleados administrativos. De ellos, el 34,9% trabajaba en dependencias estatales, mientras el 4% estaba dedicado a actividades artesanales o industriales, y aparece un 2,6 laborando en fincas de diverso tipo. Otros rubros importantes son el de servicios, con un 12,4%; el 6,3% en transporte; 13,6% en oficinas; y 13,6% en establecimientos comerciales. El sector público resalta, pues, por ser el mayor empleador de administrativos, siendo el Gobierno central el patrón de más trabajadores. El predominio masculino es evidente, pues sólo el 16,6% del empleo administrativo estaba a cargo de mujeres, ninguna de las cuales

⁷⁷ Cfr. Iván Molina, *Una imprenta de provincia. El taller de los Sibaja en Alajuela, Costa Rica, 1867-1969* (Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría: 2002), 87.

⁷⁸ Cfr. Enríquez, Francisco, “La diversión pública y los espacios públicos de sociabilidad en San Vicente de Moravia (1880-1930)”, en *Culturas populares y políticas públicas en México y Centroamérica (siglos XIX y XX)*, Enríquez y Molina (comp.) (Alajuela: Museo Histórico-Cultural Juan Santamaría, 2002), 194.

aparece en lugares de trabajo rurales. En el comercio se contabiliza, tomando en cuenta las pulperías, un 4,2% de trabajadoras, en tanto que las diversas instancias estatales ocupaban a un 4,5% del total de trabajadores administrativos.

Cuadro 1.10. Empleados administrativos: lugar de trabajo según sexo

Lugar de trabajo	Sexo		Total
	H	M	
Casa	3,8	0,5	4,3
Oficinas/Consultorios	10,7	2,4	13,1
Oficinas UFCO	0,5	---	0,5
Calle	2,5	---	2,5
Empresa	1,2	0,3	1,4
Empresa UFCO	0,4	---	0,4
Talleres	0,4	0,2	0,6
Panadería	---	0,3	0,3
Fábrica	1,7	0,8	2,5
Imprenta	0,4	0,1	0,5
Extracción mineral	0,3	---	0,3
Establecimiento comercial	9,0	3,8	12,8
Establ. comercial UFCO	0,1	---	0,1
Repre. casas extranjeras	0,3	0,1	0,4
Pulpería	0,3	0,4	0,7
Estab. servicios personales	0,3	0,1	0,4
Banco	3,7	0,7	4,3
Empresa servicios al público	5,8	1,4	7,2
Hotel, pensión y similares	0,4	0,1	0,5
Transporte	0,8	---	0,8
Ferrocarriles	5,1	0,4	5,5
Gobierno	23,6	3,3	26,9
Municipalidad	3,3	---	3,3
Centro educativo	0,1	0,8	0,9
Centro salud	0,3	---	0,3
Min. Seguridad	1,0	0,4	1,4
Juzgado	2,1	---	2,1
Iglesia	0,4	0,1	0,5
Fincas varias	2,1	---	2,1
Beneficio de café	0,1	---	0,1
Planta prod. agrícolas	0,1	---	0,1
Aserradero	0,3	---	0,3
Otros	2,2	0,4	2,6
Total	83,4	16,6	100,0

Porcentajes respecto al total de empleados

N=763

Fuente: Muestra electrónica del Censo de 1927, CIHAC

La concentración de profesionales, comerciantes y empleados administrativos en los centros urbanos de la época, y sobre todo en la ciudad de San José –proceso con justicia llamado de *macrocefalia urbana* por Vega Carballo ⁷⁹–, aparece en el cuadro 1.11. Al comparar el predominio en las ciudades de estos grupos socio-ocupacionales –de los cuales, como hemos visto, se nutrieron los sectores medios costarricenses a partir de la integración dependiente del país en el mercado internacional– frente a la distribución de los jornaleros, queda patente cómo en la Costa Rica de 1927 estos sectores pudieron crecer sobre todo gracias al trabajo productivo del campo. En lo agrario y en lo urbano, la clase media *en sí*, como parte integrante de la economía costarricense, es un retoño del desarrollo desigual y combinado.

Cuadro 1.11. Profesionales y técnicos, empleados administrativos, comerciantes y jornaleros, por tipos de distrito, 1927

	Grupos ocupación				Total
	Prof. y técnicos	Empl. adm.	Comerciantes	Jornaleros	
Ciudad San José	81,7	79,3	71,2	2,3	42,8
Otras ciudades	6,1	5,0	4,7	3,7	4,5
Semiurbano	5,9	7,3	11,1	43,7	24,5
Rural	6,4	8,3	12,9	50,3	28,1
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

N=9591

Fuente: Muestra electrónica del Censo de 1927, CIHAC

Esta coyuntura puede caracterizarse respecto a la fuerza de trabajo como un proceso de valorización del capital, en el cual el crecimiento en el sector de jornaleros y peones – como trabajadores productivos, esto es, generadores de riqueza ⁸⁰– permitió un incremento

⁷⁹ Cfr. Vega Carballo, *Hacia una interpretación...*, 219.

⁸⁰ La distinción que Marx adopta de Adam Smith considera como trabajo productivo a aquel que produce plusvalía. La distinción no se refiere al tipo concreto de trabajo, sino a la producción de capital: “un actor, o inclusive un payaso, según esta definición, es un trabajador productivo si trabaja al servicio de un capitalista (un empresario) a quien devuelve más trabajo del que recibe de él en forma de salarios; en tanto que un sastre que trabaja a domicilio, acude a la casa del capitalista y le remienda los pantalones, con lo cual sólo le produce un simple valor de uso, es un trabajador improductivo”. Karl Marx, *Teorías sobre la plusvalía* (Bs. Aires: Cartago, 1974), 133. Por supuesto, el trabajador improductivo también crea productos: de lo contrario no sería un trabajador. Cfr. *Ibíd.*, 157.

en la economía citadina que se manifestó a través de actividades como la burocracia, el comercio, el artesanado y las diversas profesiones. La actividad industrial empezaba a transformarse cualitativamente con el nuevo siglo, gracias a los flujos de capital provenientes de la agroexportación y del comercio; de allí que, según Araya Pochet, a lo largo de la primera mitad del siglo XX se desarrollaran “manufacturas y fábricas con un mayor nivel tecnológico, mayor número de empleados y una productividad más elevada”⁸¹.

De este modo, la plusvalía generada en el agro y realizada en el comercio exterior se concentró en las urbes de la época; en las ciudades, el naciente proletariado y las clases medias obtuvieron notorios réditos de esta distribución geográfica de la riqueza⁸². Específicamente, las ventajas de la inversión en los circuitos secundario y terciario de acumulación de capital⁸³ beneficiaron a estas últimas tanto por la apertura de nuevos empleos como por los subsidios en infraestructura y servicios concentrados –notablemente, la educación– en los centros urbanos. Este patrón, como veremos en breve, fomentó a la vez a la pequeña burguesía urbana.

En particular, el crecimiento económico entre 1922 y 1928 permitió la diversificación de las actividades laborales registrada en el censo de 1927. Durante este lapso la dependencia hacia la economía internacional mostró un lado relativamente amable: una conjunción del alza en los precios de los más importantes productos de exportación, y de algunas medidas de control monetario y financiero asumidas por el gobierno permitieron consolidar cierta estabilidad económica, la cual permitió a su vez una mayor estabilidad de los salarios⁸⁴. Además, el fortalecimiento de la moneda local facilitó que el Estado costarricense produjera más empleos, y en general durante esta época hubo una leve mejora

⁸¹ En: Luis Fernando Sibaja, *La industria: su evolución histórica y su aporte a la sociedad costarricense* (San José: Cámara de Industrias de Costa Rica, 1993), 65.

⁸² Ampliamos sobre este tema en *infra*, 1.2.2.

⁸³ Cfr. *supra*, I.2.1.

⁸⁴ Cfr. Víctor Bulmer-Thomas, *La economía política de Centroamérica desde 1920* (San José: BCIE-EDUCA, 1989), 35. También, Virginia Mora C., “Rompiendo mitos y forjando historia. Mujeres urbanas y relaciones de género en el San José de los años veinte” (Tesis de Maestría en Historia, UCR, 1998), 158.

en las condiciones de vida de los sectores populares, a pesar de que la pobreza no estuvo ausente entre las clases subalternas ⁸⁵.

Los principales beneficiarios del auge económico fueron los grupos más solventes, como resalta por el aumento en el consumo de diversos objetos de lujo: perfumes, vestidos y medias de seda y fonógrafos, entre otros, dan cuenta de la capacidad adquisitiva de esos sectores sociales más beneficiados durante los veinte ⁸⁶, mientras que el número de automóviles entre 1916 y 1930 pasó de 150 vehículos a cerca de 7000 ⁸⁷. Otras labores también sacaron provecho de la situación: actividades tan disímiles como la pintura y la prostitución ⁸⁸ participaron en el período 1922-1928 del progreso observado por Sancho y la expansión urbana descrita por Cardona.

Además del comercio minorista, otras actividades de la pequeña burguesía urbana también se vieron beneficiadas durante las primeras tres décadas del siglo. La tipografía, por ejemplo, fue una actividad muy relevante en esta época gracias a las necesidades derivadas de la alfabetización: libros, periódicos, revistas, volantes y papelería de oficina se convirtieron en indispensables para la población urbana de otrora, dados los avances de la educación oficial. Del mismo modo, la necesidad de vestir formalmente en las ciudades marcó un auge para zapateros –el calzado era considerado un índice del grado de cultura del individuo ⁸⁹–, sastres y costureras ⁹⁰. Estas actividades artesanales se desarrollaron junto

⁸⁵ Cfr. Ana María Botey y Rodolfo Cisneros, *La crisis de 1929 y la fundación del Partido Comunista de Costa Rica* (San José: Ed. Costa Rica, 1984), 82-83.

⁸⁶ Cfr. Luis Gonzalo Cortés Enríquez, *La crisis mundial de 1929 y su impacto en la sociedad costarricense* (Heredia: Arte Contemporáneo, 1994), 26.

⁸⁷ Isabel Avendaño y Guillermo Carvajal, “De la carreta al automóvil. El transporte y su impacto en la estructura urbana de San José, Costa Rica”, en *Geostmo* VII y VIII, no. 1 y 2, (1994-1995), 53-54. Es necesario contabilizar entre estos vehículos a los dedicados al transporte de mercancías y de personas, máquinas que requerían de una fuerte inversión para ser adquiridas y mantenidas.

⁸⁸ La primera exposición nacional de pintura se dio en 1928. Cfr. Eugenia Zavaleta. *La patria en el paisaje costarricense. La consolidación de un arte nacional en la década de 1930* (San José: EUCR, 2003), 4-13. En cuanto a la prostitución, Marín señala que es especialmente en esta década cuando tal oficio pasó en San José de ser un fenómeno en pequeña escala a contar con mayor envergadura, sofisticación y diferenciación de públicos en la oferta de servicios sexuales. Cfr. Juan José Marín Hernández. *Prostitución y pecado en la bella y próspera ciudad de San José (1850-1930)*, *El paso del cometa. Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800-1950)* en Iván Molina y Steven Palmer (San José: Porvenir-Plumsock Mesoamerican Studies, 1994), 54.

⁸⁹ Así lo expresaba el presidente Calderón a inicios de la década de los cuarenta. Cfr. Carlos Meléndez (comp.), *Mensajes presidenciales 1940-1958. Tomo VII* (San José: Imprenta Nacional, 1990), 111.

con las propiamente industriales, a partir de las cuales surgió una pequeña burguesía, como indicamos anteriormente, ligada a las pequeñas fábricas, manufacturas e ingenios.

Las nuevas funciones necesarias para la consolidación del capitalismo, en cuenta las propias para incorporar a las clases populares en el proceso civilizatorio capitalista ⁹¹, fueron asumidas por unos sectores medios urbanos a los que se le fueron sumando elementos provenientes de familias de artesanos, de la oligarquía y, en menor medida, de pequeños y medianos propietarios rurales: las clases medias asalariadas se vieron ampliadas en esta coyuntura por moviidades sociales ascendentes, descendentes y horizontales. Además, a pesar del predominio masculino en la población censalmente ocupada, las mujeres fueron ganando espacios en ella, sobre todo en ocupaciones consideradas tradicionalmente como propias de su sexo: el magisterio, la enfermería y la vocación religiosa. No obstante, aparecen ya algunas mujeres dispersas que muestran los avances de su género en el mercado laboral: comisionistas, pulperas, dentistas, contadoras, farmacéuticas y mecanógrafas figuran en el Censo de 1927 de modo marginal, pero con sus esfuerzos contribuyeron a abrir brecha en las luchas por la inclusión de las mujeres, en particular las de las clases medias, en el mercado laboral y la esfera pública.

1.1.4. Crecimiento del aparato estatal

Los textos literarios de los escritores costarricenses llamados liberales de principios del pasado siglo, como ha señalado Álvaro Quesada, irónicamente “expresan desconfianza hacia las consecuencias sociales y morales del individualismo burgués, el progreso capitalista, el crecimiento de las relaciones mercantiles y la disolución de la sociedad tradicional” ⁹². No menos ambiguo fue el “liberalismo” de los gobernantes que predominaron en Costa Rica entre 1870 y 1930. Ya en los años setenta del pasado siglo,

⁹⁰ Cfr. Acuña y Molina, *Historia económica y social...*, 181-201. Cecilia Dobles Trejos, *Hilvanando historias. Una aproximación al conocimiento del oficio de la costura, 1900-1960*, en *Anuario de estudios centroamericanos*. 25, n. 1 (1999). Carlos Hernández, “Permanencias y difuminaciones en el mundo del trabajo: una visión de la continuidad y el cambio en la tradición y las trayectorias de los sastres costarricenses” en *Ibíd.*

⁹¹ Cfr. *infra*, 1.1.4., 1.1.5. y cap. 3.

⁹² Álvaro Quesada, “Introducción. El primo: variaciones sobre el tema de la modernidad en el San José finisecular” en *El primo*, Jenaro Cardona (San José: EUCR, 2001), 16.

Eugenio Rodríguez Vega hablaba del carácter peculiar de los liberales ticos, de quienes elogiaba “su extraordinario sentido práctico”, basado en su condición de patriotas no dogmáticos en lo ideológico ⁹³. Profundizando sobre esta idea, diversos estudios han roto durante la última década la difundida imagen según la cual este período estuvo dominado por el *laissez-faire* y el librecambismo: tras los estudios de Palmer, Viales y Marín, entre otros ⁹⁴, solamente se puede ya hablar de una época liberal dando por sentado que ese “liberalismo” estuvo, en la práctica, muy lejos de los postulados manchesterianos.

Por un lado, la política económica de este período tuvo una marcada orientación hacia el comercio exterior, en detrimento de la formación de un mercado interno, lo cual generó a menudo problemas respecto al abastecimiento de los productos básicos ⁹⁵, así como una vulnerabilidad estructural frente a las mareas del mercado internacional. Por otro lado, sin embargo, el Estado costarricense implementó diversas medidas para darle forma a la economía del país; en particular, el énfasis puesto sobre la producción agrícola encaminó los esfuerzos de los gobiernos de esta época a la búsqueda de la importación de capitales extranjeros, la colonización de las vastas áreas aún disponibles, la construcción de vías de comunicación para integrar en el mercado interno a las zonas alejadas, y el fomento de la agricultura a través de cambios técnicos que la hicieran más eficiente ⁹⁶.

Además, también en contraste con el ideal del *laissez-faire*, el Estado, respondiendo a las demandas de los sectores populares —y también, como ha mostrado Molina, al

⁹³ Cfr. Eugenio Rodríguez Vega, “Nuestros liberales y sus retadores” en *El pensamiento liberal. Antología*, Eugenio Rodríguez Vega (comp.) (San José: ECR, 1979), 14, 15. Viales apunta que este pragmatismo fue, en realidad, propio de toda la América Latina, y no una característica exclusiva del liberalismo costarricense. Cfr. Viales, *Las bases de la política agraria*, 61-62.

⁹⁴ Cfr. Steven Palmer, “Adiós *laissez-faire*: la política social en Costa Rica (1880-1940)”, en *Revista de historia de América*, 124 (enero-junio 1999). Del mismo autor: “Confinamiento, mantenimiento del orden y surgimiento de la política social en Costa Rica, 1880-1935”, en *Mesoamérica*, n. 43 (junio 2002). También Iván Molina, “Cuestión social, literatura y dinámica electoral en Costa Rica”, *Pobreza e historia en Costa Rica. Pobreza e historia en Costa Rica. Determinantes estructurales y representaciones sociales del siglo XVII a 1950*, en Ronny Viales Hurtado (ed), (San José: EUCR, 2005), 193-206. Ronny J. Viales *El régimen, 71-100*. Juan José Marín. *Prostitución, honor y cambio cultural en la provincia de San José de Costa Rica: 1860-1949* (San José: EUCR, 2007).

⁹⁵ Cfr. Barrantes *et al.*, *Las subsistencias*.

⁹⁶ Cfr. Viales, *Las bases de la política agraria*, 58-64. En cuanto al fomento agrícola por parte del gobierno, es necesario indicar, como lo hace este autor, que durante este período hubos reiterados intentos hacia la diversificación de la agricultura, los cuales terminaron en fracaso.

clientelismo⁹⁷–, implementó políticas de protección e intervención tratando de aminorar el impacto de la economía de mercado sobre la población más subalterna. Tal como ha argumentado Viales, el régimen de bienestar liberal se desplegó “mediante la articulación entre la sociedad civil, las comunidades y las políticas públicas en materia de salud, vivienda, servicios sociales, políticas de empleo y orientación del gasto público hacia el gasto social”, la cual constituyó la base para las reformas sociales de la década de 1940⁹⁸.

La importancia creciente que el Estado costarricense le asignó a la mitigación de los problemas sociales se hace patente al observar cómo entre 1870 y 1929 el porcentaje del gasto público dedicado a cuestiones sociales pasa del 4% al 28%⁹⁹. Sin afán de magnificar las dimensiones de las políticas sociales de los gobiernos de la época que estudiamos, esto muestra que la preocupación por la *cuestión social* por parte de éstos no fue un asunto puramente retórico, sino que tuvo notables consecuencias institucionales; entre 1892 y 1927 el Estado costarricense fundó once instituciones y departamentos relacionados con la salud y la higiene pública, entre ellas juntas de sanidad, policía de higiene y diversas leyes de protección sanitaria¹⁰⁰, a las que habría que sumarle la creación del Banco Nacional de Seguros en 1924¹⁰¹.

Las instituciones que a nivel estatal y privado se harán cargo de esa problemática cuestión social forman parte de un entramado que se articuló en función de la necesidad de ejercer el control sobre una población que no había sido completamente integrada en los procesos mediante los cuales el Estado pretendía darle forma a la moral y prácticas de las clases subalternas, con base en los valores burgueses de autodisciplina, trabajo honesto y pureza moral y racial¹⁰². Estas medidas fueron, pues, facetas de una hegemonía implementada conscientemente por los reformadores liberales –mediante teorías y técnicas de la ciencia penal, la criminología, la sociología, la salubridad pública y la protección de menores, adaptados al contexto costarricense a partir de redes internacionales de

⁹⁷ Cfr. Iván Molina Jiménez, *Demoperfectocracia. La democracia pre-reformada en Costa Rica (1885-1948)* (Heredia: EUNA, 2005).

⁹⁸ Viales, *El régimen...*, 93.

⁹⁹ Cfr. *Ibíd.*, 76.

¹⁰⁰ *Ibíd.*, 85.

¹⁰¹ Carlos Monge Alfaro, *Nuestra historia y los seguros* (San José: Ed. Costa Rica, 1974), 383-390.

¹⁰² Palmer, *Confinamiento, mantenimiento del orden...*, 23-24.

información— con el fin de “anticipar y definir las cuestiones sociales en vez de simplemente responder al clamor de la clase trabajadora”¹⁰³.

Aunque este régimen de bienestar liberal vino a cristalizar un esquema propuesto desde arriba, en particular por los ideólogos del *Olimpo*¹⁰⁴, un número importante de individuos de los sectores subalternos también lograron mejorar su situación socio-económica al insertarse en las instituciones que surgían del proyecto nacional hegemónico¹⁰⁵. Tal como ha sugerido Palmer, la formación de las clases medias en Costa Rica ha estado fuertemente vinculada con las instituciones de control social y el proceso civilizatorio de las clases populares¹⁰⁶. En este sentido, el Estado costarricense contribuyó directa e indirectamente en la formación de la clase media del país: directamente, al generar en su seno empleos para los sectores más educados, vanguardia estatal en el proceso civilizatorio; como en toda América Latina, en Costa Rica la clase media ha sido en buena medida hija de Leviatán¹⁰⁷. La puesta en marcha del proyecto de Estado nacional, sumada a la estructura clientelar de la política electoral del país, hacía indispensable que el número de funcionarios dedicados a ejercer la administración pública y la educación aumentara y se distribuyera adecuadamente sobre el territorio del país. Burocracia y control social se reforzaron entre sí paulatinamente, a pesar de las reiteradas crisis económicas y problemas de pago a los funcionarios públicos.

Por otro lado, el Estado promovió indirectamente el surgimiento de las clases medias —en particular de aquellos asalariados directamente dependientes del capital— a través de la formación de cuadros administrativos y profesionales legitimados por él mismo y requeridos para la plena implantación de la modernidad capitalista. De allí, y dadas además las dificultades para sostener la pequeña y mediana propiedad rural, que el grupo

¹⁰³ *Ibid.*, pág. 23.

¹⁰⁴ Cfr. Palmer, “Adiós *laissez-faire...*”; Viales, “Las bases de la política agraria...”, 72-73; Iván Molina, “El paso del cometa Halley por la cultura costarricense de 1910”, en Molina y Palmer (eds.), *El paso del cometa*, 170-171.

¹⁰⁵ Por otra parte, es necesario recalcar que, como ha insistido Michel DeCerteau, más que romper las culturas populares, en este proceso los sectores subalternos asimilaron la cultura oficial a su manera. Volveremos sobre este tema en el segundo capítulo.

¹⁰⁶ Cfr. Steven Palmer, “Adiós *laissez-faire...*”, pág. 116.

¹⁰⁷ Cfr. Jiménez, *The elision*, 218-220.

más pujante en el surgimiento de los sectores medios en Costa Rica fue, durante la época de la que aquí nos ocupamos, el de los trabajadores intelectuales, originalmente formados en el modelo liberal como mediadores entre el proyecto oligárquico y las clases populares, pero que con el tiempo fueron desarrollando sus propios intereses y luchas políticas. Este sector podía identificarse con el proyecto modernizante, pero a la vez darle un sentido distinto, en el cual ellos, (autoconsiderados) como instrumento de progreso, se convirtieron en actores predominantes de la historia costarricense.

Así, el proceso de consolidación del Estado nacional costarricense se basó en aspectos tales como la construcción imaginaria de la nacionalidad ¹⁰⁸ y la reestructuración jurídica ¹⁰⁹, pero también en cierta capacidad económica y de recursos humanos sin los cuales el proyecto de un Estado centralizado hubiera carecido de posibilidades para concretarse. Para tales efectos, la cantidad de burócratas debía crecer: era indispensable que el Estado contara con un aparato administrativo con suficiente capacidad para ejercer el control sobre el territorio bajo su jurisdicción.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, el Estado costarricense pudo por fin mitigar fuerzas como las de las municipalidades y de la Iglesia, las cuales impidieron por largo tiempo que aquél pudiera concentrar el poder y encauzarlo hacia la consecución de su proyecto de modernización capitalista ¹¹⁰. Este proceso centralizante tuvo un notable impulso en la década de 1860, gracias a los ingresos fiscales aportados indirectamente por la expansión cafetalera; el Estado central empezaba entonces a contar con mayores recursos económicos, lo cual le permitió sustraerle poderes a los municipios. En esta época, según Muñoz, “la limitación de las potestades de los gobiernos locales se da en múltiples campos

¹⁰⁸ Cfr. Steven Palmer, “Sociedad anónima, cultura oficial: inventando la Nación en Costa Rica (1848-1900)”, en *Héroes al gusto y libros de moda. Sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750-1900)*, Steven Palmer e Iván Molina (San José: Porvenir-Mesoamérica, 1992). Víctor Hugo Acuña, “La invención de la diferencia costarricense, 1810-1870” en *Revista de historia* (Costa Rica) 45 (enero-junio 2002). David Díaz Arias. “Invención de una tradición: la fiesta de la Independencia durante la construcción del Estado costarricense, 1821-1874” en . Iván Molina, *Costarricense por dicha. Identidad nacional y cambio cultural en Costa Rica durante los siglos XIX y XX* (San José: EUCR, 2002).

¹⁰⁹ Cfr. Orlando Salazar Mora, *El apogeo de la república liberal en Costa Rica: 1870-1914* (San José: EUCR, 2002), 71-115.

¹¹⁰ Claudio Vargas, “Historia política, militar y jurídica de Costa Rica entre 1870 y 1914” en. *Costa Rica. Estado, economía, sociedad y cultura. Desde las sociedades autóctonas hasta 1914*, Ana María Botey (coord.) (San José: EUCR, 2000), 276.

y es el resultado de la capacidad estatal tanto a nivel de los recursos físicos como humanos de asumir más funciones y ampliar su ámbito de acción”¹¹¹.

Sin embargo, sólo a partir de la década de 1880 logró imponerse la centralización; fue entonces cuando el gobierno central afianzó su poder, de modo que la oligarquía pudo controlar con más eficacia las actividades en todo el territorio nacional. Esto supuso, empero, fortalecer al Estado, de modo que los recursos generados por el sistema de aduanas y el desarrollo de los sectores burocráticos funcionaron como contrapeso al dominio directo de la oligarquía sobre el Estado. Esta autonomía relativa del Estado permitió delimitar de manera más precisa las relaciones entre las esferas pública y privada¹¹², entre el poder político y el económico. La oligarquía se veía, de este modo, compelida a entrar en un juego en el que tenía ventajas jurídicas, pero no el control absoluto del aparato estatal.

Conforme a esta necesidad, la burocracia estatal fue paulatinamente robusteciéndose: como fruto de este fortalecimiento, el Estado central se multiplicó más de dos veces en el período de 1864 a 1892, pasando de un 1,3 % al 2,7 % (incluyendo a educadores y otros profesionales) de la población trabajadora nacional, en tanto que para 1927 alcanzaba ya el 4,7 %, cifra a la cual habría que sumarle un 1,4 % de educadores y profesores¹¹³. Vega Carballo ha planteado que durante este período “la *intelligentsia* liberal logró constituirse ella misma en jefatura de gobierno, asumir el control de los partidos políticos personalistas, y darle sustento a un sector burocrático de extracción urbana y pequeño-burguesa que, con el paso del tiempo, se transformaría en importante fuente de apoyo técnico y político y en campo de lucha por excelencia de las clientelas electorales”¹¹⁴. Este crecimiento del sector público se puede observar además en términos absolutos para el período entre 1905 y 1930 en la siguiente figura:

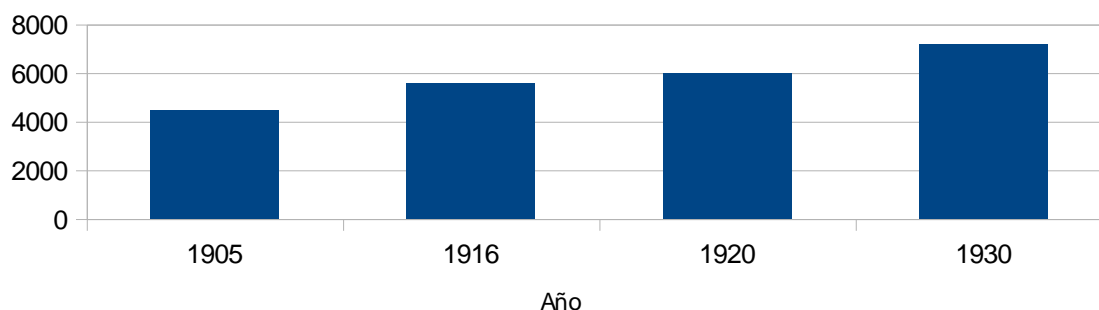
¹¹¹ Ileana Muñoz García, *Educación y régimen municipal en Costa Rica: 1821-1882* (San José: EUCR, 2002), 56.

¹¹² Claudio Vargas. *La consolidación del Estado costarricense (1848-1890)* (San José: Cátedra de Historia de las Instituciones de la UCR, 1993), 24.

¹¹³ Cfr. *supra*, cuadro 1.1.

¹¹⁴ José Luis Vega Carballo, *Orden y progreso*, 304.

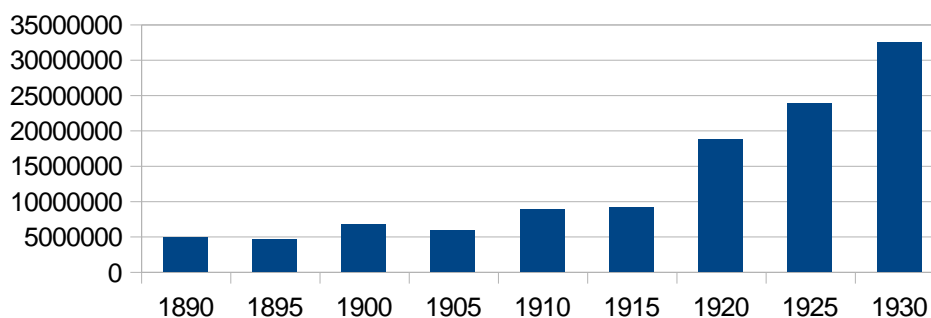
Figura 1.1. Cantidad de empleados públicos, 1905-1930.
(Absolutos)



Fuente: Jaime Murillo, “Desarrollo histórico y proceso de descentralización de la administración pública en Costa Rica. El caso de las instituciones autónomas”. En: Gómez, Carmen Lila *et al*, *Las instituciones costarricenses del siglo XX* (San José: Ed. Costa Rica, 1986), 291.

Del mismo modo, puede notarse un importante crecimiento en los gastos públicos entre 1890 y 1930:

Figura 1.2. Egresos del Estado, 1890-1930.
(En Pesos o Colones)



Fuente: Ana Cecilia Román. *Las finanzas públicas en Costa Rica: metodología y fuentes (1848-1948)* (San José: CIHAC), 57-61.

A este crecimiento en el número de empleados correspondió una tendencia al aumento en el presupuesto de Instrucción Pública y una reducción en el de la Cartera de Guerra; para el primero se pasó de un 10,32% del gasto público en 1890 al 13,95 % en 1930, en tanto que el rubro militar pasó respectivamente del 10,29% al 8,35%, como puede observarse en la distribución del gasto público en el cuadro 1.12. A diferencia de otros

casos centroamericanos, en Costa Rica el Estado optó por la educación como medio de movilidad social, a costas del ejército ¹¹⁵, el cual no ofrecía, al parecer, opciones atractivas en tal sentido: según González, desde fines del siglo XIX las “clases instruidas” mostraban una actitud despectiva hacia la carrera militar ¹¹⁶.

Cuadro 1.12. Distribución porcentual por carteras del gasto público, 1890-1930.

Carteras	Años								
	1890	1895	1900	1905	1910	1915	1920	1925	1930
Instrucción pública	10,32	11,57	11,7	15,52	12,46	13,57	11,13	11,99	13,95
Guerra y Seg. Pública	10,29	15,30	15,28	17,21	14,46	16,02	22,47	9,93	8,35
Gobernación y Policía									
Judicial	11,30	13,56	10,70	13,72	11,31	10,51	11,88	8,53	8,99
Relaciones exteriores,									
Justicia y Culto	2,65	1,42	1,49	1,57	3,34	2,91	1,73	1,71	1,86
Hacienda	6,88	6,94	4,18	7,38	7,95	7,48	6,16	18,06	6,31
Salud Pública	0,35	1,12	0,89	0,86	1,04	1,51	1,30	1,63	3,66
Obras Públicas	12,3	10,79	10,81	17,12	22,22	13,56	16,14	19,31	30,58

Fuente: Román, *ibid.*, 71-78. Sólo consignamos en este cuadro los gastos de los ministerios.

Es de notar, empero, que la distribución de empleados públicos fue desigual en las distintas áreas del territorio nacional ¹¹⁷, motivo por el cual el Estado debió apoyarse en las labores docentes para promover prácticas y representaciones mentales acordes con su modelo de sociedad. El magisterio fue vanguardia del proyecto liberal, y como tal se distribuyó a lo largo y ancho del territorio costarricense; no en balde en *El moto* el maestro, el cura y el gamonal aparecen como los representantes del poder y la autoridad en el campo ¹¹⁸. La educación, a través de su personal e infraestructura, permitió la puesta en práctica de los proyectos de higiene y salubridad pública, de inspección, trabajo social y protección de la infancia ¹¹⁹.

¹¹⁵ Cfr. Acuña, Víctor Hugo, “Clases subalternas”, 317; también de Acuña, “The formation of the urban middle sectors in El Salvador, 1910-1944”, 49.

¹¹⁶ Cfr. Olger González Murillo, *Los militares en Costa Rica. Génesis, apogeo y caída del ejército en Costa Rica, 1821-1919* (San José: Alma Máter, 2005), 64-65.

¹¹⁷ Cfr. Juan José Marín Hernández, *Prostitución, honor y cambio cultural...*, 26-28.

¹¹⁸ Álvaro Quesada, *Uno y los otros...*, 103.

¹¹⁹ Steven Palmer, “Adiós *laissez-faire...*”, 104.

Mientras que en 1892 se registraron más del 80% de los empleados públicos en el cantón de San José y las otras cabeceras de provincia ¹²⁰, la distribución de los preceptores fue más equilibrada: también estaban presentes en todos los cantones, pero más de la tercera parte del ejército magisterial estaba a cargo de las zonas semiurbanas y rurales del país ¹²¹. Las zonas rurales estuvieron cubiertas: según el análisis de Molina, en 1904 habían allí más escuelas que en las semiurbanas o urbanas –206, 81 y 23, respectivamente–, pero con menor cantidad de docentes en promedio. En las ciudades el promedio de maestros por escuela era de 11,2; en las cabeceras de cantón era de 3,9; y en el campo era de 1,7 ¹²². Congruentemente, entre 1915 y 1931 la cantidad de planteles de educación primaria pasó de 428 a 512 unidades ¹²³.

Como notoria limitación de este modelo educativo, cabe indicar que a lo largo de todo nuestro período de estudio las familias de lugares alejados de los centros urbanos tuvieron muy limitadas posibilidades de acceso a la educación. Como afirma Molina, “el sistema educativo fue reestructurado según tres tipos de escuela. Las de primer orden, ubicadas en las ciudades principales, ofrecían los seis grados [de educación primaria, GG]; las de segundo orden, ubicadas en las villas, ofrecían hasta cuarto grado; y las de tercer orden, ubicadas en áreas rurales, ofrecían solo primero y segundo grados” ¹²⁴. De este modo, el ascenso social a través de la educación privilegió –también diferenciadamente, según la clase social– a los hijos de las metrópolis en miniatura de aquel entonces.

Las funciones civilizatorias que el Estado le asignó durante este período a los maestros –sobre todo a los que trabajaban en escuelas de segundo y tercer orden– se hacen explícitas en *El maestro*, revista oficial de la Secretaría de Educación Pública. Allí, además de presentar artículos sobre pedagogía y tópicos para la enseñanza, aparecen instrucciones precisas para controlar sistemáticamente a los educandos en cuanto a su higiene y condiciones de salud. Según indicaba este órgano a los maestros, la “revista de aseo debe

¹²⁰ Cfr. Oficial. *Censo general de la República de Costa Rica. 18 de febrero de 1892* (San José: Tipografía Nacional, 1893), 94-96.

¹²¹ Cfr. *Ibid.*, 102-104

¹²² Cfr. Iván Molina, “Desertores e invasoras...”, 104-105.

¹²³ Cfr. Juan Rafael Quesada. *Estado y educación en Costa Rica. Del agotamiento del liberalismo al inicio del Estado interventor: 1914-1949* (San José: EUCR, 2003), 10.

¹²⁴ Iván Molina, “Explorando las bases de la cultura impresa en Costa Rica”, 58.

ser revista de higiene y salud de los niños. Anote diariamente sus observaciones al respecto. Observaciones: Niños pálidos [/] Ojos enfermos [/] Granos [/] Catarro [/] Dientes malos. [/] Señale después a los padres de familia y al Departamento Sanitario Escolar las deficiencias de salud e higiene de los niños de su escuela”¹²⁵.

Del mismo modo les recordaba que debían comentar a sus pupilos los artículos sobre higiene y salud que aparecían en los periódicos¹²⁶, y en 1927 fue decretado por el poder Ejecutivo que entre las funciones magisteriales se encontraba, por obligación, la cooperación con las autoridades sanitario-escolares “tendientes a proteger la salud de los niños”, y la de impartir dos lecciones semanales de higiene¹²⁷.

Pero *El maestro* pretendió contribuir no sólo con la higienización sino con la educación de los sentidos: “En algunas escuelas los maestros, en su afán de adornar las clases, ponen en las paredes cuadros de muy mal gusto o cromos de colores abigarrados de esos que dan ‘de feria’ en las boticas, con lo cual lo que se hace es educar mal la vista de los escolares. Para evitar esto, piensa *El Maestro* seguir dedicando una hoja a la reproducción de un buen cuadro o de un buen dibujo de manera que pueda ser puesto en marco o en paspartout. En el número anterior dimos la ilustración de una regla de salud: ‘Bañarse todos los días’; en este reproducimos ‘Los niños cantores’ de Lucca della Robbia”¹²⁸. Según el proyecto oficial, en una situación ideal la incorporación de la disciplina y la higiene sería acompañada por la adopción del gusto burgués. Curiosamente, de lo descrito por este fragmento puede inferirse que la imposición del que los editores consideraban buen gusto artístico se dirigía tanto a los estudiantes como a los propios maestros.

¹²⁵ *El maestro*. 15 de febrero de 1927, 194.

¹²⁶ *Ibíd.*, 180.

¹²⁷ *El maestro*. 15 de mayo de 1927, 242-244. Se pueden aplicar al proyecto higienista costarricense las palabras que, en un contexto muy distinto, el de la Alemania de 1918, el filósofo marxista-expresionista Ernst Bloch indicaba sobre la era industrial, en cuanto que para ésta “su objetivo real es la ducha y el inodoro, estos indiscutibles y originales logros de nuestro tiempo, tal como los muebles rococó y las catedrales góticas representaron estructuras definitorias de todo otro objeto de arte de sus respectivas épocas. Hoy la *lavatoriedad* domina”. Ernst Bloch, *The spirit of utopia* (Stanford: Stanford University Press, 2000), 11.

¹²⁸ *El maestro*. 15 de mayo de 1928. En realidad la ilustración aludida es menos pretenciosa: dice que “es necesario bañarse por lo menos de día por medio”. *El maestro*. 15 de abril de 1928, 260. Esta iniciativa gráfica no perduró a lo largo de la colección de esta publicación mensual, pero otra ilustración que apareció en la edición de mayo de ese mismo año (pág. 318) aconsejaba “comamos vegetales”.

Ahora bien, a pesar de la tendencia al aumento en las dimensiones y funciones del aparato estatal, este crecimiento estuvo sometido a contradicciones estructurales. En particular, la estructura tributaria que financiaba a la cosa pública distaba de ser suficiente para las necesidades de un Estado que buscaba la modernización: por un lado, las rentas del Estado se concentraban ante todo en los impuestos a la importación y en las ganancias aportadas por la Fábrica de Licores ¹²⁹; por otro lado, la inestabilidad monetaria atentaba contra los sectores cuyos ingresos estaban fijados en la depreciada moneda nacional, en cuenta el Estado, por lo cual éste debió recurrir una y otra vez al endeudamiento externo para financiarse ¹³⁰.

El modelo económico orientado hacia la exportación desembocaba, en cuanto a la hacienda pública, en un círculo vicioso en el que, como asegura Viales, “se daba una dependencia de los ingresos públicos con respecto al comportamiento del comercio exterior, pero, contradictoriamente, cuando los indicadores de comercio exterior eran negativos, el gasto público no disminuía, generándose un déficit fiscal importante, el cual se subsanaba mediante el endeudamiento interno y externo. Esta situación se agravaba todavía más, puesto que se dio una gran dependencia de los impuestos indirectos, a las exportaciones y a las importaciones y, paralelamente, existió poco compromiso por parte de los sectores económicamente poderosos para contribuir con el erario público” ¹³¹.

Al respecto, notaba un escritor alemán cómo el Estado costarricense enfrentaba este problema: “que en esta situación el gobierno salga adelante sin imposiciones considerables y que se pueda limitar a los ingresos provenientes de las aduanas y a los impuestos indirectos sobre la gasolina y el alcohol, se debe a los bajos salarios que ganan los empleados públicos y al hecho de que Costa Rica tiene más maestros que soldados” ¹³². Efectivamente, el Estado, en su afán por implementar una modernización capitalista en el país a pesar de su relativa precariedad económica, se expandió, en buena medida, gracias a los modestos sueldos del grueso de sus empleados.

¹²⁹ Cfr. Barrantes *et al.*, *Las subsistencias*, 53.

¹³⁰ Cfr. Bulmer-Thomas, 35.

¹³¹ Viales, *El régimen*, 74-75.

¹³² Ossenbach, *Arco iris*, 45.

La situación del empleo gubernamental tenía, ciertamente, sus bemoles: fuente de promesas clientelistas, el trabajo de los empleados públicos estaba sujeto a los resultados electorales, e incluso debían éstos descontar de sus salarios las deudas de campaña del partido ganador ¹³³. Por otra parte, el Estado no contaba con un servicio civil que regulara las capacidades de su personal, o que fomentara su profesionalización. El cambio de partido en el gobierno generaba importantes movimientos en la planilla, por lo que cada cuatro años los empleados públicos eran la base de la campaña del partido oficial. Así lo denunciaba en 1935 Mario Sancho: “el burocratismo es el cáncer que nos devora, y nuestros gobiernos durante 30 años lo han ido fomentando, no precisamente obligados por las necesidades del desarrollo del país, sino por aumentar y mantener la clientela política que aquí sirve de comparsa en las mascaradas electorales” ¹³⁴.

En esto coincidieron los programas de los partidos Reformista y Comunista, los cuales, haciendo eco de la opinión pública, incluyeron en sus programas de gobierno el tema del servicio civil. El reformismo sugirió en 1923 la promulgación de una “Ley de escalafón y estabilidad en ciertos ramos de la Administración Pública, a fin de preparar una Administración Técnica y poner a salvo de la política las más importantes funciones administrativas” ¹³⁵. Los comunistas, por su parte, plantearon ocho años después, en su Programa Mínimo, además de la Ley de Servicio Civil, la reducción al mínimo del aparato burocrático y la limitación del sueldo máximo de un funcionario al equivalente del salario máximo de un obrero ¹³⁶. Estas medidas se dirigían contra el clientelismo que era,

¹³³ Cfr. *La prensa libre*, “Es cosa resuelta que las deudas de los tres partidos serán pagadas por los empleados públicos”, 7 de julio de 1914, 2. Esto era visto como una situación natural por los políticos. Cuando una maestra cuestionó públicamente que se le rebajara su salario tras las elecciones presidenciales de 1913, siendo que ella, como mujer, ni siquiera había tenido derecho al voto, un excandidato le respondió que la rebaja se le hacía como empleada, no como votante. Más aún, según él, “al empleado le quedan dos caminos: aceptar el rebajo o protestar contra él poniendo su renuncia, dejándole el campo a multitud de aspirantes que desean participar de los gajes del presupuesto”. *La prensa libre*, “Respuesta de Máximo Fernández, candidato del Partido Republicano, a Ester de Mezerville, maestra y otras colegas, respecto al pago de la deuda electoral con rebajos a sector público”, 15 de julio de 1914, 1.

¹³⁴ Mario Sancho, “Carta a Clemente Marroquín Rojas, 8 de marzo de 1935”, *La nación*, 13 de enero del 2002, Suplemento Áncora, 5.

¹³⁵ “Propósitos del Partido Reformista”, en *Jorge Volio y el Partido Reformista*, Marina Volio (San José: ECR, 1978), 104.

¹³⁶ Cit. en: Ana María Botey y Rodolfo Cisneros, *La crisis de 1929 y la fundación del Partido Comunista* (San José: ECR, 1984), 121.

precisamente, uno de los principales adversarios de estos partidos emergentes, y que, por otra parte, le generaban al servidor público una poco deseable –y bastante generalizada– fama de arribista y vividor del tesoro nacional ¹³⁷.

Por otro lado, las coyunturas de crisis eran encaradas por el Estado mediante recortes de su planilla y rebajos de sueldos. Un caso especial de este último mecanismo fue en 1914 el sistema impulsado por el gobierno que las clases subalternas bautizaron como “tercerillas” en alusión a las clases inferiores del café; por él se le pagaban al empleado público dos tercios de su salario, y la parte restante debía serle devuelta con intereses cuando la situación económica se normalizara ¹³⁸. Los empleados públicos no tardaron en encontrar compañía en esa incómoda situación: los patronos en el sector privado, sin que mediara ninguna razón efectiva, pronto también recortaron los sueldos de sus asalariados ¹³⁹. Con todo, y pese a las adversidades que el modelo agroexportador le imponía, el Estado costarricense se expandió, como veremos, a lo largo de este período.

1.1.5. “La clase directora”: profesionales y técnicos en el régimen liberal de bienestar y control social

Ahora bien, como planteábamos más arriba, la hegemonía impulsada desde el Estado no se limitó a emplear directamente a profesionales y administrativos asalariados, sino que se encargó también de formar a los sectores tecnocráticos que iban a asumir las labores de control social desde el ámbito privado ¹⁴⁰. La base social para esta labor civilizatoria fue producto de la reforma educativa de fines de la década de 1880, la cual permitió no solamente difundir entre los sectores populares la ideología nacionalista, la

¹³⁷ Cañas, refiriéndose a León Cortés se preguntaba irónicamente: “¿quién era aquel desgarbado notario alajuelense que pretendía que las cosas marcharan rectamente, que quería que los empleados públicos trabajaran y llegaran puntualmente a sus labores? ¿Pues no eran acaso los puestos públicos un refugio para los niños inútiles que a veces les salían a las buenas familias, y a los cuales, como nada sabían hacer, nada cabía exigirles que hicieran?”. Alberto Cañas, *Los ocho años* (San José: EUNED, 1982).

¹³⁸ Cfr. Álvaro Quesada, *La voz desgarrada. La crisis del discurso oligárquico y la narrativa costarricense (1917-1919)* (San José: EUCR, 1988), 39. También: Barrantes *et al*, *Las subsistencias*, 298.

¹³⁹ *Ibíd.*, 298-299.

¹⁴⁰ Como debidamente afirmaba Althusser, los aparatos ideológicos del Estado se desarrollan ante todo en el ámbito privado, mientras que los represivos se concentran en el gobierno. Cfr. Louis Althusser, *La filosofía como arma de la revolución* (México: Siglo XXI, 1989), 102-151.

educación y moral oficiales a través de la escuela primaria, sino que, además, reestructuró la educación secundaria desde la cual surgió la que en 1937 Isaac Felipe Azofeifa llamaba la “clase directora” del país ¹⁴¹.

Más allá de las becas directas, el Estado subvencionó en particular, como planteamos en el anterior acápite, a la población urbana, en la que se concentraban las familias de las clases medias emergentes, tanto las de pequeños propietarios urbanos como de empleados administrativos y profesionales asalariados. Ellas fueron las principales beneficiarias de la Reforma educativa, junto a un grupo significativo de hijos de hogares obreros que, merced a importantes sacrificios pecuniarios, pudieron ascender económicamente ¹⁴².

En esa medida, la educación secundaria aportó espacios para la movilidad social, y su culminación permitía el acceso a la educación superior del país para acceder a labores bien reconocidas, si no siempre en lo económico, sí en cuanto a su *status* simbólico. De este modo, el Estado fundó, tras el cierre de la Universidad de Santo Tomás en 1888, las Facultades de Medicina (1895), Ingeniería (1903) y Cirugía Dental (1915), así como las Escuelas de Derecho (1891), Bellas Artes (1897), Farmacia (1897), Obstetricia (1899), Normal (1914), Enfermería (1920) y Agricultura (1926) ¹⁴³. A pesar de que las Escuelas formadoras de médicos y de ingenieros tuvieron que cerrar rápidamente –la primera a los dos años de su fundación y la segunda a tan sólo uno después de la suya ¹⁴⁴–, algunos jóvenes con recursos pudieron estudiar estas carreras en el extranjero ¹⁴⁵, como lo demuestra el Censo del 27, donde se registran 145 médicos y 160 ingenieros ¹⁴⁶.

¹⁴¹ Isaac Felipe Azofeifa, *El viejo liceo. La democracia como consecuencia de la Educación Pública* (San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1973), 27.

¹⁴² Cfr. infra, 2.1.1.

¹⁴³ Cfr. Fischel, *Los estudios superiores...*, 51.

¹⁴⁴ *Ibíd.*, 43-44.

¹⁴⁵ Cfr. Palmer, *From popular medicine...*, 71. El oficio de médico, ciertamente, fue una opción para los hijos de familias adineradas, pero a la vez era un medio para asegurarle a los hijos segundos una estabilidad económica ante las dificultades de la repartición de la herencia, como veíamos en el anterior apartado. A pesar de ser una profesión bien remunerada, conforme fue aumentando el número de médicos también fueron disminuyendo sus ingresos; de allí que, a pesar de sus orígenes burgueses, en buena medida este gremio se haya ido desplazando hacia las clases medias. Por otra parte, Palmer plantea que al menos hasta entrados los años cuarenta existía una clara jerarquización social y económica en este gremio. Cfr. *Ibíd.*, pp. 85, 95. En el caso de los ingenieros, a fines del siglo XIX el gobierno promovió su formación mediante

El Censo también nos muestra 456 peritos y contadores mercantiles, de los cuales, notablemente, 44 eran mujeres; igualmente, aparecen 289 tenedores de libros, en cuenta 17 mujeres. Es importante recordar que tanto el Liceo de Costa Rica como el Colegio Superior de Señoritas otorgaban estos títulos como especializaciones en sus respectivas secciones comerciales ¹⁴⁷; en el caso del Colegio de Señoritas, esta sección vino, de hecho, a sustituir a la Sección normal, pues la función de formar formadoras había pasado a la Escuela Normal en Heredia. Además, en 1926 abrió sus puertas la escuela de comercio Manuel Aragón ¹⁴⁸, y dos años después lo hacía la Escuela de Comercio de Limón ¹⁴⁹, contribuyendo así también el sector privado a la capacitación de contadores y otros técnicos en la circulación de mercancías.

Consecuentemente, el Estado legisló a favor de los profesionales cuyos saberes eran legitimados por el ideario positivista y liberal-terapéutico, y en particular de los profesionales de la salud ¹⁵⁰: intentó sustituir de modo gradual a herbolarios por farmacéuticos, curanderos por doctores, comadronas por obstetras y enfermeras ¹⁵¹. En este proceso hubo conflictos, imposiciones y negociaciones, pues la cultura oficial no era capaz de contener totalmente las resistencias populares, pero la tendencia de la legislación fue la de generar, dentro de las limitaciones de la existente oferta de fuerza de trabajo especializada, sectores profesionales que sustituyeran a los grupos y saberes que tradicionalmente se habían encargado de estos menesteres. La importancia de los profesionales de la salud –y ante todo de los médicos– se muestra a través del papel que éstos, como ha mostrado Quesada, jugaron en las reformas de la infraestructura de la ciudad

becas para que algunos muchachos estudiaran en el extranjero. Cfr. Florencia Quesada Avendaño. *La modernización entre cafetales. San José, Costa Rica, 1880-1930* (Helsinki: Instituto Renvall, 2007), 106.

¹⁴⁶ Cfr. DGEC, *Censo de población...*, 56.

¹⁴⁷ Cfr. Miguel Barrantes Alvarado, *et al.* “La educación costarricense en el período liberal; Liceo de Costa Rica - Colegio Superior de Señoritas, 1885-1940” (Seminario de Graduación para optar al grado de Licenciatura en Historia, Universidad de Costa Rica, 1993), 66-68.

¹⁴⁸ Cfr. Iván Molina, “Educación y sociedad en Costa Rica: de 1821 al presente (una historia no autorizada)”, en *Diálogos* 8, no. 2 (agosto 2007-febrero 2008), 214.

¹⁴⁹ Cfr. Viales, “*Después del enclave...*”, 109-113.

¹⁵⁰ Cfr. Juan José Marín, “*De curanderos a médicos. Una aproximación a la historia social de la medicina en Costa Rica: 1800-1949*”, en *Revista de historia* (Costa Rica) 32 (julio-diciembre de 1995), 68.

¹⁵¹ Cfr. *ibid.*; Ronny Viales Hurtado, *El Colegio de farmacéuticos y la institucionalización de la farmacia en Costa Rica: 1902-2002* (San José: Colegio de Farmacéuticos de Costa Rica, 2003). Palmer, *From popular medicine.*

de San José, así como en su rol de inspectores de costumbres y cuerpos ¹⁵². Colateralmente, cabe recordar en este rubro la preponderancia de las mujeres en el área de la obstetricia y enfermería, quienes contabilizaban en 1927 más de la mitad de los dedicados a esta ocupación ¹⁵³.

El otro gremio profesional de gran importancia en Costa Rica fue, por supuesto, el de los abogados. Así lo percibía Manuel Velar, un adolescente en busca de su vocación en la novela de 1901, *El hijo de un gamonal*: “–Dejemos esas profesiones problemáticas, admitamos sin discusión el Derecho. [...] El Derecho es el único que promete, usando de audacia y petulancia. Se utiliza inmediatamente hasta que se adquiere y, ¿quién sabe...? Mañana un Ministerio... o tal vez... hasta Presidente!” ¹⁵⁴. El autor de esta obra, Claudio González Rucavado, pudo dar fe posteriormente del buen fundamento de las expectativas del personaje de este relato: emparentado con familias distinguidas de San José, pero proveniente de una familia de “pobres de levita”, huérfano de padre y con cinco hermanas menores, el escritor logró cursar la secundaria y la Escuela de Derecho, llegando a ser diputado, Ministro de Gobernación en dos ocasiones, e incluso le fue ofrecida la presidencia durante los meses que precedieron al nombramiento de González Flores ¹⁵⁵.

La puesta en práctica de la legislación era fundamental para la implantación y regulación del orden hegemónico sobre todo el territorio de la nación, motivo por el cual los abogados pudieron insertarse con éxito en el esquema de sociedad promovido por la élite político-económica ¹⁵⁶. Este proceso de legalización, que insertó al Estado como un mediador de todas las relaciones sociales, fue acogido por la población como un medio más confiable que el más tradicional de ejercer la “justicia” por sus propias manos; en particular la función de dirimir entuertos le abrió cada vez más espacios y le otorgó más legitimidad al aparato estatal durante las primeras décadas del siglo pasado, para intervenir en las

¹⁵² Cfr. Florencia Quesada Avendaño, *La modernización...*, 103-148. Palmer, “Adiós *laissez-faire...*”, 104-112.

¹⁵³ Aparecen allí 108 enfermeras, frente a 96 contrapartes masculinos. DGEC, *Censo de 1927*, 56.

¹⁵⁴ Claudio González Rucavado. *El hijo de un gamonal* (San José: ECR, 1979), 22.

¹⁵⁵ R.Q.S., *Introducción*. En: *ibid.*, pág. 7.

¹⁵⁶ Cfr. José Daniel Gil, “Controlaron el espacio, hombres, mujeres y almas. Costa Rica (1880-1941)”, en *Abuso sexual y prostitución infantil y juvenil en Costa Rica durante los siglos XIX y XX*, Eugenia Rodríguez Sáenz (comp.) (San José: Plumsock Mesoamerican Studies, 2005), 35-39.

actividades de las clases subalternas ¹⁵⁷. No en balde, entre 1884 y 1935 más del 22% de las tesis de derecho en Costa Rica versaron sobre derecho penal ¹⁵⁸, lo cual es ilustrativo respecto a los intereses del gremio y su ideología implícita. Los abogados fueron actores sociales indispensables en el proyecto civilizatorio, ejerciendo funciones de mediación entre los individuos y el *status quo*; así por ejemplo, según afirmaba en los cuarentas Fabián Dobles, todo campesino propietario tenía necesariamente su “abogao” ¹⁵⁹.

Otro sector ocupacional de tipo más tradicional ¹⁶⁰ –y opuesto a menudo a las reformas liberales– fue también importante en la modernización de las prácticas sociales: el de los salvadores de almas. En 1892 había al menos un clérigo en cada cantón del país, para un total de 132 curas en una población que no llegaba a 250.000 personas ¹⁶¹; en 1927 sube solamente a 139 curas, pero aparece un rubro adicional de 106 religiosas en una población de alrededor de 470.000 habitantes ¹⁶². Foucault planteaba la confesión como el modelo por excelencia del control sexual ¹⁶³; por este medio y otros, en cuenta sus consejos y sermones, así como la difusión de sus posiciones a través de la prensa, los sacerdotes intentaron encaminar las costumbres de los feligreses, tanto en lo privado como en lo público ¹⁶⁴. Civilización y evangelización fueron “dos estrategias distintas, aunque no excluyentes y a veces complementarias para controlar, vigilar y transformar la cultura popular” ¹⁶⁵; como

¹⁵⁷ José Daniel Gil, “Morigerando las costumbres, canalizando las disputas: a propósito de los conflictos en los pueblos heredianos, 1885-1915” en *Revista de historia* (Costa Rica) 35 (enero-junio de 1997), 52-65.

¹⁵⁸ Cfr. Patricia Fumero, *Colegio de abogados de Costa Rica. Ciento veinte años de historia* (San José: Colegio de Abogados de Costa Rica, 2001), 49.

¹⁵⁹ Fabián Dobles, *Ese que llaman pueblo* (San José: ECR, 1995), 238.

¹⁶⁰ Tradicional en el sentido que Raymond Williams le asigna al concepto de tradición, como una versión del pasado que se pretende actualizar y reafirmar; la tradición se reconfigura de acuerdo con cada coyuntura. Cfr. Raymond Williams, *Marxismo y literatura* (Barcelona: Península, 1997), 137-142. En el caso de la Iglesia católica en Costa Rica esto se hace evidente al observar los cambios en las interpretaciones teológicas de acuerdo con las cuales esa institución legitimó sus posturas políticas durante los últimos dos siglos. Cfr. Miguel Picado, *La Iglesia costarricense, entre el pueblo y el Estado* (San José: Guayacán, 1989).

¹⁶¹ Cfr. DGEC, *Censo de 1892*, 88-91.

¹⁶² Cfr. DGEC, *Censo de 1927*, 56.

¹⁶³ Cfr. Michel Foucault, *Historia de la sexualidad. Tomo I: la voluntad de saber*. México: Siglo XXI, Pp. 23-47.

¹⁶⁴ Cfr. Iván Molina. *Anticomunismo reformista. Competencia electoral y cuestión social en Costa Rica (1931-1948)* (San José: Ed. Costa Rica, 2007). Manuel Solís Avendaño, *La institucionalidad ajena. Los años cuarenta y el fin de siglo* (San José: EUCCR, 2006).

¹⁶⁵ Iván Molina, en Iván Molina y Steven Palmer (eds.), *El paso del cometa*, 172. Debe notarse además el destacado papel que tuvieron diversas figuras del clero en la política del país. Sacerdotes como Jorge Volio,

señala Gil, los conflictos entre Iglesia y Estado estuvieron sobre todo planteados por los avances de este último sobre materias que la Iglesia consideraba de su dominio particular, pero no por una contradicción global con el proyecto “liberal” de civilización ¹⁶⁶.

De hecho, en reiteradas oportunidades la Iglesia participó junto con el Estado en sociedades filantrópicas y en instituciones de beneficencia que operaban a la vez como instancias de control social de los sectores populares ¹⁶⁷. De esto estaba bien consciente el obispo Thiel, quien en 1891 afirmaba que “los bienes que el Estado saca de la religión verdadera son muy grandes. Ella enseña a respetar la autoridad, a obedecer no sólo por miedo al castigo, sino antes bien por conciencia; ella prohíbe toda sedición y perturbación al orden público y fomenta las buenas costumbres, que son la mejor garantía del orden y de la tranquilidad” ¹⁶⁸.

Por lo demás, valga advertir que los curas, como cualesquiera otros profesionales, debían realizar estudios para ejercer tal trabajo; era necesario que contaran con medios económicos para sostenerse durante su período de estudiantes. Esta inversión implicaba necesariamente dificultades para que jóvenes de los sectores populares pudieran insertarse allí, aunque la propia Iglesia se encargó de ayudar a algunos jóvenes de escasos recursos a incorporársele ¹⁶⁹. En el caso de Benjamín Núñez, proveniente de una familia pobre campesina, fue el párroco de la iglesia de Pacayas de Cartago quien contribuyó durante la década de 1920 para que éste realizara estudios en San José que lo llevaran al sacerdocio. Al padre del niño no lo seducía la idea de perder un jornal en la familia, pero la madre, devota católica, aceptó la oferta del cura, iniciando la carrera de quien llegara como adulto

Víctor Ml. Sanabria y Benjamín Núñez, entre tantos otros, pudieron sacar partido de su condición de clérigos para ganar espacios en una vida pública todavía muy influida por el poder eclesiástico.

¹⁶⁶ Cfr. José Daniel Gil, *Controlaron el espacio...*, 44-49. Alfonso González ha mostrado detalladamente cómo la Iglesia y el Estado avanzaron juntos sobre las clases populares, y en especial sobre sus sectores rurales, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. Cfr., de este autor, *Vida cotidiana en la Costa Rica del siglo XIX* (San José: EUCR, 1996), 27-67.

¹⁶⁷ Iván Molina, “Plumas y pinceles. Los escritores y los pintores costarricenses: entre la identidad nacional y la cuestión social (1880-1950)”, en *Revista de historia de América* 124 (enero-junio 1999), 62.

¹⁶⁸ Cit. en James Baker, *La Iglesia y el sindicalismo en Costa Rica* (San José: ECR, 1975), 51.

¹⁶⁹ Era un modo *sui generis* de movilidad social, en el cual no estaba excluida la posibilidad de que afloraran hijos ilegítimos que se beneficiaran de los ingresos del *padre* como profesional de la salvación. Para una interpretación literaria de las condiciones de vida del sacerdocio costarricense a inicios del siglo XX, cfr. Jenaro Cardona, *La esfinge del sendero* (San José: EUNED, 2007).

a ser líder sindical, académico y Ministro de Trabajo, entre otros cargos que ejerció junto con el sacerdocio ¹⁷⁰.

Finalmente, debemos indicar que el proyecto liberal-terapéutico generó también la necesidad de objetos para difundirse y aplicarse: materiales impresos como cartillas y volantes, medicinas, implementos para el aseo personal. Este tipo de productos generó ganancias a pulperos, boticarios, impresores y otros elementos de la pequeña burguesía dedicados tanto a la producción como a la circulación de mercancías ¹⁷¹; el proceso hegemónico de civilización de la plebe debió funcionar como toda una industria cultural y comercial en la Costa Rica de inicios del siglo veinte.

Podemos observar, pues, cómo la expansión de las funciones del Estado costarricense generó la necesidad de engrosar oficios encargados de sostener la hegemonía, y de ese modo el proyecto liberal procuró asentarse sobre esos sectores medios por él propiciados como mediadores entre la élite económica y las clases más subalternas. Con todo, y a pesar de su protagonismo como divulgadores de numerosos valores burgueses y como contralores de las costumbres del pueblo, las particularidades de estos sectores en crecimiento no pueden ser obviadas: eran, en su mayor parte, sectores asalariados del Estado y del capital, y en esa medida contribuyeron objetivamente con la extensión de las relaciones sociales capitalistas, aunque sus intereses particulares, como los relativos a mantener y mejorar sus salarios y posición política, los pusieron recurrentemente en contra del modelo de la élite.

Estas discrepancias se canalizaron en distintas direcciones, ante todo a partir de los años treinta, cuando amparados en la crítica al modelo “liberal” presentaron otras opciones políticas inspiradas en experiencias y teorías importadas, las cuales adaptaron de diversos modos al contexto nacional. Diferentes sectores sociales, asumiéndose como la *clase media*

¹⁷⁰ Cfr. Santiago Núñez V., *Benjamín: siempre y ante todo sacerdote* (Heredia: EUNA, 2000), 20-21.

¹⁷¹ Cfr. Molina, *Una imprenta...*, 97-126. Juan José Marín Hernández, “Biblias de la higiene. Las cartillas terapéuticas en Costa Rica (1864-1949)” en *Culturas populares...*, Enríquez y Molina (comp.), 1-46. Patricia Fumero (ed.), *Centenario de la Facultad de Farmacia. Universidad de Costa Rica, 1897-1997* (San José: EUCR, 1998).

costarricense ¹⁷², tomaron entonces la tarea de repensar el pasado y el futuro del país, así como su propio papel en él.

1.2. Crisis, reformas y nuevo modelo capitalista: 1930-1950

La sociedad costarricense ya había sufrido reiteradamente las consecuencias negativas de la fragilidad del modelo agroexportador al haber cambios adversos en los precios internacionales de sus productos; sin embargo, tales crisis no generaron cambios efectivos para fortalecer el mercado interno ¹⁷³. El intento más serio por afrontar esta dependencia había sido, sin duda, el encabezado por el presidente González Flores, quien ante las vicisitudes de la Gran Guerra europea planteó iniciativas de reforma tributaria y bancarias con el fin de darle mayor autonomía económica al Estado frente a los intereses de los exportadores ¹⁷⁴. Con ello buscaba proteger a las clases sociales que percibían bajos y medianos ingresos, siendo estos últimos grupos los que estimaba el mandatario más perjudicados por las coyunturas económicas adversas ¹⁷⁵.

Derrocado por colaboradores cercanos a él y derogada buena parte de las leyes que había implementado, los posteriores gobiernos produjeron algunas instituciones para la protección de la población ¹⁷⁶, pero el giro en la política económica del Estado tuvo que esperar a la coyuntura desatada por la depresión económica posterior a 1929. Los efectos de la crisis fueron profundos en todo el país, pero los sectores medios en especial percibieron su sobrevivencia en peligro, y se organizaron de diversos modos para afrontar la nueva situación del país. La recuperación fue sólo provisional: el estallido de la Segunda Guerra Mundial le trajo al país, y especialmente a las clases populares, nuevas dificultades económicas y políticas. Durante esta coyuntura de crisis sostenida, sin embargo, los sectores medios se abrieron espacios que llegaron a ser de gran importancia en las décadas posteriores.

¹⁷² Cfr. *infra*, 3.3.

¹⁷³ Cfr. Edelberto Torres Rivas, *Interpretación del desarrollo social centroamericano* (San José: EDUCA, 1977), 149-153.

¹⁷⁴ Cfr. Orlando Salazar Mora, *Crisis liberal...*, 43-52.

¹⁷⁵ Cfr. *infra.*, 3.2.4.

¹⁷⁶ Cfr. *supra*, 1.1.4.

Si bien, como afirma un estudio clásico “las economías modernas, controladas, organizadas y dominadas en gran medida por el estado, fueron producto de la primera guerra mundial”¹⁷⁷, fue la Depresión la encargada de profundizar la tendencia de los Estados del capitalismo central hacia las políticas que protegieran los mercados de mercancías y fuerza de trabajo a nivel nacional. El nuevo interés por el bienestar generalizado de la población no era, empero, gratuito: las consecuencias de la crisis económica amenazaban con radicalizar a las clases populares hacia la izquierda revolucionaria¹⁷⁸. Previsiblemente, tales políticas requirieron de una mayor cantidad de personal dedicado a las nuevas instituciones. No otro fue el proceder del Estado costarricense de antaño, para el cual la contención de los conflictos sociales ya seguía esa tónica.

1.2.1. Depresión y consolidación del régimen liberal de bienestar y control social

Ya antes de la crisis de la bolsa se habían presentado importantes dificultades para las economías centroamericanas. Los precios del café habían llegado a sus más altos márgenes entre 1926 y 1927, y ya al siguiente año, debido a la muy copiosa cosecha brasileña, empezaba el declive en los precios¹⁷⁹. Sin embargo, los efectos negativos de la Depresión fueron devastadores, y los padecieron fuertemente en particular las clases populares. La contracción del mercado nacional, a raíz de la caída de los precios del café, llevó a la crisis fiscal, al provenir la mayor parte de los ingresos del Estado de los aranceles aduaneros, y esto generó a su vez una crisis monetaria que, según Botey y Cisneros, “se expresó en la disminución del medio circulante, en el retiro de los depósitos bancarios, la restricción de los créditos y la exigencia de pago de las deudas contraídas”¹⁸⁰; por descontado, el desempleo y la crisis comercial no se hicieron esperar. Cada una de estas facetas de la crisis afectó enérgicamente a los sectores medios.

¹⁷⁷ Hobsbawm, *La era del imperio*, 63.

¹⁷⁸ Cfr. Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX* (Barcelona: Crítica, 2000), 102-103.

¹⁷⁹ Cfr. Ana María Botey, *Costa Rica entre guerras...*, 58-59.

¹⁸⁰ Botey y Cisneros, 84.

Evidentemente, los primeros afectados por la caída en el precio del café fueron los pequeños y medianos productores de este grano, aunque los efectos más severos de la caída no se les presentaron de inmediato. A fines de 1929 los beneficiadores suspendieron los adelantos y exigieron a los pequeños productores el pago de sus deudas, e intentaron cargarle a éstos el peso de la caída en los precios del café: es posible incluso que, como afirmaba Clorito Picado ¹⁸¹, para mantener sus niveles de ganancia, los capitalistas hayan bajado desproporcionadamente el precio pagado a sus proveedores.

En este contexto, el Censo Cafetalero de 1935 fue efectuado por el recientemente creado Instituto de Defensa del Café para mediar las disputas entre productores y beneficiadores sobre el precio del fruto del cafeto ¹⁸². Según este censo, el 25% de la población del país vivía en fincas de café ¹⁸³. Dentro de esta última población, a nivel nacional, el 27% eran hombres adultos, el 26% mujeres adultas y el 47% eran menores ¹⁸⁴. El director de este censo y posterior analista de los datos, Carlos Merz –un hombre afín al presidente Jiménez–, le prestó especial atención a la nacionalidad de los propietarios de las fincas de café, indicando que los extranjeros, el 1,45% de los productores propietarios del país, acaparaban el 14,52% del área cultivada ¹⁸⁵.

De estos datos infería que “la propiedad cafetalera de Costa Rica está casi exclusivamente en manos de costarricenses”, mientras que el promedio en manzanas del área cultivada con café –a nivel nacional, 2,7 manzanas por propietario costarricense y 31,5 manzanas por propietario extranjero– le permitía afirmar que “la industria del café en Costa Rica está basada en la propiedad pequeña, que constituye el fundamento principal de la economía nacional” ¹⁸⁶.

Por tratarse de promedios, estos datos, por supuesto, esconden desigualdades; como mencionábamos en un apartado anterior, la lotificación generada por los problemas

¹⁸¹ Cfr. Acuña y Molina, *Historia económica...*, 164-165.

¹⁸² Cfr. Carolyn Hall, *El café y el desarrollo histórico-geográfico de Costa Rica* (San José: ECR, 1991), 103.

¹⁸³ Carlos Merz, “Estructura social y económica de la industria del café en Costa Rica”, *Revista del Instituto de defensa del café de Costa Rica*, tomo V, 32-33(junio-julio1937), 175.

¹⁸⁴ *Ibid.*, 180.

¹⁸⁵ Carlos Merz, “La estructura social y económica de la industria del café en Costa Rica. II parte” *Revista del Instituto de defensa del café de Costa Rica*, tomo V, 34 (agosto 1937), 290.

¹⁸⁶ *Ibid.*, pág. 293.

hereditarios llevaba a menudo a que los terrenos tuvieran dimensiones muy reducidas, y que por tanto no fueran rentables para sus dueños, quienes dedicaban parte de su tiempo a trabajar como asalariados en fincas ajenas. En contraparte, el análisis de Merz invisibiliza casos como los de Julio Sánchez y Florentino Castro, quienes no por ser costarricenses dejaban de ser grandes terratenientes cafetaleros. De hecho, que el censo indicara que el 56% de los hombres adultos residentes en las fincas eran peones ¹⁸⁷ nos habla de una vida rural mucho menos idílica que lo que las conclusiones de Merz harían creer; los pequeños y medianos productores ciertamente tenían una visión mucho más sombría de los efectos de la crisis ¹⁸⁸.

El proceso de ruina de la pequeña y mediana propiedad cafetera, que ya había avanzado a lo largo del período anterior a la depresión, se agudizó a lo largo de este período, como tendremos oportunidad de mostrar en el siguiente apartado¹⁸⁹. Al mismo tiempo, en el Caribe los productores independientes de banano tuvieron que aceptar de la UFCo. precios “enormemente reducidos” por su producto, y los productores de otros bienes agropecuarios en la provincia limonense sufrían por la falta de circulante en el mercado interno ¹⁹⁰.

La crisis fiscal puso en serios aprietos al Estado costarricense; los egresos superaron a los ingresos, generando un importante déficit entre 1929 y 1934 (figura 1.3.). Al decaer los ingresos por concepto de aduanas y las rentas de la Fábrica Nacional de Licores, los empleados públicos sufrieron nuevos recortes de sus sueldos y despidos ¹⁹¹, medida que

¹⁸⁷ Cfr. Mario Samper, “Tiempos difíciles: los caficultores colombianos y costarricenses entre la prosperidad y la crisis, 1920-1936”, en *Café, sociedad y relaciones de poder en América Latina*, (ed) Mario Samper, William Roseberry y Lowell Gudmundson, (Heredia: EUNA, 2001), 270.

¹⁸⁸ Cfr. *infra*, 3.3.1.

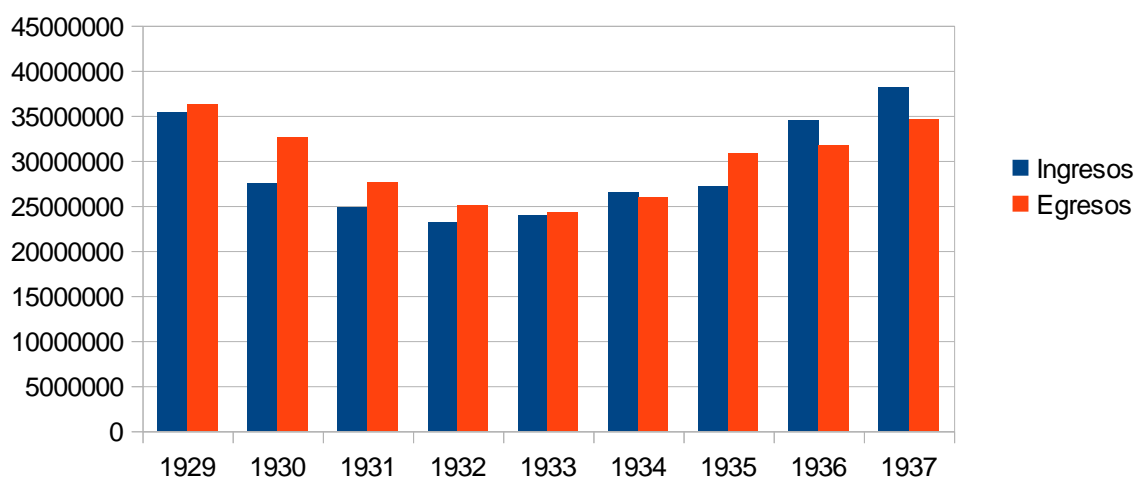
¹⁸⁹ Cfr. Manuel Solís, *Costa Rica:...*, 92-93. Según algunos estudios, durante la depresión los procesos contra los pequeños cafetaleros endeudados no fueron llevados siempre hasta sus últimas consecuencias, sino sobre todo cuando las tierras de éstos colindaban con las de sus acreedores, ya que los costos de administración de las fincas adquiridas podían ser muy altos. Cfr. Samper, *Tiempos difíciles...*, 255. No hay datos para valorar directamente los efectos específicos de la crisis de 1929 sobre la tenencia de tierras, pero la tendencia a la asalarización –y la proletarización como su rasgo predominante– que observábamos entre 1892 y 1927 se mantendrá en el censo nacional de 1950. Cfr. *infra*, 1.2.2.

¹⁹⁰ Cfr. Ronny Viales, *Después del enclave*, 82, 126.

¹⁹¹ Cfr. Bulmer-Thomas, “La crisis de la economía de agroexportación (1930-1945)”, en Acuña, Víctor Hugo (ed.), 352-353.

pronto fue, de nuevo, emulada por el sector privado ¹⁹². Al ensancharse el porcentaje de desempleo, los ingresos del comercio mermaron en alrededor de un 60% entre 1930 y 1931, llevando a numerosos establecimientos a la quiebra o, siguiendo un círculo vicioso, al despido masivo de empleados: pudieron mantenerse solamente los comerciantes que contaban con capital para resistir la crisis ¹⁹³.

Figura 1.3. Ingresos y egresos del Estado, 1929-1937
(en colones, ingresos redondeados).



Fuente: Román, *ibid.*, 52-53 y 61-62.

La situación no fue más propicia para los profesionales, pues sus servicios tampoco eran costeables por el grueso de la población. Viales señala que en la ciudad de Limón los doctores raramente eran llamados, y cuando lo eran casi nunca se les pagaba, en tanto que los abogados no litigaban porque no había qué litigar: nada de gran valor se vendía ni compraba, y los embargos se habían suspendido debido a la falta de recursos para hacer depósitos legales. Como consecuencia, los profesionales no gastaban, y eso repercutía sobre caseros y comerciantes ¹⁹⁴.

¹⁹² Cfr. Ana María Botey, *Costa Rica entre guerras...*, 61.

¹⁹³ Cfr. Ana María Botey y Rodolfo Cisneros, *La crisis de 1929...*, 89-90.

¹⁹⁴ Cfr. Ronny Viales, *Después del enclave...*, 126-127.

Podemos observar en el cuadro 1.13. el impacto de la crisis sobre los diversos tipos de ocupación. A pesar de los sesgos en su elaboración, los cuales no registran el subempleo generado por la depresión ¹⁹⁵, es claro que el peso de la crisis cayó con especial ferocidad sobre el sector agropecuario; por otra parte es claro que los empleados de la industria fueron los otros grandes perdedores en este proceso.

Cuadro 1.13. Ocupaciones de los desempleados, 1932

Ocupación	Porcentaje
Agricultura, ganadería, etc.	75,65
Extracción de minerales	0,27
Industria	19,67
Comunicaciones y transportes	1,32
Comercio	0,50
Administración pública	0,12
Profesiones libres	0,20
Trabajos domésticos	1,52
Ocupaciones no bien determinadas	0,55
Ocupaciones ignoradas	0,20

Fuente: Botey y Cisneros, *ibid.*, 98.

Aunque en menor medida que los peones y los artesanos, profesionales, empleados de gobierno y de comercio, pequeños comerciantes y dueños de pequeños talleres artesanales fueron, junto a los pequeños y medianos productores rurales, víctimas de la contracción de la economía nacional. Eran “cesantes de levita” ¹⁹⁶. Pero además, debido a su nivel de consumo –en buena medida *consumo conspicuo* ¹⁹⁷–, durante los treinta la depresión económica cuestionaba la existencia misma de las clases medias. La vulnerabilidad estructural de éstos en el *modelo de desarrollo inducido desde afuera* era también la de la moneda nacional ¹⁹⁸, y esta tendencia se aceleró con la crisis internacional: en 1935 el dólar y la libra esterlina costaban en colones alrededor de un 50% más que

¹⁹⁵ Cfr. Ana María Botey y Rodolfo Cisneros, *La crisis de 1929...*, 96-97.

¹⁹⁶ Cfr. *Ibíd.*, 96.

¹⁹⁷ Sobre el consumo como diferenciador social, cfr. *infra*, 2.2.

¹⁹⁸ Cfr. Edelberto Torres Rivas, *Interpretación del desarrollo social...*, 139-140.

cuatro años antes, lo cual perjudicó a las clases medias, las cuales debían comprar numerosos artículos de primera necesidad provenientes del exterior ¹⁹⁹.

El caso de Oscar Barahona Streber es representativo de la fragilidad de las clases medias a inicios de los treintas: él, hijo de un abogado, y que al igual que sus seis hermanos siguió una carrera profesional durante los treintas y cuarentas, cuenta que su familia sufrió fuertes dificultades económicas que complicaron el transcurso de sus estudios secundarios, y en su más crítico momento lo llevaron a abandonar la Facultad de Derecho después de 1932 y a trabajar como peón en la zona del Pacífico ²⁰⁰. Del mismo modo, Alberto Cañas narra cómo la crisis remató la movilidad social descendente de su familia: mientras que su abuelo, Rafael Cañas, hasta 1921 “uno de los hombres realmente ricos de Costa Rica”, vivía en una mansión en el barrio El Carmen de San José, con las secuelas de la crisis de 1929 su hijo Alberto (el padre del escritor), perdió la propiedad de una imprenta, y trabajó en el sector estatal por el resto de su vida laboral ²⁰¹.

No es de sorprenderse, pues, que, como en el caso de Barahona y Cañas, desde las clases medias se presentasen respuestas en una línea reformista frente a ese modelo económico y político que ya había mostrado sus falencias, y al cual ya nadie podía defender durante los años treintas. Tampoco es extraño que entre los fundadores del Partido Comunista de Costa Rica hubiera una cantidad significativa de maestros y otros empleados públicos: ellos tenían fuertes motivaciones vivenciales para radicalizarse contra el modelo agroexportador dependiente y buscar alianzas con las demás clases subalternas.

A pesar de que los más fuertes efectos de la depresión económica se experimentaron en el país, como en la mayor parte de Centroamérica, a partir de 1932 ²⁰², las respuestas del gobierno costarricense frente a la crisis económica comenzaron desde las primeras noticias del desplome de Wall Street. Ya en 1929 el gobierno asumió, a través del Banco de Costa

¹⁹⁹ Cfr. Orlando Salazar Mora, *Crisis liberal...*, 167. Así lo observaba en 1932 un diplomático estadounidense, aunque afirmaba que los asalariados y los pequeños productores costarricenses padecían la crisis en menor medida que en otros países. Cfr. Molina, Iván. *Anticomunismo...*, 77.

²⁰⁰ Óscar Barahona Streber, *Memorias y opiniones*, (San José: EDITORAMA, 1996), 4.

²⁰¹ Cfr. Alberto Cañas, *80 años no es nada* (San José: EUCR, 2006), 4, 8, 14. Otro caso llamativo es el de la familia de Daniel Oduber, la cual también perdió su fortuna en los años treintas, incorporándose entonces a los sectores medios. Cfr. Manuel Solís, *La institucionalidad...*, 170.

²⁰² Cfr. Bulmer-Thomas, *La economía política...*, pág. 87.

Rica, el rol de regular la emisión de dinero, con lo cual pretendía eliminar la inflación resultante del exceso de circulante frente a las bajas en la producción ²⁰³. Además, debido a la falta de fondos para pagar su nómina, el gobierno debió solicitar en 1931 una serie de préstamos para actualizar los sueldos de ese sector, e introdujo en ese mismo año un impuesto personal sobre la renta, aunque las recaudaciones por este rubro no fueron muy significativas ²⁰⁴.

Durante los treinta el Estado costarricense asumió una intervención más agresiva en asuntos económicos y sociales en general ²⁰⁵. A partir de 1932, con la caída del patrón oro, el gobierno asumió funciones cambiarias, depreciando inmediatamente al colón frente a las monedas de sus grandes socios comerciales, medidas útiles para los productores y los exportadores de café (aunque, por supuesto, más para estos últimos) ²⁰⁶, y al año siguiente apareció el ya mencionado Instituto de Defensa del Café. En 1934 el Congreso emitió una ley de moratoria para proteger a los deudores del Crédito Hipotecario de Costa Rica, con lo cual numerosos deudores pudieron conservar sus propiedades tanto rurales como urbanas, y a partir de 1936 se dio una reorganización bancaria, de la cual surgieron las Juntas Rurales de Crédito para dinamizar el sector agrícola ²⁰⁷.

La intervención activa del Estado en el mercado fue acompañada por una política de empleo gubernamental que pretendía paliar los problemas de trabajo generados por la crisis. Al respecto, Ricardo Jiménez, saliendo de su puesto presidencial, afirmaba en 1936 que “el espectro de la desocupación se nos presentó desde el comienzo y tuvimos que preocuparnos por prevenir los males que son la secuencia del desempleo. Sabíamos bien nosotros, los responsables del orden público, que antes que se llegue a la extremidad del hambre es en la casa de los desocupados donde recluta la rebelión sus huestes [...] La experiencia lo pregona a diario: masas hambrientas son masas revolucionarias. Si los

²⁰³ Cfr. Orlando Salazar Mora, *Crisis liberal...*, pág. 159.

²⁰⁴ Cfr. Bulmer-Thomas, *La economía política...*, 69-70.

²⁰⁵ Como señalamos en el apartado 1.1.4., el Estado costarricense ya había venido implementando medidas intervencionistas en varios aspectos de la actividad económica; empero, tras la crisis del 29 las intervenciones adquieren un carácter más sistemático. Cfr. Iván Molina, *Anticomunismo...*, 192-195.

²⁰⁶ Cfr. Bulmer-Thomas, *La economía política...*, pág. 92.

²⁰⁷ Cfr. Gonzalo Cortés Enríquez, *La crisis mundial de 1929 y su impacto en la sociedad costarricense* (San José: El Fortín, 1994), 117.

capitalistas, descorazonados por los malos tiempos y presos de pánico se retraían en sus inversiones y achicaban sus planillas, cuando no negaban trabajo, alguien tenía que reemplazarlos y ese alguien no podía ser otro que el Gobierno [...] Ayudamos a los menesterosos y compramos la tranquilidad a precio de un pequeño aumento de la deuda pública”²⁰⁸.

Efectivamente, la inversión en infraestructura fue el principal medio utilizado por el gobierno para generar empleo: de 1932 a 1939 la administración pasó del 15,26% del total del presupuesto nacional dedicado a la cartera de obras públicas, al 41,24%, en detrimento de la deuda pública –que pasó del 28,15% al 6,91%–²⁰⁹, la cual, sin embargo, no dejó de ser pagada durante la depresión. Hubo también intentos oficiales por poner a funcionar colonias agrícolas en zonas alejadas del Valle Central, en las cuales se pretendía cultivar granos básicos, escasos en el país durante la crisis²¹⁰.

Las tensiones en las relaciones entre empleados y patronos –en cuenta en el seno del Estado– se manifestaron en varios conflictos y huelgas²¹¹ frente a las cuales el gobierno, cuando no pudo contener a los sectores populares, respondió con diversas medidas legislativas sobre empleo, seguridad social, organización laboral y otros aspectos del trabajo²¹². Antes de la fundación de la Caja Costarricense de Seguro Social en 1941 y la promulgación del Código de Trabajo en 1943, el Estado costarricense ensayó diversas leyes e instituciones para contener los conflictos sociales, entre las que podemos mencionar la creación del Patronato Nacional de la Infancia en 1930²¹³, la Oficina Técnica del Trabajo

²⁰⁸ Ricardo Jiménez, “Mensaje presidencial del 1o. de mayo de 1936”, en *Mensajes presidenciales. Tomo VI. 1928-1940*, en ed. Carlos Meléndez (San José: Editorama, 1987), 180.

²⁰⁹ Cfr. Ana Cecilia Román, “Las finanzas públicas de Costa Rica: Metodología y fuentes (1870-1948)” *Avances de Investigación del CIHAC*, no. 3, 1995, 79-80. Con todo, como indicaba Rodrigo Facio, medidas como la construcción de infraestructura vial favorecieron a la larga a quienes contaban con capital para adquirir vehículos pesados, y perjudicaron a quienes trasladaban sus mercancías de modos más tradicionales. Cfr. Rodrigo Facio, *Estudio sobre economía costarricense* (San José: ECR, 1990), 98-101. Recordemos que, como desarrolla Harvey, este tipo de políticas de inversión pública propicia la concentración de capitales mediante el fomento a los *ambientes contruidos para la producción*. Cfr. *supra*, I.2.1.

²¹⁰ Cfr. Cortés Enríquez, 113.

²¹¹ Nos referimos más detalladamente sobre estos procesos *infra*, en el tercer capítulo.

²¹² Cfr. Churnside, *Formación de la fuerza laboral...*, 210-211.

²¹³ Cfr. Palmer, *Adiós laissez-faire...*, *op. cit.*, 109.

²¹⁴, la Ley de Abastos y la de Protección Ganadera en 1932 ²¹⁵, del Instituto de Defensa del Café en 1933 ²¹⁶, la Ley de Salarios Mínimos, extendida a los trabajadores rurales en 1935 ²¹⁷, la reforma bancaria de 1936 ²¹⁸, y la Junta Nacional de Habilitación, encargada de financiar casas a bajo costo, en 1939 ²¹⁹. Medidas de este tipo ampliaron el número de empleados públicos, a la vez que los legitimó como mediadores en los conflictos de clases, estableciendo tácitamente un modelo en el cual los sectores medios cumplían una misión de salvaguardas del orden social.

Este tipo de políticas no carecieron de críticos. Así, a inicios de los cuarentas Rodrigo Facio caracterizaba de “reglamentismo” a este tipo de intervenciones; en sus palabras, “así llamamos la tendencia de los diversos grupos económicos (productores, consumidores, importadores, exportadores, etc.) a buscar privilegios de orden jurídico, como monopolios, leyes proteccionistas, primas, precios máximos, precios mínimos, tipos de cambio exterior bajos, tipos de cambio exterior altos, etc., que reglamentando en forma autoritaria tal o cual fenómeno del mercado libre, les garantice una ventaja económica, en mengua casi siempre de los intereses de otros grupos, y en general, de los del país entero” ²²⁰. Con este tipo de medidas, argumentaba Facio, el Estado escondía su falta de criterios económicos.

No obstante, estas medidas se enmarcaron en el contexto de las políticas económicas afines al *New deal*, las cuales se venían aplicando en los países del capitalismo central para contrarrestar la crisis. De hecho, recientemente Iván Molina ha rescatado varios documentos que testimonian el parecer al respecto de altos funcionarios de la misión diplomática estadounidense en Costa Rica: para algunos entre éstos, la alternativa ante el crecimiento de la fuerza del comunismo en el país radicaba en que el gobierno costarricense

²¹⁴ Cfr. Carlos Hernández Rodríguez, “Trabajadores, empresarios y Estado: la dinámica de clases y los límites institucionales del conflicto. 1900-1943”, *Revista de historia* (Costa Rica), 27 (enero-junio 1993), 66.

²¹⁵ Cfr. Solís, *Costa Rica*, 98. Esta ley, que gravaba la importación de ganado –práctica de grandes hacendados–, ayudó a consolidar al sector de los pequeños ganaderos en Guanacaste en medio de la crisis. Cfr. Marc Edelman, *La lógica...*, 177-210.

²¹⁶ Cfr. Víctor Hugo Acuña, *Patrones del conflicto social...*, 116.

²¹⁷ Cfr. Bulmer-Thomas, *La economía política...*, 80.

²¹⁸ Cfr. Solís, *Costa Rica*, 99-100.

²¹⁹ Cfr. Botey, *Costa Rica entre guerras...*, 102.

²²⁰ Rodrigo Facio, *Estudio...*, 109.

encontrara “inspiración en las políticas del presidente Roosevelt e intente hacer algo similar por las grandes masas de la población”²²¹. Aunque en 1934 este diplomático desconfiaba de que la administración de Jiménez estuviera a la altura de las circunstancias, lo cierto es que el tercer gobierno de don Ricardo actuó sistemáticamente para dinamizar la economía del país²²².

La debida puesta en práctica de estas políticas en buena medida dependía de la cobertura que el Estado pudiera aportar respecto a estos asuntos, esto es, del trabajo que pudiera aportar el sector público. De este modo, la negociación de los conflictos de clase agudizados por la coyuntura de crisis del primer lustro de los treintas llevó al fortalecimiento de la burocracia, principalmente la estatal: un cuerpo de técnicos y funcionarios administrativos emergía, renovado y robustecido, como mediador en la lucha de clases.

Así, en 1950 el sector público abarcaba el 6,33% de la población económicamente activa del país²²³, frente al 5,46% veintitrés años antes²²⁴; los mecanismos de la seguridad social consolidada en los cuarentas demandaron un crecimiento en la fuerza de trabajo dedicada a su buen funcionamiento. Este incremento favoreció directamente al empleo de quienes lograban cursar estudios más allá de la primaria, ampliando con ello a los sectores medios dependientes de un salario estatal.

El desarrollo de los gastos del Estado costarricense entre 1925 y 1948 (cuadro 1.14.) nos permite formarnos una idea sobre las prioridades de los gobiernos a lo largo de este período. La tendencia del presupuesto siguió siendo hacia el aumento en el porcentaje correspondiente a la Secretaría de Instrucción Pública, lo cual se refleja en el crecimiento del sector docente en el censo del 50. Del mismo modo, la debilidad del ejército como fuerza social se manifiesta en la pérdida de peso de la cartera de Guerra y Seguridad

²²¹ Cit. en Iván Molina, *Anticomunismo...*, 94.

²²² Cfr. Iván Molina, *Ricardo Jiménez* (San José: EUNED, 2009), 41-43.

²²³ Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad de Costa Rica. *El desarrollo económico de Costa Rica. Estudio no. 4. Sector público de la economía costarricense* (San José: Publicaciones de la Universidad de Costa Rica, 1961), 13.

²²⁴ Cfr. DGEC, *Censo de 1927*, 56.

pública a partir de los años veintes; en Guatemala, por el contrario, la falta de pago a las milicias durante la depresión llevó incluso al golpe militar de 1930 ²²⁵.

Cuadro 1.14. Distribución porcentual por carteras del gasto público, 1925-1948

Carteras	Años					
	1925	1930	1935	1940	1945	1948
Instrucción pública	11,99	13,95	14,82	12,6	14,31	16,08
Guerra y Seg. Pública	9,93	8,35	7,72	8,52	9,99	9,44
Gobernación y Policía						
Judicial	8,53	8,99	9,17	7,49	7,38	6,56
Relaciones exteriores,						
Justicia y Culto	1,71	1,86	1,41	1,87	1,72	2,12
Hacienda	18,06	6,31	6,21	5,04	4,06	20,11
Salud Pública	1,63	3,66	3,62	6,17	4,25	2,43
Obras Públicas	19,31	30,58	27,51	38,78	34,93	8,32

Porcentajes respecto al presupuesto anual total; sólo consignamos en este cuadro los gastos de los ministerios.
Fuente: Román, *ibid.*, 77-81.

Es notable el elevado porcentaje que correspondió al rubro de obras públicas a partir de los inicios de la crisis de la bolsa y hasta el final de la II Guerra Mundial, siendo su punto máximo en 1943, cuando ascendió al 47,7% del presupuesto nacional ²²⁶. Retomando una tesis de Iván Molina, es muy factible que el énfasis de los gobiernos de este período sobre los gastos en materia social y cultural se haya debido a la necesidad de competir por los votos de sectores populares –en cuenta, por supuesto, los de las clases medias– que ejercían presión sobre las políticas del Estado, y a menudo por puestos en él ²²⁷, a pesar de que la debilidad estructural de las condiciones del empleo público no fue tampoco subsanada tras la crisis económica; solamente al finalizar nuestro período de estudio logró el Estado profesionalizar a sus funcionarios mediante un reglamento de Servicio Civil ²²⁸. En este sentido, las reformas sociales de los años cuarenta no fueron simplemente efecto de reformas desde arriba, sino que tuvieron su base en una estrategia de contención de la

²²⁵ Cfr. Bulmer-Thomas, *La economía política...*, 75.

²²⁶ Román, 81.

²²⁷ Cfr. Iván Molina, *Demoperfectocracia...*, 237-239.

²²⁸ Cfr. William Elizondo, “Control del poder y exclusión de competidores: la decisión constitucional para establecer el servicio civil en Costa Rica”, *Diálogos* 9, no. 2 (agosto 2008-febrero 2009).

conflictividad social que se remontaba hasta fines del XIX, una suerte de pacto social tácito cuya lógica a veces desembocaba en violencia abierta ²²⁹.

En 1935, en carta al guatemalteco Clemente Marroquín, aseveraba Mario Sancho al respecto que “grande ha sido el empeño de la clase gobernante en mantener bajo la influencia de falacias, boberías como aquellas que acabo de enumerar y otras aún más falsas y risibles como la de Sanidad y Asistencia Social, las cuales no sirven por lo común de otra cosa que de pretexto al burocratismo más desenfrenado, y sobre todo, esa que usted apunta tan certeramente: la superstición del especialísimo interés que dicen profesar a la Enseñanza nuestros gobiernos, aunque en el fondo estemos también convencidos de que nuestros colegios y escuelas, por culpa de la politiquería y del favoritismo que presiden en su organización, no están integrados en la mayoría de los casos con los mejores elementos sino con individuos incapaces de obtener un modus vivendi en otros campos, llegados a la enseñanza de arribada forzosa, sin vocación y sin más méritos que haber andado en las plazas de los pueblos azotando el aire con sus gritos y sus discursos de propaganda electorera” ²³⁰.

De cualquier modo, la educación –en buena medida gracias al empleo clientelar– siguió siendo la punta de lanza de la hegemonía capitalista, aunque en el campo la mayor parte de las escuelas impartían sólo el primer y segundo grado: el censo de 1950 muestra que en las zonas rurales la mediana estadística era de 2,2 grados aprobados, mientras que en las ciudades ascendía a 4,3 grados ²³¹. El magisterio fue precisamente uno de los sectores más favorecidos por el crecimiento del Estado: mientras que en el censo de 1927 aparecía un 1,4% de educadores, en el de 1950 este sector ascendía a casi el 2% de la población económicamente activa. El empleo femenino en este sector, a pesar de quienes añoraban una educación más masculinizada, pasó entre estos años de representar un 0,88% de la población económicamente activa al 1,44% ²³². Además, entre 1931 y 1950 el país pasó de

²²⁹ Al respecto, cfr. Manuel Solís, *La institucionalidad ajena*; Iván Molina Jiménez y Lehoucq, Fabrice, *Urnas de lo inesperado. Fraude electoral y lucha política en Costa Rica (1901-1948)* (San José: EUCR, 1999).

²³⁰ Mario Sancho, *Carta a Clemente Marroquín...*, 4.

²³¹ DGEC, *Censo de 1950*, 40.

²³² Cfr. DGEC, *Censo de 1950*, 219. DGEC, *Censo de 1927*, 56.

512 a 975 centros de formación primaria, elevando la cobertura educativa por sobre el crecimiento demográfico: en ese lapso el promedio de escuelas primarias por habitante aumentó de un 0,097% a un 0,121% ²³³. Consecuentemente, el alfabetismo nacional total pasó del 47,4% en 1927 al 78,76% en el censo de mitad de siglo; mientras en las ciudades el alfabetismo llegaba al 91,88%, en el campo el porcentaje ascendía al 71,51%, principalmente menores de 35 años ²³⁴; la resistencia campesina frente a la educación oficial se había en buena medida disipado ²³⁵.

La educación secundaria adquirió una especial preponderancia durante el período posterior a la crisis; en 1950 había en Costa Rica 18 colegios, frente a los 13 existentes veinte años atrás ²³⁶. Durante las administraciones de Calderón Guardia y Picado Michalsky hubo una importante expansión de la educación secundaria. En 1943 se autorizó la apertura de varios colegios tanto públicos como privados, y ya para 1947 el presidente podía alegrarse de que, por primera vez en la historia nacional, durante el año anterior funcionó al menos un colegio oficial en cada una de las provincias ²³⁷. Según el propio presidente Picado, el principal problema de la educación oficial secundaria fue la excesiva cantidad de pupilos que cada instituto debía atender ²³⁸.

Así lo atestiguaba Isaac Felipe Azofeifa en el segundo lustro de los treinta, cuando indicaba que entre 1925 y 1936 el Liceo de Costa Rica pasó de 410 a 751 alumnos, y que a una significativa cantidad de jóvenes se les facilitaba que cursaran sus estudios mediante la exención del pago de matrícula: “en la estadística del año 1930 aparecen exentos [sic] de pago de sus derechos de matrícula 244 alumnos entre un total de 556, que representan el 44% de la población. Frente a 307 alumnos clasificados como hijos de familias ricas o acomodadas, están 209 clasificados como de familias pobres o muy pobres (muy pobres, 114). Por la profesión de sus padres se clasifican así: 135 hijos de agricultores; 96 hijos de

²³³ Juan Rafael Quesada, *Estado y educación...*, 8-10.

²³⁴ Cfr. DGEC, *Censo de 1927*, 44; DGEC, *Censo de 1950*, 41.

²³⁵ Cfr. Steven Palmer, “Un paso adelante, dos atrás: una crítica a “Consenso y represión”, *Revista de historia* (Costa Rica) 18 (julio-diciembre 1988), 236-238.

²³⁶ *Íbid.*, 12.

²³⁷ Teodoro Picado, en Meléndez, Carlos (comp.). *Mensajes presidenciales, tomo VII*, 202.

²³⁸ *Íbid.*, 172.

profesionales; 108, de comerciantes; 217, de obreros. Y el 35% aproximadamente, se tiene como venido de fuera o lejos de la capital”²³⁹.

Hemos visto en apartados anteriores cómo la estructura socio-ocupacional en Costa Rica venía cambiando antes de la Gran Crisis como efecto del desarrollo agroexportador y la concentración de capitales en las zonas urbanas, y principalmente en San José. De allí que la fortalecida economía urbana abriera la posibilidad para los jóvenes de las ciudades, ayudados además por subsidios estatales a la educación, de insertarse en el mercado de la fuerza de trabajo a través de su formación en labores técnicas y profesionales. Con el fortalecimiento durante los cuarentas de la educación secundaria, se consolidó el semillero por excelencia de los sectores medios: para 1950 el 12,16% de la población urbana había aprobado la educación secundaria²⁴⁰.

Por otro lado, el florecimiento de colegios privados en Costa Rica permitió una segregación más clara de los hijos de la burguesía, dejando a las instituciones secundarias oficiales para las clases medias y, hasta cierto punto, para las clases populares. Una graduada del Colegio Nuestra Señora de Sión, por ejemplo, tras mencionar varios apellidos de alcurnia de compañeras suyas, calificaba a su antiguo colegio como “high class” y afirmaba que allí se les enseñaban tanto aspectos académicos como de etiqueta²⁴¹.

Las opciones para el aprendizaje de oficios y profesiones también mejoraron en este período: en 1936 abrió sus puertas la capitalina escuela de comercio Castro Carazo²⁴² y en 1944 lo hizo el Colegio Superior de Inglés y Ciencias Comerciales²⁴³, sumándose a las ya existentes Manuel Aragón y la Escuela de Comercio de Limón. La apertura de la Universidad en 1941 –toda una reivindicación de las clases medias urbanas, como ha indicado Araya Pochet²⁴⁴–, por otra parte, sumó a las Escuelas Profesionales ya existentes las de Ingeniería, Ciencias, Letras, Cirugía Dental y Medicina (aunque esta última sólo

²³⁹ Azofeifa, *El viejo liceo*, 45-46.

²⁴⁰ Cfr. DGEC, *Censo de 1950, op. cit.*, 40.

²⁴¹ Cit. en Juan Rafael Quesada, *Estado y educación, op. cit.*, 15.

²⁴² Cfr. Iván Molina, Iván. “Educación y sociedad en Costa Rica”, *loc. cit.*

²⁴³ *Diario de Costa Rica*, 17 de enero de 1944, 7.

²⁴⁴ Cfr. Carlos Araya Pochet, “La Universidad de Costa Rica: rasgos de su evolución histórica, 1940-1972”, en *Historia de la educación superior en Costa Rica* (San José: Oficina de Publicaciones de la Universidad de Costa Rica, 1991) 128-129.

empezó a operar en los sesentas)²⁴⁵. Es gracias a la nueva universidad que pudieron formarse los profesores de secundaria que trabajaron en la expansión de ese nivel educativo más allá de los centros urbanos de la Meseta Central²⁴⁶: en 1950 ascendían a 532 docentes de colegio, con una ligera mayoría de mujeres²⁴⁷.

Por otra parte, la creación de la Caja Costarricense de Seguro Social en 1941 fue una primera tentativa por centralizar los servicios médicos para los trabajadores. Al inicio su cobertura se limitó a los asalariados de los sectores público y privado que ganaran hasta 300 colones mensuales: 14.000 beneficiarios en setiembre de 1942, pasando –tras la negociación de la reforma a la ley del Seguro Social en 1943– a más de 50.000 tres años más tarde²⁴⁸. Aprovechando infraestructura que se había venido formando a cargo de la Secretaría de Salubridad desde la década de los veinte, la Caja pudo desde su fundación hacer llegar sus servicios hasta las zonas rurales, a la vez que se constituyó en empleadora de un importante sector del gremio médico, el cual creció considerablemente durante los treinta y cuarenta²⁴⁹.

En particular, el Estado se convirtió en patrono de galenos que, en un medio donde “para ser alguien había que ser hijo de alguien”²⁵⁰, eran ajenos a la élite médica costarricense, y por tanto estaban destinados a los estratos más bajos de la jerarquía de la profesión. Muchos de ellos habían sido formados, ya no en Europa o Estados Unidos, sino en el menos oneroso México²⁵¹; la profesión se tornaba accesible para clases menos pudientes. Además, la nueva institución demandaba empleados administrativos y de otras índoles para su funcionamiento.

Por lo demás, los empleados estatales en las ocupaciones que llegarían a ser consideradas de *clase media*, como señala Molina, no pesaban tanto por su cantidad como por su lugar estratégico como formadores de opinión pública, ya fuera como especialistas,

²⁴⁵ Cfr. *Ibíd.*, 130.

²⁴⁶ Cfr. *Ibíd.*, 148.

²⁴⁷ En el censo de ese año figuran 258 profesores varones frente a 274 mujeres. Cfr. DGEC, *Censo de 1950*, 219.

²⁴⁸ Cfr. Mark Rosenberg, *Las luchas por el seguro social en Costa Rica* (San José: ECR, 1983) 74, 81.

²⁴⁹ Entre 1935 y 1950 el país pasó de 140 a 265 doctores, con una tendencia a concentrarse en San José. Cfr. Steven Palmer, *From popular medicine...*, 223-226.

²⁵⁰ Alberto Cañas, *Los ocho años*, 15.

²⁵¹ Cfr. Steven Palmer, *From popular medicine...*, 225.

educadores o escritores. De allí que el vínculo entre opinión pública, Estado y ciertos sectores de las clases medias haya sido estrecho ²⁵², con independencia de cuál partido detentara el gobierno. No obstante, su importancia en la consolidación de la hegemonía —en cuenta las funciones de control social— permitió que estos sectores buscaran reafirmarse, contra la oligarquía tradicional ²⁵³, en vistas a la inserción de Costa Rica en una nueva fase del capitalismo mundial.

1.2.2. Cambios en la estructura socio-ocupacional

Las obstetras, cuya formación tanto había preocupado a los gobiernos de inicios de siglo, tuvieron bastante trabajo entre 1927 y 1950: según los respectivos censos, el país pasó de 471.524 habitantes a 800.875, un aumento de casi el 70% sobre la población existente durante la segunda administración de Ricardo Jiménez. En este lapso, el desarrollo de la fuerza de trabajo, con crisis económica, guerra mundial y guerra civil de por medio, siguió la tendencia ya existente hacia la asalarización de la fuerza de trabajo, derivada de la descomposición de la producción mercantil simple campesina (cfr. *infra*, 1.2.3.), pero con una mayor tendencia a concentrarse en los centros urbanos.

Es de resaltar que en el censo de 1927 se contabilizan como urbanas solamente a las ciudades cabecera de provincia, mientras que en el censo de 1950 se incluyen como urbanos a casi todos los distritos primeros de cantón ²⁵⁴. En consecuencia, entre uno y otro censo, la población urbana creció del 18,8% al 33,5% del total nacional de habitantes. La discrepancia entre los criterios seguidos por cada censo respecto a qué considerar como urbano no responde simplemente, a nuestro parecer, a cambios arbitrarios en la definición ²⁵⁵, sino a factores tanto objetivos como intersubjetivos: en primer lugar, a que para la mitad del siglo el proceso de urbanización había avanzado efectivamente; en segundo lugar, a que la mirada de los diseñadores de cada censo suponía modelos de sociedad bien

²⁵² Cfr. Iván Molina, Iván. *Demoperfectocracia...*, 218-219.

²⁵³ Cfr. *infra*, 3.4.

²⁵⁴ Cfr. DGEC, *Censo de 1927*, 63; DGEC, *Censo de 1950*, 8.

²⁵⁵ En esto discrepamos de Samper, quien convierte los datos de 1950 a los criterios del censo anterior. Cfr. Samper, *Evolución de la estructura...*, 200.

distintos entre sí, con lo cual unos y otros visibilizaron los aspectos sobre los cuales tenían más intereses en indagar.

En cuanto al primer factor, no resulta aventurado confiar en este crecimiento de poco menos del 15% en la población urbana, teniendo en consideración que, como podemos ver en el cuadro 1.18., la PEA dedicada al sector primario decreció en casi un 12% a lo largo de ese cuarto de siglo. Por sí sola la ciudad de San José aumentó del 10,72% al 18,68% de los habitantes del país ²⁵⁶; además, el crecimiento de las cabeceras de cantón era ya muy notorio en 1927, por lo cual no es raro que en 1950 éstas tuvieran ya características más urbanas de carácter semiperiférico. Volveremos sobre este factor al final del apartado.

El segundo aspecto se refiere a cómo la organización y categorización de los censos están mediatizados por criterios imaginarios e ideológicos. No se trata sólo de que el censo de 1950 estuviera hecho con criterios mucho más científicos que cualquiera anterior en el país. De acuerdo con Samper, esta indagación contó con censo de prueba, revisión completa y cartografía censal, así como 2.500 enumeradores (frente a 700 en 1927) y funcionarios administrativos intermedios debidamente adiestrados; además, estuvo elaborada acorde con criterios estándar a nivel interamericano ²⁵⁷. Más allá de estas importantes diferencias, debemos recordar que las ciencias sociales, y en particular la estadística, tienen sus orígenes en la necesidad de administración de la *población*, un objeto que surge con el Estado y la economía capitalista ²⁵⁸. La formulación de un censo tiene una dimensión pragmática, la cual está supeditada a los criterios y necesidades de una u otra concepción (explícita o implícita) de sociedad; tras los fríos números (y en ellos) siempre yace una ideología ²⁵⁹.

²⁵⁶ Cfr. DGEC, *Censo de 1927*, 36; DGEC, *Censo de 1950*, 11.

²⁵⁷ Cfr. Samper, *Evolución de la estructura...*, 40, 43.

²⁵⁸ Cfr. Michel Foucault, *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)* (Bs. Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006). Del mismo autor, *Defender la sociedad* (México: Fondo de Cultura Económica, 2002)

²⁵⁹ Por motivos de tiempo no será este el lugar para profundizar sobre el tema; a continuación señalamos solamente algunos de los elementos que consideramos más pertinentes. Abordamos el tema de las luchas discursivas en torno a la diferenciación social en el tercer capítulo.

Los grupos hegemónicos durante la mayor parte de la primera mitad del siglo XX enfocaron sus afanes hacia la consolidación de una economía basada en la agricultura, con un mínimo apoyo a las industrias no agrarias. La opinión de Carlos Merz es representativa de este punto de vista: “la afluencia de la población rural en las ciudades es el efecto, la consecuencia de una política agraria desorientada, y de una política mal entendida de protección para la industria no agrícola. Es precisamente el industrialismo el que crea en los países agrícolas los problemas sociales [...] Para las industrias de transformación no hay campo en países tan escasos de capital y de un poder adquisitivo tan reducido”²⁶⁰.

Esta perspectiva es la que prima en el censo de 1927, donde se manifiesta un gran interés en el detalle de las ocupaciones agrarias, y más en general del sector primario. El de 1950, por el contrario, es, junto con los censos agropecuario del mismo año y el urbano de 1949, el diagnóstico que los fundadores de la recién proclamada Segunda República llevaron a cabo para iniciar sus ambiciosos planes de reestructuración nacional. Era la aurora del modelo de sustitución de importaciones, cuyo crecimiento en los treinta no había podido sostenerse²⁶¹, y que fue retomado por actores sociales –los sectores medios urbanos y una ascendiente burguesía no cafetalera– que ya desde entonces despuntaban. El del cincuenta es un censo elaborado precisamente por representantes costarricenses de la tecnocracia desarrollista que empezaba a ganar terreno en la América Latina de entonces.

De este modo, en el censo de mitad de siglo hay más detalle de oficios ciudadanos, y menos de actividades agrarias: así, por ejemplo, no especifica si el trabajador censado se dedicaba al cultivo de café, banano, caña o la cría de ganado, categorías bien diferenciadas en el censo nacional precedente²⁶². Por otra parte, este censo detalla dieciocho categorías distintas de industrias manufactureras, siendo casi todas ellas propiamente industriales, en contraste con las categorías de 1927, referidas en su mayor parte a oficios artesanales²⁶³.

²⁶⁰ Merz, “La estructura social..., II parte”, 289. Otro autor, entre tantos más, cuyos puntos de vista coinciden con los del director del IDECAFÉ es Mario Sancho. Cfr. *infra*, 3.3.3.

²⁶¹ Cfr. Bulmer-Thomas, “La crisis de la economía...”, 377.

²⁶² Se podría argumentar que tales detalles del agro nacional debían ser aclarados por el censo agrario de 1950; sin embargo, lo propio podría decirse acerca del censo urbano llevado a cabo en el año anterior.

²⁶³ Cfr. DGEC, *Censo de 1950*, 47; DGEC, *Censo de 1927*, 54-55.

Es igualmente sintomático que, a diferencia de todos los anteriores censos nacionales, desaparece en el rubro de educación la categoría de semialfabetismo (“Solamente lee”), con lo cual los censados sólo podían declararse alfabetos o analfabetos. Al comparar este rubro entre los dos censos nacionales más recientes, los analistas de los años cincuenta registran a los semianalfabetos de 1927 junto con los analfabetos. Saber sólo leer era para los diseñadores del censo tan vano como no saberlo del todo, en un contexto en el cual éstos parecen haber previsto un significativo crecimiento de la actividad económica urbana.

Resaltamos un último y fundamental aspecto divergente entre estos dos censos: en el de 1950 la categoría “Jornalero” desaparece del agro (es sustituida por “Peón asalariado”, que no significa estrictamente lo mismo) y se desplaza hacia las ciudades. En lugar de los jornaleros rurales aparecen ahora jornaleros de construcción, de transporte y en los servicios ²⁶⁴, en los que se encuentran los mayores porcentajes de empleados, con 95,91%, 88,12% y 92,64% respectivamente; de hecho, en el negocio de la construcción hay tan sólo un 0,64% de patronos ²⁶⁵.

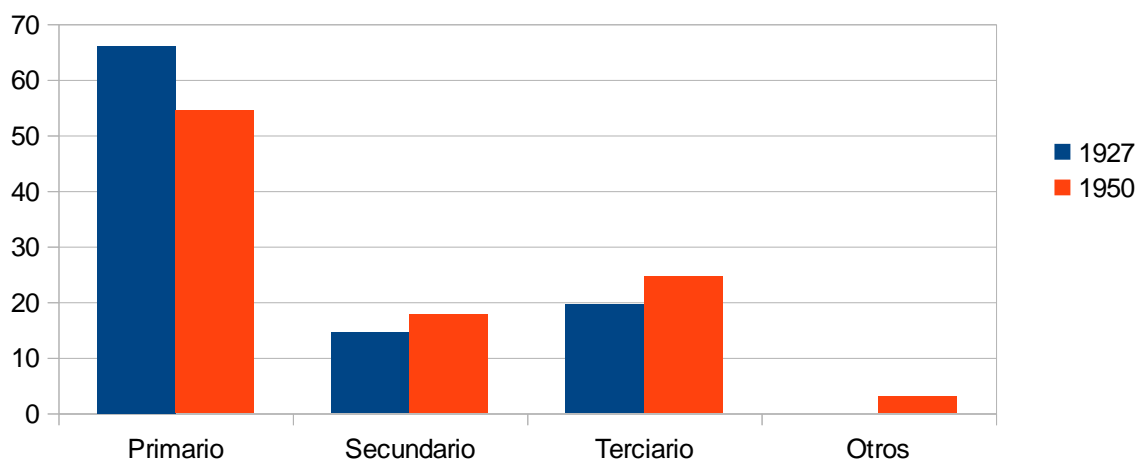
A partir de la información de la figura 1.4., se hace evidente la disminución del sector primario a la cual aludíamos un poco atrás, frente a un notable repunte de más de 5% del sector terciario y poco más de 3% en el secundario. El crecimiento urbano –producto del crecimiento de los circuitos secundario y terciario de acumulación de capital–, del que se sorprendían Rafael Cardona y Mario Sancho unos veinte años antes, a la larga se sostuvo a través de la Depresión y la Segunda Guerra Mundial.

²⁶⁴ Cfr. DGEC, *Censo de 1950*, 220.

²⁶⁵ Cfr. *Ibíd.*, pág. 44.

Figura 1.4. Sectores económicos según censos de 1927 y 1950

(Porcentajes)



Fuentes: las mismas de los cuadros 1.1. y 1.15.

El desglose de los sectores económicos en el cuadro 1.15. muestra con más detalle los grandes grupos ocupacionales del censo, más su distribución por sexo. El 15,38% de la PEA está constituido por trabajadoras, un importante aumento respecto al 11,02% de dos décadas atrás. En ambos casos, el rubro más cuantioso de empleo de ellas es en el sector terciario, y sobre todo las actividades de servicios, que contrastan con la práctica ausencia femenina en el registro censal de ocupaciones en el sector primario, y una participación modesta en los números del secundario. La relativa feminización de la PEA ha de haber pesado, dado el tipo de trabajo entonces predominante entre las féminas, en el aumento en la rama de servicios y la disminución en la agropecuaria.

Valga indicar que las 12.650 servidoras domésticas en el censo representan más de la cuarta parte de la PEA femenina, y son la cara más evidente de la proletarización del género. ¿Quiénes empleaban a estas mujeres? Una respuesta plausible está en el testimonio de los esposos Biesanz: “la esposa de un abogado, dentista u hombre de negocios tiene una sirvienta para el trabajo de la casa; *cualquier mujer, aun con las menores pretensiones sociales, estima indispensable esta ayuda. Incluso empleados públicos con salarios de sólo \$26 mensuales tratan de tener sirvientas*, que son obtenibles, excepto en San José, por

sueldos de \$1 a \$5 mensuales: se trata de muchachas campesinas inexpertas, que vienen a la ciudad a ganar dinero para ropa más bonita, para ayudar a sus familias, o para huir de las restricciones de la vida en el hogar. [...] Las familias más ricas gustan de tener por lo menos tres sirvientas: una cocinera, una criada para el trabajo de la casa, y una ‘china’”²⁶⁶.

De este modo, el crecimiento del número de empleadas domésticas –remuneradas para hacerse cargo de actividades de subsistencia que de otro modo recaían sobre las mujeres de la unidad doméstica– está relacionado, en parte, con el crecimiento de las clases medias urbanas, las cuales, ya fuera por una cuestión de distinción o porque sus mujeres se dedicaron a trabajos exteriores al ámbito doméstico, empleaban a estas trabajadoras. En este aspecto, las clases medias ticas participaron de una tendencia que Hobsbawm encontraba muy marcada en los países metropolitanos: “era casi inconcebible, excepto en los Estados Unidos, aspirar a ingresar a la clase media o media baja sin poseer servicio doméstico. Desde ese punto de vista, la clase media era todavía una clase de señores [...] o más bien de señoras que tenían a su cargo a alguna muchacha trabajadora”²⁶⁷.

La migración femenina del campo a la ciudades a la que se refieren los Biesanz es comprensible a partir de este mismo cuadro, donde queda en evidencia que el agro no les reportaba la posibilidad de un trabajo debidamente reconocido en términos pecuniarios. Además, recordemos que, al ser a menudo excluidas las hijas de la herencia de tierra, éstas debían buscar otras opciones; en caso de que no se casaran con un campesino, sus mejores posibilidades radicaban en el mundo urbano²⁶⁸. Con cierto grado de exageración, pero apuntando hacia una innegable tendencia del mercado laboral, decía una muchacha a inicios de la década de 1940 que “hay dos cosas que puede ser una mujer soltera en Costa Rica: una sirvienta o una maestra”²⁶⁹.

Por otro lado, al haber sido los hombres de esa época en su gran mayoría ajenos a las labores del hogar, es necesario reconocerles a estas servidoras domésticas que, amén de

²⁶⁶ Cfr. John Biesanz y Mavis Biesanz, *La vida en Costa Rica* (San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1975), 67-68. Énfasis mío, GG.

²⁶⁷ Hobsbawm, *La era del imperio*, 190.

²⁶⁸ Un genial estudio de las vinculaciones entre género y economía campesina en el agro francés, donde pueden verse algunas similitudes con el caso costarricense es: Pierre Bourdieu, *El baile de los solteros. La crisis de la economía campesina en el Bearne* (Barcelona: Anagrama, 2004)

²⁶⁹ Cit. en Biesanz y Biesanz, 168.

eximir a los hombres de esas labores, permitieron que las mujeres de clases medias y de la burguesía se incorporaran a actividades y espacios públicos que antes les fueran inaccesibles. Como la división de trabajo público y trabajo doméstico subordinaba a las mujeres y las relegaba al claustro hogareño, las reivindicaciones femeninas de la primera mitad del siglo XX, lideradas por mujeres de clases medias, fueron facilitadas por estas mujeres provenientes del campesinado y del proletariado, tan a menudo despreciadas por sus contemporáneos ²⁷⁰.

Cuadro 1.15. Rama de actividad de la PEA por sexo, según el censo de 1950 (porcentajes)

Sector	Grupo ocupacional	Cifras relativas		
		H	M	Total
P R I M A R I O	Agricultores, pescadores, madereros y afines	52,55	1,7	54,25
	Trabajadores en minería, canteras y afines	0,25	0,00	0,25
	Subtotal	52,8	1,7	54,5
S E C U N D A R I O	Conductores de medios de transporte	1,73	---	1,73
	Artisanos y trabajadores en la producción	10,98	2,29	13,28
	Trabajadores manuales y jornaleros n.e.o.c.	2,71	0,08	2,79
	Subtotal	15,42	2,37	17,8

²⁷⁰ Visiones como la de García Monge sobre estas trabajadoras en *Hijas del campo*, donde presenta a las “criadillas” como vulgares e intrigantes, se encuentran muy difundidas en testimonios y quejas de la prensa en ese período. Sobre estas trabajadoras, cfr. Virginia Mora Carvajal, “Mujer e historia: la obrera urbana en Costa Rica (1892-1930)” (Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad de Costa Rica, 1992), 98-107.

T	Profesionales, técnicos y afines	1,55	1,81	3,37
R	Gerentes, administradores y directores	3,13	0,38	3,52
C	Oficinistas y afines	3,04	1,05	4,1
I	Vendedores y similares	2,83	0,96	3,8
A	Trabajadores de servicios y similares	2,85	6,98	9,83
R	Subtotal	13,4	11,15	24,62
I	Activ. no bien especificadas	2,94	0,08	3,03
O	Total	84,56	15,3	100

Fuente: DGEC, *Censo de 1950*, 216.

Obtenemos un panorama más claro de la composición de la fuerza laboral en términos de clase en el cuadro 1.20. Aquí es de notar, en primer lugar, que el censo de 1950 incluye a los “familiares sin remuneración”, categoría que no existía en los anteriores censos. Estos trabajadores constituyen el 9,5% de la PEA en ese año, y el 3,22% de la población total del país; tomando en cuenta que la PEA de 1927 había sido de 32,3% del total de la población, y que la de 1950 era de 33,96%, este rubro no significó una diferencia de peso entre uno y otro, mientras que sin esta categoría la PEA de este último año bajaría al 30,74% de la población. Por ello, es muy probable que este tipo de trabajadores fueran registrados en el censo anterior tanto bajo la categorías de empleados como de trabajadores por cuenta propia ²⁷¹. Esta población no remunerada se ubica abrumadoramente (en más de un 90%) en los trabajos agrícolas, y por la índole de la categoría los trabajadores incluidos en ella deben haber estado ligados con la producción mercantil simple, tanto rural como urbana.

El proceso de asalarización –insistimos, la relación de producción típica del modo de producción capitalista– se acentuó respecto a la coyuntura anterior a la crisis de 1929. Según la muestra del CIHAC, en la PEA de 1927 había un 59,8% de empleados, 25,1% de

²⁷¹ A partir de la muestra del censo nacional de 1927 hemos determinado que los “Agricultores, ganaderos y trabajadores agrícolas” varones entre los 14 y los 18 años inclusive y residentes en distritos rurales, esto es, aquellos con las características predominantes en la población de “Familiares sin remuneración” en el censo de 1950, se distribuyen del siguiente modo según su categoría ocupacional: 10% no declara, 53,3% empleado y 36,7% trabajador por cuenta propia. Valga indicar adicionalmente que de estos casos, sólo el 6,7% aparecen registrados como jefes de hogar, lo cual refuerza la tesis de que podrían haber sido familiares no remunerados.

trabajadores por cuenta propia (esto es, que no eran empleados ni empleaban a nadie ²⁷²), 6,4% de dueños y patrones, y 5,1% no declarantes. A medio siglo, la cantidad de empleados ascendía, a nivel nacional, al 66,45%, a pesar de que ya no figuran en este rubro los familiares sin remuneración. Crecimiento urbano y proletarización fueron un solo proceso: en especial, los embates de la asalarización son evidentes en los oficios urbanos, donde los empleados (asalariados) ascienden al 75,12% ²⁷³, lo cual resulta comprensible tomando en cuenta que la frontera agraria se había alejado más y más del Valle Central, donde radicaba la mayor parte de la población, a lo largo del período intercensal.

De nuevo, la asalarización tuvo sello de género: de 41.835 mujeres, 35.987, esto es, más del 86% de las trabajadoras, eran empleadas, frente a 144.747 empleados de un total de 230.149 trabajadores, 62,8% de los varones ocupados. Es menester recordar que el trabajo femenino era en aquella época, como lo es aún en diferente medida ²⁷⁴, pagado por menores salarios que el de sus contrapartes masculinas, lo cual era legitimado en parte por el prejuicio machista –muy conveniente para los patronos– de que el salario femenino era un suplemento de los ingresos del padre o marido.

²⁷² Definición de “Por cuenta propia” en el Censo de 1950: “la persona que se dedicó a su ocupación, profesión u oficio principal en forma independiente, esto es que no tuvo ningún empleado, ni tampoco fue empleado de nadie”. *Ibid.*, 225.

²⁷³ *Ibid.*, 48.

²⁷⁴ Cfr. María Flórez-Estrada, *Economía del género*.

Cuadro 1.16. Ocupación de la PEA por categoría de ocupación y sexo, según el censo de 1950 (porcentajes)

Grupo ocupacional	Empleados			Patronos		
	H	M	Total	H	M	Total
Profesionales, técnicos y afines	1,19	1,77	2,96	0,11	0,00	0,11
Gerentes, administradores y directores	0,31	0,02	0,34	1,15	0,12	1,27
Oficinistas y afines	3,00	1,05	4,05	0,00	----	0,00
Vendedores y similares	1,94	0,69	2,64	0,02	0,00	0,02
Agricultores, pescadores, madereros y afines	31,04	1,26	32,30	8,08	0,13	8,20
Trab. en minería, canteras y afines	0,18	----	0,18	----	----	----
Conductores de medios de transporte	1,38	----	1,38	0,05	----	0,05
Artesanos y trab. en la producción	5,14	1,52	5,61	0,39	0,03	0,42
Trab. manuales y jornaleros n.e.o.c.	2,68	0,08	2,76	----	----	----
Trab. de servicios y similares	2,67	6,84	9,50	0,02	0,00	0,02
Actividades no bien esp.	----	----	----	----	----	----
Subtotales	53,22	13,23	66,45	9,72	0,29	10,11
	Cuenta propia			Famil. sin remunerac.		
	H	M	Total	H	M	Total
Profesionales, técnicos y afines	0,26	0,04	0,30	----	----	----
Gerentes, administradores y directores	1,67	0,23	1,90	0,00	0,01	0,01
Oficinistas y afines	0,03	0,00	0,03	0,01	0,01	0,02
Vendedores y similares	0,64	0,15	0,78	0,23	0,13	0,37
Agricultores, pescadores, madereros y afines	4,91	0,05	4,96	8,54	0,26	8,80
Trab. en minería, canteras y afines	0,07	0,00	0,07	0,00	----	0,00
Conductores de medios de transporte	0,30	----	0,30	0,01	----	0,01
Artesanos y trab. en la producción	1,57	0,70	2,27	0,20	0,04	0,25
Trab. manuales y jornaleros n.e.o.c.	0,03	0,01	0,03	0,00	----	0,00
Trab. de servicios y similares	0,15	0,13	0,27	0,02	0,02	0,04
Actividades no bien esp.	----	----	----	----	----	----
Subtotales	9,61	1,31	10,91	9,03	0,47	9,50
	Total					
	H	M	Total			

Profesionales, técnicos y afines	1,56	1,81	3,37
Gerentes, administradores y directores	3,13	0,39	3,52
Oficinistas y afines	3,04	1,06	4,10
Vendedores y similares	2,84	0,97	3,80
Agricultores, pescadores, madereros y afines	52,56	1,70	54,26
Trab. en minería, canteras y afines	0,25	0,00	0,25
Conductores de medios de transporte	1,74	----	1,74
Artesanos y trab. en la producción	10,99	2,29	13,28
Trab. manuales y jornaleros n.e.o.c.	2,71	0,08	2,79
Trab. de servicios y similares	2,85	6,98	9,84
Actividades no bien esp.	2,94	0,09	3,03
Subtotal	84,62	15,38	100%

Todos los porcentajes respecto al total de la PEA (N=271.984)

Fuente: DGEC, *Censo de 1950*, 216.

La mayor parte de los patronos está en la agricultura, con un 8,20% del total de la PEA y más del 15% de la rama de actividad, lo cual da cuenta de la resistencia de la mediana propiedad rural –pequeños empleadores–, dentro de la cual es posible que un sector haya podido acumular capital a costa del trabajo jornalero y las dificultades de la producción mercantil simple a lo largo del período intercensal. Este porcentaje, según esta hipótesis se habría mantenido gracias a que sus integrantes, a los que Gudmundson se ha referido como productores cafetaleros adinerados, se convirtieron en pequeños capitalistas que sin embargo se encontraban en desventaja frente a los beneficiadores-exportadores²⁷⁵. Además, debemos recordar que la propiedad de la tierra –a menudo ausentista– en Guanacaste y sobre todo en Limón siguió desarrollándose en este período, al alejarse la frontera agraria del Valle Central. Este relativamente alto porcentaje de patronos no es, por supuesto, en absoluto incompatible con la tendencia a la proletarización del agro, sobre la que nos referiremos en el siguiente apartado.

Por lo demás, el Censo de 1950 ratifica el crecimiento de diversas ocupaciones de clases medias, a la vez que ratifica la decadencia de la pequeña propiedad rural, la cual por más de un siglo había servido simbólicamente como una garantía de igualdad y prosperidad

²⁷⁵

Cfr. Gudmundson, “Campesino, granjero, proletario...”, 165-169.

para la nación costarricense. Para entonces, la legitimidad del orden social pasaba, en términos prácticos, por la *mediación* institucional de los conflictos sociales.

1.2.3. “Fue Costa Rica dichosa...”

“Fue Costa Rica dichosa materialmente cuando todos sus hijos eran dueños de la tierra que los sustentaba, cuando su suelo estaba repartido en el mayor número. Conforme los particulares y las compañías extranjeras ocuparon el territorio y desalojaron a sus dueños primitivos, los criollos se amontonan en San José para vivir esclavos del salario”²⁷⁶. Así escribía *Ariel*, pseudónimo atribuido a Joaquín García Monge, en 1904.

Veíamos en páginas anteriores cómo cuarenta años más tarde Carlos Monge Alfaro externaba un criterio muy similar a este del célebre director del *Repertorio Americano*: la preocupación por la ruina de la pequeña y mediana propiedad es una constante a lo largo de todo nuestro período de estudio. La angustia ante la proletarización del campesino y la complementaria nostalgia de una edad de oro agraria²⁷⁷, están directamente vinculadas con la tensión estructural generada por la tendencia a la concentración de la propiedad de la tierra –y fundamentalmente de los terrenos del Valle Central dedicados a la caficultura– que acompañó cada vez más al campesino, una vez mermada la expansión de la producción mercantil simple que el mismo comercio del café había generado.

La decadencia de la pequeña y mediana propiedad rurales puede observarse por diversos medios. El aumento en la cantidad de mandadores indica, como veíamos atrás, que habían cada vez más fincas en manos de propietarios ausentistas: en el Censo de 1950 aparecen 3578 administradores y mandadores de fincas²⁷⁸, en comparación con los 790 de 1927 y los 1836 de 1935. Vemos la distribución de la propiedad en el sector agropecuario en 1927 y 1950 en el cuadro 1.17.

²⁷⁶ Joaquín García Monge, *Escritos de juventud. 1904-1910* (San José: ECR, 2004), 42.

²⁷⁷ Cfr. Iván Molina, *Costarricense por dicha*, 65-78. Ver además *infra*, 3.3.1.

²⁷⁸ Cfr. DGEC. *Censo de 1950*, 219.

Cuadro 1.17. Agricultura y ganadería, por categoría de ocupación (porcentajes), 1927 y 1950

	1927	1950
Empleados	55,5	59,85
Patronos (y dueños, 1927)	8,1	15,10
Cuenta propia	26,7	8,89
Familiares sin remuneración	---	16,16
No declara	9,8	---

N (1927)=16.273; N (1950)=146.970

Fuentes: DGEC, *Censo de 1950*, 47; muestra electrónica del censo de 1927, CIHAC

Como señalamos atrás, el censo de 1927 no contabilizó por aparte a los familiares sin remuneración, muchos de los cuales quizá hayan sido incluidos en el rubro de “Trabajadores por cuenta propia” y en “No declara”. Lo que sí es claro es que la categoría de “Empleados” aumentó en más del 4% entre uno y otro censo nacional. Valga señalar que, mientras que el censo cafetalero de 1935 había determinado que el 56% de los hombres adultos residentes en las fincas eran peones ²⁷⁹, el censo nacional de tres lustros después mostraba un 57% de peones –en su abrumadora mayoría varones ²⁸⁰– en la fuerza laboral agropecuaria.

Este aumento en la cantidad de empleados es congruente con las estadísticas del IDECAFE sobre la propiedad de cafetales para 1940, que arrojan cifras poco halagadoras para los pequeños propietarios. Para sintetizar la situación no tenemos mejores palabras que las de Rodrigo Facio: “mientras el 75,59% de los propietarios cafetaleros poseen entre 1 y 2000 arbustos, el 0,86% de ellos, o sean ciento sesenta y uno, poseen para arriba de 50.000 arbustos cada uno, y el 0,07%, sean siete propietarios, poseen más de 400.000 cada uno de ellos; o en otras palabras, que el fundamento de la primera industria agrícola del país [...] la constituye la gran propiedad. [...] El pequeño propietario, el que forma el 75,59% ensalzado por el Instituto [de Defensa del Café], no viene a ser en realidad, sino un peón

²⁷⁹ Cfr. *supra*, 1.2.1.

²⁸⁰ Cfr. DGEC, *Censo de 1950*, 219.

privilegiado del beneficiador, expuesto permanentemente por su condición de dependencia, a la pérdida de su propiedad”²⁸¹.

La creación de las Juntas de Crédito Agrícola no logró evitar la tendencia a la concentración de la propiedad de las tierras cafetaleras, pues por ley el grano de oro quedaba excluido de los provechos de estos órganos estatales, una situación muy diferente a la de los pequeños propietarios guanacastecos, quienes sí se beneficiaron de los sistemas estatales de crédito²⁸². Los pequeños cafetaleros, además de verse permanentemente amenazados por la proletarización total, se veían obligados a trabajar parcialmente en propiedades ajenas. Si a su vulnerabilidad estructural, en cuenta sus problemas para heredar la tierra, le añadimos los efectos coyunturales de la Depresión y de la Segunda Guerra Mundial, no sorprende que los pequeños y medianos propietarios rurales estuvieran en 1950 en una situación aún más precaria que sus contrapartes de 1927.

De allí que nos resulte comprensible por qué Adolfo Herrera García haya narrado, a fines de la década de los treinta, la historia de un tal Juan Varela que migra desde Santa Bárbara de Heredia hacia Barranca, pues en el Valle Central ya no hay tierras disponibles; se arruina y pierde su propiedad por la crisis económica y los especuladores; es despedido de su posterior trabajo como peón, dada la precariedad de los derechos laborales de la época; y termina enfrentándose a balazos con la policía tras haber cambiado de vocación hacia la destilación de licor clandestino²⁸³. De campesino a proletario a delincuente: con este relato de degradación, cuyo pesimismo excede al del García Monge de inicios de siglo, empieza una nueva época de textos literarios sobre el problema campesino²⁸⁴.

La contraparte de esta decadencia puede observarse, al igual que en el anterior censo nacional, en el aumento de personas dedicadas a los oficios de sectores medios urbanos. Aquellos que Azofeifa llamaba los “directores de la nación” –profesionales, comerciantes,

²⁸¹ Rodrigo Facio, *Estudio sobre economía...*, 134-135. Según los datos del IDECAFE, 12.049 agricultores –el 55,74% del total– poseían entre uno y mil cafetos, esto es, menos de una manzana de tierra cada uno en 1940.

²⁸² Cfr. Marc Edelman, *La lógica...*, 190-191.

²⁸³ Cfr. Adolfo Herrera García, *Juan Varela* (San José: ECR, 1989). La primera edición es de 1939.

²⁸⁴ Nos referimos, por supuesto, a la llamada generación del 40, dentro de la cual las novelas de Fabián Dobles destacan por su manejo del tema agrario. Cfr. Manuel Picado Gómez, *Literatura, ideología, crítica. Notas para un estudio de la literatura costarricense* (San José: ECR, 1983).

gerentes y empleados— ya se identificaban a sí mismos de este modo en los cuarentas, muy a tono con la ideología centralizante y tecnocrática del neocapitalismo que a mediados del siglo XX empezaba a imponerse en los países metropolitanos ²⁸⁵.

Cuadro 1.18. Profesionales, técnicos y afines, por categoría de ocupación y sexo (porcentajes), 1950.

	H	M	Total
Empleados	35,29	52,53	87,82
Patronos	3,22	0,07	3,28
Trabajadores por cuenta propia	7,74	1,16	8,90
Familiares sin remuneración	-----	-----	-----
	46,25	53,75	100%

N=9.172

Fuente: DGEC, *Censo de 1950*, 216.

En cuanto a los profesionales y técnicos, uno de los datos más sobresalientes en el cuadro 1.18. es la feminización de este sector de la fuerza laboral, pues, en contraste con lo que muestra el cuadro 1.4., el país pasó del 37,6% al 53,75% de mujeres en trabajos profesionales y técnicos. El magisterio y la salud siguieron siendo los principales empleadores de la población femenina en este rubro. Específicamente, en 1950 aparecen registradas, de un total de 4199 mujeres en el apartado de profesores, maestros y científicos, 3908 maestras de primaria frente a sólo 897 maestros varones, lo cual adquiere sentido por la observación de los esposos Biesanz, quienes aseveraban que todavía a inicios de los cuarentas “un hombre no puede mantener una familia con el ingreso de un maestro de escuela, ni su actividad le reporta mucho prestigio; en consecuencia, pocos hombres se preparan para enseñar” ²⁸⁶.

En cuanto a la salud, 400 enfermeras y obstétricas contrastan con las once médicas y cirujanas, y con las once dentistas registradas; con todo, este reducido número era un incremento respecto al anterior censo, donde sólo figuraban cuatro dentistas (o sacamuelas) y cuatro médicas ²⁸⁷. En el censo de 1950 figuran también 29 mujeres farmacéuticas entre

²⁸⁵ Cfr. Ernest Mandel, *El capitalismo tardío* (México: Era, 1980), 485-506.

²⁸⁶ Biesanz y Biesanz, 196.

²⁸⁷ Cfr. DGEC, *Censo de 1927, op. cit.*, pág. 56.

los 217 profesionales en esta área ante sólo 3 de 176 en el anterior censo ²⁸⁸, lo cual muestra otro importante avance profesional de las mujeres en poco más de dos décadas. No es casual que este aumento en la participación profesional femenina se haya dado junto con el auge de las luchas de las mujeres por la participación en los espacios públicos, en las cuales el sufragismo fue posiblemente el movimiento más significativo ²⁸⁹.

El otro aspecto fundamental es la acentuación del proceso de asalarización en el sector de profesionales y técnicos. Mientras que en 1927 (cfr. cuadro 1.6.) un 68,1% se declaraba empleado, en 1950 ese porcentaje ascendía a un sorprendente 87,82%, del cual es menester recalcar que en su gran mayoría corresponde a mujeres. Efectivamente, del 12,18% que se declara patrono o trabajador por cuenta propia, el 10,96% son varones y sólo 1,23% féminas. De este modo, la feminización del sector llegó de la mano con su mayor dependencia económica.

Gran parte de estos profesionales y técnicos se instalaron bajo la tutela del creciente aparato estatal, al igual que los oficinistas, esos inevitables sujetos de la modernización según clásicos como Hegel y Weber. Vemos las categorías de ocupación de este grupo en el cuadro 1.19., donde, previsiblemente, la gran mayoría dentro de este rubro son empleados.

Cuadro 1.19. Oficinistas y afines, según categoría de ocupación y sexo (porcentajes), 1950.

	H	M	Total
Empleados	73,16	25,67	98,83
Patronos	0,04	---	0,04
Trabajadores por cuenta propia	0,68	0,02	0,70
Familiares sin remuneración	0,27	0,16	0,43
	74,15	25,85	100%

N=11.153

Fuente: DGEC, Censo de 1950, 216.

Los *No especializados y afines*, dentro de los cuales figuran mensajeros y manipuladores de correspondencia, conforman el 60,93% del total de oficinistas y afines, mientras que un 20,42% eran contabilistas o auditores, y un 6,81% eran taquígrafos,

²⁸⁸ Cfr. DGEC, *Censo de 1950*, 219; DGEC, *Censo de 1927*, 56.

²⁸⁹ Cfr. Macarena Barahona, *Las sufragistas de Costa Rica* (San José: EUCR, 1994). Virginia Mora, *Rompiendo mitos y forjando historia. Mujeres urbanas y relaciones de género en Costa Rica a inicios del siglo XX* (Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2003).

mecanógrafos o secretarios ²⁹⁰. También en comparación con 1927 hay una mejoría en cuanto al empleo femenino, pues del 16,6% (ver cuadro 1.10.) pasaron al 25,85% del total de oficinistas, un sustancial aumento. Los principales oficios femeninos en este rubro fueron el de oficinistas no especializadas, con 13,31% del total; contabilistas y auditoras, con 4,12%; taquígrafas, mecanógrafas y secretarias, con 3,99%; y telefonistas, con 1,9% ²⁹¹.

Otro grupo ocupacional en la formación de las clases medias costarricenses fue el de los gerentes, administradores y directores, rubro en el cual se incluye también a propietarios de diferente índole. Llama la atención que menos del 10% fueran empleados ²⁹², y que casi el 54% fueran trabajadores por cuenta propia. 70,79% del total del rubro (6.781 trabajadores) corresponde a comercio al detalle, lo cual sugiere que laboraban en pequeñas empresas, mientras que otro rubro significativo fue el 12,06% (1.155 censados) correspondiente a propietarios o administradores de empresas de servicios ²⁹³. En otras palabras, estos sectores estaban compuestos mayoritariamente por pequeños empleadores y pequeño-burgueses, y minoritariamente por profesionales asalariados. Igualmente, puede observarse que la participación femenina no fue la más nutrida en estos sectores, y que prácticamente tampoco había mujeres empleadas en estas tareas.

Cuadro 1.20. Gerentes, administradores y directores, por categoría de ocupación y sexo (porcentajes), 1950.

	H	M	Total
Empleados	8,93	0,66	9,58
Patronos	32,64	3,53	36,17
Trabajadores por cuenta propia	47,29	6,66	53,95
Familiares sin remuneración	0,14	0,16	0,29
	89	11	100%

N=9.579

Fuente: DGEC, *Censo de 1950*, 216.

²⁹⁰ DGEC, *Censo de 1950*, 219.

²⁹¹ *Ibíd.*

²⁹² La base de datos de la muestra del censo del 27 elaborada por el CIHAC indica un 47,9% de empleados en el sector correspondiente ("Empresarios y administradores"), de los cuales sólo un 3,1% corresponde al comercio minorista; claramente, los criterios respecto a la definición de este rubro varían entre ambos censos.

²⁹³ Cfr. DGEC, *Censo de 1950*, 219.

Estos números ratifican la proliferación de pequeños establecimientos tales como las pulperías ²⁹⁴, las cuales hemos visto que eran ya bastantes en 1927. Samper resalta que en 1945 el promedio de empleados por patrono en el comercio minorista (casi cuatro empleados por patrono) era prácticamente tres veces menor que en el mayorista-importador ²⁹⁵, con lo cual queda patente el carácter pequeño-burgués del comercio minorista, a diferencia del capital comercial imperante en la circulación al por mayor de mercancías.

Del mismo modo, este investigador plantea que una cantidad importante de trabajadores por cuenta propia bajo el rubro de “Vendedores y similares” pudieron haber sido vendedores callejeros subordinados al capital comercial sin ser formalmente asalariados ²⁹⁶, lo cual corroboraría que en el cuadro 1.21., a diferencia que en el cuadro 1.9. (“Comerciantes” en 1927), esta categoría de ocupación no incluye a gerentes y propietarios.

Cuadro 1.21. Vendedores y similares, por categoría de ocupación y sexo (porcentajes), 1950.

	H	M	Total
Empleados	51,11	18,16	69,27
Patronos	0,58	0,01	0,59
Trabajadores por cuenta propia	16,71	3,84	20,55
Familiares sin remuneración	6,14	3,46	9,60
	74,53	25,47	100%

N=10.347

Fuente: DGEC, *Censo de 1950*, 216.

Por tanto, el incremento en la cantidad de mujeres en esta rama de un censo al siguiente –del 10,3% de quienes se dedicaban al comercio en 1927 (cuadro 1.8.) al 25,47% en 1950– es comprensible debido a la diferencia cualitativa entre las respectivas categorías. De hecho, este cambio coincide con el crecimiento en el porcentaje de empleados, el cual pasó del 37,4% al 69,27%, otra diferencia que nos indica una obvia variación en los

²⁹⁴ Pocos años antes, en 1944, los esposos Biesanz se asombraban del gran número de estos establecimientos, más que los necesarios, según ellos, para satisfacer las necesidades de la población. Cfr. Biesanz y Biesanz, 265-266.

²⁹⁵ Cfr. Samper, *Evolución de la estructura...*, 258-259.

²⁹⁶ Cfr. *Ibid.*, pág. 258.

criterios censales. Resaltamos en este sector, además, que en 1950 aparece un 73,18% de dependientes y vendedores al por menor.

Además de los pequeños comerciantes, en el florecimiento ciudadano participaron otros pequeños y medianos propietarios urbanos como caseros, artesanos e industriales, tal como nos lo recuerda el estudio de caso de Iván Molina sobre la imprenta de la familia Sibaja, un centenario negocio que inició sus labores en 1867 y se mantuvo en operaciones hasta 1969²⁹⁷. En la Costa Rica de fines de los cuarenta, estos sectores pequeño-burgueses eran contados como parte de la *clase media*²⁹⁸, un aspecto en el cual este país se diferenció de otros casos latinoamericanos en los cuales la pertenencia a la *clase media* tenía que ver ante todo con la ocupación en actividades no manuales²⁹⁹.

Hemos notado reiteradamente que junto al proceso general –aunque con patrones y ritmos distintos según el espacio y la rama de ocupación– de asalarización, se desarrolló un crecimiento de las economías urbanas que redundó en un aumento de la producción mercantil simple en oficios de los sectores secundario y terciario. El trabajo rural, metamorfoseado en plusvalía, fue un migrante más hacia las ciudades del país: la acumulación de capital tiene un carácter marcadamente espacial, y, como nos recuerda David Harvey, su circulación es un movimiento geográfico en el tiempo³⁰⁰. La tendencia entre 1892 y 1927 había sido hacia la asalarización en general y, mayoritariamente, dentro de ésta, hacia la proletarización; para 1950 el proceso se había afianzado y acentuado, habiendo una notable disminución de la producción mercantil simple en el agro del Valle Central. Este desarrollo desigual se manifestó en la asimetría entre la proletarización de la fuerza de trabajo rural y la acumulación de capital manifiesta en el crecimiento de la infraestructura y el empleo urbano.

El auge de las ciudades, y en particular de San José, corresponde a una importante concentración espacial de plusvalía que permitió distribuir una parte de esta riqueza social

²⁹⁷ Cfr. Iván Molina, *Una imprenta de provincia...*,

²⁹⁸ Cfr. *infra*, 3.3.

²⁹⁹ Es el caso descrito por Parker al describir las identidades de clase media en el Perú a partir de 1920, las cuales él presenta como ligadas directamente a los trabajos de cuello blanco. Cfr. Parker, *The idea of the middle class...*

³⁰⁰ Cfr. David Harvey, *The urban experience* (Baltimore y Londres: Johns Hopkins University, 1989), 19.

entre grupos sociales de las ciudades, tanto a través de gastos en consumo como por la inversión en mecanismos de los circuitos secundario y terciario de acumulación de capital (activos e infraestructura adecuados para la productividad y circulación; inversión en educación y salud, así como en mecanismos ideológicos, policiales y militares)³⁰¹. Garnier y Herrero han indicado que la burguesía agroexportadora tica utilizó parte de sus ganancias en el financiamiento de consumo suntuario, así como en los servicios personales³⁰², actividades cuya importancia se hace evidente cuando observamos el crecimiento del sector terciario entre el censo de 1927 y el de 1950 (cfr. figura 1.4.).

Según estos autores, “conforme aumenta la población que se dedica a trabajar en este sector [el de servicios, GG] recibiendo un ingreso superior al de los trabajadores agrícolas, pero insuficiente para incorporarse de manera importante al mercado de los bienes importados, se configura una demanda creciente por los bienes producidos por la industria nacional”³⁰³. En cuanto a este sector propiamente dicho, apuntan que la pequeña industria fue uno de los sectores más golpeados por la crisis de 1929, por lo cual aquellos pequeños propietarios industriales que sobrevivieron salieron más fortalecidos por el proceso de concentración³⁰⁴. De allí que –contra el modelo de sociedad que hemos caracterizado algunas páginas atrás mediante palabras de Carlos Merz– estos industriales puedan haberse ido constituyendo en los treinta y cuarenta en actores importantes para las transformaciones a favor de la sustitución de importaciones y más en general por el apoyo a la industrialización del país.

Costa Rica ciertamente se había transformado desde el fin de siglo hasta la década de los cuarenta. La tendencia estructural hacia la asalarización y la decadencia de la producción mercantil simple rural, y ante todo en el Valle Central, redundó en una crisis de la calidad de vida de pequeños y medianos propietarios rurales, y en un crecimiento tanto de la fuerza de trabajo proletaria como de las ocupaciones de los sectores medios urbanos. Sin embargo, a pesar de que el sector primario había disminuido entre 1927 y 1950, y de

³⁰¹ Cfr. *supra*, I.2.3.

³⁰² Cfr. Fernando Herrero y Leonardo Garnier, *El desarrollo de la industria en Costa Rica* (Heredia: EUNA, 1982), 33-37.

³⁰³ *Ibid.*, 54. Cfr. también Luis Fernando Sibaja *et al.*, *La industria*, 71-91.

³⁰⁴ Cfr. Herrero y Garnier, 53; Sibaja *et al.*, *La industria*, 69-70.

que la cantidad de asalariados en la agricultura subió en más del 4% en ese período, no necesariamente podemos medir esta decadencia de la pequeña propiedad por el criterio de cuántos propietarios de este tipo habían aún en 1950, pues debido a la lotificación muchos de ellos eran propietarios de propiedades inmuebles, aunque insuficientes siquiera para mantener la producción mercantil simple.

Aunque más modesto que el crecimiento del proletariado, el de las clases medias urbanas tuvo un gran peso debido a la influencia de éstas en la opinión pública y el aparato estatal. Más que un incremento cuantitativo, el fortalecimiento de tales clases urbanas implicó, pues, una diferencia cualitativa en la gestión de la vida social en general, y en particular de la lucha de clases. Con este ascenso, además, se afirmaron las posibilidades de la movilidad social, principalmente a través de la educación formal: si el pasado mítico perteneció a los labrantines, el futuro parecía augurarle a los sectores medios urbanos el advenimiento de su utopía de Costa Rica como el país de la *clase media*.

Epílogo

El período entre 1890 y 1950 fue en Costa Rica, como en toda la América Central, período de concentración capitalista y de asentamiento de un imperialismo estadounidense que desplazaba al británico; se imponía, según Arrighi, una economía de velocidad frente a una economía de tamaño ³⁰⁵. Más en general, el proceso de ascenso de los sectores medios urbanos costarricenses coincide con la coyuntura en la que se desarrollaron en otros casos latinoamericanos; varios estudiosos concuerdan en indicar que la irrupción social y política decisiva de estos sectores se dio en países como Brasil, Perú, México, Argentina y Chile a partir de la década de 1920 ³⁰⁶. El crecimiento de las clases medias –ante todo la de los administrativos y profesionales asalariados– fue un fenómeno del desarrollo del capitalismo mundial. Emergentes en las últimas décadas del XIX, para mediados del XX el capitalismo estatalmente regulado les asignó una importancia política cada vez mayor, a la vez que el

³⁰⁵ Cfr. Giovanni Arrighi, *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época* (Madrid: Akal, 1999), 288-290.

³⁰⁶ Cfr. Owensby, *Intimate ironies...*, 9; Johnson, *Political change in Latin America...*, 1; Parker, *The idea of the middle class...*, 17. Sobre este aspecto nos referimos con mayor detalle en las conclusiones de este trabajo.

crecimiento económico a partir de mediados de los cuarentas les permitió acceder a cómodos niveles de vida³⁰⁷.

A partir de los años cincuenta del anterior siglo, han prevalecido en las ciencias sociales dos tendencias básicas en cuanto a los orígenes de la *clase media* en Costa Rica. La primera, la más numerosa, ha visibilizado a las clases medias costarricenses solamente a partir de los años cuarenta, por lo que en esta versión el intervencionismo estatal y la ideología socialdemócrata han sido sobredimensionados como causa del surgimiento de esos sectores³⁰⁸. La otra tendencia, menos cuantiosa, ha identificado el surgimiento de la clase media con las reformas educativas de la década de 1880³⁰⁹, por lo cual las reformas liberales habrían sido las responsables de potenciar a esos sectores. En uno y otro caso se parte implícitamente de que esa *clase media* ha tenido un carácter predominantemente urbano, pues no dan cuenta de la situación de los pequeños y medianos propietarios rurales.

Ahora bien, hemos insistido en este capítulo en que la historia de la *clase media* que emerge en la primera mitad del siglo XX es la historia del conflicto campo-ciudad, con lo cual hemos pretendido a la vez mostrar que explicar el surgimiento de la *clase media* a partir de la educación o la acción estatal es, como se dice popularmente, “poner la carreta delante de los bueyes”. Ciertamente, los cambios educativos y políticos coadyuvieron a producir condiciones propicias para que estos sectores sociales se afirmaran en la Costa Rica de antaño, pero su condición fundamental de posibilidad radicó en el desarrollo socio-económico desigual basado en la contradicción entre el campesinado y la burguesía agroexportadora. En otras palabras, las principales interpretaciones sobre los orígenes de la *clase media* costarricense han acertado en describir algunas de las características en las que surgieron los sectores sociales que llegarían a identificarse como *clase media*, pero no han determinado los mecanismos estructurales y la dinámica socio-económica que los produjo.

³⁰⁷ Cfr. Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, 260-289.

³⁰⁸ Así aparece ya en *Los ocho años* de Alberto Cañas, ya en 1955. Véanse también entre otros: Daniel Oduber, *Raíces del Partido Liberación Nacional* (San José: EUNED, 1996). Jorge Rhenán Segura Carmona, *Contribution à l'étude des secteurs moyens au Costa Rica, 1948-1986* (Tesis de Doctorado en Ciencias Políticas, Universidad de la Sorbonne, 1989).

³⁰⁹ Véanse las apreciaciones de Isaac Felipe Azofeifa y de León Pacheco, ambos resaltando el papel de la educación secundaria en el desarrollo del país. Azofeifa, 27, 93. León Pacheco, *Mauro Fernández* (San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes), 36.

En este sentido, la ya clásica interpretación de Rodrigo Facio en su *Estudio sobre economía costarricense* es una notable excepción, al relacionar la existencia y crecimiento de la clase media con el desarrollo económico costarricense. Para él, a finales del siglo XIX, en las décadas de 1880 y 1890, hubo un auge de la *clase media* costarricense; para entonces, afirma, “la misma concentración de la propiedad inmueble –que continúa acentuándose– no alcanza todavía a provocar graves fenómenos sociales: el campo sigue dando grandes oportunidades de trabajo y de vida, aún para el asalariado y para el pequeño propietario; en la ciudad hay amplio y remunerador margen de actividad para el comercio, pequeño y grande, los oficios, las industrias y las profesiones; el Estado cuenta con rentas más o menos suficientes para subvenir los gastos públicos y para emprender obras materiales de gran aliento; en una palabra, los intereses capitalistas en pleno desarrollo no han llegado todavía a ponerse en contradicción con los intereses generales del país”³¹⁰.

Según la versión de Facio, con la llegada del nuevo siglo las “fuerzas capitalistas expandidas anárquicamente bajo el régimen negativo del liberalismo manchesteriano” se convirtieron en obstáculo para el interés nacional común³¹¹. En este momento se acentúan los problemas más acuciantes de la economía costarricense: la desaparición de la pequeña propiedad rural y la falta de producción de abastos para el consumo interno, la cual lleva a una total dependencia del mercado internacional. El “reglamentismo” aparece entonces como un estilo de política que intenta resolver los problemas inmediatos sin atender las razones profundas de las dificultades del país.

Desde el punto de vista del principal ideólogo del Centro para el Estudio de Problemas Nacionales, el problema fundamental de la sociedad costarricense era la falta de una debida planificación económica que regulara las tendencias anómicas del capitalismo dejado a sí mismo. Sin control, el “imperialismo estimulante”, beneficioso para la economía nacional, se convierte en un “imperialismo absorbente” que no contribuye con el desarrollo local; del mismo modo, de no ejercerse control sobre el capital nacional éste destruye la pequeña propiedad, base de la democracia social costarricense. Así, como si de

³¹⁰ Facio, *Estudio...*, 89-90.

³¹¹ *Ibíd.*, 95.

una tragedia griega se tratara, según la versión del *Estudio* la desgracia se cernió sobre el terruño costarricense debido a la falta de medida del capital, a sus excesos no contenidos por la acción de un Estado fuerte y previsor.

Para Facio no existía, pues, una contradicción radical y necesaria entre el capital y la producción mercantil simple; tampoco encontraba contradicción alguna entre los intereses del pequeño productor rural y los de la “clase media” urbana, cuyo florecimiento, según hemos planteado, fue posibilitado precisamente por la explotación del agro. El *Estudio sobre economía costarricense* ha pretendido posible un orden social en el cual progresaran al unísono todas las clases sociales: la *clase media*, el proletariado y la burguesía; nosotros, por el contrario, hemos reiterado en este capítulo la tesis de que más que de proletarización –tendencia sin duda alguna predominante— el proceso a lo largo de las seis décadas que hemos estudiado fue de asalarización, en la cual la acumulación y concentración urbana de capitales generó la base económica para el desarrollo de los sectores medios urbanos en detrimento de la pequeña y mediana propiedad rural.

De este modo, el desarrollo del capitalismo no solamente formó una clase proletaria, sino otros sectores asalariados cuyas características educativas y económicas, entre otras, diferían de las de aquélla. Al mecanismo tradicional de la oligarquía, de sacar provecho de su oligopolio sobre el crédito y la circulación internacional de mercancías, se fue añadiendo cada vez más la explotación directa de la fuerza laboral mediante el trabajo asalariado. Era el imperio de la *sociedad salarial*³¹². Desde este punto de vista, y contra un difundido lugar común, el crecimiento de las clases medias en el siglo XX no refuta a Marx, pues el régimen de trabajo asalariado viene precisamente a poner en crisis a la pequeña y mediana propiedad, y a dejar a los profesionales, empleados y burócratas al servicio del capital³¹³.

La misma crítica vale para la interpretación de José Luis Vega Carballo, quien, desde un enfoque afín a las teorías de la dependencia, atribuyó el surgimiento de los sectores medios a la inserción de Costa Rica en el mercado mundial a través del café, pero,

³¹² Cfr. Robert Castel, *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado* (Bs. Aires: Paidós, 2004), 325-387.

³¹³ Tal es parte del diagnóstico del *Manifiesto comunista*, pero es también un tema sobre el cual Marx se refiere en diversas ocasiones en su *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, como recuerda inequívocamente el epígrafe que encabeza nuestra investigación.

amén de su escasa fundamentación en fuentes primarias ³¹⁴, presentó una explicación en la cual las clases medias se encuentran fuera del conflicto de clases. Partiendo de un esquema funcional de la sociedad, planteó el crecimiento de las clases medias a partir de las nuevas necesidades urbanas, y afirmó que la población rural generó un nuevo *capital humano* que pudo ascender socialmente en las ciudades del país para cubrir esos nuevos requerimientos ³¹⁵. Así, además de suponer que la movilidad social desde el campo a la ciudad careció de obstáculos –cuestión que problematizaremos en el próximo capítulo de este texto–, invisibilizó las tensiones estructurales que hemos encontrado en el seno de las clases medias; no mostró las consecuencias entre ellas del desarrollo desigual.

Quien sí había visto con claridad ese desarrollo desigual desde los albores de la gran crisis económica de los treinta fue, como recordamos, Rafael Cardona. De hecho, las reservas que encontramos en los testimonios de este escritor y de Mario Sancho sobre la situación social del país a inicios de la Gran Depresión contrastan con el optimismo que a mediados de la década siguiente mostraban los esposos Biesanz al describir sus impresiones respecto al país: “Costa Rica tiene algo de lo que muchos países latinoamericanos carecen, ya que entre estos dos extremos [el propietario cafetalero y el peón] existe una creciente clase media, que tiene casa propia, usa buenas ropas, se respeta a sí misma y cree que puede mejorar su condición a través del estudio y del esfuerzo” ³¹⁶.

Con esta frase cierran los sociólogos estadounidenses el capítulo titulado “Las clases y la vida cotidiana” en su libro de 1944, *La vida en Costa Rica*. La singularidad costarricense coincide, pues, con la preponderancia en ella de la *clase media*; una clase optimista respecto a las oportunidades que le ofrece su país, y cuyo crecimiento sin duda se corresponde con esa confianza. Costa Rica es, según esta perspectiva, un escenario ideal

³¹⁴ Cfr. Víctor Hugo Acuña e Iván Molina, *Historia económica y social de Costa Rica...*, 21-47. Contra una de las críticas de este artículo, consideramos que no fueron las preferencias ideológicas de Vega Carballo por la teoría de la dependencia las que limitaron su interpretación, sino su falta de coherencia analítica, al no haber aplicado a nivel regional los criterios de circulación de capital. Quizá su limitación al uso de fuentes secundarias le haya impedido observar importantes contradicciones espaciales en los procesos sociales que estudió.

³¹⁵ Cfr. José Luis Vega Carballo, *Hacia una interpretación...*, 221-222.

³¹⁶ Biesanz y Biesanz, 84.

para el desarrollo en medio del –entonces como ahora– difícil paisaje político de la América Central.

Este optimismo desarrollista no podía visualizar la violencia estructural que generó el auge de esa *clase media*, como tampoco logró prever la violencia de los cambios que acontecieron en el país a lo largo del resto de la década de los cuarentas: el proceso por el cual los sectores urbanos de las clases medias fueron convertidos (imaginariamente) en *clase media*, transformándose en sujeto político, distó de ser un proceso armónico de modernización.

Capítulo 2

Respetables, ostentosos, beligerantes: sociabilidades de las clases medias

*A corto plazo seguirán los caminos del prestigio;
a la larga, perseguirán los del poder, porque al final,
el prestigio está determinado por el poder.*
Charles Wright Mills, *White collar*.

*La clase media se considera a sí misma la columna
vertebral del país y se enorgullece de sus propias virtudes:
respetabilidad, moralidad, deseo de educación, participación
en la iglesia y en la caridad pública.*
John y Mavis Biesanz, *La vida en Costa Rica*, 1944.

Al ser Joaquín García Monge propuesto para el premio Stalin de la Paz en 1952, el escritor y pedagogo declinó el honor –y el elevado monto otorgado: unos 20 o 25 mil dólares de la época–, debido a las limitaciones que percibía en el medio costarricense: “dígamele al noble Pablo Neruda que no sabe cómo le agradezco lo que me propone. Que le ruego desista. No quiero ser *piedra de escándalo* por acá; perdería la tranquilidad que necesito en estos años finales. Insisto: no podría recibir el Premio Stalin de la Paz. [...] Así como me daría un gran gusto saber más adelante que sea posible otorgárselo a Gabriela Mistral o a don Baldomero Sanín Cano. *Ellos se mueven en mayores dimensiones geográficas y culturales. Disfrutan de más libertad* [este énfasis mio, GG.]”¹.

En las dimensiones geográficas y culturales del San José de esa época, la aceptación del galardón soviético probablemente le hubiera acarreado notables problemas adicionales a la vida cotidiana del viejo García Monge. Otras descripciones de la misma época coinciden en caracterizar como “aldeanas” a las sociabilidades en Costa Rica². Como indica Molina, aún en las ciudades costarricenses de 1950 “el conocimiento personal entre sus moradores era una de las características básicas de estos diminutos universos urbanos”³. Las jerarquías familiares eran por entonces sumamente fuertes, si bien pesaban especialmente sobre las mujeres⁴, y en general, como evidencia esta anécdota del editor del Repertorio

¹ Joaquín García Monge, *Obras escogidas* (San José: EDUCA, 1974), 311-312. Recordemos que esta postulación del editor del *Repertorio americano* se dio en 1952, esto es, en lo más álgido de la Guerra Fría y durante la represión anti-izquierdista posterior a los eventos políticos de 1948 en Costa Rica.

² Cfr. Rodrigo Cordero, *Moisés Vincenzi* (San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1975), 14-21.

³ Iván Molina, *Costarricense por dicha*, 83.

⁴ Iván Molina, *Moradas y discursos* (Heredia: EUNA, 2010), 115-119.

Americano, el control social ejercido a través de esas relaciones sociales obstaculizaba el desarrollo de la autonomía individual ⁵.

Sin embargo, para entonces habían acontecido cambios importantes en cuanto a expectativas de nivel de vida y hábitos de consumo. Acorde con las transformaciones económicas que se habían dado a lo largo del período, para fines de la década de los cuarentas, según atestiguaba el presidente Picado, nuevas necesidades se habían instalado en la población: “conforme aumenta la cultura general, mayores son las exigencias de los pueblos. El entusiasmo por construir carreteras, cañerías, escuelas, unidades sanitarias, es general en todo el país, y en los centros urbanos la lucha efectiva contra las habitaciones insalubres, contra enfermedades de toda índole, exige cada día mayores gastos. La población de los colegios y escuelas crece todos los días. Padres de familia que antes se contaban con que sus hijos cursasen la enseñanza primaria, ahora ambicionan verlos hechos bachilleres y profesionales luego” ⁶.

Además, los medios masivos, espectáculos públicos, servicios más especializados y mayor circulación de mercancías acercaban a los costarricenses a modos de vida cada vez más similares a los metropolitanos. Las clases medias, y particularmente sus sectores urbanos, vivieron estas experiencias con especial interés, pues su participación en ese tipo de prácticas sociales les acercaba simbólicamente a la burguesía y los distanciaba de las clases más populares. En un pasaje de su autobiografía, Luisa González afirmaba que su traslado de un barrio de artesanos a otro de clases medias le implicó a ella y a su familia una importante adaptación –un ajuste en sus *habitus*, podríamos decir–: “trasladarse de un barrio tan pobre, a un barrio de clase media, significaba un gran acontecimiento, un cambio decisivo que llega a modificar la psicología, la moral, la filosofía de toda una familia. Ibamos a entrar en un nuevo ambiente social: nuevos vecinos, *nuevos andares, nuevo vocabulario, nuevos gestos, y nuevas formas de vida*, derivadas de la nueva situación, pero siempre dentro del ambiente duro del trabajo artesanal” ⁷.

Ahora bien, este proceso no careció de contradicciones: los hombres y las mujeres de las clases medias ostentaron signos de modernidad, pero también buscaron hacerse

⁵ Véase al respecto la interpretación de Manuel Solís, *La institucionalidad ajena*, 163-182.

⁶ Teodoro Picado, en Carlos Meléndez (comp.), *Mensajes presidenciales*, tomo VII, 139-140.

⁷ Luisa González *A ras del suelo* (San José: ECR, 1972), 108. Énfasis nuestro.

respetables por otros medios. Y, en último término –casi siguiendo literalmente el epígrafe de Mills citado al inicio de este capítulo–, se organizaron para mantener y mejorar sus condiciones de vida y su poder político.

2.1. Familia y clase: la convivencia doméstica

El desarrollo de las sociabilidades a nivel familiar en Costa Rica –así como sus contradicciones– mantuvo ciertas constantes a lo largo de nuestro período de estudio, consolidando tendencias que venían imponiéndose desde finales del siglo XIX, y que sufrieron los más fuertes cambios a partir del modelo de acumulación de capital imperante tras la Guerra Civil de 1948⁸. Tales tendencias, empero, se desarrollaron de diferentes modos según las condiciones de las distintas clases sociales; las características de las familias estuvieron determinadas en cuanto a su forma y composición por factores propios de la estructuración socioeconómica del país. ¿Qué aspectos caracterizaban a las familias de las clases medias? ¿Convivían distintas clases sociales en un mismo hogar? ¿Es que entre esas clases existían similitudes suficientes como para justificar la percepción que llegaron a construir sobre sí mismos como una clase social?

Estas preguntas, entre otras, pueden aportarnos información importante sobre las sociabilidades entre clases sociales y en el seno de las clases medias durante el período de la formación de la “clase media” costarricense.

2.1.1. Un techo, diversas clases sociales

Empezaremos por casa, pues, nuestra primera aproximación a las sociabilidades de las clases medias: por sus interacciones en el seno familiar, donde a menudo convivían distintas clases sociales. Esto, por lo demás, no es de extrañar en el caso de estas clases, ya que hemos podido observar cómo durante nuestro período de estudio ellos, y en particular el sector de los profesionales asalariados, fueron aumentando sus tajadas en el pastel de la

⁸ Eugenia Rodríguez Sáenz, *Las familias costarricenses durante los siglos XVII, XIX y XX* (San José: EUCR, 2003), 34. Para más detalle, cfr. Alfonso González Ortega, *Vida cotidiana. En la Costa Rica del siglo XIX* (San José: EUCR, 1996); y del mismo autor: *Mujeres y hombres de la posguerra costarricense (1950-1960)* (San José: EUCR, 2005).

demografía costarricense ⁹; la movilidad social debía, pues, mostrarse en la composición ocupacional de las casas de la época.

Iván Molina ha analizado detalladamente el caso de la familia Sibaja de Alajuela, cuyos miembros desarrollaron diversas actividades a partir de la propiedad de la pequeña imprenta del padre: entre los hijos de Joaquín Sibaja Martínez, el fundador del taller, “de los cuatro varones, dos se integraron al universo artesanal. [...] El desempeño laboral de los otros dos hijos fue diferente: Luis se convirtió en empleado público y José Joaquín [...] ocupó diversos cargos edilicios y ejerció como docente en escuela y colegio. La información sobre las hijas no permite determinar si trabajaron fuera de la casa, pero una, por lo menos [...], parece que fue maestra en 1904 en la Escuela Superior de Niñas de Alajuela” ¹⁰.

Así, como indica Molina, en una misma familia podían surgir tanto profesionales como pequeños propietarios artesanales, lo cual sugiere que las diferencias entre trabajo manual y trabajo intelectual no eran un asunto muy determinante en el seno de estas clases, aunque, como veremos más adelante, los trabajos intelectuales gozaban de mayor prestigio. Los padres de Jaime Cerdas, nacido en 1904, dan fe de dicha cercanía: la madre era maestra y el padre propietario de un taller de zapatería ¹¹. Los ingresos de ambos solamente le permitían a la familia una vida modesta; en cuanto a entradas económicas, las diferencias entre medianos propietarios y asalariados de las clases medias pueden no haber sido muy marcadas, y seguramente entre estos dos sectores hubo cierta movilidad horizontal: así como un profesional o funcionario podía ahorrar un pequeño capital para montar un negocio o una finquita, un mediano propietario podía invertir en la educación profesional de sus hijos ¹². Es de notar, por ejemplo, que la dirigencia de los movimientos reivindicativos de los pequeños y medianos productores cafeteros estuvo en buena medida

⁹ Cfr. *supra.*, capítulo 1.

¹⁰ Molina, *Una imprenta...*, *op. cit.*, pp. 87-88. Steven Palmer indica, a partir del estudio de varios casos en San José, que había una estrecha convivencia –incluso bajo el mismo techo– entre artesanos propietarios y miembros del lumpen. Cfr. Steven Palmer, “Pánico en San José: el consumo de heroína, la cultura plebeya y la política social en 1929”, en *El paso del cometa*, eds. Molina y Palmer, 212-213.

¹¹ Cfr. Cerdas, *La otra vanguardia*, 14, 23.

¹² Cfr. *supra.*, 1.1.2.

integrada por abogados, como Manuel Marín Quirós, Juvenal Fonseca y Andrés Venegas, entre otros, que a la vez eran medianos propietarios ¹³.

Diversos testimonios autobiográficos nos describen cómo a lo largo de esta época se iniciaron trayectorias de movilidad social, tanto descendentes, desde la burguesía, como desde las clases populares rurales y urbanas hacia las clases medias, y cómo la mejor situación de los jóvenes en ascenso ayudó a las economías de sus padres y hermanos. Recordemos solamente, de momento, además del caso de Jaime Cerdas, hijo de zapatero quien superó varias dificultades para concluir sus estudios de derecho, a Luisa González, quien tras graduarse y empezar a laborar como maestra normalista siguió conviviendo con su familia artesana, aunque en un barrio más acomodado que su original La Puebla ¹⁴.

En su autobiográfico *Marcos Ramírez*, Carlos Luis Fallas resalta la convivencia familiar de profesionales, campesinos y obreros bajo un mismo techo gracias al buen suceso del tío del protagonista, quien logró estudiar derecho y establecerse en la capital ¹⁵. Como contraejemplo de movilidad social truncada, el propio *Calufa* ha narrado cómo él, siendo hijo de madre campesina y padrastro artesano (zapatero) inició la secundaria a inicios de los años veinte, pero luego tuvo que abandonarla para dedicarse a trabajar en la zona bananera ¹⁶. Para las clases medias las relaciones con otras clases empezaban en familia; en estas condiciones, construir una identidad como clase autónoma no era algo que pudiera darse por descontado.

Veamos algunos datos al respecto en el censo de 1927. Hemos observado que en el caso de las categorías de profesionales y técnicos, empresarios y administradores, y empleados administrativos, predominó y se fue afianzando el trabajo asalariado a lo largo de nuestro período de estudio ¹⁷. Notemos ahora en el cuadro 2.1. que de estas categorías, el 10,4%, el 11,9%, y el 9,9%, respectivamente, habitan con un jefe de familia del ramo artesanal o industrial; si a estos porcentajes les añadimos los de los jefes de familia trabajadores del transporte y trabajadores de servicios, los respectivos totales ascienden a

¹³ Cfr. Acuña y Molina, *Historia económica...*, 170.

¹⁴ Jaime Cerdas Mora, *La otra vanguardia. Memorias* (San José: EUNED, 1994), 27-50.

¹⁵ Carlos Luis Fallas, *Marcos Ramírez* (San José: Editorial Costa Rica, 1995), 42.

¹⁶ Carlos Luis Fallas, "Carlos Luis Fallas, 1909-1966. Autobiografía" en *ibid.*, 9.

¹⁷ Cfr. *supra*, 1.1.3. y 1.2.3.

12,8%, 15,3% y 15,7%, con lo cual se refuerza la tesis de Iván Molina sobre la cercanía familiar entre trabajadores manuales –en este caso urbanos– y trabajadores intelectuales.

Menores son los porcentajes de esas tres categorías en el caso de los jefes trabajadores agrícolas. El campo fue menos permeable a otras categorías ocupacionales: de los trabajadores rurales, 70,8% pertenecían a una casa de jefe de familia también agricultor, y es verosímil pensar que la mayor parte del 14,4% y el 7,2% de jefes en quehaceres del hogar o sin oficio se desarrollaran también en modos de vida rurales. Luego, pareciera que el principal obstáculo entre categorías ocupacionales estaba en la división entre lo rural y lo urbano o semiurbano ¹⁸. Posiblemente las diferencias entre las culturas rurales y las urbanas, entre ellas las derivadas de los problemas espaciales para acceder a los servicios educativos más allá de la primaria, frenaron la integración de los hijos del campesinado en los sectores medios urbanos. La migración del campo a las ciudades y pueblos, en este sentido, debe haber nutrido ante todo al incipiente proletariado costarricense, al tiempo que las familias menos recientes de artesanos y obreros deben haber aportado la mayor parte de la clase media asalariada en ascenso.

Como era de esperar, los hogares encabezados por jefes dedicados a las profesiones, las empresas y la administración albergaban también a la mayoría de los demás miembros de familia dedicados a estos rubros. Tomando en conjunto a estos jefes, abarcan el 43,3% de los profesionales y técnicos, el 27,1% de los empresarios y administradores, y el 29,4% de los empleados administrativos. Es importante señalar que hay un buen porcentaje de empresarios y administradores en casas de comerciantes (15,3%), lo cual indica la afinidad entre una y otra ocupación; por ejemplo, los hijos del dueño de una pulpería podían convertirse en contadores o administradores debido a su familiaridad con ese ambiente de trabajo, aunque eventualmente dejaran el negocio paterno y laboraran en otros lugares. Por el contrario, en las casas de los jefes de familia de estas tres categorías aparece menos de un

¹⁸ A pesar de que Palmer y Rojas destacan que un 15,5% de las estudiantes de la sección normal del Colegio de Señoritas fueran hijas de agricultores (cfr. cuadro 1.2.), lo cual indica movilidad social desde el agro a los oficios urbanos, lo cierto es que, en un país predominantemente agrario, casi el 85% de las estudiantes de tal sección provenían de familias urbanas. Cfr. Rojas y Palmer, “Educando a las señoritas ...”, 78.

10% de trabajadores artesanales o industriales, y alrededor de un 1,1% de los trabajadores del campo.

Los comerciantes, quienes en más de un 60% trabajaban como dueños o por cuenta propia –constituyendo uno de los sectores más pujantes de la creciente pequeña burguesía urbana¹⁹–, por su parte, eran jefes de familia de casi el 30% de los otros trabajadores del comercio; fuera de este rubro un considerable porcentaje provenía de casas sustentadas por el trabajo agrícola (10,3%) y del transporte, los servicios y las labores artesanales o industriales (23,2% en conjunto). A pesar de su afinidad con el rubro de empresarios y administradores, el sector del comercio era, pues, más cercano en cuanto al parentesco a las labores manuales urbanas que a las intelectuales (sólo 11,7% sumando las tres primeras categorías de trabajadores no jefes de familia).

Por su parte, el 96,6% de los jefes de familia clasificados bajo “Quehaceres del hogar” son mujeres, de las cuales menos del 1% reporta cónyuge, y más del 60% de sus cohabitantes son hijos suyos, por lo cual todo indica que, a pesar de que aparecen como jefes de hogar –posiblemente por respeto a los mayores–, estas personas no eran quienes aportaban los principales recursos monetarios en la casa. La división sexual del trabajo, que confinaba a las mujeres a los espacios privados, fallaba aún más en casos como los de estas mujeres, pues en su mayoría no tenían ni una pareja que las apoyara económicamente²⁰ según dictaba el modelo tradicional²¹, ni una formación para desempeñarse en el mercado laboral. Estas jefas ocupan porcentajes importantes de todas las categorías de trabajadores activos, pero de modo particular respecto a los empresarios y administradores y a los empleados administrativos, en ambos casos con poco más de un tercio del total de cada categoría. En contraste, los trabajadores del agro y los de servicios reportan los porcentajes más bajos de jefes ocupados en quehaceres del hogar, con 14,4% y 16,7% cada uno.

¹⁹ Cfr. supra, 1.1.1. y 1.2.3.

²⁰ El desglose del estado civil de estas jefas de familia arroja un 49,2% de viudas, 38,1% de separadas, 30,9% de solteras, 1,1% de divorciadas, y 0,9% de “Solteras sin ligamen”. Sólo el 11,1% se declaran casadas. Fuente: la misma que el cuadro 2.1.

²¹ Cfr. Rodríguez Sáenz, *Las familias...*, 33-41.

Cuadro 2.1. Grupos ocupacionales de personas económicamente activas (excepto jefes), según grupo ocupacional del jefe de familia, 1927

Grupos ocupación * Gr. ocup. del Jefe Crosstabulation

			Gr. ocup. del Jefe									Total	
			Profesionales y técnicos	Empresarios y administradores	Empleados administrativos	Comerciantes	Agricul., ganad. y tr. agríc.	Tr. del transporte	Tr. artes e industr.	Tr. de servicios	Quehaceres del hogar		Sin oficio
Grupos ocupación	Profesionales y técnicos	% within Grupos ocupación	32,8%	6,1%	4,4%	9,7%	9,6%	,5%	10,4%	1,9%	22,5%	2,3%	100,0%
		% of Total	2,1%	,4%	,3%	,6%	,6%	,0%	,7%	,1%	1,4%	,1%	6,3%
	Empresarios y administradores	% within Grupos ocupación	6,8%	16,9%	3,4%	15,3%	5,1%		11,9%	3,4%	33,9%	3,4%	100,0%
		% of Total	,0%	,1%	,0%	,1%	,0%		,0%	,0%	,1%	,0%	,3%
	Empleados administrativos	% within Grupos ocupación	16,9%	4,8%	7,7%	10,9%	7,3%	1,2%	9,9%	4,6%	33,4%	3,1%	100,0%
		% of Total	,4%	,1%	,2%	,3%	,2%	,0%	,2%	,1%	,8%	,1%	2,3%
	Comerciantes	% within Grupos ocupación	6,2%	4,3%	1,2%	29,6%	10,3%	2,9%	16,0%	4,3%	23,0%	2,2%	100,0%
		% of Total	,3%	,2%	,1%	1,6%	,6%	,2%	,9%	,2%	1,3%	,1%	5,5%
	Agricultores, ganaderos y trabajadores agrícolas	% within Grupos ocupación	,5%	,3%	,3%	1,4%	70,8%	,6%	3,3%	1,1%	14,4%	7,2%	100,0%
		% of Total	,2%	,1%	,1%	,6%	30,3%	,3%	1,4%	,5%	6,2%	3,1%	42,8%
	Tr. transporte	% within Grupos ocupación	2,8%	1,6%	1,2%	7,3%	25,9%	9,2%	16,2%	6,1%	25,9%	3,8%	100,0%
		% of Total	,1%	,0%	,0%	,2%	,6%	,2%	,4%	,1%	,6%	,1%	2,4%
	Tr. artesanales e industriales	% within Grupos ocupación	5,5%	3,3%	1,9%	7,7%	8,8%	3,4%	37,6%	5,7%	24,2%	1,9%	100,0%
		% of Total	1,2%	,7%	,4%	1,6%	1,9%	,7%	8,0%	1,2%	5,2%	,4%	21,4%
	Tr. servicios	% within Grupos ocupación	15,2%	5,5%	3,7%	13,4%	21,1%	1,9%	10,4%	11,0%	16,7%	1,2%	100,0%
		% of Total	2,9%	1,0%	,7%	2,5%	4,0%	,4%	2,0%	2,1%	3,2%	,2%	18,9%
Total		% within Grupos ocupación	7,1%	2,7%	1,8%	7,5%	38,2%	1,8%	13,6%	4,4%	18,7%	4,2%	100,0%
		% of Total	7,1%	2,7%	1,8%	7,5%	38,2%	1,8%	13,6%	4,4%	18,7%	4,2%	100,0%

N=17666.

Fuente: Muestra del Censo Nacional de 1927 elaborada por el CIHAC.

Anotemos de paso que del total de cónyuges en la muestra de este censo, 99,5% son mujeres, 77,9% se dedican a los quehaceres del hogar, y 18% son reportadas sin oficio, mientras que los esposos varones (0,5%) sólo registran 0,3% en estos dos últimos rubros. Como hemos notado anteriormente, la inserción de las mujeres en el mercado laboral fue gradual, y ciertas ocupaciones propias de la clase media asalariada fueron fundamentales para abrir nuevas opciones a las mujeres en los espacios públicos entre 1890 y 1950²².

En el cuadro 2.2. vemos la situación familiar de las mujeres de estos sectores ocupacionales. Llama la atención que el 41% de ellas aparezcan registradas como hijas, frente a un 16,2% de esposas; ello ha de deberse a dos factores no excluyentes: por un lado, a que las nuevas generaciones de mujeres empezaban a buscar otros horizontes a través del trabajo remunerado, por otro, a que tras el matrimonio muchas mujeres dejaban sus trabajos remunerados y se dedicaban de lleno al trabajo doméstico. En todo caso, la asimetría entre varones y mujeres en estas ocupaciones, aún cuando menos marcada que en las demás categorías, se encontraba a razón de 2,24 hombres por mujer. Tomando en cuenta que de acuerdo con la muestra del CIHAC –descontando al servicio doméstico y sus familiares– la composición de las casas de jefes de hogar profesionales, empresarios y empleados administrativos era de 48,5% de hombres frente a 51,5% de féminas, resulta claro que gran parte de las mujeres de estos grupos se encuentran invisibilizadas bajo la categoría de “Oficios del hogar”.

Cuadro 2.2. Porcentaje de mujeres Profesionales y técnicas, Empresarias y administradoras, y Empleadas administrativas, según su relación con el Jefe/a de familia, 1927.

	Porcentaje		Porcentaje
Jefa	12,6	Huesped/alojada	7,4
Esposa	16,2	Sobrina/sobr. Polít.	1,7
Hija	41,0	Otras familiares	3,5
Hermana	5,3	Serv. domést. y fam.	0,7
Cuñada	2,3	Otras No fam.	9,1
N=939			

Fuente: misma del cuadro 2.1.

Las esposas que trabajaban en las tres principales categorías de la clase media asalariada, como vemos en el cuadro 2.3., convivían en un 49,9% con jefes de hogar de

²² Cfr. *supra*, cap. 1.

esos mismos grupos ocupacionales, de los cuales sólo 4,2% –la mayor parte empresarios o administradores– se declaraban dueños; estas mujeres estaban casadas en su gran mayoría con hombres de los sectores medios asalariados o trabajadores por cuenta propia. Mientras tanto, casos como el de la familia de Jaime Cerdas –de padre obrero y madre maestra– aparecen en un 21,3%, si bien sólo el 2,1% se declaraba dueño; por su parte, entre los esposos trabajadores de transportes y de servicios (3,5% del total) tampoco aparecen dueños o patrones. En estas familias se conjugaban, por tanto, el trabajo de artesanos no propietarios o propiamente obreros y el de mujeres profesionales asalariadas.

En cuanto al comercio, una cantidad importante de tales jefes de hogar trabajaban por cuenta propia o eran propietarios (7,8% del 13,5% total), tendiendo por tanto a ubicarse en la pequeña burguesía. De un modo similar, aunque el total de 12,1% del total de esposos de mujeres de las tres categorías más representativas del trabajo intelectual es muy poco en relación con los números del trabajo agrario en el Censo a nivel general, lo más notable es que un 7,1% del total estaban emparejadas con trabajadores por cuenta propia o dueños rurales. Es decir, cuando estas mujeres estaban casadas con agricultores, éstos eran principalmente propietarios²³, lo cual sugiere cierta horizontalidad entre estas dos clases sociales.

En estos datos podemos corroborar el carácter predominantemente urbano de los hogares de esposas profesionales, empresarias y administrativas: eran más proclives a unirse con asalariados del sector artesano que con propietarios rurales. Por su parte, la mayor cantidad de esposas de campesinos aparecen bajo el rubro de “Oficios del hogar”, lo cual resulta impreciso, pues los rigores de ese modo de vida exigían que la mujer atendiera labores más allá de lo doméstico. Por lo demás, de ella se esperaba que pariera una numerosa prole (cfr. cuadro 2.6), lo cual ciertamente no era la mejor circunstancia para desarrollar una carrera, ya fuera profesional o burocrática.

En las casas de los hombres y mujeres de clases medias había, pues, cierta heterogeneidad de clases y grupos ocupacionales. Con todo, es notoria la mayor afinidad entre los oficios artesanales y los propios de la clase media asalariada, que entre éstos y el campesinado, incluso en el caso de los propietarios rurales; el universo urbano, que recibía

²³ Recordemos la observación al respecto, supra, I.3.

a los excluidos del agro, privilegiaba a quienes se habían formado en las costumbres ciudadinas para que ellos o sus hijos ascendieran socialmente.

Esta diferenciación social dependía en buena medida de las alianzas familiares que sus miembros efectuaran; de allí que determinar cuáles eran las condiciones por las cuales se concretaban sus uniones matrimoniales sea un tema central para entender la dinámica de las sociabilidades de la “clase media” entonces en ciernes.

Cuadro 2.3. Esposas Profesionales y técnicas, Empresarias y administradoras, y Empleadas administrativas, según grupo y categoría ocupacional del Jefe de familia, 1927 (porcentajes del total de casos de esposas).

Gr. ocup. del Jefe * Categoría ocupacional del Jefe de Familia Crosstabulation

		Categoría ocupacional del Jefe de Familia					Total
		No declara	Empleado	Cuenta propia	Dueño	Patrón	
Gr. ocup. del Jefe	Profesionales y técnicos	,7%	28,4%	5,0%	,7%		34,8%
	Empresarios y administradores		2,1%	1,4%	3,5%		7,1%
	Empleados administrativos		7,1%				7,1%
	Comerciantes		5,7%	5,0%	2,8%		13,5%
	Agricul., ganad. y tr. agríc.	,7%	3,5%	2,1%	5,0%	,7%	12,1%
	Tr. del transporte		2,1%				2,1%
	Tr. artes. e industr.		14,9%	4,3%	2,1%		21,3%
	Tr. de servicios		,7%	,7%			1,4%
	Quehaceres del hogar			,7%			,7%
	Total	1,4%	64,5%	19,1%	14,2%	,7%	100,0%

N=141

Fuente: misma del cuadro 2.1.

2.1.2. El (difícil) arte de emparejarse con distinción

Alfonso González ha argumentado que para el umbral del cambio de siglo, con la consolidación del capitalismo agroexportador, se había también afianzado el predominio de la familia nuclear y se había revertido una tendencia a que las mujeres ejercieran un importante poder doméstico frente a sus cónyuges. Ello redundó en: “a) una disminución de los niveles de participación de la mujer en las esferas jurídico-económicas, en b) un activo involucramiento de ellas en las nuevas formas de reproducción sociales creadas por la

Iglesia y en c) una mayor circunscripción al mundo del hogar”²⁴. De tal modo, en este proceso surgieron nuevos mecanismos de control social no sólo sobre las clases populares²⁵, sino sobre las mujeres en general.

Congruentemente, los barrios burgueses que se expandían hacia la periferia del casco urbano –aquellos que inspiraron los cuentos del barrio *Cothnejo-Fishy* de Carmen Lyra– promovieron un modelo de espacio que relegaba a las mujeres a lo estrictamente doméstico, al aislar, por una parte, la fachada respecto a la calle, interponiendo patios frontales entre ésta y la casa, y por otra parte, al separar las funciones residenciales respecto a las demás facetas de la vida urbana²⁶. Aunque por motivos obvios las clases subalternas, entre ellas las que componían las clases medias, no podían emular la arquitectura que propiciaba ese estilo de vida burgués, el control sobre las mujeres (ante todo las jóvenes) se convirtió en un imperativo general de de aislarlas al máximo de la vida pública. Esto podía acarrear serias consecuencias: según el testimonio de una mujer nacida a fines del XIX, hija del dueño de una panadería de Santo Domingo de Heredia emparentado cercanamente con altos militares y con un presidente de la República, sus padres no la habían dejado aprender a leer y escribir para que no pudiera mandarse mensajes con eventuales pretendientes²⁷.

Todavía bien entrado el nuevo siglo, en 1938, Yolanda Oreamuno denunciaba esta carencia de autonomía: “ser ‘hija de familia’ equivale a estar sujeta a la tutela intelectual y moral de nuestros mayores, a perpetuidad [...]. La ‘hija de familia’ es el producto de un núcleo pequeño y cerrado –cerrado–, esto es lo grave al exterior y del que generalmente el padre es la puerta y la llave a la vez. Las influencias exteriores son cotizadas, pesadas y medidas por dicho mentor, las opiniones controladas directamente y, lo que ya es del todo malo, las actividades volitivas borradas en su casi totalidad”²⁸.

²⁴ González Ortega, *Vida cotidiana...*, 186.

²⁵ Cfr. *supra*, 1.1.4.

²⁶ Cfr. Ofelia Sanou y Florencia Quesada, “Orden, progreso y civilización (1871-1914). Transformaciones urbanas y arquitectónicas”, en *Historia de la arquitectura en Costa Rica*, eds. Elizabeth Fonseca y José Enrique Garnier (San José: Fundación de Museos del Banco Central de Costa Rica, 1998), 309-310. Según los Biesanz, “las muchachas de la clase alta son vigiladas bastante de cerca, y si una es seducida, su padre y sus hermanos algunas veces retan a su amante y ocasionalmente lo matan si rehusa casarse con ella”. Biesanz y Biesanz, *La vida...*, 180.

²⁷ Cfr. Miguel Salguero, *Gente de mi terruño* (San José: ECR, 1984), 88-89. Otros casos de reclusión de las jóvenes de padres pudientes son presentados por González Ortega: cfr. *Vida cotidiana...*, 254.

²⁸ Yolanda Oreamuno, “Qué hora es...?”, en ed. Grace Prada Ortiz, *La feminización de la palabra y las pensadoras costarricenses. Antología de ensayos selectos* (Heredia: Universidad Nacional, 2008), 77.

Esta sumisión era considerada desde la moral hegemónica como índice de *decencia*, y era común que se esperara que las jóvenes de las clases medias la mantuvieran. De allí que en una carta de 1915 se denunciara que en los barrios de San José incluso algunas “jóvenes de mediana posición” cometían “abusos intolerables” y “actos perversos” contra la moral, pues, al igual que las “sirvientitas”, duraban hasta las once de la noche conversando con sus novios en las puertas de sus casas²⁹. Hay que notar que los estigmas de género tenían también un componente de clase: según las cartillas de higiene de la época, las sirvientas y las prostitutas, esto es, mujeres provenientes del campesinado y proletariado, eran sexualmente más accesibles para los varones en general³⁰. Por ello, no es de extrañarse que para el redactor de dicha carta las *jóvenes de mediana posición* no debieran comportarse como las trabajadoras domésticas, sino guardar los comportamientos que se esperaban de su condición social.

Para las clases medias, la “decencia” de sus mujeres era uno de los factores que los diferenciaba de las clases más subalternas, un valor que pretendían compartir con los más acomodados. Aún en los cuarentas, “muchas esposas de entre todas las clases, tienen que pedir permiso a sus maridos para salir incluso para hacer una visita”³¹. En realidad, la honorabilidad de las mujeres era considerada un indicador de la honorabilidad de sus familias³²; Díaz, por ejemplo, ha mostrado que la vestimenta de las mujeres eran indicativas del estatus social de sus respectivas familias³³. Por otra parte, esa *decencia* debía añadirle un atractivo adicional a las muchachas en el mercado matrimonial. Recordemos que según los Biesanz, la “clase media” se consideraba moralmente superior al resto de la sociedad costarricense³⁴. La “decencia” funcionaba, entre otras cosas, como una

²⁹ Cfr. *infra*, 3.2.4. Cierta distribución del espacio doméstico generaba estas incómodas condiciones de cortejo: según un contemporáneo, “los mozos pretendían a sus novias en los corredores de las casas, porque cuando los padres de la chica pasaban al novio a la sala (no había entonces el living de hoy en razón de que la arquitectura era otra), era signo indicador de que el pretendiente tenía ya un plazo angustioso para la boda” Joaquín Garro, *Las décadas del siglo XX y otros temas* (San José: Imprenta Vargas, 1966), 6-7.

³⁰ Cfr. Marín Hernández, “Biblias de la higiene”, *op. cit.* Los Biesanz corroboraban esta tendencia durante los años cuarentas, pero planteaban que también era común “que un hombre rico de la clase alta escoja una muchacha de una respetable familia de la clase media para que sea su amante”. Biesanz y Biesanz, *op. cit.*, pág. 161.

³¹ Biesanz y Biesanz, 156.

³² Así, en *El primo*, una de las primeras novelas costarricenses, la seducción de la hija de un viejo empleado público marca el clímax de la narración y la deshonra de la familia entera.

³³ Díaz Arias, *La fiesta de la Independencia*, 174-175.

³⁴ Cfr. Biesanz y Biesanz, *op. cit.*, pp. 56, 160.

compensación simbólica para las clases medias, sobre todo las urbanas, ante su falta de mayores recursos económicos.

La situación laboral de las mujeres incidía en la segregación femenina hacia los espacios privados. Si la vida privada era adversa por sus restricciones para las mujeres de clases medias, la esfera del trabajo no les era más sencilla: a lo largo del período del cual nos ocupamos aquí, las condiciones laborales de las mujeres de todas las clases sociales fueron más precarias que las de los varones de sus respectivas clases ³⁵. En idénticas ocupaciones, las mujeres ganaban menos ³⁶, y las profesiones más feminizadas estaban revestidas de un menor capital simbólico. Dadas estas dificultades es comprensible que las mujeres de clases medias no fueran demasiado entusiastas por integrarse en el mercado laboral, y se enfocaran en conseguir un marido acomodado, tal y como les criticaban otras mujeres de esas clases ³⁷: varios artículos de esta época, como el recién mencionado de Yolanda Oreamuno, y otro de Beatriz López de Ocaña ³⁸ calificaban a las mujeres de clases medias como frívolas, y las instaban a buscar ingresos adicionales a los de sus maridos.

Ahora bien, ¿cómo se fraguaban las relaciones de pareja de las clases medias? La literatura del período anterior a la Gran Crisis nos es particularmente útil frente a esta pregunta, ya que, además de su vocación por mostrar a Costa Rica según los cánones del realismo literario, tuvo una especial predilección por la narración de historias de amores, engaños y desamores. Los rituales, creencias y usanzas en torno al amor, la sexualidad y el matrimonio acapararon los afanes de los escritores de aquel entonces: los cortejos a través del marco de una ventana callejera; el control sobre las señoritas, desde la reprimenda materna hasta la difamación pública; los cálculos del pretendiente sobre los costos pecuniarios de un hogar digno de su enamorada; la venganza de padres o hermanos frente a la “deshonra” de la doncella de la casa; los espacios extracotidianos de ocio –bailes, teatro, paseos al campo o la playa– que permitían avanzar sobre el cuerpo deseado.

Estos tópicos, obsesivamente presentes, retratan ante todo las concepciones sobre las relaciones familiares de la burguesía y las clases medias meseteñas. A menudo enfocan

³⁵ Las primeras reivindicaciones femeninas pasaron precisamente por lo laboral. Cfr. Virginia Mora Carvajal, *Rompiendo mitos...*. De esta misma autora: “Mujer e historia...”.

³⁶ Cfr. Mario Samper *et al.*, “El arte de imprimir. Los oficios tipográficos en la ciudad de San José, 1830-1960”, en *Revista de Historia* (42) julio-diciembre de 2000, 158.

³⁷ Por supuesto, muchas agrupaciones de mujeres se organizaron en aquellos días para reivindicar sus derechos en variados temas. Sobre ellas nos referimos infra, 2.3.

³⁸ Cfr. Beatriz López de Ocaña, “La mujer de la clase media”, *La prensa*, 8 de julio de 1927, 2.

también el tema de las relaciones amorosas entre miembros de una y otras clases, así como las repercusiones que *ello* generaba entre las familias involucradas. También es reiterada la aparición de ciertos tipos sociales: el campesino despreciado por la gente de ciudad; el joven profesional sin recursos económicos, pero con ambiciones y talento (una fantasía sobre la que esta literatura insiste); la chica coqueta en busca de un marido rico, empeñada en aparentar un mayor *status* que el que las finanzas de sus padres le permiten; el burgués seductor de señoritas. En las narraciones de fines del XIX y principios del XX abundan, pues, las versiones sobre el escenario por excelencia de la microfísica del deseo, la familia; no en balde, una de las obras ya clásicas de la historiografía literaria costarricense se titula *La casa paterna*.

Las uniones de los hijos de un juez acaudalado que al final de su vida perdió sus recursos económicos ilustran algunas de las opciones maritales y ocupacionales de una familia burguesa venida a menos: “la familia Zeledón Alvarado pasó de su próspera bonanza económica a las llanuras de las gentes sin capital pues habían perdido todos sus bienes raíces. Tanto Ana María como Gloria ya se habían hecho profesionales de la educación primaria. [...] Chito [quien era contador] se había casado con la hija de un poderoso gamonal, ya tenía numerosa prole y se metía en empresas comerciales, probando suerte en varias de ellas. Guillermo era juez del Crimen al igual que su padre y era bastante solvente, pues era ahorrativo y ya había ocupado varios puestos en el Poder Judicial [...] Anita nunca se quiso casar y vivía de su puesto en el Magisterio. A su vez, Glorita [...] pronto contrajo nupcias con Darío Angulo Marín, tenedor de libros de las sastrerías Padilla del Paseo de los Estudiantes”³⁹. El otro hijo, Joaquín, había estudiado medicina en Europa, y se casó con una herediana de familia distinguida, pero también económicamente descendida⁴⁰.

Podemos observar que todos los hermanos habían cursado estudios superiores, y que con excepción de “Chito” todos contrajeron nupcias con personas de clases medias. Este último caso, unión de profesional ciudadano con campesina, nos indica de nuevo que, aunque la diferenciación entre campo y ciudad era sumamente importante en el imaginario

³⁹ Manuel Zeledón Pérez, *Un hombre... Toda una vida* (San José: M. Zeledón P., 2008), 71-72.
⁴⁰ Cfr. *ibid.*, 90-93.

de la época, no constituía una barrera monolítica: más allá de estos factores un pretendiente podía hacerse deseable por su dinero o por su capital social ⁴¹.

La norma era que las muchachas de clases medias fueran motivadas por sus familias a buscar “buenos partidos”, preferentemente hombres de alcurnia y fortuna económica. El matrimonio formaba parte de un entramado de intercambios y alianzas a partir de las cuales las familias –entre ellas, las de las clases medias en busca de afirmar sus posiciones– intentaban mantener o mejorar sus condiciones económicas y simbólicas. De allí que los padres tuvieran motivaciones para gastar de más, con la intención de proyectar una imagen de respetabilidad que fuera atractiva a los eventuales novios; la necesidad de distinción, tan constituyente de la identidad de las clases medias urbanas, se evidenciaba claramente en este “mercadeo” de las hijas núbiles. Mario Sancho se quejaba de que en la “clase media [...] las pretensiones elegantes de la hija casadera, si bien muy de acuerdo con sus ansias matrimoniales, resueltamente en pugna con los recursos del pobre padre de familia”, eran “gastos verdaderamente inútiles” a los que equiparaba con “los tragos tomados en el club o la cantina” ⁴².

Según una novela de inicios de siglo, y refiriéndose a una hija de la clase media asalariada de San José, “la mujer en Costa Rica no puede alimentar otra aspiración que la del matrimonio, siempre que en este paso haya probabilidades de que el elegido para marido reúna ciertas condiciones que le aseguren un éxito si no brillante, por lo menos aceptable” ⁴³. Cuatro décadas más tarde, los Biesanz indicaban que la mayor parte de las muchachas que terminaban sus estudios secundarios lo hacían para tener un “anzuelo” en vistas a conseguir mejor marido, e incluso cuando lograban un buen empleo, “rara vez las muchachas utilizan estos trabajos como escalones hacia ‘cosas mayores’, ya que no hay cosas mayores: sólo queda un buen matrimonio, y para lo que usan sus pequeños salarios es para comprar ropas que atraigan pretendientes deseables” ⁴⁴.

⁴¹ Como hemos indicado en la introducción, el denominado por Bourdieu *capital social* es construido por cada sujeto a partir del tiempo dedicado a interactuar con sujetos cuyos lugares sociales les dan ciertas ventajas que se le pueden hacer accesibles al primero. Así, por ejemplo, la posibilidad de convertir en capital social el capital económico depende “de un desembolso aparentemente gratuito del tiempo, preocupación y esfuerzo, mediante el que la relación de intercambio pierde su significado puramente monetario, lo cual se aprecia, por ejemplo, en el esfuerzo por personalizar un regalo”. Pierre Bourdieu, *Poder, derecho y clases sociales*, 159-160.

⁴² Sancho, *Costa Rica, Suiza...*, 39.

⁴³ Cardona, *El primo*, 93-94.

⁴⁴ Biesanz y Biesanz, 168.

En cuanto a la educación, como podemos ver en el cuadro 2.4., en 1927 había una marcada relación entre el nivel educativo de las esposas y el de sus maridos: en todos los casos, el mayor porcentaje de mujeres tiene un nivel menor o igual que el hombre de la casa. De hecho, las mujeres profesionales –esto es, del nivel educativo superior– también son quienes, entre las mayores de 25 años, tienen más alto nivel de soltería, frente al 28% de mujeres con nivel de primaria y 29,4% de secundaria ⁴⁵; posiblemente se encontraban “sobrecalificadas” para un mercado matrimonial aún demasiado patriarcal. En el caso de las profesionales que sí se casaban, los profesionales eran quienes proporcionalmente más a menudo se unían con ellas. Estos hombres sólo se casaban con mujeres de nivel de primaria en alrededor de un tercio de los casos, frente a un 57% de mujeres con nivel de secundaria, por lo cual no es atrevido suponer que, efectivamente, los estudios secundarios le abrían a las colegialas las mejores opciones no sólo de un título, sino de un esposo bachiller o profesional ⁴⁶.

Cuadro 2.4. Nivel de educación de esposas, porcentajes de acuerdo con Nivel de educación del Jefe de familia (sin categoría “No declara”), 1927.

Niv. Ed. Esposa	Nivel de educación del Jefe de familia					Total
	Ningun	Prim.	Sec.	Prof.	Priv.	
Ninguno	54,3%	2,3%	0,7%	0,7%		3,1%
Primaria	43,5%	92,8%	47,3%	33,6%	40%	82,5%
Secundaria	1,4%	4,3%	50,4%	57,%		13,2%
Profesional	0,7%	0,5%	1,7%	8,7%		1,0%
Privada		0,1%			60%	0,1%
Total	100%	100%	100%	100%	100%	100%

N=6292

Fuente: la misma del cuadro 2.1.

Para las muchachas con pretensiones nupciales la búsqueda del hombre ideal implicaba también prestarle especial atención a su propia apariencia física. A fines de los treinta la joven Oreamuno describía este fenómeno: “la muchacha media, la más numerosa en los lugares de más acentuada intrascendencia en el sexo femenino –como las ciudades–, que se ha asimilado hasta el máximo en la inconciencia ambiente, es la que trabaja sin depender exclusivamente de ella misma y así continúa siendo la hija de familia sin

⁴⁵ Fuente: cruce de variables a partir de la muestra del Censo de 1927, elaborada por el CIHAC.

⁴⁶ Hacia los cuarentas, también parecen haber sido considerados los estadounidenses como “buenos partidos”. Cfr. Biesanz y Biesanz, *La vida...*, 124-125, 401-402.

responsabilidades económicas, como no sean las del ‘*rouge de buena calidad*’ o la anhelosa búsqueda de la “*media chiffon*”⁴⁷.

Objetos como estos, exhibidos con profusión en ciertos espacios públicos, eran indispensables tanto para encontrar pareja como para diferenciarse socialmente⁴⁸. El baile jugaba en ello un papel central: mientras las “obreritas” bailaban en salones populares, las jóvenes de la burguesía y las clases medias josefinas lo hacían en casas particulares, en exclusivos clubes sociales o en el Teatro Nacional⁴⁹, y la intrusión en un espacio por parte de elementos de sectores sociales no invitados podía desembocar en batallas campales⁵⁰. En los tradicionales bailes del Teatro Nacional hacían su presentación como señoritas las muchachas de las familias distinguidas, con lo cual empezaban a asomarse al mundo adulto y al mercado matrimonial⁵¹. Existía una lista en la que se apuntaban los muchachos para bailar con ellas, y el primero en sacar a una debutante daba muestras públicas de su interés por ella. Como contraparte de esta costumbre, las quinceañeras podían experimentar angustia ante la posibilidad de quedarse “comiendo pavo”, esto es, que nadie las sacara a bailar, o que sólo lo hiciera un pretendiente poco atractivo⁵².

Del mismo modo sucedía con la sección “social” que aparecía a diario en los periódicos de la época: aunque a algún lector contemporáneo le podrá parecer de mal gusto, como a García Monge en 1904⁵³, la publicación de retratos de muchachas, acompañados de leyendas cursis, en periódicos y catálogos comerciales de la época, como el *Álbum azul*, esta costumbre servía para visibilizar a las muchachas en vistas al mercado matrimonial. Recordando las teorías de Lévi-Strauss sobre el parentesco, podría afirmarse que estas

⁴⁷ Yolanda Oreamuno, *Qué hora es...?* en *La feminización de la palabra y las pensadoras costarricenses. Antología de ensayos selectos*, Grace Prada Ortiz (Heredia: Universidad Nacional, 2008), 78.

⁴⁸ Cfr. infra, 2.2.2.

⁴⁹ Cfr. Mora Carvajal, *Rompiendo mitos...*, 214-215.

⁵⁰ Cfr. Díaz Arias, *La fiesta de la Independencia...*, 200-201.

⁵¹ David Díaz ha descrito y analizado con cuidado estos rituales. Cfr. Díaz Arias, *La fiesta...*, 173-181. Respecto a su riguroso estudio solamente creemos necesario precisar que la “elite” que asistía a esas fiestas comprendía tanto a la oligarquía como a numerosos hombres y mujeres de las clases medias. Así, por ejemplo, en el periódico comunista local aparecía a inicios de 1939 una nota según la cual en vísperas del fin de año un diario reclamaba que al baile del Teatro Nacional debía asistir solamente “nuestra ‘rancia aristocracia’, ya que “en los últimos años se habían colado en las fiestas de nuestra ‘sociedad’ mucha gente de medio pelo”. *Trabajo*, 7 de enero de 1939, 2.

⁵² Cfr. Ricardo Fernández Guardia, *Cuentos ticos* (San José: EUNED, 2004), 1-28.

⁵³ “Yo pregunto: ¿hay alguna distinción real para nuestras señoritas, cuando se sacan sus retratos en estos papeles manchados y se les pone al pie esta serie de necedades? Para mí no hay distinción alguna; yo considero esta costumbre una ridiculez, y una burla, aunque no sean intencionales. [...] Las señoritas que nos leen, si en algo se estiman, no debieran permitir en lo sucesivo que salgan sus retratos en tales publicaciones”. García Monge, *Ensayos de juventud*, 18-19.

secciones permitían una “precomunicación” de las mujeres antes del intercambio entre familias.

Díaz ha indicado, precisamente, que en los bailes de *sociedad* las mujeres aparecían como representantes del poder económico de sus familias; en esos eventos, según afirmaba un cronista social en 1921, ellas eran “damas que allá [en el hogar, DD] dan la venturosa paz doméstica, y que aquí dan alegría y prestigio social”⁵⁴. Aún en 1943, un testigo de la comunidad afirmaba sobre el Club de Amigos de San Ramón que “sus fiestas son de elegancia, alegría y cultura, allí las lindas y encantadoras muchachas ramonenses, celebran la fundación de su ciudad natal por sus recordados antecesores, con un lucido baile, en donde se distingue la dulzura y el encanto de la mujer costarricense, con esa naturalidad continental y algo de española”⁵⁵. Esta ostentación de la belleza de las jóvenes era uno de los medios por los cuales se establecían las alianzas entre familias, en un medio en el cual este tipo de lazos jugaban un papel fundamental en la dinámica social y económica⁵⁶.

Es importante notar que las clases medias urbanas compartían con la burguesía numerosos espacios públicos –tema al cual nos referimos más extensamente en los siguientes apartados–, lo cual permitía eventualmente el flirteo entre sus miembros. Además de los espacios en general en torno a la educación secundaria⁵⁷, son de resaltar los parques, donde las retretas eran ejecutadas varios días por semana. Según esta costumbre, al empezar a tocar los músicos, los jóvenes varones daban vueltas alrededor del parque, bailando, y las muchachas hacían lo propio en dirección inversa, de modo que por cada vuelta al parque cada una veía a cada muchacho dos veces, lo cual les permitía establecer cierto contacto visual (“dar cuerda”) para luego conocerse mejor⁵⁸. Una anciana describía en los años cuarentas, entre sus recuerdos de juventud, las retretas en la Costa Rica finisecular: “las muchachas de sociedad y de la clase media caminaban en una parte, las sirvientas en otra. Solamente podía ir gente mayor de quince años de edad. Las muchachas eran bastante coquetas, con cintas y vuelos y esmerados peinados. Siempre acompañadas de

⁵⁴ Cit. por Díaz, *La fiesta*, 178.

⁵⁵ Rafael Lino Paniagua Alvarado, *Apuntes históricos y crónicas de la ciudad de San Ramón en su centenario* (San José: La Tribuna, 1943), 60.

⁵⁶ Cfr. Dana Gardner Munro, *Las cinco repúblicas de Centroamérica* (San José: EUCR, 2003), 188.

⁵⁷ Cfr. Walter Hernández Valle, *Años de primavera. (Memorias de un liceísta)* (San José: ECR, 2002).

⁵⁸ Según un relato de 1894 de Aquileo Echeverría, en el que un estudiante se enamora de una joven rica: “al principio sucedió lo de siempre, el proceso natural de esas pasiones de muchachos: miradas, plantones de esquina, una palabra cruzada al vuelo, cambio de flores y pañuelo y después cartas, cartas volcánicas, incendiarias”. Aquileo Echeverría, *Crónicas y cuentos míos* (San José: Studium, 1981), 97.

sus madres, raramente se les permitía acercarse a sus novios. Las mujeres caminaban y los hombres se paraban a mirarlas. Si algún pretendiente quería invitar a un dulce o una bebida a una muchacha, tenía que comprarle a la madre también, y con una en cada brazo entraba a la cantina para comprar galletas y vino”⁵⁹.

Las dificultades de los jóvenes de clases medias por lograr alianzas matrimoniales con muchachas de la burguesía eran, previsiblemente, complicadas. Son numerosos los ejemplos en la literatura costarricense de aquella época sobre este tipo de situaciones⁶⁰. Así, por ejemplo, González Rucavado presentaba las tribulaciones amorosas de un joven abogado en su novela de 1914, *Egoísmo...?*. Este personaje, Luis, ante las dificultades de pretender a una muchacha de mejor posición económica, reflexionaba sobre los padres de su amada: “será que no les satisfago yo. Y quizá piensen bien, porque ellos son ricos y yo soy pobre. Más crueldad sería separar a Felicia de sus comodidades para ayuntarla conmigo a sufrir penurias. El siglo no se conforma con virtudes, ni con anhelos sublimes, el siglo pide dinero, y no lo tengo”⁶¹.

Este tema no era un simple recurso literario heredado de los amores imposibles del romanticismo, ya que diversas crónicas y biografías registran también estos conflictos. El caso de los padres de Clodomiro Picado Twilight es un ejemplo dramático de las dificultades de este tipo de emparejamiento: el padre, un profesor de matemáticas de orígenes pobres y la madre, hija de un profesor adinerado escocés y de una dama de la ‘sociedad’ josefina, se casaron contra la voluntad del suegro, tras lo cual se fueron a vivir a Nicaragua. Al poco tiempo, el abuelo Twilight y luego su hijo, tío del futuro naturalista, considerándose deshonrados, se suicidaron⁶².

Por el contrario, los varones podían desposarse sin problema alguno con mujeres de las clases más populares, del campo o la ciudad. Dos relatos del año 1900 ilustran esta posibilidad: en *Hijas del campo*, García Monge afirmaba que en aquel entonces una criada

⁵⁹ Cit. en Biesanz y Biesanz, *La vida...*, 99-100. Véase también la inspirada descripción de las muchachas josefinas en los parques después de la misa, tal como Ossenbach las recordaba de los treintas en su novela *Arco iris sobre Costa Rica*. Cfr. 6-17.

⁶⁰ Entre otros: cfr. Aquileo Echeverría, *Frufrú*, en *Crónicas...*, 97-103. Este cuento apareció originalmente en 1894. Francisco Soler, *El resplandor del ocaso* (San José: ECR, 1981) [la primera edición de esta novela es de 1918]. José Marín Cañas, *Tú, la imposible* (San José: EUNED, 1990) [primera edición de 1931]. Ossenbach, *Arco iris sobre Costa Rica*; primera edición de 1949. Moisés Vincenzi, *Elvira: novela*. S.L.: S.E., 1940.

⁶¹ Claudio González Rucavado, *Egoísmo...? (Novela costarricense)* (San José: Alsina, 1914), 71.

⁶² Cfr. Manuel Picado Chacón, *Clodomiro Picado. Vida y obra*, (San José: EUCR, 1980), 21-24.

podía llegar a casarse con “un hombre de la clase media”⁶³, mientras que la esposa de Gregorio López, juez en uno de los *Cuentos ticos* de Fernández Guardia, era hija de un carpintero de La Puebla⁶⁴. Aún a fines de nuestro período de estudio, en los cuarentas, un sondeo a estudiantes de universidad y secundaria indicaba que un 61% de los muchachos afirmaban que estarían dispuestos a casarse con una persona de un estatus social inferior al suyo, frente a un 43% de las jóvenes⁶⁵.

La lógica subyacente en el mercado matrimonial resulta evidente: el ascenso social por el matrimonio era considerado más propio de las mujeres. Tanto el varón como la mujer se hacían atractivos, como notamos arriba, por sus condiciones económicas y por su capital social, pero había una mayor responsabilidad del varón, de quien se esperaba que fuera jefe de la familia. De este modo, la familia de la novia podía mejorar o al menos mantener la condición de ésta, a la vez que –según Yolanda Oreamuno– pensaba deshacerse de una carga económica⁶⁶. Como contraparte de las ventajas que esta situación le brindaba a las muchachas, a su subordinación doméstica de género se le añadía la subordinación económica; se reunían las condiciones estructurales para que la esposa se mantuviera sumisa. En la situación contraria, la de los varones que se casaban con mujeres de familias más ricas, es posible que éstos no pudieran mandarlas, y eventualmente debieran someterse a la familia de la esposa, como indica Bourdieu para el caso del campesinado sudoccidental francés⁶⁷. A la larga, en todo caso, la incapacidad del esposo para satisfacer las expectativas económicas de su mujer podía desembocar en que ésta lo humillara en privado o en público⁶⁸.

Ahora bien, esta tendencia –predominante– de concebir el matrimonio como alianza entre familias se encontraba en tensión con los procesos individualizantes que databan de mediados del siglo anterior, los cuales en particular se manifestaron a través de las luchas femeninas por el sufragio⁶⁹, la igualdad salarial y el acceso a puestos de trabajo entonces considerados patrimonio de los varones. También es interesante que, según el sondeo que

⁶³ García Monge, *Obras escogidas*, 536.

⁶⁴ Cfr. Ricardo Fernández Guardia, *Cuentos ticos* (San José: EUNED, 2004), 13.

⁶⁵ Cfr. Biesanz y Biesanz, *La vida...*, 122.

⁶⁶ Cfr. Oreamuno, *Qué hora es...?*, 75.

⁶⁷ Cfr. Bourdieu, *El baile de los solteros*, 71-76.

⁶⁸ Por lo demás, la injerencia de madres, padres y hermanos de las esposas sobre la vida de pareja motivó frecuentes separaciones conyugales en Costa Rica hasta fines del XIX. Cfr. González Ortega, *Vida cotidiana...*, 163-164, 173.

⁶⁹ Cfr. González Ortega, *Vida cotidiana...*, 186-187.

citamos poco atrás, 67% de los varones y 49% de las muchachas preguntados afirmaban que eventualmente se casarían con una persona de una religión distinta a la suya ⁷⁰, situación que marcaría una clara ruptura respecto a la lógica de la tradición familiar y una mayor afirmación de la individualidad en estos jóvenes de ambos sexos.

Ya en los cuarentas los más viejos se lamentaban de que las relaciones entre hombres y mujeres habían cambiado considerablemente, para mal según algunos de ellos, debido a “la libertad de la mujer moderna” ⁷¹. Para entonces, a pesar de que las mujeres aún distaban mucho de lograr su emancipación ⁷², habían aparecido paulatinamente nuevas opciones para socializar entre jóvenes de estos dos géneros: las salas de cine ⁷³, clubes sociales, lunadas, academias de baile y prácticas deportivas, entre otras actividades, fueron diversificando un panorama que medio siglo atrás era mucho más limitado ⁷⁴.

2.1.3. Estructuras familiares y composiciones domésticas

Durante la segunda mitad del siglo XIX se configuró una socialización primaria que recayó sobre la domesticidad, y fundamentalmente sobre las mujeres de la familia, quienes jugaron un papel preponderante en las políticas sociales de la época ⁷⁵. Desde este esquema se afianzaba la familia nuclear, en la cual las mujeres tendían a quedar más aisladas de las redes de apoyo social con las que unas décadas atrás contaban ⁷⁶; se configuraba con ello

⁷⁰ Cfr. Biesanz y Biesanz, *La vida...*, 122. Prudentemente, los investigadores indican que las respuestas a este sondeo pudieron estar sesgadas por las expectativas que los entrevistados creían que aquellos tenían de sus respuestas, a lo cual debe sumarse lo reducido de la muestra estudiada. Sin embargo, el sondeo no deja de ser sugerente respecto a algunos aspectos culturales de la juventud que llegaría a nutrir los sectores medios.

⁷¹ Cfr. Biesanz y Biesanz, *La vida...*, 157.

⁷² El conservadurismo de una familia de clases medias puede observarse en el siguiente testimonio, referido a una joven que nació y creció en Europa, y a los veinte años, en 1938, decide ir a vivir con su padre, un médico costarricense: “ella leía libros de filosofía hasta altas horas de la madrugada y fumaba como un murciélago. Al poco tiempo comenzó a tener roces con mi padre, pues ella iba sola al cine, regresaba a las once de la noche y se resistía a aceptar nuestras costumbres. [...] Sólo fumaban las mujeres disolutas”. Manuel Zeledón Pérez, *Melo, memorias de un cirujano* (San José: Realidad, 1996), 232-233.

⁷³ Alberto Cañas indica que a mediados de los treinta, él asistía con su primo a tanda de 4 los domingos, cuando eran proyectadas películas para el gusto de las muchachas en flor, quienes llegaban acicaladas “y con sombrero”. También menciona que en esas épocas era común para su círculo de amigos la costumbre de presentarse en fiestas de muchachas desconocidas. Cfr. *80 años...*, 32, 35-36. Sobre las lunadas en los cuarentas, cfr. Hernández Valle, *Años de primavera*, 96.

⁷⁴ Para Mora, durante la década de los veinte “el desarrollo de actividades recreativas como el baile y el deporte, representa una nueva forma de percibir y de relacionarse con su propio cuerpo, tradicionalmente objeto de valoraciones sociales negativas”. Mora Carvajal, *Rompiendo mitos...*, 214.

⁷⁵ Cfr. González Ortega, *Vida cotidiana...*, 302; Eugenia Rodríguez Sáenz, *Divorcio y violencia de pareja en Costa Rica (1800-1950)* (Heredia: EUNA, 2006), 70.

⁷⁶ Cfr. González Ortega, *Vida cotidiana...*, 172-173.

una domesticidad desligada de lo público. Esta domesticidad entró en crisis con el advenimiento de la llamada Segunda República ⁷⁷, en el marco del desarrollo del orden mundial neocapitalista; nuestro período de estudio abarca, pues, la edad de oro de ese esquema familiar y doméstico. Veamos a continuación algunos aspectos en cuanto a la estructura y composición de las familias, de acuerdo con sus diversas posiciones en la sociedad de antaño.

Como ha indicado Eugenia Rodríguez, el lugar de residencia fue un factor determinante respecto a la estructuración familiar: entre 1884 y 1927 “en las regiones donde la frontera agrícola se encontraba en expansión (Alajuela-San Ramón, Pacífico Norte y Sur), predominaron familias con mayor cantidad de hijos entre 5 y 9 años (la relación niños mujeres es mayor de 700 por mil por cantón). Por otro lado, la mayoría de los cantones de la región Central (San José, Cartago y Heredia) se encuentran por debajo de los 600 por mil” ⁷⁸. Esta diferencia regional tiene como trasfondo, empero, un criterio de clase: el predominio del trabajo campesino en esas zonas donde se procreaban más hijos; de allí que consideremos que el análisis de las estructuras familiares puede hacerse desde el punto de vista de las ocupaciones sin violentar los factores más específicamente geográficos.

Por su parte, las características de la provincia de Limón, donde el promedio por familia era en 1927 de 2,7 miembros –frente a un promedio de las otras seis provincias de 5,3–, y más del 40% eran familias de un solo miembro –cuando el promedio de las otras seis provincias era de 5,5% ⁷⁹–, respondían a una inmigración que al inicio fue mayoritariamente masculina, y que fue acercándose a los promedios nacionales conforme los trabajadores negros se reprodujeron, y otros grupos étnicos de regiones vecinas se establecían en la región caribeña con sus familias ⁸⁰. Empero, el peso demográfico de la provincia caribeña representa sólo un 2,6% de las personas en la muestra del CIHAC, por lo cual no estimamos que esta particularidad limonense afecte significativamente los datos elaborados en los cuadros analizados en este apartado.

Entre las características de las familias costarricenses, y en particular aquellas de las clases medias, podemos observar en el cuadro 2.5. los porcentajes de familias según la

⁷⁷ Cfr. González Ortega, *Mujeres y hombres de la posguerra...*, 159-193.

⁷⁸ Cfr. *Las familias costarricenses...*, 26-28.

⁷⁹ Cfr. DGEC, *Censo de 1927*, 88-89.

⁸⁰ Cfr. Viales, *Después del enclave*, 55-60.

cantidad de miembros de varios tipos de ellas en 1927, de acuerdo con la ocupación del jefe, ya sea en ocupaciones de clase media asalariada (CMA, en adelante), ya sea como pulpero, como artesano u obrero, como cultivador propietario o como trabajador agrícola asalariado (TAA, en adelante). En el cuadro observamos, pues, las familias de varios sectores de las clases medias de ese año: parientes de profesionales, técnicos, gerentes, administradores y empleados administrativos, asalariados todos; pulperos como parte de la pequeña burguesía urbana; y cultivadores, en su mayoría pequeños y medianos propietarios. Por su parte, los obreros y artesanos (trabajadores asalariados y por cuenta propia), así como los asalariados agrícolas forman parte del proletariado en las ciudades y el agro, y sirven aquí como criterio adicional para la comparación, al igual que los correspondientes datos globales en los censos de 1927 y 1950.

Entre las particularidades observables en los promedios de miembros por familia, resalta la diferencia de más de un miembro por familia a favor de los cultivadores sobre los peones. La propiedad tenía, pues, una importante relación con el tamaño de las familias en el mundo rural: sólo 2,9% de las familias de cultivadores eran unimembres, mientras que lo eran el 8,5% de las de TAA (cuya mayoría eran peones). Del mismo modo, entre estos grupos de trabajadores del agro hay una notable diferencia entre los porcentajes correspondientes a familias de uno o dos miembros: 10,5% de los propietarios frente a 21,1% de los jornaleros. La precariedad económica de éstos últimos les debe haber dificultado mantener familias numerosas; dejando de lado a los medianos propietarios, incluso los pequeños productores contaban tras la lotificación al menos con vivienda propia.

Cuadro 2.5. Familias por cantidad de miembros: oficios varios y globales. Porcentajes y promedios para 1927 y 1950.

	C.M.A.	Pulp.	Obrero	Cultiv.	T.A.A.	Global	Global
	1927*	1927**	1927***	1927**	1927	1927	1950
1 persona	8,9	12,4	8,2	2,9	8,5	9,8	4,8
2 personas	9,1	14,1	15,2	7,6	12,6	12,9	10,57
3 personas	9,7	10,1	15,5	10,8	14,6	14,0	12,96
4 personas	12,9	10,7	15,3	12,1	16,0	13,7	13,55
5 personas	11,1	13,8	12,3	12,7	13,8	12,5	13,22
6 personas	12,8	10,4	10,6	11,3	10	10,7	11,90
7 personas	10,2	7,7	7,1	10,8	8,1	8,4	9,66
8 personas	8,8	6,4	5,9	10,4	6,3	6,6	7,58
9 personas	5,8	6,0	4,7	7,4	3,7	4,5	5,72

10 o más	10,6	8,3	5,1	14,0	6,1	6,9	10,04
Promedio	5,66	4,98	4,69	6,19	4,85	5,0	5,59

* Asalariados: profesionales, técnicos, administradores y empleados administrativos.

** Trabajadores por cuenta propia o dueños

*** Trabajadores asalariados o por cuenta propia

Fuentes: Muestra del CIHAC del Censo de 1927; DGEC, *Censo de 1927*, 89; DGEC, *Censo de 1950*, 37.

Si tomamos en cuenta los datos del cuadro 2.6., hay una importante diferencia entre propietarios y asalariados agrícolas en el rubro de hijos: un promedio de un hijo más por jefe de familia cultivador propietario. Con todo, el promedio de miembros por familia de jefes peones es muy cercano al correspondiente nacional para ese mismo año; las familias de cultivadores destacan por su frondosidad entre todos los grupos ocupacionales que aquí analizamos. Dichas familias conforman la cantidad más alta de unidades mayores de 7 miembros: 42,6%, frente a 26,6% a nivel nacional y 24,2% de TAA. El promedio de las familias de la CMA aparece detrás del de los cultivadores, con casi medio miembro menos por familia, y un 35,4% de familias mayores de 7 miembros –frente a 28,4% de pulperos y 22,8% de obreros y artesanos–; recordemos que esta población venía aumentando desde el ocaso del XIX ⁸¹.

Entre las ocupaciones urbanas, los obreros y artesanos muestran el promedio más bajo de miembros por familia, aunque no lejos de los pulperos; de hecho, éstos constituyen el único grupo de esta muestra cuyo porcentaje de familias unimembres aparece sobre el promedio nacional, y las familias de dos miembros constituyen el mayor porcentaje entre ellos. Así, más de una cuarta parte de los hogares de estos comerciantes constaban de una o dos personas; después de ellos seguían los obreros y artesanos, con 23,4%, mientras que entre la CMA el porcentaje bajaba a 18%. La tendencia de éstos fue a estar por debajo de los promedios nacionales hasta los 5 miembros, y por encima de ellos a partir de los 6 miembros. Por su parte, las familias de obreros y artesanos, así como de los TAA, seguían la tendencia inversa: a partir de la media docena, los porcentajes de familias son inferiores a los respectivos promedios nacionales.

Igualmente es de notar que en términos generales en 1950 hay más familias grandes que en 1927: a partir de los 5 miembros, en el censo de mitad de siglo siempre hay una mayor cantidad de familias. Este dato es particularmente interesante, puesto que el sector primario –dentro del cual figuraba el campesinado– decreció en más de un 11% durante el

⁸¹ Cfr. *supra*, 1.1.1. y 1.2.2.

período intercensal ⁸². Entre fines del XIX y 1927 hubo un decrecimiento en el tamaño promedio de las familias costarricenses ⁸³, conforme avanzaba la asalarización; el repunte en el correspondiente promedio en el censo de 1950 posiblemente se deba a las mejoras en la salubridad de la época, las cuales lograron elevar las expectativas de vida de la población al controlar las enfermedades diarreicas, la malaria y la tuberculosis mediante tecnologías de bajo costo como el DDT, los antibióticos y las vacunas ⁸⁴, un crecimiento que coincide con las tendencias demográficas de la mayor parte de los países periféricos ⁸⁵.

La muestra del censo de 1927 elaborada por el CIHAC nos permite ver también las tendencias en la composición de las familias costarricenses. Indiquemos en primer lugar que el servicio doméstico era un elemento básico para las familias de los sectores medios asalariados: de acuerdo con el cuadro 2.6., en poco menos de la mitad de las casas donde el jefe de familia laboraba por un salario como profesional, empleado administrativo o administrador, residía una trabajadora doméstica. Estas mujeres se convertían a menudo en personas de confianza y afecto en las familias que las empleaban, y hacían sus espacios propios en los barrios acomodados en los que laboraban. En contraste, aparecen sólo 22% de casas de pulperos y 12,29% de casas de cultivadores propietarios con empleadas domésticas; ni qué decir de las familias de obreros y de asalariados agrícolas, de donde salían a menudo las mujeres a trabajar en esas labores.

Este cuadro nos muestra además una importante diferencia en la cantidad de hijos entre los propietarios rurales y el resto de trabajadores: casi un hijo más de los primeros por jefe de familia. A pesar de la insistencia de diversos relatos sobre la cultura común en el agro, hay una considerable diferencia en detrimento de los trabajadores rurales en situación más precaria: los jefes de familia cultivadores propietarios aparecen con 3,29 hijos, ante 2,3 hijos por cada jefe de familia que era asalariado agrícola ⁸⁶, mientras que los obreros o artesanos no propietarios tienen también un porcentaje levemente menor de hijos que los asalariados de clases medias y que los propietarios de pulperías. Igualmente, casi 8 de cada 10 jefes de familia en el campo tenían esposo o esposa; los jefes trabajadores de la CMA

⁸² Cfr. *supra*, gráfico 1.4.

⁸³ Cfr. Eugenia Rodríguez Sáenz, *Las familias costarricenses...*, 26.

⁸⁴ Cfr. Luis Rosero Bixby. *La explosión demográfica*, en *Costa Rica en el siglo XX*, tomo II, ed. Rodríguez Vega (San José: EUNED, 2004), 246.

⁸⁵ Cfr. Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, 346-348.

⁸⁶ Según Gudmundson, en el caso del agro en Santo Domingo de Heredia, la edad de los hijos aumentaba de acuerdo con los recursos de los padres. Cfr. "Campesino,...", 178-181.

tenían pocos menos cónyuges, mientras que pulperos y artesanos tendían a gozar más de la soltería.

Además, convivían más hermanos y cuñados con jefes de familias urbanas que con los de las rurales: un total de casi 17% entre las familias de sectores medios asalariados (técnicos y profesionales, administradores y empleados administrativos), 17,4% en familias de pulperos y 14,4% entre obreros y artesanos. En el campo, los porcentajes bajan a 5,81% entre los cultivadores propietarios y a 5,15% en familias de TAA. Es de destacar también que en cada caso hay más hermanos de jefes de hogar que hermanos de sus cónyuges, lo cual posiblemente se debiera a la mayor expectativa de responsabilidad económica sobre los varones jefes de hogar ⁸⁷. Estos índices mayores en las zonas urbanas coinciden con los numerosos relatos de personas que iban a residir con familiares ya instalados en la ciudad, en busca de oportunidades educativas y laborales: es posible, pues, que muchos de estos hermanos formaran parte de la migración del campo hacia la ciudad, una constante a lo largo de nuestro período de estudio.

Cuadro 2.6. Miembros de familia por cada 100 jefes de varias ocupaciones, 1927.

Jefe (total)	Pulpero		Obrero o	Cultivador	T.A.A.
	C.M.A.	prop.*	artesano**	propiet.*	
	936	299	3015	3530	4156
Esposo/a	71,90	65,55	63,32	78,84	72,57
Cuñado/a	7,48	7,02	4,78	2,29	0,99
Primo/a	1,60	0,67	1,46	0,74	0,31
Hermano/a	9,51	10,37	9,59	5,52	4,16
Hijo/a	234,51	224,41	206,00	329,66	230,68
Hijastro/a	0,43	0,67	1,19	0,37	0,6
Hijo/a natural	1,82	3,68	4,28	3,46	0,87
Hijo/a adoptivo/a	2,56	2,68	2,79	0,93	0,46
Entenado/a	1,82	0,00	1,03	0,88	0,36
Yerno/nuera	0,43	1,34	0,86	1,22	0,89
Padres/suegros	9,72	8,03	9,05	3,51	3,49
Otros famil.	9,72	5,02	3,58	4,67	5,53
Nieto/a	5,56	2,34	5,87	12,78	4,62
Alojado/a	7,91	11,71	15,19	16,52	16,48
Serv. Dom./fam.	45,94	22,07	4,64	12,29	2,05
Huesped	17,74	16,72	17,58	22,27	20,26

⁸⁷ Con los sobrinos y sobrinos políticos se repite la misma tendencia de que aparezcan más parientes directos de los jefes que de los de su cónyuge. En total, ellos aparecen en 7,48% de casas de trabajadores de sectores medios asalariados, 7,02% de propietarios pulperos, 6,63% de las artesanos u obreros, 5,22% donde los cultivadores y 1,81% viviendo con jefes TAA.

Otros no fam.	26,50	1,00	0,73	1,36	0,77
Abuelos	0,21	0,33	0,13	0,14	0,02
Empleados	3,74	1,00	0,03	0,42	0,10
Pupilo/a	3,74	1,00	4,01	0,96	0,67
Socio	0,32	0,00	0,60	0,06	0,79
Subalterno/a	0,21	0,00	0,00	0,00	0,00
Tío/a	0,96	0,67	0,86	0,54	0,14
Sobrino/a	4,70	7,02	6,20	5,16	1,76
Bisnieto/a	0,11	0,00	0,03	0,06	0,00
Sobrino/a polít.	2,78	0,00	0,43	0,06	0,05
Sobrino/a nieto/a	0,00	0,00	0,17	0,08	0,00
Padrastro/madr.	0,00	0,00	0,03	0,00	0,00
Nieto/a Político/a	0,00	0,00	0,03	0,00	0,00
Consuegro/a	0,00	0,33	0,00	0,00	0,00
Tío/a político/a	0,43	0,67	0,20	0,06	0,00
Abuelo/a polít.	0,00	0,00	0,03	0,00	0,00
Ahijado(a)	0,00	0,00	0,00	0,42	0,02
Concuño	0,00	0,00	0,03	0,03	0,00
Primo/a Político/a	0,43	0,33	0,17	0,00	0,00
Familiares serv.	1,60	0,33	0,20	0,48	0,07
Tío/a Abuelo/a	0,00	0,33	0,03	0,00	0,00
Patrón	0,00	0,00	0,07	0,00	0,00
Comadre	0,11	0,00	0,03	0,00	0,00
N=	5379	1483	14027	21384	19480

* Trabajador por cuenta propia o dueño

** Trabajador asalariado o por cuenta propia

Fuente: Misma del cuadro 2.1.

En este mismo sentido podríamos interpretar la mayor presencia de nietos de jefes cultivadores, cuyo porcentaje supera más de cinco veces al de nietos de pulperos (12,78% frente a 2,34%). Este dato, aunado con la baja cantidad de yernos y nueras, nos sugiere que tales nietos eran criados por sus abuelos, estando ausente al menos uno de sus progenitores. En algunos casos se trataría de madres solteras viviendo con los padres de éstas; en otros casos, posiblemente los padres y madres ausentes se hayan ido a trabajar a las ciudades o a zonas –como la mineras y bananeras–, donde los jornales eran más elevados⁸⁸, dejando a sus retoños con los abuelos.

Otra diferencia notable entre los grupos ocupacionales urbanos y los rurales en el cuadro 2.6. es la de las respectivas cantidades de padres y suegros: entre 8,03% y 9,72% entre los urbanos, y un máximo de 3,51% en el campo. Lo propio cabe señalar en cuanto a

⁸⁸ Cfr. Ronny Viales Hurtado, *Construcción, trayectoria y límites del régimen liberal de bienestar en Costa Rica. 1870-1940. Diálogos. Revista electrónica de historia*. Número especial, 2008, 1432. Accesado el 28 de agosto de 2010.

los abuelos y abuelos políticos (de ambos sexos) –siendo estos últimos prácticamente inexistentes en las familias que analizamos–: su presencia, ligeramente más cuantiosa en casas de profesionales y pulperos, es ínfima. Aunque no sorprende que haya censados en general tan pocos padres de jefes –pues era de esperar para esa época una escasa disposición a considerar a hombres mayores como subordinados simbólicamente a un hijo suyo, al declarar a éste como jefe de hogar–, sí es llamativa esta diferencia: este patrón desmiente un viejo lugar común sociológico⁸⁹, ya que indicaría una mayor tendencia entre los grupos ocupacionales más “modernizados” hacia un modelo de familia extendida que en el agro. Esta constatación no riñe con el planteamiento de que durante esta época, como indicamos anteriormente, hubiera una mayor tendencia en Costa Rica hacia la formación de familias de tipo nuclear que en los períodos inmediatamente anterior y posterior.

Los huéspedes constituyen otro rubro significativo en todos los casos, alojándose en alrededor del 17% de casas de los jefes de oficios urbanos que aquí observamos, y entre 20,26% y 22,27% en los hogares de los rurales. Llama también la atención que en alrededor de una cuarta parte de las familias de clase media asalariada aparezcan personas no familiares, en un dramático contraste con todas las demás ocupaciones, en las que dicho rubro es prácticamente una *quantité négligéable* que ronda el 1%.

Otro aspecto por tomar en cuenta es la presencia de personas definidas en el censo por sus relaciones de carácter laboral respecto al jefe de familia: patrones, socios, subalternos, empleados y pupilos. En este sentido, aparecían un total de 8,11% en la CMA; 2% en las familias de jefes pulperos; 4,71% en las de artesanos y obreros; 1,44% entre cultivadores; y 1,56% en casas de TAA. De nuevo previsiblemente, los porcentajes más altos de pupilos los encontramos entre CMA y artesanos, pues los otros oficios en este cuadro eran aprendidos y ejercidos desde la infancia. De hecho, los índices más bajos en el agro responden a que allí la familia cumplía ya de por sí funciones productivas y no sólo de consumo.

Finalmente, el análisis de varios rubros en este censo nos permite lanzar algunas hipótesis respecto a la ruptura de las normas familiares hegemónicas en esa coyuntura. Primeramente, según afirma Rodríguez Sáenz, la categoría de “Alojados” escondía a

⁸⁹ Shorter critica esta tesis, indicando que el predominio de la familia nuclear en la modernidad consiste más bien en el surgimiento de un nuevo tipo de solidaridad centrada en el ámbito doméstico. Cfr. Edward Shorter, *The making of the modern family* (Nueva York: Basic Books, 1977), 205-254.

menudo relaciones de concubinato ⁹⁰, en parte debido a que sólo a partir de 1950 los censistas contaron con la categoría de “unión libre”. De hecho, en 1927 el 74,3% de los alojados son mujeres, de las cuales sólo 3,2% habitaban con jefes de familia mujeres, lo cual hace más verosímil este planteamiento. Así, llama la atención que los porcentajes más bajos de alojados los tengan la CMA y los pulperos, con 7,91% y 11,71% respectivamente, seguidos por los obreros o artesanos con 15,19% y un promedio de 16,5% entre los trabajadores rurales.

Por otro lado, las adopciones eran más comunes en el mundo urbano, con porcentajes muy similares: entre 2,56% y 2,79%, frente a 0,93% y 0,46 de cultivadores y TAA respectivamente. El abandono de infantes tenía que ver con situaciones en las cuales la pobreza de los padres biológicos –en realidad, ante todo madres solteras– les impedía a éstos hacerse cargo de ellos. A veces el niño era dejado en casa de su presunto padre, con lo cual éste debía hacerse responsable de él, aunque asumiéndolo públicamente como un acto de filantropía ⁹¹.

Por ello, la declaración de hijos naturales en el censo debe interpretarse dentro de ciertos márgenes: por ejemplo, en todos los oficios del cuadro la cantidad de hijos naturales es superior a la suma de hijos adoptivos y entenados, excepto en la CMA. Si de estos sectores se esperaba respetabilidad, no es demasiado aventurado suponer que muchos de los niños declarados como adoptados o entenados hayan sido realmente hijos de relaciones mal llamadas ilegítimas, en un contexto en el cual el honor, aunque ya cedía ante valores más propios de la convivencia en el capitalismo ⁹², jugaba una importante función para la cohesión social de la Costa Rica de la época, y era particularmente necesaria para las clases medias en ascenso como factor de distinción que los separara simbólicamente de las clases más subalternas.

La respetabilidad en ese período estaba directamente vinculada con el acatamiento de normativas que habían sido establecidas por la Iglesia católica, y cuyos valores fueron en ocasiones legitimados a través de discursos científicos ⁹³. En la esfera pública hubo a lo

⁹⁰ Cfr. *Las familias costarricenses...*, 30.

⁹¹ Cfr. Osvaldo Barrantes *et al. Liberalismo, políticas sociales y abandono infantil en Costa Rica (1890-1930)*. En *Entre silencios y voces. Género e historia en América Central (1750-1990)*, ed. Eugenia Rodríguez Sáenz (San José: EUCR-INAMU, 2000), 93-108.

⁹² Cfr. González Ortega, *Vida cotidiana...*, 274-276.

⁹³ Cfr. *El anunciador costa-ricense*, 16 de agosto de 1899, 4.

largo de todo este período una tensión entre las concepciones de familia basadas en el honor y la religión, y aquellas más tendientes hacia lo secular ⁹⁴; sin embargo, había una tendencia a asumir públicamente los principios morales católicos. El papel de la religión católica como elemento civilizador la convirtió en uno de los principales cohesionantes sociales en Costa Rica, imponiendo su influencia sobre las cotidianidades en general y especialmente sobre las prácticas familiares de aquel tiempo ⁹⁵.

Por lo demás, hemos visto ya el papel activo y determinante que en estos procesos jugaron las clases medias ⁹⁶; el pequeño propietario urbano, el campesino y el maestro, por no hablar del burócrata, el abogado y el contador, fueron piezas clave en la consolidación del *ethos* capitalista. Fueron mediadores del proyecto oficial, pero por ello mismo se vieron más expuestos al control social: su respetabilidad dependía precisamente de su capacidad de estar a la altura de las normas hegemónicas ⁹⁷.

Con el proceso de asalarización –esto es, con el avance de la relación laboral típicamente capitalista– la familia pasaba de unidad de producción y consumo a unidad de consumo ⁹⁸; no es casual pues, como indicamos algunas páginas atrás, que en este período hayan diferencias tan grandes entre la cantidad de miembros de las familias de cultivadores y las del resto de los oficios aquí analizados. A partir de los treintas, nuevas instituciones y tecnologías en salubridad permitieron, sin embargo, elevar ese promedio, preparando la llegada de la época del *baby boom*.

Para fines de los cuarentas, el modelo socio-económico imperante en el país había generado importantes transformaciones en los patrones familiares. En este proceso, es muy posible que las familias de las clases medias –particularmente las urbanas– hayan ido a la vanguardia respecto a las tendencias que empezaban a imponerse como modelos de sociabilidad en la Costa Rica que aspiraba al *progreso*; para fines de nuestro período de

⁹⁴ A pesar de los avances de los discursos liberales, a fines del XIX, “una buena parte del común de las gentes no podía dejar de mirar al liberalismo y al racionalismo como fuerzas sociales disgregadoras y malsanas que, al destruir la religión, comprometerían el bienestar material y social que, sentían ellos, se había levantado con los templos”. González Ortega, *Vida cotidiana...*, 64.

⁹⁵ Nos referimos a este tema infra, 2.2.3.

⁹⁶ Cfr. supra, 1.1.4., 1.1.5. y 1.2.1.

⁹⁷ Sobre la *clase media* afirmaba Simmel que “lo que ella tiene verdaderamente de original es que realiza intercambios continuos con las otras dos clases, y que estas fluctuaciones perpetuas borran las fronteras y las reemplazan por transiciones perfectamente continuas”. Citado en Castel, 369-370.

⁹⁸ Véase, por ejemplo, el estudio de Pierre Bourdieu sobre las estrategias familiares en la Kabília, en el marco de una economía de producción simple. Cfr. *El sentido práctico*, 297-315.

estudio hubo una aceleración del desarrollo desigual de los patrones de la vida doméstica ⁹⁹. Al mismo tiempo, los conflictos entre la vieja ética del honor y la “dinerización” de las sociabilidades, que desde décadas atrás era denunciada con preocupación por diversos actores sociales ¹⁰⁰, se decantaban cada vez más a favor de esta última.

2.2. “El siglo no se conforma con virtudes...”

Fuentes y testimonios diversos evidencian la imagen que los sectores medios costarricenses de esta época tenían de sí mismos y de los demás grupos sociales. Como en otros países latinoamericanos, la inestabilidad y relativa precariedad de las condiciones de vida de estos sectores contrastaban grandemente con la imagen que ellos tenían de sí mismos: la respetabilidad y la decencia eran valores que estos sectores pretendían casi exclusivamente suyos. Según Parker, por ejemplo, los empleados de cuello blanco, quienes primero se habrían identificado como miembros de la clase media peruana, se veían a sí mismos como la *gente decente* junto con los más adinerados, diferenciándose de los campesinos y los obreros, a quienes denominaban *gente de pueblo* ¹⁰¹.

Concordantemente, existía una difundida idea de que estas clases sociales intentaban imitar las costumbres de la élite gastando recursos económicos más allá de sus presupuestos. En el caso peruano “las clases medias [...] estaban condenadas a un estilo de vida y a rituales sociales en su vestido y apariencia que constantemente se volvían más allá de sus posibilidades objetivas. La suya era una vida de tragedias íntimas, cuidadosamente disimuladas” ¹⁰². Una carta publicada en un diario brasileño de 1921 coincide en este parecer, denunciando angustiadamente –pareciera que por un perjudicado directo– estos mismos problemas: “las clases medias, que están compuestas de empleados públicos y los empleados en comercio, sufren más que la clase obrera porque, como Ud. bien sabe, están obligados a mantener cierto nivel de vida al cual no se debe someter la clase obrera. [...] Yo podría gastar menos, pero eso sometería a mi familia a una atmósfera de promiscuidad y malos ejemplos” ¹⁰³.

⁹⁹ Cfr. González Ortega, *Hombres y mujeres...*, 168.

¹⁰⁰ Cfr. Quesada Soto, *Uno y los otros...*,

¹⁰¹ Cfr. Parker, *White collar...*, 22-31.

¹⁰² Parker, *White collar...*, 40.

¹⁰³ Cfr. Owensby, *Intimate ironies...*, 35.

Estas tribulaciones no eran exclusivas de las clases medias de América Latina. En Europa, las nuevas clases medias asalariadas, compuestas principalmente por trabajadores administrativos, debían hacer grandes esfuerzos por “mantener las apariencias”. Para ellas, “la misma modestia de su situación económica, muchas veces no mucho mejor que la de los trabajadores bien pagados, les llevaba a hacer hincapié en lo que les separaba del obrero manual y en lo que esperaban que tenían –o pensaban que debían tener– en común con los que ocupaban el lugar superior en la escala social”¹⁰⁴. Así, por ejemplo, con su acostumbrado desprecio por estas clases –a quienes él, como numerosos otros intelectuales de la época¹⁰⁵, responsabilizaba por el ascenso del fascismo alemán–, Ernst Bloch describía tal tendencia en Alemania: “más aparentar que ser, esto es todo lo que le es permitido, en el ímpetu pequeño burgués, para ser tenido por un señor de categoría”¹⁰⁶. Resulta claro, pues, que aspectos culturales como la búsqueda de distinción surgen a partir de bases estructurales comunes en el desarrollo del capitalismo del siglo XX, y no sólo en el capitalismo dependiente¹⁰⁷.

Esta búsqueda de distinción basada en la capacidad adquisitiva se encontró en tensión a lo largo de nuestro período con la moral católica que imperaba como principal reguladora de las costumbres de la población del país¹⁰⁸; recordemos que el proceso civilizatorio –construcción de hegemonía capitalista– durante el siglo XIX tuvo en la Iglesia, a pesar de discrepancias coyunturales, una aliada imprescindible¹⁰⁹. Dada esta tensión, cabe preguntarnos acerca de las condiciones de sociabilidad en las que se desarrollaron las clases medias en Costa Rica, así como qué relaciones establecieron, consecuentemente, con otras clases sociales a nivel cotidiano. Del mismo modo, surge el tema de cuáles consecuencias tuvieron estas condiciones de sociabilidad respecto a la política costarricense. Estas interrogantes son de central importancia para abordar la formación tanto de las clases medias como de la *clase media* costarricense.

¹⁰⁴ Hobsbawm, *La era del imperio*, 138.

¹⁰⁵ Entre otros, cfr. Sigfried Kracauer, *Los empleados* (Barcelona: Gedisa, 2009). Norbert Guterman, y Henri Lefebvre, *La conscience mystifiée. Suivi de La conscience privée* (París: Syllepse, 1999).

¹⁰⁶ Ernst Bloch, *El principio esperanza. Tomo I* (Madrid: Trotta, 2004), 393.

¹⁰⁷ Sobre las clases medias europeas, cfr. Pierre Guillaume (dir.). *Histoire et historiographie des classes moyennes dans les sociétés développées* (Talence: Maison des Sciences de l'Homme d'Aquitaine, 1998).

¹⁰⁸ Cfr. Francisco Enríquez, “Control social y diversión pública en Costa Rica (1880-1930)”, en *Fin de siglo XIX e identidad nacional en México y Centroamérica*, Iván Molina y Francisco Enríquez (comps.) (Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2000), 3-25.

¹⁰⁹ Cfr. Alfonso González, *Vida cotidiana*, 87-145.

2.2.1. *Espacios y formaciones de clases: rural versus urbano*

Como hemos planteado anteriormente, a pesar de que las distancias entre campo y ciudades eran pocas, las diferencias en cuanto a sus respectivas dinámicas socio-económicas estaban bien marcadas. Los documentos periodísticos y literarios a lo largo de nuestro período de estudio ponen un significativo énfasis sobre las discrepancias entre las condiciones de vida del campo y las de las ciudades –de San José, principalmente–, así como entre sus respectivas culturas. La relativa tranquilidad del campo era comparada en numerosos testimonios con “la atmósfera encumbrada y la vida elegante de la capital”¹¹⁰, contraste escasamente sorprendente tomando en cuenta el desarrollo desigual al que nos hemos referido páginas atrás.

Las observaciones de los esposos Biesanz determinaron tres esquemas de clases en Costa Rica, diferenciando entre el campo, las cabeceras de provincia y la ciudad capital: en el primero, la gran mayoría de los habitantes –campesinos descalzos y pobres, ya fueran peones o pequeños propietarios– compartía una cultura común, aunque unos pocos, como el sacerdote, los maestros, el jefe político y el gamonal, fueran los líderes de la comunidad. En las cabeceras habrían una “clase social”, en la cual habría que contar, junto a los cafetaleros ricos y hombres de negocios, a empleados municipales y maestros de modestos ingresos; su contraparte sería la “el pueblo”, conformado, entre otros por obreros, campesinos, sirvientes y vendedores. Solamente en la capital habría, además de una clase baja y una alta, una clase media¹¹¹.

En cuanto al agro, varias fuentes de la época afirman que allí había una cultura común que acercaba al gamonal con el peón y el campesino, una dinámica de clases muy distinta a la de las ciudades del país. Según Rodríguez Vega en 1953, en el campo “la diferencia entre un patrón y los peones es puramente económica, sin advertirse los distintivos psicológicos y culturales que podemos encontrar entre un obrero, por ejemplo, y un hombre rico de la ciudad. Para decirlo gráficamente: el patrón es el campesino acaudalado. Trata a sus peones sin reservas de ninguna clase, pues tiene una manera común de buscar las soluciones adecuadas y una actitud humana semejante”¹¹².

¹¹⁰ Cfr. García Monge, *Obras escogidas*, 487.

¹¹¹ Cfr. Biesanz y Biesanz, *La vida...*, 52-56.

¹¹² Eugenio Rodríguez Vega, *Apuntes para una sociología...*, 98.

Aunque, como señalamos anteriormente, existían importantes diferencias entre peones y pequeños propietarios a nivel de la composición familiar, aparentemente no sucedía así en cuanto a los objetos de uso cotidiano. A partir de la revisión de registros testamentarios en Santo Domingo de Heredia, Gudmundson corrobora este comportamiento en los medianos productores de café: este investigador se asombra de “la total carencia de bienes de consumo de lujo” entre esos productores cafetaleros adinerados ¹¹³. También encontró una notable identificación –basada en lazos de carácter paternalista– entre éstos y los productores minifundistas que ocasionalmente trabajaban para ellos, en contra de la oligarquía de los procesadores y financistas; los medianos productores se apropiaron del liderazgo de los movimientos populares en torno al café ¹¹⁴. Como consta en las *Autobiografías campesinas* ¹¹⁵, peones y pequeños propietarios compartían condiciones de vida similares, lo cual era de esperar, pues estos últimos padecían los efectos de la subsunción de su modo de producción en el régimen de trabajo capitalista ¹¹⁶.

Los modos de vida campesinos eran en aquellas épocas muy distintos a los de las ciudades. Eliseo Gamboa, nacido en 1900, afirmaba que los campesinos de su época de juventud eran muy diferentes a sus contemporáneos de las ciudades; por el contrario, para la década de 1980 diagnosticaba que “el campesino se ha civilizado. La verdad es que ahora no se nota mayor diferencia entre un campesino y un hombre de la ciudad. Ya el campesino de cuando yo me criaba ha desaparecido; las carreteras, el radio, la televisión, lo han acercado a la ciudad, lo han integrado a la vida moderna” ¹¹⁷.

Gamboa se destacó como orador en varias campañas electorales y llegó a ser diputado en 1938. Según narra, su éxito radicó en que, siendo un campesino ramonense descalzo, llamaba la atención por sus capacidades retóricas: “resulta que como yo era un campesino de aspecto muy humilde, cuando ocupaba la tribuna de mi partido las gentes que escuchaban a otros oradores contrarios se venían a oírme” ¹¹⁸. Varios intelectuales, entre ellos un sobrino suyo que era licenciado, le prestaban libros con los cuales ampliaba sus conocimientos a la luz de una candela, tras la dura jornada del campo, de tal modo que

¹¹³ Cfr. Gudmundson, “Campesino...”, 166.

¹¹⁴ Cfr. Gudmundson, “Campesino...”, 184-185.

¹¹⁵ Cfr. AA.VV. *Autobiografías campesinas. 5 tomos* (Heredia: EUNA, 1982).

¹¹⁶ Gudmundson, de hecho, trata a minifundistas y peones como una misma clase. Cfr. “Campesino...”, 162.

¹¹⁷ Cit. en Salgado, *Gentes...*, 75.

¹¹⁸ Cit. en Salguero, *Gentes...*, 74.

“cuando regresaba los domingos a hablar en público, yo era el mismo campesino de aspecto, pero en realidad era un hombre que se había leído los grandes oradores de la Revolución Francesa”¹¹⁹.

A pesar de la existencia de numerosos centros semiurbanos en Costa Rica, el desarrollo del capitalismo tico abrió una brecha imaginaria entre las ciudades y el campo sobre el cual éstas se sustentaban; Cañas, por ejemplo, nos habla de jóvenes costarricenses que ya en los treinta eran “individuos totalmente urbanos”¹²⁰. Pero si los espacios urbanos y los rurales contrastaban entre sí, la percepción que tenían sobre estas diferencias sus respectivos habitantes eran tanto o más marcadas. Esto resalta en textos como las *Concherías* de Aquileo Echeverría, en las cuales el lenguaje del hablante lírico es bien distinto lexical y fonéticamente del habla de los rústicos personajes que burlonamente presenta el poeta, dicotomía formal en la que se asoma el conflicto entre lo rural y lo urbano¹²¹. Pero las diferencias entre habla campesina y habla urbana aparecían también en la prensa diaria –casi siempre a modo de chanza¹²²– y en la literatura, donde se destaca entre muchos otros la prosa de Fabián Dobles.

Oficialmente, los campesinos eran exaltados como símbolo de la nacionalidad costarricense, pero eran habitualmente menospreciados por los ciudadanos. En 1923, durante la plaza pública en San José del Partido Reformista, la policía no le permitía al mencionado Eliseo Gamboa ingresar al lugar donde se sentaban los oradores; debió intervenir Aquileo Orlich, un hombre acaudalado de San Ramón, para que lo dejaran unirse al resto de los oradores¹²³. Pero fue precisamente la apariencia física de este orador, tan distinta a la de los profesionales y propietarios urbanos que acompañaban al General Volio, sumada a su retórica, la que le abrió las puertas de la vida pública. La historia de Gamboa muestra cómo éste tuvo éxito gracias a su condición de campesino, debido a que se esforzó por dejar de mostrar algunas de las condiciones que en realidad generaba el modo de vida de esta clase social. Que un campesino hablara con elocuencia y erudición debía causar sorpresa a

¹¹⁹ Cit. en Salguero, *Gentes...*, 74.

¹²⁰ Cfr. Cañas, *80 años...*, 33.

¹²¹ Cfr. Alvaro Quesada, *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910). Enfoque histórico-social* (San José: EUCR, 1986), 158-168.

¹²² Véase, por ejemplo, “Qué manera ‘é dar el pésame!’”, *El diario republicano*, 22 de diciembre de 1927, 2.

¹²³ Cfr. Salguero, *Gentes...*, 74.

propios y a extraños, pero además reforzaba una percepción autocomplaciente de que todo costarricense podía ilustrarse, de ser esa su voluntad.

Incluso los gamonales, a pesar de tener mucho dinero, eran vistos como ignorantes por la gente de la ciudad, como resalta en la obra de teatro *Don Concepción* (1905), así como en las novelas *El hijo de un gamonal* (1901) y *El primo* (1905): los protagonistas de las dos primeras obras buscan –en vano– ser aceptados como iguales entre los círculos distinguidos de San José, mientras que “Trillito”, personaje hijo de gamonal, taimado y vividor en la última, sólo lo logra al precio de negar a su padre, a su madre y hasta a su apellido frente a la gente de la ciudad.

Estos textos, escritos todos ellos por “pobres de leva” –Carlos Gagini, Jenaro Cardona y Claudio González Rucavado– dan cuenta de la desconfianza de las clases medias urbanas frente al poder que fueron obteniendo los gamonales desde fines de siglo. El bautizo del poder legislativo de 1920 como “la Asamblea de los Hermenegildos”¹²⁴ es indicativo de tales reservas y desprecio velados de los ciudadanos hacia esa especie de burguesía rural –casi una contradicción de términos– emergente. De acuerdo con los Biesanz, más allá de los ingresos, la educación formal era un criterio para la aceptación en la “sociedad”; ello excluía no sólo a los campesinos adinerados, sino a muchos pequeños propietarios urbanos¹²⁵.

La animadversión entre campiranos y ciudadanos era, por supuesto, mutua. Tras describir cómo durante la primera mitad del siglo pasado los “turnos” de Zapote terminaban en “bochinches” de los locales contra sus vecinos –los “cholos” curridabatenses, “mojones” sampedreños y “panchos” de San Francisco de Dos Ríos–, Montero y Marín indican, a partir de diversos testimonios orales, que “las víctimas preferidas eran los ‘güechos’ o ‘levitas’, esos despreciables josefinos que venían con sacos y zapatos. Para ellos no había fecha, cualquier día era bueno para asestarles unos cuantos golpes y puñetazos. Para los turnos se les preparaban varas, cutachas y pedazos de madera, esperando dejarles grabado

¹²⁴ Cfr. Mario Samper, “Fuerzas sociopolíticas y procesos electorales en Costa Rica”, *Revista de historia* (Costa Rica) Número especial (1988), 165-166.

¹²⁵ Cfr. Biesanz y Biesanz, *La vida...*, 54.

el recuerdo”¹²⁶. De este modo, si los ciudadanos se burlaban de los “conchos” y “descalzos”, los rurales no se quedaban cortos en invectivas contra los “levudos” y “chancletudos”¹²⁷.

Como planteamos a lo largo del capítulo anterior, que la urbanización se diera al ritmo de un modelo económico de base agraria no fue obstáculo tampoco para que las ciudades costarricenses fueran paulatinamente desplegando signos de modernidad: una modernización entre cafetales, como ha sido descrita por Florencia Quesada¹²⁸. Para fines del siglo XIX la especialización de las funciones del espacio urbano y su jerarquización habían segregado nuevos barrios para la vivienda de artesanos y trabajadores manuales de San José: en el noroeste y el sureste de la ciudad se habían concentrado las zonas más pobres, compuestas “por barriadas populares y alejadas geográficamente de las clases más acomodadas”¹²⁹.

En el distrito El Carmen, al noreste de la capital, se habían concentrado las residencias de los grupos más acaudalados; sin embargo, éstos empezaban ya a inicios del nuevo siglo su éxodo hacia la periferia del casco urbano¹³⁰: para 1927 sólo el 4% de los residentes de este distrito se declaraba patrón o dueño, mientras que el 6,5% eran profesionales y técnicos, 1,4% empleados administrativos, y 5,25% comerciantes¹³¹. Los sectores medios dedicados al comercio y a las profesiones fueron, pues, asentándose en El Carmen, tras la retirada de la burguesía; hemos indicado ya que es precisamente en el casco urbano, y en particular en este distrito, donde se concentraba la mayor cantidad de miembros de estas ocupaciones¹³². Para los cuarentas proseguía la tendencia de las familias más pudientes a alejarse de los centros de las ciudades, y sus casas pasaban a ser ocupadas

¹²⁶ Alex Montero Hernández y Juan José Marín Hernández, *Zapote y su historia* (San José: Municipalidad de San José / Universidad de Costa Rica, 1995), 81. También en las cabeceras de cantón se daban este tipo de conflictos: en Palmares, por ejemplo, desde fines de siglo XIX y hasta alrededor de la mitad del siguiente eran comunes las pugnas entre villanos y labradores, los de los altos contra los de los bajos. Cfr. Carlos Abarca Vásquez, *Siglo y medio de identidades palmareñas* (Alajuela: Carlos A. Abarca Vásquez, 1999), 80-82.

¹²⁷ Cfr. Miguel Ángel Quesada, *Diccionario histórico del español de Costa Rica* (San José: EUNED, 1995), 38, 61, 93, 50. Nótese cómo los insultos son formulados en uno y otro caso a partir del uso –o falta de él– de determinados objetos cotidianos.

¹²⁸ Cfr. Quesada, *La modernización....*. De hecho, vecinos de San Juan de Tibás, a tan sólo cuatro kilómetros al norte de San José, recuerdan a su comunidad antes de 1950 como un “cafetal con luces”. Cfr. Sandy. *En mi viejo San Juan* (San José: O. Sandy P., 2001), 22-27.

¹²⁹ Elizabeth Fonseca y José Enrique Garnier, (eds.), *Historia de la arquitectura en Costa Rica* (San José: Fundación Museos del Banco Central de Costa Rica, 1998), 310.

¹³⁰ Cfr. Florencia Quesada, *En el barrio Amón. Arquitectura, familia y sociabilidad del primer residencial de la élite urbana de San José* (San José: EUCR, 2001), 95-111.

¹³¹ Fuente: CIHAC, Muestra digital del censo de 1927.

¹³² Cfr. supra, 1.1.3.

por cantinas, salones de baile y comercios. Los pobres vivían en casas deterioradas en distintos lugares de la ciudad, en especial en sus bordes mientras que, por su parte, “los profesionales y comerciantes de clase media todavía habitan en un corto radio cerca de la plaza central”¹³³.

En el centro de la ciudad de San José el uso del suelo tendió marcadamente entre 1890 y 1930 hacia el comercio, y en medida más modesta a la industria o la manufactura: el espacio urbano del centro josefino se iba especializando hacia la circulación de mercancías, en detrimento de sus funciones de vivienda¹³⁴. También es con el ocaso decimonónico que, según Cáceres, empiezan a surgir en Costa Rica una serie de valores urbanos, los cuales implicaban “otro uso y distribución del tiempo, que reclama un mayor grado de movilidad cotidiana... otra noción del espacio vital, denotada por la separación del ámbito privado de los lugares de trabajo y recreación... en fin, la instauración de un repertorio de valores típicamente urbanos”¹³⁵. Concordantemente, para Alfonso González, a fines del XIX “las pequeñas ciudades en crecimiento, pero en especial la ciudad capital, trajeron consigo la experiencia de la modernidad, es decir, la fragmentación y privatización de la vida personal. La experiencia de una identidad comunitaria tal como se registraba aún en el pequeño pueblo, empezaría pronto a ceder su lugar a una vida cotidiana más atomizada, más individualizada, más anónima”¹³⁶.

Nuevos espacios de ocio facilitaron esta experiencia de la modernidad, aunque en general los espacios públicos eran más limitados para las mujeres. Las salas de proyección construidas para el cine, ya de por sí notorias por su tamaño, fueron acompañadas por otros negocios frecuentados a la salida del cine, como sodas, cafetines, heladerías y restaurantes, que propiciaron nuevos patrones de consumo, y reconfiguraron espacios urbanos en los que una incipiente cultura de masas se había abierto paso, produciendo un uso del tiempo libre en función de un consumo conspicuo –al cual, como veremos, los sectores medios urbanos

¹³³ Biesanz y Biesanz, *La vida...*, 63.

¹³⁴ Cfr. Luis Guillermo Salazar Palavicini, “Formación del espacio social de la ciudad de San José: proceso de apropiación del territorio urbano (1870-1930)” (Tesis de Maestría en Sociología, Universidad de Costa Rica, 1986), 84-87.

¹³⁵ Citada en: Flora Ovares, *Literatura de kiosco. Revistas literarias de Costa Rica, 1890-1930* (Heredia: EUNA, 1994), 21.

¹³⁶ González Ortega, *Vida cotidiana...*, 263.

eran muy afectos—. Las compras por catálogo y las tiendas de departamento, la radio, los salones de baile, la prensa sensacionalista y el deporte se desplegaron en este período ¹³⁷.

Por otro lado, San José, anteriormente catalogado como una aldea alrededor del Teatro Nacional, mostraba innovaciones arquitectónicas a la altura de las metrópolis de la época: ya a fines de los veinte —época de bonanza cafetalera— se introducía el *art déco* que poco antes emergía desde París. Este estilo, relativamente económico pero de vanguardia, predominó en barrios como Barrio México, Barrio Luján y Don Bosco, habitados en buena parte por familias sustentadas en ocupaciones propias de clases medias ¹³⁸.

De este modo, hacia los años veinte en el Valle Central los elementos culturales más modernos se habían ido sincretizando con otros más tradicionales, alternándose con misas, retretas y veladas, configurando nuevas formas de cotidianidad con temporalidades más aceleradas e identidades menos retraídas a lo estrictamente local ¹³⁹: valga recordar, en este sentido, que a lo largo de los catorce años anteriores a 1930 el número de automóviles creció en el país más de 45 veces ¹⁴⁰, y a partir de 1929 el público contó con servicios de transporte remunerado en los alrededores de San José, y entre esta ciudad y Heredia, Cartago y Alajuela ¹⁴¹. Dos coyunturas sucesivas potenciaron este auge del automóvil: primero, la modernización acaecida durante el auge económico de los veinte ¹⁴²; y posteriormente, la política de los gobiernos de los treinta y cuarenta de construir caminos para combatir los efectos de la crisis capitalista. Entre las consecuencias de estas medidas estuvo la paulatina urbanización de las costumbres de las zonas rurales y semiurbanas; de allí que diversos testimonios de inicios de los treinta, como los de Mario Sancho o Rafael

¹³⁷ Patricia Fumero Vargas, “Vida cotidiana en el Valle Central: 1850-1914. Los cambios asociados con la expansión del café” en *Costa Rica, Estado, sociedad y cultura: desde las sociedades autóctonas hasta 1914*, coord. Ana María Botey (San José: EUCR, 2000), 308, 320-321.

¹³⁸ Cfr. Fonseca y Garnier, 377; también: Andrés Fernández, *Un país, tres arquitecturas. Art nouveau, neocolonial hispanoamericano y art déco en Costa Rica, 1900-1950*. (Cartago: Ed. Tecnológica, 2003), 97-99. En menor medida, tales familias ocuparon viviendas de estilo neocolonial, usualmente reservado para gente de alto estatus social. Cfr. Carlos Altezor, *Arquitectura urbana en Costa Rica. Exploración histórica 1900-1950* (Cartago: Ed. Tecnológica, 1986), 89.

¹³⁹ Francisco Enríquez, “Entre la tradición y la modernidad. La diversión pública en las localidades rurales de San José (1880-1930)”, en *Revista de Ciencias Sociales* 89 (2000): 69-83.

¹⁴⁰ Cfr. *supra*, 1.1.3.

¹⁴¹ Cfr. Carvajal y Avendaño, 53. La comunidad de San Juan de Tibás, por ejemplo, contó con transporte público de personas —las célebres *cazadoras*— a partir de 1924. Cfr. Sandy, 35.

¹⁴² Cfr. Mora Carvajal, *Rompiendo mitos...*, 75-138.

Cardona ¹⁴³, hayan podido dar fe de la modernización de los espacios, tiempos y prácticas de la población costarricense.

Por lo demás, a fines de los treinta San José prácticamente tenía sus afueras en la avenida 16 ¹⁴⁴, y hacia los cuarentas sólo tomaba diez minutos en autobús llegar a pueblos que mantenían tradiciones centenarias ¹⁴⁵. En esta década el éxodo de la burguesía josefina hacia las afueras de la ciudad redundó en la aparición de nuevos barrios residenciales, como Escalante y Los Yoses. Para entonces se podían encontrar allí viviendas inspiradas en la arquitectura de Le Corbusier, modernísima influencia que también fue asumida por el Estado para construir los edificios multifamiliares de la ciudadela Calderón Muñoz ¹⁴⁶.

El desarrollo de la infraestructura urbana en las cabeceras de cantón fue tan notorio como su acelerado crecimiento poblacional ¹⁴⁷. Ya en 1916, según Eugenio Rodríguez, en San Ramón “había dos escuelas con cuatrocientos treinta y cinco alumnos, mercado, hospital, cine-teatro (‘el segundo de la República’ [...]), dos iglesias, hoteles, siete beneficios de café, trece aserraderos, talleres mecánicos, numerosas empresas industriales, un gran palacio municipal en construcción, imprenta, médicos y abogados” ¹⁴⁸. Por su parte, las principales obras de infraestructura de Puntarenas se ejecutaron entre 1900 y 1930: en 1911 se edificó un balneario más moderno, que acogía a visitantes de todo el país durante el verano ¹⁴⁹, y empezó a gestarse la nueva estación del tren. En 1913 se construyó la cárcel pública de la ciudad ¹⁵⁰, y entre 1912 y 1920 la municipalidad saneó una importante cantidad de terrenos en la punta, con lo cual amplió el espacio habitado de la

¹⁴³ Cfr. *supra*, 1.1.

¹⁴⁴ Cfr. López Salazar, 82.

¹⁴⁵ Cfr. Biesanz y Biesanz, *La vida...*, 40-41.

¹⁴⁶ Cfr. Garro, *Las décadas...*, 18.

¹⁴⁷ Cfr. *supra*, 1.1.2., 1.1.3., 1.2.2.

¹⁴⁸ Eugenio Rodríguez Vega, *Por el camino* (San José: EUNED, 1990), 35. Este autor narra también cómo en ese año –en un pintoresco arrebatado de furor localista, podríamos decir– el diputado Nicolás Orlich presentó un proyecto para convertir al cantón de San Ramón en provincia. La iniciativa no corrió con buena suerte en el Congreso Nacional.

¹⁴⁹ Arabela Valverde Espinoza, *La ciudad de Puntarenas. Una aproximación a su historia económica y social, 1858-1930* (San José: SIEDIN, 2008), 91-92, 94-97.

¹⁵⁰ Cfr. Herberth Ulloa Hidalgo, *El ferrocarril costarricense al Pacífico. Construcción e incidencias*. San José: ECR, 1997), 141-149.

ciudad ¹⁵¹. Además, en 1917 –un año después de la apertura del cine ramonense–, iniciaba sus funciones el cine-teatro Mascota ¹⁵².

Así, a mediados de los cuarentas, las capitales de provincia contaban con cines, mercados, retretas, algunas funciones gubernamentales, médicos, abogados, dentistas y “cierto volumen de comercio” ¹⁵³. Además, la conversión de plazas en parques y la edificación en éstos de quioscos, así como la irrupción de almacenes de departamentos, restaurantes, cafetines y casas club, entre otros, coronó con importantes cambios culturales el crecimiento de las zonas semiurbanas del país, aunque fue en la capital donde tales cambios se manifestaron de modo más evidente. En general, estos nuevos espacios potenciaron el florecimiento de la vida pública, pero a la vez le dieron una orientación socio-económica implícita: para estar en ellos, e incluso para llegar a ellos era necesario consumir determinados objetos ¹⁵⁴. Los ciudadanos se acostumbraban a frecuentar estos *ambientes contruidos para el consumo* ¹⁵⁵; con las nuevas sociabilidades urbanas se consolidaba el fetichismo de la mercancía, y los hombres y mujeres de los sectores medios urbanos en especial parecían destinados a convertir sus estilos de vida en testimonio de sus capacidades adquisitivas ¹⁵⁶.

Como hemos podido observar, no sólo había cierta brecha entre el mundo rural y el de las ciudades, sino que las formaciones de clases diferían entre uno y otro tipo de espacio, estando por lo demás el campo supeditado a las urbes. Las sociabilidades en la Costa Rica de la primera mitad del XX se articularon, por tanto, de modos diferenciados en el agro y en las ciudades, a pesar de la cercanía que tenían, por ejemplo, algunos medianos caficultores –casi siempre residentes en zonas semiurbanas– que a la vez eran profesionales con la cultura de los sectores medios de las ciudades ¹⁵⁷, o del interés que los intelectuales

¹⁵¹ Cfr. Valverde Espinoza, *La ciudad de Puntarenas...*, 54-55.

¹⁵² A lo largo de los treinta y cuarenta aparecen diversos otros teatros-cines, como los cines Ventura y Rosalela de Palmares, el cine Fallas de San Isidro de Pérez Zeledón, el Milán de Alajuela y el cine de Naranjo. Cfr. Carlos Manuel Zamora Hernández, *El Valle de los Palmares: historia de Palmares de Alajuela*. (San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 2000), 43-44. Fonseca y Garnier (eds.), *Historia de la arquitectura...*, 363.

¹⁵³ Biesanz y Biesanz, *La vida...*, 162.

¹⁵⁴ Como recordaba un vecino de Moravia, durante los veinte y treinta “el cine era muy barato, pero había gente que no podía ir porque día y qué sé yo, pero mucha gente pobre no podía ir al cine”. Citado en Enríquez, “La diversión pública”, 206.

¹⁵⁵ Cfr. supra, I.1.1.

¹⁵⁶ Cfr. infra, 2.2.2.

¹⁵⁷ Cfr. Acuña, *Patrones del conflicto...*, 118.

urbanos podían mostrar por los problemas agrarios ¹⁵⁸. Los centros semiurbanos en crecimiento mediaron en esta desigualdad, aunque, como hemos indicado, incluso allí se imponían infraestructuras y servicios urbanos, y eran mejor valoradas las costumbres ciudadinas, como índice de civilización. Por lo demás, es sumamente forzado –para no decir tajantemente que del todo inapropiado– asimilar, como lo hicieron los centristas en los cuarentas ¹⁵⁹, a campesinos, a burócratas y a profesionales bajo una misma clase social, la *clase media*.

Retomando las diferencias indicadas por los Biesanz en cuanto a la percepción de las formaciones sociales rurales, urbanas y semiurbanas, podemos notar que, al igual que en las cabeceras de provincia en los cuarentas, en el San José de inicios de siglo tampoco había una percepción de una *clase media* claramente diferenciada de la burguesía, como sí la hubo a partir de los treinta ¹⁶⁰. Esto nos sugiere que el surgimiento de tal percepción tuvo como principal trasfondo el crecimiento de los sectores medios urbanos josefinos, mucho más dinámicos que en el resto del país, como hemos constatado a lo largo del capítulo anterior. Recurriendo a una vieja fórmula, nos hallamos, pues, ante un caso de cantidad (de personas en estos sectores) transformada en cualidad (percepción de éstos como clase autónoma).

2.2.2. Simulando el encanto ajeno: espacios y objetos

Entre los espacios cotidianos más importantes para el grueso de la población estaban las pulperías, en las cuales no solamente se comerciaban, a menudo bajo un sistema de crédito, los bienes para la subsistencia diaria, sino que servían como lugares de encuentro en cada comunidad. El número de estos establecimientos aumentó con celeridad desde fines del siglo XIX ¹⁶¹ –en un despliegue de la pequeña propiedad urbana al que nos hemos referido en el primer capítulo–, y en ellos se podía encontrar gran variedad de mercancías ¹⁶². Allí, además de tertuliar, los asistentes cerraban tratos, conseguían empleos,

¹⁵⁸ Cfr. Gabriela Villalobos Madrigal, “‘El Progreso Redentor’. La Sociedad Nacional de Agricultura, el Estado liberal y la modernización agropecuaria en Costa Rica, 1897-1914” (Tesis de Maestría en Historia, UCR, 2009), 227-234.

¹⁵⁹ Cfr. infra, 3.3.3.

¹⁶⁰ Cfr. infra, capítulo 3.

¹⁶¹ Cfr. Samper, *Evolución de la estructura...*, 254-255.

¹⁶² Cfr. Patricia Vega Jiménez, *Con sabor a tertulia. Historia del consumo del café en Costa Rica (1840-1940)* (San José: EUCR, 2006), 145-149.

hacían circular informaciones y chismes de diversa índole, y fraguaban la política local ¹⁶³; de allí que, como resalta Enríquez, las pulperías jugaran un fundamental papel para las sociabilidades alrededor suyo ¹⁶⁴. No fue escasa la importancia de la radio en las pulperías y taquillas a partir de los treinta, cuando este medio se convirtió en vehículo de propaganda y de entretenimiento popular ¹⁶⁵, ya que pocas casas poseían estos aparatos ¹⁶⁶.

Los mercados de cada localidad cumplían estas funciones en una mayor escala ¹⁶⁷. Allí, como las demás clases sociales, los sectores medios urbanos y semiurbanos hacían sus compras básicas, pero, al igual que los adinerados, adquirían sus más lujosos artículos en los almacenes de artículos importados ¹⁶⁸. Por lo demás, turnos ¹⁶⁹, teatros y cines ¹⁷⁰, y espacios de práctica u observación del fútbol (tanto de los partidos más formales como de las “mejengas” callejeras) ¹⁷¹ eran actividades multclasistas en los que las sociabilidades y la circulación de mercancías se desarrollaban simultáneamente ¹⁷². Según Amighetti, a fines de los veinte se encontró en la frontera con Nicaragua a un farmacéutico que le describió sus añoranzas de San José: “aunque estoy en mi patria, me hacen falta pequeñas cosas de la

¹⁶³ Molina y Lehoucq muestran que ya antes de 1910 los pulperos jugaban un papel fundamental en la política nacional, como electores de segundo grado, sólo superados en número por los agricultores acomodados. Cfr. Iván Molina Jiménez, y Fabrice Lehoucq, *Urnas de lo inesperado. Fraude electoral y lucha política en Costa Rica (1901-1948)* (San José: EUCR, 1999), 34-35.

¹⁶⁴ Cfr. Enríquez, *La diversión pública...*, 194-195. Las pulperías y taquillas eran, además, lugares frecuentados por los bohemios ticos de aquel entonces: tanto los relatos de José Marín Cañas como las memorias de Vargas Coto relatan borracheras en las que personajes como periodistas, abogados, poetas, etc. se confunden con el lumpen esos espacios. Cfr. Vargas Coto, *Crónicas del húsar...*; José Marín Cañas, *Los bigardos del ron* (San José: ECR, 1978). Marín Cañas, *Tú, la imposible...*, 81-87.

¹⁶⁵ Cfr. Garro, *Las décadas...*, 12.

¹⁶⁶ Hernández Valle, *Años de primavera*, 70.

¹⁶⁷ Cfr. Vargas Coto, *Crónicas del húsar blanco*, 231-237.

¹⁶⁸ Cfr. Biesanz y Biesanz, *La vida...*, 263.

¹⁶⁹ Cfr. Biesanz y Biesanz, *La vida...*, 307; Sandy, *En mi viejo...*, 25; Francisco Enríquez Solano, “El turno, un espacio de diversión en Costa Rica, 1890-1930” en *Revista de historia* 49-50 (enero-diciembre 2004), 155-181.

¹⁷⁰ Cfr. Biesanz y Biesanz, *La vida...*, 310-311, 350; Francisco Enríquez, “La diversión pública y los espacios de sociabilidad en San Vicente de Moravia (1880-1930)” en *Culturas populares*, Enríquez y Molina (comp.).

. 206. Sobre los teatros y salones, cfr. Vargas Cullell, 106-113

¹⁷¹ Cfr. López Salazar, *Aquel San José*, 87. Chester Urbina Gaitán, *Costa Rica y el deporte (1873-1921). Un estudio acerca del origen del fútbol y la construcción de un deporte nacional* (Heredia: EUNA, 2001). Sobre el fútbol como diferenciador social: cfr. Díaz, *La fiesta...*, 186-187; Hernández Valle, *Años de primavera...*, 106-110. Sobre el básquetbol colegial, cfr. Eduardo Oconitrillo, *Con perfume de lejanos recuerdos* (San José: EUNED, 2007), 190-197.

¹⁷² También en el caso de los lugares de recreo: como decían varios diputados en 1920, el puerto de Puntarenas era “el punto de reunión de todas nuestras clases sociales en la época de verano”. “Proposición de Decreto en el Congreso Constitucional, por Clímaco Pérez, F. Mayorga, Moisés Aguilar, U. Guevara y A. Urbina” *La gaceta*, 3 de julio de 1920, 670. Sin embargo, allí también imperaba la diferenciación social. Cfr. Valverde, *La ciudad de Puntarenas*, 87-97.

ciudad. Añoro el parque con su banda municipal los domingos, en donde los hombres marchan por un lado y las mujeres en sentido contrario. Los partidos de fútbol en La Sabana, donde yo era un fanático que gritaba en las graderías, o, pasar simplemente por la calle central y detenerme en las vitrinas de Lehmann y de Trejos. [...] Añoro diciembre y sus noches agitadas de luces y de gritos”¹⁷³.

Más exclusivos –valga decir, excluyentes– eran los clubes sociales, lugares que empezaron a surgir con el nuevo siglo. María Clara Vargas indica que estos establecimientos florecieron en particular desde la década de 1910, al igual que las sociedades gremiales, deportivas, de beneficencia y las colonias extranjeras. Esta historiadora enumera, sin pretender exhaustividad, 19 clubes sociales y 5 clubes gremiales fundados entre 1903 y 1922, 10 sociedades de beneficencia –que cumplían funciones sociabilizantes sobre todo entre las damas– entre 1899 y 1916, y 9 clubes de extranjeros entre 1886 y 1919. Estas agrupaciones, entre otras, fomentaron el desarrollo de las orquestas de la época, merced a que contaban con locales donde sus miembros compartían el tiempo libre¹⁷⁴.

Los clubes estaban socialmente bien diferenciados: en primer lugar, como hemos visto, por criterios geográficos, gremiales o de grupos de inmigración, pero también por criterios de género, ya que existían clubes diferentes para los varones y para las damas¹⁷⁵. Como han indicado Díaz y Quesada¹⁷⁶, la pertenencia a un determinado club era también un signo de distinción. Así por ejemplo, respecto al Club de Amigos de San Ramón, fundado en 1900, un miembro de la comunidad afirmaba que éste “fue otra expresión del aislamiento. [...] Es conmovedor el esfuerzo de los directores por darle a ese club características muy especiales: elitista, formal, interesado en la literatura y en la música, estricto para mantener ciertas pautas de comportamiento. [...] El club puso en vigencia reglas exageradas que se mantuvieron invariables durante muchos años: en ciertos actos, vestido oscuro para los hombres y largo para las mujeres; prohibición a los visitantes de bailar sin saco y corbata, etc. [...] En 1900 era posible tener un pequeño club de amigos al

¹⁷³ Francisco Amighetti, *Francisco en Costa Rica* (San José: ECR, 1972), 138. Sobre Plaza Víquez durante las celebraciones de fin de año, cfr. Dobles, *Ese que llaman pueblo*, 97-103; Biesanz y Biesanz, *La vida...*, 309-310.

¹⁷⁴ Cfr. María Clara Vargas Cullell, *De las fanfarrias a las salas de concierto. Música en Costa Rica (1840-1940)* (San José: EUCR, 2004), 100-101.

¹⁷⁵ Cfr. Mora Carvajal, *Rompiendo mitos...*, 216-229.

¹⁷⁶ Cfr. Díaz, *La fiesta*, 183-185. Florencia Quesada, *En el barrio Amón*, 224-229.

que pertenecían ‘los mejores hombres del pueblo’; después cambiaron las circunstancias sociales y el club, extrañamente, se obstinaba en seguir aferrado a sus viejos moldes. Inevitablemente [en 1926, GG] surgió otro club, que originalmente se bautizó en forma agresiva ‘Club de Obreros’, para subrayar el divorcio del saco y la corbata. Debo decir que el elitismo del ‘Club de Amigos’ no era económico sino cultural”¹⁷⁷.

Era, pues, un club para los “ilustrados” de la comunidad, ya que, como veremos más adelante, los miembros de la clase media asalariada vestían de modo muy similar a los ricos. Unos y otros eran *levitas*, lo cual los distanciaba en particular del campesinado: según Fernández Guardia, “para el campesino todo el que gasta levita es rico”¹⁷⁸. De allí que Eugenio Rodríguez afirmara que alrededor de 1914 “cualquier profesional era en San Ramón una figura notable”¹⁷⁹. Esta cercanía entre clases medias y burguesía en las ciudades más pequeñas reafirma el parecer de los Biesanz, quienes planteaban que, exceptuando a San José, en la década de los cuarentas en las ciudades se consideraba a ambos grupos como una sola “clase social” frente a la “clase obrera”¹⁸⁰.

Esta identificación entre sectores medios urbanos y burguesía se fundamentaba en una cultura común basada en valores europeos, modernos y capitalistas, desde los cuales se implementó, en negociación con las clases populares, la consolidación de la hegemonía capitalista¹⁸¹. Con todo, las élites provinciales estaban conscientes de sus diferencias respecto a esas personas económicamente menos solventes con quienes a menudo compartían incluso los mismos clubes sociales: las fiestas privadas de tales élites eran exclusivistas, y en ellas a menudo se mezclaban con la “alta sociedad” josefina¹⁸².

En San José la conciencia de esta diferenciación respecto a la burguesía llevó a que en los treinta “al costado oeste del parque [central], un señor Fernández construyó el

¹⁷⁷ Rodríguez Vega, *Por el camino*, 52. Según Ángela Quesada, “desde su fundación, marcó la división de clases en la sociedad ramonense y en los visitantes. A los bailes solo se podía entrar con invitación personal y las cuotas para participar en las actividades programadas implicaban una solvencia que tenían solo las familias adineradas o con prestigio dentro de la comunidad. Los bailes oficiales se celebraban el 19 de enero. Era suntuoso baile anual y se exigía traje de etiqueta para los caballeros y vestido largo para las damas. Aquí venía lo mejor de la sociedad a exhibir su fortuna y don de gentes”. Ángela Quesada Alvarado, *Recordando la historia de mi pueblo: San Ramón* (San José: EUNED, 1996), 120. Cfr. también Carlos Villalobos V., “*El ramonense*” 1901-1903: *el imaginario comunal impreso*, en Patricia Vega Jiménez (comp.). *Comunicación y construcción de lo cotidiano*. (San José: DEI, 1999), 100.

¹⁷⁸ Fernández Guardia, *Cuentos tícos*, 95.

¹⁷⁹ Rodríguez Vega, *Por el camino*, 35.

¹⁸⁰ Cfr. Biesanz y Biesanz, *La vida...*, 53-54.

¹⁸¹ Cfr. supra, 1.1.4, 1.1.5. y 1.2.1.

¹⁸² Biesanz y Biesanz, *La vida*, 53.

centro social llamado El Sesteo, el cual durante muchos años fue el centro de reuniones, bailes y fiestas privadas de la llamada ‘clase media’, ya que la alta sociedad lo hacía en el Club Unión, frente al correo”¹⁸³. Allí, como en otros clubes, según criticaba Mario Sancho, socializaba la “clase media”, a menudo entre bebidas espirituosas¹⁸⁴. Por su parte, los pequeños propietarios urbanos (comerciantes, zapateros, ebanistas, tipógrafos, etc.), en particular, tenían vínculos sumamente estrechos con sus asalariados; imperaba entre ellos un paternalismo similar al existente en el mundo del café¹⁸⁵, e incluso a inicios de siglo se agremiaban juntos¹⁸⁶. Estos pequeños propietarios a veces ganaban más que los profesionales, pero su educación formal inferior y el carácter manual de sus labores redundaban en que compartieran espacios de ocio como los clubes con sus empleados¹⁸⁷.

La caridad fue otra actividad que le permitió a los sectores medios distinguirse de las clases más subalternas y compartir espacios con la burguesía. Allí en particular se hicieron las mujeres de los sectores medios de antaño un lugar en el espacio público, aunque bajo el amparo de la Iglesia católica, como en el caso de la Sociedad de Damas de la Caridad de San Vicente de Paúl¹⁸⁸. Según Solís, hasta entrados los años treinta, la palabra caridad abría canales de contacto social, pues en ella se basaba el sistema de salud del país. Sólo tras la crisis de 1929 se visibilizaron sus límites¹⁸⁹, por lo que no sorprende que quienes la gestionaban hayan gozado de gran prestigio¹⁹⁰. No sorprende pues, tampoco, que como indicaban los Biesanz, la “clase media” considerara entre sus principales virtudes la participación en la caridad pública¹⁹¹.

¹⁸³ José Guillermo López Salazar, *Aquel San José... (1920-1950)* (San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1997), 67.

¹⁸⁴ Cfr. Mario Sancho, “Costa Rica, Suiza centroamericana.”, en Flora Eugenia Ovaes y Seidy Araya, *Mario Sancho, el desencanto republicano* (San José: Editorial Costa Rica, 1968), 39.

¹⁸⁵ Cfr. Acuña y Molina, *Historia económica y social*, 188. Sobre el café: cfr. Gudmundson, “Campesino”, 174-175. También el testimonio de Jaime Cerdas, en *La otra vanguardia*, 43-44.

¹⁸⁶ Cfr. infra, 2.3.

¹⁸⁷ Cfr. Biesanz y Biesanz, *La vida...*, 54.

¹⁸⁸ Cfr. Florencia Quesada, *En el Barrio Amón*, 200-203. Sobre la injerencia de la Iglesia en las sociabilidades femeninas, cfr. Alfonso González, *Vida cotidiana*, 167-168. González y Pérez mencionan más de quince congregaciones religiosas en Palmares entre 1880 y 1930, e indican que a ellas les delegaba el Estado las funciones de trabajo social. Yamileth González y María Pérez Iglesias, “Mujer, Iglesia y organización comunal: Palmares, Costa Rica, 1880-1930”, en Eugenia Rodríguez Sáenz, *Entre silencios y voces*, 167.

¹⁸⁹ Cfr. Manuel Solís, “La élite caritativa y la institución psiquiátrica: una lectura desde los años cuarenta”, *Revista de Historia* (Costa Rica) 53-54 (enero-diciembre 2006), 117.

¹⁹⁰ Cfr. Giselle Marín, “Caridad y prestigio”, 113-114.

¹⁹¹ Cfr. Biesanz y Biesanz, 56.

En otro tipo de agrupaciones muy importantes durante nuestro período de estudio, las masónicas, constan igualmente numerosos hombres de las clases medias: entre 1865 y 1899 prevalecieron allí los profesionales, tras ellos los comerciantes y agricultores ¹⁹². Molina ha rescatado el caso del impresor, pintor y escritor alajuelense José Joaquín Sibaja, quien ingresó a la masonería en 1899, cultivando con ello un capital social que compensó su pérdida de una beca para estudiar medicina en Europa. Según este historiador, “la conversión a la masonería de figuras destacadas de la vida política y cultural del país, ya se tratara de costarricenses o extranjeros, ofrecía a los miembros de las distintas logias una estimulante atmósfera intelectual, fortalecida por la pertenencia a un círculo urbano selecto y masculino, que combinaba la identidad de clase con la de género” ¹⁹³.

Ahora bien, al ubicarse en espacios multiclasis, las clases medias se distinguían de diversas formas. Uno de los elementos principales para la distinción de los grupos urbanos y semiurbanos era el goce público de objetos de consumo conspicuo, lo cual se desplegaba en todo su esplendor en las festividades: en esas ocasiones, las vestimentas de lujo eran la ostentación principal ¹⁹⁴. Pero esta diferenciación era también un asunto cotidiano. Sobre su infancia en los veintes y treintas, recordaba precisamente un josefino que “fue una época muy romántica. Se notaba la influencia europea en el vestuario, especialmente las damas, así como las costumbres y en el trato social” ¹⁹⁵. Ilustraba esto con sus remembranzas sobre el parque de La Sabana en un domingo cualquiera de aquellos tiempos: “las damas lucían sus trajes largos, estrechados en la cintura, ajustados por los corsés, luciendo faldas acampanadas. Se cubrían del sol con sus floreadas sombrillas o sus vistosos sombreros. [...] Los vestidos estaban a la moda influenciada por las modelos de los cinematógrafos o revistas europeas. Iban acompañadas de sus novios o alguna que otra dama de compañía. [...] Los varones con sus vestidos enteros de casimir, y los clásicos sombreros de forma aplanada, color amarillo, de ala plana circundados por una bandana de cinta negra. [...] Los mayores usaban bastones, algunos de ellos con filigranas de plata; los abuelos mostraban sus mostachos y las leontinas de sus relojes de oro o plata, de bolsillo, de dorado enchape. [...] Los niños usaban botines sujetos por broches o botones: medias

¹⁹² Cfr. Ricardo Martínez Esquivel, “Composición socio-ocupacional de los masones del siglo XIX”, *Diálogos* 8, no. 2 (agosto 2007-febrero 2008), 145-146.

¹⁹³ Molina, *Una imprenta de provincia*, 91.

¹⁹⁴ Cfr. Díaz, *La fiesta*, 174-175.

¹⁹⁵ López Salazar, *Aquel San José*, 36. 83480837

largas que sujetaban los pantalones bombachos a la altura de las rodillas. [...] Algunos jóvenes usaban sacos de tela gruesa y corbatines y unas gorras de tela al estilo inglés. Esta vestimenta no era sólo de la llamada ‘alta sociedad’, sino también de uso común en la clase media. También había gran cantidad de personas descalzas, ya fuera por costumbre o por falta de dinero”¹⁹⁶.

Coincidentemente, al final de nuestro período, según los Biesanz, “los pobres andan descalzos y harapientos; las chicas pobres nunca llevan sombrero. A las otras clases, sin embargo, es difícil distinguir las por sus ropas, en vista de que *la clase media viste por encima de sus posibilidades*”¹⁹⁷. Y, posteriormente afirman que “tanto las clases medias como las altas ponen gran énfasis en el consumo conspicuo de riqueza, especialmente en relación con la ropa y la recreación. En una noche de domingo, en el Parque Central de San José, se puede ver muchachas de quienes se sabe que son relativamente pobres, portando vestidos que les costarían el sueldo de un mes, chaquetas de piel y sombreros importados. Se dice que muchos economizan en todo lo demás, incluyendo la comida, a fin de tener ropas lindas, y con frecuencia deben lo que llevan puesto. Para ser aceptados socialmente, muchos, que no pueden razonablemente permitírselo, tienen carros, usan taxis, viajan, van al teatro y a clubs nocturnos caros”¹⁹⁸. Algunas otras actividades y objetos que connotaban un alto *status* social, y que por tanto tendían a ser buscados por los sujetos en busca de distinción eran, según la pluma de Marín Cañas, idiomas, pintura, piano, tennis y cigarrillos importados (“Pall Mall”)¹⁹⁹, en lugar de los puros hechos en el país.

Para las clases medias, la distinción implicaba la imitación de la cultura europea occidental. Como notamos anteriormente²⁰⁰, la migración europea fue en Costa Rica un importante componente en las clases medias, especialmente para la pequeña burguesía y los profesionales liberales o asalariados. Las colonias extranjeras, debidamente organizadas en clubes de recreación y de beneficencia, deben haber sido referentes fundamentales como modelo para los ideales culturales de las clases medias emergentes; como afirma un célebre historiador, en las periferias del sistema-mundo “el legado cultural más importante del

¹⁹⁶ López Salazar, *Aquel San José*, 26-27. Énfasis mío, GG. En contraste, Fernández Guardia indica que el “traje popular” de las mujeres consistía en una “amplia falda y camisa de gola”. Cfr. *Cuentos ticos*, 5

¹⁹⁷ Biesanz y Biesanz, *La vida...*, 50. Énfasis mío, GG. Los artesanos, por su parte, mantenían una identidad en su vestimenta incluso durante las festividades. Cfr. Díaz, *La fiesta...*, 198-199.

¹⁹⁸ Biesanz y Biesanz, *La vida...*, 73.

¹⁹⁹ Marín Cañas, *Tú, la imposible*, 75, 113.

²⁰⁰ Cfr. *supra*, 1.1.3.

imperialismo fue una educación de tipo occidental para minorías distintas: para los pocos afortunados que llegaron a ser cultos y, por tanto, descubrieron [...] el ambicioso camino que conducía hasta el sacerdote, el profesor, el burócrata o el empleado”²⁰¹.

Muy posiblemente los lujos, como afirman los Biesanz, hayan florecido durante el auge económico de los años veinte²⁰²; sin embargo, el afán por conseguirlos venía, como hemos indicado, de tiempo atrás entre las clases medias urbanas. Esta tendencia fue de larga duración: a inicios del siglo, Jenaro Cardona narraba con ironía sobre unas chicas josefinas que “eran dos talentos financieros de primera fuerza; a pesar de ser hijas de un modesto empleado, vestían como parisienses, gastaban sombreros costosos, y perfumaban una calle con solo asomar en ellas sus personitas acicaladas, llenas de ringorrangos. Solían hacer regalos a ciertas de sus amigas cuando éstas cumplían años, que dejaban boquiabiertas a las obsequiadas, quienes no podían menos que asustarse al pensar en la reciprocidad. ¡Vaya usted a averiguar esos misterios!”²⁰³.

Los intentos por imitar las costumbres de la burguesía eran una constante entre las clases medias urbanas de la época. Así, “los acontecimientos de [la alta, GG] sociedad se describen ampliamente en las páginas sociales de los diarios, pero hay personas de clase media que pagan por la publicación de sus fotografías en sus cumpleaños, bodas, compromisos y cuando nacen sus primogénitos. Estos espacios pagados son redactados en un estilo convencionalmente florido en tanto que los otros mencionan que la persona homenajeada es un ‘miembro de la alta sociedad’ de la ciudad e incluso a menudo exponen su genealogía”²⁰⁴.

Otra de las “exigencias sociales” para los sectores medios urbanos eran los viajes de veraneo. Un personaje de *El primo*, empleado de comercio, refiriéndose a su hermana y a su padre, lamentaba que “una familia pobre que vive mal en San José, se obligue a vivir peor en un tugurio destartalado y sucio, comiendo plátanos y bebiendo agua de acequias inmundas, todo ello a la orilla de una carretera polvorienta, para regresar luego cargada de deudas y enflaquecida a causa de una pésima alimentación, por no quedarse sin salir a

²⁰¹ Hobsbawm, *La era del imperio*, 88.

²⁰² Cfr. Biesanz y Biesanz, *La vida...*, 73.

²⁰³ *El primo*, 220. También García Monge, en la novela *Hijas del campo*, retrataba a “Tijo”, un tenedor de libros pobre pero emparentado con la oligarquía, como un vividor y aparentador, compadre de fiestas de los chicos burgueses. Cfr. García Monge, *Obras escogidas*, 459.

²⁰⁴ Biesanz y Biesanz, *La vida...*, pág. 55.

veranear, es verdaderamente cómico y ridículo. Eso se ha hecho una moda como otras, y no quieren convencerse de que las modas caras no son para los pobres”. Más adelante, otro personaje, joven abogado, se sorprendía de que esas personas que “veraneaban en malos lugares, en casas incómodas pasando mil trabajos regresaran a la capital muy orondos de haber cumplido con la fórmula del buen gusto y la exigencia social, después de haber ganado la nota de gentes principales y a la moda”²⁰⁵.

Debido a estas tendencias a gastar más en relación con sus ingresos, diversas versiones presentan a los sectores medios como relativamente más empobrecidos que otras clases. Vicente Sáenz hablaba, durante la depresión económica del primer lustro de los treinta, de “la indigencia vergonzante de las clases medias, que no pueden exhibir su triste condición”²⁰⁶. Ossenbach, por su parte, ponía en boca de uno de los personajes de su *Arco iris sobre Costa Rica*, respecto al San José de fines de los treinta: “con el deseo de igualarse con los más ricos, los empleados públicos y los pequeños comerciantes desarrollan frecuentemente un lujo que no corresponde a sus ingresos. Mandan a sus hijos a buenas escuelas y sus hijas, que van a la retreta en pesados automóviles americanos –de los cuales a veces solo han pagado unas cuantas cuotas–, lucen en cada baile un vestido nuevo”²⁰⁷.

Un par de décadas atrás, durante otra coyuntura de crisis, el presidente González Flores había mostrado su preocupación por las familias de estos sectores. Ellas, tanto en la ciudad como en el campo, gastaban proporcionalmente más que los demás grupos sociales, ya que “el gasto de víveres y otros artículos de producción nacional *no se aumenta sobre lo ordinario en la misma proporción que los gastos en ropa y otros artículos de algún modesto y justo lujo*. Sus compras de mercaderías importadas son relativamente mayores y con ellas su contribución más pesada”²⁰⁸. Eran, pues, familias que ganaban “apenas para sus gastos”, pero buena parte de sus egresos consistían en consumir ostentadamente.

La emulación de los patrones burgueses de sociabilidad y consumo venía acompañada en muchos casos de una identificación –no carente de dificultades y eventuales frustraciones– con la clase capitalista, lo cual no debiera sorprendernos, dado que unos y

²⁰⁵ Cardona, *El primo*, 171, 214. También cfr. Zeledón Pérez, *Melo*, 118-124.

²⁰⁶ Sáenz, *Ensayos escogidos*, 90.

²⁰⁷ Ossenbach, *Arco iris...*, 47.

²⁰⁸ En: Meléndez (comp.). *Mensajes presidenciales...*, tomo IV, 222-223. Énfasis mío, GG.

otros compartían numerosos espacios. Pío Víquez, un pobre de levita proveniente de una familia campesina de Cartago ²⁰⁹, se congratulaba de la apertura de nuevos hoteles en el país, pues había lugares a los que ya no tendrían acceso “los peleles” y “descamisados” ²¹⁰, mientras que Alberto Cañas recuerda que en los años veintes, cuando su padre era dueño de una pequeña imprenta, su casa era “probablemente de sentimientos oligárquicos aunque de limitados recursos” ²¹¹. En 1927, una escritora en el diario *La prensa* indicaba que “la mujer de la clase media quiere tener más de aristócrata que de obrera” ²¹², y todavía a fines de los cuarentas, el periódico del Partido Vanguardia Popular criticaba a las “mujeres de la clase media de las que miran al rico con envidia y respeto, maestras, oficinistas, etc., [...] no obstante ser hijas o nietas de obreros o campesinos pobres” ²¹³.

Efectivamente, a través de sus objetos las clases medias urbanas se diferenciaban de las clases más subalternas de la época, como puede apreciarse en el relato de Luisa González sobre su experiencia al trasladarse desde un barrio de artesanos y proletarios, La Puebla, a uno más propio de su nueva condición de educadora, Barrio México. Según ella, había en la familia cierto temor de que los nuevos vecinos vieran sus chunches “viejos y feos” al pasarse de casa ²¹⁴; en este mismo sentido, según los Biesanz la organización del espacio de la sala indicaba el estatus de la familia, a través de aspectos como “la calidad de los muebles, la naturaleza de los adornos, la presencia o ausencia de libros, un piano o retratos de los antepasados” ²¹⁵.

Para la década de los cuarentas otro elemento se había convertido en diferenciador cotidiano: la posesión de aparatos eléctricos y la consecuente utilización doméstica de fluido eléctrico. Esta tendencia debe haberse atenuado a lo largo de la década en las zonas urbanas: aunque según el censo de 1950 la mayor parte de la población (66,5%) vivía en el

²⁰⁹ Cfr. Siverio Julio Molina, *Pío Víquez. Su vida, el periodista, el poeta* (San José: EUNED, 1982), 18.

²¹⁰ Cfr. Pío Víquez, *Miscelánea* (San José: Tipografía Nacional, 1903), 85-86.

²¹¹ Cañas, *80 años no es nada*, 6.

²¹² López de Ocaña, *La mujer de la clase media*.

²¹³ “Manifiesto de la ‘Unión de mujeres del pueblo’ a todas las mujeres’ *Trabajo*, 17 de enero de 1948, 7.

²¹⁴ Cfr. González, *A ras del suelo*, 108-109. La autora cuenta que su tío zapatero no quiso mudarse por tener ya una clientela establecida, así como por considerar que “esos de ese barrio son unos hartaos”; no sobra recordar que, como afirmaba Bourdieu, tras la percepción de arrogancia o humildad a menudo se esconde el conflicto enraizado en los *habitus* de clase. Cfr. Bourdieu, *Poder, derecho*, 101-129. Sobre las relaciones entre espacio doméstico y modernización, cfr. Bourdieu, *Argelia 60. Estructuras económicas y estructuras temporales* (Bs. Aires: Siglo XXI, 2006), 144-152.

²¹⁵ Biesanz y Biesanz, *La vida*, 59.

campo ²¹⁶, de esa minoría urbana (capitales de provincia y cabeceras de cantón) el 87,5% de los edificios tenían acceso a luz eléctrica y un 25% contaban con una cocina eléctrica ²¹⁷. En palabras de un testigo, a inicios de los cuarentas “como por arte de magia, las ciudades se llenaban de luz y las gentes se apresuraban a utilizar los aparatos que funcionaban con fluido eléctrico y que por cierto eran muy pocos: si acaso, una modesta cocina o calentador de barro con resistencia; una plancha y, en uno que otro caso, un receptor de radio. Pero lo que era un refrigerador, solamente un reducido número de familias muy adineradas lo poseía. Algo muy similar ocurría con las lavadoras de ropa” ²¹⁸.

Así, mientras que para mantener congelados los alimentos en algunas casas se utilizaban neveras (“un cajón de madera pintada con patas, forrado de lata por dentro” ²¹⁹, al cual se le introducía una marqueta de hielo para bajar la temperatura), la refrigeradora fue un objeto de lujo durante los treinta y cuarenta. Adolfo Herrera García dramatizó la importancia de este objeto en un cuento publicado en 1941, donde indicaba sobre un hombre que no era adinerado, aunque sí de ilustre ascendencia, que “había hecho muchas conquistas para el pequeño mundo de la casita colonial [la residencia de su familia, GG]; la elegancia de vivir en un barrio aristocrático, el juego de confortables, el radio de dos ondas, la buena fama, la cocinera, el honor. Ahora se empeñaba heroicamente en realizar la máxima conquista de su vida: una refrigeradora. (Una refrigeradora es una grada subida en la escala social [...])” ²²⁰.

Más escasa es la documentación acerca de los mecanismos utilizados por los medianos propietarios rurales para distinguirse cotidianamente. Hemos mencionado ya que Gudmundson prácticamente no encontró referencias a objetos de lujo en los registros testamentarios de los medianos productores domingueños ²²¹. En el caso del Guanacaste, según Ossenbach a fines de los treinta aún un campesino ganadero próspero “trabaja tanto como sus peones [...] y vive y come con su familia igual que uno de sus jornaleros. Los días de fiesta se pone un sombrero Stetson de los caros y una cartuchera con incrustaciones

²¹⁶ Cfr. supra, 1.1.2.

²¹⁷ Cfr. DGEC. *Censo urbano de edificios y viviendas. Noviembre y diciembre de 1949* (San José: DGEC, 1954), 30.

²¹⁸ Hernández Valle, *Años de primavera*, 70.

²¹⁹ Guido Sáenz, *Piedra azul: atisbos en mi vida* (San José: ECR, 2003), 51.

²²⁰ “La refrigeradora” en Laura Casasa Núñez (comp.). *El disecador de abuelitas. Cuentos costarricenses de la década de 1940* (San José: EUNED, 2010), 60.

²²¹ Cfr. Gudmundson, “Campesino...”, 166.

de plata, monta un buen caballo y le pone una montura finamente trabajada”²²². Por lo demás, en las *Autobiografías campesinas* puede notarse cómo el tratamiento sobre los objetos aparece de un modo considerablemente menos obsesivo que en las narraciones urbanas –escritas por ciudadanos– referidas a la misma época.

Empero, algunos medianos productores, sobre todo de café, tuvieron mayor cercanía con el mundo urbano; como hemos indicado, entre éstos hubo destacados abogados, quienes además de ejercer su profesión, se desarrollaron en la política, y dirigieron los movimientos en defensa de los intereses de los caficultores no beneficiadores. El hijo de un mediano caficultor de Desamparados indica que cuando su padre perdió su fortuna a fines de los treinta, a la familia le quedó “de recuerdo uno de los automóviles, algunos libros, un reloj de oro y un par de perros”²²³. En casos como este, los objetos afirmaban un status social privilegiado en un contexto en el cual, como hemos resaltado, estos propietarios cafetaleros manifestaban su angustia frente a la perspectiva de convertirse en peones²²⁴.

2.2.3. *Respetabilidad, educación y nivelación*

A pesar de que cuando se habla de la *clase media* se suele presuponer una similar capacidad adquisitiva entre sus miembros, en realidad habían importantes diferencias entre los sectores abarcados por ese ideologema, y aún en el seno de cada uno de ellos²²⁵. La diferencia entre pequeños propietarios urbanos y profesionales resalta en la descripción que los Biesanz hacen de las viviendas de unos y otros: describían la generalidad de las casas de habitación de los pequeños propietarios de comercio o artesanales más similares a las de los obreros, aunque con pisos de madera y mosaico en lugar de tierra, con más espacio y luz, así como mejores muebles. Por su parte, las casas de profesionales y de “comerciantes de clase media” tendían a estar ubicadas más cerca del centro de las ciudades, tenían dos dormitorios, sala, comedor y cocina, distribuidos a los lados de un zaguán que llegaba hasta el patio trasero. Tenían muebles de maderas finas y a veces incluso un piano sobre el que

²²² Ossenbach, *Arco iris*, ibid.

²²³ Francisco Enríquez y Eduardo Oconitrillo (comps.). *Historias de mi barrio. El San José de ayer* (San José: ECR, 1998), 219. Este mismo relator afirma que aunque en su infancia su familia se consideraba “acomodada”, en varias ocasiones anduvieron “agarrándola del rabo”. Del testimonio se desprende que en esa época temprana dicha familia perteneció al grupo que Gudmundson caracteriza como *productores cafetaleros adinerados no procesadores*, esto es, a la clase de los pequeños empleadores. Cfr. Gudmundson, “Campesino,...”, 165-169.

²²⁴ Cfr. infra, 3.3.1.

²²⁵ Igualmente sucedía en otros casos latinoamericanos: cfr. Adamovsky, capítulo 5; Parker, capítulo 3.

colocaban fotografías de los familiares, y diplomas, paisajes, estampas religiosas o retratos de los ancestros sobre las empapeladas paredes ²²⁶.

Estas diferencias todavía existentes en los cuarentas indican una mayor diversidad que la que sugerían los conceptos de *clase media* en circulación desde la década anterior. También entre los sectores medios asalariados existían importantes diferencias en cuanto a ingresos. Eugenio Rodríguez Vega, cuyo abuelo había sido abogado y diputado jimenista entre 1898 y 1919 ²²⁷, y cuyo padre, administrador de una empresa agrícola, había sido Jefe Político de San Ramón durante el gobierno de León Cortés ²²⁸, sentía que su lugar social era inferior al de sus compañeros del Centro de Estudios, quienes en su mayoría, si bien se desenvolvían en ocupaciones propias de las clases medias, estaban emparentados con la burguesía tica ²²⁹: lo separaban de ellos no solamente su menor edad y su “timidez de aldeano”, sino que él se movía “en un ambiente económico-social más modesto” ²³⁰.

En sus memorias, Rodríguez afirma que en su época de colegial su familia era de “clase media baja” ²³¹, y describe: “nuestra casa en el Barrio Luján, en la que vivió mi familia durante cuarenta años, era un rectángulo de cuatro metros de ancho por unos quince de largo; desde la puerta misma empezaban las camas y adentro había una pequeña cocina-comedor. Allí vivíamos los cinco hijos y los padres, siempre pobres y felices. En diciembre de 1947 una novedad llegó a la casa: corriendo un poco las camas hacia adentro logramos acomodar un sillón grande y dos sillones pequeños. En mi cuaderno juvenil anoté: ‘Aquí en casa tenemos muebles. Esto es un acontecimiento sensacional que nos ha causado una revolución familiar’” ²³².

Los ingresos eran dispares entre las clases medias, y además de que los salarios variaban de acuerdo con la región –en ciertas zonas de Guanacaste y Limón, por ejemplo,

²²⁶ Cfr. Biesanz y Biesanz, 61-62. Otro cronista hablaba de “aquellas casas estilo María Céspedes como decían en Cartago, casas con un largo zaguán hasta el patio, en el fondo de la casa, y aposentos a ambos lados. Muchas de esas casas tenían patios grandes que se aprovechaban para pequeñas huertas caseras”. López Salazar, *op. cit.*, pp. 99-100.

²²⁷ Cfr. Rodríguez Vega, *Por el camino*, 44.

²²⁸ Rodríguez también tenía un tío pulpero en San Ramón. Cfr. Rodríguez Vega, *Por el camino*, 46, 60. Por otra parte, a pesar de que según Rodríguez sus padres eran los más pobres de la familia, todas las siete u ocho casas distintas en las que vivieron estaban situadas a pocas cuadras del parque central de las localidades en las que habitaron.

²²⁹ Cfr. *infra*, 3.3.3.

²³⁰ Rodríguez Vega, *Por el camino*, 63.

²³¹ Rodríguez Vega, *Por el camino*, 77.

²³² Rodríguez Vega, *Por el camino*, 90-91. Es el caso también de los dirigentes comunistas, a cuyos orígenes populares nos referimos en 3.3.2.

eran usualmente más altos ²³³—, podía suceder que algunos obreros calificados ganaran más que burócratas y profesionales. Así sucedía en 1940, por ejemplo, con los linotipistas, la élite económica y cultural de la clase obrera tica, quienes ganaban más de 300 colones por mes, o los sastres cortadores, quienes sobrepasaban los 200 colones ²³⁴, mientras que los sueldos oficiales de un dentista en una zona alejada eran 200 colones, de un auxiliar de contaduría 150 y el de una enfermera obstétrica 130 colones ²³⁵.

Pero dentro de una misma institución y en una misma profesión podían haber también sustanciales diferencias de sueldos entre trabajadores. Así resalta en las planillas de profesores del Liceo de Costa Rica en 1928: mientras Ramiro Aguilar ganaba 433,35 colones por mes, profesores como César Nieto y Marta Yglesias recibían 201,50 cada uno. El sueldo del director, Fidel Tristán, ascendía a 820,70 colones, merced a sus recargos laborales ²³⁶. En todo caso, los ingresos de los profesores, por una u otra razón, a menudo les eran insuficientes, siendo el caso que en 1926 hubo nueve profesores embargados (uno de ellos embargado cinco veces en ese año), y siete en 1932. Según un estudio sobre la educación secundaria, para 1944 en el magisterio “es lógico el desacuerdo, con sueldos bajos que no se habían aumentado en veinte años, el cual de por sí tenía deducciones de ley, algunos embargos, con pocas horas asignadas para lecciones, con deudas y todavía tener que contribuir obligatoriamente con la política” ²³⁷.

Los ingresos no eran, luego, el único criterio diferenciador para los habitantes de Costa Rica en aquel entonces. Más allá de las diferencias de ingresos, las cuales a menudo causaban desvelos a las familias de clases medias, había un factor que podía provocarles a ellas en las ciudades una percepción de comunidad de clase: la educación. Los Biesanz la mencionan como una condición importante para que los jóvenes en ascenso social se desligaran de sus orígenes populares ²³⁸, y ciertamente cursar las fases más avanzadas de la educación formal fue cada vez más importante para que ellos se incorporaran a trabajos propios de la clase media asalariada.

²³³ Cfr. Viales Hurtado, *Construcción, trayectoria*; Gudmundson, *Hacendados, políticos...*, 94.

²³⁴ Cfr. José Manuel Cerdas Albertazzi, *Penurias y recuperación: niveles de vida de los trabajadores capitalinos costarricenses entre 1929 y 1960* en *Anuario de estudios Centroamericanos* 21 (1995), 127.

²³⁵ República de Costa Rica. *Colección de leyes, decretos, acuerdos y resoluciones. Año de 1940. Primer semestre* (San José: Imprenta Nacional, 1940), 16, 193, 195.

²³⁶ Cfr. Barrantes Alvarado *et al. La educación costarricense...*, 274-276.

²³⁷ Barrantes Alvarado *et al. La educación costarricense...*, 272-273.

²³⁸ Biesanz y Biesanz, *La vida...*, 54.

En todo caso, la respetabilidad moral, según veíamos en el caso de las mujeres ²³⁹, jugaba un papel de primer orden en la identidad de las clases medias, cuya situación podría resumirse como una difícil coexistencia de problemas económicos con valores de élite. A raíz de esta contradicción puede explicarse su apego a ciertos valores que compensaban simbólicamente su falta de recursos económicos: la “respetabilidad” y la “decencia”. En estos ideologemas se condensa la voluntad de distinción de estos sectores sociales en su pretensión de no ser confundidos con las clases más subalternas.

De este modo, en *El primo*, frente a la búsqueda de lujos y comodidades de la coqueta Matilde, el hermano y el novio de ésta representaban los valores de la austeridad, el trabajo y la frugalidad ²⁴⁰. Más de veinte años después de la publicación de esta novela, Rafael Cardona, hijo del autor, hacía eco de esta caracterización de las supuestas virtudes de la *clase media*: “en el hogar de la clase media es donde mejor brillan el amor filial y los rescoldos de la tradición. La sencillez en el vivir, los hábitos y costumbres morigerados que se ve obligado a seguir, las largas horas de inquietud económica, hasta el detalle cómico que remiende quincenalmente la madre o la hermana mayor, todo conjura en su vida para darle el sentido de las cosas y el valor de la existencia” ²⁴¹.

Por su parte, en la autobiografía del ya citado doctor *Melo Zeledón* se indica que durante su infancia en los treintas “aunque la gente de medianos ingresos, clase dominante, no gozaba de especiales privilegios económicos, sí gozaba de las buenas costumbres, de un proceder correcto y honrado con la moral de los buenos principios hogareños” ²⁴². Y durante la siguiente década, los Biesanz aseguraban que la clase media se creía la más respetable, por sobre el campesinado y sobre la clase alta; para ésta última, según los miembros de esa *clase media*, “sólo el dinero cuenta”, y la menospreciaban por su supuesta “inmoralidad, indolencia y extravagancia” ²⁴³.

El tío abogado de Marcos Ramírez (¿o más bien de Carlos Luis Fallas?), es ejemplo de un hombre de orígenes campesinos que logró ascender a las clases medias gracias a su

²³⁹ Cfr. supra, 2.1.2.

²⁴⁰ Cfr. Jenaro Cardona, *El primo*, 46, 54.

²⁴¹ Cardona, “En elogio de la clase media”.

²⁴² Zeledón Pérez, *Melo*, 97.

²⁴³ Biesanz y Biesanz, 56.

disciplina y severidad ²⁴⁴. Otro personaje, este histórico, que en algunas versiones encarnó tales características, fue el presidente León Cortés: en él, según Alberto Cañas, la *clase media* había encontrado su símbolo a inicios de los cuarentas debido a “su modo de gobernar enérgico, contundente, sin miramientos” ²⁴⁵, y lo describía como “una figura alta y enteca, un ceño adusto, un carácter fuerte y una enorme capacidad de trabajo” ²⁴⁶.

Otro aspecto importante de la sociabilidad de estas clases fue la participación en la institucionalidad católica, desde la cual se fomentaban –entre otras cosas– la caridad y otras actividades filantrópicas, las cuales requerían la dedicación “desinteresada” de tiempo libre; de allí que no sea raro que las clases medias de las ciudades se hayan distinguido mediante este tipo de prácticas, junto con la burguesía de la época, como afirmaban los Biesanz y corroboran otras fuentes ²⁴⁷. Por el contrario, salirse de los parámetros de la moral católica podía acarrear consecuencias sumamente incómodas para el *habitus* de clases medias, tan necesitado de distinción. Sobre un médico josefino que a mediados de los veinte se casó por vía civil en segundas nupcias, por ejemplo, afirma su hijo que “fue muy duro para ambos [padres] pues nuestra sociedad costarricense era muy religiosa del catolicismo, no concebía un matrimonio que no fuera por la Iglesia, y las parejas unidas por la parte puramente legal, eran dignas de una crítica poco constructiva. [...] Desde luego, que tal circunstancia tan peculiar lo alejó muchos años de la Iglesia y se sentía como lastimado por tal circunstancia, tan infame” ²⁴⁸.

De este modo, junto a la imagen de las clases medias como derrochadoras –atribuida sobre todo, aunque no exclusivamente, a las damas ²⁴⁹–, circulaban discursos que exaltaban los sacrificios, laboriosidad y religiosidad de sus miembros. La situación de las clases medias como –valga la expresión– mediadoras entre los sectores populares y el proyecto de la burguesía criolla –esto es, como productores de hegemonía– las hacía respetables para el grueso de la población. Esto, que resulta evidente en casos como los de maestros, curas, enfermeros y burócratas, debe resaltarse también respecto a los pequeños y

²⁴⁴ “Como había hecho sus estudios a costa de grandes sacrificios y venciendo enormes dificultades, [su tío Zacarías] sabía apreciar el valor de la instrucción [...] Gracias a su severo empeño logré yo estudiar un poco”. Fallas, *Marcos Ramírez*, 42.

²⁴⁵ Cañas, *Los 8 años*, 24.

²⁴⁶ Cañas, *Los 8 años*, 79.

²⁴⁷ Cfr. Manuel Solís, “La élite caritativa”; Giselle Marín, “Caridad y prestigio”.

²⁴⁸ Manuel Zeledón, *Un hombre, toda una vida*, 94.

²⁴⁹ El obispo Thiel, por ejemplo, difundía la idea de que, dejadas a sus inclinaciones naturales, las mujeres destruían el patrimonio familiar. Cfr. González Ortega, *Vida cotidiana*, 158-159.

medianos propietarios agrícolas y urbanos, quienes con sus actividades cotidianas, e incluso con sus reivindicaciones, apuntalaban al Estado y al modelo económico imperantes en el país ²⁵⁰.

El contenido de la “respetabilidad” oscilaba, pues, entre el apego a las reglas basadas en el honor de los lazos familiares y el reconocimiento de los méritos individuales; aspectos observables como los objetos o incluso los signos de educación deben haber sido asociados con uno u otro factor, dependiendo de la coyuntura. A lo largo de nuestro período de estudio se mantuvo esta tensión, con diferencias entre los distintos espacios y sectores sociales, aunque la tendencia fue hacia el afianzamiento de prácticas basadas en la individualidad y la posesión de recursos económicos: “alguna vez el abolengo familiar fue más importante que la riqueza”, aseguraban los Biesanz en los cuarentas, indicando que tal no era ya la situación de los nuevos tiempos, en los cuales las actividades en espacios públicos dedicados al consumo (cine, automóvil, clubes sociales) desplazaban a las noches de tertulia en casas particulares ²⁵¹.

Esta diferencia, perceptible para quienes habían vivido los inicios del siglo, no era tan obvia para los más jóvenes; entre éstos, el mismo Alberto Cañas afirmaba que todavía en aquellos tiempos “para ser alguien había que ser hijo de alguien” ²⁵². En esas reducidas “dimensiones geográficas y culturales” que agobiaban la ancianidad de García Monge, la parentela todavía jugaba un papel importante: varias versiones de la época afirman que la atención que la opinión pública le prestó al Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales radicó, en gran medida, en que muchos de sus miembros estuvieran emparentados con las “buenas familias” de la capital, merced a lo cual el grupo logró hacerse escuchar ²⁵³.

Para entonces, empero, muchos niños a quienes la fortuna no había favorecido con una parentela distinguida podían aspirar –ante todo si eran ciudadanos– a un mejor nivel de vida que sus padres a través de la educación. Ya se encontraba en marcha el proceso por el cual en Costa Rica se resquebrajarían las clases sociales como *lugares naturales* ²⁵⁴, y las sociabilidades basadas en el honor tenían que ceder definitivamente frente a aquellas más

²⁵⁰ Sobre la importancia de este proceso hegemónico para las poblaciones rurales, cfr. *Ibíd.*, 122-124.

²⁵¹ Biesanz y Biesanz, 51, 97.

²⁵² Cañas, *Los ocho años*, 15.

²⁵³ Cfr. *infra*, 3.3.3.

²⁵⁴ Cfr. Alfonso González, *Mujeres y hombres*, 311.

afines con los valores mercantiles; según ha documentado González Ortega, como la pequeña propiedad, el honor se encontraba tendencialmente en decadencia ya desde fines del XIX²⁵⁵.

La educación no era, sin embargo, un mecanismo exento de violencia: a menudo se ha invisibilizado el carácter diferenciante de la educación, el cual iniciaba en la misma escuela primaria. Diversas versiones han planteado que durante este período la educación pública primaria, al promover la convivencia de niños de diferentes clases sociales, promovió una mayor cohesión entre los diferentes sectores socio-económicos del país. No poco ha sido el aporte en este sentido de un discurso de Teodoro Picado en 1934, cuando era Secretario de Educación, para afirmar esta interpretación; allí decía que “en Costa Rica todos los niños, cualquiera que sea su fortuna u origen concurren a las escuelas públicas y en ellas, a su vez, hay maestros de las más diversas cunas y situaciones... No tiene el niño pobre que concurre a nuestros planteles la impresión, tan triste de experimentar, de la desigualdad social. No surge en él ese complejo de inferioridad que tanto pesa en la vida del hombre. Por otro lado, los niños acomodados o de buenas familias se ponen en contacto directo, estrecho y amistoso con los niños de las clases pobres, y eso los hace más humanos y comprensivos... los vínculos creados en esa época risueña de la existencia... dan lugar a que el hombre, por alta que sea suposición social o económica no pierda la posibilidad de tener una información afectuosa, veraz y sincera de los anhelos o puntos de vista de otras clases de la sociedad y esto atenúa o disminuye el antagonismo que existe entre las unas y las otras”²⁵⁶.

Estas palabras, aunque expresan algunos fenómenos efectivamente observables, dan muestra ante todo de la autocomplacencia propia de un funcionario público en ejercicio: en realidad, la primaria era uno de los primeros espacios de diferenciación social. En primer lugar, la composición social del alumnado no era en todas las escuelas tan heterogénea como lo aseguraba el futuro presidente: por razones de segregación residencial, había escuelas con una mayor cantidad de retoños de casas acomodadas²⁵⁷. A fines del XIX ya

²⁵⁵ Cfr. Alfonso González, *Vida cotidiana*, 274-276.

²⁵⁶ Citado en Molina, *Costarricense por dicha*, 123.

²⁵⁷ Y recordemos también que no todas las escuelas de la época abarcaban los seis años completos para optar a la secundaria; usualmente, las escuelas que sí lo hacían se encontraban en las zonas urbanas y semiurbanas, donde ya predominaban los sectores medios asalariados. Cfr. Iván Molina Jiménez, “Explorando las bases de la cultura impresa en Costa Rica”, 59-62.

algunos padres hablaban de “escuelas aristocráticas”, en contraste con otras a las que acudía la “hez” de la juventud ²⁵⁸, y según el hijo de un médico, aún a mediados de los treinta se mantenía esta diferencia. A partir de su experiencia personal, cuenta su versión: “el 95% de los costarricenses asistíamos a los colegios [de educación primaria, GG] de gobierno. Aún así, habían colegios en que las mismas educadoras sabían de antemano que eran de niños ordenados y morales, y otros, en los que brillaban por su insubordinación e inmoralidad” ²⁵⁹.

Según el autor, a él le tocó para su desgracia una escuela, la de barrio Luján, del segundo tipo. Prosigue: “tres años duré en ese infierno de esa particular escuela de esos tiempos. Algunos de los chicos eran limpiabotas, otros con pésimas costumbres, y las manifestaciones cotidianas eran típicas de una rebeldía rayana en el delito”. Por el contrario, al ingresar al quinto grado en la escuela Buenaventura Corrales, del distrito El Carmen, encontró “un elemento humano más correcto y culto” ²⁶⁰. A la inversa, a los niños de clases populares no les debían resultar agradables las ventajas de los más afortunados, como atestigua el *Marcos Ramírez* de Calufa: “me matricularon, para cursar mi segundo grado, en la escuela Porfirio Brenes. Varios compañeros míos de clase, hijos de familias acomodadas, llevaban siempre dinero a la escuela para comprar frutas, granizados, ricas melcochas *Boza* y muchas otras golosinas más. Yo era muy goloso, pero mi madre, por nuestra pobreza, con mucha dificultad podía regalarme *un cinco*, y a lo sumo diez centavos allá cada domingo, cuando yo me portaba bien” ²⁶¹.

Por supuesto, los padres contribuían a interiorizar en los niños las diferenciaciones sociales. A Francisco Amighetti, quien era claramente un “pobre de levita” –sobre su infancia y juventud, decía que “en la Costa Rica de gentes descalzas mi hambre era un hambre con zapatos” ²⁶²–, por ejemplo, su familia le prohibía “juntarse” con sus condiscípulos descalzos ²⁶³. En fin, numerosos testimonios desdican la versión idílica divulgada por Teodoro Picado, y muestran que, si bien la educación pública acercaba a los

²⁵⁸ Cfr. Miguel Barrantes Alvarado, *et al*, “La educación costarricense...”, 221-222.

²⁵⁹ Zeledón Pérez, *Melo*, 97-98.

²⁶⁰ Zeledón Pérez, *Melo*, 100-101, 122.

²⁶¹ Fallas, *Marcos Ramírez*, 73-74.

²⁶² Amighetti, en: Rafael Ángel Herra, *El desorden del espíritu. Conversaciones con Amighetti* (San José: EUCR, 1987), 27. Esto no impidió que terminara la secundaria, y que luego ejerciera un trabajo de escritorio en Tributación Directa para costearse sus estudios universitarios, primero en la Escuela de Farmacia, luego en la de Bellas Artes.

²⁶³ Cfr. Francisco Amighetti, *Francisco en Costa Rica*, 26.

infantes de diversas clases sociales, las relaciones entre ellos no eran necesariamente armónicas; al igual que en los demás espacios multclasistas a los que nos hemos referido, en las escuelas se aprendían las diferencias de clase social. Sin duda los niños, por no estar completamente socializados, eran más susceptibles a la *violencia estructural* que sus mayores casi siempre daban por natural.

De igual modo acontecía en la secundaria. Aunque a los colegios –todos situados, hasta los cuarentas, en el Valle Central– llegaban relativamente pocos hijos de la clase obrera o del campesinado, algunos se las ingeniaban para hacerlo: el sacrificio de la familia y las becas del gobierno eran los medios que tenían a su alcance ²⁶⁴. A veces, los padres de los estudiantes escribían emotivas cartas en las que solicitaban que les fueran prorrogados o perdonados ciertos pagos ²⁶⁵; así, la secundaria mantenía un perfil hasta cierto punto multclasista ²⁶⁶ que fomentaba el ejercicio de las profesiones en todo el país. En los sectores populares había una percepción favorable hacia la educación secundaria y superior como mecanismos de ascenso social; según un hombre que estudió en los cuarentas en el Liceo de Costa Rica, “obtener el título de bachiller era como conseguir una llave mágica que abría, para los jóvenes, todas las puertas, no sólo de las universidades. Las oficinas públicas y privadas se nutrían con el aporte de los bachilleres” ²⁶⁷.

En esta valoración positiva de la educación seguramente pesaba también una mejor consideración de los trabajos intelectuales sobre los manuales. Otro antiguo liceísta relata sobre sus cursos de primer año de colegio que “a papá no le gustó cuando le dije que recibía clases de Trabajos Manuales y no de Dibujo [...]. Yo le prometí a mi padre que al año siguiente me matricularía en Dibujo. Papá nunca se interesó en enseñarme su oficio [la ebanistería, GG]. Él quería que su hijo fuera lo que él nunca pudo ser: un profesional” ²⁶⁸.

A partir de otras anécdotas se puede encontrar cierto desprecio en el ambiente liceísta contra las labores manuales: “en una oportunidad, estudiando los problemas de tiempo y espacio, [el profesor de matemáticas] le pidió a un compañero que pasara a la pizarra. El muchachillo no daba pie en bola y ‘bateaba’ tan mal que don Jorge le dijo, señalando con la tiza hacia el sur: ‘Mire, fulanito, su papá se equivocó de portón, y entró

²⁶⁴ Cfr. Barrantes Alvarado *et al.*, 100-101; también el cuadro 25 de ese trabajo.

²⁶⁵ Cfr. Barrantes Alvarado *et al.*, 213-215.

²⁶⁶ Cfr. Barrantes Alvarado *et al.*, cuadros 23 y 24. Véase también, *supra*, el cuadro 1.2.

²⁶⁷ Walter Hernández Valle, *Años de primavera. (Memorias de un liceísta)* (San José: ECR, 2002), 29.

²⁶⁸ Oconitrillo, *Con perfume de lejanos...*, 165.

con usted al Liceo, en lugar de Obras Públicas”²⁶⁹. En particular, los muchachos de orígenes rurales experimentaban dificultades para ser reconocidos como iguales entre sus compañeros de secundaria. El mismo joven desamparadeño al que nos referíamos en la sección anterior cuenta que, a pesar de que su familia poseía objetos que denotaban holgura económica, él debió modificar su rústico lenguaje para evitar las burlas de sus compañeros de secundaria de inicios de los cuarentas²⁷⁰. Otro hombre hijo de campesinos cuenta sobre su experiencia en el Liceo de Heredia, unos diez años después, que “lo duro fue el cambio de medio social y de cultura, y el hecho de encontrarme entre compañeros con condiciones económicas mil veces mejores que las nuestras. Los conflictos y humillaciones eran frecuentes”²⁷¹.

Relatos como los anteriores refuerzan la tesis de Manuel Solís sobre la agresividad latente en las sociabilidades del país²⁷². A diferencia de dicha interpretación sobre la década de los cuarentas, no obstante, consideramos menester subrayar el papel de la estructuración económica en el surgimiento de esas animadversiones, tal como se hace evidente a través de los anteriores ejemplos; específicamente, la lucha de clases –violencia estructural– es condicionante insoslayable de la violencia observable –*subjetiva*, según la formulación de Žižek–. La violencia estructural es la condición de posibilidad de la distinción, pues ésta se fundamenta en la exclusión social; la *distinción*, a la que nos hemos referido extensamente en este capítulo, es una forma de violencia simbólica, y como tal no existiría sin la violencia estructural que subyace en la distribución y jerarquización de los lugares sociales²⁷³.

En rigor hay que notar que, conforme fue avanzando el siglo, la secundaria se volvía menos elitista, en parte gracias al mismo crecimiento de la clase media asalariada. Ya a mediados de los treinta, Isaac Felipe Azofeifa se quejaba del “aumento desmedido” de la población de secundaria a lo largo de los últimos 15 años²⁷⁴. Si en 1890 la secundaria era predominantemente para élites, en 1940 ya no lo era; hubo un proceso de “devaluación”, no

²⁶⁹ Oconitrillo, *Con perfume de lejanos...*, 171. Los Biesanz insistían en la animadversión de los ticos de clases media y alta contra cualquier trabajo manual. Según ellos, los jóvenes universitarios que tenían que trabajar sólo recurrían a trabajo físico como última opción, pues “paga mal y hiere su orgullo”. Cfr. Biesanz y Biesanz, *La vida...*, 273.

²⁷⁰ Enríquez y Oconitrillo (comps.), 216.

²⁷¹ Claudio Bogantes Zamora, *Memoria del pueblo* (San José: EUNED, 2009), 220.

²⁷² Cfr. *La institucionalidad...*, .

²⁷³ Cfr. *supra*, I.2.4.

²⁷⁴ Cfr. Azofeifa, *El viejo Liceo*, 45.

sólo del alfabetismo, sino incluso del bachillerato. Para 1945, Teodoro Picado –ya presidente– afirmaba que en el país “padres de familia que antes se contentaban con que sus hijos cursasen la enseñanza primaria, ahora ambicionan verlos hechos bachilleres y profesionales luego”²⁷⁵, y un año después insistía en que los centros de secundaria estaban superpoblados²⁷⁶.

Las élites económicas del país parecen haber pretendido resguardar la distinción educativa de sus vástagos, frente al asedio de la masificación de la educación secundaria, a través de la apertura de colegios privados: según Quesada el auge de estos planteles inició en 1915, y fue especialmente marcado durante la década de 1920²⁷⁷; para 1946 contaban ya con 1606 estudiantes, frente a 4101 de los colegios oficiales²⁷⁸. La gradual pérdida de cercanía con la burguesía en los colegios puede haber coadyuvado con la identificación de las clases medias como una *clase media* autónoma. Así, según Isaac Felipe Azofeifa en 1937, “la Educación Secundaria va formando una conciencia intelectual media, fomentando aspiraciones a la cultura, vocaciones liberales, abriendo paso a las capacidades que indican la cultura vertical de un pueblo, creando una como clase media del espíritu que, bien desenvuelta, indudablemente formará a los verdaderos y naturales directores de la nación: a los que saben apoyarse siempre, no en el poder de la fuerza sino en el poder de la cultura”²⁷⁹. De hecho, al concentrarse hasta inicios de los cuarenta en instituciones situadas todas en la meseta central, los graduados tendían a conocerse entre sí aunque fueran provenientes de lugares alejados de la capital.

Por su parte, la creciente cantidad de graduados de secundaria presionó por cambios en la situación de la educación superior; las facultades existentes cada vez daban menos abasto para las necesidades de formación de profesionales. El proyecto de reabrir la Universidad cobraba entonces fuerzas, a pesar de que algunos importantes personajes no se habían percatado de la factibilidad de hacerlo: así, León Cortés, aferrándose al viejo esquema socio-económico, afirmaba que “los profesionales en Costa Rica, quizá por la abundancia de ellos y por la escasez de población, son pobres en su gran mayoría y sufren

²⁷⁵ “Mensaje del Lic. Don Teodoro Picado, Presidente de la República, al congreso constitucional, 1º de Mayo de 1945”, en *Mensajes presidenciales*, tomo VII, Meléndez (comp.), 140.

²⁷⁶ En *Mensajes presidenciales*, tomo VII, en Meléndez (comp.), 172.

²⁷⁷ Cfr. J.R. Quesada, *Estado y educación en Costa Rica*, 14-16.

²⁷⁸ Cfr. “Mensaje del Lic. Don Teodoro Picado, Presidente de la República, al congreso constitucional, 1º de Mayo de 1947” en *Mensajes presidenciales*, tomo VII, Meléndez (comp.), 202-203.

²⁷⁹ Azofeifa, *El viejo Liceo*, 91-93.

el consiguiente desaliento con positivo perjuicio para la economía en general. El porvenir seguro de nuestro país está en la agricultura y en la industria”²⁸⁰.

Pero, por el contrario, tan sólo una semana después de estas declaraciones del mandatario saliente, Calderón Guardia sostenía en su discurso inaugural como presidente que la futura Universidad resolvería los problemas de sobreoferta de profesionales de ciertas disciplinas, al diversificar las posibilidades vocacionales, entonces recargadas sobre sólo dos facultades, lo cual producía un exceso de profesionales –un “proletariado intelectual”– en esas áreas, y un desperdicio de las aptitudes intelectuales de la juventud costarricense²⁸¹.

La apertura de la nueva Universidad permitió, efectivamente, ampliar las opciones para los graduados de secundaria, quienes anteriormente debían, si querían cursar carreras no impartidas en el país, contar con padres adinerados, ganarse la lotería²⁸², o gestionar una beca a través de algún compadrazgo político²⁸³. Un caso en el cual el clientelismo rindió a la larga buenos resultados fue el de Clodomiro Picado. Su padre, un maestro de escuela pobre, llegó a ser profesor de matemáticas de secundaria, y estuvo muy involucrado en la política nacional, llegando a ser diputado en 1910. En 1908, al terminar Clodomiro el colegio, el padre no tenía medios económicos para mandarlo a los estudios superiores, por lo cual el joven debió trabajar como contador en una tienda de abarrotes y en una finca, hasta que en setiembre de ese año, amigos personales de su padre le gestionaron una beca en el Congreso para que estudiara en París. Luego del terremoto de Cartago, cuando las becas fueron suspendidas, el padre, ya diputado, logró movilizar sus influencias políticas para que le reasignaran la beca, y en 1913, ya biólogo, volvió a Costa Rica, a trabajar como analista de laboratorio en el hospital San Juan de Dios²⁸⁴.

En contraste, para fines de los treinta la Universidad se hizo más factible, tanto por la cantidad de jóvenes graduados de secundaria como por los cambios en la estructura

²⁸⁰ “Mensaje del Lic. Don León Cortés al Congreso Constitucional, 1^o. De Mayo de 1940” en *Mensajes presidenciales*, tomo VI, Meléndez (comp.), 312.

²⁸¹ Cfr. “Mensaje inaugural del Dr. Rafael Ángel Calderón Guardia, Presidente de la República, al Congreso Constitucional, 8 de Mayo de 1940” en *Mensajes presidenciales*, tomo VII, Meléndez (comp.), 15.

²⁸² Este fue el inverosímil caso de Solón Núñez, quien al retornar de sus estudios fue, además de destacado médico, Secretario de Salubridad por muchos años. Cfr. Juan Frutos Verdesia, *Doctor Solón Núñez Frutos* (San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1979), 76.

²⁸³ Cfr. Barrantes Alvarado *et al.*, *La educación costarricense*, 61.

²⁸⁴ Cfr. Manuel Picado Chacón, *Dr. Clodomiro Picado...*, 21-23, 51, 35-37, 59, 85.

socio-económica del país, en la cual hubo un importante crecimiento del sector terciario ²⁸⁵. En esta medida sería cierta la afirmación de Araya Pochet, quien ha indicado que la reapertura fue “producto de la maduración de la conciencia histórica nacional, con los sectores medios a la vanguardia” ²⁸⁶; sin embargo, no se puede menospreciar el papel retardatario que en este proceso cumplieron los propios colegios profesionales ²⁸⁷.

Las secundarias, las escuelas vocacionales y de comercio ²⁸⁸, los colegios profesionales y, posteriormente, la universidad, fueron espacios de convivencia de los futuros asalariados urbanos de clase media. Es muy posible que en tales medios empezara también a fraguarse una visión tecnocrática de la sociedad, a tono con la caracterización que en los treintas hacía Azofeifa respecto a los estudiantes de secundaria como la futura “clase directora”. Esa visión inspiró al Centro para el Estudios de los Problemas Nacionales, el pequeño pero influyente grupo en el que militó este profesor liceísta durante los cuarentas.

2.3. Defendiendo los intereses propios: las clases medias se organizan

A lo largo de la primera mitad del siglo anterior, diversos sectores de las clases medias crearon organizaciones de carácter gremial, mutualista y recreativo, cuyo estudio resulta importante para comprender el desarrollo de las sociabilidades de esas clases, y cómo llegaron a perfilar una identidad de *clase media*. Sobre las recreativas nos hemos referido en un apartado previo ²⁸⁹; en cuanto a las otras, propias de los ámbitos laborales, podemos indicar también que solamente hacia el final de nuestro período de estudio aparecieron asociaciones de trabajadores bien diferenciadas respecto a las de la clase obrera.

Entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, organizaciones como cooperativas y mutuales tuvieron un carácter gremial y sirvieron como mecanismos de defensa por parte de los trabajadores frente al capital, a la vez que, como ha indicado Mario

²⁸⁵ Cfr. supra, gráfico 1.4.

²⁸⁶ Carlos Araya Pochet, “La Universidad de Costa Rica...”, 129. Así por ejemplo, los estudiantes de Derecho apoyaron activamente a la fundación de la nueva Universidad. Cfr. Isaac F. Azofeifa, “Para verdades el tiempo. Testimonios sobre la fundación de la Universidad de Costa Rica, 1935-1940”, en *Historia de la educación superior* (San José: CIHAC, 1991), 105.

²⁸⁷ Cfr. *ibid.*, 89-90.

²⁸⁸ En 1945 habían 3352 personas matriculadas en escuelas vocacionales, frente a unos 1000 universitarios. Cfr. Teodoro Picado, en Meléndez, *Mensajes presidenciales*, VII, 173.

²⁸⁹ Cfr. supra, 2.2.2.

Oliva, contenían un proyecto transformador que impulsó las movilizaciones sociales de otrora ²⁹⁰. Fueron precisamente personas de clases medias, como ha mostrado Bernardo Villalobos, quienes a partir de la década de 1860 contribuyeron más activamente con la formación de cajas de ahorro, empeño en el que tuvieron que vérselas una y otra vez contra los intereses de la oligarquía banquera, la cual buscaba monopolizar este tipo de operaciones ²⁹¹. Con todo, es menester recordar que las mutuales fungieron también a menudo como asociaciones gremiales y sindicales, antes de que tales funciones se separaran ²⁹², principalmente durante el despegue del sindicalismo en los cuarentas ²⁹³.

De este modo, entre los 42 miembros fundadores de la Asociación Caja de Ahorro en 1870, 22 eran empleados públicos, frente a 5 artesanos y 4 agricultores (de quiénes no se aclara si eran propietarios o no); similarmente, en 1896 los fundadores de la Sociedad Costarricense de Seguros de Vida ejercían mayoritariamente trabajos de sectores medios (abogados, escribientes, tenedores de libros, pasantes en leyes, etc.) ²⁹⁴. La heterogeneidad de ocupaciones predominó entre los miembros de tales asociaciones; así, en 1890 la Sociedad de Artes y Oficios de San José estaba compuesta por ingenieros, doctores, abogados, arquitectos y obreros de todas las artes. Por su parte, la Sociedad de Artesanos, fundada en 1888 agrupaba, además de artesanos asalariados, a empresarios, intelectuales y dependientes de comercio. ²⁹⁵.

Aunque las sociedades de artesanos agrupaban a trabajadores de varias clases sociales, fueron los patronos quienes originalmente las formaron ²⁹⁶; así, por ejemplo, los fundadores de la Sociedad de Artesanos de San José, en 1874, fueron maestros artesanos, es decir, pequeños propietarios, a quienes la mutual los beneficiaba como trabajadores y como patronos, pues el fondo de ahorro los eximía de hacerse cargo de sus empleados enfermos o incapacitados ²⁹⁷. También en las juntas directivas de las sociedades mutualistas creadas en Costa Rica por extranjeros predominaron los profesionales y los comerciantes ²⁹⁸.

²⁹⁰ Cfr. Mario Oliva, *Artesanos y obreros*, 84.

²⁹¹ Cfr. Bernardo Villalobos, *La mesocracia de Costa Rica...*, 137.

²⁹² Cfr. Oliva, *Artesanos y obreros*, 74-77.

²⁹³ Aguilar, *Costa Rica en el siglo XX*, 27-28.

²⁹⁴ Cfr. *ibid.*, 224-225, 242-247.

²⁹⁵ Cfr. Mario Oliva Medina, *Artesanos y obreros*, 84-85.

²⁹⁶ Cfr. Bernardo Villalobos, 69.

²⁹⁷ Fallas Monge, 161-166.

²⁹⁸ Giselle Marín, “Caridad y prestigio”, 118-120.

En general, la dirección de las organizaciones de este tipo estuvo a cargo de dueños de taller, lo cual sin duda determinó las características políticas de estas asociaciones ²⁹⁹, las cuales a menudo se vincularon a la política electoral. También aparecieron clubes políticos específicamente dirigidos a lograr mejoras para los trabajadores mediante la acción parlamentaria, y a negociar con los candidatos a ocupar los cargos más importantes en los poderes del Estado. Tal fue el caso de la Liga de Obreros, que funcionó entre 1901 y 1904, y que cobijó a “agricultores de mayor o menor escala, a los fabricantes e industriales, a los artesanos propiamente dichos y a toda clase de trabajadores que se conocen con el nombre de peones o jornaleros; o trabajadores a sueldo, como escribientes, dependientes y otros de la misma clase” ³⁰⁰.

Ahora bien, junto con estas organizaciones más amplias de trabajadores, Mario Oliva, en su investigación sobre los obreros y artesanos entre 1880 y 1914, ubica varias asociaciones de oficios específicos. Entre estas aparecen gremios de pintores, sastres, carpinteros, albañiles, tipógrafos, panaderos, herreros, mecánicos, etc., donde patronos y empleados se agremiaban indiferenciadamente; no aparece ninguna, empero, que defendiera específicamente a trabajadores de sectores medios ³⁰¹.

Quienes sí se organizaron para defender sus intereses particulares fueron los propietarios de comercios, lo cual no debiera extrañarnos, pues los dependientes de comercio formaron bastante tempranamente asociaciones para reivindicar los suyos propios. Así, en 1906 nos encontramos con un Gremio de Comerciantes al Por Menor de Costa Rica ³⁰², y con un Gremio de Comerciantes de Licores en 1920 ³⁰³, aunque para mediados de los treinta habían desaparecido, y era la Cámara de Comercio la que acuerpaba a estas patronales, las cuales defendían a numerosos pequeños propietarios urbanos ³⁰⁴.

En el agro aparecieron muchas agrupaciones por la defensa de los intereses de los pequeños y medianos propietarios, y ante todo de los cafetaleros. A nivel local, Acuña menciona doce asociaciones de este tipo fundadas y diez fallidas entre 1900 y 1929,

²⁹⁹ Cfr. Mario Oliva Medina, *Artesanos y obreros*, 85.

³⁰⁰ Cit. en *ibid.*, 95.

³⁰¹ Cfr. *ibid.*, 83, 97, 147.

³⁰² Cfr. Villalobos, *La mesocracia*, 265.

³⁰³ *La gaceta*, 1 de julio de 1920.

³⁰⁴ “La justa exigencia de los patentados de licores”, *Trabajo*, 22 de diciembre de 1935, 1 y 4.

mientras que sólo para el año de 1930, a inicios de la Gran Depresión, encuentra siete ligas locales de cafetaleros. En 1931 hubo un intento de crear una cooperativa a nivel nacional, y en 1932 se dio la fundación de la Asociación de Productores de Café de Costa Rica ³⁰⁵.

Estas iniciativas a nivel nacional estuvieron precedidas de otros intentos. A fines de 1921 más de cien caficultores fundaron la Asociación Nacional de Productores de Café, la cual se propuso defender a este sector, capacitar a sus asociados en las técnicas más modernas de caficultura, y abaratarles el acceso al crédito, instrumentos e insumos para la producción. Posiblemente esta asociación no trascendió tanto como su sucesora debido al carácter más apremiante de la crisis económica mundial. Posteriormente, en 1924, aparece la Sociedad Agrícola del Ahorro, que funcionó como una cooperativa rural de ahorro y crédito, y que en pocos meses pasó de trescientos miembros a más de cuatro mil ³⁰⁶.

Estas agrupaciones fueron fundamentales en la defensa de los pequeños y medianos productores del llamado grano de oro, frente a los beneficiadores-exportadores que compraban ese producto en condiciones desfavorables para los primeros. Resalta el hecho de que a la larga, después de que la presión de la Asociación de Productores de Café de Costa Rica llevara al gobierno a crear el Instituto de Defensa del Café, a partir de 1936 las actividades reivindicativas de los pequeños y medianos productores hayan decaído de modo notable ³⁰⁷.

El otro principal cultivo de exportación, el banano, generó también productores y propietarios a diferentes escalas. En 1926, una “Lista de Bananeros y Terratenientes” en un diario nacional mostraba tal heterogeneidad entre sus signatarios: mientras que algunos declaraban tener 450 hectáreas, otro de ellos firmaba como dueño de 46; otro más indicaba 3. Así, en esta agrupación defendió a propietarios con diferentes niveles de producción, tanto locales como ausentistas ³⁰⁸; este grupo de presión no estaba compuesto exclusivamente por pequeños y medianos propietarios, sino también por burgueses nacionales y extranjeros con los que compartían intereses frente a la UFCo.

³⁰⁵ Víctor Hugo Acuña, *Patrones del conflicto social*, 117.

³⁰⁶ Cfr. Carlos Naranjo, “La modernización de la caficultura costarricense. 1890-1950” (Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1997), 234-236, 244.

³⁰⁷ Cfr. Molina y Acuña, *Historia económica y social*, 166-167. Con todo, durante los cuarenta la situación de estos propietarios siguió siendo un tema importante de las campañas políticas. Cfr., por ejemplo, “Mientras León Cortés lloriquea imaginarias persecuciones, Teodoro Picado aborda los problemas fundamentales de la economía nacional”, en *Trabajo*, 11 de diciembre de 1943, 1, 4.

³⁰⁸ Cfr. Viales, *Después del enclave*, 63.

Casey sintetiza del siguiente modo las tendencias en cuanto a la propiedad de tierra en el Caribe de 1928: “en primer lugar, existía un sector muy considerable de pequeños productores marginales, en general jamaicanos, aunque entre ellos hubiese algunos costarricenses nativos. Un segundo grupo de productores medianos, que, como los productores a pequeña escala, explotaban su tierra en forma intensiva, estaba compuesto por cultivadores costarricenses o de otras áreas centroamericanas. El tercer grupo, de los plantadores privados en gran escala, integrado por propietarios de origen extranjero que, a pesar de la alta producción por unidad, no explotaban intensivamente sus propiedades. Finalmente estaban los plantadores a muy gran escala, organizados en forma de corporaciones o compañías, y aunque numéricamente fueron pocos, constituían proporcionalmente el grupo que más contribuía a la producción total entre los plantadores privados”³⁰⁹.

A mediados de los veinte apareció una Cooperativa Bananera Costarricense, la cual buscó vender sus productos a una compañía exportadora alternativa, la Cuyamel Fruit Company; ésta, sin embargo, no estuvo a la altura de las circunstancias, y se mantuvo el monopolio de la UFCo.³¹⁰ Pero los productores independientes de banano se hicieron sentir sobre todo durante las negociaciones del Congreso con la compañía bananera. En 1928, 450 productores privados bananeros elevaron al primer poder de la República una petición para que éste resolviera raudamente sobre un eventual nuevo impuesto al fruto, pues de no hacerlo no serían capaces de calcular cuánta tierra debían plantar³¹¹. Los proyectos de ley de 1930, 1934 y 1938 trataron de salvaguardar los intereses de estos productores, e incluso dos grandes productores colaboraron con la redacción del primero de tales proyectos³¹².

Los pequeños finqueros –a diferencia de los grandes, quienes se le opusieron– se sumaron a la Huelga animada por el joven Partido Comunista en 1934, e incluso algunos de ellos fueron dirigentes del movimiento³¹³, aunque según Rodrigo Facio, la sujeción económica de éstos hacia la UFCo. tendía a convertirlos en los mayores defensores de la

³⁰⁹ Cfr. Casey Gaspar, *Limón: 1880-1940*, 81-82.

³¹⁰ Cfr. Casey Gaspar, *ibid.*, 110-111.

³¹¹ Cfr. Casey Gaspar, *ibid.*, 47.

³¹² Cfr. Casey Gaspar, *ibid.*, 47-60.

³¹³ Víctor Hugo Acuña, *La Huelga bananera de 1934* (San José: CENAP-CEPAS, 1984), 35.

Yunái, y a temerle a cualquier política antiimperialista ³¹⁴. Jaime Cerdas, dirigente comunista durante ese proceso, recordaba que “algunos pequeños productores nacionales estaban en contra de la huelga, porque tenían sus comisariatos y sus ventajas, y sentían que los iban a perder. Sin embargo, no se enfrentaron a los huelguistas, aunque no tenían claro que más bien en otros puntos del pliego de peticiones habían cosas que los beneficiaban directamente. Hubo otros que sí lo entendieron, y por eso nos apoyaron [a los huelguistas, GG] con los víveres que producían” ³¹⁵.

En Guanacaste, por otra parte, los campesinos asumieron dos estrategias distintas, de acuerdo con sus condiciones de vida y *mentalidad productiva* ³¹⁶; los campesinos de las tierras altas reivindicaron sus posibilidades de acceder a la propiedad de la tierra, mientras que los de la bajura partieron más bien de la posesión colectiva de la tierra. En ambos casos, empero, los campesinos debieron aplicar medidas violentas contra el latifundismo, y el gobierno se vio obligado a mediar en los conflictos ³¹⁷.

Así, por ejemplo, la violencia antilatifundista surgida en los veintes no fueron fruto de organizaciones formales de campesinos, sino que surgían ante situaciones de apremio, como grupos que intentaban resolver sus problemas inmediatos. En palabras de Edelman, “las ocupaciones de tierras en Guanacaste no constituían las acciones elaboradas, cuidadosamente planeadas, que se conocían en el resto de América Latina y, de hecho, en la Costa Rica contemporánea, sino que generalmente eran el efecto acumulativo del asentamiento en tierras ociosas por parte de familias aisladas. Por lo tanto, excepto cuando los campesinos luchaban por su derecho a la tierra, las ocupaciones tenían más en común con la colonización agrícola que con los movimientos agrarios organizados” ³¹⁸.

Podemos observar cómo en las diferentes regiones productivas del país las formas de lucha de los pequeños y medianos propietarios rurales divergieron entre sí. Es de notar que los bananeros, a diferencia de los cafetaleros, parecen haberse plegado en sus decisiones colectivas a las iniciativas de los productores independientes más grandes, cosa que hubiera sido imposible en Guanacaste. Correlativamente, digamos de paso, la mitología

³¹⁴ Cfr. Facio, *Estudio sobre economía*, 76-77.

³¹⁵ Cerdas Mora, *op. cit.*, pág. 91.

³¹⁶ Cfr. Lowell Gudmundson, *Hacendados, políticos y precaristas: la ganadería y el latifundismo guanacasteco. 1800-1950* (San José: ECR, 1983), 178-179. Edelman ha matizado esta diferencia entre unos y otros tipos de campesinos. Cfr. *La lógica del latifundio*, 147-152.

³¹⁷ Cfr. Gudmundson, *ibíd.*, 187-196.

³¹⁸ Edelman, *La lógica del latifundio*, 152.

de la pequeña propiedad, que tan cruciales resonancias tuvo sobre la identidad nacional costarricense a lo largo del siglo XX, no predominó en las imágenes que circularon en torno a los finqueros de banano ³¹⁹; para entonces, el comunismo a la tica había elevado al proletario rural a héroe de las luchas sociales del Caribe costarricense ³²⁰. Tal mitología nacionalista sí fue invocada por políticos de San José para argumentar a favor de una reforma agraria en el noroeste del país ³²¹. En todo caso, entre 1943 y 1944 aparecieron unos veinte sindicatos agrícolas, pues la promulgación del Código de Trabajo motivó la fundación de sindicatos en todo el país ³²².

En lo que concierne a los trabajadores de cuello blanco, en 1883 los telegrafistas iniciaron la que posiblemente fue la primera huelga en el sector estatal, pero no organizaron un sindicato ³²³, y hasta mediados del nuevo siglo estos trabajadores padecieron penurias que fueron denunciadas una y otra vez en la prensa ³²⁴. En general, la precariedad económica de los empleados públicos era *vox populi* ³²⁵, pero además lo era su dependencia de los grupos electos en el gobierno, merced a los cuales eran nombrados, mantenidos o sustituidos los funcionarios públicos.

Los empleados públicos eran un sector en crecimiento, y a la vez sumamente frágil. Con pocas excepciones, el sector público careció de sindicatos incluso durante los cuarentas, lo cual puede haberse debido a la prohibición de huelga para el sector público en el Código de Trabajo. Así, fuera del magisterio –al cual nos referiremos un poco más

³¹⁹ Cfr. infra, 3.3.1.

³²⁰ “El valiente proletariado de las bananeras siguen [sic] en la brecha dispuestos a morir o a vencer”: esta frase es representativa de la retórica del PCCR durante esta lucha, y de la fracción de clase que veían protagonizando el movimiento. “Cómo se atropella a los trabajadores del Atlántico”, *Trabajo*, 19 de agosto de 1934, 1.

³²¹ Cfr. Edelman, *La lógica del latifundio*, 186-206.

³²² Cfr. Marielos Aguilar H., *Clase trabajadora y organización sindical en Costa Rica, 1943-1971* (San José: Porvenir, 1989), 22-23.

³²³ Cfr. Carlos Luis Fallas Monge, *El movimiento obrero en Costa Rica, 1830-1902* (San José: EUNED, 1996), 235-236.

³²⁴ Entre otros, cfr. “Los telegrafistas y la política actual. Los sueldos son apenas para morir de hambre”, en *El diario de Costa Rica*, 28 de noviembre de 1919, 5. Allí los firmantes aseguraban que en zonas alejadas algunos telegrafistas ganaban entre 50 y 67 colones por mes.

³²⁵ La carta de un empleado del Ministerio Público solicitando a sus caseros una rebaja debido al impacto del descuento de las “tercerillas”, recuperada por Barrantes *et al.*, ejemplifica esta fragilidad. Cfr. Barrantes *et al.*, “Costo y condiciones de vida: la canasta de subsistencias en Costa Rica, 1914-1920”, en *Pobreza e historia en Costa Rica*, ed. Ronny Viales, 147-148. Para más muestra, otros tres botones: cfr. “Justa solicitud de los empleados del Registro Público”, en *La verdad*, 5 de julio de 1919; “Ni el Sr. Presidente”, en *La Tribuna*, 23 de enero de 1936, 1, 4; “Cuenta el Gobierno con el dinero necesario para hacer frente a los pagos de sueldos antes del 24”, en *La Nación*, 18 de diciembre de 1947.

adelante—, Aguilar sólo encontró en el sector público a los sindicatos de trabajadores de Comunicaciones, de Obras Públicas, y de la Fábrica Nacional de Licores durante las administraciones de Calderón y Picado ³²⁶.

También los dependientes de comercio, a quienes algunos autores consideran parte de la *clase media* (en cuenta Parker, quien los plantea como la base de la *clase media* peruana ³²⁷), solicitaban en la década de 1910 mejores condiciones laborales en Costa Rica, pero, a diferencia del caso peruano, lograron sus reivindicaciones junto con amplios grupos de la clase obrera en esas jornadas de 1920 ³²⁸. Es de notar que los dependientes de comercio organizaron su propia mutual, la Sociedad de Socorros Mutuos de Empleados de Comercio, de la cual encontramos noticias en 1919 y en 1943 ³²⁹, y en este año, tras la promulgación del Código de Trabajo, se formaron filiales del Sindicato de Empleados de Comercio en varias zonas del país ³³⁰.

Por lo demás, recordemos que durante la mayor parte de nuestro período los empleados se agremiaban junto con obreros, artesanos y patronos. Durante las Huelgas de 1920, por ejemplo, la Confederación General de Trabajadores estaba conformada principalmente por asalariados, mientras que la otra gran organización de trabajadores, la Sociedad Federal de Trabajadores, agrupaba en su dirigencia a propietarios de talleres y a algunas personalidades políticas como Andrés Venegas, Luis Cruz Meza y Justo A. Facio. La C.G.T. era una organización sindical orientada ante todo a la lucha —algunos de sus dirigentes habían adoptado explícitamente ideologías socialistas—, en tanto que la S.F.T. tenía un carácter predominantemente recreativo y cultural ³³¹. La C.G.T. acuerpaba a la fuerza de trabajo, mientras que la S.F.T. integraba además a algunas fracciones de la pequeña burguesía urbana.

Por su parte, los intereses de los profesionales estuvieron salvaguardados por sus respectivos colegios y facultades; éstas, además de encargarse de la formación académica, a

³²⁶ Cfr. Marielos Aguilar H., *Clase trabajadora*, 24.

³²⁷ Cfr. Parker, *The idea of the middle class*.

³²⁸ La primera victoria —pírrica, según Fallas Monge— de este sector ocupacional se dio después de doce años de lucha, cuando en 1902 el Legislativo mandó a uniformar los cierres de las tiendas durante los domingos, de modo que contaran con tiempo de descanso. Cfr. Fallas, *El movimiento obrero*, 246.

³²⁹ Cfr. “Dos sesiones de la Sociedad de Socorros Mutuos de Empleados de Comercio”, en *El diario de Costa Rica*, 28 de noviembre de 1919, 2. *Diario de Costa Rica*, 10 de noviembre de 1943, 3.

³³⁰ Cfr. “Ni una sola adhesión a los candidatos...”, en *Trabajo*, 6 de febrero de 1943, 2.

³³¹ Cfr. Víctor Hugo Acuña, *Los orígenes de la clase obrera en Costa Rica: las huelgas de 1920 por la jornada de ocho horas* (San José: CENAP-CEPAS, 1986), 69.

menudo cumplían funciones de colegio profesional. Los vínculos entre la defensa gremial y la formación profesional eran generalizados en la Costa Rica sin universidad. El Colegio de Abogados –fundado en 1883– fue el responsable de la Escuela de Derecho ³³², al igual que el Colegio de Farmacéuticos se hizo cargo de la Facultad de Farmacia ³³³. Fue la Facultad de Medicina, por ejemplo, la que se encargó de perseguir al Profesor Carbell, famoso espiritista, curandero y donjuán que en el San José de 1932 ofrecía sanaciones milagrosas y vaticinaba revoluciones sociales ³³⁴. De modo similar, desde 1902 el Colegio de Farmacéuticos intentaba hacer que toda farmacia –contra la resistencia de los dueños no titulados en tal saber– estuviera regentada por alguno de sus socios ³³⁵. La época de los sindicatos de profesionales tendría que esperar por algunas décadas.

Otros, como los periodistas, no lograron consolidar siquiera agrupaciones gremiales; éstos, a pesar de intentarlo en la década de 1920 ³³⁶, y de mantener cierta continuidad durante la de 1930 ³³⁷, no lograron que su Asociación de Periodistas de Costa Rica sobreviviera a los eventos políticos de los cuarentas. En todo caso, esta asociación era más una instancia de diálogo que propiamente un colegio gremial ³³⁸.

En cuanto al magisterio, a pesar de ser el sector más grande de la clase media asalariada, y de ser sus condiciones laborales a menudo sumamente complicadas, éste –en su gran mayoría compuesto por mujeres jóvenes– tardó bastante en organizarse. Los docentes, que a menudo tenían que impartir lecciones en zonas alejadas y en condiciones adversas, no gozaban tampoco de mayores incentivos –en particular las maestras, a quienes se les pagaba menos que a sus colegas varones– ³³⁹, aunque sí con la simpatía de una opinión pública que ya a inicios del siglo sostenía con orgullo que en el país había más

³³² Cfr. Fallas Monge, *El movimiento obrero*, 147-148; Fumero, *Colegio de Abogados de Costa Rica*, 58-63.

³³³ Cfr. Viales, *El Colegio de Farmacéuticos*, 108.

³³⁴ Cfr. Iván Molina y Steven Palmer, *La voluntad radiante. Cultura impresa, magia y medicina en Costa Rica (1897-1932)* (San José: Porvenir-Plumsock, 1996), 76-77.

³³⁵ Cfr. Viales, *El Colegio de Farmacéuticos*, 77-89, 108-123. Esta disputa resulta muy interesante como ejemplo de conflictividad entre profesionales y pequeña burguesía, dos de los componentes de la llamada *clase media*.

³³⁶ Cfr. Vladimir De la Cruz, *Las luchas sociales en Costa Rica* (San José: ECR, 1981), 126.

³³⁷ Cfr. “El Prof. Coto Montero propone la fundación de una asociación de periodistas en Costa Rica”, en *Diario de Costa Rica*, 5 de enero 1932, 4.

³³⁸ Patricia Vega, Vilma Peña y Manuel Benito Chacón, *Colegio de Periodistas de Costa Rica: su historia* (San José: Multiprint, 1989), 5-9.

³³⁹ Sobre las condiciones de trabajo del magisterio en los años veinte véase, por ejemplo, el cuento de Carmen Lyra *¿Para qué?*, en *Los otros cuentos de Carmen Lyra* (San José: ECR, 1988).

maestros que soldados. Sobre todo las maestras se fueron radicalizando, exigiendo mejores derechos laborales y de género; no es casual que como colectivo ellas hayan sido el actor social protagónico en las luchas contra la tiranía de los Tinoco ³⁴⁰.

Este sector tuvo reiterados intentos de organización ³⁴¹, pero la primera iniciativa al respecto que logró concretarse fue la Ley sobre Socorro Mutuo del Personal Docente, aprobada tras las jornadas de 1920, y que junto al personal de primaria acogió como socios a los directores, profesores y empleados administrativos de segunda enseñanza ³⁴². Es también tras la caída de los Tinoco que surgió la idea de formar la Sociedad de Graduados de la Escuela Normal, con explícitas intenciones gremiales, e intenciones de coordinar con los gremios de trabajadores manuales. De esta Sociedad se tienen noticias hasta 1923 ³⁴³.

Sin embargo, pareciera haber sido la Depresión la principal motivación para la organización sindical de este y tantos otros sectores ocupacionales, mientras que la posterior promulgación del Código de Trabajo, en 1942, consolidó y legitimó este proceso ³⁴⁴. En 1934 hay una tentativa de fundar una Asociación del Magisterio Nacional, a la cual pronto se le cambió el nombre por el de Asociación Nacional de Educadores (ANDE), fundada con carácter federativo y en cuya primera junta directiva, de 1936, aparece Uladislao Gámez –futuro ministro de Educación del primer gobierno figuerista– como vocal; la información sobre las actividades de la organización, sin embargo, es muy escasa hasta diciembre de 1942, cuando es inscrita formalmente ³⁴⁵.

A partir de 1936 una Asociación Maestros Unidos se ganó pronto la enemistad del gobierno de Cortés, al defender a los maestros acosados por motivos políticos; recordemos que para un maestro la derrota de su partido significaba a menudo la pérdida de su trabajo ³⁴⁶. Perseguidos sus miembros bajo el anatema de comunistas –de hecho, las educadoras

³⁴⁰ Cfr. Palmer y Rojas; Rosalila Herrera, “Maestras y militantes comunistas en la Costa Rica de los años treinta” en ed. Eugenia Rodríguez, *Un siglo de luchas femeninas en América Latina*, (San José: EUCR, 2002), 131-146.

³⁴¹ Véase, por ejemplo, “El profesorado de Costa Rica forma una sola entidad”, *La prensa libre*, 7 de julio de 1914, 1.

³⁴² Huberth Blanco Lizano, “APSE: gremialismo, politización y credibilidad” (Tesis de Maestría en Historia, UCR, 2002), 51.

³⁴³ *Ibid.*, 52-53.

³⁴⁴ Cfr. Marielos Aguilar, *Costa Rica en el siglo XX*, 23-29.

³⁴⁵ Cfr. Blanco Lizano, 59-60.

³⁴⁶ Cfr. Rodríguez Vega, *Cien momentos*, 75. Sobre la precariedad del magisterio, véase el testimonio de Omar Dengo, en: Emma Gamboa (comp.), *Omar Dengo* (San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1971), 177-188.

comunistas fueron muy activas en este sindicato ³⁴⁷—, esta agrupación finalizó sus labores en noviembre de 1939. Tras ella, fue inscrita legalmente la primera asociación de maestros, la Asociación de Educadores Pensionados, cuya acta de fundación fue firmada en junio de 1941 ³⁴⁸, aunque hemos encontrado noticias de ella ya dos años antes ³⁴⁹.

Por su parte, como decíamos anteriormente, la Asociación Nacional de Educadores retomó actividades a fines de 1942, planteándose entonces como propósitos velar por que a sus asociados no se les presentaran medidas represivas como traslados o destituciones, y también fundar una entidad financiera para alivianarles las dificultades económicas surgidas con la crisis de los treinta y la eliminación de las incapacidades laborales que hasta 1924 eran cubiertas por el Socorro Mutuo para el Personal Docente, llamada desde entonces Sociedad de Seguros de Vida del Magisterio Nacional ³⁵⁰.

La inscripción oficial de ANDE se dio en el contexto de las reformas sociales de Calderón Guardia —quien le dio su aval a la nueva asociación—, y durante la coyuntura de los cuarentas la suerte de la asociación estuvo ligada a la de los complicados procesos políticos de la década. Así, las discrepancias políticas en ANDE desembocaron en la fundación de la Unión Nacional de Educadores, de orientación oficialista poco antes de la guerra civil, frente a una ANDE más alineada con la oposición ³⁵¹.

También de estas fechas, aunque por motivos opuestos, data la creación de la Unión Médica Nacional, en 1944 ³⁵². Los médicos, quienes habían intentado fallidamente formar una Asociación Médica independiente de la Facultad de Medicina por lo menos en dos ocasiones, en 1901 ³⁵³ y en 1932 ³⁵⁴, convergieron al fin a mediados de los cuarentas, con el fin de salvaguardar sus intereses frente a la recién fundada Caja Costarricense de Seguro Social. Cuando el gobierno eliminó el tope salarial para los asegurados, los doctores se sintieron perjudicados en sus intereses particulares, pues quienes ganaban mejores sueldos

³⁴⁷ Cfr. Rosalila Herrera, “Maestras”, 141-144.

³⁴⁸ Cfr. Blanco Lizano, 55-58.

³⁴⁹ Cfr. *La Prensa libre*, 26 de junio de 1939, 16.

³⁵⁰ Cfr. Blanco Lizano, 60-61.

³⁵¹ *Ibid.*, 63-64.

³⁵² Mark Rosenberg, *Las luchas por el seguro social en Costa Rica*, 87.

³⁵³ Cfr. Fallas Monge, *El movimiento obrero*, 137.

³⁵⁴ Cfr. “Los doctores Pupo y Facio no aceptaron...”, en *La tribuna*, 8 de enero de 1932, 5.

ya no tenían que costearse sus gastos de salud de modo privado, mermando así la clientela privada de los galenos ³⁵⁵.

Ante la persistencia de tal iniciativa por parte de la Caja, en 1946 los médicos encabezaron la primera huelga de profesionales en el país. Esta movilización manifestó el apego de los médicos a su condición de profesionales liberales ³⁵⁶, y su consecuente rechazo de la asalarización que ya había afectado a la mayoría de los demás profesionales ³⁵⁷. El Colegio de Farmacéuticos y la Unión Odontológica Nacional se sumaron a la huelga, y un grupo de comerciantes mayoristas afirmaron estar dispuestos a no suministrarle más artículos a la Caja; también lo hicieron algunos empleados de los Bancos Anglo Costarricense, de Seguros y de Costa Rica, así como una parte del Colegio de Abogados ³⁵⁸.

La derrota de la iniciativa de la Caja fue el precedente de la llamada *Huelga de Brazos Caídos*; como indica Salazar, la huelga de los médicos mostró una red de solidaridad entre sectores ocupacionales que veían con recelo la intervención estatal en sus labores. Algunos meses después de finalizado su conflicto con la Caja, la Unión Médica expresaba su negativa ante la propuesta de un impuesto sobre la renta: la reciprocidad con quienes los habían apoyado, además de los propios intereses de los galenos, había consolidado un bloque ³⁵⁹ que bien podríamos considerar indicativo de una identidad de clase, por sobre las ocupaciones específicas de cada grupo.

Posiblemente, la relativa cercanía familiar y el compartir espacios recreativos por parte de muchos profesionales con la burguesía hayan retardado la formación de los respectivos sindicatos; todavía en 1939, al conmemorar la muerte de Moreno Cañas, un evento que conmovió a la opinión pública de la época, la prensa no registró entre los sindicatos que marcharon a ninguno específico de las clases medias ³⁶⁰; los periódicos sólo mencionan que el cuerpo de enfermeras estuvo allí representado ³⁶¹. Pero al cambiar las correlaciones de fuerzas con el gobierno de Calderón, los profesionales tuvieron que

³⁵⁵ Manuel Mora, curiosamente, se declaró a favor de los médicos y boticarios. Cfr. Rosenberg, 93-94.

³⁵⁶ Cfr. Javier Salazar Alfaro, “‘El acuerdo de la discordia’. Huelga médica y conflicto sociopolítico en Costa Rica (mayo-junio 1946)”, en *Diálogos. Revista electrónica de Historia*, número especial (2008): 2547. Castel, coincidentemente, afirma que los médicos franceses se resistieron a la asalarización hasta entrada la década de 1950. Cfr. Castel, 356 y 365.

³⁵⁷ Cfr. *supra*, 1.1.3. y 1.2.3.

³⁵⁸ Cfr. Salazar Alfaro, 2562-2563.

³⁵⁹ *Ibid.*, 2567.

³⁶⁰ Cfr. “Los homenajes de hoy en memoria...”, en *La prensa libre*, 23 de agosto de 1939, 4.

³⁶¹ Cfr. “El 23 de agosto el pueblo de Costa Rica tributó...”, en *Trabajo*, 26 de agosto de 1939, 1 y 3.

adoptar medidas para proteger sus intereses, utilizando los medios provistos por el mismo Código de Trabajo.

Precisamente durante la coyuntura de ese paro patronal que pasó a ser llamado *Huelga de Brazos Caídos*, entre julio y agosto de 1947, una importante cantidad de pequeño-burgueses dueños de locales comerciales se sumaron a la oposición ³⁶². Los comunistas los atacaron en particular a ellos y a los empleados bancarios sumados al paro, identificándolos como “parte de la clase media” dentro de la oposición ³⁶³, y acusándolos de plegarse a los intereses de los banqueros ³⁶⁴. Carmen Lyra se dirigió a las damas que participaron en las jornadas de oración, indicándoles que ella misma fue “glostora” en su juventud, y que, al igual que ellas, había carecido de una idea clara de lo que acontecía políticamente ³⁶⁵.

El modelo de los organizadores, incluso en la denominación del paro, fue el de las jornadas de 1944 en El Salvador y Guatemala contra los gobiernos de Martínez Hernández y Ubico, respectivamente, protagonizados por sectores de estudiantes, profesionales, dueños de negocios y oficinistas. En Nicaragua y en Honduras florecieron movimientos similares, encabezados por estudiantes, aunque no alcanzaron la suerte de las primeras ³⁶⁶. En el caso costarricense, Cañas ha indicado que los sectores más activos durante este paro fueron los estudiantes universitarios y colegiales, mujeres lideradas por familiares de políticos importantes, empleados bancarios, profesionales y recién graduados ³⁶⁷; en palabras de su compañero centrista, Eugenio Rodríguez Vega, “el movimiento se iniciaba en la clase media” ³⁶⁸.

Otros grupos articulados en torno a temas no estrictamente laborales, en los que hubo una importante representación de las clases medias, fueron los estudiantes universitarios y las mujeres en busca de ampliar sus derechos, especialmente el derecho al sufragio. En cuanto a los estudiantes, González indica que los primeros intentos de organización se dieron en el primer lustro del nuevo siglo, y fueron llevados a cabo por

³⁶² Cfr. Jorge Mario Salazar, *Crisis liberal y Estado reformista*, 248.

³⁶³ Manuel Mora, citado en Jorge Mario Salazar, *ibíd.*, 249.

³⁶⁴ Cfr. “Al margen de la huelga”, en *Trabajo*, 2 de agosto de 1947, 5.

³⁶⁵ Cfr. “Carmen Lyra se dirige a las mujeres del capital”, en *Trabajo*, 2 de agosto de 1947, 1 y 3. Por el contenido se infiere que el título debió referirse “a las mujeres de la capital”.

³⁶⁶ Cfr. Patricia Parkman, *Insurrección no violenta en El Salvador*, 23-25.

³⁶⁷ Cfr. Cañas, *Los ocho años*, 44, 46, 48, 96, 116-118, 109-112.

³⁶⁸ Al respecto, cfr. *infra*, 3.4.

estudiantes de Derecho y de Farmacia. La primera organización estudiantil a nivel nacional apareció en 1917, aglutinando a cualquier estudiante universitario que voluntariamente solicitara el ingreso; no era, pues, una federación de estudiantes ³⁶⁹. En todo caso, las luchas de las diversas asociaciones de estudiantes, además de formar una conciencia corporativa, deben haber contribuido con las sociabilidades de sus miembros, y en general con la esfera pública costarricense ³⁷⁰.

En lo atinente a las organizaciones de las mujeres sufragistas, Alfonso González ha interpretado el surgimiento de estas luchas como una reacción contra el confinamiento de las mujeres a lo doméstico, una segregación aparecida a fines del siglo XIX ³⁷¹. Sin embargo, las sufragistas no eran amas de casa; Barahona ha mostrado que la primera de tales organizaciones, la Liga Feminista fundada en 1923, estaba constituida sobre todo por mujeres dedicadas al magisterio ³⁷². La base social del movimiento estuvo formada, como rápidamente notaron sus contemporáneos ³⁷³, por mujeres profesionales: el voto femenino fue fundamentalmente una reivindicación lograda por las luchas de trabajadoras de clases medias urbanas del país, cuya integración en los espacios públicos, ante el desprecio masculino por las tareas del hogar, fue posibilitada por las asalariadas domésticas ³⁷⁴.

Las mujeres de clases medias jugaron un papel sumamente relevante en las luchas frente a gobiernos que consideraron que no estaban actuando debidamente. Recordemos que las educadoras lideraron la marcha contra los Tinoco en 1919, antecediendo la huelga general más exitosa en la historia de Costa Rica: la que en 1920 llevó a instaurar la jornada de ocho horas, entre otras reivindicaciones para los trabajadores ³⁷⁵. Igualmente, desde un movimiento de carácter conservador en términos de clase, numerosas mujeres de las clases medias urbanas se movilizaron en 1947 contra el gobierno de Picado, uniéndose a la mal llamada Huelga de Brazos Caídos ³⁷⁶. De este modo, al igual que sus pares masculinos, y a

³⁶⁹ Cfr. Paulino González Villalobos, *Los orígenes del movimiento estudiantil universitario en Costa Rica (1844-1940)* (San José: CIHAC, 1987), 15.

³⁷⁰ *Ibid.*, 25-31.

³⁷¹ Cfr. *supra*, 2.1.3.

³⁷² Cfr. Macarena Barahona, *Las sufragistas de Costa Rica* (San José: EUCR, 1994), 71.

³⁷³ Cfr. Eugenia Rodríguez, *Divorcio y violencia de pareja*, 89-91.

³⁷⁴ Cfr. *supra*, 1.2.2.

³⁷⁵ Cfr. Acuña, *Los orígenes de la clase obrera*.

³⁷⁶ Cfr. David Díaz Arias, "Social crises and struggling memories: populism, popular mobilization, violence and memories of civil war in Costa Rica, 1940-1948" (Tesis de Doctorado en Historia, Indiana University, 2009), 226-238.

menudo junto a ellos, las mujeres de clases medias fueron asumiendo una creciente beligerancia en la vida política del país ³⁷⁷.

En términos generales, es de notar que en prácticamente todos los casos las asociaciones surgidas de las clases medias –como en general los sectores populares del país ³⁷⁸– manifestaban cierta confianza en que el Estado podía resolver sus problemas. El Estado respondió de diversos modos, con nuevas instituciones y legislaciones, manteniendo un orden que por ratos se mostraba precario ³⁷⁹. En algunos casos, como el de los caseros, la acción política no pasaba por organizaciones que los representaran, sino por su cercanía con jueces y diputados que defendían sus intereses ³⁸⁰.

De este modo, la relación entre clases medias y Estado en Costa Rica se ajusta al diagnóstico que sobre América Latina ha establecido Jiménez: “dada la fragilidad de sus posiciones materiales y de estatus en sus sociedades, las clases medias repetidamente ayudaron a transformar al Estado en una arena de intensa competencia por recursos, poder y autoridad. Muchas de sus luchas tenían que ver con conservar su posición en el entramado del clientelismo burocrático. Pero también buscaron darle al Estado el papel de resolver conflictos peligrosos entre las élites y los grupos de clases más bajas, uniendo así la protección de sus propias prerrogativas en peligro con la de la paz social y el bienestar nacional” ³⁸¹.

A grandes rasgos, hasta la década de 1940 predominó entre las clases medias, pues, la búsqueda de soluciones “desde arriba”: una *institucionalidad ajena*, asentada en el clientelismo como eje de la modernización a la tica del Estado ³⁸². En todo caso, la aglutinación de las clases medias urbanas alrededor de un proyecto político con un carácter

³⁷⁷ El movimiento por la emancipación femenina, indica Hobsbawm, “fue iniciado y desarrollado de forma casi exclusiva en este período por la clase media y –de forma diferente– por los estratos más altos de la sociedad, menos importantes desde el punto de vista estadístico”. *La era del imperio*, 202.

³⁷⁸ Sobre las reivindicaciones campesinas, cfr. Samper, *Evolución de la estructura*, 159-160. En el caso de Guanacaste, cfr. Gudmundson, *Hacendados, políticos y precaristas*, 187-196.

³⁷⁹ Cfr. Viales, “El régimen liberal de bienestar”; Carlos Hernández, “Trabajadores, empresarios y Estado”, *Revista de historia* (Costa Rica) 27 (Enero-junio 1993); Patricia Alvarenga, “Comunidades y agentes del Estado en la construcción de formas cotidianas de negociación. Costa Rica, 1850-1914”, *Revista de Historia* (Costa Rica) 49-50 (Enero-diciembre 2004).

³⁸⁰ William Elizondo Calderón, “El problema de vivienda: segregación y pobreza urbana en la primera mitad del siglo XX en Costa Rica”, en *Pobreza e historia en Costa Rica*, ed. Ronny Viales, 162.

³⁸¹ Michael F. Jiménez, 219.

³⁸² Así lo plantea Iván Molina para explicar las diferencias entre la cultura política costarricense y las del resto de Centroamérica. Cfr. *Demoperfectocracia*, 423-433.

propiamente clasista se gestó cuando sus miembros percibieron sus *modus vivendi* amenazados por la alianza de Calderón con los comunistas ³⁸³.

Epílogo

Una descripción de Dana Gardner Munro sobre la vida política en Costa Rica bien puede sintetizar un elemento central de las sociabilidades en nuestro período: “tal y como se podría esperar en una aristocracia compuesta principalmente por los líderes de una ciudad de treinta mil habitantes, los lazos de sangre y los sentimientos personales juegan un importante papel en la formación de estos grupos [los partidos políticos], en especial porque las familias prominentes son muy numerosas y cada una está relacionada con las otras mediante el matrimonio entre sus miembros” ³⁸⁴.

Según González, a fines del XIX las familias de las zonas rurales habían adoptado ya los patrones y valores difundidos por la jerarquía católica, debido a que las comunidades aldeanas “dependían de la estabilidad e indisolubilidad del matrimonio para mantener sus sistemas de alianzas y sus estrategias de supervivencia familiares” ³⁸⁵. Esta situación, a pesar de los conflictos Estado-Iglesia de la época, no parece haber sido sustancialmente distinta en las ciudades; en ambos casos el honor familiar siguió siendo el referente básico de las sociabilidades cotidianas. En este sentido, la escasa aunque creciente cantidad de divorcios civiles a lo largo de la primera mitad del siglo anterior es un indicador de esta importancia del matrimonio en la generalidad del país ³⁸⁶.

Aún entrada la década de 1950 las sociabilidades en el país se desarrollaban dentro de las limitaciones de una formación económico-social cuya escasa cantidad de población permitía un control social que a muchos les podía resultar asfixiante. Todavía a fines de nuestro período, según los Biesanz, “la primera identificación que se indaga es normalmente de orden familiar, antes que la profesión, la riqueza o el lugar de residencia.

³⁸³ Cfr. infra, 3.4.

³⁸⁴ Munro, *Las cinco repúblicas*, 188. El testimonio de Alberto Cañas sobre las implicaciones familiares de las lealtades políticas de su padre coincide con estas afirmaciones del estadounidense: cfr. Cañas, *80 años*, 4.

³⁸⁵ González, *Vida cotidiana*, 123.

³⁸⁶ Cfr. Eugenia Rodríguez, *Divorcio y violencia de pareja*, 193-226.

Para ayudarse a averiguar el status de una persona, se pregunta: '¿Es un Jiménez Volio o un Jiménez Sánchez?'”³⁸⁷.

Sin embargo, la dinámica de las sociabilidades ligada con el desarrollo capitalista fomentó una tensión entre las expectativas colectivas y las aspiraciones personales; no otra cosa sugieren las biografías de emigrados costarricenses como *Chavela Vargas*, Francisco Zúñiga o Yolanda Oreamuno, pero incluso muchos entre quienes permanecieron en el terruño se manifestaron en el mismo sentido. En particular, debe haber sido difícil llevar una vida como hombre o –sobre todo– de mujer de las clases medias en la Costa Rica de la primera mitad del siglo XX: las expectativas de *respetabilidad* en un país cuya moral predominante era la católica³⁸⁸ debían pesar especialmente sobre sus hombros; recordemos que incluso los comunistas consideraron oportuna la venia del arzobispo Sanabria para legitimarse ante la opinión pública del país³⁸⁹.

Las funciones de las clases medias como agentes civilizadores situaban a sus miembros, incluso estando fuera de sus ámbitos laborales, bajo constante escrutinio; así sucedió, por ejemplo, en los casos de los pequeños y medianos cafetaleros, así como en el de los propietarios urbanos³⁹⁰, los ambientes de trabajo de los trabajadores de clases medias los integraban con gentes de otras extracciones sociales. Precisamente, el papel de estas clases como mediadoras de diversos tipos entre el proyecto oligárquico y las clases populares los situaba en un lugar estratégico en la sociedad costarricense de la época; no fueron una simple herramienta de la burguesía, sino actores que en negociación tanto con los económicamente poderosos como con los más pobres, reivindicaron sus propios intereses y posiciones, casi siempre bajo el amparo del Estado.

Pero, del mismo modo, la formación de la *clase media* costarricense se desarrolló junto con los procesos de “mercancialización”, ante todo en las ciudades, de las

³⁸⁷ Biesanz y Biesanz, 135.

³⁸⁸ La Iglesia era uno de los pocos espacios públicos en los que las mujeres podían participar activamente sin peligro de que su honor se viera afectado. Cfr. González, *Vida cotidiana*, 157-199. Según el hijo de un mediano cafetalero desamparado, sus hermanas a veces jugaban “A sufrir penalidades”, haciendo excursiones en las que pasaban hambre, sed, cansancio, agotamiento y otras incomodidades. Afirma que “cuando el sudor corría por la frente o sus lamentos llegaban a ser dignos de crédito, hasta entonces, terminaba la cruzada que algún día supuestamente les depararía incontables indulgencias”. En Enríquez y Oconitrillo (comps.), *Historias de mi barrio*, 214.

³⁸⁹ Cfr. Molina, *Anticomunismo reformista*, 137-155.

³⁹⁰ Gudmundson, “Campesino,...”; Víctor Hugo Acuña, “Vida cotidiana, condiciones de trabajo y organización sindical: el caso de los zapateros en Costa Rica (1934-1955)”, en Acuña y Molina, *Historia económica y social de Costa Rica. Rica (1750-1950)* (San José: Porvenir, 1991).

cotidianidades y las sociabilidades. A menudo en franca contradicción con los lazos sociales basados en el honor, lentamente el capitalismo criollo iba permeando el tejido social a través de nuevas prácticas, de otras distribuciones del tiempo, de apropiaciones de espacios y objetos mediatizadas por los intercambios económicos. Según González, hacia fines del XIX “el honor, como norma social de comportamiento, como ideal de conducta, y derecho del otro que había que respetar, estaba siendo desplazado por otras modalidades de interacción personal, la más importante de las cuales provenía de la prevalencia de las relaciones mercantiles, impersonales y anónimas del mundo urbano”³⁹¹. Si bien cincuenta años después las relaciones sociales basadas en las relaciones mercantiles habían ganado espacio, el honor seguía siendo un criterio básico de las sociabilidades en todas las clases sociales del país.

La búsqueda de distinción de las clases medias se enfiló por ello tanto hacia el honor como hacia el interés; la ansiada respetabilidad presuponía el honor, pero más allá de éste, la prosperidad económica de la familia, a más de permitirle mayores comodidades a sus miembros, la situaba más alto en la jerarquía imaginaria de su contexto social. En consecuencia, los habitus de clases medias debían día a día encarar el conflicto entre sus limitaciones económicas y la búsqueda de una distinción referida predominantemente a patrones culturales europeos o estadounidenses. Ya fuera al optar por el lujo o al practicar valores más tradicionales, como la religiosidad y la austeridad, las personas de clases medias buscaron afirmar su lugar social desde condiciones económicas en general adversas.

Las condiciones de vida de las clases medias fomentadas por el modelo económico imperante tardaron, empero, en generar identificaciones de clase en y entre ellas. Las diferencias en los niveles de vida de las clases medias, así como el que sus miembros provinieran a menudo de hogares de otras clases sociales, desaceleraron el surgimiento de tales identificaciones, ciertamente difíciles por encontrarse entre ellos claras diferencias. Sólo después de décadas de nutrirse de diversas movilidades sociales, para los años cuarentas, las clases medias costarricenses consolidaron identidades independientes de las de la burguesía y del proletariado rural y urbano.

Políticamente, los sujetos de las clases medias fueron sumamente activos a lo largo de nuestro período de estudio, pues participaron en diversas organizaciones de carácter

³⁹¹ González, *Vida cotidiana*, 276.

gremial y electoral, así como en la opinión pública, aunque solamente a partir de la administración de Calderón Guardia se organizaron en términos de clase. Para entonces, tales identificaciones de clase se basaron en buena medida en las expectativas –ya que no necesariamente en la existencia efectiva– de la apropiación de objetos y espacios mediante los cuales ejercían sus sociabilidades; incluso cuando los sujetos de clases medias compartían espacios con personas de otras clases sociales –en espacios educativos o de ocio, por ejemplo–, lo hacían diferenciándose de ellas mediante sus objetos, lenguaje y gestualidades.

En este sentido cabe destacar las brechas –funcionales más que geográficas– entre campo y ciudad –si bien mediatizadas por las semiperiferias –, cada vez más claras; en uno y otro tipo de espacios regían, diferentes formaciones de clases ³⁹², si bien articuladas jerárquicamente en función del desarrollo urbano. Las familias de obreros contaban con posibilidades que a las de los peones agrícolas les estaban prácticamente vedadas: no era igual ser proletario en la ciudad que en el campo. A pesar de sus dificultades, las familias trabajadoras ciudadanas tenían más posibilidades de acceder a una movilidad social ascendente –hacia las clases medias– a través de la educación que aquellas situadas en el agro.

Junto a las desigualdades de clase y las geográficas, las desigualdades de género marcaban otro factor determinante en las sociabilidades de la Costa Rica de antaño. En las hijas núbiles se concentraban a menudo para las familias de clases medias las esperanzas de movilidad social y de emparentarse con las familias económica y simbólicamente importantes de su medio, por lo cual sobre ellas recaía en especial el control social. En general, debido al doble patrón moral imperante ³⁹³, las mujeres cargaban con una mayor responsabilidad de mantener el honor de la familia, y faltar a esta obligación podía traerles consecuencias nefastas a ellas y a sus parientes. Pero, por otra parte, las mujeres de las clases medias, como su homólogos masculinos, se organizaron reiteradamente frente a las coyunturas políticas que consideraban adversas. Las de las ciudades, en particular, fueron abriéndose lugar en la esfera pública; aunque se esperaba de ellas que fueran respetables y distinguidas, fueron también muy combativas en las movilizaciones por sus intereses.

³⁹² Cfr. *supra*, 2.2.1.

³⁹³ Cfr. Biesanz y Biesanz, 91-130.

Los lazos sociales en este contexto, marcados por las relaciones cara a cara y el paternalismo, tanto en lo laboral como en lo político, permitieron que la dinámica de los conflictos se dirimiera a nivel personal antes que entre actores colectivos. La cercanía física de las clases sociales, en todo caso, fomentaba tanto la identificación como la hostilidad y la diferenciación entre ellas. Los límites de estas estrategias de contención de conflictos radicaban en las contradicciones estructurales de la formación económico-social, y frente a éstas el Estado costarricense optó reiteradamente por generar más instituciones que mediaran en esos conflictos. La consecuente producción de burocracia –por supuesto, nutrida por el clientelismo– generó también tensiones en torno a los empleados públicos: denunciados a menudo como parásitos del presupuesto estatal ³⁹⁴, permitieron hasta cierto punto paliar en Costa Rica los malestares generados por el desarrollo capitalista.

Esta *institucionalidad ajena*, que como ha planteado Manuel Solís tuvo un carácter marcadamente verticalista y autoritario, fue producido, pues, activamente por las clases medias de la época; para Bourdieu, la alienación específica de los *habitus* de clases medias “reside en el hecho de que a menudo se encuentran en la tesitura de hacerse cómplices obligados y consintientes de la explotación de los demás y de sí mismos” ³⁹⁵. En la Costa Rica de nuestro período de estudio, las lealtades y rencores personales o familiares tenían el trasfondo de relaciones de clase que les generaban a los miembros de clases medias beneficios tales como un relativo bienestar económico –variable según la coyuntura–, pero ante todo un status simbólico superior al de la mayoría de la población del país.

Las clases medias eran las más inmediatas destinatarias de las promesas de bienestar y progreso, y sus sectores urbanos en particular intentaron alcanzar la vanguardia del desarrollo desigual de una cotidianidad en la cual se iban asentando necesidades crecientemente sofisticadas, tanto respecto a los servicios estatales como a las adquisitivas. Así, las familias urbanas de clases medias pretendían imitar a los más pudientes en cuanto al acceso a muebles y ropas de lujo, electrodomésticos, barrios exclusivos, etc. Refiriéndose a los años cincuentas ticos –pero analizando fenómenos similares a los que hemos visto en

³⁹⁴ Cfr. Víctor Hugo Acuña, “La ideología de los pequeños y medianos productores cafetaleros costarricenses (1900-1961)”, *Revista de historia* 16 (julio-diciembre, 1987). También: Alfonso González Ortega, “El discurso oficial de los pequeños y medianos cafetaleros (1920-1940, 1950-1961)” en *ídem*. Nótese que, pese a sus quejas contra la burocracia, estos sectores también optaron una y otra vez por apelar al Estado para la resolución de sus problemas.

³⁹⁵ Bourdieu, *El baile de los solteros*, 252.

la coyuntura anterior–, afirma González que “como es usual en muchos de estos procesos de modernización, los primeros y principales cambios [en la cotidianidad, GG] se dieron en los contextos urbanos y de las clases más favorecidas económica y socialmente, y luego se extendieron con ritmos variables a otros espacios y grupos sociales, en un proceso [...] lleno de contradicciones”³⁹⁶.

A pesar de fungir a menudo como amortiguantes de la lucha de clases, las clases medias no podían quedar al margen de ella. La existencia de esos lugares contradictorios de clase era producto de la violencia estructural, y desde esas coordenadas tanto las clases medias emergentes –la clase media asalariada, principalmente– como las venidas a menos – los pequeños y medianos productores rurales, por ejemplo– defendieron sus condiciones de vida e intentaron mejorarlas. Del seno de estas clases surgieron importantes activistas y militantes de los movimientos populares de antaño, aunque la tónica fue que, conforme avanzaba el siglo, la defensa de los intereses de estas clases se enfocara en divorciarlas de las clases más subalternas, manteniendo sobre ellas su jerarquía política, económica y simbólica.

En otros términos: el grueso de las clases medias insistió en preservar su *distinción*, con la consecuente violencia simbólica inherente en ello. Pero, más importante aún, optaron por conservar y administrar la violencia estructural que las produjo; fue justamente cuando los sectores emergentes en ellas buscaron dirigir el Estado bajo las nuevas condiciones del neocapitalismo de los cuarentas, que sus ideólogos se preocuparon más detenidamente por racionalizar el papel de la *clase media* en la sociedad costarricense. La diferenciación de las clases medias, percibida por la población desde hacía décadas, pasó entonces abiertamente a la lucha discursiva e ideológica.

³⁹⁶Alfonso González, *Mujeres y hombres*, 168.

Capítulo 3

Simbolizando las desigualdades: discursos, imaginarios e ideologías

Las distintas clases sociales usan una misma lengua.

*Como consecuencia, en cada signo ideológico
se cruzan los acentos de orientaciones diversas.*

El signo llega a ser la arena de la lucha de clases.

V.N. Voloshinov / M.M. Bajtín, *El marxismo y la filosofía del lenguaje*.

*Es preciso operar la transformación de los conceptos
políticos, si queremos rehuir las revoluciones.*

Roberto Brenes Mesén, 1940.

Uno de los rasgos más llamativos de la formación de la *clase media* costarricense es la relativamente tardía aparición de los discursos en los cuales ésta cumple un papel protagónico en la sociedad y la historia del país. En Costa Rica, a la que nos hemos acostumbrado a concebir como el país de la clase media, los discursos sobre ella aparecen posteriormente que en sociedades latinoamericanas con historias de mayor desigualdad social, tales como la salvadoreña, la brasileña o la peruana ¹.

Como hemos observado en los anteriores capítulos, la ausencia en Costa Rica de una identidad política de *clase media* hasta entrada la década de los treinta no corresponde con la inexistencia de grupos socio-ocupacionales que pudieran ser caracterizados como propios de esta presunta clase social. Los lenguajes siguen sus temporalidades propias en el seno de las articulaciones complejas que llamamos sociedades, sin que coincidan totalmente con las temporalidades de aspectos como los económicos o políticos, con los cuales, sin embargo, están inevitablemente relacionados.

Aunque reiteradamente los encuadramientos mentales han sido concebidos como prisiones de larga duración ², estos encuadramientos –que aquí denominamos imaginarios sociales– contienen contradicciones internas y sufren transformaciones, de acuerdo con las coyunturas sociales y las apropiaciones que los actores hacen de las condiciones

¹ Acuña plantea que en El Salvador existían ya a inicios del siglo XX identidades de *clase media*. Parker, por su parte, encuentra que los empleados de comercio peruanos se identificaron sistemáticamente a través de la prensa como miembros de clases medias desde 1919, mientras que según Owensby, la *clase media* aparece en Brasil con relevancia ideológica y política en la década de 1920. Cfr. Víctor Hugo Acuña, “The formation of the urban middle sectors in El Salvador, 1910-1944” en *Landscapes of struggle. Politics, society and community in El Salvador*, eds. Aldo Lauria-Santiago y Leigh Binford (Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2004). D.S. Parker, *The idea of the middle class. White-collar workers and Peruvian society, 1900-1950*. Brian Owensby, *Intimate ironies. Modernity and the making of middle-class lives in Brazil*.

² Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales* (Madrid: Alianza, 1980), 71.

lingüísticas disponibles ³. En este sentido, el imaginario basado en *clases sociales* ha dado lugar a distintas configuraciones de discursos antagónicos entre sí a lo largo de la historia costarricense, desde las cuales se conceptualizó de diversos modos la estructura y actores sociales protagónicos del país.

En la patria del tico, como en el resto de Centroamérica, el desarrollo de las narrativas sobre diferenciación social ha tenido una relación directa con los discursos e ideologías en torno a la nacionalidad; como indica Acuña, “en los procesos de formación de las clases trabajadoras, la lealtad nacional y la solidaridad de clase se desarrollan en forma paralela y anudada” ⁴. Consecuentemente, los discursos sobre clases sociales entrañan a la vez concepciones más generales acerca de la conformación y dinámica de la sociedad. Como veremos a lo largo de este capítulo, el estudio del proceso de formación discursivo-ideológica de la *clase media* en Costa Rica nos permitirá observar a partir de qué coyuntura ese tema adquiere un carácter político, cuáles sectores sociales promovieron explícitamente las identidades de *clase media*, y qué relaciones guardaban estas identidades con diversos proyectos de sociedad y nación costarricense.

Las fuentes impresas son particularmente útiles para este efecto; de hecho, la consolidación de una esfera de opinión pública se gestó en Costa Rica al mismo tiempo que la de las clases medias. Valga recordar que dicha esfera pública se consolidó a la vez que el trabajo asalariado, la mercantilización de los espacios públicos y la masificación de la educación formal. Este ámbito de sociabilidad, cuya importancia sobre las diversas cotidianidades creció durante nuestro período de estudio, se conformó tanto a través de relaciones cara a cara, por ejemplo con asociaciones integradas para fines específicos, como por la circulación de discursos a través de medios impresos. Los encargados de los periódicos –al igual que en el caso de las revistas literarias ⁵– eran mayoritariamente profesionales ⁶, y seguramente del mismo modo una cantidad considerable de sus lectores

³ Para una crítica de estas concepciones, cfr. Fredric Jameson, *The prison-house of language. A critical account of structuralism and Russian formalism* (Princeton: Princeton University Press, 1974).

⁴ Víctor Hugo Acuña, “Nación y clase obrera en Centroamérica durante la época liberal (1870-1930)” en Steven Palmer e Iván Molina, *El paso del cometa. Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800/1950)* (San José: Porvenir, 1994), 149.

⁵ Cfr. Flora Ovares, *Literatura de kiosco*, 209-211.

⁶ Patricia Vega, “Los responsables de los impresos en Costa Rica, 1900-1930”, *Revista de historia* (Costa Rica) 49-50 (enero-diciembre 2004): 192-196.

pertenecieron a las clases medias ⁷. De allí que la presencia o ausencia de discursos sobre *clase media* o conceptos y términos afines en esos medios de difusión son indicativas de las actitudes de esos sectores respecto a su propio lugar en la sociedad costarricense.

El fortalecimiento de la opinión pública a través de los medios impresos fue un tema político importante, como en otros contextos sociales influidos por la Ilustración ⁸, desde los primeros años de la Independencia, aunque por entonces su existencia estaba fuertemente limitada por el alto analfabetismo y la escasez de tecnologías que permitieran la reproducción masiva de los textos ⁹. Hacia finales del XIX, empero, iniciaba una coyuntura propicia, en la cual el conflicto entre la Iglesia católica y los liberales a la tica dio lugar a lo que Alfonso González ha llamado una “‘proliferante industria’ de la palabra” ¹⁰.

En cuanto a la tecnología, la mayoría de las imprentas podían para entonces sostener sus economías gracias a la venta de artículos de papelería de oficina y a materiales como las “hojas volantes” ¹¹ –también llamadas “cartas públicas”–, a los cuales cabe contar entre los medios más importantes para la circulación de discursos en el contexto histórico del que nos ocupamos, junto con periódicos, revistas, folletos y libros ¹². En el campo, en particular, las revistas y folletos agrícolas cumplieron un importante rol en la inclusión del campesinado en la opinión pública ¹³.

Respecto a los lectores, merced en buena medida a las reformas educativas de la década de 1880 ¹⁴, la creciente alfabetización de la población costarricense fue la base para el fortalecimiento de la opinión pública ¹⁵. Mientras que en 1893 el editor de un periódico

⁷ Sobre la alfabetización, cfr. Iván Molina, “Clase, género y etnia van a la escuela. El alfabetismo en Costa Rica y Nicaragua (1880-1950)”, en *Educando a Costa Rica. Alfabetización popular, formación docente y género (1880-1950)*, eds. Iván Molina y Steven Palmer (San José: Porvenir, 2000), 43-46.

⁸ Cfr. Javier Fernández Sebastián, “Opinión pública”, en *Diccionario político y social del siglo XIX español*, dirs. Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes (Madrid: Alianza, 2002), 477-486. Jürgen Habermas, *The structural transformation of the public sphere. An inquiry into a category of bourgeois society* (Cambridge: MIT Press, 1994).

⁹ Cfr. Patricia Vega, *De la imprenta al periódico: los inicios de la comunicación impresa en Costa Rica. 1821-1850* (San José: Porvenir, 1995), 22-45.

¹⁰ González Ortega, *Vida cotidiana*, 127. A todo lo largo de nuestro período de estudio, la prensa clerical tuvo un gran peso en la formación de la opinión pública. Cfr. Molina, *Anticomunismo reformista*, 17-33. Con esta participación, de paso, la Iglesia también legitimó a la esfera de opinión pública de la época.

¹¹ Cfr. Molina, *Una imprenta*, 97.

¹² Al respecto, ver la presentación y selección de varios de estos documentos en Emmanuel Barrantes, “Las ‘hojas volantes’ o cartas públicas”, *Revista de historia* (Costa Rica) 48 (julio-diciembre 2003): 337-189.

¹³ Sobre el éxito de estas publicaciones, cfr. Carlos Naranjo, *La modernización*, 247-281.

¹⁴ Cfr. supra, 1.1.5., 1.2.2. y 2.2.3.

¹⁵ El proceso de alfabetización, según Molina “facilitó que los sectores populares de la ciudad y el campo dispusieran de modelos culturales ofrecidos por las novelas de aventuras y del corazón, el teatro y el cine, el deporte y el periodismo amarillista, cuyos valores eran a veces muy distintos de los promovidos por la

nacional desconfiaba de que las autoridades del gobierno permitieran el libre tráfico de ideas ¹⁶, condición necesaria para la debida marcha de la opinión pública, veinte años después otro redactor elogiaba el estado de ésta, describiéndola robusta. Así, contrastando respecto a los presuntos abusos del gobierno en 1889, decía: “que se intente en 1913 semejante atropello, y nadie podrá contener las manifestaciones hostiles de la opinión pública irritada” ¹⁷.

Un par de meses antes, García Monge, en su célebre discurso del primero de mayo de 1913 a la clase obrera, insistía en la necesidad de fomentar en ésta el hábito del estudio, para crear “una opinión pública inteligente” ¹⁸. También en 1929, al ser preguntado sobre los criterios para formar un nuevo partido, estimó fundamental “consolidar el régimen de opinión. El gobierno popular es imposible sin un régimen de gran publicidad, sin el tribunal de la prensa libre y sin el mitin y la deliberación” ¹⁹. Y todavía en los cuarentas, mientras que Calderón Guardia elogiaba el estado de la opinión pública ²⁰, Rodrigo Facio culpaba de la falta de apoyo popular a la gestión presidencial de González Flores más de veinte años atrás a la carencia de una opinión pública organizada en partidos ideológicos permanentes ²¹.

Por otra parte, los medios de opinión pública sirvieron frecuentemente a los “proletarios de levita” para promoverse hacia funciones gubernamentales, aunque esto se hizo cada vez más difícil con la creciente oferta de profesionales. Esto es claro para las dos primeras décadas del siglo XX: tanto los ácratas –García Monge, Omar Dengo, Brenes Mesén, etc., grupo que ha sido bien estudiado ²²– como los literatos “bohémios” un poco más jóvenes que ellos, –Joaquín Vargas Coto, Rafael Cardona, Francisco Soler y Julián

jerarquía eclesiástica, las autoridades educativas o la juventud disidente”. Iván Molina, “Un pasado comunista por recuperar. Carmen Lyra y Carlos Luis Fallas en la década de 1930” en *Ensayos políticos*, Carmen Lyra y Carlos Luis Fallas (San José: EUCR, 2000), 25. Sobre las opciones de lectura en San José en los treinta y cuarentas, cfr. Alberto Cañas, *80 años*, 48-53.

¹⁶ Cfr. David Díaz, *La fiesta de la Independencia*, 127.

¹⁷ “Hagamos república”, en *La prensa libre*, 7 de julio de 1913, 2.

¹⁸ García Monge, *Obras escogidas*, 248.

¹⁹ García Monge, *Obras escogidas*, 234.

²⁰ Cfr. Calderón Guardia, “Mensaje inaugural”, en *Mensajes presidenciales*, tomo VII, Meléndez (comp.), 15.

²¹ Cfr. Rodrigo Facio, *Estudio sobre economía*, 107-108. Otra crítica de la opinión pública en Costa Rica la hacía Mario Sancho en 1936: “¿Hay opinión pública vigilante?”, *Repertorio Americano* XXXII, 23 (Diciembre de 1936): 366.

²² Cfr. David Díaz Arias, “From Jóvenes Ácratas to Beneméritos: Anarchism and National Identity in Costa Rica, 1900-1977”, en *Imminent Pasts: Anarchism in Latin American History*, ed. Geoffroy de Laforcade (en preparación). Iván Molina, “Plumas y pinceles”.

Marchena, entre otros–, lograron insertarse sin mayores dificultades en cargos de gobierno²³.

Por el contrario, estas opciones de promoción no favorecieron a los jóvenes comunistas en los treinta –lo cual era en su caso de esperarse–, ni a los centristas en los cuarentas, a quienes el acceso a tal espacio, por otros factores, no les era propicio. El apoyo de este último grupo a la insurrección armada indica que sus miembros percibían que su dirección –pretendidamente tecnocrática– era imposible en la coyuntura de las elecciones presidenciales de 1948²⁴, pero también es síntoma de cierto agotamiento del modelo de Estado como empleador de la clase media asalariada.

A continuación presentamos algunos aspectos básicos del desarrollo de las ideologías en conflicto en la prensa de la época, atendiendo a los discursos sobre diferenciación y clases sociales en Costa Rica y los lugares sociales de quienes los emitieron²⁵. Pero, primeramente, hemos de referirnos a un tema central en la conformación de la identidad nacional costarricense que tuvo importantes consecuencias respecto a los imaginarios sobre las relaciones y diferencias entre los principales grupos sociales del país. Efectivamente, a lo largo de todo nuestro período de estudio –y prácticamente hasta nuestros días– la medianía ha sido un ideologema básico²⁶, ya sea para afirmarlo o para confrontarlo, en la construcción de los discursos sobre clases sociales en Costa Rica.

3.1. Medianía y “mediocracia”

Hace algunos años, un estudio de Acuña sobre la identidad nacional costarricense ha mostrado que el relato de la Costa Rica igualitaria –según el cual su pasado de pobreza, arduo trabajo campesino y pequeña propiedad garantizó el carácter democrático y pacífico de su pueblo– circuló al menos desde los albores de la Independencia. “El Pueblo

²³ Vargas Coto fue profesor en el Liceo de Costa Rica y en el Instituto de Alajuela, y posteriormente fungió como diplomático; Cardona también fue profesor en el Liceo, y Marchena fue director de la Biblioteca Nacional entre otros cargos oficiales. Cfr. Abelardo Bonilla, 127, 195, 300; infra, 3.2.5. Precisamente por no formar parte de un excedente de mano de obra intelectual (que el lector nos dispense esta aparente contradicción de términos), como en el caso de los franceses del siglo XIX estudiados por Bourdieu, este grupo de personajes, a quienes Vargas Coto caracteriza como bohemios, distaba de serlo. Cfr. Pierre Bourdieu, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario* (Barcelona: Anagrama, 2005), 79-137.

²⁴ Cfr. infra, 3.4.

²⁵ Hemos argumentado ya en el apartado metodológico de este trabajo sobre la limitación espacial de nuestras fuentes –la mayoría provienen del Valle Central, y en particular de San José– para el presente capítulo.

²⁶ Sobre el concepto de *ideologema*, cfr. supra, I.2.4.

Costarricense es compuesto en su totalidad de propietarios en pequeño o en grande”, sostenía en 1834 un periódico costarricense, reiterando una imagen que compartían las élites locales, independientemente de las diferencias políticas que dividían a sus facciones²⁷. Igualmente, en 1851 Felipe Molina afirmaba que en Costa Rica “todos poseen algunos bienes, y todos trabajan, no conociéndose proletarios ni grandes capitalistas [...] Esta absoluta ausencia de castas y de clases sociales, prueban que Costa Rica es un país eminentemente republicano”²⁸.

Así, en 1877 el presidente Tomás Guardia describía a Costa Rica como un país de “población homogénea” de “propietarios en mayor o menor escala” y carente de “intereses opuestos”²⁹. Este lugar común lo reproducirán en adelante de modo ritual los discursos oficiales, y en particular los presidentes de la república en sus mensajes al Congreso. En 1924, por ejemplo, Ricardo Jiménez ligaba directamente la democracia costarricense con “la gran división de la propiedad”, como un “ancla” que estabilizaba a la República, contra “la importación de ideas extremistas que tienden a la destrucción del orden existente”³⁰.

A partir de estas características de igualdad, la supuestamente escasa diferenciación social en Costa Rica se convierte en esta mitología³¹ en un asunto estrictamente personal. En 1903 Pío Víquez publica que “nosotros, los TICOS, somos iguales y apenas hay motivos de altanerías personalísimas que distinguen a los que gastan color de España de los que llevan tez cobriza más o menos clara... Por que nada obstruye el camino... el que no quiere no surge... Todos tienen paso... Y los artesanos suelen gastar más puntos altos que médicos y abogados”³². El “milagro del trabajo y la repartición del haber” garantizan, según Víquez, incluso la virtud femenina, del mismo modo que le permiten al zapatero tener “la chuleta más amplia sobre su mantel”, y al sastre vestir las telas más finas³³.

²⁷ Cfr. Víctor Hugo Acuña, “La invención de la diferencia costarricense, 1810-1870”, *Revista de historia* 45 (enero-junio 2002), 204-205.

²⁸ Cit. En Iván Molina, *Costarricense por dicha. Identidad nacional y cambio cultural en Costa Rica durante los siglos XIX y XX* (San José: EUCR, 2002), 69.

²⁹ Cfr. Víctor Hugo Acuña, “Historia del vocabulario político en Costa Rica: Estado, república, nación y democracia (1821-1949)” en comps. Jean Piel y Arturo Taracena, *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica* (San José: EUCR, 1995), 68-69.

³⁰ “Mensaje de Don Ricardo Jiménez, Presidente de la República, al Congreso Constitucional, 8 de mayo de 1924” *Mensajes presidenciales*. Tomo V, Carlos Meléndez, 140.

³¹ *Mitología* en el sentido en que desarrolla este concepto Roland Barthes, como habla deshistorizada, es otra variante de discurso ideológico. Cfr. Roland Barthes, *Mitologías* (México: Siglo XXI, 1997).

³² Citado en Margarita Rojas, Flora Ovarés, Carlos Santander y Ma. Elena Carballo, *La casa paterna. Escritura y nación en Costa Rica* (San José: EUCR, 1993), 116. Mayúsculas del original.

³³ Cfr. *ibid.*, pp. 117, 115.

Esta exaltación de la igualdad como valor fundante de la nacionalidad costarricense minimizaba y opacaba las diferencias socioeconómicas entre los nacionales. Entre los sectores populares, como veremos más adelante, este planteamiento le permite a los pequeños y medianos productores de café alegar que la explotación que padecían era un exceso por parte de los beneficiadores cafetaleros, quienes con ello atentaban contra los intereses de la nación costarricense³⁴. Según algunas versiones entre estos productores, el mal de la desigualdad provenía del exterior del país: lo traían los capitalistas extranjeros que acaparaban el procesamiento y exportación del grano de oro³⁵.

La homogeneidad es una de las características centrales de los discursos sobre la nacionalidad costarricense: homogeneidad económica, pero también lingüística y racial³⁶. Así, por ejemplo, un documento oficial de 1927 afirmaba que “se atribuye con razón a la homogeneidad de la raza de los costarricenses, en gran parte, las condiciones de orden social y político que han prevalecido en nuestro país y que nos han brindado hábitos de paz y trabajo, tradicionales en nuestro pueblo”³⁷. Propiedad, herencia cultural castellana y ascendencia europea occidental fueron pilares sobre los cuales se asentó la construcción de la identidad costarricense en tiempos del liberalismo a la tica, y que trascendió hasta bien entrado el siglo XX; incluso una publicación que a menudo puede ser descrita como progresista respecto a la *cuestión social*, el *Repertorio Americano* de García Monge, reprodujo esta mitología racista³⁸.

El ideologema de la igualdad era compartido por numerosos sectores sociales durante el período de nuestra pesquisa, aún cuando entre ellos algunos no lo vieran como un aspecto positivo. Omar Dengo, destacada figura del magisterio, por ejemplo, afirmaba en 1915 que la costarricense “es una pobre democracia que alquila las ideas para disfrazar su instinto, grotescamente traducido en una tendencia igualitaria cuya norma de nivelación

³⁴ Cfr. Víctor Hugo Acuña, *La ideología de los pequeños y medianos productores cafetaleros costarricenses (1900-1961)*, *Revista de historia. UCR-UNA* (Costa Rica) 16 (julio-diciembre 1987), 150-152.

³⁵ Alfonso González Ortega, *El discurso oficial de los pequeños y medianos cafetaleros*.

³⁶ Cfr. Acuña, *La invención*, 208-215.

³⁷ Dirección General de Estadística y Censo. *Censo de población de Costa Rica. 11 de mayo de 1927*. (San José, DGECC, 1960), 91.

³⁸ Cfr. Jussi Pakkasvirta, *¿Un continente, una nación? Intelectuales latinoamericanos, comunidad política y las revistas culturales en Costa Rica y en el Perú (1919-1930)* (San José: EUCR: 2005). Manuel Solís y Alfonso González, *La identidad mutilada García Monge y el Repertorio Americano, 1920-1930* (San José: EUCR, 1998).

es la altura perceptible de la medianía”³⁹. Once años después, Dengo insistía en su crítica: “no soy siquiera devoto, en realidad, de nuestras maneras de hacer gobierno, dentro de las cuales tanto predominio conquista, trasgrediendo conveniencias nacionales, la mediocrización de todos los valores”⁴⁰. La igualdad, desde la perspectiva de este educador, acarrea consigo el imperio de la ‘mediocracia’⁴¹.

También Yolanda Oreamuno equiparaba medianía con mediocridad. En 1938, esta escritora describía al “ambiente” tico como condicionante de la mediocridad imperante entre los habitantes del país, una influencia “que viene desde la mediocridad de la cuna, la mediocridad de nuestra economía y de nuestra política”⁴². Según su perspectiva, el mecanismo de nivelación del tico era el choteo; “al que pretende levantar demasiado la cabeza sobre el nivel general, no se le corta. ¡No! ... Le bajan suavemente el suelo que pisa, y despacio, sin violencia, se le coloca a la altura conveniente”⁴³.

Como hemos visto, la medianía en la construcción de lo costarricense está vinculada con una supuesta homogeneidad racial y cultural. El pasado rural, el de los pequeños propietarios, era un espacio de experiencia⁴⁴ producido y reproducido a través de intereses ideológicos propios de cada momento en el que se actualizaba a través de los discursos. No es casual la insistencia de las élites gobernantes respecto a este supuesto pasado común⁴⁵, aún cuando los procesos de proletarización avanzaban con paso inexorable sobre el pequeño propietario rural.

No obstante, no debe desestimarse el papel que el ideologema de la medianía cumplía entre las clases populares; en tanto que estrategia simbólica de contención del conflicto de clases, les permitía a sus integrantes reivindicar un lugar importante en el seno de la nacionalidad costarricense, tal como planteaba Dobles hacia 1950: “en la Meseta el tono de la vida civil era rural y democrático. Resultaba difícil encontrar una familia de labriegos que se tuviera en el fondo de su corazón por menos que cualquier otra. Si bien se respetaba en grado más alto al letrado, al hombre rico o al cura, la conciencia de igualdad

³⁹ Omar Dengo, *Escritos y discursos* (Heredia: EUNA, 2007), 350.

⁴⁰ *Ibid.*, 295.

⁴¹ Cfr. Rojas, Ovares, Santander y Carballo, 184.

⁴² Yolanda Oreamuno, *A lo largo del corto camino* (San José: Ed. Costa Rica, 1961), 17.

⁴³ *Ibid.*, pág. 19.

⁴⁴ Cfr. Reinhart Koselleck, *Futures past. On the semantics of historical time*, 255-275.

⁴⁵ Cfr. Acuña, *Historia del vocabulario...*, 68-71.

se hallaba bien atrincherada en los espíritus, ya que históricamente todos, los de abajo y los de arriba, habían por igual edificado el país”⁴⁶.

En términos de narración, con la medianía se plantea probablemente la primera narrativa cómica de la historia republicana costarricense. En la comedia, efectivamente, “se plasma la imperfección del hombre y del mundo pero también la posibilidad de una superación de las limitaciones y debilidades; hecho que se revela en la solución feliz de la problemática expuesta o incluso en la demostración de su inexistencia”⁴⁷. La igualdad en la pobreza es al mismo tiempo el problema y la solución de las dificultades de la nacionalidad costarricense, y la conciliación entre clases es el desenlace al que llevan los discursos que se fundamentan sobre este ideologema.

Las implicaciones políticas de esta narrativa tienden a ser, como planteaba White, de carácter conservador⁴⁸. Los grupos subalternos inconformes plantearon discursos en contra de las narraciones que diagnosticaban la igualdad social de la población del país, aunque en general intentaron basar sus argumentos en el retorno a una igualdad que consideraban perdida⁴⁹. Para ellos la medianía era un valor que debía restituirse, al haber sido violentado por el capital y la oligarquía criolla: los reformistas en particular insistieron sobre este aspecto, retomando críticas que circulaban en los periódicos obreros –y es de suponer que también en las calles, barriadas y talleres– desde fines del siglo anterior⁵⁰.

En esta línea también polemizaron los comunistas y socialistas durante los treinta. Particularmente antes de su alianza con Calderón Guardia, los comunistas acentuaron en sus discursos los factores de desigualdad entre clases sociales en sus diagnósticos sobre la situación nacional, presentando la igualdad como asunto de épocas pasadas. Para tales efectos, como indica Botey, los comunistas intentaron “desestructurar o confrontar la concepción de la identidad costarricense, imaginada por los intelectuales y la clase política,

⁴⁶ Fabián Dobles, cit. en Rojas, Ovares, Santander y Carballo, 230.

⁴⁷ Kurt Spang, *Géneros literarios* (Madrid: Síntesis, 2000), 155.

⁴⁸ “Legítimamente se puede concluir, de una historia así interpretada, que vivimos en el mejor de los mundos históricos posibles, o al menos en el mejor que se puede esperar ‘con realismo’, en vista de la naturaleza del proceso histórico”. Hayen White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (México: Fondo de Cultura Económica, 1992), 37.

⁴⁹ Los autores de *La casa paterna* señalan que “en la narrativa, como en otras formas de conciencia nacional de los costarricenses, es la gran propiedad la que rompe la utopía. No en balde el mito original sitúa el nacimiento de la democracia en la distribución justa de la tierra”. Ovares, Rojas, Santander y Carballo, 237.

⁵⁰ Cfr. Mario Oliva Medina, *Artisanos y obreros costarricenses, 1880-1914* (San José: Editorial Costa Rica, 1985), 51-63.

bajo las imágenes y representaciones de una Costa Rica igualitaria, rural, democrática y pacífica”⁵¹.

Las impugnaciones de comunistas y socialistas durante la década posterior a la crisis de 1929 tenían, no obstante, importantes antecedentes a lo largo de todo el período tradicionalmente denominado liberal. Aunque existían sobre todo en el Valle Central ciertas condiciones de sociabilidad que parcialmente legitimaban la percepción de cercanía entre las distintas clases sociales, del mismo modo, voces a menudo marginadas por la cultura hegemónica denunciaron las desigualdades de poder y recursos económicos en Costa Rica.

3.2. Igualdad y confrontación: del fin de siglo a la Gran Depresión

Durante los siglos XVII y XVIII la diferenciación social en Costa Rica estuvo determinada en primera instancia por la casta a la cual pertenecía cada individuo, y, al menos desde el punto de vista eclesiástico y administrativo, este criterio era prioritario frente al de la propiedad⁵². Castro y Tosi recoge veintiséis castas a partir de las cuatro principales –a saber, españoles, mestizos, indios y mulatos–, y a pesar de que este autor afirma que el sistema de castas –cuya abolición formal se dio en setiembre de 1822– era odioso incluso para los criollos, señala también que esta división social, además de generar “infinitud de pleitos, malquerencias, insultos e injurias, [...] impidió largo tiempo la plena incorporación de la mayoría de la población de Costa Rica a la vida social y su asociación a la gestión de la cosa pública”⁵³.

Debe señalarse además, como lo hace María de los Ángeles Acuña, que la sociedad cartaginesa estaba bien claramente segmentada de acuerdo con los orígenes étnicos de la población, de modo que, lejos de ser, como sugiere Castro y Tosi, un asunto puramente nominal, el sistema de castas tuvo muy concretas implicaciones en las prácticas sociales⁵⁴.

⁵¹ Ana María Botey, “Las representaciones sociales de la pobreza en la Costa Rica de la década de 1930” en *Pobreza e historia en Costa Rica. Determinantes estructurales y representaciones sociales del siglo XVII a 1950*, ed. Ronny Viales Hurtado (San José: EUCR, 2000), 273.

⁵² Cfr. Norberto Castro y Tosi, “La población de la ciudad de Cartago en los siglos XVII y XVIII”, *Revista de los archivos nacionales* (Costa Rica) XXVIII (7-12) (julio-diciembre 1964), 151.

⁵³ *Ibíd.*, 161.

⁵⁴ Cfr. , Ma. de los Ángeles Acuña, *La sociedad colonial: el mestizaje en la ciudad de Cartago* (San José: Cátedra de Historia de las Instituciones, 1993).

La investigación sobre la transición desde un imaginario basado en *castas* y *estamentos* a otro fundamentado en *clases sociales* ⁵⁵, lamentablemente, excede los alcances de este trabajo ⁵⁶; para nuestros efectos tendremos que conformarnos con indicar que ya para la primera mitad del siglo XIX –como se ha podido observar en el apartado anterior– circulaban en Costa Rica ideologías y conceptos sociales basados en criterios socio-económicos y ocupacionales, esto es, propios de un orden social moderno. Esta asimilación temprana del régimen moderno de historicidad se tradujo en que las diversas ideologías debían dar cuenta de las diferencias de poder, de *status* simbólico y sobre todo económicas, en términos de clases sociales: la problemática de la *cuestión social* ⁵⁷.

En este sentido, la supuesta homogeneidad racial de la población costarricense facilitó que el fenotipo no fuera un factor asociado directamente con la pertenencia a una clase social. En contraste con otros países latinoamericanos, donde todavía bien entrado el siglo XX persistía la concepción de que la posición social estaba determinada por el nacimiento del individuo –en relación directa con su raza– ⁵⁸, en la sedicente “Suiza Centroamericana” los discursos en la prensa sobre diferenciación entre clases sociales no pasó en lo fundamental por las diferencias étnicas; sencillamente, la imagen hegemónica de la nacionalidad optó por invisibilizar a indígenas, afroamericanos y demás etnias ⁵⁹.

Esta supuesta homogeneidad racial puede haber sido uno de los factores que por largo tiempo hicieran innecesario en Costa Rica el surgimiento de los discursos sobre la *clase media* como mecanismo ideológico nivelador de las diferencias sociales. La perspectiva comparativa nos aporta criterios para valorar esta hipótesis: en otros países latinoamericanos donde la *raza* fue un parámetro básico de diferenciación social,

⁵⁵ Según Williams, una de las razones por las que el concepto de *clase* reemplazó al de *rango* en Inglaterra está en el carácter más impreciso del primero, lo cual favorecía un régimen cimentado en el nuevo tipo de cultura y estructura social de la Revolución Industrial y la democracia burguesa. Cfr. Raymond Williams, *Cultura y sociedad. 1780-1950. De Coleridge a Orwell* (Bs. Aires: Nueva Visión, 2001), 15.

⁵⁶ Indudablemente, un estudio de este tipo, centrado en los cambios en el lenguaje y en la percepción del tiempo entre el Antiguo Régimen y la modernidad –que Reinhart Koselleck ha denominado como *tiempo de umbral* (*Sattelzeit*)– enriquecería nuestra comprensión sobre la cultura política en Costa Rica entre los siglos XVIII y XIX. Cfr. Koselleck, 222-254. Tal estudio, por supuesto, tendría que plantearse en relación con los cambios socio-económicos del período, para no incurrir en una mistificación de lo cultural.

⁵⁷ Cfr. Castel, 3-209.

⁵⁸ Cfr. Parker, 34. Para no incurrir en anacronismos, retenemos el término utilizado en aquel tiempo, por supuesto sin asumirlo, empero, como válido conceptualmente.

⁵⁹ Es el caso de chinos, libaneses y judíos, entre otros. Cfr. Ronald Soto Quirós, “Inmigración e identidad nacional en Costa Rica. 1904-1942: los ‘otros’ reafirman el ‘nosotros’” (Tesis de licenciatura en Historia, Universidad de Costa Rica, 1988). Esta invisibilización a nivel de discursos nacionalistas, empero, no implicó la inexistencia a nivel cotidiano de discriminación basada en criterios étnicos.

aparecieron más tempranamente los respectivos conceptos sociales de *clase media*. En general, la *raza* del individuo era percibida en estrecha relación con la clase social que le era atribuida, por lo cual distanciarse socio-ocupacionalmente de los grupos más subalternos era un medio de “blanqueamiento” en estas sociedades ⁶⁰. En el Perú, el censo de 1908 registró entre los empleados de comercio un 51% de empleados blancos, 24% mestizos, 15% asiáticos, 9% indios y menos del 1% negros ⁶¹, cifras que nos hablan más del estatus simbólico de los empleados peruanos que de sus características genotípicas.

Del mismo modo, en El Salvador, donde ser percibido como indio implicaba a la vez ser considerado campesino y pobre, ser visto como de *clase media* –como blanco o mestizo– podía alejar los estigmas sociales asociados con la condición de indígena ⁶². Por supuesto, esto suponía, *como condición previa*, que determinadas actividades socio-ocupacionales, básicamente de carácter urbano, fueran percibidas como pertenecientes a la *clase media*; este ideologema cumplía funciones de distinción social, de lo cual dan fe los símbolos y rituales mediante los cuales se identificaban los miembros de la Sociedad La Concordia, integrada por hombres de los sectores medios salvadoreños ⁶³.

A estos casos podemos añadir el de Brasil, cuyas clases medias, según Owensby, eran predominantemente blancas o de piel clara ⁶⁴. Lo que tienen en común estos tres casos es que en todos ellos el hábitat de los sectores medios anteriormente a 1930 es la ciudad; por el contrario, en Costa Rica, los hegemónicos discursos sobre la medianía –y, posteriormente, sobre la *clase media*– incluyeron a un campesino prototípicamente pequeño propietario y blanco. La supuesta homogeneidad racial puede haber desacelerado en Costa Rica la necesidad de las clases medias de distinguirse a través de discursos de clase; la hegemonía basada en el ideologema del costarricense blanco estaría estrechamente vinculada, pues, con las concepciones sobre las clases sociales que en el país prevalecieron antes de la crisis de la década de 1930.

Por otra parte, esta incorporación del imaginario social moderno en las élites vallecentralinas generó, ya desde inicios de la década de 1830, discursos sobre la historia de

⁶⁰ Cfr. Johnson, 4.

⁶¹ Cifras redondeadas. Cfr. Parker, 41.

⁶² Cfr. Héctor Pérez Brignoli, “Indios, comunistas y campesinos. La rebelión de 1932 en El Salvador” en *Café, sociedad y relaciones de poder en América Latina*, eds. Mario Samper, William Roseberry y Lowell Gudmundson (Heredia: EUNA, 2001).

⁶³ Cfr. Acuña, *The formation*, 47-49.

⁶⁴ Cfr. Owensby, 8.

Costa Rica como progreso ⁶⁵. La brecha entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativas se había abierto, y diversos sectores sociales intentaron en adelante, a través de sus respectivos discursos, legitimarse como los guías hacia el mejor futuro para la nación.

3.2.1. *Cuestión social y lenguaje de clases*

Ahora bien, fue sobre todo en las últimas décadas del siglo XIX, con el auge de la *cuestión social*, que el tema de *las clases sociales* empezó a ocupar un lugar preponderante en la esfera pública ⁶⁶. La sociología de las calles tendió a ligar la *cuestión social* con los problemas de la *clase obrera*. En este aspecto, si bien es cierto que hubo un interés general de todos los periódicos respecto al tema, la publicación de periódicos de obreros y artesanos fue esencial para la visibilización de los puntos de vista y necesidades de estos grupos socio-ocupacionales ⁶⁷. En estas publicaciones eran especialmente comunes las excitativas a organizar y educar a la clase obrera ⁶⁸: allí los temas de la erradicación del alcoholismo, de la creación de escuelas de oficios y de la organización gremial aparecían regularmente, llegando a hacer incluso que las altas autoridades se manifestaran al respecto.

En estos periódicos, el progreso —o sus sinónimos, *evolución* y *modernidad*— de la nación estaba supeditado a que los obreros mejoraran sus condiciones de vida, y a menudo insistían en la necesidad de que la *clase obrera* tuviera mayor participación en la vida política del país. La beligerancia de estos sectores llevó a que desde fines del siglo XIX los mensajes presidenciales se refieran una y otra vez a los problemas de la clase obrera, resaltando aspectos como la necesidad de abrir opciones de enseñanza profesional para tal

⁶⁵ Cfr. Acuña, *La invención*, 202-203.

⁶⁶ Este auge, como señalamos principalmente en el primer capítulo de este trabajo (sección 1.1.3.), generó no solamente discursos, sino instituciones y políticas públicas que contribuyeron de un modo muy importante en la formación de las clases medias costarricenses.

⁶⁷ Cfr. Oliva Medina, 168-195. Las publicaciones obreras *La aurora social* y la *Hoja obrera* desaparecieron en 1914; habrá que esperar hasta la aparición de *La prensa* en 1919 para que un periódico retome los puntos de vista de la clase obrera. Desaparecida esta publicación en 1928, será en 1931 que el Partido Comunista empiece a hacer circular el semanario *Trabajo*, precedido un año antes por *La revolución*.

⁶⁸ “[...] Convencidos como estamos que la asociación de los hijos del trabajo, es el único medio de hacer adelantar y progresar a esa clase digna de toda consideración social”. *El Demócrata*, 12 de enero de 1890, citado en Oliva, *op. cit.*, pág. 103. También: “Haga la sociedad de artesanos acopio de libros escogidos, de libros que enseñen todo lo que es útil, lo que es bueno, lo que es moral, lo que forma el corazón para el bien, y habrá puesto la primera piedra en el edificio de la regeneración de la clase obrera”. *El Artesano*, 6 de julio de 1889, citado en Oliva, 103-104.

clase social ⁶⁹, sobre la devaluación de los salarios, que afectaba especialmente a los obreros ⁷⁰, la necesidad de agremiar a los artesanos ⁷¹, la propuesta de nuevos impuestos para financiar a los niños pobres de la clase obrera ⁷², o la propuesta, de que el Estado empleara a la clase obrera para apoyar la circulación de los valores económicos estancados ⁷³. Rafael Iglesias llegó incluso a afirmar en 1900 que los obreros representaban “la gran mayoría de las fuerzas productoras del país” ⁷⁴.

Es necesario señalar que a inicios del siglo XX el concepto de *obrero* incluía a ocupaciones que posteriormente pasarían a ser consideradas como de *clase media*; en 1901 la Liga de Obreros definía como obreros a los “agricultores de mayor o menor escala, a los fabricantes e industriales, a los artesanos propiamente dichos y a toda clase de trabajadores que se conocen con el nombre de peones o jornaleros; o trabajadores a sueldo como escribientes, dependientes y otros de la misma clase” ⁷⁵. Tal indiferenciación no es rara para esta época: de hecho, hasta la década de 1920, las organizaciones artesanales cobijaban a propietarios y a profesionales de los sectores medios ⁷⁶. Según esta definición incluso los campesinos formaban parte de la *clase obrera*, lo cual podría relacionarse con la concepción de aquella época según la cual –de nuevo, en contraste con otros casos centroamericanos– todos estos grupos ocupacionales compartían una común etnicidad blanca. Más en general, en el contexto centroamericano, como indica Acuña, para el fin de siglo XIX términos como *obrero*, *hijo del trabajo*, *proletariado* y *obrerismo* se aplicaban laxamente para referirse al mundo laboral urbano contrapuesto al *capital* ⁷⁷.

La atención que la prensa y los altos políticos de esta época le prestan a esa heterogénea *clase obrera* es, en todo caso, indicativa de la importancia que por aquel

⁶⁹ Curiosamente, el presidente Iglesias argumentaba en sentido de que “el carácter empresario peculiar a nuestro pueblo” exige darle formación a “nuestros artesanos” para que trabajen independientemente. Cfr. Meléndez (comp.), *Mensajes presidenciales*. Tomo III (San José: Ed. Texto, 1981), 86, 137.

⁷⁰ Cfr. *ibid.*, pág. 140.

⁷¹ Cfr. *ibid.*, pág. 168.

⁷² Cfr. Meléndez (comp.), *Mensajes presidenciales*. Tomo IV (San José: Ed. Texto, 1983), 180.

⁷³ Cfr. Meléndez, (comp.), *Mensajes...*, tomo III, 214. Esta propuesta del presidente Esquivel en 1906 es particularmente llamativa por su carácter abiertamente antiliberal, en medio de la época tradicionalmente llamada liberal.

⁷⁴ Cfr. *Ibid.*, 140.

⁷⁵ Cit. en Oliva, 95. Cfr. también: Álvaro Quesada Soto, *La formación de la narrativa nacional*, 78.

⁷⁶ Cfr. *ibid.*, 85, ss. Nótese, de paso, que la falta de definición de “clase media” indica también que el concepto de “clase obrera” no estuvo tampoco claro hasta muy entrado el siglo XX.

⁷⁷ Cfr. Víctor Hugo Acuña, “Clases subalternas y movimientos sociales en Centroamérica (1870-1930)”, 263-264.

entonces tenía el tema de la *cuestión social* en la opinión pública⁷⁸. Durante la primera mitad del siglo XX era común que en los partidos políticos hubiera una sección obrera, pero no de otros sectores ocupacionales, como los campesinos, a los cuales la mitología oficial otorgaba una mayor importancia. A pesar de que a veces se incluía al campesinado, como veíamos anteriormente, como parte de la clase obrera, la orientación principal de los discursos sobre ella la suponía como un proletariado urbano. La clase obrera eclipsaba a las demás clases sociales subalternas, las cuales muchas veces se suponían incluidas en ella; incluso cuando se habla del lugar de los campesinos en la sociedad, se los ubica usualmente junto a los obreros, distanciados de la burguesía o frente a ella. En esta narrativa, el labriego sencillo desaparece de la escena, o, al menos, se quita su chonete y se pone el overol del taller.

En el lenguaje de entonces era común también la expresión más amplia de *las clases sociales* para referirse a las clases subalternas: Así nos lo ejemplifica la nota del Club Constitucional de Artesanos de febrero de 1890: “Por honrado y progresista que sea un gobierno, jamás las clases sociales deben contar en todo y por todo en él para su propio provecho. Antes, al contrario, esas clases deben trabajar con tezhón para crearse recursos propios y fomentar nuevos elementos de vida y riqueza”⁷⁹. En el mismo sentido puede interpretarse el siguiente panegírico dedicado a Máximo Fernández en 1893, donde se afirma que este candidato “tiene un talento claro y brillante. Es liberal... bajo su gobierno hallarán protección todas las instituciones legítimas, todas las clases sociales... Es progresista como el que más... Dotado de un carácter noble y bondadoso, para él no hay diferencias personales, y si algunas abriga, son en favor del desvalido y del pobre. Entusiasta por las letras... Apasionado por la clase obrera; hasta hoy desatendida, sabrá levantar nuestras industrias de la postración en que se encuentran”⁸⁰.

Otros términos más imprecisos para los sectores subalternos, y que abundan sobre todo en los discursos de los sectores más evidentemente prooligárquicos –por ejemplo, en los discursos del Partido Civil de Iglesias en la campaña de 1913, del Partido Demócrata de

⁷⁸ Tal como afirma Acuña, en Centroamérica “indudablemente, hasta 1930 las clases peligrosas, en la óptica oligárquica y en términos cotidianos del mantenimiento del orden, fueron los grupos de artesanos y obreros urbanos. Así, recibieron más atención por su beligerancia y su visibilidad en el escenario social y político”. *Ibid.*, 318.

⁷⁹ Cit. en Oliva, 87-88.

⁸⁰ *El Independiente demócrata*, 29 de octubre de 1893, citado en Orlando Salazar, *Máximo Fernández* (San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1975), 71-72.

1919 y del Partido Agrícola en 1923.—, son *masas* y *pueblo*, los cuales tienen una referencia más nacional y menos clasista ⁸¹. Del otro lado del espectro social, se hablaba de la *clase alta* ⁸², del *capital* y de *la sociedad*, los cuales se referían a los sectores económicamente privilegiados.

Durante toda esta época circulan corrientemente también los términos *proletario* y *burgués*; este último llevará a lo largo de las siguientes décadas una fuerte carga peyorativa ⁸³, a diferencia de su sinónimo, *capitalista*, el cual aparece con menos connotaciones negativas. Así, por ejemplo, nos encontramos con una serie de anuncios comerciales que interpelan directamente a este sector: “Capitalistas. Tengo encargo de ofrecerles un negocio. A precio bajísimo se venden once propiedades que producen más del dos por ciento. Conviene a Uds. pedir informes; en las oficinas del *Diario de Costa Rica* los obtendrán completos” ⁸⁴. La interpelación de clase también era utilizada por el comercio hacia otros públicos: “A la clase trabajadora. Se les avisa que en la Nueva Cigarrería se regalan muestras de cigarrillos marca ‘Flory’ hechos exclusivamente para el público que sabe fumar” ⁸⁵.

Ahora bien, no solamente las definiciones y cargas valorativas de los términos asociados a las clases sociales variaban según quién las enunciara, sino, en necesaria relación con estos aspectos del contenido, las concepciones sobre las relaciones entre las clases y las respectivas formas narrativas estuvieron en general determinadas por el lugar social del enunciante, presentándonos una franca lucha discursivo-ideológica por la hegemonía del lenguaje para describir la estructura de las clases sociales en Costa Rica.

3.2.2. *Las miradas del poder*

Los discursos de los sectores hegemónicos costarricenses insistieron en los temas de la medianía y la armonía entre clases sociales. Prevalece en estos textos una concepción de las clases que puede denominarse, según Juan Francisco Fuentes, como *minimalista*, esto

⁸¹ De hecho Reinhart Koselleck, en el último tomo de los *Geschichtliche Grundbegriffe*, incluye en la entrada de *pueblo* (*Volk*) los sintagmas de *masa*, *nación* y *nacionalismo* (*Masse*, *Nation*, *Nationalismus*).

⁸² Según *El mensajero del clero* del 30 de julio de 1883, pág. 4, “los enemigos de la religión se reúnen en sociedades y círculos atrayendo no solo a los individuos de la alta clase de la sociedad sino también a los obreros y artesanos”. Citado en Oliva, 1985: 91.

⁸³ Ya aparece de este modo, por ejemplo, en un par de cuentos de Aquileo Echeverría de noviembre y diciembre de 1894. Cfr. Aquileo Echeverría, *Crónicas y cuentos míos*, 98, 128-129.

⁸⁴ *Diario de Costa Rica*, 16 de julio de 1919, 8.

⁸⁵ *La Prensa*, 6 de octubre de 1923, 3..

es, que designa las clases a partir de los grupos socio-ocupacionales o a estratos de ellos ⁸⁶. Este autor señala que esta concepción “resiste muy bien el tránsito a la sociedad burguesa” ⁸⁷; no es aventurado plantear que con esta formulación se conservan sedimentaciones de significado propias de la época colonial, en particular del papel que en ella jugaron las agrupaciones gremiales ⁸⁸.

El presidente González Víquez, en mensajes presidenciales de 1907 y 1910, por ejemplo, menciona, entre otras, la *clase militar* y la *clase sacerdotal* ⁸⁹, mientras que en 1913 el periódico del Partido Unión Nacional –agrupación liderada precisamente por don Cleto– habla de la *clase obrera* y de la *clase del magisterio nacional*, como los sectores más grandes de las *clases trabajadoras* del país ⁹⁰. Por otra parte, además de la imperante presencia de la clase obrera, en mensajes presidenciales se habla ocasionalmente de *clases pobres* ⁹¹, *clase popular* ⁹², *clases altas* ⁹³, *clases pensadoras* ⁹⁴, *clase artesana* ⁹⁵, además de categorizar a empleados públicos ⁹⁶, pequeños propietarios ⁹⁷, población asalariada ⁹⁸, funcionarios de justicia y maestros de escuela ⁹⁹ como miembros de diferentes clases sociales.

Junto a esta disgregación de las clases sociales, también apareció la negación de la existencia de clases en la prensa de los partidos con discursos menos propensos a legitimar las reivindicaciones populares. En realidad, más que negar que hubieran clases sociales, esta argumentación desplazaba el acento hacia las posibilidades de superación individual. Así lo planteaba en 1913 el licenciado Luis Cruz Meza, contra los discursos de los

⁸⁶ Cfr., de este autor, Juan Francisco Fuentes, “Clase” en *Diccionario político y social del siglo XIX español*, dirs. Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes (Madrid: Alianza, 2002), 156.

⁸⁷ *Ibid.*

⁸⁸ *Sedimentación* es un concepto-metáfora que comparten autores tan diversos como Nietzsche, Husserl, Koselleck, Ernst Bloch y Jameson, y que alude a la sobrevivencia en algunos significantes de cargas semánticas surgidas en formaciones sociales previas, ya en otros aspectos desaparecidas. Apunta hacia la autonomía relativa del lenguaje, y a su particular diferencialidad temporal respecto a otras instancias de la sociedad. Cfr. Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia* (Barcelona: Paidós, 2001), 115-133. También Jameson, *Documentos*, 112-113.

⁸⁹ Cfr. Meléndez (comp.), *Mensajes...*, tomo IV, 115.

⁹⁰ Bernardo Montero, “Por los maestros y los obreros”, *La prensa libre*, 30 de setiembre de 1913, 1.

⁹¹ Cfr. Meléndez (comp.), *Mensajes...*, tomo V, pág. 11.

⁹² Cfr. Meléndez (comp.), *Mensajes...*, tomo IV, pág. 42.

⁹³ Cfr. *ibid.*, 163.

⁹⁴ Cfr. *ibid.*, 28.

⁹⁵ Cfr. *ibid.*, 163.

⁹⁶ Cfr. Meléndez (comp.), *Mensajes...*, tomo V, 146.

⁹⁷ Cfr. *ibid.*, 140.

⁹⁸ Cfr. Meléndez (comp.), *Mensajes...*, tomo IV, pág. 276.

⁹⁹ Cfr. Meléndez (comp.), *Mensajes...*, tomo V, pág. 161.

seguidores del Partido Republicano, basados en la confrontación entre clases sociales: “Me imagino que en no lejano tiempo, mi amigo, el Lic. don Máximo Fernández, tendrá que recoger la cosecha de lo que ha ayudado a sembrar, de los enconos que ha contribuido [...] a fomentar en ciertas gentes pregonando que aquí existe una clase alta y otra baja, cuando todos sabemos que en Costa Rica no hay más grandeza que la conquistada por el propio merecimiento, por la honradez y el merecimiento”¹⁰⁰.

Esta idea de que la movilidad social en Costa Rica posibilitaba el progreso de cada individuo según su voluntad y empeño, fue sostenida también posteriormente por el tres veces presidente de la República, Ricardo Jiménez, en un ensayo que apareció inicialmente en una revista académica, y del cual aparecieron algunas semanas más tarde varios extractos en un diario capitalino¹⁰¹. Allí, Jiménez retoma el motivo del *self-made man*¹⁰² para atacar al socialismo y al paternalismo económico. En este caso, el modelo narrativo gira alrededor del héroe individual que aprovecha las ventajas de su medio y confronta las adversidades con base en sus habilidades y esfuerzo; corresponde con una narrativa satírica, en la cual el orden social es visualizado como un conjunto de fuerzas hostiles entre las cuales se desenvuelve un actor siempre amenazado por su entorno¹⁰³.

Lo común de ambas posiciones –la concepción minimalista y la centrada en la movilidad individual– radicaba en su negación de que en Costa Rica existieran luchas de clases, optando por visiones en las que las contradicciones sociales se diluían en asuntos ya bien gremiales o estrictamente individuales. “En Costa Rica no existe lucha de clases”, planteaba un autor bajo pseudónimo en el *Diario de Costa Rica*, reiterando una vez más en 1919 un viejo lugar común de los sectores dominantes. Este ideologema, junto con la concepción de progreso que estas ideologías proclamaban –un progreso basado en la mera inserción del país en el mercado mundial¹⁰⁴–, será, sin embargo, cada vez más cuestionado,

¹⁰⁰ “Respetable y respetuoso”, *La Prensa Libre*, 16 de julio de 1913, 2.

¹⁰¹ Ricardo Jiménez, “Una lección de energía”, *Revista de Costa Rica*, año I, no. 3., (noviembre 1919). Los extractos fueron publicados bajo el título de “El señor ex-presidente don Ricardo Jiménez en un interesante artículo sobre el socialismo se dirige a nuestros obreros”, *Diario de Costa Rica*, 6 de diciembre de 1919, 3.

¹⁰² Cfr. Molina, y Palmer, *La voluntad radiante*, 54-55, 139-140.

¹⁰³ Cfr. Hayden White, 19.

¹⁰⁴ Sobre el modelo de desarrollo inducido desde afuera, cfr. Torres-Rivas, *Interpretación*. También: Carolina Mora, “Al progreso con libertad”: la imagen de los Estados Unidos en el ideario del liberalismo costarricense (1880-1914) (San José: Cátedra de Historia de las Instituciones de la Universidad de Costa Rica, 1993).

hasta que la coyuntura que inicia con la década de 1930 exija una reformulación de las ideologías de la burguesía costarricense.

3.2.3. *El conflicto*

En las publicaciones obreras podemos observar cómo este sector del proletariado simbolizó las relaciones entre clases durante el período del liberalismo *a la tica*. La narrativa predominante en estas publicaciones es, respecto a las clases sociales, de carácter trágico, y exhortaba hacia el cambio de las relaciones de producción imperantes. En este caso, se trata de un sujeto colectivo que tiene una superioridad moral sobre sus oponentes, pero que debe enfrentarse con un medio social que le es adverso ¹⁰⁵. Estas narrativas trágicas vislumbran la posibilidad de una mediación entre clases sociales a través de la acción estatal, u orientan su horizonte utópico hacia la revolución. En ambos casos, trataban de llamar a la lucha contra un *status quo* injusto.

Las funciones que cumplían estos discursos eran, pues, de denuncia ante la opinión pública y de movilización de la clase obrera en busca de reivindicaciones. El ataque al ideograma de la medianía era una constante desde estos discursos, tal como nos lo presenta un articulista que abogaba por la fundación de un partido socialista en 1919: “La afirmación de que no existe problema social en Costa Rica y la de que el trabajador vive feliz, se puede hacer desde un gabinete y con los oídos tapados. [/] La democracia tal como se practica en nuestros países retarda el desarrollo histórico de las masas. Si las mismas clases sociales no se procuran un medio de acción política más elevado, es inútil esperarlos de los dirigentes a quienes hasta cierto punto conviene ese estado de anestesia nacional. [/] Vamos a cumplir un siglo de vida independiente y casi de ninguna conquista puede ufanarse el proletariado. [...] La tributación directa, única preocupación por el mejoramiento de las clases pobres, resultó algo así como una espada de dos filos. Como el contribuyente es siempre el pueblo, resulta que ahora paga con dos manos” ¹⁰⁶.

El enfrentamiento entre intereses opuestos es el punto de partida de estos discursos; la lógica de esta formulación es marcadamente dicotómica, lo cual se muestra con nitidez a través de una oposición muy importante en el lenguaje coloquial, de la cual se han ocupado

¹⁰⁵ Northorp Frye, *Anatomía de la crítica. Cuatro ensayos* (Caracas: Monte Ávila, 1977), 54.

¹⁰⁶ *El Abate*, “La necesidad de un Partido Socialista en Costa Rica. Diario de Costa Rica”, 7 de diciembre de 1919, 6.

sobre todo los estudiosos del costumbrismo: la que enfrenta a *chaquetas* y a *levitas* (también *levas* o *levudos*). Así, en cuanto a *levudo*, Quesada recoge la definición de Gagini de 1892, donde lo caracteriza como “término despectivo con que moteja el pueblo a los que gastan levita”, en tanto que para 1938 lo encuentra definido, más simplemente, como “rico, en sentido despectivo”¹⁰⁷. Es claramente una oposición de tipo socio-económico.

Este conflicto apareció en la prensa reiteradamente. Durante la campaña electoral de 1906, por ejemplo, un observador supuestamente neutral afirmaba que “al pasar ayer por una calle de los alrededores de la capital, me tomaron tal vez por cletista, y uno de los que formaban un corrillo al centro de la calle, levantando la voz decía: ‘la ovación cletista se compondrá sólo de cuatro miserables levitas’. Mi carácter de hombre ajeno a toda clase de propaganda, no produjo el efecto deseado por el exaltado político, pero me hace pensar en lo peligroso que es para el orden social la prédica de tales doctrinas que tratan de azucarar a los obreros contra la gente de las ciudades, por más que nuestros padres sean hombres de chaqueta como ellos, tan honrados y laboriosos como los que más en Costa Rica”¹⁰⁸.

En 1928, en *La prensa*, el periódico del Partido Reformista dirigido por el anarquista Falcó, la caracterización del *levita* se refiere más explícitamente a la oposición entre obrero y burgués: “Naciste obrero: ante las insolencias de los poderosos tienes ese delito; las miserias morales de la canalla de levita, el orgullo de los que viven a costa de tus sudores en las largas horas de trabajo, te reducen a cierta calidad de inferioridad humana, porque a la vista del burgués insolente, a la vista de ese conjunto de miserias morales y espirituales que forman ‘la sociedad’, las gotas de sudor que han surcado tu frente y tus mejillas [sic] son el distintivo humillante del esclavo”¹⁰⁹.

Con la aparición del Partido Reformista en 1923, surgido directamente de la Confederación General de Trabajadores, siguió esta tónica de discursos agonísticos; a pesar de que algunos investigadores consideran a esta agrupación como uno de los primeros referentes políticos de la *clase media* costarricense¹¹⁰, sus discursos políticos no se identificaron en ningún momento con una tercera clase entre *chaquetas* y *levitas*. En este

¹⁰⁷ Miguel Ángel Quesada, *Diccionario histórico del español de Costa Rica*, 93.

¹⁰⁸ *El combate. Órgano de la juventud nacionalista*, “Cuatro levitas miserables”, 5 de agosto de 1905, 1.

¹⁰⁹ Juan Verdades, “Delito, condena, libertad”, *La prensa*, 21 de julio de 1928.

¹¹⁰ Cfr. Ana María Botey y Rodolfo Cisneros, *La crisis de 1929 y la fundación del Partido Comunista de Costa Rica*; Victoria Ramírez A., *Jorge Volio y la revolución viviente* (San José: Guayacán, 1989); Jorge Mario Salazar, *Crisis liberal y Estado reformista. Análisis político-electoral 1914-1949* (San José: EUCR, 2002).

aspecto, su discurso se asemejó al que durante el primer lustro de la década de 1890 planteó el Partido Independiente Demócrata, al cual algunos contemporáneos suyos consideraron como representativo de la *clase media*¹¹¹, sostenía una visión de la sociedad netamente dicotómica¹¹², y se presentó como defensor del proletariado contra la oligarquía¹¹³.

Al igual que el Independiente Demócrata, el Partido Reformista asumió una retórica electoral de carácter abiertamente clasista, ubicando la lucha de clases como el eje central de su campaña, mientras que los otros partidos políticos habían sido hasta entonces redes transclasistas de clientela, con tendencias más o menos en favor de la oligarquía local. El Partido Reformista era un partido cuya ideología se situaba sin ninguna duda del lado de la *clase obrera*¹¹⁴; a pesar de que su base electoral se situaba en distritos donde prevalecía la propiedad campesina¹¹⁵, el Partido Reformista no visibilizó discursivamente como tal a una *clase media*, ni hizo referencia a ningún concepto similar.

Empero, el Partido Reformista no innovó un discurso político: además del préstamo de elementos discursivos del Independiente Demócrata, reivindicó, contra los sectores más conservadores, el término *revolución*¹¹⁶, como ya lo habían hecho los seguidores de Máximo Fernández y de Julio Acosta. Insistió en el antimperialismo, como lo venían haciendo, entre otros sectores –muchas veces conservadores–, los antiguos seguidores de la dictadura de los Tinoco, la cual nunca fue reconocida por los Estados Unidos. La concepción del Partido Reformista sobre la diferenciación social no salió del imaginario de la Costa Rica “liberal”. Su concepción del progreso difería de la de las élites económicas, al sostener que la *clase obrera* necesitaba ganar protagonismo en la esfera del Estado y tener mayor control sobre los excesos del capital, pero se basaba igualmente en la idea de que el progreso era factible dentro del capitalismo.

¹¹¹ Véase infra, 3.2.5.

¹¹² Cfr. Orlando Salazar Mora y Jorge Mario Salazar Mora, *Los partidos políticos en Costa Rica* (San José: EUNED, 1991), 19-21.

¹¹³ De hecho, al igual que el Partido Reformista, el Independiente Demócrata se nutrió de cuadros provenientes de organizaciones de la –entonces poco diferenciada– clase obrera: dos de sus dirigentes principales, Félix Arcadio Montero y Faustino Montes de Oca provenían de la asociación de tipógrafos. Cfr. *ibíd.*, 21.

¹¹⁴ Tal como lo indica su nombre, este partido no era, sin embargo, revolucionario. Como decía uno de sus partidarios, “el anhelo reformista puede condensarse así: un movimiento que tiende a buscar el equilibrio entre las palancas de la vida de los pueblos: el capital y el brazo”. David Carmona. *Reformismo. La prensa*, 10 de setiembre de 1923, pág. 4.

¹¹⁵ Cfr. Samper, “Fuerzas sociopolíticas”, 187.

¹¹⁶ Un término que aparecía a menudo en la prensa como disvalor, entendido como golpe de Estado. Quienes reivindicaban este término eran, o bien socialistas, o partidarios de movimientos que habían pretendido derrocar gobiernos despóticos.

Podemos sostener idénticas consideraciones respecto a la “nueva intelectualidad”, la llamada *Generación del Repertorio Americano*. Intelectuales como García Monge, Billo Zeledón, Brenes Mesén y Omar Dengo, entre otros, a pesar de poder ser considerados, como lo hace Gerardo Morales, parte de una “pequeña burguesía radicalizada”¹¹⁷, plantearon también su visión de la sociedad en el esquema de oposición binaria entre clases sociales. A partir de su apropiación del tema de la cuestión social, estos trabajadores intelectuales, la mayoría de ellos ligados al magisterio, consolidaron su lugar entre las clases medias¹¹⁸, pero no una ideología donde la *clase media* fuera protagonista político; de hecho, *clase media* como sintagma y como concepto es muy raro¹¹⁹ en los textos de estos autores.

La identificación de estos escritores y funcionarios era la de intelectuales; eran conscientes de sus diferencias de cultura y educación –capital cultural, según Bourdieu– respecto a obreros y campesinos, pero se identificaban con ellos en tanto que asalariados contra la burguesía y el imperialismo. Esta intelectualidad se caracteriza “por la aguda percepción que tiene de una sociedad escindida socialmente y en la cual el lugar ocupado por los intelectuales, como el lugar ocupado por las clases trabajadoras, es subordinado”¹²⁰. De este modo, *en tanto que intelectuales*, suscribieron la concepción binario-antagónica de las clases sociales, pero no aportaron mayores novedades en cuanto a las ideologías ya circulantes durante esta época; como señala David Díaz, parecía “que la nueva intelectualidad era un grupo democrático frustrado, sin otro medio para expresarse más que el anarquismo”¹²¹.

Pero no solamente los sectores populares plantearon esta visión de las clases sociales; algunos partidos políticos tradicionales, como el Republicano de Máximo

¹¹⁷ Gerardo Morales, *Cultura oligárquica y nueva intelectualidad en Costa Rica: 1880-1914* (Heredia: EUNA, 1995).

¹¹⁸ Cfr. Iván Molina, *El que quiera divertirse. Libros y sociedad en Costa Rica (1750-1914)* (San José: EUCR, 1995), 167-187.

¹¹⁹ En toda la narrativa de García Monge solamente hemos encontrado una alusión al concepto de *clase media*, en su novela *Hijas del campo*, de 1900, mientras que Carmen Lyra, por su parte, menciona a las clases medias en uno de sus cuentos sobre los Cothnejo-Fishy (1923), cuando afirma que uno de sus personajes “hizo quebrar un banco que se llevó una gran cantidad de ahorros de pequeños burgueses económicos y él se ganó millones en la maniobra”. Carmen Lyra, *Los otros cuentos de Carmen Lyra*, 79. Joaquín García Monge, *Hijas del campo*, en *Obras escogidas*, 536.

¹²⁰ Gerardo Morales, 114. Esta subordinación común, empero, debe matizarse: estos intelectuales se veían a sí mismos –antes de lograr asegurarle a su lugar social la estabilidad económica y el prestigio del reconocimiento oficial– como los líderes necesarios de la nueva sociedad.

¹²¹ Cfr. David Díaz Arias, “From Jóvenes Ácratas”.

Fernández y posteriormente de Carlos María Jiménez, sacaron provecho de la concepción agonista, al ofrecerse como mediadores del conflicto social. Los significados de los términos utilizados para caracterizar a los actores sociales colectivos son a menudo muy variables, dependiendo del lugar social y la coyuntura desde los cuales surgen los discursos en los que se los enuncian. La utilización de los términos ha de ser entendida como una relación dentro de la cual cada término, más que una definición unívoca, es un haz de definiciones, donde el significado de los términos varía de acuerdo con la ideología desde la que se emita el significante.

Así lo plantea Parker respecto a la dualidad social en el Perú de inicios del siglo XX: en cuanto a la oposición entre *gente decente* y *gente de pueblo*, apunta este autor que “para los muy ricos, la ‘decencia’ residía en el estilo de vida y buen gusto propio, mientras que para miembros más tradicionales de la élite era asunto de herencia y lazos familiares. Cuando un doctor o abogado sin conexiones sociales usaba los términos *gente decente*, visualizaba a todos aquellos con un grado universitario, posición profesional, o un nivel similar de ‘cultura’, mientras que el dependiente bancario creía que el sello de la decencia era una educación secundaria y un trabajo de cuello blanco. En contraste, el artesano o el obrero calificado definían la decencia como el mantenimiento de una casa estable, ausencia de vicios y alguna propiedad”¹²².

Del mismo modo en Costa Rica, dependiendo del contexto y del emisor del discurso, la oposición puede referirse al conflicto rural / urbano¹²³, trabajador manual / trabajador intelectual, ciudadano común / político, etc. Los actores confrontados no eran siempre definidos inequívocamente, lo cual permitía muchas veces que distintos públicos le dieran distintos contenidos a significantes como *chaqueta* o *levita*. Lo que ha de resaltarse aquí es *que la propia forma es ideológica y tiene una historia*; la importancia del análisis de la forma de los discursos ideológicos radica en su funcionalidad respecto a los conflictos particulares. Lo central es la pragmática del discurso frente a los conflictos de cada coyuntura específica.

Los discursos agonísticos buscan ante todo interpelar a la lucha; parten de una identificación de un lugar propio y uno que se le atribuye al otro. Las publicaciones obreras

¹²² Parker, 25.

¹²³ De nuevo, recordemos que, según Fernández Guardia en 1900, “para el campesino todo el que gasta levita es rico”. *Cuentos ticos*, 95.

eran más claras en cuanto al carácter socio-económico del conflicto, mientras que las publicaciones dirigidas a un público más general tendían a ser más ambiguas respecto a los criterios de diferenciación social. Los partidos políticos no clasistas que siguieron concepciones agonísticas, a menudo afirmaron que la postración del pobre se debía a la acción de grupos específicos de poder. En este relato, la crítica se enfila contra los actores sociales hegemónicos, mas no como representantes de un sistema que produce desigualdades, sino meramente como individuos corruptos.

Un ejemplo de este planteamiento lo encontramos durante la campaña presidencial de 1913, cuando el asunto de las diferencias y el conflicto de clase levantó una prolongada discusión entre los partidarios del Partido Republicano liderado por Máximo Fernández y los adeptos del Unión Nacional del doctor Carlos Durán. Los conflictos de un seguidor duranista con algunos empleados republicanos en una finca suya, debido a discrepancias electorales, desembocaron en el despido de esos trabajadores, alegadamente agitadores fernandistas ¹²⁴. La situación fue rápidamente aprovechada por los encargados de la campaña de Fernández, quienes encontraron en este incidente una ocasión propicia para agudizar sus ataques hacia el partido Unión Nacional como el partido de las clases dominantes del país. Los calificativos de “olímpicos” y “argolla” adornaban consuetudinariamente a los seguidores del Partido Unión Nacional en las páginas de *El republicano*. En la versión de este periódico, los “Dioses del Olimpo” (identificados como los dirigentes del Partido Unión Nacional) oprimían y menospreciaban “a la gente pobre, que es la gente trabajadora de Costa Rica” ¹²⁵.

La supuesta identificación por parte de ciertos partidos políticos con las clases populares en contra de las élites gobernantes fue una estrategia –poco productiva, por cierto– para captar votos de los sectores populares, los cuales obtuvieron su derecho al sufragio directo apenas para la elección de 1913, y tendrían que esperar doce años más por el voto secreto ¹²⁶, mientras que las mujeres solamente obtuvieron este importante derecho en 1949 ¹²⁷. En todo caso, al jugar con la ambigüedad de los contenidos semánticos de los discursos binario-agonísticos, estos partidos plantearon como su supuesto horizonte utópico

¹²⁴ La versión del finquero duranista apareció en *La prensa libre*, 17 de julio de 1913, 2.

¹²⁵ Un agricultor, “La opresión del rico al pobre” *El republicano*, 13 de julio de 1913, 1.

¹²⁶ Cfr. Jorge Mario Salazar, 26-27.

¹²⁷ Cfr. Iván Molina, *Demoperfectocracia*, 159-189.

la mediación que ellos mismos realizarían, de ganar las elecciones, entre las clases en conflicto.

3.2.4. *¿Y los de en medio?*

En su discurso de 1915 al Congreso, el presidente Alfredo González Flores presentaba un breve análisis del impacto de la entonces vigente política fiscal sobre los diferentes sectores de la sociedad costarricense. Diferencia a los *peones*, que ganarían cuando mucho 300 colones al año, contribuyendo fiscalmente con gran parte de su sueldo, y a los *capitalistas*, que prácticamente no pagaban impuestos, distinguiendo entre capitalistas locales y extranjeros, estos últimos todavía más dañinos al fisco, pues al no vivir en el país no gastan allí sus ingresos.

Pero, como mencionábamos en el anterior capítulo ¹²⁸, González Flores hablaba además de un grupo que no había figurado en los anteriores discursos presidenciales: “La contribución indirecta es más grande aún en las familias de situación algo más holgada [que la de los pobres, GG], en cuanto ganen apenas para sus gastos. Para estas familias, cuya entrada total anual en los centros no pase de dos mil colones, o de mil doscientos en los campos y en las poblaciones pequeñas, el gasto de víveres y otros artículos de producción nacional no se aumenta sobre lo ordinario en la misma proporción que los gastos en ropa y otros artículos de algún modesto y justo lujo. Sus compras de mercaderías importadas son relativamente mayores y con ellas su contribución más pesada” ¹²⁹.

En un contexto algo distinto, una semana antes de que el malogrado reformador pronunciara su discurso, aparecía una pintoresca denuncia en el periódico *El combate*: “No ha muchos días que el Secretario de Gobernación pasó una estricta circular a las autoridades de policía, llamándoles seriamente la atención respecto a los abusos intolerables que varios enamorados suelen cometer en algunos lugares de la ciudad y cajones de puerta. Muchas veces los transeúntes tienen que salir de la acera, por cuanto que estos tipos se gastan semejante malacrianza. Es el caso: que sirvientitas y *aún jóvenes de mediana posición* [énfasis mío, GG] duran hasta las once de la noche en su conversación,

¹²⁸ Cfr. *supra*, 2.2.2.

¹²⁹ En: Meléndez (comp.), *Mensajes presidenciales...* tomo IV, 222-223.

sin que los padres de familia o jefes de casa se den cuenta de sus actos perversos, atropellando públicamente la moral”¹³⁰.

Se podrá observar cómo, tanto en el caso del presidente como en el del atribulado vecino, se hace alusión a un sector social intermedio, el cual, nos dice el primero, soporta la carga tributaria proporcionalmente mayor en el país, y del cual el segundo espera que sea proclive a la decencia y las buenas costumbres¹³¹. Se trata de un sector social que no es pobre, pero tampoco opulento; vive con relativa holgura, pero no ocupa un lugar productivo que le permita acumular capital.

Ha de llamarle la atención al lector contemporáneo que en ambos casos estos sectores sociales carecen de un nombre que los defina unívocamente; falta por completo la utilización del significante que unas décadas después se convertirá en uno de los pilares de la hegemonía costarricense. La *clase media* no ha entrado en el aparato lingüístico de esta época como un significante ideológico; carece completamente de existencia a nivel de discurso político. A pesar de que para la década de 1910 los grupos socio-ocupacionales de la futura *clase media* se encuentran ya diferenciados en muchos aspectos, ninguna ideología de la época reivindicaba a esa supuesta clase social; los sectores socio-ocupacionales que se identificarán en ella a partir de un par de décadas después, carecen en 1915 de una ideología –aunque hemos visto ya que sí tenían identidades prácticas¹³²– en la que se reconozcan como integrantes de una *clase media*; más aún, aparecen representados a menudo, como veíamos anteriormente, como parte de la clase obrera¹³³.

La campaña de 1923 hubiera sido un momento idóneo para explotar electoralmente un discurso que exaltase a la *clase media*: mientras el Partido Reformista se identificaba con el proletariado, y el Partido Agrícola era catalogado por sus adversarios como una agrupación elitista, el Partido Republicano encabezado por Ricardo Jiménez tenía todas las posibilidades para presentarse como una opción intermedia. Así lo percibió Luis Badilla Castro, dirigente de la Confederación General de Trabajadores y simpatizante del Partido Reformista: “cuando yo veo en el campo jimenista a un abogado, a un ingeniero o a un pedagogo, exclamo: ese es su puesto. Pero cuando en cambio veo a un obrero o campesino,

¹³⁰ *El combate*, “¿Qué hace la policía?”, 1 de mayo de 1915, 2. Énfasis nuestro.

¹³¹ Recuérdese que en el caso peruano, como en otros países latinoamericanos, las clases medias se describían a sí mismas como la *gente decente*. Cfr. Parker, *op. cit.*, pp. 22-64.

¹³² Cfr. *supra*, capítulo 2.

¹³³ Cfr. *supra*, 3.2.1.

una profunda tristeza embarga mi alma”¹³⁴. Un artículo anterior de este militante sobre el jimenismo y las profesiones liberales hablaba de una *clase media* más bien alineada con la burguesía¹³⁵; sin embargo, este tipo de discusiones no tuvo resonancias ni siquiera en el propio reformismo. Y tampoco el partido de Jiménez explotó esa posibilidad de erigirse como una tercera opción en la lucha de clases a nivel electoral.

A partir de 1924, empiezan a aparecer en el *Repertorio Americano*, revista de la intelectualidad costarricense de difusión iberoamericana, artículos y noticias de autores ligados a la Alianza Popular Revolucionaria Antimperialista (APRA), mientras que durante la segunda mitad de esa década en San José la librería de Ricardo Falcó ofrecía, junto a textos anarquistas, comunistas y de otras tendencias socialistas, libros del fundador de esa agrupación, el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre. Este intelectual y político, que se convirtió en el más importante ideólogo de la clase media latinoamericana, mantuvo contacto permanente con un importante sector de la intelectualidad costarricense¹³⁶.

Para 1928, cuando, exiliado, llega a tierras costarricenses, Haya de la Torre ya era bien conocido entre los intelectuales y activistas de izquierda locales. Su llegada fue celebrada por los reformistas, a los cuales ofreció algunas conferencias sobre el antimperialismo y el socialismo, además de una plaza pública en la cual le abrió el camino al líder reformista Jorge Volio. A pesar de que ya en este año la tesis de Haya de que la *clase media* es el sujeto central de la revolución latinoamericana lo había distanciado de la Komintern y de su amigo, el ilustre marxista José Carlos Mariátegui¹³⁷, la prensa costarricense no menciona ninguna alusión del peruano respecto a dicha “clase”, sino sólo a su fórmula de la unión entre “trabajadores manuales e intelectuales”. Puesto que no se conservan los textos íntegros de estas conferencias, sólo nos queda suponer que, de haber Haya planteado en Costa Rica sus ideas sobre la *clase media*, éstas no tuvieron relevancia para la prensa nacional, a diferencia de sus ideas contra el imperialismo. No aparecía un

¹³⁴ Luis Badilla Castro, “A los obreros y campesinos” *La prensa*, 15 de octubre de 1923, 4.

¹³⁵ Luis Badilla Castro, “A los obreros y campesinos” *La prensa*, 19 de setiembre de 1923, 4.

¹³⁶ La importancia del APRA respecto a las ideologías reformistas en Costa Rica ha sido resaltada por diversos estudiosos de la historia política del siglo XX. Cfr. Jaime Delgado, *El Partido Liberación Nacional. Análisis de su discurso político-ideológico* (Heredia: EUNA, 1983); Alberto Salom Echeverría, *Los orígenes del Partido Liberación Nacional y la socialdemocracia* (San José: Porvenir, 1991); Jorge E. Romero, *Acción democrata: orígenes del Partido Liberación Nacional, de Leon Cortés a José Figueres* (San José: Nueva Decada, 1983); Daniel Oduber Quirós, *Raíces del Partido Liberación Nacional*.

¹³⁷ Cfr. Víctor Raúl Haya de la Torre, *El antimperialismo y el APRA* (Santiago: Ercilla, 1936).

actor social que en ese momento se identificara con la *clase media* de la que hablaba el líder aprista.

Esta ausencia no era fruto de una situación holgada de parte de los integrantes de las clases medias costarricenses. La precariedad que afectaba a sectores como pequeños propietarios y empleados públicos se extendía también a muchas profesiones liberales¹³⁸, según indicaba un periódico de 1928: “para nadie es un enigma que el proletariado de las clases intelectuales constituye quizá uno de los más serios problemas de Costa Rica. La mayoría de nuestro pueblo es propietario, pero las ciudades están llenas de profesionales sin vida propia, abogados sin bufete, médicos sin clientela, etc., que se ven obligados a ingresar en las nóminas del presupuesto para vivir del Erario”¹³⁹. Nótese cómo se trata a estos profesionales prácticamente en términos de *proletarios de leva*¹⁴⁰. Según esta versión, el empleado público formaba parte de las masas empobrecidas; no se distinguía como miembro de una clase media.

3.2.5. *Un significante flotante*

Clase media fue utilizado antes de la década de 1930 en la prensa nacional, pero sin una recurrencia o una elaboración ideológica que denoten su importancia como concepto social político. Casi siempre aparece como huella de plumas foráneas en publicaciones costarricenses; así, nos encontramos en un diario católico de 1918, por ejemplo, una alusión del obispo de Barcelona a la “sufrida clase media”¹⁴¹, una frase de lugar común en España¹⁴². Igualmente aparece en *La prensa* en 1928 la mención del intelectual mexicano Vasconcelos de la clase media como un lugar social que permite al obrero la movilidad social, y que tiende a igualar a la población, contra las tendencias feudales de la historia latinoamericana¹⁴³.

¹³⁸ Sobre la precarización y asalarización de las profesiones liberales, cfr. *supra*, 1.1.2. y 1.2.3.

¹³⁹ *La nueva prensa*, “¿No sería preferible en Puntarenas una escuela de grumetes?”, 1 de febrero de 1928, 7.

¹⁴⁰ Esta caracterización nos recuerda el mundo de literatos fracasados, abogadillos mediocres y los periodistas alcohólicos que comparten las noches con el lumpenproletariado josefino en *Los bigardos del ron* de José Marín Cañas. Escrito en 1928, este libro desarrolla espacios y personajes muy similares a los del vanguardista argentino Roberto Arlt en sus novelas *Los siete locos* y *Los lanzallamas*. Desde luego, estudiar las relaciones entre ambos textos literarios y sus contextos sociales excede las pretensiones de este estudio.

¹⁴¹ *La acción social. Diario católico de intereses generales*, “Deberes sociales del momento presente, por el Excmo. E Ilmo. Sr. Don Enrique Reig y Casanova, Obispo de Barcelona”, 23 de mayo de 1918, 2.

¹⁴² Cfr. Fernández Sebastián y Fuentes, 161-166.

¹⁴³ José Vasconcelos, “La lucha de clases” *La prensa*, 1 de setiembre de 1928.

En el *Repertorio americano* aparece en 1926 por primera vez el sintagma *clase media* en un título de esta revista, en un artículo del chileno J. Edwards Bello: *La clase media en Francia y en nuestra América*¹⁴⁴. Un par de años después aparece en esta misma publicación el artículo *En elogio de la clase media*, donde el escritor costarricense radicado en México, Rafael Cardona, exalta las virtudes familiares, profesionales y políticas de esta “clase social”¹⁴⁵. Es de notar que en este texto la virtud de la clase media está ante todo en su carácter moderado; contrario a Haya de la Torre, Cardona elogia a la *clase media* por su papel político como contrapeso entre los “extremos” bajo y alto de la sociedad. La concepción planteada en este artículo pudo ser un antecedente importante para la formación de una ideología de *clase media* más allá de la concepción dicotómica; Cardona fue profesor en el Liceo de Costa Rica durante parte de los años veintes¹⁴⁶, por lo cual es posible que haya ejercido alguna influencia sobre algunos de los futuros intelectuales del Centro para el Estudio de Problemas Nacionales. De hecho, como veremos más adelante, la función social asignada por los *centristas* a la *clase media* coincide con este escrito de Cardona más que con Haya de la Torre.

Ahora bien, en Costa Rica el uso del significante *clase media* fue durante este período sumamente esporádico y limitado. En el diario *La prensa* en 1927 aparece, por ejemplo, un artículo de Beatriz López de Ocaña, quien se dirige explícitamente a las mujeres de *clase media*, indicándoles que es un error que ellas quieran ser aristócratas más que obreras, “porque [la mujer de clase media] es una obrera de sombrero, como su marido lo es de levita, ya que viven de su trabajo, que si no se llama jornal se llama sueldo”¹⁴⁷.

¹⁴⁴ El uso de este concepto en el artículo de Edwards Bello, sin embargo, era más bien confuso, y por ratos parece referirse a la burguesía más que a la *clase media* de la que hablaban los apristas. *Repertorio americano*, tomo XIII, 94. Algunos meses después aparecía en esta revista un artículo de la escritora chilena Gabriela Mistral, la cual, a raíz del conflicto chileno-peruano de entonces afirmaba que “el odio está en el pueblo pero no en la clase media ni en la dirigente”. “Carta a una peruana”, *Repertorio americano*, tomo XIII, 241.

¹⁴⁵ *Repertorio americano*, tomo XVII, 10 de noviembre de 1928, 282.

¹⁴⁶ Rafael Cardona, hijo del también escritor Jenaro Cardona, y tío del poeta Alfredo Cardona Peña, fue, además de un habitual de la bohemia josefina en la década de los dieces, profesor de psicología en el Liceo de Costa Rica antes de irse a trabajar a México a mediados de los veintes. Fue, sin duda, otro hijo de las clases medias costarricenses. Cfr. Joaquín Vargas Coto, *Crónicas del Húsar Blanco* (San José: ECR, 1994), 171-211. Jaime Cerdas Mora, *La otra vanguardia. Memoria* (San José: EUNED, 1994), 23. Sobre Cardona como poeta y como prosista, cfr. Abelardo Bonilla, *Historia de la literatura costarricense* (San José: Studium, 1984), 187-192, 351-352.

¹⁴⁷ Beatriz López de Ocaña, “La mujer de la clase media”, *La prensa*, 8 de julio de 1927, 2. Aunque no hemos identificado específicamente a esta dama en la Costa Rica de la época, válganos por el momento indicar que varias generaciones de la familia Ocaña de Alajuela trabajaron en el magisterio nacional de fines del XIX y las primeras décadas del XX.

Otro caso interesante en este sentido está un artículo firmado bajo el seudónimo *Un republicano*, en el cual se elogia a Félix Arcadio Montero como fundador del Partido Independiente Demócrata, en el cual “la clase media tomara participación directa en el manejo de los intereses públicos”¹⁴⁸. A pesar de que en el programa de gobierno de ese partido no aparece ninguna política que pudiéramos ver como beneficiosa para las clases medias en particular¹⁴⁹, al menos un contemporáneo de Montero notaba que era esa la base social del Independiente Demócrata: el presidente Rafael Yglesias. Afirmaba éste en 1917 que entre los enemigos de su primer gobierno estaba el Partido Independiente Demócrata, “que dirigía las clases medias” que lo conminaron de muerte e intentaron hacer efectivas tales amenazas¹⁵⁰. Efectivamente, este partido estaba identificado principalmente con los intereses de los pequeños y medianos patronos urbanos y rurales¹⁵¹.

Posiblemente nunca sabremos a ciencia cierta quién fue el autor del antes referido elogio a Montero, pero ese corto escrito tiene contenidos muy similares a los que aparecieron en ese mismo diario algunos meses antes, en febrero de 1913, firmado por Luis Felipe González Flores, trabajador de la educación y hermano de quien inesperadamente se convirtiera en presidente a inicios de 1915¹⁵², el mismo que en su mensaje presidencial de ese año mostraba preocupación por las familias que no eran ni pobres ni ricas. Luis Felipe González Flores fue un importante dirigente del magisterio costarricense, e incluso fue Secretario de Educación durante los años veinte; era parte de lo que algunos llamaron “la argolla pedagógica”, a la cual podríamos considerar –parafraseando a Lenin– como la aristocracia magisterial del país, que ejercía los puestos de mando en las principales instituciones educativas de esta época.

Este es el caso más claro del uso de *clase media* en un contexto político en este período por parte de un residente en Costa Rica; otras alusiones son más bien casuales y

¹⁴⁸ Un republicano, “En el aniversario de la muerte del Dr. Flores. In memoriam”, *El republicano*, 12 de octubre de 1913, 3.

¹⁴⁹ Cfr. Arnoldo Mora Rodríguez, *Los orígenes del pensamiento socialista en Costa Rica* (San José: DEI, 1988), 32-43.

¹⁵⁰ Rafael Yglesias, *Autobiografía*, en *El pensamiento liberal. Antología*, ed. Eugenio Rodríguez Vega, (San José: ECR, 1979), 375-376.

¹⁵¹ Cfr. Iván Molina, “Prólogo. La cuestión social en Costa Rica y *El libro de los pobres*”, en *El libro de los pobres*, eds. Guillermo Vargas Calvo y Rafael Villegas Arango, (San José: EUNED, 2007), XII.

¹⁵² Luis Felipe González Flores, *El republicano*, 15 de febrero de 1913, 3. Citado en Orlando Salazar Mora, *Máximo Fernández* (San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1975), 83.

marginales ¹⁵³. Podemos observar pues, cómo el sintagma *clase media* circuló en la prensa costarricense entre 1913 y 1928, con más frecuencia hacia finales de este período, pero sin convertirse aún en un ideologema, ni que existan sectores que se identifiquen a sí mismos de ese modo. Recuérdese que, como plantea Žižek, un significante sólo adquiere un sentido político cuando forma parte de una ideología, esto es, cuando se encuentra en una matriz generadora de significaciones que regula la relación entre lo visible y lo invisible, entre lo imaginable y lo no imaginable ¹⁵⁴.

Habrá que esperar hasta la posterior coyuntura económica en los treintas, con la nueva política económica y la aparición de los partidos de izquierda –el Partido Comunista en 1931 y el Partido Socialista en 1935–, para notar una reconfiguración del campo de las luchas ideológicas en el cual el ideologema *clase media* cumpla una función importante.

3.3. La crisis del progreso: 1930-1950

Un empleado de cuello blanco trabaja frente a una máquina de escribir, frente a un escritorio de una oficina de cualquier lugar. Su pose no denota la fatiga propia del esfuerzo corporal, sino la concentración que corresponde a las labores del intelecto. Al ver esta imagen no puede el lector menos que sentir cierta inquietud por el personaje: publicada a inicios de 1932, la fotografía en la cual él figura viene acompañada de una escueta leyenda que afirma que “la clase media sufre” más que cualquiera otra clase social los efectos de la Depresión de 1929 ¹⁵⁵. Esta nota anuncia la importancia política que empieza a cobrar el tema de la clase media en Costa Rica a partir de esta década para distintos sectores sociales.

Junto con los millones de personas afectadas por los efectos de esta crisis, el ideologema del progreso basado en la autorregulación del mercado fue víctima de la quiebra de la Bolsa neoyorquina ¹⁵⁶. En Costa Rica, en efecto, tras la crisis de 1929 los referentes ideológicos se reconfiguran, en medio de un clima intelectual y político que

¹⁵³ Entre otras, podemos mencionar la alusión del *Eco católico* en 1898 a los “lujos exorbitantes” que se daban las “clase media y la ínfima” al asistir a las funciones de teatro de la época. Citado en Patricia Fumero, *Teatro, público y Estado en San José, 1880-1914. Una aproximación desde la historia social* (San José: EUCR, 1996), 126. También Jenaro Cardona en 1916 define explícitamente a una de sus personajes, la madre de un cura, como “una mujer de la clase media”. Jenaro Cardona, *La esfinge del sendero*, 17.

¹⁵⁴ Cfr. Slavoj Žižek, *El espectro de la ideología* en *Ideología. Un mapa de la cuestión*, ed. Slavoj Žižek (Bs. Aires: Fondo de Cultura, 2003), 7.

¹⁵⁵ Anónimo, “La clase media sufre”, *La nueva prensa*, 7 de enero de 1932, 5.

¹⁵⁶ Cfr. Karl Polanyi, *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. (México: Fondo de Cultura Económica, 2003), 67-78.

Álvaro Quesada caracterizó como “la premonición del caos”¹⁵⁷. Con las políticas económicas keynesianas en ciernes, las concepciones sobre la diferenciación social entran en una época de producción de nuevos discursos; las décadas de 1930 y 1940 son una conflictiva antesala para la instauración del neocapitalismo de la posguerra¹⁵⁸, que en Costa Rica se institucionalizará a partir de 1950 y con el cual se impondrá una ideología en la que la *clase media* es el principal actor de la narrativa sobre la historia costarricense.

Durante este período, diferentes sectores sociales e ideologías intentan apropiarse del significativo *clase media*, dándole funciones distintas entre sí; aún cuando su significado era básicamente el mismo, su lugar dentro de cada ideología –su función como ideologema– variaba en las diversas narrativas socio-políticas de la época. En términos generales, las narrativas respecto al papel de la clase media costarricense oscilaron entre dos posibilidades: o bien la integración de esa clase con uno de los extremos –sea junto a las clases dominantes o junto a las subalternas–, o bien un lugar como una tercera clase autónoma, económica y políticamente bien separada de los extremos de la jerarquía social.

Dicho de otro modo, el conflicto ideológico en torno a la *clase media* siguió centrado en la alternativa entre las narrativas de la lucha de clases y las que insistían en la conciliación entre las clases sociales. Además, al caer en descrédito la hegemónica versión liberal del progreso, se abrió la necesidad de que una nueva ideología reformulara ese arraigado ideologema; *progreso* era un significativo estratégico en la opinión pública de la época. El problema central de las ideologías que pretendían salvaguardar la propiedad privada frente a los partidos de izquierda era el de cómo reivindicar el ideologema de la medianía en un contexto de crisis del capitalismo tico y mundial.

Y fueron precisamente estas últimas narraciones las que, al calor de los cambios estructurales en el capitalismo del llamado Estado benefactor, aportaron los elementos más novedosos en cuanto a las concepciones sobre diferenciación social en Costa Rica, aún cuando cimentaron su nueva propuesta sobre ideologías que ya circulaban desde tiempo atrás. Durante este nuevo período, siguieron circulando las concepciones sobre diferenciación social de la anterior coyuntura, junto con las que empezaban a abrirse

¹⁵⁷ Solís ha indicado cómo esta reconfiguración simbólica posterior a la crisis afectó directamente a una de las instituciones más importantes hasta entonces, la caridad, y a los significantes en torno suyo. Cfr. Manuel Solís, “La élite caritativa”, 116-117.

¹⁵⁸ Ernst Mandel, *El capitalismo tardío*.

camino. Entre esas concepciones, es oportuno referirnos a las de un sector particularmente importante para la ideología de los reformistas de los años cuarenta.

3.3.1. *La pequeña propiedad como justo medio*

Mencionábamos en el anterior capítulo que los pequeños y medianos propietarios productores de café han sido concebidos por mucho tiempo –gracias sobre todo a las interpretaciones de Carlos Monge y Rodrigo Facio¹⁵⁹– como los grupos más representativos de la *clase media* costarricense, base de la historia democrático-rural e igualitaria de este país. Esta concepción recorre toda la historia republicana, y fue utilizada, como hemos visto anteriormente, como fundamento de la medianía costarricense.

Ahora bien, es importante señalar que, aunque es cierto que estos sectores articularon una ideología según la cual ellos eran la garantía de la estabilidad y la armonía del país, ellos no se concibieron a sí mismos como parte de una clase media, sino como una *clase* por sí mismos, en tanto que grupo propietario y socio-ocupacional; están más cerca de la concepción que indicábamos anteriormente como minimalista. Así lo planteaba en 1932 Manuel Marín Quirós, líder de un grupo que buscaba reivindicar las condiciones de los pequeños y medianos productores de café: “siento como ciudadano y como productor de café que un país de instituciones como las que tenemos, de libertades como las que proclamamos, tenga en su seno una clase oprimida, la clase productora de café, y de allí la necesidad de la defensa, por espíritu cívico y por conveniencia general económica, porque esa clase pertenece a la industria básica del país”¹⁶⁰.

Para efectos de sus luchas contra los beneficiadores, estos caficultores utilizaron discursos agonísticos, en los cuales invisibilizaban a las clases más empobrecidas, o se identificaban con ellas: “la explotación del capital contra la pobreza tiene larga fecha en Costa Rica. Se ejercía contra el jornalero, se ejercía contra los artesanos y aún contra la pobre gente del servicio doméstico. Pero en gran escala se ha ejercido por los beneficiadores contra los pobres productores de café en fruta”¹⁶¹.

Como ha señalado Alfonso González, “esta forma de representación polarizada debe entenderse en su funcionalidad política en cuanto medio para legitimar sus luchas para

¹⁵⁹ Cfr. Rodrigo Facio Brenes, *Estudio sobre economía costarricense*; Carlos Monge Alfaro, *Historia de Costa Rica* (San José: Librería Trejos, 1980).

¹⁶⁰ Citado en Acuña, “La ideología de los pequeños y medianos...”, 149.

¹⁶¹ Cit. en *ibíd.*, 147.

lograr una legislación reguladora de las relaciones entre productores, beneficiadores y exportadores”¹⁶². Pero, por supuesto, más allá de los argumentos para la polémica, los pequeños y medianos caficultores sabían que no eran la clase más subalterna en la dinámica productiva rural. La principal angustia que este sector manifestaba era la pérdida de la propiedad, la posibilidad de convertirse en “miseros peones”¹⁶³, debido al endeudamiento, a manos de los beneficiadores, en los cuales –particularmente en los extranjeros¹⁶⁴– percibían una tendencia hacia el latifundio. Puede observarse cómo, en efecto, éstos se conciben como un justo medio en la escala socio-económica: no son ni explotadores ni miserables, y no se identifican ni con unos ni con otros. Son la encarnación de la medianía y de la nacionalidad tica.

En esta concepción, sin embargo, ellos se veían cumpliendo tal función de justo medio en solitario. Si en esa ideología se hablara de un lugar de clase intermedio, allí no estarían incluidos los empleados administrativos, ni los profesionales, ni ningún sector asalariado; de hecho esta pequeña burguesía rural llegó a manifestar a partir de los años cuarentas su conflicto con la burocracia y la intervención estatal; en 1951 se quejaban contra la gente de la ciudad, “los señoritos de corbata y leva” y los técnicos¹⁶⁵. Los ideogramas fundamentales, a partir de los cuales se derivaban discursivamente los lugares de clase, eran en la ideología de estos productores directos la propiedad y el trabajo: el pequeño productor tiene propiedad y trabaja; el beneficiador tiene propiedad pero no trabaja; y el peón trabaja pero no tiene propiedad¹⁶⁶.

La ideología de este sector, que se hace más consistente conforme la tensión estructural entre la producción mercantil simple y la acumulación capitalista propicia la crisis de aquella, prefigura formalmente la concepción sobre la *clase media* que desarrollarán posteriormente los jóvenes del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales, sin ser idéntica con ella en cuanto a sus contenidos. En ambos casos, se trata de relatos que reivindican un pasado de igualdad puesto en peligro por los excesos de los

¹⁶² Alfonso González, “*El discurso oficial*”, 167.

¹⁶³ Cit. en Acuña, “La ideología de los pequeños y medianos...”, 147.

¹⁶⁴ Cfr. Molina, *Costarricense por dicha*, 71-72.

¹⁶⁵ Cfr. Acuña, “La ideología de los pequeños y medianos...”, 144-147.

¹⁶⁶ Existe estructuralmente otra posibilidad: la de una clase que no trabaje ni tenga propiedad. Empero, esta posibilidad no se plantea en la ideología de este grupo. Valga recordar que la ideología es una clausura de posibilidades estructurales, que se concretan o no históricamente según la acción de los agentes sociales. Cfr. A.J. Greimas, *En torno al sentido. Ensayos semióticos* (Madrid: Fragua, 1973), 291-315.

poderosos; para preservar la armonía es menester, por tanto, volver al pasado idílico que generó la medianía costarricense ¹⁶⁷.

3.3.2. *La clase media como clase subalterna*

“La situación lamentable en la que se encuentra hoy el país, con sus fuentes de riqueza entregadas o hipotecadas a los capitalistas extranjeros, con sus clases medias a las puertas del pauperismo porque la pequeña propiedad y la pequeña industria han sido absorbidas por el latifundismo y por el monopolio, con sus clases obreras y campesinas sufriendo miseria y hambre, por la desocupación, por la falta de posibilidades de trabajo, que se han convertido en males endémicos, no son sino el resultado de labor nefasta que desde el gobierno han realizado nuestros burgueses” ¹⁶⁸.

Este diagnóstico de 1931 sobre la situación nacional resume el tratamiento que el Partido Comunista de Costa Rica le dio al tema de la clase media durante esa década: recordando el *Manifiesto comunista* de 1848, el Comité Ejecutivo de ese partido pronosticaba la tendencia de esa clase a la proletarización, y de paso trataba de atraer a los pequeños propietarios hacia sus tiendas. De allí que el PCCR se identificó reiteradamente con las luchas de los pequeños y medianos productores cafetaleros ¹⁶⁹, con los intereses de los pequeños finqueros del banano ¹⁷⁰, y tomó partido por los pequeños comerciantes, como en 1935 a raíz de la huelga de los expendedores de licor. Este tipo de conflictos no eran nuevos, pero adquieren nuevas explicaciones durante los años treinta: son vistos ahora como parte de una lucha de la pequeña propiedad, como un sector no proletario pero aliado con las clases obrera y campesina, frente al gran capital ¹⁷¹.

Según *Trabajo*, el órgano del PCCR, en diciembre de 1935, “el pequeño comercio atraviesa en Costa Rica una situación que no se diferencia mucho de la del obrero y el campesino. [...] Nosotros [...] no constituimos una organización estrechamente sectaria,

¹⁶⁷ Cfr. Acuña, “Nación y clase obrera en Centroamérica”, 160.

¹⁶⁸ Comité Ejecutivo del PCCR, “A los trabajadores del Guanacaste”, *Trabajo*, 5 de agosto de 1931, 2.

¹⁶⁹ Así aparece ya desde el primer número de *Revolución*, periódico dirigido por Manuel Mora Valverde y Ricardo Coto Conde, y precursor de *Trabajo*. Tiempo más tarde, en esta nueva publicación, se afirmaba que “el pequeño propietario es un proletario que trabaja para su señor, el dueño del beneficio”. Anónimo, “Los reyes del café, sanguijuelas del trabajador campesino”, *Trabajo*, 1 de enero de 1932, 3. Los pequeños y medianos productores de café, sin embargo, no se identificaron con estos llamados del PCCR hacia sus filas.

¹⁷⁰ Cfr. *Trabajo*, “Los trabajadores del Atlántico, bajo la dirección del Partido Comunista...”, 12 de agosto de 1934, 1.

¹⁷¹ Cfr. Botey, “Las representaciones sociales de la pobreza”, 282- 284.

interesada solo en defender el obrero y el campesino. Constituimos la vanguardia de las clases pobres de Costa Rica, del pueblo todo de Costa Rica. Vamos contra la minoría, muy reducida, de grantes [sic] tagarotes; y contra sus aliados y amos extranjeros, las compañías imperialistas. En consecuencia, hemos defendido y defenderemos siempre, con igual ardor, los intereses del proletariado como los de las clases medias arruinadas (pequeño comercio, industriales, campesinos, maestros, profesores, etc.)”¹⁷².

Congruentemente, y tomando nota de que “tantos trabajadores, pequeños propietarios, maestros, empleados de baja categoría, etc.” militaban “en los rebaños electorales de la gran burguesía costarricense” –ya fuera con Beeche o con León Cortés–, Carlos Luis Fallas alertaba ese mismo año sobre las consecuencias de una eventual dictadura en Costa Rica, advirtiendo que “al ver los capitalistas a los trabajadores sin posibilidades de protestar ni de rebelarse, y empujados por sus intereses y el imperialismo, se lanzarán sobre las expoliadas masas populares, con el afán de sacarles el mayor beneficio con un mínimo de costo: los salarios se irán aún más abajo, rebajarán los sueldos de los maestros y empleados públicos de baja categoría, aumentará más la desocupación; la ruina del pequeño comercio y la pequeña industria será definitiva, y la miseria espantosa en que se hundirán las masas trabajadoras del país la sufrirán todos los explotados por igual, sin diferencias de nacionalidad ni de filiación política”¹⁷³. Del mismo modo, los comunistas interpelaron –si bien con escaso éxito– a los pequeños propietarios agrícolas, instándolos a que se asumieran como parte de las masas empobrecidas a manos de unos cuantos capitalistas¹⁷⁴.

En la búsqueda por establecer una política de alianzas entre clases subalternas, los discursos de los comunistas insistieron en integrar a las clases medias en un bloque contra el capital: “En un terreno puramente humano, para nosotros hay explotadores de hombres y hombres explotados. [...] En las filas del Partido Comunista pueden militar con idénticos derechos, los trabajadores de la ciudad y del campo, los pequeños propietarios, los pequeños productores, los estudiantes y los intelectuales revolucionarios que también son

¹⁷² Anónimo, “La justa exigencia de los patentados de licores, de que se fije en ₡50.00 el valor de esa patente”, *Trabajo*, 22 de diciembre de 1935, 4.

¹⁷³ Carlos Luis Fallas, “El peligro de la dictadura. Las elecciones y la organización sindical” en, *Ensayos políticos. Carmen Lyra y Carlos Luis Fallas*, ed. Iván Molina Jiménez (San José: EUCR, 2000), 125, 127-128.

¹⁷⁴ Carmen Lyra, *El grano de oro y el peón*, en *Ensayos políticos*, ed. Iván Molina Jiménez, 75-98.

trabajadores”¹⁷⁵. De este modo, los comunistas, a pesar de diferenciar a las clases medias, las subsumieron en el conjunto del pueblo explotado¹⁷⁶.

Observando la extracción familiar de algunas figuras del Partido Comunista, no es raro que aquellos integrantes suyos que ejercían profesiones de clases medias se sintieran más cerca de los sectores populares que de la burguesía. El abogado Manuel Mora Valverde, por ejemplo, era hijo de un ebanista que trabajaba con el gobierno; la muerte de dos de sus hermanas menores da fe de la precariedad de la condición económica de su familia¹⁷⁷. Jaime Cerdas, hijo de zapatero, terminó “con gran estrechez” el bachillerato y trabajó como maestro rural, habiendo anteriormente realizado labores “de ayudante de albañil, de ayudante de cortador de mosaico, de cobrador, de vendedor de melcochas, vendiendo café”¹⁷⁸. De la maestra Luisa González son bien conocidos sus orígenes pobres en el barrio La Puebla del sur de San José¹⁷⁹, en tanto que Carlos Luis Fallas, sin pertenecer él mismo a las clases medias, tenía vínculos familiares con profesionales y agricultores prósperos, lo cual le permitía también percibir la cercanía entre los sectores medios urbanos y sus orígenes campesinos y artesanos, como narra en su autobiográfico *Marcos Ramírez*¹⁸⁰.

La radicalización de los profesionales fundadores del PCCR se dio en el contexto de la crisis de 1929, la cual pesó particularmente sobre las espaldas de los sectores medios costarricenses¹⁸¹; en particular, para los empleados públicos el problema del pago de las “tercerillas” llevó a un sensible menoscabo de su nivel de vida¹⁸². Por otro lado, los comunistas de las clases medias, además de verse empobrecidos por la crisis, carecían del capital social al cual pudieron recurrir posteriormente, como veremos más adelante, los también clasemedios integrantes del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales; de ahí que sus aspiraciones y visiones sobre el país se hayan encaminado hacia direcciones distintas.

¹⁷⁵ *Trabajo*, “El intelectual en la lucha revolucionaria”, 19 de enero de 1936, 1.

¹⁷⁶ Cfr., por ejemplo, *Trabajo*, “Un campesino, un intelectual, un obrero y un pequeño comerciante razonan su voto a favor del Bloque de Obreros y Campesinos”, 10 de febrero de 1940, 3.

¹⁷⁷ Addy Salas, *Con Manuel. Devolver al pueblo su fuerza* (San José: EUCR, 1998), 44-45, 48-49.

¹⁷⁸ Jaime Cerdas Mora, *La otra vanguardia. Memorias*, 14-15.

¹⁷⁹ Luisa González, *A ras del suelo* (San José: Ed. Costa Rica, 1972).

¹⁸⁰ Cfr. Iván Molina, “Introducción” en *Ensayos políticos*, ed. Iván Molina Jiménez, 43-44. También: Carlos Luis Fallas, *Marcos Ramírez* (San José: Editorial Costa Rica, 1995).

¹⁸¹ Cfr. *supra*, 1.2.1.

¹⁸² Cfr. *supra*, 1.1.4.

Es preciso recordar que en el marxismo decimonónico el término con el que se aludía a la clase de los pequeños propietarios era el de *pequeña burguesía*, dentro de la cual originalmente no figuraban los asalariados. Los comunistas ticos usaron ese sintagma como sinónimo de *clase media*, y su actitud hacia esta “clase social” por sí sola, fuera de una alianza con campesinos y obreros, era de desconfianza, como cuando descalificaban en 1936 al Partido Socialista: “en resumidas cuentas lo que don Vicente Sáenz quiere es organizar a la pequeña burguesía: profesores, maestros, abogaditos y médicos con ideas de izquierda, contabilistas y oficinistas mal remunerados”¹⁸³.

Como hemos visto, desde décadas anteriores *clase media* circulaba como significante en Costa Rica, pero la concepción de los comunistas sobre ella y su lugar en la narrativa histórica que forjaron, pudieron tener sus raíces en los círculos antiimperialistas que frecuentaron Manuel Mora Valverde, Jaime Cerdas y Ricardo Coto Conde¹⁸⁴, fundadores del PCCR, así como Carmen Lyra, quien estuvo ligada a la seccional del APRA en Costa Rica a fines de los veinte¹⁸⁵.

Efectivamente, los planteamientos de esta organización a partir de 1927 –ya hemos señalado que la literatura del APRA circulaba para entonces en librerías costarricenses– llamaron a que las clases medias latinoamericanas se radicalizaran, haciendo un bloque en el cual ellas encabezaran la unión con los sectores populares y las burguesías nacionales latinoamericanas en la lucha contra el latifundismo y el imperialismo¹⁸⁶. En mayo de ese

¹⁸³ Cit. en José Manuel Cerdas y Gerardo Contreras, *La política de alianzas*, 47. Como indica Molina, los comunistas tuvieron actitudes contradictorias respecto a los pequeños y medianos productores de café; por una parte los invitaban a unirse con obreros y campesinos contra el “Trust” de los beneficiadores, por otra caracterizaban a dicho sector como “eminente reaccionario”. Cfr. Iván Molina, “Altas expectativas, bajos resultados: la participación de los comunistas costarricenses en las elecciones nacionales de 1936”, en *Revista centroamericana de ciencias sociales*, 5, 2 (diciembre 2008), 60-61.

¹⁸⁴ Ana María Botey y Rodolfo Cisneros, *La crisis de 1929 y la fundación del Partido Comunista*, 115-116.

¹⁸⁵ Iván Molina, “Introducción” en *Ensayos políticos*, ed. Iván Molina Jiménez, 32.

¹⁸⁶ Todavía en 1926 Haya de la Torre identificaba a la *clase media* con la pequeña burguesía, en la cual identificaba tendencias conservadoras del *statu quo* y una actitud de pasividad política. Las bases sociales del APRA, afirmaba, abarcaban a obreros, estudiantes, campesinos, intelectuales, indígenas y maestros, pero excluía a los pequeños propietarios, pues, además de la ideología individualista de éstos, sus condiciones de producción generan un decrecimiento en la producción general del país. El conflicto social en América Latina, según afirmaba entonces este intelectual y activista, puede sintetizarse en la contradicción entre propiedad privada y trabajo asalariado, siendo la labor del frente antiimperialista la de velar por la reivindicación de este último. Valga, además, señalar que la *clase media* no aparece como clase social dentro del frente antiimperialista, y que, por el contrario, aparece como un actor más bien retardatario respecto a la revolución: “la clase media, la mayoría de los intelectuales, en términos europeos, la pequeña burguesía, está situada en el plano egoísta de la indiferencia política, por interés y por miedo” Cfr. Víctor Raúl Haya de la

año escribía el aprista en *Amauta*, la revista dirigida por Mariátegui, que “la empresa extranjera que llega a establecerse en nuestro país no emplea sólo obreros [...] También necesita *empleados*, hombres de las clases medias, cuyos servicios utiliza en la oficina, en la bodega, en la supervisión de trabajadores, etc. Esta compañía *explota* al obrero y al empleado *igualmente*. Un empleado de la misma compañía en los Estados Unidos gana tres o cuatro veces más que un empleado de igual rango en nuestras naciones. [...] Esta diferencia en el pago del trabajo es una ganancia, y una gran ganancia para la compañía explotadora, y es consecuentemente *un producto de la explotación del trabajador*, empleado u obrero, de nuestras naciones”¹⁸⁷.

Según el diagnóstico de Haya, el desarrollo histórico de Indoamérica, con su predominio del campesinado y su proletariado apenas naciente, volvía indispensable una política en la cual se incorporara a la *clase media* como un muy importante actor antiimperialista: “el pequeño capitalista, el pequeño industrial, el pequeño propietario rural y urbano, el pequeño minero, el pequeño comerciante, el intelectual, el empleado, etc., forman la clase media cuyos intereses ataca el imperialismo”¹⁸⁸. Para el aprista, que el imperialismo golpee con más fuerza a las clases medias, unido al hecho de que sean ellas las más cultas, explica por qué “los precursores de la protesta antiimperialista de Indoamérica han sido representativos genuinos de las clases medias. De sus filas aparecen los primeros agitadores y los más decididos y heroicos soldados de las etapas iniciales del antiimperialismo”¹⁸⁹.

La participación de los intelectuales, los cuales “en los pueblos agrarios pertenecen casi todos a la clase media”¹⁹⁰, es central en el movimiento antiimperialista indoamericano debido a la ignorancia de las masas trabajadoras. “El APRA –decía su fundador– como partido de Frente Único ha incorporado desde su fundación al intelectual antiimperialista. Como ha incorporado al pequeño propietario, al pequeño capitalista, al pequeño comerciante, al pequeño minero, al artesano, al empleado, ha incorporado a la

Torre, *Por la emancipación de América Latina. Artículos, mensajes, discursos (1923-1927)* (Bs. Aires: Gleizer, 1927), 187, 194, 121, 74.

¹⁸⁷ Citado en Parker, 157.

¹⁸⁸ Víctor Raúl Haya de la Torre, *El antiimperialismo y el APRA*, 65. Este autor mantendrá estas líneas políticas básicas en adelante, al menos hasta la década de 1950. Cfr. Víctor Raúl Haya de la Torre, *Ideología aprista* (Lima: Eds. del Pueblo, 1961). Nótese la influencia de este planteamiento sobre las posteriores formulaciones de Eugenio Rodríguez Vega.

¹⁸⁹ Haya de la Torre, *El antiimperialismo...*, 67.

¹⁹⁰ *Ibíd.*, 69.

‘inteligencia’, al estudiante, al profesor, al literato, al artista y al maestro de escuela. Los ha incorporado sin resistencia ni distinguos, como aliados de la lucha del obrero y del campesino, como a ‘trabajadores intelectuales’”¹⁹¹. De este modo, la *clase media* cumple una doble función: de conciliación entre las clases populares del país, y de vanguardia contra los enemigos de la nación, el imperialismo y la oligarquía latifundista¹⁹².

Los planteamientos de esta organización evidentemente no eran compartidos en su totalidad por los comunistas, pero puede haber calado entre ellos la concepción de una clase media tal como la pensaron los apristas. Los comunistas coincidieron con el APRA en cuanto a la composición socio-ocupacional que le asignaban a la *clase media*, así como la concepción de esta “clase” como subalterna, aunque no concebían que ella fuera la vanguardia del cambio social, ni –antes de asumir la política de frente popular– que hubiera que apoyar a la burguesía nacional en contra del imperialismo. Sin embargo, es de notar que para el APRA las burguesías nacionales eran clases emergentes y subalternas frente al latifundismo, y en este sentido, al igual que para los comunistas, la *clase media* debía alinearse en contra del *status quo*.

Los planteamientos del APRA fueron retomados en Costa Rica durante los años treinta por el Partido Socialista. Para la campaña presidencial de 1936, por ejemplo, Carlos Fernández Mora, uno de los fundadores del Partido Socialista, exaltaba la política de su agrupación como promotora de la *clase media*¹⁹³, a la vez que su más prolífico intelectual, Vicente Sáenz, enfocado en el problema de la lucha antiimperialista, llamaba a la unión entre trabajadores manuales e intelectuales, interpelando a la *clase media* costarricense. Sáenz insistía –al igual que los comunistas– en que esta clase se encontraba en un proceso de pauperización junto con las demás clases populares.

¹⁹¹ *Ibíd*, 70-71. Los antagonismos de clase al interior de Indoamérica deben relegarse, según Haya de la Torre, ante el peligro mayor del imperialismo. La primera función de las clases medias es la de ayudar al Estado antiimperialista en tareas de organización; su colaboración técnica debe contribuir a potenciar la dirección económica y política del nuevo sistema, mediante la ciencia y la experiencia propias de su trabajo intelectual. La segunda función de tales clases sociales está en generar, bajo control estatal, capitales que no podrían acumularse bajo el imperialismo; al no estar directamente dominadas por la gran burguesía, sino por el latifundio, las clases medias tienen aún la ambición, rebeldía y beligerancia para aspirar a convertirse en gran burguesía nacional. Esta beligerancia debe ser aprovechada en beneficio de la liberación nacional: con ello ayudarán a la producción y circulación de la riqueza, pero bajo el férreo control del Estado antiimperialista. Cfr. *Ibíd*, 150-153.

¹⁹² En este sentido, respecto a su esquema anterior a 1927 de la estructura social y política, hay cambios en cuanto a la composición de los antagonistas: la nacionalidad se convierte en elemento central, en lugar del trabajo asalariado, y el imperialismo desplaza a la propiedad privada como adversario fundamental.

¹⁹³ *La tribuna*, “No le cité a don Carlos...”, 10 de enero de 1936, 5.

La interpelación de este partido a la *clase media* no se hacía en nombre de los intereses particulares de ésta, sino como parte de las clases sociales desfavorecidas por el sistema capitalista, tal como lo expresa Sáenz en el primer editorial de la revista política y literaria *Liberación*, nacida el mismo año que el Partido Socialista: “los trabajadores de cualquiera índole o categoría, bien en el campo como en la ciudad, en la hacienda como en el taller; así el obrero de la fábrica como los empleados públicos o particulares; los que viven del yunque o del arado y los que encuentran el diario sustento con la pluma, con su labor de oficinistas o con la ruda faena detrás de un mostrador; los trabajadores manuales y los trabajadores de las clases medias, en fin, son todos ellos estamentos que constituyen, aunque no lo quieran y a veces no lo comprendan unos u otros, las huestes cada vez más numerosas del proletariado”¹⁹⁴.

Podemos observar cómo los partidos Comunista y Socialista asumieron la narrativa trágica de confrontación de clases y lucha contra el imperialismo; retomaron el enfoque de las luchas sociales de la coyuntura anterior a la crisis de 1929, incorporando a la recientemente percibida *clase media* en torno a sus proyectos para trascender el sistema capitalista.

3.3.3. Los tres órdenes del reformismo liberal

“Lo que encontramos en Costa Rica es una gran clase media que prácticamente cubre a todo el pueblo costarricense. [...] En nuestro país, por lo tanto, la forma de hacer evolucionar la sociedad no es fomentando la lucha de clases, que en realidad no existe, sino, al contrario, tratando de formar un frente único, que represente a obreros, campesinos, clase media, pequeños capitalistas, etc., para realizar así una lucha común contra el enemigo común: el imperialismo. El pequeño propietario capitalista, el pequeño comerciante, intelectuales y empleados, forman esa gran clase media de Costa Rica, cuyos intereses ataca el imperialismo”¹⁹⁵.

Publicadas en 1943, estas líneas sintetizan la formulación del discurso sobre clases sociales que llegará a predominar en Costa Rica a partir de mediados del siglo XX. Los ideólogos del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales¹⁹⁶, entre los que figuraba

¹⁹⁴ Vicente Sáenz, “Nota editorial” en *Obras escogidas*, Vicente Sáenz, 85.

¹⁹⁵ Eugenio Rodríguez Vega, “Clases y lucha social en Costa Rica, 12-13.

¹⁹⁶ Sobre este grupo, cfr. David Díaz Arias, “Social crises and struggling memories”, 139-180.

el autor del recién citado texto, el joven Eugenio Rodríguez Vega, se reclamaban provenientes de esa *clase media* que veían como sujeto de la historia costarricense, y sus pretensiones respecto a la clase social a la que afirmaban pertenecer no eran, en absoluto, modestas: “por el momento, sólo existen un naciente proletariado y una naciente burguesía, ocupando los extremos de la gran clase media *que forma el grueso de nuestra nacionalidad*. También está el campesinado, que en Costa Rica tiene mentalidad de clase media, ya que no vive tan miserablemente como en otros países”¹⁹⁷.

De este modo, en un solo párrafo, el que llegaría a ser rector de la Universidad de Costa Rica identificaba la nacionalidad costarricense con la *clase media*, incorporando en ella a un campesinado que anteriormente era prácticamente el sujeto exclusivo en la narrativa de la historia oficial tica¹⁹⁸. El labriego sencillo –simbolizado por antonomasia por el pequeño caficultor– pasaba así a formar parte de la pujante y modernizadora “clase social” que tanto emocionaba a los centristas; la exaltación del viejo valor de la medianía a través de la imagen de la *clase media* como eje de la sociedad costarricense fue piedra angular de esta nueva ideología que planteaba la anulación del conflicto de clases gracias a la mediación de esta clase social conciliadora. Del mismo modo, el autor se apropiaba del importante tema del antiimperialismo, desligándolo de los comunistas criollos que venían explotándolo desde la década anterior, y volviéndolo contra ellos por su supuesta subordinación a los mandatos de la Unión Soviética.

En un texto que bien puede leerse como manifiesto del Centro, se afirma que “el camino hacia formas más racionales de organización social ha de basarse en Costa Rica, necesariamente, sobre las extensas clases medias rurales –campesinado, pequeños propietarios, etc.– y urbanas –artesano, empleados públicos y comerciales, profesionales, maestros, etc.– que, unidas con el asalariado industrial de la ciudad y del campo y con los elementos progresistas del capitalismo, serán el instrumento para la transformación evolutiva, y no violenta, del régimen en otro, bajo el cual los recursos naturales del país puedan aprovecharse en forma más integral y equitativa por todos sus habitantes. La lucha irá dirigida contra el capitalismo monopolista o especulador, contra la expoliadora gestión del capital extranjero y contra las oligarquías civiles que son sus defensoras y las culpables,

¹⁹⁷ Rodríguez Vega, *ibíd.*, 13; énfasis nuestro.

¹⁹⁸ Cfr. Acuña, “La invención”.

a la par del empirismo y las contradicciones económicas y técnicas de nuestra producción, que tienen sumida en permanente crisis de sub-consumo a nuestra población rural”¹⁹⁹.

Basados en la filosofía de la historia formulada por dos de sus miembros más conspicuos –Carlos Monge y Rodrigo Facio–, los centristas presentaron una perspectiva funcional de la sociedad costarricense, solamente amenazada internamente por la anomía, y externamente por los desórdenes del imperialismo²⁰⁰. El apego a la identidad nacional era, pues, la receta para el progreso y la modernización, y la encarnación de esa nacionalidad igualitaria –de la medianía costarricense– era la *clase media*, alrededor de la cual, según indicaba Facio en 1942, debía “moverse, en gran parte, la imprescindible reforma social costarricense”²⁰¹. La *clase media* era, según este relato –tal como afirmaban sobre sí mismos los pequeños y medianos productores de café–, el justo medio que aseguraba la buena marcha del país.

El programa del Centro, que ha sido catalogado por Manuel Solís como propio de un reformismo liberal más que socialdemócrata²⁰², planteó un esquema de sociedad según el cual habría que salvaguardar una tradición puesta en peligro por las ideologías exóticas y por grupos de interés –no clases sociales– que gobernaban en provecho propio²⁰³. “*Por eso* –decían los centristas– *aspiramos a forjar también un partido nuevo*, ni de grupos oligárquicos, ni de clase, sino popular y nacional en el sentido democrático de la palabra”²⁰⁴.

Esta nueva ideología, que se oponía tanto a las concepciones sobre diferenciación social del Olimpo como a las de los partidos Comunista y Socialista, se sirvió de distintos discursos ya existentes para formular la suya propia. Entre ellos, los planteamientos de Haya de la Torre fueron adaptados a las necesidades de los centristas; en ambos casos, la *clase media* cumplía una labor de vanguardia nacionalista, pero mientras que el APRA tenía una concepción de lucha de clases contra la oligarquía latifundista y el imperialismo,

¹⁹⁹ “Respuesta de los señores Ottón Acosta Jiménez, Isaac Felipe Azofeifa Bolaños, *et al*” en *Ideario costarricense. Respuesta a una encuesta nacional*, Editorial Surco (San José: EUNED, 2002), 127.

²⁰⁰ Para una descripción y crítica de esta concepción, cfr. Acuña y Molina, 21-47; Lowell Gudmundson, *Costa Rica antes del café. Sociedad y economía en vísperas del boom exportador* (San José: Editorial Costa Rica, 1993).

²⁰¹ Facio, *Obras históricas, políticas y poéticas* (San José: Editorial Costa Rica, 1982), 35.

²⁰² Manuel Solís A., *Costa Rica: ¿Reformismo socialdemócrata o liberal?* (San José: FLACSO, 1992).

²⁰³ Los enemigos del país eran, según Rodrigo Facio, la politiquería y el comunismo. Cfr. Facio, 10.

²⁰⁴ “Respuesta de los señores Ottón Acosta...”, 130. Énfasis del original.

el Centro suscribía una visión funcional, en la cual no se trataba de dar a luz lo nuevo, sino de extirpar los tejidos enfermos del cuerpo sano de la nacionalidad costarricense. En lugar de una oligarquía latifundista, el Centro vio como enemigos del desarrollo del país al “capitalismo monopolista o especulador, [...] la expoliadora gestión del capital extranjero y [...] las oligarquías civiles que son sus defensoras”²⁰⁵.

Allí donde el APRA presentaba una visión trágica de la historia, el Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales promovía una concepción cómica según la cual la solución a los problemas sociales ya estaba allí, escondida por disfunciones que una debida tecnocracia sabría resolver. En el caso del APRA, el mundo social aparecía como un medio que habría que conquistar; para los centristas, se trataba simplemente de volver al camino del que se había alejado la generación de sus padres²⁰⁶. Donde APRA hablaba de revolución, los centristas decían restauración: restauración de la mítica democracia agraria originaria de la nacionalidad costarricense inventada retrospectivamente por los centristas²⁰⁷. El Centro pretendió extraer su poesía del pasado.

En este sentido, otra influencia ideológica básica para el Centro –como recuerda Iván Molina²⁰⁸– fue Mario Sancho, y en particular su ensayo *Costa Rica, Suiza centroamericana*, escrito entre 1932 y 1935. Este texto es una referencia importante para la recuperación de la *clase media* dentro de una ideología que concibe las clases sociales como parte de un todo funcional; no está de más recordar que Sancho venía en aquel entonces de vivir durante más de ocho años en los Estados Unidos. En el planteamiento de este autor se puede ya hablar propiamente de una concepción ternaria de las clases sociales, la cual, como han advertido autores como Wallerstein, Foucault y Duby²⁰⁹, es

²⁰⁵ *Ibíd.*, 127. Estas “oligarquías civiles” estaban compuestas según el Centro por grupos de “politiqueros” corruptos, y en primer lugar por el calderonismo: según Solís, para el Centro *oligarquía* “no es una clase social en el sentido estricto de la palabra; con ese término no se alude a una clase agraria, latifundista o precapitalista. Tampoco califica a una burguesía o a una fracción de ella”. Solís, *Costa Rica: ¿Reformismo...*, 146.

²⁰⁶ Cfr. Solís, *Costa Rica: ¿Reformismo...*, 139-140.

²⁰⁷ Alberto Salom tiene razón al subrayar las diferencias entre los planteamientos del Centro y los de Haya de la Torre; empero, según hemos argumentado precisamente en el apartado anterior, no acierta al remitirse al ant imperialismo del peruano de mediados de los veinte, pues es la posterior formulación política aprista, en la que resalta el papel de las clases medias latinoamericanas, aquella con la que dialogarán los centristas. Cfr. Salom.

²⁰⁸ Iván Molina, *La estela de la pluma. Cultura impresa e intelectuales en Centroamérica durante los siglos XIX y XX* (Heredia: EUNA, 2004), 284.

²⁰⁹ Wallerstein, *Capitalismo histórico*, 293-294; Michel Foucault, *Defender la sociedad*, 49-66; Georges Duby, *Los tres órdenes, o lo imaginario del feudalismo* (Barcelona: Argot, 1983), 19-30.

conservadora pues remite a un horizonte utópico en el cual el equilibrio inherente en el sistema es posible y deseable.

Tal como los centristas, Mario Sancho apelaba en este ensayo a un regreso a los valores perdidos de la nacionalidad costarricense. “Nuestros próceres coloniales”, decía este autor, se caracterizaban por la austeridad y la pobreza; por el contrario, los “riquillos” de entonces encarnaban en ese texto la riqueza y la ostentación, esta última como disvalor que compartía con una *clase media* que, en comparación con otros países latinoamericanos, era pobre²¹⁰.

A diferencia de la ideología de los centristas, la *clase media* no aparece en *Costa Rica, Suiza centroamericana* como un sujeto emancipador; en este texto la modernización, mediante la unión de riqueza y austeridad, es resultado de la educación y del trabajo rural²¹¹. Es de notar, además, que el texto sobre el cual se basó el escritor cartaginés, *De una crisis económica y moral*, afirmaba que las personas con ideales de trabajo y progreso son excepciones que “se dan más frecuentemente en hombres surgidos del puro pueblo que en los que salen de las clases alta y media”²¹². También a diferencia del grupo de *Surco*, Sancho tenía una concepción muy tradicional del desarrollo costarricense, prácticamente limitada a las actividades agrarias; de hecho, este autor menospreciaba las labores administrativas y los títulos académicos, tan importantes en la formación de los sectores medios urbanos costarricenses, en cuenta los propios centristas.

Sancho no presenta a ningún sector de la población costarricense como vanguardia del progreso; alude solamente a la labor de los maestros como formadores de los ciudadanos del porvenir. El fantasma que desvela a Mario Sancho es el de la anomía, que aleja a la sociedad costarricense de sus (supuestos) venturosos orígenes; la funcionalidad es el ideologema sobre el cual se articulan los valores de la austeridad y la riqueza que se vislumbran en el horizonte utópico de *Costa Rica, Suiza centroamericana*.

²¹⁰ “Costa Rica, Suiza centroamericana” en Mario Sancho, *el desencanto republicano*, Flora Eugenia Ovares Seidy Araya (San José: Editorial Costa Rica, 1968), 38-39.

²¹¹ *Ibíd.*, 41-42.

²¹² Mario Sancho, “De una crisis económica y moral”, *Repertorio americano*. Tomo XXV, 1932, 334. Esta frase fue suprimida de la versión final de *Costa Rica, Suiza centroamericana*. ¿Tendrá que ver esta supresión con cierto recelo de Sancho a ser acusado de comunista, después de la Huelga de 1934 y el crecimiento del PCCR? Este autor defendió reiteradamente a los comunistas, pero distaba por mucho de ser uno de ellos; posiblemente, la omisión en 1935 de esta frase pretendía disipar cualquier sospecha de izquierdismo, lo cual le hubiera restado credibilidad entre sectores conservadores a su dura crítica de la situación nacional.

Otra de las fuentes del Centro fue la Revolución mexicana. Como habíamos mencionado, a fines de los veinteos fueron publicados en la prensa de Costa Rica algunos artículos provenientes de México sobre la *clase media*, en cuenta varios artículos de José Vasconcelos. Cabe traer a colación al artículo de Rafael Cardona, escritor costarricense radicado en México, *En elogio de la clase media*, donde podemos ver también la concepción centrista sobre las clases sociales, y en particular sobre la clase media. Allí se la describía como el factor que, a pesar de caracterizarse por su individualismo, sirve de equilibrio para la sociedad: elabora otro relato sobre la clase media como garante de medianía social.

En este artículo de 1928, Cardona había insistido sobre este valor del equilibrio frente a los excesos individualistas de la clase alta, que derivan en “verdaderos tiranos”, y los colectivistas del “pueblo puro”, de los que surgen los “revolucionarios peligrosos”²¹³. El único defecto de la *clase media* sería su conformismo, el cual lleva a muchos de sus miembros a la vida sedentaria y a oficios mediocres como la burocracia, aunque “no menos del ochenta por ciento de los sabios, héroes, mártires y santos provienen en la historia de esta clase”²¹⁴.

La visión de Cardona sobre la sociedad y la *clase media*²¹⁵ ciertamente es más afín con la de los centristas que la de Haya de la Torre; a diferencia de la de este último, en los otros dos casos se trata de relatos cómicos, en los que el orden social está bien organizado, y es el exceso el que debe evitarse para que mantener ese orden. ¿Habrán leído los centristas a Cardona en el Repertorio Americano? ¿Habrán sido influenciados por sus lecciones en el Liceo de Costa Rica? En cualquier caso, uno y otros comparten una misma concepción de la historia, y prácticamente idénticas valoraciones sobre las clases sociales en Costa Rica.

Debemos notar que los planteamientos del Centro respecto a la *clase media* fueron a inicios de la década de los cuarenta posiciones ideológicas de vanguardia. En la encuesta que Surco envió a distintas personalidades en 1943, solamente ese grupo se refiere a la

²¹³ Cardona, *loc. cit.* Entre las combinatorias posibles de estos valores y disvalores, Cardona no escribe sobre la otra posibilidad estructural, la de un equilibrio colectivista. Este vacío es indicativo de la posición ideológica del autor; recordemos la función de la ideología en cuanto a la regulación de lo visible y lo invisible, lo imaginable y lo no imaginable Cfr. supra, I.2.4.

²¹⁴ Cardona, *loc. cit.*

²¹⁵ Curiosamente, tanto Cardona como Sancho se refieren a temas de género en la *clase media* —no así respecto a las otras clases—, presentando el primero a la mujer de *clase media* como ama de casa, y el segundo enfatizando las dificultades que conllevan las pretensiones familiares de que las muchachas se casen con buenos partidos. Cfr. supra, 2.2.2.

clase media y justifica su rol en el proyecto social que defendían, mientras que ninguno de los otros interlocutores se interesaron por este asunto. Más aún, durante los treinta, ni el sintagma *clase media* ni ningún otro sinónimo, con excepción de los partidos de izquierda, es utilizado en las campañas electorales; en éstas prevalecían las ideologías del período anterior a la crisis iniciada en 1929.

La base social del Centro, tal como la describía en 1943 Livingstone D. Watrous, tercer secretario de la embajada de Estados Unidos en San José, estaba compuesta por hombres jóvenes profesionales provenientes de familias costarricenses bien conocidas, “lo cual les asegura la atención por lo menos del estrato más alto de la estructura social del país”²¹⁶. El testimonio de uno de sus integrantes sintetiza el lugar social de la mayoría de estos jóvenes: “los del Centro fuimos los parientes pobres de todas las familias ricas de aquí”²¹⁷. En otras palabras, eran en buena medida descendientes de hijos “segundones” o de burgueses venidos a menos. De allí que sus opciones de movilidad social fueran muy limitadas, y su ideología tecnocrática intentaba potenciar las incidencias sociales y políticas de sus capitales culturales y sociales frente al capital económico del cual carecían²¹⁸. El reformismo del Centro fue –a diferencia de los comunistas de clases medias, quienes eran familiarmente cercanos a campesinos y proletarios– pensado desde un sector que buscaba su reafirmación en el mundo familiar burgués que les había sido negado. Estaban a la vez lejos y cerca de sus parientes más afortunados, y sus opciones de movilidad social se enfilaron hacia el dominio y la ampliación de la cosa pública.

De este modo, los planteamientos de los centristas intentaron apropiarse del significante *clase media*, frente al uso que de él hacían comunistas y socialistas, y dándole sentido desde su proyecto político reformista. A punta de retazos prestados de distintos textos y contextos, los centristas formaron una ideología propia, adecuada al lugar que ellos reclamaban dentro de una Costa Rica que, pese a sus afirmaciones, estaba todavía por hacerse. Para ello, sin embargo, debieron aliarse con sectores menos progresistas, pero con mayores recursos económicos y experiencia política, cuyas expectativas no coincidían

²¹⁶ Este documento es rescatado y divulgado en: Iván Molina Jiménez, “El Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales: un informe confidencial (Costa Rica, 1943)” en *Diálogos. Revista electrónica de Historia*, 8, no. 2 (agosto 2007- febrero 2008), 1.

²¹⁷ Roberto Fernández Durán, citado en: Marco Antonio Santamaría Vizcaíno, *Los años 40 en la perspectiva de un discurso histórico. Una visión retrospectiva de los integrantes del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales* (San José: EUNED, 2000), 57.

²¹⁸ Cfr. Manuel Solís, *La institucionalidad ajena*, 170.

plenamente con las de esos jóvenes intelectuales. En un país con una cultura política tan arraigadamente centrada en lo electoral ²¹⁹, ese fue el precio que debió pagar la ideología centrista para llegar a convertirse en hegemónica.

3.3.4. *La clase media va a las elecciones*

A lo largo de la década de 1940, mientras la oposición al gobierno se apropió de la defensa de la clase media, comunistas y calderonistas empezaron a verla con recelo. La alianza del Partido Comunista –rebautizado Vanguardia Popular con la venia del arzobispo Sanabria– con el gobierno de Calderón Guardia, llevó a que esta agrupación moderara sus discursos sobre la lucha de clases, asumiendo cierta cercanía con la retórica de las reformas oficiales. Así, en la campaña electoral de 1944 el periódico *Trabajo* indicaba que la “línea negativa” de las fuerzas sociales en el país estaba constituida ya no por la burguesía entera sino por sectores reaccionarios dentro de todas las clases sociales: entre otros, por los “ricachones ignorantes”, las compañías explotadoras, y “los sectores cobardes de nuestra clase media que a pesar de que tienen siempre colgando sobre sus cabezas, como una espada de Damocles, la anemaza [sic] de la pobreza, le temen a todo cambio social” ²²⁰. Adicionalmente, el título de uno de los artículos que figuraba en la primera plana de ese mismo ejemplar aseveraba que “la clase media, dirigida por sus intelectuales, pero sin organización ni partido, va desorientada dando tumbos” ²²¹, en clara alusión al Centro para el Estudio de Problemas Nacionales. La *clase media* que los comunistas habían puesto a su lado en los treintas se convertía en la década siguiente en parte de las fuerzas que se les oponían ²²².

Por su parte, la retórica del caldero-picadismo para las elecciones de 1944 y 1948 insistió en que sus gobiernos beneficiarían tanto al pobre como al rico, eludiendo el tema de la *clase media*, la cual casi no aparece en sus consideraciones. En la mayor parte de sus discursos para estos procesos electorales, el Partido Republicano Nacional sostenía la visión de un gobierno que mejorara la situación general de todas las clases sociales: en su concepción de la sociedad no se vislumbraba un cambio estructural, sino mejoras

²¹⁹ Cfr. Molina, *Demoperfectocracia*.

²²⁰ *Trabajo*, “Teodoro Picado y don León Cortés no son en estos momentos dos simples hombres, sino dos símbolos”, 23 de octubre de 1943, 3.

²²¹ *Ibíd.*, 1.

²²² Cfr. *infra*, 3.4.

cuantitativas dentro de un mismo esquema socio-económico. Desde la retórica del presidente Picado, el progreso nacional dependía del “entendimiento entre clases sociales”²²³; faltaba en sus planteamientos la inquietud por un cambio social estructural, tan importante para los centristas y los comunistas –incluso después de asumir su política de “comunismo a la tica”, mantenían discursos de transformación social a largo plazo–, con lo cual sus aspiraciones de progreso se orientaban por la búsqueda de reformas encaminadas a mantener la armonía en las relaciones entre las clases sociales, a tono con la doctrina social-cristiana²²⁴.

Los discursos del caldero-picadismo asumían por ello matices más morales y religiosos que abiertamente políticos o sociológicos; más aún, las narraciones alrededor de la figura del Doctor lo ensalzaban a menudo como un redentor del país, acercándose con ello a las narrativas religiosas. El propio Picado, en 1945, hablando de algunas medidas para mejorar el nivel de vida de los sectores asalariados, habla de “las clases trabajadoras, en las cuales incluimos gran cantidad de empleados de oficinas y de miembros del personal docente”²²⁵. Poco antes de la elección presidencial de 1948, se afirmaba en un artículo aparecido en el periódico gubernista que “el pueblo, la gran masa que compone nuestra Patria, –los empleados de las ciudades, dos [sic] obreros, el campesinado, en fin, el gran conglomerado social– saben que Calderón Guardia, haciéndose eco de los sentimientos de su noble corazón, fue quien promulgó las sabias leyes sociales de que hoy disfruta”²²⁶.

El calderonismo le cedió así el concepto de *clase media* a la oposición, pues éste no formó parte de su lenguaje usual; más aún, cuando aceptó este concepto, el calderonismo asumió que esa *clase media* estaba sumada a las corrientes adversas a su gobierno. Restándole importancia a esta supuesta base social del ulatismo, a inicios de 1948, analizaba la elección: “una candidatura de oposición, para enfrentarse a las leyes sociales de Calderón Guardia, tenía que ser una candidatura de capitalistas con candidato capitalista. Pero hicieron una candidatura de clase media que a estas horas no cuenta con el apoyo de la clase trabajadora [...] ni con el apoyo de los capitalistas más fuertes”²²⁷. Y, reiterando

²²³ Teodoro Picado, en *Mensajes presidenciales*, tomo VII, Meléndez (comp.), 217.

²²⁴ Cfr. Molina, *Anticomunismo reformista...*, 115-134.

²²⁵ “Mensaje del lic. Don Teodoro Picado, Presidente de la República, al Congreso Constitucional” en Meléndez (comp.), *Mensajes presidenciales*, tomo VII, 142.

²²⁶ *La tribuna*, “Serenamente”, 1 de febrero de 1948. Nótese que los “empleados” aparecen aquí incorporados en el “pueblo”.

²²⁷ *La tribuna*, “Por qué el Dr. Calderón Guardia tiene el triunfo en la bolsa?”, 6 de enero de 1948, 4.

sobre esta idea, decía el mismo analista al día siguiente: “observaste que en su último discurso Otilio dijo que su Partido no es de ricos ni de trabajadores sino de la clase media? [...] Cuando hizo el discurso ya él se sentía sin el apoyo del gran capital”²²⁸.

Estos testimonios documentan el éxito de la ideología del Centro. En 1940, Roberto Brenes Mesén, maestro e inspirador de los centristas, les había indicado a éstos, como citábamos en el epígrafe, que para evitar las revoluciones sociales era “preciso operar la transformación de los conceptos políticos”²²⁹. Poco tiempo después, los centristas se mostraron a la altura del imperativo de Brenes Mesén: el impulso que le dieron esos jóvenes al ideograma *clase media* y a la concepción ternaria de la sociedad se fue incorporando en el lenguaje electoral a lo largo de la década de los cuarentas. En 1943 algunos de los opositores al calderonismo –aunque significativamente, no los cortesistas²³⁰– asumieron esta temática, intentando contrarrestar con ello el énfasis del gobierno y los comunistas sobre las reivindicaciones para la clase obrera.

El *Diario de Costa Rica*, cuyo director y propietario era el líder opositor Otilio Ulate, fue el que más tempranamente se mostró receptivo al esquema centrista. En agosto de 1943, atacaba al gobierno de Calderón por no proteger económicamente al ciudadano de *clase media*, al obrero urbano ni al trabajador rural²³¹, y en diciembre del mismo año caracterizaba a Costa Rica como un “país nuevo, de clases medias”²³². A lo largo de las dos campañas siguientes, el reformismo (enconadamente) anticomunista y antic Calderonista del Centro fue reapropiado por otra corriente de la oposición encabezada por varios influyentes empresarios adversos al gobierno –entre ellos José Figueres Ferrer–, quienes impulsaron, más allá de la ideología centrista, una socialdemocracia de derecha²³³.

De allí que en agosto de 1949, casi un año y medio tras la Guerra Civil, Figueres elogiara el lugar de la clase media en el nuevo proyecto hegemónico: “por encima de todas estas penalidades [generadas por la guerra del 48, GG], que son los huecos y rocas del camino del progreso, el carro del país está marchando. Hay toda una generación de jóvenes estudiosos y honestos que se está ejercitando en las responsabilidades de la Administración

²²⁸ *La tribuna*, “Prosigue entrevista con ‘El viejo abogado’”, 7 de enero de 1948, 5.

²²⁹ Cit. en Eugenio Rodríguez Vega, *Voces del 43* (San José: EUCR, 1995), 161.

²³⁰ A pesar de que en los cincuenta Alberto Cañas afirmaba que la *clase media* de la década anterior se había identificado con la figura de León Cortés, ni este político ni sus colaboradores cercanos se asumieron discursivamente como adalides de esa *clase media*. Cfr. Cañas, *Los ocho años*, 24.

²³¹ Cit. en Rodríguez, *Voces del 43*, 210.

²³² *Diario de Costa Rica*, “Reaccionarios”, 14 de diciembre de 1943, 3.

²³³ Cfr. Solís, *Costa Rica*., 223-247.

Pública. Sus errores serán sus lecciones. Será una patria nueva. Hay una numerosa clase media, de gente culta sin recursos económicos, que aumentará cada día sus filas a medida que el obrerismo y el campesinado vayan teniendo a su alcance los medios de progreso material y educacional que tanto desean y merecen. Esa clase media es el almáxico de la nueva Costa Rica. Ella está ocupando posiciones ahora en organismos que le fueron otrora vedados. Ella es la consumidora de la mayor parte de nuestros productos y servicios. Ella debe ejercitarse en el arte de producirlos abundantemente para todos”²³⁴.

Prosigue un poco más adelante: “el ideal que se persigue ahora es que todas las clases sociales, al impulso de la técnica económica, se vayan fundiendo en una gran clase media que goce ampliamente de las comodidades y oportunidades culturales de la época. De esa gran clase, que será la humanidad, surgirán los verdaderos valores espirituales”²³⁵. El utopismo mesoclasista se desborda en el discurso del líder de la insurrección armada; la *clase media* ya no es solamente representativa de la nacionalidad costarricense, sino de la Humanidad toda del futuro. La puesta en marcha hacia esta utopía llegó a ser hecha, bien sabemos hoy, pagando el precio de la guerra civil, los exilios y la persecución violenta de la disidencia.

Puede observarse, pues, cómo, mientras que algunos sectores de la oposición en 1944 y 1948 asumieron como estandarte de sus campañas electorales a la medianía costarricense encarnada en la *clase media*, los calderonistas insistieron en que durante los gobiernos del Partido Republicano Nacional se había beneficiado tanto a los ricos como a los pobres, a patronos y a trabajadores, con lo cual daban también a entender que mantenían un justo medio entre clases sociales. Los comunistas, por su parte, optaron por enfocarse en las mayorías obreras y campesinas, impugnando el difundido ideologema de la medianía costarricense, al atacar a una supuesta burguesía reaccionaria que, según su parecer, se oponía a las reformas sociales del gobierno.

De igual modo, cada bando planteó su versión particular del viejo tema del progreso²³⁶. En la versión vanguardista, la colaboración de clases era un momento necesario para el

²³⁴ Cit. en Arturo Castro Esquivel, *José Figueres Ferrer, el hombre y su obra. (Ensayo de una biografía)* (San José: Imprenta Tormo, 1955), 235-236.

²³⁵ *Ibid.*, 237.

²³⁶ Respecto a la iconografía, cabe indicar que a inicios de siglo pasado los partidos políticos se disputaban la imagen del tren como símbolo del progreso, en tanto que durante los cuarentas, los vanguardistas representaban al progreso en la forma del tractor, un sofisticado y moderno instrumento de trabajo. Seguramente, un estudio sistemático de la iconografía en los periódicos nacionales aportaría

desarrollo productivo nacional, cuyo sentido estaba en elevar el nivel de vida de las clases populares. Para el calderonismo, el progreso pasaba por restaurar la armonía entre clases sociales mediante el retorno a los valores cristianos. Hacia 1940 estas tendencias habían dejado atrás, por supuesto, la concepción del progreso ligado con la mera incorporación al mercado mundial, y significativamente –a tono con el incipiente neocapitalismo tras la Depresión– las tres compartían la idea de que el Estado y sus instituciones especializadas debían jugar un papel central en la economía nacional. Faltaban varias décadas para que en Costa Rica el ideal del progreso, más allá de los contenidos que le asignaran los distintos sectores políticos, perdiera su credibilidad ²³⁷; durante la primera mitad del siglo XX la modernización bajo distintas modalidades –legitimada políticamente por el ideograma de la justicia social, como ha mostrado Molina ²³⁸– fue un horizonte utópico incuestionado.

3.4. “El movimiento se iniciaba en la clase media...”

Las personas de las clases medias –y por supuesto principalmente los varones– tuvieron un papel muy activo en el Estado al menos desde fines del XIX. Según Molina y Lehoucq, entre 1898 y 1910, además de los profesionales, que representaban una importante cantidad en las cuatro ciudades más grandes del Valle Central, “el grueso de los electores de segundo grado estaba dominado por agricultores acomodados, pequeños comerciantes y dueños de billares, cantinas y pulperías” ²³⁹. El propio Molina indica que para esta época las bases sociales del Partido Independiente Demócrata y del Republicano estaban formadas por pequeños y medianos patronos urbanos y rurales ²⁴⁰, mientras que Samper afirma que principalmente en este último partido “profesionales e intelectuales destacados podían optar exitosamente por esas posiciones [los puestos principales en el

información interesante respecto a las representaciones que circulaban en Costa Rica por estos medios, complementando investigaciones sobre conceptos sociales como la que hemos intentado en este capítulo. Cfr. José M. González García, *La diosa Fortuna. Metamorfosis de una metáfora política* (Madrid: Visor, 2006). Del mismo autor, *Metáforas del poder* (Madrid: Alianza, 1998). Algunas consideraciones metodológicas aparecen en Ivan Gaskell, “Visual history” en *New Perspectives on Historical Writing*, ed. Peter Burke (Pennsylvania: Pennsylvania State University Press, 2001). También de Burke, *Eyewitnessing. The use of images as historical evidence* (Nueva York: Cornell University Press, 2008).

²³⁷ Cfr. Víctor Hugo Acuña, “Tiempo histórico y ciencias sociales en Centroamérica en la segunda mitad del siglo XX”, *Revista centroamericana de ciencias sociales* 1, no. 1, (julio 2004).

²³⁸ Molina, *Costarricense, por dicha*, 77.

²³⁹ Iván Molina y Fabrice Lehoucq, 34.

²⁴⁰ Iván Molina, en Viales (ed.), 195-196

partido y papeletas legislativas], aunque sin duda sus lazos familiares y conexiones personales o profesionales jugaban un papel”²⁴¹.

El poder de estos personajes sobre el Estado era, pues, notable, y del mismo modo eran las ventajas que obtenían del juego electoral en caso de ganar su partido. Este poder, que podía parecer meramente individual en la lógica clientelista de la época, se derivaba en realidad del lugar socioeconómico que ellos ocupaban. En consecuencia, estos sectores veían al Estado como una institución cercana y accesible; los interpelaba más directamente que a los obreros, y sobre todo que a los campesinos. Era común, por ejemplo, que los universitarios se integraran a las campañas electorales, iniciándose con ello tempranamente en las redes de clientela de la época²⁴². A falta de un mayor desarrollo industrial, la clase media ascendente –la asalariada– creció al abrigo del Estado²⁴³, lo cual hizo a sus miembros especialmente proclives a desarrollar relaciones clientelistas.

Esta cercanía con el Estado y sus ventajas propiciaron una actitud menos favorable a la confrontación contra el *status quo*, al menos hasta los treintas; como recordábamos hace poco, incluso los jóvenes ácratas bajaron su tono una vez que lograron acomodarse en el seno del Leviatán²⁴⁴. Dana Gardner Munro, por ejemplo, indicaba que en 1916 los candidatos a gobernantes eran designados por camarillas en las que la posición social y la riqueza eran importantes, pero principalmente la educación, destacando en ellas profesionales que habían ascendido socialmente por este medio²⁴⁵.

Aún durante y tras la crisis de los treintas, cuando se radicalizaron muchos jóvenes de sectores medios, existió la imagen de que entre estos sectores prevalecía un carácter conservador. En 1932 un informe de la delegación diplomática de los Estados Unidos prácticamente descartaba las posibilidades de una revolución comunista en el país: “no son serias. Existe una gran clase media que actúa como estabilizador”²⁴⁶, en tanto que a mediados de los cuarentas según Mavis y John Biesanz en Costa Rica “la clase media se considera a sí misma la columna vertebral del país y se enorgullece de sus propias virtudes:

²⁴¹ Mario Samper, “Fuerzas sociopolíticas y procesos electorales en Costa Rica”, *Revista de historia* (Costa Rica) No. especial (1988), 206.

²⁴² Cfr. Emmanuel Barrantes, “Las 'hojas volantes' o cartas públicas”, *Revista de historia* (Costa Rica) 48 (julio-diciembre 2003), 349-354. Paulino González, *Los orígenes del movimiento*, 4-11.

²⁴³ Cfr. supra, 1.1.4., 1.1.5. y 1.2.2.

²⁴⁴ Cfr. David Díaz, “From jóvenes ácratas”.

²⁴⁵ Cfr. Munro, 188.

²⁴⁶ Citado en Iván Molina, *Anticomunismo*, 77.

respetabilidad, moralidad, deseo de educación, participación en la iglesia y en la caridad pública”²⁴⁷.

Desde la interpretación de Molina, la política electoral en Costa Rica –en la cual, como hemos reiterado, el clientelismo jugaba el papel central como elemento de cohesión, y de la cual tan activamente participaron las clases medias– tuvo a la larga aspectos benignos: “la dinámica electoral operó, a nivel social y cultural, como un mecanismo básico de integración, por encima de las diferencias sociales, étnicas y regionales. En una época en la que simultáneamente estaba en curso el proceso de invención de la nación y su difusión sistemática mediante la prensa, el aparato escolar y otros medios, la creciente inserción de los sectores populares urbanos y rurales en la política electoral le dio un sustento institucional indispensable a los discursos sobre nacionalidad y ciudadanía. [...] La dinámica electoral, gracias a su carácter competitivo, condujo a que los partidos empezaran, ya desde finales del siglo XIX, a canalizar demandas, reivindicaciones y expectativas populares, un proceso cuyo resultado más claro fue la creciente concentración del gasto público en educación, salud, pensiones e infraestructura (que incluía también obras escolares y sanitarias). Tal orientación no sólo debilitó a largo plazo y en términos presupuestarios a las fuerzas armadas y policiales, sino que configuró una conexión electoral indispensable entre la sociedad y la política, lo sociocultural y lo institucional, que jugó a favor del desarrollo de la democracia costarricense, tanto en su dimensión electoral como social”²⁴⁸.

Manuel Solís, por el contrario, centra su atención en el verticalismo y las agresividades generadas por este tipo de dinámicas de poder, tanto entre diferentes redes de clientela como en el interior de cada una. Como indica este autor, “quien tenía el poder tenía la prerrogativa de distribuir favores. El recibir o no un favor no tenía sólo un significado material. Era una muestra de consideración y reconocimiento, y un indicador de posición social. Los favores del jefe, y la cercanía a él, valoraban a la persona, ante sus propios ojos, y los de los demás. Y lo contrario, sus negativas, desvalorizaban al otrora leal”²⁴⁹. El régimen producido por estas lealtades, basadas en la mistificación del

²⁴⁷ John y Mavis Biesanz, 56.

²⁴⁸ Iván Molina, *Demoperfectocracia*, 428-429.

²⁴⁹ Manuel Solís, *La institucionalidad ajena*, 136.

respectivo líder político, no podía menos que desembocar en una *institucionalidad ajena*, de cuño autoritario.

Lo que queda claro es que, efectivamente, la “democracia” costarricense generó, por efecto de las demandas de los sectores populares, importantes instituciones para el bienestar de la población a través del Estado, pero que, al mismo tiempo, la integración social resultante fue tensa y relativamente inestable ²⁵⁰, como podemos observar por la cantidad de intentos de golpe de Estado y por la violencia que se desataba con cada campaña electoral ²⁵¹. Los trabajadores de las clases medias urbanas, grandes beneficiados de la expansión estatal y de la concentración espacial del capital, tenían que involucrarse en esa dinámica, pues de no hacerlo corrían el peligro de verse excluidos de eventuales beneficios frente a otros competidores.

La integración de las clases medias en los partidos fue por ello una constante a lo largo de todo nuestro período, aunque sólo en los cuarentas aparece un partido que enarbola a la *clase media* como estandarte de la nación costarricense; cultivada en los treinta, la identidad política de *clase media* emergió en Costa Rica al calor de las reformas sociales de los cuarentas. Distintas fuentes afirman que a lo largo de esa década predominaron los opositoristas en los colegios y la Universidad, principales centros de formación de la clase media asalariada ²⁵². Esto era de esperar sobre todo en el caso del Liceo de Costa Rica, donde fueron profesores algunos de los principales ideólogos del CEPN ²⁵³. En sentido similar, *La hora*, periódico de oposición, afirmaba pocas semanas antes de la elección de 1948 que “todos los profesionales del país, médicos, abogados, ingenieros, farmacéuticos,

²⁵⁰ Por otro lado, “la primera mitad del siglo, por lo menos hasta 1942-43 (coyuntura de promulgación de las garantías sociales y el Código de Trabajo) se caracterizó por la insuficiencia de normas y mecanismos de conciliación que canalizaran el descontento social y las fricciones de clase y por la persistencia de un código normativo en el que las reglas de juego validadas resultaban desde todo punto de vista ambiguas e insuficientes”. Carlos Hernández Rodríguez, “Trabajadores, empresarios y Estado”, 56.

²⁵¹ De hecho, como acota Molina, “entre 1882 y 1948 hubo 26 rebeliones contra el gobierno, tres de las cuales lograron cambiar al ocupante del sillón presidencial”. *Demoperfectocracia*, 235.

²⁵² Sobre las protestas de los colegiales contra el gobierno calderonista, cfr. Cañas, *80 años*, 124-127. Sobre el apoyo de estudiantes de secundaria y universidad a la oposición como fiscales, cfr. “Historia completa de los crímenes caldero-comunistas, XLIII”, en *Diario de Costa Rica*, 8 de enero de 1948, 1. Sobre la Universidad de Costa Rica en el contexto de los conflictos de 1948, cfr. Patricia Fumero, “Se trata de una dictadura *sui generis*”. La Universidad de Costa Rica y la Guerra Civil de 1948”, *Anuario de estudios centroamericanos*, 23, 1-2 (1997), 115-142.

²⁵³ Entre ellos, Isaac Felipe Azofeifa y Carlos Monge Alfaro. Cfr. Eugenio Rodríguez Vega, *Cien momentos* (San José: EUNED, 2006), 95. Cfr. Oconitrillo, *Con perfume*, 169-178.

veterinarios, dentistas, etc. declaran, en vibrantes manifiestos, su adhesión al gran movimiento cívico”²⁵⁴.

“El movimiento se iniciaba en la clase media”, decía Rodríguez Vega sobre los miembros del Centro²⁵⁵: aunque habría que precisar que tal cosa se dio ante todo en las clases medias urbanas, habría también que extender esa afirmación al surgimiento de la insurrección dirigida por Figueres Ferrer y sus posteriores políticas gubernamentales. Al respecto, el investigador y político dominicano Juan Bosch indicaba que antes de 1948 “no había crédito para el desarrollo industrial; y sin ese desarrollo, ¿qué iba a ser de la mediana y pequeña clase media que se había formado en los últimos años y que había sido estimulada por el deseo de destacarse y ascender socialmente por la gran conmoción que había producido en el mundo la guerra de 1939-1945? [/] Todas las posibilidades de abrirse paso en Costa Rica se hallaban cerradas; bien por la oligarquía cafetalera, círculo cerrado al cual no podía entrar un joven que no fuera de su propio sector a menos que lo hiciera por el canal solitario del matrimonio; bien por la oligarquía comercial, que dominaba los créditos mercantiles en la banca; bien por la United Fruit, donde sólo se podían obtener posiciones secundarias como empleado. [...] La nueva clase media necesitaba un cambio en la dirección económica del país, porque si no, no había lugar para ella”²⁵⁶.

Una posición similar ha sido planteada por Schifter, según quien “para la nueva generación de intelectuales y profesionales de clase media [...], las posibilidades de desarrollo y movilidad social eran reducidas en una sociedad agraria con tan bajo nivel de industrialización, una creciente concentración de la tierra, una tímida iniciativa empresarial del gobierno, ineficiencia, corrupción y dependencia de un solo producto agrícola”²⁵⁷. Y según Jonas, “fue la creciente clase media, antes que las clases bajas, la que no estuvo

²⁵⁴ *La Hora*, 7 de enero de 1948, 3.

²⁵⁵ Según Rodríguez Vega, “los miembros del Centro, todos muy jóvenes, eran profesionales que empezaban sus actividades (abogados, ingenieros, farmacéuticos, agrónomos, profesores), y estudiantes de diversas carreras; conocí algunos obreros, pero ciertamente eran una minoría. El movimiento se iniciaba en la clase media, y no hay problema en reconocer que sus miembros no tenían antecedentes en las luchas sindicales, entonces monopolizadas por el Partido Comunista; mi familia era de clase media baja, en esos años en una dura situación económica. [...] Debo reconocer que otros miembros del Centro posiblemente vivían en condiciones de holgura económica”. Rodríguez Vega, *Por el camino*, 77.

²⁵⁶ Juan Bosch, *Costa Rica: interpretaciones históricas y geográficas*, (San José: Librería Francesa, 2006), 64-65.

²⁵⁷ Jacobo Schifter, *La fase oculta de la Guerra Civil en Costa Rica* (San José: EDUCA, 1981), 48.

representada durante los regímenes calderonistas”²⁵⁸, percepción que hemos visto apoyada por múltiples testimonios de la época²⁵⁹.

Particularmente la clase media asalariada, que creció gracias al desarrollo económico y espacial desigual bajo el régimen “liberal”, requería nuevas opciones laborales y de crédito, en un contexto en el cual ya circulaba la idea de que los títulos de secundaria y aún los universitarios se devaluaban por falta de demanda de esos trabajos²⁶⁰. El diagnóstico de los centristas de la necesidad de un cambio institucional que llevara a una nueva república se vio acuerpado por su alianza en 1945 con el partido Acción Demócrata de Figueres; juntos visualizaron que, dada su propia falta de caudal electoral, esa transición tendría que darse por medio de las armas²⁶¹.

Para entonces, las clases medias ascendentes en Costa Rica contaban con el ejemplo de algunos de sus homólogos latinoamericanos como referentes exitosos. En Cuba, la Revolución de 1933 que derrocó al dictador Machado, fue conducida por grupos de las clases medias urbanas, en especial por el movimiento estudiantil; de hecho, tanto el gobierno provisional como luego el presidente Ramón Grau San Martín eran cercanos a la dirigencia estudiantil²⁶². Algunos años antes, igualmente durante la coyuntura de la crisis económica capitalista mundial, las clases medias urbanas brasileñas lograron con la Revolución de 1930 una mayor apertura del aparato estatal para ellos, y una mayor injerencia en las políticas gubernamentales²⁶³.

Más cercanos espacial y temporalmente al contexto tico, los “paros cívicos” de 1944 en El Salvador y Guatemala fueron modelos para los grupos opuestos al gobierno de Picado, como indica Alberto Cañas sobre la llamada *Huelga de brazos caídos*²⁶⁴. En los tres casos se trató de movilizaciones “que consistieron esencialmente en el cierre de los establecimientos comerciales y las oficinas profesionales. [...] En la mayoría de los casos,

²⁵⁸ Susan Jonas Bodenheimer, *La ideología socialdemócrata en Costa Rica* (San José: EDUCA, 1984), 29.

²⁵⁹ Cfr. supra, 2.2.2. y 3.3.4.

²⁶⁰ Cfr. supra, 2.2.3.

²⁶¹ Cfr. Molina y Lehoucq, 183; David Díaz Arias, *Reforma sin alianza, discursos transformados, interés electoral, triunfos dudosos. La nueva interpretación histórica de la década de 1940* (San José: EUCR, 2003), 33-35

²⁶² Cfr. Marcin Kula, “Los estratos medios de la sociedad”, 1231.

²⁶³ Cfr. Robert Rowland, “Dependencia, oligarquía y clases medias en Brasil: notas para una interpretación de la Revolución de 1930”, en *Dependencia y estructura de clases en América Latina*, Enrique Anda et al. (Bs. Aires: La Aurora, 1975), 142.

²⁶⁴ Cañas, *Los ocho años*, 24. Cfr. supra, 2.3.

los principales participantes han sido estudiantes, profesionales, dueños de negocios y oficinistas, incluyendo a empleados del Estado. Los miembros de las clases altas por lo general han apoyado –y a veces hasta dirigido– los paros cívicos”²⁶⁵.

En particular, la animadversión de estos sectores medios urbanos en Costa Rica contra los gobiernos de Calderón Guardia y de Picado parece haber promovido, como en el caso argentino, la identificación de *clase media*. Así, entre 1944 y 1946 el gobierno de Perón promovió exitosamente tal ideologema, pero no fue su grupo político el que redituó políticamente de él, sino sus opositores, los cuales se apertrecharon tras esa identificación luego de 1946 para atacar a dicho gobierno²⁶⁶. En el caso argentino, según plantea Adamovsky, “el hecho más irritante para las clases 'decentes' fue sin duda que las jerarquías sociales tradicionales se vieron profundamente alteradas por efecto de ese componente plebeyo que aportaron al gobierno los seguidores de Perón. [...] ¿Qué fue lo que los motivó [a los sectores medios] a ser tan furiosamente antiperonistas? La respuesta está en el hecho de que, en realidad, no fueron sólo las jerarquías en el ámbito laboral las que se vieron alteradas: el vendaval del peronismo sacudió varios de los pilares que definían el lugar de cada cual en la sociedad”²⁶⁷.

En concordancia, podríamos plantear a modo de hipótesis, pues, que en Costa Rica como en Argentina, la percepción de una alianza entre el gobierno y la clase obrera, en el contexto de inicios de Guerra Fría, propició entre las clases medias urbanas la adopción de esa identidad, dándole cuerpo al ideologema *clase media* que circulaba desde hacía varios lustros pero sin haber generado hasta entonces una interpelación efectiva.

Epílogo

Según la recomendación del método genealógico de Michel Foucault, más que en mostrar la verdad de nuestro pasado, la labor del historiador consiste en hacer aparecer el pasado de nuestras verdades²⁶⁸. En este sentido, mostrar el campo de las luchas ideológicas

²⁶⁵ Parkman, 25. Cfr. también Torres Rivas, 166-176.

²⁶⁶ Cfr. Ezequiel Adamovsky, *Historia de la clase media argentina*, 245-250, 287-326.

²⁶⁷ *Ibid.*, 266. La hostilidad de las clases medias hacia las demás clases subalternas era un fenómeno mundial. En Europa occidental, “la pequeña propiedad necesitaba idéntica defensa que la gran propiedad frente al colectivismo y había que defender la superioridad del empleado administrativo de cualquier tipo de confusión frente al trabajador manual especializado, que podía conseguir unos ingresos similares”. Hobsbawm, *La era del imperio*, 99.

²⁶⁸ Cit. en: Ma. Susana Paponi, *Michel Foucault: historia, problematización del presente* (Bs. Aires: Biblos, 1996), 26.

y los actores –con sus intereses concretos– tras los discursos que materializaron esas ideologías en juego es condición necesaria para comprender esos discursos históricamente, esto es, en tanto que atravesados por los conflictos constituyentes de la sociedad, que las ideologías intentan contener simbólicamente.

Investigadores de la historia del lenguaje provenientes de distintas tradiciones teóricas, como Williams, Burke y Koselleck, coinciden en que, aunque la aparición de un nuevo término no indica el surgimiento de un nuevo fenómeno social, ciertamente el cambio lingüístico marca un cambio en las actitudes y percepciones respecto a él. Así, el lenguaje no *refleja* simplemente la historia, pero sus cambios ponen de manifiesto que hay importantes procesos sociales e históricos ocurriendo *dentro* de él ²⁶⁹.

En el caso que hemos investigado aquí, el de las formulaciones discursivas sobre la diferenciación social, hemos podido observar cómo, sin que el lenguaje esté determinado mecánicamente por factores económicos, la irrupción de una coyuntura de fuerte crisis económica llevó a la formulación de opciones frente a políticas e ideologías que habían quedado desfasadas por el mismo desarrollo del capitalismo costarricense. Pese a algunos desvaríos del giro lingüístico, no debe olvidarse que *la autonomía del lenguaje es relativa*; lo simbólico no debe tratarse como una realidad independiente de las demás relaciones sociales. Recordando de nuevo a Jameson, la historia no es otro texto, sino la causa ausente que pone en marcha los procesos de simbolización ²⁷⁰.

El lenguaje tiene sus temporalidades propias: puede anticipar –y eventualmente ayudar a producir– realidades todavía no existentes, así como referirse a formaciones sociales ya desaparecidas; del mismo modo puede apropiarse de términos surgidos en relaciones sociales de otros contextos espaciales, con los cuales coincidan o no temporalmente. De este modo, hemos visto que como ideologema y como significante, *clase media*, cuyo sentido provenía de actores sociales del extranjero, fue adaptado en cuanto a su sentido y funciones a las necesidades de ciertos actores sociales locales que plantearon nuevas alternativas respecto a las anteriores conceptualizaciones sobre diferenciación social en Costa Rica. Comunistas, socialistas y centristas sacaron partido de

²⁶⁹ Raymond Williams, *Keywords. A vocabulary of culture and society* (Nueva York: Oxford University Press, 1983), 21-22. Cfr. Reinhart Koselleck, *The practice of conceptual history. Timing history, spacing concepts* (Stanford: Stanford University Press, 2002), 36; Peter Burke, “Context in context”, *Common knowledge* 8 (2002), 154.

²⁷⁰ Cfr. Jameson, *Documentos de cultura*, 30.

las ideas de otras agrupaciones latinoamericanas, y en particular del APRA, para interpelar e incorporar en sus filas a unos sectores medios que recientemente aprendían a identificarse como grupos políticamente significativos. Hasta inicios de la década de los treinta, pluralidad contra dualidad era el conflicto básico en cuanto a las formulaciones sobre diferenciación social en el campo ideológico costarricense; a partir de la década de la Gran Depresión se agrega un nuevo contendiente: la sociedad ternaria ²⁷¹.

Al haber entrado la población costarricense muy tempranamente –ya desde los albores de su vida independiente– en el régimen moderno de temporalidad histórica, las ideologías en lucha por la hegemonía tuvieron que dar cuenta de cómo pretendían llevar al país hacia el progreso, reto al cual a partir de los años treinta respondieron distintos grupos sociales bajo las fórmulas de *reforma*, *revolución* y *restauración*. La sociedad ternaria respondía, por supuesto, a este último ideologema, tan caro a los centristas.

El ideologema de la medianía se cimentó en el siglo XIX y buena parte del XX sobre la existencia de un amplio campesinado. En este sentido, la mitología de la pequeña propiedad rural jugó un rol preponderante, en un contexto en el cual la acumulación de capital en el Valle Central –horizonte del imaginario espacial de la Costa Rica de antaño– se fundamentaba en la explotación de la producción mercantil simple del café. De este modo, la necesidad se convirtió en virtud: la búsqueda de acumulación de capitales dentro de las condiciones de la fuerza laboral del país propició el concepto de medianía a través de la figura del pequeño propietario rural.

La crisis de la hegemonía anterior a 1929 generó la necesidad de que los diferentes sectores y clases sociales, de modo no necesariamente consciente, reformularan en Costa Rica sus esquemas respecto a la diferenciación social y las relaciones entre clases sociales. Visto de este modo, *clase media* es un ideologema que encubre la desposesión del campesinado de este país, y su movilidad hacia el trabajo asalariado. En Costa Rica –como más allá de ella– la depresión aceleró la concentración de la propiedad, generó desempleo y propició a lo largo del decenio el avance del proceso de asalarización; empero, en esta coyuntura no sólo los pequeños y medianos propietarios rurales se hallaron en una situación

²⁷¹ En este sentido, nuestras consideraciones a lo largo de este capítulo nos permiten avalar la argumentación de Pierre Vilar contra perspectivas como las de Dumézil y Benveniste, que plantean la *tripartición funcional* como una constante estructural ahistórica Cfr. Pierre Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico* (Barcelona: Crítica, 1982), 110-116.

crítica, sino también los sectores medios urbanos vieron decaer significativamente su nivel de vida ²⁷².

De allí que esas clases medias urbanas, que anteriormente no habían tenido necesidad de distanciarse de las clases más subalternas por criterios raciales, buscaron reivindicar su *distinción* al sentir que sus condiciones de vida y *status* social se encontraban en peligro. La influencia de estos grupos en la prensa a través de la producción y circulación de discursos en ella les permitió difundir su versión acerca de sí mismos como una clase social particular, legitimada por la medianía antes atribuida en exclusiva a los pequeños propietarios. Aunque los partidos de izquierda en los treinta reconocieron a la *clase media* y se apropiaron discursivamente de ella, fueron los jóvenes del Centro quienes lograron difundir una concepción propiamente ternaria de la sociedad, en la cual *clase media* aparece como ideologema que permite suturar imaginariamente la herida social abierta por la radicalización de la lucha de clases. *Surge precisamente cuando más se han acelerado los procesos de asalarización y de precarización de la pequeña propiedad*, reconfigurando un progreso “a la tica” en el cual las soluciones a los problemas sociales no pasan por la transformación radical, sino por una nivelación a largo plazo a través de reformas tecnocráticas.

Así, *clase media* se convirtió en un ideologema políticamente relevante al formar parte de una concepción de la sociedad que competía, ante todo, con el esquema dualista y antagónico del Partido Comunista. Pero los *centristas* –recalcamos la connotación de este término, tan cercano al de la medianía– no sólo se identificaron con una tercera clase que mantenía el equilibrio social –un lugar común desde Aristóteles–, sino que se encontraron a sí mismos retrospectivamente en la historia costarricense: los labrantines habrían sido, por así decirlo, sus antepasados sociológicos, los precursores de la medianía costarricense que la *clase media* del siglo XX habría pasado a representar. Carlos Monge y Rodrigo Facio retomaron y fundamentaron el mito del pasado igualitario –un producto, consideramos, de la ansiedad colectiva frente a la crisis estructural de la pequeña propiedad rural–, y lo interpretaron como el origen al que habría que retornar.

Con esta lectura de la historia costarricense, los centristas inventaron su propio linaje, pero además su futuro. En el horizonte utópico de estos autores, la medianía rural se

²⁷² Cfr. *supra*, 1.2.1.

expandiría hacia la ciudad: la base de la nacionalidad costarricense ya no sería la pequeña propiedad, sino más en general la *clase media*. Así, la adopción de la medianía por las clases medias urbanas, bajo el concepto de *clase media*, neutralizó las posibilidades contestatarias de esta ideología que exaltaba al campesinado e invisibilizó la crisis de la producción mercantil simple en el campo.

El análisis de los actores enunciantes de las distintas narraciones que hemos visto a lo largo de este texto nos muestra claramente cómo ha funcionado a lo largo de nuestro período de estudio cierta *política de la forma poética*²⁷³. No es casual que los comunistas – antes de su alianza con el calderonismo –, los socialistas y en general la prensa obrera adoptaran predominantemente la forma narrativa trágica –que es inherentemente dualista, escindida– para describir la estructura social costarricense, mientras que desde sectores más favorecidos en la jerarquía de la época se tendiera más bien a simbolizar la sociedad como un orden donde la armonía es la tendencia principal, de la cual se parte y a la cual se retorna después de sortear ciertas dificultades²⁷⁴: tal como la caracterizábamos en páginas atrás, es una trama cómica.

Las divergencias en cuanto a las narraciones de los ideólogos comunistas y los centristas sobre la diferenciación social y sobre la propia *clase media* tenían el trasfondo – como indicábamos en el capítulo anterior²⁷⁵– de experiencias de vida bien distintas en el seno de las clases medias, aún cuando predominantemente eran ambos urbanos y existían coincidencias socio-ocupacionales entre ambos grupos. El mundo de los maestros y abogados que recién ascendían socialmente de familias campesinas y artesanas difería notablemente respecto al de los profesores y abogados cuyas familias inmediatas habían vivido la movilidad social descendente. La niñez y juventud de Alberto Cañas, por caso, nos muestran al hijo de un empleado de gobierno que, sin embargo, se codeaba con las

²⁷³ Los actores sociales son quienes le dan sentido a las formas discursivas, recurriendo a la historia de esas formas. En este sentido, el acento sobre esta política de la forma poética no ha de recaer, como lo hace H. White, en la forma, sino en las condiciones de los enunciantes. Sobre este aspecto, cfr. Fredric Jameson, *The ideologies of theory. Volume 1: situations of theory* (Minneapolis: University of Minnesota, 1989), 153-165.

²⁷⁴ La dinámica de esta formulación diferenciada nos recuerda el clásico caso de la simbolización espacial de los grupos indígenas winnebago estudiados por Levi-Strauss: mientras que el grupo dominante percibe su aldea como circular, el grupo subalterno la percibe como dos espacios separados por una frontera invisible. Cfr. Claude Lévi-Strauss, *Antropología estructural* (Bs. Aires: EUDEBA, 1976), 119-146. Refiriéndose a este caso, Žižek plantea que lo Real no radica en ninguna de las dos perspectivas, ni en una disposición “objetiva” de las casas de la aldea, sino en el núcleo traumático que esos habitantes no pudieron simbolizar, un desequilibrio fundamental en las relaciones sociales de su aldea. Cfr. Žižek, *El espectro*, 36-37. Este núcleo es por supuesto, el proceso de la lucha de clases.

²⁷⁵ Cfr. supra, 2.2.3.

familias opulentas de la época, compartiendo con ellas, debido a su cercanía de parentesco, espacios y vivencias ²⁷⁶.

Si a esto le añadimos la consideración que de sí mismos tenían los pequeños y medianos productores de café –a quienes tanto comunistas como centristas estimaban parte de la clase media– como un sector aparte, se disipa la imagen de consistencia que algunos sectores políticos durante los treinta y cuarenta le otorgaron a la *clase media*. Los distintos referentes sociales para los sectores medios, así como las diferenciadas simbolizaciones que generaron para explicar a la sociedad y a sí mismos, dan cuenta de que en ese momento no todos esos sectores concebían una sola *clase media* con intereses comunes.

A lo largo de las seis décadas que hemos analizado en este capítulo, podemos observar cambios importantes en la identidad de los sectores medios, hasta llegar a identificarse como clase social. Remitiéndonos a la intelectualidad de antaño, encontramos a un Carlos Gagini que identificaba a su gremio profesoral con los intereses de la burguesía de la época; a un García Monge, una generación después, que identificaba los intereses de estos intelectuales con los de la clase obrera; y posteriormente a un Rodrigo Facio que pensaba a los intelectuales costarricenses entre los que él se encontraba como parte de la *clase media*.

De este modo, aunque socialistas y comunistas apostaron en los treinta a integrar a la *clase media* en sus proyectos políticos, durante la década siguiente la tendencia de estos sectores, sobre todo los urbanos, fue hacia formas de reafirmar sus lugares en el propio sistema capitalista. Ese es el contexto de la consolidación del ideograma de *clase media*; su éxito como interpelación ideológica –como producción de identidad– va de la mano con la aparición de nuevas posibilidades para los emergentes entre estos sectores.

Y con ello, el concepto de *clase media* de socialistas y comunistas había perdido ya en los cuarenta la lucha ideológica contra el de los centristas.

²⁷⁶ Cfr. Cañas, *80 años no es nada*, 1-42.

Conclusiones: ¿consciencia de clase sin clase?

*Hay dos grupos, dos categorías de individuos,
dos ejércitos enfrentados. Y tras los olvidos, las ilusiones
y las mentiras que tratan de hacernos creer, justamente,
que hay un orden ternario, una pirámide de subordinaciones
o un organismo, tras esas mentiras que intentan que creamos
que el cuerpo social está gobernado sea por unas necesidades
de naturaleza sea por unas exigencias funcionales, hay que
reencontrar la guerra que prosigue, con sus azares y peripecias.
Hay que reencontrar la guerra.
Michel Foucault, *Defender la sociedad*.*

*Lo veremos luchando sin la avidez mortal del rico
ni el rencor del pobre
Isaac Felipe Azofeifa, *Cima del gozo*, 1974.*

La profunda incidencia de las clases medias en Costa Rica después de 1950 y hasta los ochentas ha sido bien documentada ¹, si bien a menudo mitificada, una tentación a la cual estas clases han sido especialmente propensas a partir de los cambios socio-económicos que llegaron con los Programas de Ajuste Estructural ². La sociedad en la cual surgieron y se desarrollaron esas clases medias, empero, tuvo poco que ver para la mayoría de la población con una edad de oro; el hecho de que hoy algunos sectores sociales del país añoren la movilidad social ascendente promovida por ese modelo nos dice mucho sobre la precariedad de las actuales condiciones socio-económicas de Costa Rica, así como de las expectativas que genera ³.

Las clases medias que formaron la base social del modelo imperante tras la Guerra Civil de 1948, surgieron de un desarrollo desigual y combinado que concentró los excedentes generados por el agro en los centros urbanos –ante todo, y por mucho, en San José– y en menor medida, aunque en mayor cantidad, en los semiurbanos; en estos tipos de espacios florecieron los trabajadores de servicios y los pequeños propietarios. A la vez, en

¹ Entre otros, cfr. Jorge Rovira Mas, *Estado y política económica en Costa Rica, 1948-1970* (San José: EUCR, 2000); Jorge R. Segura, *Contribution a l'étude*; Carlos Castro Valverde, *Estado y sectores medios en Costa Rica: redimensionamiento de un pacto social* (San José: FLACSO, 1995); Allen Cordero Ulate, “Clases medias y movimientos sociales en Costa Rica”. *Revista de Ciencias Sociales*, no. 109-110 (2005).

² José Luis Vega Carballo, *Pobreza y coyuntura social en Costa Rica en la época de los PAEs* (Heredia: Fundación Friedrich Ebert, 1992).

³ Cfr. George I. García, “Esto no es una elegía. Poética y economía de la *clase media* costarricense en el siglo XX”, *Revista Diálogos*, vol. 10, no. 2 (setiembre de 2009-febrero de 2010), 1-18.

este proceso los problemas de repartición de herencias y la tendencia a la concentración de inmuebles confluyeron en la pauperización de los productores rurales independientes – sectores de una clase media en crisis–, quienes engrosaron las filas del proletariado rural y urbano. La producción mercantil simple y el empleo a pequeña escala eran así consumidos por el modo de producción capitalista que las había potenciado, y al cual ya desde la segunda mitad del siglo XIX se encontraban subordinados.

En particular, los pequeños y medianos productores cafetaleros –pequeña burguesía y pequeños empleadores rurales– padecieron de una inestabilidad estructural, al hallarse sujetos a la burguesía que acaparaba el crédito y el procesamiento del fruto amargo. En consecuencia, estos sectores fueron muy activos en la reivindicación de sus derechos, fundando no sólo múltiples asociaciones sino además discursos sobre la nacionalidad costarricense, en los que ellos, previsiblemente, eran los agentes protagónicos del progreso del país. A la larga, esas clases medias rurales y semiurbanas, que tenían clara la amenaza de la proletarización creciente, prefirieron aliarse con el proyecto político de las clases medias urbanas antes que con el caldero-comunismo de los cuarentas.

Las ventajas del modelo agroexportador –a pesar del determinante peso que para él tenían los precios internacionales del café y el banano– fueron vividas más directamente en las ciudades, merced a la construcción de infraestructura educativa y de servicios, a partir de los cuales las clases populares urbanas tuvieron mejores posibilidades de ascenso socio-económico. Las clases medias surgidas en los centros urbanos y semiurbanos, predominantemente orientadas a dinamizar los circuitos secundario y terciario de acumulación de capital, lograron jugar de este modo un papel central, directa o indirectamente potenciados por un Estado cuya estrategia de contención de los conflictos sociales se orientó principalmente hacia la creación de instituciones destinadas a mantener el orden social.

Este engrosamiento de la cantidad de funcionarios encargados de consolidar el proyecto hegemónico, logró en buena medida integrar en él a las clases populares, al mismo tiempo que produjo una cultura política clientelar y verticalista cuyas tensiones estallaban periódicamente, al compás de la dinámica electoral. A diferencia de lo que sucedía en otros

países latinoamericanos ⁴, en Costa Rica, a falta de una industria pujante, el Estado promovió a los sectores de las clases medias que requería para su mejor funcionamiento.

A lo largo de nuestro período, dichas clases fueron consolidándose mediante la movilidad social, principalmente debido a las condiciones favorables que el crecimiento urbano le brindó a los jóvenes de la clase obrera citadina. El crecimiento de la pequeña burguesía dedicada al comercio fue uno de los medios de esa movilidad social ascendente, pero fue ante todo la educación formal, y especialmente la secundaria, la que promovió a esos hijos e hijas de la *plebe urbana* hacia la respetabilidad propia de las clases medias. Esto se traducía en el acceso tanto a empleos –creciente, aunque aún insuficientemente abiertos a las muchachas– como a los mercados matrimoniales y redes de parentela propios de esa condición social.

Además, la mejor situación de clase se traducía en familias más grandes. En promedio, en 1927 las familias de los campesinos propietarios eran notablemente grandes, con un miembro más que las de los peones agrícolas (6,19 y 4,85 respectivamente); de modo similar, en ese mismo año las familias de clase media asalariada contaban prácticamente un miembro más que las de obreros (5,66 y 4,69) ⁵. Pero, mientras que las familias de los campesinos propietarios tenían una mayor cantidad de esposas e hijos, las de la clase media asalariada eran más diversas, con una mayor cantidad de hermanos, cuñados y padres o suegros, además de la importante presencia de las servidoras domésticas. Del mismo modo, hemos notado que con los procesos de asalarización el promedio de tamaño de las familias fue en declive, tendencia que entre los censos de 1927 y 1950 fue revertida por las nuevas tendencias en salubridad pública que a nivel mundial llevaron a la explosión demográfica de mediados de siglo.

Por otro lado, el ascenso social hacia las clases medias, que muchas veces era más simbólico que económico, tenía costos. Por una parte, sus miembros –y ante todo las mujeres– debían ser particularmente observantes de la moralidad hegemónica; por otra, debían dedicar un porcentaje importante de sus recursos económicos a mostrar una notable capacidad adquisitiva y cercanía cultural con la burguesía, tratando de opacar sus vínculos

⁴ Cfr. Johnson; Barr-Melej; Owensby.

⁵ Cfr. supra, cuadro 2.5.

con las clases más populares. Paulatinamente, las clases medias fueron generando espacios de sociabilidad propios, en especial en San José, donde se desarrolló más marcadamente la diferenciación de las clases medias: los clubes sociales, por ejemplo, fueron de gran importancia en este sentido. A su vez, en los espacios multclasistas los hábitos de clases medias urbanas y semiurbanas se distinguían por sus objetos y vestimentas, muy similares a las de los ricos, a quienes aspiraban a asemejarse.

Los signos de modernidad formaban parte esencial de la cotidianidad de esas clases medias urbanas y semiurbanas. La influencia de las colonias extranjeras, las cuales nutrieron las filas de las clases medias costarricenses, fue muy importante para establecer las aspiraciones de distinción, en un medio donde el *progreso*, identificado con el desarrollo social y cultural europeo o estadounidense, era un ideal prácticamente incuestionado. Al mismo tiempo, la invisibilización de la población costarricense de origen no europeo hizo que el factor de la *raza* no jugara un papel importante en la identificación de esas clases; simplemente se daba por descontado que las personas de clases medias fueran *blancos*, al igual que cualquier artesano, campesino o jornalero tico.

Por otro lado, para tales clases medias mantener su *status* era proporcionalmente más oneroso que para burgueses, campesinos u obreros, como reiteraron diversos testimonios. El acceso a determinados objetos, espacios y educación –muchos de ellos comunes con la burguesía– cumplía una función de compensación simbólica ante las dificultades económicas que amenazaban con desdibujar sus límites con la clase de obreros y artesanos empobrecidos.

Los vaivenes de la economía-mundo capitalista, por supuesto, fueron decisivos en los destinos de las clases medias de este país periférico, geopolítica y económicamente subordinado. Del mismo modo como sucedía en el resto de Latinoamérica y en los países metropolitanos, en Costa Rica las clases medias urbanas en crecimiento sintieron las consecuencias de la crisis de 1929, y su percepción de su propia situación condicionó el surgimiento de discursos que la reivindicaban en proyectos contestatarios: durante los treinta, el Partido Comunista y el Socialista interpellaron a esas clases para que se unieran con obreros y campesinos en la lucha contra la burguesía y el imperialismo.

Sin embargo, las resonancias de las políticas económicas tipo *New deal* parecen haber resultado más seductoras para las clases medias –incluidas las rurales– hacia los cuarentas. Los comunistas no lograron sumar a sus filas significativamente al campesinado, y para entonces ya daban por perdidas a las clases medias urbanas. El Centro para el Estudio de Problemas Nacionales emergió como vanguardia de la *clase media*, formulando una ideología en la que ella aparecía como garante de la estabilidad de la nación en un capitalismo regulado.

Desde finales del XIX los miembros de clases medias habían sido sumamente activos en asociaciones mutualistas y organizaciones de trabajadores, a menudo ocupando en ellas posiciones de liderazgo. Su demarcación respecto a la clase obrera, sin embargo, fue más bien lenta, y en ello fueron los pequeños y medianos productores quienes llevaron la iniciativa. En cuanto a las profesiones, incluso los docentes, el sector más grande de la creciente clase media asalariada, sólo pudo consolidar un sindicato en los años cuarentas, y tras haber sufrido reiteradas persecuciones de parte del gobierno de León Cortés.

Hacia finales de esa década, las clases medias que habían crecido y adquirido relevancia gracias al modelo agroexportador “liberal” estaban, sobre todo en la capital, nutridas e identificadas suficientemente como para optar por potenciar su lugar en la vida nacional. Las funciones de las clases medias como intermediarias –esto es, recalquemos de nuevo, como agentes activos– en la producción de hegemonía tendían a generarles identificación con el proyecto oligárquico, dentro del cual, a pesar de su fragilidad económica, innegablemente gozaban de distinción por el acceso a servicios y bienes de consumo tanto como por sus valores y nivel educativo. Con pocas excepciones en su seno, no quisieron renunciar a tal distinción; sin embargo, llegado el momento la pujante clase media asalariada en particular buscó una mayor incidencia política, basándose para ello en discursos según los cuales su formación educativa convertía a sus miembros en los inevitables agentes de la nueva tecnocracia.

Para los postuladores de esa ideología, el equilibrio –derivado del muypreciado ideologema de la medianía, del cual lograron apropiarse– aseguraría el progreso para la nación costarricense: si bien la *clase media* costarricense buscó su poesía en el pasado, en el legado de los labrantines, ese pasado se actualizaría bajo las formas de la más reciente

modernidad tecnológica y cultural ⁶. Las clases medias terminaron la primera mitad del siglo pasado consolidando una identificación como clase social unitaria a partir de su condición común de lugares contradictorios de clase: la *clase media* emerge para mediar ideológica y políticamente en el conflicto entre trabajo y capital, y la administración del Estado fue la principal estrategia utilizada para tal fin.

Según esa ideología, la *clase media* era el vehículo para evitar la violencia de la lucha de clases. Sin embargo, las clases que en rigor la componían no se hallaban al margen de la conflictividad estructural; si bien mediaban entre la fuerza de trabajo y el capital, su posición no podía ser imparcial. La identificación de *clase media* implicaba una distinción basada en condiciones económicas que excluían al grueso de la población; en esa medida, el mantenimiento de ese *status* se fundaba en una violencia estructural que se traducía en violencia simbólica, y que a menudo generaba actos de violencia observable –*subjetiva*, según el concepto de Žižek–.

Con todo, a partir de los cincuentas, la intelectualidad hegemónica costarricense reafirmó una vez tras otra que la clase media era mayoría en Costa Rica, y para la década de 1980, la identidad nacional costarricense se fundamentaba en gran medida sobre ese supuesto predominio numérico. Del mismo modo, desde la ideología entonces imperante el labriego sencillo había pasado a ser el precursor de una *clase media* que garantizaba la igualdad y la estabilidad en la patria del tico, pero ya no era el protagonista de esa narrativa. En cuanto a esto último ciertamente tenían roda la razón.

La Costa Rica del período posterior a 1949, bautizada por el figuerismo como *Segunda República*, experimentó hasta fines de los años setentas una serie de políticas económicas que potenciaron a las clases medias que habían asumido la oposición a la alianza entre calderonistas y comunistas. Como indica Vega Carballo, “la política económico-social del figuerismo obedeció [...] a los principios de una estrategia desarrollista que *pretendía* lograr la armonización de los intereses clasistas; re-ajustar el sistema agro-exportador tradicional promoviendo la industrialización; aumentar la producción como premisa para lograr mayor justicia social sin generalizar la pobreza; y

⁶ Cfr. Eugenia Zavaleta, *Los inicios del arte abstracto en Costa Rica, 1958-1971* (San José: Museo de Arte Costarricense, 1994).

convertir a la inversión del sector público en motor de desarrollo. Se trataba de alcanzar, sin sacrificar la riqueza acumulada, sin violencia y en un clima de legalidad, un modelo más avanzado de sociedad de tipo agrícola e industrial”⁷.

La coyuntura de crecimiento económico mundial favoreció al modelo de la socialdemocracia *a la tica*; y en especial lo hicieron los altos precios del café y del banano, así como la aplicación de tecnologías para el cultivo intensivo de esos frutos, los cuales así multiplicaron su producción⁸. Los grandes beneficiados del hegemónico modelo liberacionista fueron los empresarios que invirtieron en la diversificación productiva, un “empresariado político” que provenía especialmente de las clases medias, y que tras la nacionalización bancaria tenían acceso al crédito gracias a sus vínculos con el Partido Liberación Nacional⁹.

Al mismo tiempo, la clase media asalariada creció aceleradamente, siguiendo una dinámica muy similar a la que veíamos en nuestro período de estudio. En particular, el Estado se convirtió en un empleador cada vez más importante: entre 1950 y 1980 porcentaje del empleo en el sector público se triplicó, llegando en ese último año al 18,5% de la fuerza de trabajo nacional¹⁰. Esta expansión del empleo a través del Estado, más la política de salarios crecientes, fue la base de los “años dorados de la clase media” costarricense: la movilidad social hacia la *clase media* no era promovida por ese modelo a través de la pequeña propiedad¹¹.

Pero tampoco las tendencias del campesinado cambiaron radicalmente. En 1950 la mayoría de quienes trabajaban en el campo lo hacían por cuenta propia —eran campesinos—, mientras que el censo de población de 1984 mostraba más de 55% de asalariados en el agro; en ese período, como dice Sojo, “los pobres adquirieron un marcado acento rural, mientras

⁷ Vega Carballo, 350.

⁸ Cfr. Iván Molina y Steven Palmer, *Costa Rica del siglo XX al XXI*, 18.

⁹ Cfr. Vega Carballo, *Hacia una interpretación*, 368.

¹⁰ Cfr. Carlos Castro Valverde, *Estado y sectores medios en Costa Rica: redimensionamiento de un pacto social* (San José: FLACSO, 1995), 17.

¹¹ Cfr. Rovira Mas, 86-87.

la clase media se vistió de cuello blanco acompañada de unos pocos obreros industriales que no alcanzaron a representar más que un puesto de trabajo entre cada 6”¹².

El tema de la reforma agraria era visto con sumo recelo por parte de los socialdemócratas costarricenses; en las filas del Partido Liberación Nacional el propio José Figueres consideraba que el “distribucionismo”, si bien podía ser “socialmente” necesario, era económicamente ineficiente. De allí que la banca recientemente nacionalizada priorizara el crédito para las actividades agroexportadoras, ya de por sí en pocas manos¹³. Los agricultores para el mercado interno fueron los principales perdedores, y el precarismo florecía como respuesta a la crisis de la producción mercantil simple en el agro¹⁴.

Evidentemente, las nuevas políticas económicas no se orientaron contra el desarrollo desigual y combinado, sino que lo reorientaron para beneficiar a sectores antes no hegemónicos de la burguesía y a las clases medias urbanas y semiurbanas. Según Rovira, “lo esencial –el punto históricamente determinativo del grupo liberacionista encabezado por Figueres–, analizado sin ambages, es su política económica estructuradamente para diversificar la producción, fortalecer otros sectores y ramas de la economía e ir creando así nuevos grupos burgueses. Alrededor de esto es que gira todo lo demás”¹⁵. Como afirma Mandel, “la 'planeación' neocapitalista no significa planear en favor de un crecimiento armonioso, ni en el 'interés de la nación', sino en favor de la racionalización de las inversiones de los oligopolios en defensa *de la ganancia privada*”¹⁶.

Así, la consolidación de la identificación de *clase media* en Costa Rica se basó ante todo en el crecimiento de la clase media asalariada, y en menor medida en el de la pequeña propiedad urbana y semiurbana. En cuanto al campesinado, los mayores beneficiados con los cambios posteriores a la guerra civil fueron los pequeños y medianos productores –en su mayoría anticomunistas y anticalderonistas– radicados en las cabeceras de cantón¹⁷. Estos productores fueron aliados fieles del liberacionismo. Pero su suerte no acompañó a todo el

¹² Cfr. Carlos Sojo, *Igualitarios. La construcción social de la desigualdad en Costa Rica* (San José: PNUD, 2010), 75.

¹³ Cfr. Manuel Solís, *Costa Rica: ¿reformismo...*, 330-333.

¹⁴ Cfr. Molina y Palmer, *Costa Rica*, 31.

¹⁵ Rovira Mas, 69.

¹⁶ Ernest Mandel, *Ensayos sobre el neocapitalismo* (México: ERA, 1974), 24.

¹⁷ Cfr. Solís, *Costa Rica: ¿reformismo...*, 324.

campesinado. A pesar de la legislación en favor de las cooperativas, la movilidad social no fue fomentada a través de la propiedad agraria; el auge de la *clase media* costarricense no cobijó a todas las clases medias del país.

De allí que, desde nuestra perspectiva, no cabe hablar de una consciencia de *clase media*, ya no solamente por criterios teóricos, sino por el mismo desarrollo histórico de las clases que supuestamente la habrían compuesto. Si bien en toda clase social hay diversidad entre sus componentes, en la *clase media* de Costa Rica –y consideramos que esta consideración puede generalizarse a cualquier formación económico-social donde impera el capitalismo– esos componentes no han tenido intereses necesariamente coincidentes, sino que, por el contrario, a menudo han tenido intereses contradictorios entre sí. En este sentido, aunque, tal como afirma E.P. Thompson, el célebre autor de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, “la clase y la consciencia de clase son siempre las últimas, no las primeras, fases del proceso real histórico”¹⁸, el surgimiento de la identificación de *clase media* marcó en Costa Rica un modelo en el cual se fomentó el trabajo asalariado, mientras que la pequeña y la mediana propiedad jugaron un papel subordinado. Cabría hablar, más bien, de ciertas clases medias –y de sectores específicos de clases medias– beneficiadas por el modelo neocapitalista, en detrimento de otras clases medias y del proletariado tanto rural como urbano. El ideologema *clase media* encubre, pues, la conflictividad social desde la cual fue producido.

En todo caso, la *clase media* que exitosamente inventaron los ideólogos del Centro para el Estudio de Problemas Nacionales a inicios de la década de 1940 llegó a generar una identificación –a veces tensa– entre grupos tan distintos como campesinos, burócratas y pulperos. Las expectativas de equidad y bienestar abiertas por ese concepto siguen teniendo hoy en día consecuencias en la vida política de la Costa Rica integrada –como siempre, del lado desventajoso de la asimetría– en el actual mercado globalizado.

Pero esa ya es otra historia.

¹⁸ Edward P. Thompson, *Tradición, revuelta y consciencia de clase* (Barcelona: Crítica, 1984), 37.

Bibliografía:

AA.VV. *Autobiografías campesinas. 5 tomos* (Heredia: EUNA, 1982).

Abarca Vásquez, Carlos. *Siglo y medio de identidades palmareñas* (Alajuela: Carlos A. Abarca Vásquez, 1999).

Acuña, Ma. de los Ángeles, *La sociedad colonial: el mestizaje en la ciudad de Cartago* (San José: Cátedra de Historia de las Instituciones, 1993).

Acuña Ortega, Víctor Hugo. “Tiempo histórico y ciencias sociales en Centroamérica en la segunda mitad del siglo XX”, *Revista centroamericana de ciencias sociales* 1, no. 1 (julio 2004).

Acuña Ortega, Víctor Hugo. “Historia del vocabulario político en Costa Rica: Estado, república, nación y democracia (1821-1949)” en comps. Jean Piel y Arturo Taracena, *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica* (San José: EUCR, 1995).

Acuña Ortega, Víctor Hugo. “Nación y clase obrera en Centroamérica durante la época liberal (1870-1930)” en Steven Palmer e Iván Molina, *El paso del cometa. Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800/1950)* (San José: Porvenir, 1994),

Acuña Ortega, Víctor Hugo. “The formation of the urban middle sectors in El Salvador, 1910-1944” en *Landscapes of struggle. Politics, society and community in El Salvador*, en eds. Aldo Lauria-Santiago y Leigh Binford (Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2004).

Acuña Ortega, Víctor Hugo. ”La ideología de los pequeños y medianos productores cafetaleros costarricenses (1900-1961)”, *Revista de historia* 16 (julio-diciembre, 1987).

Acuña Ortega, Víctor Hugo. “La invención de la diferencia costarricense, 1810-1870” en *Revista de historia* (Costa Rica) 45 (enero-junio 2002).

Acuña Ortega, Víctor Hugo. “Clases sociales y conflicto social en la economía cafetalera costarricense: productores contra beneficiadores, 1932-1936”, en *Revista de Historia* (Costa Rica) Especial (1985).

Acuña Ortega, Víctor Hugo. “Patrones del conflicto social en la economía cafetalera costarricense (1900-1948)”, en *Revista de ciencias sociales* (Costa Rica) 31 (1986).

Acuña Ortega, Víctor Hugo. “The formation of the urban middle sectors in El Salvador, 1910-1944”, en Aldo Lauria-Santiago y Leigh Binford (eds.). *Landscapes of struggle. Politics, society and community in El Salvador*. (Pittsburgh: University off Pittsburgh Press, 2004).

Acuña Ortega, Víctor Hugo. *Los orígenes de la clase obrera en Costa Rica: las huelgas de 1920 por la jornada de ocho horas* (San José: CENAP-CEPAS, 1986),

Acuña Ortega, Víctor Hugo. *La Huelga bananera de 1934* (San José: CENAP-CEPAS, 1984).

Acuña Ortega, Víctor Hugo. “Clases subalternas y movimientos sociales en Centroamérica (1870-1930)” en *Historia general de Centroamérica. Tomo 4. Las repúblicas agroexportadoras*, ed. Víctor Hugo Acuña (Madrid: FLACSO-Sociedad Estatal Quinto Centenario, 1993).

Acuña Ortega, Víctor Hugo. *La ideología de los pequeños y medianos productores cafetaleros costarricenses (1900-1961)*, *Revista de historia. UCR-UNA* (Costa Rica) 16 (julio-diciembre 1987).

Acuña Ortega, Víctor Hugo e Iván Molina. *Historia económica y social de Costa Rica (1750-1950)* (San José: Porvenir, 1991).

Adamovsky, Ezequiel. *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003* (Bs. Aires: Planeta, 2009).

Aguilar H., Marielos. *Clase trabajadora y organización sindical en Costa Rica, 1943-1971* (San José: Porvenir, 1989).

Altezor, Carlos. *Arquitectura urbana en Costa Rica. Exploración histórica 1900-1950* (Cartago: Ed. Tecnológica, 1986),

Althusser, Louis. *La filosofía como arma de la revolución* (México: Siglo XXI, 1989).

Althusser, Louis y Étienne Balibar. *Para leer El Capital* (México: Siglo XXI, 1981).

Alvarenga, Patricia. “Comunidades y agentes del Estado en la construcción de formas cotidianas de negociación. Costa Rica, 1850-1914”, *Revista de Historia* (Costa Rica) 49-50 (Enero-diciembre 2004).

Amin, Samir, *El desarrollo desigual. Ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico* (Barcelona: Fontanella, 1978).

Amighetti, Francisco. *Francisco en Costa Rica* (San José: ECR, 1972).

Araya Pochet, Carlos. “La Universidad de Costa Rica: rasgos de su evolución histórica, 1940-1972”, en *Historia de la educación superior en Costa Rica* (San José: CIHAC, 1991) 128-129.

Arrighi, Giovanni. *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época* (Madrid: Akal, 1999).

Avendaño, Isabel y Guillermo Carvajal. “De la carreta al automóvil. El transporte y su impacto en la estructura urbana de San José, Costa Rica”, en *Geoismo* VII y VIII, no. 1 y 2, (1994-1995).

Azofeifa, Isaac F. *El viejo liceo. La democracia como consecuencia de la Educación Pública* (San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1973).

Azofeifa, Isaac F. “Para verdades el tiempo. Testimonios sobre la fundación de la Universidad de Costa Rica, 1935-1940”, en *Historia de la educación superior* (San José: CIHAC, 1991).

Barahona, Macarena. *Las sufragistas de Costa Rica* (San José: EUCR, 1994)

Barahona Streber, Oscar. *Memorias y opiniones*, (San José: EDITORAMA, 1996)

Barr-Melej, Patrick. *Reforming Chile. Cultural Politics, nationalism, and the rise of the middle class* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2001).

Barthes, Roland. *Mitologías* (México: Siglo XXI, 1997).

Bajtín, Mijaíl M. *Estética de la creación verbal* (Bs. Aires: Siglo XXI, 2005).

Baker, James. *La Iglesia y el sindicalismo en Costa Rica* (San José: ECR, 1975).

Denis Baranger. “Clases medias y pequeñas burguesías” *Revista mexicana de sociología* XLII, 4. Octubre-diciembre 1980.

Barrantes, Emmanuel. “Las 'hojas volantes' o cartas públicas”, *Revista de historia* (Costa Rica) 48 (julio-diciembre 2003).

Barrantes, Emmanuel *et al.* “Las subsistencias en una coyuntura de crisis, Costa Rica 1914-1920”(Memoria de Seminario de Graduación, Escuela de Historia / Escuela de Antropología y Sociología. San José: UCR, 2002).

Barrantes, Emmanuel *et al.* “Costo y condiciones de vida: la canasta de subsistencias en Costa Rica, 1914-1920”, en *Pobreza e historia en Costa Rica*, ed. Ronny Viales.

Barrantes Alvarado, Miguel *et al.* “La educación costarricense en el período liberal; Liceo de Costa Rica - Colegio Superior de Señoritas, 1885-1940” (Seminario de Graduación para optar al grado de Licenciatura en Historia, Universidad de Costa Rica, 1993).

Barrantes, Osvaldo *et al.* “Liberalismo, políticas sociales y abandono infantil en Costa Rica (1890-1930)”. En *Entre silencios y voces. Género e historia en América Central (1750-1990)*, ed. Eugenia Rodríguez Sáenz (San José: EUCR-INAMU, 2000).

Baudrillard, Jean. *El sistema de los objetos* (México: Siglo XXI, 1979).

Blanco Lizano, Huberth. “APSE: gremialismo, politización y credibilidad” (Tesis de Maestría en Historia, UCR, 2002).

Bloch, Ernst. *The spirit of utopia* (Stanford: Stanford University Press, 2000).

Bloch, Ernst, *El principio esperanza. Tomo I* (Madrid: Trotta, 2004).

Bogantes Zamora, Claudio. *Memoria del pueblo* (San José: EUNED, 2009).

Bonilla, Abelardo. *Historia de la literatura costarricense* (San José: Studium, 1984).

Bosch, Juan. *Costa Rica: interpretaciones históricas y geográficas*, (San José: Librería Francesa, 2006).

Botey Sobrado, Ana María. *Costa Rica entre guerras: 1914-1940*. (San José: EUCR, 2007).

Botey Sobrado, Ana María. “Las representaciones sociales de la pobreza en la Costa Rica de la década de 1930”, en *Pobreza e historia en Costa Rica. Determinantes estructurales y representaciones sociales del siglo XVII a 1950*, ed. Ronny Viales Hurtado (San José: EUCR, 2000).

Botey Sobrado, Ana María y Rodolfo Cisneros, *La crisis de 1929 y la fundación del Partido Comunista de Costa Rica* (San José: Ed. Costa Rica, 1984).

Bourdieu, Pierre. *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario* (Barcelona: Anagrama, 2005).

Bourdieu, Pierre. *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto* (Madrid: Taurus, 2000).

Bourdieu, Pierre. *Poder, derecho y clases sociales* (Bilbao: Desclée de Brouwer, 2000).

Bourdieu, Pierre. *El sentido práctico* (Bs. Aires: Siglo XXI, 2007).

Bourdieu, Pierre. *Cosas dichas* (Barcelona: Gedisa, 2000).

Bourdieu, Pierre. *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción* (Barcelona: Anagrama, 1997).

Bourdieu, Pierre. *El baile de los solteros. La crisis de la economía campesina en el Bearn* (Barcelona: Anagrama, 2004).

Bourdieu, Pierre. *Argelia 60. Estructuras económicas y estructuras temporales* (Bs. Aires: Siglo XXI, 2006).

Braudel, Fernand. *La historia y las ciencias sociales* (Madrid: Alianza, 1980).

Bulmer-Thomas, Victor. *La economía política de Centroamérica desde 1920* (San José: BCIE-EDUCA, 1989).

Bulmer-Thomas. “La crisis de la economía de agroexportación (1930-1945)”, en de. Acuña, Víctor Hugo (ed.), *Historia general de Centroamérica*, tomo IV.

Burke, Peter. *Eyewitnessing. The use of images as historical evidence* (Nueva York: Cornell University Press, 2008).

Burke, Peter. “Context in context”, *Common knowledge* 8 (2002).

Cantuarias, Orlando *et al.* *Clase media y desarrollo de América Latina* (San José: CEDAL, 1972).

Cañas, Alberto. *Los ocho años* (San José: EUNED, 1982).

Cañas, Alberto. *80 años no es nada* (San José: EUCR, 2006).

Cardona, Jenaro. *La esfinge del sendero* (San José: EUNED, 2007).

Cardoso, Ciro F.S. y Héctor Pérez Brignoli. *El concepto de clases sociales* (San José: Nueva Década, 1982).

Castro Esquivel, Arturo. *José Figueres Ferrer, el hombre y su obra. (Ensayo de una biografía)* (San José: Imprenta Tormo, 1955).

Castro y Tosi, Norberto. “La población de la ciudad de Cartago en los siglos XVII y XVIII”, *Revista de los archivos nacionales* (Costa Rica) XXVIII (7-12) (julio-diciembre 1964).

CEPAL, *Las clases medias en Centroamérica: características que presentan en la actualidad y requisitos para su desarrollo* (México: Organización de las Naciones Unidas, 1964).

Cerdas Mora, Jaime. *La otra vanguardia. Memoria* (San José: EUNED, 1994).

Cerdas Albertazzi, José Manuel. “Penurias y recuperación: niveles de vida de los trabajadores capitalinos costarricenses entre 1929 y 1960”, en *Anuario de estudios Centroamericanos* 21 (1995).

Cersósimo, Gaetano. *Los estereotipos del costarricense* (San José: EUCR, 1978).

Chartier, Roger. *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin* (Bs. Aires: Manantial, 1996).

Churnside, Roger. *Formación de la fuerza laboral costarricense* (San José: Ed. Costa Rica, 1985).

Cordero Ulate, Allen. “Clases medias y movimientos sociales en Costa Rica”. *Revista de Ciencias sociales*, no. 109-110 (2005).

Cortés Enríquez, Gonzalo. *La crisis mundial de 1929 y su impacto en la sociedad costarricense* (San José: El Fortín, 1994).

De la Cruz, Vladimir. *Las luchas sociales en Costa Rica* (San José: ECR, 1981).

Delgado, Jaime. *El Partido Liberación Nacional. Análisis de su discurso político-ideológico* (Heredia: EUNA, 1983).

Dengo, Omar. *Escritos y discursos* (Heredia: EUNA, 2007).

Derrida, Jacques. *¡Palabra! Instantáneas filosóficas* (Madrid: Trotta, 2001).

Díaz Arias, David. “Invención de una tradición: la fiesta de la Independencia durante la construcción del Estado costarricense, 1821-1874”, en *Revista de historia* (Costa Rica) 45 (enero-junio 2002).

Díaz Arias, David. *Social crises and struggling memories: populism, popular mobilization, violence and memories of civil war in Costa Rica, 1940-1948* (Tesis de Doctorado en Historia, Indiana University, 2009).

Díaz Arias, David. *Reforma sin alianza, discursos transformados, interés electoral, triunfos dudosos. La nueva interpretación histórica de la década de 1940* (San José: EUCR, 2003).

Díaz Arias, David. “From Jóvenes Ácratas to Beneméritos: Anarchism and National Identity in Costa Rica, 1900-1977”, en *Imminent Pasts: Anarchism in Latin American History*, ed. Geoffroy de Laforcade (en preparación).

Dirección General de Estadística y Censos (DGEC). *Censo general de la república de Costa Rica, 18 de febrero de 1892* (San José: Tipografía Nacional, 1893).

Dirección General de Estadística y Censos, *Censo de población de Costa Rica. 11 de mayo de 1927* (San José, DGEC, 1960).

DGEC. *Censo urbano de edificios y viviendas. Noviembre y diciembre de 1949* (San José: DGEC, 1954).

Dobles, Fabián. *Ese que llaman pueblo* (San José: ECR, 1995).

Dobles Trejos, Cecilia. “Hilvanando historias. Una aproximación al conocimiento del oficio de la costura, 1900-1960”, en *Anuario de estudios centroamericanos*. 25, n. 1 (1999).

Dos Passos, John. *U.S.A.* (Nueva York: Random House, 1937).

Duby, Georges. *Los tres órdenes, o lo imaginario del feudalismo* (Barcelona: Argot, 1983).

Dussel, Enrique. *Filosofía de la producción* (Bogotá: Nueva América, 1984).

Echeverría, Aquileo. *Crónicas y cuentos míos* (San José: Studium, 1981).

Edelman, Marc. *La lógica del latifundio. Las grandes propiedades del noroeste de Costa Rica desde fines del siglo XIX* (San José: EUCR-Stanford University Press, 1998).

Editorial Surco. *Ideario costarricense. Respuesta a una encuesta nacional*, (San José: EUNED, 2002).

Elizondo Calderón, William. “Control del poder y exclusión de competidores: la decisión constitucional para establecer el servicio civil en Costa Rica”, *Diálogos* 9, no. 2 (agosto 2008-febrero 2009).

Elizondo Calderón, William. “El problema de vivienda: segregación y pobreza urbana en la primera mitad del siglo XX en Costa Rica”, en *Pobreza e historia en Costa Rica*, ed. Ronny Viales.

Enríquez Solano, Francisco. “La diversión pública y los espacios de sociabilidad en San Vicente de Moravia (1880-1930)” en *Culturas populares*, Enríquez y Molina (comp.). (Alajuela: Museo Histórico-Cultural Juan Santamaría, 2002).

Enríquez Solano, Francisco. “Control social y diversión pública en Costa Rica (1880-1930)”, en *Fin de siglo XIX e identidad nacional en México y Centroamérica*, Iván Molina y Francisco Enríquez (comps.) (Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2000).

Enríquez Solano, Francisco. “Entre la tradición y la modernidad. La diversión pública en las localidades rurales de San José (1880-1930)”, en *Revista de Ciencias Sociales* 89 (2000).

Enríquez Solano, Francisco. “El turno, un espacio de diversión en Costa Rica, 1890-1930” en *Revista de historia* 49-50 (enero-diciembre 2004), 155-181.

Enríquez Solano, Francisco y Eduardo Oconitrillo (comps.). *Historias de mi barrio. El San José de ayer* (San José: ECR, 1998).

Facio, Rodrigo. “Un programa costarricense de rectificaciones económicas. (Medios y fines para una Costa Rica mejor)”, *Surco* (Costa Rica) 38 (julio de 1943).

Facio, Rodrigo. *Estudio sobre economía costarricense* (San José: ECR, 1990).

Facio, Rodrigo. *Obras históricas, políticas y poéticas* (San José: Editorial Costa Rica, 1982).

Fallas Monge, Carlos Luis. *El movimiento obrero en Costa Rica, 1830-1902* (San José: EUNED, 1996).

Fallas Sibaja, Carlos Luis. “El peligro de la dictadura. Las elecciones y la organización sindical” en, *Ensayos políticos. Carmen Lyra y Carlos Luis Fallas*, ed. Iván Molina Jiménez (San José: EUCR, 2000).

Fallas Sibaja, Carlos Luis. *Marcos Ramírez* (San José: Editorial Costa Rica, 1995).

Fernández, Andrés. *Un país, tres arquitecturas. Art nouveau, neocolonial hispanoamericano y art decó en Costa Rica, 1900-1950*. (Cartago: Ed. Tecnológica, 2003).

Fernández Guardia, Ricardo. *Cuentos ticos* (San José: EUNED, 2004).

Fernández Sebastián, Javier. “Opinión pública”, en *Diccionario político y social del siglo XIX español*, dirs. Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes (Madrid: Alianza, 2002).

Fischel, Astrid. “Educación y consenso: la reforma educativa en el desarrollo sociopolítico costarricense. 1885-1889” (Tesis de Maestría en Historia, UCR, 1986).

Fischel, Astrid. “Los estudios superiores en Costa Rica, 1888-1940”, en CIHAC. *Historia de la educación superior en Costa Rica* (San José: Oficina de Publicaciones de la UCR, 1991).

Flórez-Estrada, María. *Economía del género. El valor simbólico y económico de las mujeres* (San José: EUCR, 2007).

Foucault, Michel. *Nietzsche, Freud, Marx*, Prólogo de Eduardo Grüner (Bs. Aires: El cielo por asalto, 1995).

Foucault, Michel. *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)* (Bs. Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006).

Foucault, Michel. *Defender la sociedad* (México: Fondo de Cultura Económica, 2002).

Fonseca, Elizabeth y José Enrique Garnier, (eds.). *Historia de la arquitectura en Costa Rica* (San José: Fundación Museos del Banco Central de Costa Rica, 1998).

Frye, Northorp. *Anatomía de la crítica. Cuatro ensayos* (Caracas: Monte Ávila, 1977).

Frutos Verdesia, Juan. *Doctor Solón Núñez Frutos* (San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1979).

Fuentes, Juan Francisco. "Clase" en *Diccionario político y social del siglo XIX español*, dirs. Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes (Madrid: Alianza, 2002).

Fumero Vargas, Patricia. *Colegio de abogados de Costa Rica. Ciento veinte años de historia* (San José: Colegio de Abogados de Costa Rica, 2001).

Fumero Vargas, Patricia. "Vida cotidiana en el Valle Central: 1850-1914. Los cambios asociados con la expansión del café" en *Costa Rica, Estado, sociedad y cultura: desde las sociedades autóctonas hasta 1914*, coord. Ana María Botey (San José: EUCR, 2000).

Fumero Vargas, Patricia. *Teatro, público y Estado en San José, 1880-1914. Una aproximación desde la historia social* (San José: EUCR, 1996).

Fumero Vargas, Patricia. "Se trata de una dictadura *sui generis*". La Universidad de Costa Rica y la Guerra Civil de 1948", *Anuario de estudios centroamericanos*, 23, 1-2 (1997).

Fumero Vargas, Patricia (ed.). *Centenario de la Facultad de Farmacia. Universidad de Costa Rica, 1897-1997* (San José: EUCR, 1998).

Gallardo, Helio. "Prólogo" a George I. García. *Las sombras de la modernidad. La crítica de Henri Lefebvre a la cotidianidad moderna* (San José: Arlekin, 2001).

Gamboa, Emma (comp.). *Omar Dengo* (San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1971).

García, George I. *La producción de la vida diaria. Temas y teorías de lo cotidiano en Marx y Husserl* (San José: Perro Azul, 2005).

García, George I. "Tiempo, trabajo y capital en Marx y Bourdieu: un metacomentario". *Revista Abra* 37-38 (2007).

García, George I. “De la fenomenología a la Histórica (pasando por la hermenéutica): sobre la teoría del tiempo histórico de Reinhart Koselleck”, *Revista de Filosofía de la UCR* 115-116, mayo-diciembre de 2007, 93-105.

García, George I. “Esto no es una elegía. Poética y economía de la *clase media* costarricense en el siglo XX”, *Revista Diálogos*, vol. 10, no. 2 (setiembre de 2009-febrero de 2010), 1-18.

García Canclini, Néstor. *La producción simbólica. Teoría y método en sociología del arte* (México: Siglo XXI, 1988).

García Monge, Joaquín. *Escritos de juventud. 1904-1910* (San José: ECR, 2004).

García Monge, Joaquín. *Obras escogidas* (San José: EDUCA, 1974).

Garro, Joaquín. *Las décadas del siglo XX y otros temas* (San José: Imprenta Vargas, 1966).

Gaskell, Ivan. “Visual history” en *New Perspectives on Historical Writing*, ed. Peter Burke (Pennsylvania: Pennsylvania State University Press, 2001).

Gil, José Daniel. “Controlaron el espacio, hombres, mujeres y almas. Costa Rica (1880-1941)”, en *Abuso sexual y prostitución infantil y juvenil en Costa Rica durante los siglos XIX y XX*, Eugenia Rodríguez Sáenz (comp.) (San José: Plumsock Mesoamerican Studies, 2005).

Gil, José Daniel. “Morigerando las costumbres, canalizando las disputas: a propósito de los conflictos en los pueblos heredianos, 1885-1915” en *Revista de historia* (Costa Rica) 35 (enero-junio de 1997).

González, Luisa. *A ras del suelo* (San José: Ed. Costa Rica, 1972).

González García, José M. *La diosa Fortuna. Metamorfosis de una metáfora política* (Madrid: Visor, 2006).

González García, José M. *Metáforas del poder* (Madrid: Alianza, 1998).

González Murillo, Olger. *Los militares en Costa Rica. Génesis, apogeo y caída del ejército en Costa Rica, 1821-1919* (San José: Alma Máter, 2005).

González Ortega, Alfonso. *Vida cotidiana. En la Costa Rica del siglo XIX* (San José: EUCR, 1996).

González Ortega, Alfonso. *Mujeres y hombres de la posguerra costarricense (1950-1960)* (San José: EUCR, 2005).

González Ortega, Alfonso. “El discurso oficial de los pequeños y medianos cafetaleros (1920-1940, 1950-1961)” *Revista de historia* 16 (julio-diciembre, 1987).

González Rucavado, Claudio. *El hijo de un gamonal* (San José: ECR, 1979).

González Rucavado, Claudio. *Egoísmo...? (Novela costarricense)* (San José: Alsina, 1914).

González Villalobos, Paulino. *Los orígenes del movimiento estudiantil universitario en Costa Rica (1844-1940)* (San José: CIHAC, 1987).

Greimas, A.J. *En torno al sentido. Ensayos semióticos* (Madrid: Fragua, 1973).

Grüner, Eduardo. *La oscuridad y las luces. Capitalismo, cultura y revolución* (Bs. Aires: EDHASA, 2010).

Gudmundson, Lowell. *Estratificación socio-racial y económica de Costa Rica: 1700-1850* (San José: EUNED, 1978).

Gudmundson, Lowell. “Campesino, granjero, proletario: formación de clase en una economía cafetalera de pequeños propietarios, 1850-1950”, en *Revista de historia* 21-22, (enero-diciembre 1990).

Gudmundson, Lowell. *Hacendados, políticos y precaristas: la ganadería y el latifundismo guanacasteco. 1800-1950* (San José: ECR, 1983).

Gudmundson, Lowell. *Costa Rica antes del café. Sociedad y economía en vísperas del boom exportador* (San José: Editorial Costa Rica, 1993).

Guillaume, Pierre (dir.). *Histoire et historiographie des classes moyennes dans les sociétés développées* (Talence: Maison des Sciences de l'Homme d'Aquitaine, 1998).

Guterman, Norbert y Henri Lefebvre. *La conscience mystifiée. Suivi de La conscience privée* (París: Syllepse, 1999).

Habermas, Jürgen. *The structural transformation of the public sphere. An inquiry into a category of bourgeois society* (Cambridge: MIT Press, 1994).

Hall, Carolyn. *El café y el desarrollo histórico-geográfico de Costa Rica* (San José: ECR, 1991).

Harvey, David. *The urban experience* (Baltimore: Johns Hopkins University, 1989).

Harvey, David. “The Marxian theory of the state”, *Spaces of capital. Towards a critical geography* (Nueva York: Routledge, 2001).

- Haya de la Torre, Víctor Raúl. *El antimperialismo y el APRA* (Santiago: Ercilla, 1936).
- Haya de la Torre, Víctor Raúl. *Por la emancipación de América Latina. Artículos, mensajes, discursos (1923-1927)* (Bs. Aires: Gleizer, 1927).
- Haya de la Torre, Víctor Raúl. *Ideología aprista* (Lima: Eds. del Pueblo, 1961).
- Hegel, G.W.F. *Ciencia de la lógica*. Tomo 1. (Bs. Aires: Solar, 1993).
- Hernández Rodríguez, Carlos. “Permanencias y difuminaciones en el mundo del trabajo: una visión de la continuidad y el cambio en la tradición y las trayectorias de los sastres costarricenses” en *Anuario de estudios centroamericanos*. 25, n. 1 (1999).
- Hernández Rodríguez, Carlos. “Trabajadores, empresarios y Estado: la dinámica de clases y los límites institucionales del conflicto. 1900-1943”, *Revista de historia* (Costa Rica), 27 (enero-junio 1993).
- Hernández Valle, Walter. *Años de primavera. (Memorias de un liceísta)* (San José: ECR, 2002).
- Herra, Rafael Ángel. *El desorden del espíritu. Conversaciones con Amighetti* (San José: EUCR, 1987).
- Herrera, Rosalila. “Maestras y militantes comunistas en la Costa Rica de los años treinta” en ed. Eugenia Rodríguez, *Un siglo de luchas femeninas en América Latina*, (San José: EUCR, 2002).
- Herrera García, Adolfo. *Juan Varela* (San José: ECR, 1989).
- Herrero, Fernando y Leonardo Garnier. *El desarrollo de la industria en Costa Rica* (Heredia: EUNA, 1982).
- Hinkelammert, Franz J. *Hacia una crítica de la razón mítica. El laberinto de la modernidad* (San José: Arlekin, 2007).
- Hobsbawm, Eric “Introducción” a Karl Marx. *Formaciones económicas precapitalistas* (Bs. Aires: Pasado y Presente, 1974).
- Hobsbawm, Eric. *Historia del siglo XX. 1914-1991* (Barcelona: Crítica, 2000).
- Hobsbawm, Eric. *La era del imperio, 1875-1914* (Barcelona: Crítica, 1998).
- Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad de Costa Rica. *El desarrollo económico de Costa Rica. Estudio no. 4. Sector público de la economía costarricense* (San José: Publicaciones de la Universidad de Costa Rica, 1961).

Jameson, Fredric. *The prison-house of language. A critical account of structuralism and Russian formalism* (Princeton: Princeton University Press, 1974).

Jameson, Fredric. *Documentos de cultura, documentos de barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico* (Madrid: Visor, 1989).

Jameson, Fredric. *The ideologies of theory. Volume 1: situations of theory* (Minneapolis: University of Minnesota, 1989).

Jameson, Fredric. *The ideologies of theory. Volume 2: the syntax of history* (Minneapolis: University of Minnesota, 1989).

Jiménez, Michael. "The elision of the middle classes and beyond: history, politics and development studies in Latin America's 'Short twentieth century'", en *Colonial legacies. The problem of persistence in Latin American history*, Adelman, Jeremy (ed.) (Nueva York-Londres: Routledge, 1999).

Jiménez, Ricardo. "Una lección de energía", *Revista de Costa Rica*, año I, no. 3., (noviembre 1919).

Johnson, John J. *Political change in Latin America. The emergence of the middle sectors* (Stanford: Stanford University Press, 1967).

Jonas Bodenheimer, Susan. *La ideología socialdemócrata en Costa Rica* (San José: EDUCA, 1984).

Kracauer, Sigfried. *Los empleados* (Barcelona: Gedisa, 2009).

Koselleck, Reinhart. *Futures past. On the semantics of historical time* (Nueva York: Columbia University Press, 2004).

Koselleck, Reinhart. *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia* (Barcelona: Paidós, 2001).

Koselleck, Reinhart. *The practice of conceptual history. Timing history, spacing concepts* (Stanford: Stanford University Press, 2002).

Kula, Marcin. "Los estratos medios de la sociedad en el movimiento revolucionario. La revolución de 1933 en Cuba", *Revista mexicana de sociología*, XLIII, 3 (julio-setiembre 1981).

Lefebvre, Henri. *Critique of everyday life. Vol I: Introduction* (Londres-Nueva York, 1991).

Lefebvre, Henri. *La vida cotidiana en el mundo moderno* (Madrid: Alianza, 1972).

- Lévi-Strauss, Claude. *Antropología estructural* (Bs. Aires: EUDEBA, 1976).
- López Salazar, José Guillermo. *Aquel San José... (1920-1950)* (San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1997).
- Lukács, György. *Historia y conciencia de clase* (Barcelona: Grijalbo, 1975).
- Lyra, Carmen. *Los otros cuentos de Carmen Lyra* (San José: ECR, 1988).
- Mandel, Ernst. *Ensayos sobre el neocapitalismo* (México: ERA, 1974).
- Mandel, Ernst. *El capitalismo tardío* (México: Era, 1980).
- Markovic, Mihailo. *Dialéctica de la praxis* (Bs. Aires: Amorrortu, 1972).
- Marín Cañas, José. *Tú, la imposible* (San José: EUNED, 1990).
- Marx, Karl. *Grundrisse* (Londres: Penguin, 1993)
- Marx, Karl. *El capital*. (México: Siglo XXI, 2007), 3 tomos.
- Marx, Karl. *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* (Madrid: Alianza, 2003).
- Marx, Karl y Friedrich Engels. *Escritos sobre lenguaje* (Bs. Aires: Rodolfo Alonso, 1973).
- Marín Cañas, José. *Los bigardos del ron* (San José: ECR, 1978).
- Marín Araya, Giselle. “Caridad y prestigio. La Sociedad Española de Beneficencia, 1866-1930”, en comps. Francisco Enríquez Solano e Iván Molina Jiménez, *Culturas populares y políticas públicas en México y Centroamérica (siglos XIX y XX)* (Alajuela: Museo Histórico-Cultural Juan Santamaría, 2002).
- Marín Hernández, Juan José y Patricia Vega Jiménez (comp.). *Tendencias del consumo en Mesoamérica* (San José: EUCR, 2008).
- Marín Hernández, Juan José. *Prostitución, honor y cambio cultural en la provincia de San José de Costa Rica: 1860-1949* (San José: EUCR, 2007).
- Marín Hernández, Juan José. *Prostitución y pecado en la bella y próspera ciudad de San José (1850-1930)*, en Iván Molina y Steven Palmer, *El paso del cometa. Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800-1950)* (San José: Porvenir-Plumsock Mesoamerican Studies, 1994).

Marín Hernández, Juan José. “De curanderos a médicos. Una aproximación a la historia social de la medicina en Costa Rica: 1800-1949”, en *Revista de historia* (Costa Rica) 32 (julio-diciembre de 1995).

Marín Hernández, Juan José. “Biblias de la higiene. Las cartillas terapéuticas en Costa Rica (1864-1949)” en *Culturas populares...*, comps. Enríquez y Molina.

Meléndez, Carlos (comp.). *Mensajes presidenciales. Tomos III al VII* (San José: Imprenta Nacional, 1981-1990).

Merz, Carlos. “Estructura social y económica de la industria del café en Costa Rica”, *Revista del Instituto de defensa del café de Costa Rica*, tomo V, 32-33(junio-julio1937).

Merz, Carlos. “La estructura social y económica de la industria del café en Costa Rica. II parte” *Revista del Instituto de defensa del café de Costa Rica*, tomo V, 34 (agosto 1937).

Mills, Charles Wright. *White-collar: las clases medias en Norteamérica* (Madrid: Aguilar, 1973).

Molina Jiménez, Iván. “Clase, género y etnia van a la escuela. El alfabetismo en Costa Rica y Nicaragua (1880-1950)”, en *Educando a Costa Rica. Alfabetización popular, formación docente y género (1880-1950)*, eds. Iván Molina y Steven Palmer (San José: Porvenir, 2000).

Molina Jiménez, Iván. *El que quiera divertirse. Libros y sociedad en Costa Rica (1750-1914)* (San José: EUCR, 1995).

Molina Jiménez, Iván. “Educación y sociedad en Costa Rica: de 1821 al presente (una historia no autorizada)”, en *Diálogos* 8, no. 2 (agosto 2007-febrero 2008),

Molina Jiménez, Iván. “Explorando las bases de la cultura impresa en Costa Rica: la alfabetización popular (1821-1950)”, en Patricia Vega J., *Comunicación y construcción de lo cotidiano* (San José: EUCR, 1999).

Molina Jiménez, Iván. “Plumas y pinceles. Los escritores y los pintores costarricenses: entre la identidad nacional y la cuestión social (1880-1950)”, en *Revista de historia de América* 124 (enero-junio 1999).

Molina Jiménez, Iván. “Clase, género y etnia van a la escuela. El alfabetismo en Costa Rica y Nicaragua (1880-1950)” en Iván Molina y Steven Palmer, *Educando a Costa Rica. Alfabetización popular, formación docente y género (1880-1950)* (San José: Porvenir, 2000).

Molina Jiménez, Iván. *Demoperfectocracia. La democracia pre-reformada en Costa Rica (1885-1948)* (Heredia: EUNA, 2005).

Molina Jiménez, Iván. “Desertores e invasoras. La feminización de la ocupación docente en Costa Rica en 1904”, en Molina y Palmer (eds.), *Educando a Costa Rica...*,

Molina Jiménez, Iván. *Una imprenta de provincia. El taller de los Sibaja en Alajuela, Costa Rica, 1867-1969* (Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría: 2002).

Molina Jiménez, Iván. “Un pasado comunista por recuperar. Carmen Lyra y Carlos Luis Fallas en la década de 1930” en *Ensayos políticos*, Carmen Lyra y Carlos Luis Fallas (San José: EUCR, 2000).

Molina Jiménez, Iván. *Costarricense por dicha. Identidad nacional y cambio cultural en Costa Rica durante los siglos XIX y XX* (San José: EUCR, 2002).

Molina Jiménez, Iván. “Prólogo. La cuestión social en Costa Rica y *El libro de los pobres*”, en *El libro de los pobres*, eds. Guillermo Vargas Calvo y Rafael Villegas Arango, (San José: EUNED, 2007).

Molina Jiménez, Iván. “Altas expectativas, bajos resultados: la participación de los comunistas costarricenses en las elecciones nacionales de 1936”, en *Revista centroamericana de ciencias sociales*, 5, 2 (diciembre 2008), 60-61.

Molina Jiménez, Iván. *La estela de la pluma. Cultura impresa e intelectuales en Centroamérica durante los siglos XIX y XX* (Heredia: EUNA, 2004).

Molina Jiménez, Iván. “El Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales: un informe confidencial (Costa Rica, 1943)” en *Diálogos. Revista electrónica de Historia*, 8, no. 2 (agosto 2007- febrero 2008).

Molina Jiménez, Iván. *Anticomunismo reformista. Competencia electoral y cuestión social en Costa Rica (1931-1948)* (San José: Ed. Costa Rica, 2007).

Molina Jiménez, Iván. *Moradas y discursos* (Heredia: EUNA, 2010)

Molina Jiménez, Iván. *Ricardo Jiménez* (San José: EUNED, 2009).

Molina Jiménez, Iván y Steven Palmer. *Costa Rica del siglo XX al XXI. Historia de una sociedad* (San José: EUNED, 2005).

Molina Jiménez, Iván y Steven Palmer (eds.). *La estela del cometa. Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800-1950)* (San José: Porvenir-Plumsock, 1994).

Molina Jiménez, Iván y Steven Palmer. *Historia de Costa Rica. Breve, actualizada y con ilustraciones* (San José: EUCR, 1997).

Molina Jiménez, Iván y Steven Palmer. *La voluntad radiante. Cultura impresa, magia y medicina en Costa Rica (1897-1932)* (San José: Porvenir-Plumsock, 1996).

Molina Jiménez, Iván y Fabrice Lehoucq. *Urnas de lo inesperado. Fraude electoral y lucha política en Costa Rica (1901-1948)* (San José: EUCR, 1999).

Molina Siverio, Julio. *Pío Víquez. Su vida, el periodista, el poeta* (San José: EUNED, 1982),

Monge Alfaro, Carlos. *Nuestra historia y los seguros* (San José: Ed. Costa Rica, 1974).

Monge Alfaro, Carlos. *Historia de Costa Rica* (San José: Librería Trejos, 1980).

Montero Hernández, Alex y Juan José Marín Hernández. *Zapote y su historia* (San José: Municipalidad de San José / Universidad de Costa Rica, 1995).

Mora Rodríguez, Arnoldo. *Los orígenes del pensamiento socialista en Costa Rica* (San José: DEI, 1988).

Mora, Carolina. *“Al progreso con libertad”: la imagen de los Estados Unidos en el ideario del liberalismo costarricense (1880-1914)* (San José: Cátedra de Historia de las Instituciones de la Universidad de Costa Rica, 1993).

Mora Carvajal, Virginia. *Rompiendo mitos y forjando historia. Mujeres urbanas y relaciones de género en Costa Rica a inicios del siglo XX* (Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2003).

Mora Carvajal, Virginia. “Mujer e historia: la obrera urbana en Costa Rica (1892-1930)” (Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad de Costa Rica, 1992).

Morales, Gerardo. *Cultura oligárquica y nueva intelectualidad en Costa Rica: 1880-1914* (Heredia: EUNA, 1995).

Munro, Dana Gardner. *Las cinco repúblicas de Centroamérica. Desarrollo político y económico y relaciones con Estados Unidos* (San José: EUCR, 2003).

Muñoz García, Ileana. *Educación y régimen municipal en Costa Rica: 1821-1882* (San José: EUCR, 2002).

Naranjo, Carlos. “La modernización de la caficultura costarricense. 1890-1950” (Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1997).

Núñez V., Santiago. *Benjamín: siempre y ante todo sacerdote* (Heredia: EUNA, 2000).

Oconitrillo, Eduardo. *Vida, muerte y mito del Dr. Moreno Cañas* (San José: Ed. Costa Rica, 2004).

- Oconitrillo, Eduardo. *Con perfume de lejanos recuerdos* (San José: EUNED, 2007).
- Oduber Quirós, Daniel. *Raíces del Partido Liberación Nacional: notas para una evaluación histórica* (San José: CEDAL, 1985).
- Oficial. *Censo general de la República de Costa Rica. 18 de febrero de 1892* (San José: Tipografía Nacional, 1893).
- Oliva Medina, Mario. *Artesanos y obreros costarricenses, 1880-1914* (San José: Editorial Costa Rica, 1985).
- Oreamuno, Yolanda. “Qué hora es...?” en *La feminización de la palabra y las pensadoras costarricenses. Antología de ensayos selectos*, ed. Grace Prada Ortiz (Heredia: Universidad Nacional, 2008).
- Oreamuno, Yolanda, *A lo largo del corto camino* (San José: Ed. Costa Rica, 1961).
- Ossenbach, Carlos Enrique. *Arco iris sobre Costa Rica* (San José: EUCR, 1999).
- Ovares, Flora. *Literatura de kiosco. Revistas literarias de Costa Rica, 1890-1930* (Heredia: EUNA, 1994).
- Owensby, Brian. *Intimate ironies. Modernity and the making of middle-class lives in Brazil* (Stanford: Stanford University Press, 1999).
- Pacheco, León. *Mauro Fernández* (San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes).
- Pakkasvirta, Jussi. *¿Un continente, una nación? Intelectuales latinoamericanos, comunidad política y las revistas culturales en Costa Rica y en el Perú (1919-1930)* (San José: EUCR: 2005).
- Palmer, Steven. *From popular medicine to medical populism. Doctors, healers and public power in Costa Rica, 1800-1940* (Durham: Duke University, 2003).
- Palmer, Steven. “Adiós *laissez-faire*: la política social en Costa Rica (1880-1940)”, en *Revista de historia de América*, no. 124 (enero-junio 1999).
- Palmer, Steven. “Confinamiento, mantenimiento del orden y surgimiento de la política social en Costa Rica, 1880-1935”, en *Mesoamérica*, n. 43 (junio 2002).
- Palmer, Steven. “Sociedad anónima, cultura oficial: inventando la Nación en Costa Rica (1848-1900)”, en Steven Palmer e Iván Molina, *Héroes al gusto y libros de moda. Sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750-1900)* (San José: Porvenir-Mesoamérica, 1992).

Palmer, Steven. “Un paso adelante, dos atrás: una crítica a “Consenso y represión”, *Revista de historia* (Costa Rica) 18 (julio-diciembre 1988), 236-238.

Palmer, Steven. “Pánico en San José: el consumo de heroína, la cultura plebeya y la política social en 1929”, en *El paso del cometa, . Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800-1950)*, eds. Molina y Palmer, (San José: Porvenir-Plumsock, 1994).

Paniagua Alvarado, Rafael Lino. *Apuntes históricos y crónicas de la ciudad de San Ramón en su centenario* (San José: La Tribuna, 1943).

Paponi, Ma. Susana. *Michel Foucault: historia, problematización del presente* (Bs. Aires: Biblos, 1996).

Parker, D.S. *The idea of the middle class. White-collar workers and Peruvian society, 1900-1950* (Pennsylvania: Pennsylvania State Press, 1998).

Parkman, Patricia. *Insurrección no violenta en El Salvador. La caída de Maximiliano Hernández Martínez* (San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2003).

Pérez Brignoli, Héctor. “Indios, comunistas y campesinos. La rebelión de 1932 en El Salvador” en *Café, sociedad y relaciones de poder en América Latina*, eds. Mario Samper, William Roseberry y Lowell Gudmundson (Heredia: EUNA, 2001).

Picado, Miguel. *La Iglesia costarricense, entre el pueblo y el Estado* (San José: Guayacán, 1989).

Picado Chacón, Manuel. *Clodomiro Picado. Vida y obra*, (San José: EUCR, 1980).

Picado Gómez, Manuel. *Literatura, ideología, crítica. Notas para un estudio de la literatura costarricense* (San José: ECR, 1983).

Polanyi, Karl. *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. (México: Fondo de Cultura Económica, 2003).

Poulantzas, Nicos. *Las clases sociales en el capitalismo actual* (México: Siglo XXI, 1983).

Quesada Alvarado, Ángela. *Recordando la historia de mi pueblo: San Ramón* (San José: EUNED, 1996).

Quesada Camacho, Juan Rafael. *Estado y educación en Costa Rica. Del agotamiento del liberalismo al inicio del Estado interventor: 1914-1949* (San José: EUCR, 2003).

Quesada Camacho, Juan Rafael. *Educación en Costa Rica, 1821-1940* (San José: EUNED, 1997).

Quesada Avendaño, Florencia. *La modernización entre cafetales. San José, Costa Rica, 1880-1930* (Helsinki: Instituto Renvall, 2007).

Quesada Avendaño, Florencia. *En el barrio Amón. Arquitectura, familia y sociabilidad del primer residencial de la élite urbana de San José* (San José: EUCR, 2001).

Quesada Pacheco, Miguel Ángel. *Diccionario histórico del español de Costa Rica* (San José: EUNED, 1995).

Quesada Soto, Álvaro. *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910). Enfoque histórico social* (San José: EUCR, 1986).

Quesada Soto, Álvaro. *Uno y los otros. Identidad y literatura en Costa Rica* (San José: EUCR, 1998).

Quesada Soto, Álvaro. “Introducción. El primo: variaciones sobre el tema de la modernidad en el San José finisecular” en Jenaro Cardona, *El primo* (San José: EUCR, 2001).

Quesada Soto, Álvaro. *La voz desgarrada. La crisis del discurso oligárquico y la narrativa costarricense (1917-1919)* (San José: EUCR, 1988),

Rama, Ángel. *La ciudad letrada* (Hanover: Ediciones del Norte, 1984).

Ramírez A., Victoria. *Jorge Volio y la revolución viviente* (San José: Guayacán, 1989).

Ramírez Boza, Mario A. *El desarrollo de las clases sociales y la industria en Costa Rica (1880-1930)* (Tesis de licenciatura en historia. San José: Universidad de Costa Rica, 1983).

Rangel Contla, José Calixto. *La pequeña burguesía en la sociedad mexicana, 1895 a 1960* (México D.F.: UNAM, 1972).

República de Costa Rica. *Colección de leyes, decretos, acuerdos y resoluciones. Año de 1940. Primer semestre* (San José: Imprenta Nacional, 1940).

Ricoeur, Paul. *Freud: una interpretación de la cultura* (México: Siglo XXI, 2007).

Rodríguez Vega, Eugenio. *Apuntes para una sociología costarricense* (San José: Ed. Universitaria, 1953).

Rodríguez Vega, Eugenio. *Por el camino* (San José: EUNED, 1990),

Rodríguez Vega, Eugenio. “Nuestros liberales y sus retadores” en Eugenio Rodríguez Vega, (comp.). *El pensamiento liberal. Antología* (San José: ECR, 1979).

Rodríguez Vega, Eugenio. “Clases y lucha social en Costa Rica” en *Surco* (Costa Rica) 42 (diciembre 1943).

Rodríguez Vega, Eugenio. *Cien momentos* (San José: EUNED, 2006).

Rodríguez Vega, Eugenio. *Voces del 43* (San José: EUCR, 1995).

Rodríguez Sáenz, Eugenia. *Las familias costarricenses durante los siglos XVII, XIX y XX* (San José: EUCR, 2003).

Rodríguez Sáenz, Eugenia. *Divorcio y violencia de pareja en Costa Rica (1800-1950)* (Heredia: EUNA, 2006).

Rojas, Margarita, Flora Ovares, Carlos Santander y Ma. Elena Carballo. *La casa paterna. Escritura y nación en Costa Rica* (San José: EUCR, 1993).

Rojas, Gladys y Steven Palmer. “Educando a las señoritas. Formación docente, movilidad social y nacimiento del feminismo en Costa Rica (1885-1925)” en *Educando a Costa Rica*, eds. Iván Molina Jiménez y Steven Palmer.

Román, Ana Cecilia. “Las finanzas públicas de Costa Rica: Metodología y fuentes (1870-1948)” *Avances de Investigación del CIHAC*, no. 3, 1995.

Romero, Jorge E. *Acción democrata: orígenes del Partido Liberación Nacional, de Leon Cortés a José Figueres* (San José: Nueva Decada, 1983).

Rosenberg, Mark. *Las luchas por el seguro social en Costa Rica* (San José: ECR, 1983).

Rosero Bixby, Luis. *La explosión demográfica, en Costa Rica en el siglo XX, tomo II*, ed. Rodríguez Vega (San José: EUNED, 2004).

Rovira Mas, Jorge. *Estado y política económica en Costa Rica, 1948-1970* (San José: EUCR, 2000)

Rowland, Robert. “Dependencia, oligarquía y clases medias en Brasil: notas para una interpretación de la Revolución de 1930”, en *Dependencia y estructura de clases en América Latina*, Enrique Anda *et al.* (Bs. Aires: La Aurora, 1975).

Sáenz, Vicente. “Nota editorial” en *Obras escogidas*, Vicente Sáenz (San José: Editorial Costa Rica, 1983).

Sáenz, Guido. *Piedra azul: atisbos en mi vida* (San José: ECR, 2003).

Salas, Addy. *Con Manuel. Devolver al pueblo su fuerza* (San José: EUCR, 1998).

Salazar, Jorge Mario. *Crisis liberal y Estado reformista. Análisis político-electoral 1914-1949* (San José: EUCR, 2002).

Salazar Mora, Orlando. *Máximo Fernández* (San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1975).

Salazar Mora, Orlando. *El apogeo de la república liberal en Costa Rica: 1870-1914* (San José: EUCR, 2002).

Salazar Mora, Orlando y Jorge Mario Salazar Mora. *Los partidos políticos en Costa Rica* (San José: EUNED, 1991).

Salazar Alfaro, Javier. “‘El acuerdo de la discordia’. Huelga médica y conflicto sociopolítico en Costa Rica (mayo-junio 1946)”, en *Diálogos. Revista electrónica de Historia*, número especial (2008).

Salazar Palavicini, Luis Guillermo. “Formación del espacio social de la ciudad de San José: proceso de apropiación del territorio urbano (1870-1930)” (Tesis de Maestría en Sociología, Universidad de Costa Rica, 1986), 84-87.

Salguero, Miguel. *Gente de mi terruño* (San José: ECR, 1984).

Salom Echeverría, Alberto. *Los orígenes del Partido Liberación Nacional y la socialdemocracia* (San José: Porvenir, 1991).

Samper, Mario. “Historia agraria y desarrollo agroexportador: tendencias en los estudios sobre el período 1830-1950”, *Revista de historia* (Costa Rica) 19 (enero-junio 1989).

Samper, Mario. “Evolución de la estructura socio-ocupacional costarricense: labradores, artesanos y jornaleros. 1864-1935”. (Tesis de licenciatura en Historia. San José: Universidad de Costa Rica, 1979).

Samper, Mario. “Café, trabajo y sociedad en Centroamérica (1870-1930): una historia común y divergente” en Víctor Hugo Acuña (ed.), *Historia general de Centroamérica. Tomo IV. Las repúblicas agroexportadoras* (Madrid: FLACSO-Sociedad del Quinto Centenario, 1993).

Samper, Mario. “Tiempos difíciles: los caficultores colombianos y costarricenses entre la prosperidad y la crisis, 1920-1936”, en *Café, sociedad y relaciones de poder en América Latina*, (ed) Mario Samper, William Roseberry y Lowell Gudmundson (Heredia: EUNA, 2001).

Samper, Mario. “Fuerzas sociopolíticas y procesos electorales en Costa Rica”, *Revista de historia* (Costa Rica) No. especial (1988).

Samper, Mario *et al.* “El arte de imprimir. Los oficios tipográficos en la ciudad de San José, 1830-1960”, en *Revista de Historia* (42) julio-diciembre de 2000,

Sandy, *En mi viejo San Juan* (San José: O. Sandy P., 2001).

Sánchez Vázquez, Adolfo. *Filosofía de la praxis* (México: Grijalbo, 1973).

Sancho, Mario. *Memorias* (San José: Ed. Costa Rica, 1999).

Sancho, Mario. “¿Hay opinión pública vigilante?”, *Repertorio Americano* XXXII, 23 (Diciembre de 1936).

Sancho, Mario. “Costa Rica, Suiza centroamericana” en *Mario Sancho, el desencanto republicano*, Flora Eugenia Ovaes Seidy Araya (San José: Editorial Costa Rica, 1968).

Sancho, Mario. “De una crisis económica y moral”, *Repertorio americano*. Tomo XXV, 1932.

Santamaría Vizcaíno, Marco Antonio. *Los años 40 en la perspectiva de un discurso histórico. Una visión retrospectiva de los integrantes del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales* (San José: EUNED, 2000),

Scaron, Pedro. “Advertencia del traductor”, en Karl Marx, *El capital*, tomo I, vol. I (Bs. Aires: Siglo XXI, 2009).

Schifter, Jacobo, Lowell Gudmunson y Mario Solera, *El judío en Costa Rica* (San José: EUNED, 1979).

Schifter, Jacobo. *La fase oculta de la Guerra Civil en Costa Rica* (San José: EDUCA, 1981).

Segura Carmona, Jorge Rhenán. *Contribution à l'étude des secteurs moyens au Costa Rica, 1948-1986* (Tesis de Doctorado en Ciencias Políticas, Universidad de la Sorbonne, 1989).

Schmidt, Alfred. *El concepto de naturaleza en Marx* (México: siglo XXI, 1976).

Shorter, Edward. *The making of the modern family* (Nueva York: Basic Books, 1977).

Skinner-Klee, Jorge. *Consideraciones en torno a la clase media emergente en Guatemala* (Guatemala: Ministerio de Educación, 1965).

Sojo, Carlos. *Igualitarios. La construcción social de la desigualdad en Costa Rica* (San José: PNUD, 2010)

Soler, Francisco. *El resplandor del ocaso* (San José: ECR, 1981).

Solís A., Manuel. *Costa Rica: ¿reformismo socialdemócrata o liberal?* (San José: FLACSO, 1992).

Solís A., Manuel. *La institucionalidad ajena. Los años cuarenta y el fin de siglo* (San José: EUCR, 2006).

Solís A., Manuel. “La élite caritativa y la institución psiquiátrica: una lectura desde los años cuarenta”, *Revista de Historia (Costa Rica)* 53-54 (enero-diciembre 2006).

Solís A., Manuel. *Costa Rica: ¿Reformismo socialdemócrata o liberal?* (San José: FLACSO, 1992).

Solís A., Manuel y Alfonso González, *La identidad mutilada García Monge y el Repertorio Americano, 1920-1930* (San José: EUCR, 1998).

Soto Quirós, Ronald. *Inmigración e identidad nacional en Costa Rica. 1904-1942: los ‘otros’ reafirman el ‘nosotros’* (Tesis de licenciatura en Historia, Universidad de Costa Rica, 1988)

Spang, Kurt. *Géneros literarios* (Madrid: Síntesis, 2000).

Stone, Samuel. *El legado de los conquistadores. Las clases dirigentes en la América Central desde la Conquista hasta los Sandinistas* (San José: EUNED, 1998).

Stone, Samuel. *La dinastía de los conquistadores. La crisis del poder en la Costa Rica contemporánea* (San José: EDUCA, 1982).

Thompson, Edward P. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, 2 tomos (Barcelona: Crítica, 1989).

Thompson, Edward P. *Tradición, revuelta y consciencia de clase* (Barcelona: Crítica, 1984).

Torres-Rivas, Edelberto. *Interpretación del desarrollo social centroamericano* (San José: EDUCA, 1977).

Ulloa Hidalgo, Herberth. *El ferrocarril costarricense al Pacífico. Construcción e incidencias*. San José: ECR, 1997).

Urbina Gaitán, Chester. *Costa Rica y el deporte (1873-1921). Un estudio acerca del origen del fútbol y la construcción de un deporte nacional* (Heredia: EUNA, 2001).

Valverde Espinoza, Arabela. *La ciudad de Puntarenas. Una aproximación a su historia económica y social, 1858-1930* (San José: SIEDIN, 2008).

Vargas, Claudio. "Historia política, militar y jurídica de Costa Rica entre 1870 y 1914" en Ana María Botey (coord.). *Costa Rica. Estado, economía, sociedad y cultura. Desde las sociedades autóctonas hasta 1914* (San José: EUCR, 2000).

Vargas Coto, Joaquín. *Crónicas del Húsar Blanco* (San José: ECR, 1994).

Vargas Cullell, María Clara. *De las fanfarrias a las salas de concierto. Música en Costa Rica (1840-1940)* (San José: EUCR, 2004).

Veblen, Thorsten. *Teoría de la clase ociosa*. (México: Fondo de Cultura Económica, 1971).

Vega Carballo, José Luis. *Hacia una interpretación del desarrollo costarricense: ensayo sociológico* (San José: Porvenir, 1986).

Vega Carballo, José Luis. *Pobreza y coyuntura social en Costa Rica en la época de los PAEs* (Heredia: Fundación Friedrich Ebert, 1992).

Vega Jiménez, Patricia. *Con sabor a tertulia. Historia del consumo del café en Costa Rica (1840-1940)* (San José: EUCR, 2006).

Vega Jiménez, Patricia. "Los responsables de los impresos en Costa Rica, 1900-1930", *Revista de historia* (Costa Rica) 49-50 (Enero-diciembre 2004).

Vega Jiménez, Patricia. *De la imprenta al periódico: los inicios de la comunicación impresa en Costa Rica. 1821-1850* (San José: Porvenir, 1995).

Vega Jiménez, Patricia, Vilma Peña y Manuel Benito Chacón. *Colegio de Periodistas de Costa Rica: su historia* (San José: Multiprint, 1989).

Viales Hurtado, Ronny J. "Las bases de la política agraria liberal en Costa Rica. 1870-1930. Una invitación para el estudio comparativo de las políticas agrarias en América Latina", *Diálogos. Revista electrónica de Historia*, 2, n. 4 (julio-octubre 2001).

Viales Hurtado, Ronny J. *Después del enclave, 1927-1950: un estudio de la región atlántica costarricense* (San José: EUCR, 1998).

Viales Hurtado, Ronny J. *El régimen liberal de bienestar y la institucionalización de la pobreza en Costa Rica, 1870-1930*, en Ronny J. Viales Hurtado, (ed.) *Pobreza e historia en Costa Rica. Determinantes estructurales y representaciones sociales del siglo XVII a 1950* (San José: EUCR, 2005).

Viales Hurtado, Ronny J. *El Colegio de farmacéuticos y la institucionalización de la farmacia en Costa Rica: 1902-2002* (San José: Colegio de Farmaceúuticos de Costa Rica, 2003).

Viales Hurtado, Ronny J. *Construcción, trayectoria y límites del régimen liberal de bienestar en Costa Rica. 1870-1940. Diálogos. Revista electrónica de historia*. Número especial, 2008. Accesado el 28 de agosto de 2010.

Vilar, Pierre. *Iniciación al vocabulario del análisis histórico* (Barcelona: Crítica, 1982),

Villalobos Madrigal, Gabriela. “‘El Progreso Redentor’. La Sociedad Nacional de Agricultura, el Estado liberal y la modernización agropecuaria en Costa Rica, 1897-1914” (Tesis de Maestría en Historia, UCR, 2009),

Villalobos V., Carlos. “*El ramonense*” 1901-1903: *el imaginario comunal impreso*, en Patricia Vega Jiménez (comp.). *Comunicación y construcción de lo cotidiano*. (San José: DEI, 1999),

Villalobos Vega, Bernardo. *La mesocracia de Costa Rica, 1821-1926* (San José: Editorial Costa Rica, 1986).

Villalobos Vega, Bernardo. *Alfredo González Flores. Políticas de seguros y de banca, 1910-1917* (San José: ECR, 1982).

Vincenzi, Moisés. *Elvira: novela* (S.L.: S.E, 1940).

Viquez, Pío. *Miscelánea* (San José: Tipografía Nacional, 1903).

Volio, Marina. *Jorge Volio y el Partido Reformista* (San José: ECR, 1978).

Wallerstein, Immanuel. *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos* (Madrid: Akal, 2004).

White, Hayden. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (México: Fondo de Cultura Económica, 1992).

Williams, Raymond. *Marxismo y literatura* (Barcelona: Península, 1997).

Williams, Raymond. *Cultura y sociedad. 1780-1950. De Coleridge a Orwell* (Bs. Aires: Nueva Visión, 2001).

Williams, Raymond. *Keywords. A vocabulary of culture and society* (Nueva York: Oxford University Press, 1983).

Wright, Erik Olin. *Classes* (Londres-Nueva York: Verso, 1985).

Yglesias, Rafael. *Autobiografía*, en *El pensamiento liberal. Antología*, ed. Eugenio Rodríguez Vega, (San José: ECR, 1979).

Zamora Hernández, Carlos Manuel. *El Valle de los Palmares: historia de Palmares de Alajuela*. (San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 2000).

Zavaleta, Eugenia. *La patria en el paisaje costarricense. La consolidación de un arte nacional en la década de 1930* (San José: EUCR, 2003).

Zavaleta, Eugenia. *Los inicios del arte abstracto en Costa Rica, 1958-1971* (San José: Museo de Arte Costarricense, 1994).

Zeledón Pérez, Manuel. *Un hombre... Toda una vida* (San José: M. Zeledón P., 2008).

Zeledón Pérez, Manuel. *Melo, memorias de un cirujano* (San José: Realidad, 1996).

Žižek, Slavoj. *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales* (Barcelona: Paidós, 2009).

Žižek, Slavoj. “El espectro de la ideología” en *Ideología. Un mapa de la cuestión*, ed. Slavoj Žižek (Bs. Aires: Fondo de Cultura, 2003).

Artículos de periódico

El combate. Órgano de la juventud nacionalista, “Cuatro levas miserables”, 5 de agosto de 1905, 1.

“Hagamos república”, en *La prensa libre*, 7 de julio de 1913,

Bernardo Montero, “Por los maestros y los obreros”, *La prensa libre*, 30 de setiembre de 1913, 1.

Luis Cruz Meza, “Respetable y respetuoso”, *La Prensa Libre*, 16 de julio de 1913, 2.

Luis Felipe González Flores, *El republicano*, 15 de febrero de 1913, 3.

Un agricultor, “La opresión del rico al pobre” *El republicano*, 13 de julio de 1913, 1.

Un republicano, “En el aniversario de la muerte del Dr. Flores. In memoriam”, *El republicano*, 12 de octubre de 1913, 3.

“El profesorado de Costa Rica forma una sola entidad”, *La prensa libre*, 7 de julio de 1914, 1.

El combate, “¿Qué hace la policía?”, 1 de mayo de 1915, 2.

La prensa libre, “Es cosa resuelta que las deudas de los tres partidos serán pagadas por los empleados públicos”, 7 de julio de 1914.

La prensa libre, “Respuesta de Máximo Fernández, candidato del Partido Republicano, a Ester de Mezerville, maestra y otras colegas, respecto al pago de la deuda electoral con rebajos a sector público”, 15 de julio de 1914, 1.

La acción social. Diario católico de intereses generales, “Deberes sociales del momento presente, por el Excmo. E Ilmo. Sr. Don Enrique Reig y Casanova, Obispo de Barcelona”, 23 de mayo de 1918, 2.

“El señor ex-presidente don Ricardo Jiménez en un interesante artículo sobre el socialismo se dirige a nuestros obreros”, *Diario de Costa Rica*, 6 de diciembre de 1919, 3.

“Justa solicitud de los empleados del Registro Público”, en *La verdad*, 5 de julio de 1919;

“Dos sesiones de la Sociedad de Socorros Mutuos de Empleados de Comercio”, en *El diario de Costa Rica*, 28 de noviembre de 1919, 2.

“Los telegrafistas y la política actual. Los sueldos son apenas para morir de hambre”, en *El diario de Costa Rica*, 28 de noviembre de 1919, 5.

El Abate, “La necesidad de un Partido Socialista en Costa Rica. Diario de Costa Rica”, 7 de diciembre de 1919, 6.

“Proposición de Decreto en el Congreso Constitucional, por Clímaco Pérez, F. Mayorga, Moisés Aguilar, U. Guevara y A. Urbina” *La gaceta*, 3 de julio de 1920, 670.

Luis Badilla Castro, “A los obreros y campesinos” *La prensa*, 15 de octubre de 1923, 4.

Luis Badilla Castro, “A los obreros y campesinos” *La prensa*, 19 de setiembre de 1923, 4.

El maestro, “El Secretario de Educación Pública se opone al proyecto de restablecer la Sección Normal en el Colegio de Señoritas”, 15 de febrero de 1927.

Beatriz López de Ocaña, “La mujer de la clase media”, *La prensa*, 8 de julio de 1927, 2.

“Qué manera ‘é dar el pésame!’”, *El diario republicano*, 22 de diciembre de 1927, 2.

La nueva prensa, “¿No sería preferible en Puntarenas una escuela de grumetes?”, 1 de febrero de 1928, 7.

Juan Verdades, “Delito, condena, libertad”, *La prensa*, 21 de julio de 1928.

José Vasconcelos, “La lucha de clases” *La prensa*, 1 de setiembre de 1928.

“Párrafos de un importante reportaje”. *La revolución*. 26 de abril de 1930. Pág. 3.

Comité Ejecutivo del PCCR, “A los trabajadores del Guanacaste” *Trabajo*, 5 de agosto de 1931, 2.

Anónimo, “Los reyes del café, sanguijuelas del trabajador campesino”, *Trabajo*, 1 de enero de 1932, 3.

“El Prof. Coto Montero propone la fundación de una asociación de periodistas en Costa Rica”, en *Diario de Costa Rica*, 5 de enero 1932, 4.

“Los doctores Pupo y Facio no aceptaron...”, en *La tribuna*, 8 de enero de 1932, 5.

Trabajo, “Los trabajadores del Atlántico, bajo la dirección del Partido Comunista...”, 12 de agosto de 1934, 1.

“Cómo se atropella a los trabajadores del Atlántico”, *Trabajo*, 19 de agosto de 1934, 1.

“La justa exigencia de los patentados de licores”, *Trabajo*, 22 de diciembre de 1935, 1 y 4.

La tribuna, “No le cité a don Carlos...”, 10 de enero de 1936, 5.

Trabajo, “El intelectual en la lucha revolucionaria”, 19 de enero de 1936, 1.

“Ni el Sr. Presidente”, en *La Tribuna*, 23 de enero de 1936, 1, 4;

“Los homenajes de hoy en memoria...”, en *La prensa libre*, 23 de agosto de 1939, 4.

“El 23 de agosto el pueblo de Costa Rica tributó...”, en *Trabajo*, 26 de agosto de 1939, 1, 3.

Trabajo, “Un campesino, un intelectual, un obrero y un pequeño comerciante razonan su voto a favor del Bloque de Obreros y Campesinos”, 10 de febrero de 1940, 3.

“Ni una sola adhesión a los candidatos...”, en *Trabajo*, 6 de febrero de 1943, 2.

Trabajo, “Teodoro Picado y don León Cortés no son en estos momentos dos simples hombres, sino dos símbolos”, 23 de octubre de 1943, 3.

Diario de Costa Rica, “Reaccionarios”, 14 de diciembre de 1943, 3.

“Carmen Lyra se dirige a las mujeres del capital”, en *Trabajo*, 2 de agosto de 1947, 1 y 3.

“Cuenta el Gobierno con el dinero necesario para hacer frente a los pagos de sueldos antes del 24”, en *La Nación*, 18 de diciembre de 1947.

La tribuna, “Por qué el Dr. Calderón Guardia tiene el triunfo en la bolsa?”, 6 de enero de 1948, 4.

“Manifiesto de la ‘Unión de mujeres del pueblo’ a todas las mujeres’ *Trabajo*, 17 de enero de 1948, 7.

La tribuna, “Prosigue entrevista con ‘El viejo abogado’”, 7 de enero de 1948, 5.

La tribuna, “Serenamente”, 1 de febrero de 1948.

Mario Sancho, “Carta a Clemente Marroquín Rojas, 8 de marzo de 1935”, *La nación*, 13 de enero del 2002, Suplemento *Áncora*, 5.